



Lectulandia

El lector puede preguntarse al leer *Bambú* cuánto hay en ella de ficción y cuánto de realidad. La familia coreana protagonista no es invención, su historia es verdadera, pero ha pasado por el proceso creativo del cerebro del escritor. El material histórico es verdadero, incluyendo las conspiraciones, el incendio de la iglesia cristiana e incluso (aunque lo cuento con pena) lo que sucedió el día que los americanos desembarcaron en Inchon después de la segunda guerra mundial. Todos los personajes son reales. Los hechos políticos están tomados de la historia. El personaje de Woodrow Wilson está basado en hechos bien documentados, y cuanto dice en la novela, lo dijo cuando vivía. Sus palabras arraigaron tanto en las imaginaciones coreanas, que una delegación coreana e incluso delegados de otras pequeñas naciones le visitaron en París.

Lectulandia

Pearl S. Buck

Bambú

ePUB v1.0

victordg 31.01.11

más libros en lectulandia.com

PRÓLOGO

Corea es una piedra preciosa engarzada en una tierra habitada por un pueblo noble. No obstante, es el país de Asia menos conocido por los pueblos occidentales, aunque las tres naciones que la rodean, China, Rusia, Japón, conocen su valor desde hace siglos y en la historia contemporánea se observa una continuación de este profundo interés.

Stalin, en la segunda guerra mundial, al pretender que Rusia tenía sus derechos en el área del Pacífico estaba colmando una vieja ambición de su pueblo sin salida al océano, para asegurarse, no solamente los tesoros naturales de Corea, sino sus incomparables costas con playas de cara a tres mares.

Nosotros los americanos, suficientemente documentados para la historia, debiéramos habernos opuesto sin concesiones a las demandas de Stalin. En lugar de ello, cedimos hasta el extremo de dividir Corea en el paralelo 38, con una línea que Rusia y Japón habían trazado secretamente y de común acuerdo años atrás, cuando rivalizaban por la posesión de Corea.

Tenían que hacer la división de acuerdo con ciertas potencias occidentales que tenían también intereses en Corea y esperaban obtener algo. China, naturalmente, había insistido en que Corea debía quedar independiente, un estado «tapón» entre ella, Rusia y Japón.

Durante los centenares de años en que China fue la mayor potencia de Asia y quizás del mundo, estuvo capacitada para garantizar la independencia de Corea, y a su vez Corea pagaba tributo al gobierno chino, reconociendo su servidumbre. Los chinos, sin embargo, fueron escrupulosos en el mantenimiento de la soberanía de Corea. Los chinos no podían vivir en Corea ni tener tierras allá bajo pena de muerte. Sólo cuando la vieja dinastía china se debilitó y llegó a su fin con el colonialismo occidental y con ello se produjo el auge de un Japón ambicioso y moderno y una Rusia que buscaba nuevos horizontes, China ya no pudo proteger a Corea y defenderla de la opresión.

En resumen, Corea, fundada por un pueblo que buscaba la paz, poseía una tierra originadora de querellas durante siglos.

Cuatro mil años antes, en el Asia Central, esta fuente de vida humana, vivían distintas y numerosas tribus. En su vida de nómadas estas tribus erraban en diferentes direcciones. Los Han, chinos, fueron hacia el sur, y se establecieron en un lugar llamado más tarde China, después de su primer emperador. Entre los que fueron hacia el norte, había las tribus tungu, y una de éstas era la tribu puyo que se asentó en la región llamada actualmente Manchuria. Allí se convirtieron en una comunidad agrícola, y allí habrían podido quedarse, si no hubiesen tenido al Oeste una salvaje tribu nómada, los hiong-no, o hunos, antecesores de los mogoles, y al Este los mat-

hat, antecesores de los nuchen o manchúes. Entre estos dos pueblos bárbaros, la tribu puyo, más cultivada, se encontró oprimida y pronto tuvo que descender más al Sur hacia la península conocida por Corea. Era un sitio ideal para ellos, rodeado por el mar y protegido al Norte por montañas.

Allí se desarrolló una cultura notable, rica en artes y oficios.

La leyenda dice que el origen de los puyo era el mismo cielo. Un Hijo del Señor del Cielo fue mandado a la Tierra a través de un nacimiento milagroso producido por la unión entre el oso y el tigre, cuyo deber fue salvar a los seres humanos del caos y la destrucción. Con la ayuda de su Padre Celestial, el Hijo de Dios gobernó con bondad y justicia, sirviendo siempre de mediador entre el Señor y las criaturas humanas. Cuando dejó la tierra, fue seguido por Tangun, el fundador de la nación coreana que fue llamada Chosun o Tierra de la Montaña Tranquila.

El nombre Tangun viene de la palabra tangul, o brujo curandero e indicaba un estado teocrático. Corea fue fundada en 2333 A. de J.C. y esta fecha es aceptada por los arqueólogos e historiadores, aunque las únicas pruebas existentes son antiguas crónicas chinas de veinte o treinta siglos antes de Jesucristo en las que aparece el nombre Chosun.

Los habitantes de la primitiva Corea no encontraron la paz.

En el Norte de China seis poderosos grupos estaban luchando por dominar el país. El grupo Yen atacó Chosun, cuyo poder en aquel tiempo llegaba al Norte de China. Entretanto las luchas continuaban; el grupo Ch'in triunfó sobre los demás en 221 A. de J.C. y el país fue unificado aunque la lucha no cesó. El nuevo gobierno era tiránico y muchos chinos se retiraron hacia la península de Corea. La pugna continuó aún durante la dinastía Han que sucedió a la Ch'in y luego la fuerte resistencia de los coreanos desplazó a los chinos.

La historia de Corea es demasiado compleja para seguirla aquí en detalle. Los tres reinos en que el país fue dividido, Kaguryo, Pakche y Silla, resolvieron sus disputas entre ellos y con los chinos, terminando con la victoria de Silla y Koguryo que forzaron a Pakche, en el Sur, a una alianza militar con el vecino Japón, con lo cual se dividió la península entre la influencia china y la japonesa. Silla, con la ayuda de los chinos de la dinastía T'ang conquistó Pakche y luego, ocho años más tarde, conquistó también Koguryo. Así quedó unificada en el año 668, al cabo de tres mil años, y los coreanos empezaron a desarrollar su propia cultura. Durante 230 años Corea gozó de paz y prosperó. Por las amistosas relaciones con la gloriosa dinastía china T'ang se desarrollaron sus artes. Como todas las dinastías triunfantes, Silla también cayó al fin en decadencia. La clase dirigente empezó a descuidar el bienestar del pueblo, y el brillo de sus obras culturales acentuaba la miseria de los pobres. La rebeldía se convirtió en revolución bajo la dirección de un gran hombre, Wang Geun, especialmente en el Norte, donde la influencia del gobierno de Silla era menos fuerte,

y se juntaron a ellos los partidarios descontentos de Silla. Así fue fundada la dinastía de Koryo. Este grupo del norte no pudo atacar a Silla pero esperó pacientemente que la decadencia de la dinastía trajese por sí sola la sumisión. En 935 el rey Silla se rindió pacíficamente a la nueva dinastía. De su nombre viene el de Corea.

Koryo empezó con muchas reformas. La administración civil fue repuesta y aumentada, la tierra nacionalizada y cada granjero recibió una parte de tierra; se establecieron seguros sociales y la educación para todos. Se imprimieron muchos libros en 1230, 220 años antes de que Guttenberg hiciera sus primeras impresiones en 1450. En la siguiente dinastía, los caracteres de imprenta ya eran de cobre y su producción se introdujo en China.

Otra gran obra cultural de la dinastía Koryo, fue la recopilación, grabado y publicación de la Sutra Budista, el Tripitaka[1].

La invasión de los mogoles, en el siglo XIII, alarmó tanto a los budistas, que un grupo de devotos, como acto de protección contra los invasores, guardó e imprimió los mejores textos" La labor continuó durante dieciséis años y dio como resultado 320.000 páginas de dichas escrituras. Esta labor monumental, o TijajgKyung, está ahora guardada celosamente en el templo Hal-in-sa en el monte Kaya, en la provincia de Kyong-sang, Corea.

A pesar del largo período de paz y las reformas, la dinastía Koryo, en creciente decadencia, trajo otra vez problemas a Corea.

Al creciente descontento del pueblo se añadieron los ataques de los mogoles y las incursiones de los piratas y corsarios japoneses.

Una revolución en el Japón había destruido el poder de los samurais y les había despojado de sus puestos privilegiados. Al mismo tiempo el pueblo japonés sufrió una gran depresión económica. Muchos se convirtieron en ladrones, en tierra y mar, e hicieron continuas incursiones contra los puertos y barcos coreanos. A dicho desorden, había que añadir el creciente poder de los sacerdotes budistas de Corea que usurpaban los derechos del Estado y tenían tal poder político que los reyes, antes de subir al trono, tenían que ser monjes, y, cuando menos, un miembro de cada familia debía ser monje también.

Al último de los reyes Koryo, influido por un monje corrompido, le persuadieron para que atacara a China, entonces bajo la poderosa dinastía Ming. El general Yi decidió rebelarse y apoyado por un pueblo simpatizante derribó al Rey, estableciendo la nueva dinastía Yi.

Es interesante subrayar, en vista de los recientes acontecimientos, que era tradicional en Corea que los militares subieran al poder por un golpe de Estado cuando había un Gobierno corrompido e ineficiente. Tradicionalmente también, las fuerzas militares devolvían el Gobierno a los civiles cuando las reformas esenciales habían sido llevadas a cabo.

Las yangban, o altas clases dirigentes de Corea, están divididas en dos grupos: los tangban o civiles y los soban o militares. El Gobierno pertenece propiamente a los tangban, pero si éstos no son eficaces los soban los derriban y restauran el Gobierno, y luego lo devuelven a los tangban.

La dinastía Yi, la última casa real coreana gobernante (esta es la última familia truebone[2] término que es de uso corriente en Corea y que traduzco literalmente en mi novela), cuando subió al poder hizo muchas reformas. La más notable quizás fue la creación de un alfabeto, bajo la dirección del gran rey Sejong.

La nueva dinastía había sido fundada sobre los principios del confucianismo, y la mejora de las condiciones de vida de la clase baja fue inmediata y de largo alcance. Cualquier ciudadano podía hacer una petición directa al rey. Esto dio como resultado muchas reformas.

El rey Sejong, sin embargo, creyó que el lenguaje escrito, basado en el chino, era demasiado engorroso para comunicarse fácilmente con su pueblo. Con la ayuda de un grupo de intelectuales escogidos compuso un alfabeto, el hangul. Este es considerado hoy en día como el mejor y más sencillito del mundo, tal como el rey Sejong lo inventó. Tiene catorce consonantes y once vocales. Estas veinticinco letras permiten combinaciones que expresan todos los sonidos posibles de la voz humana de una manera notablemente exacta; porque el rey Sejong y sus sabios estudiaron los principios de la fonética usando tanto la literatura de muchos países extranjeros, como la de Corea. Es el mismo hoy en día, sólo con la variante que se ha suprimido una vocal.

Parecía sin embargo que a Corea no se le permitiría nunca vivir en paz.

Mientras iba prosperando en todos sentidos, incluyendo las artes, el Japón se iba convirtiendo en una potencia militar, bajo el mando de un hombre ignorante pero capaz, Hideyoshi Toyotomi. Era el hijo de un campesino, ineducado, jactancioso y ambicioso, pero capaz de unir a guerreros experimentados y a rebeldes bajo su mando.

Los coreanos habían echado a los piratas japoneses de sus costas, y estos piratas atacaron luego los puertos chinos con tal éxito que los japoneses concibieron la idea de hacer de Corea un trampolín para dominar China.

Con este sueño, Hideyoshi se dirigió al Emperador del Japón y pidió como recompensa que cuando se hubiese conquistado la vasta y vieja tierra china, se le concediera allí el cargo de Virrey. El permiso imperial le fue concedido y en 1592 se dirigió a Corea con una flota de barcos de guerra de madera. Tomó tierra en el Sur con 200.000 hombres y se dirigió al Norte. Los coreanos no estaban preparados, pero lucharon con valor por su tierra. Entretanto un almirante coreano, Yi-sun-shin, ideó un barco de guerra forrado de hierro en forma de tortuga, con aberturas para disparar flechas incendiarias. Se llamaron barcos tortugas y fueron los primeros barcos de

guerra de hierro de la historia.

Yi destruyó la armada japonesa. Infortunadamente el Almirante fue mortalmente herido, pero la noticia de su muerte fue guardada en secreto hasta que el peligro pasase. Se tardó siete años en vencer a los japoneses y su poder disminuyó tanto que, aunque nunca olvidaron sus sueños de conquista de la China, pasaron siglos antes que pudiesen invadir Corea con el mismo propósito.

La dinastía Yi fue brillante y se mantuvo durante muchos años. Empezada a fines del siglo XIV, ha sido llamada la Edad Moderna de Corea, y llega hasta nuestros tiempos.

El rey Sejong, cuarto monarca de esta dinastía, no fue igualado en toda la historia del país. Fue un Leonardo da Vinci coreano por la variedad y magnitud de sus dotes. Los coreanos han sido siempre y siguen siendo un pueblo de soberbios talentos creadores, pero el rey Sejong, en los treinta años de su reinado, se convirtió en una leyenda inmortal. El nivel de la cultura coreana alcanzó bajo su reinado una altura extraordinaria, se hicieron grandes progresos en las Ciencias, especialmente en matemáticas y astronomía. Se inventó, por ejemplo, un reloj de agua que marcaba automáticamente la hora, el cambio de estación y además las horas de salida y puesta del sol y de la luna. Otro invento fue un pluviómetro muy exacto, usado en todo el reino como base para prever las cosechas. Quizás lo más importante de todo fue la gran cantidad de conocimientos de medicina que se glosaron en una enciclopedia: VibangYujip, una obra de 365 volúmenes, acabada en el año 1445.

Los chinos se han servido recientemente de esta enciclopedia para recobrar algunas de sus propias fuentes de información médica perdidas en la guerra con el Japón.

El rey Sejong también modernizó la música y su teoría con la ayuda del famoso teórico Pak-Yon. Cualquiera que visite Corea hoy en día se dará cuenta de lo extraordinariamente dotados que están los coreanos para todas las artes, pero especialmente para la música.

Quizás la importancia que dio Confucio a la música para la formación del carácter moral, influyó en el rey Sejong, y ello hizo que publicase muchos libros de música y transformase la música cortesana en bellas composiciones de temas divinos. Su espíritu liberal permitió que los eruditos budistas revisaran las obras budistas de la anterior dinastía, y las tradujeran al hangul, haciéndolas así comprensibles al pueblo. Con los siglos la dinastía aumentó su gloria y sus obras. El espíritu creador del pueblo se manifestó en sus importantes creaciones literarias.

Durante esta dinastía tuvieron lugar las primeras invasiones occidentales. El catolicismo penetró en el siglo XVII en tierra coreana; murieron asesinados varios sacerdotes franceses, creyéndoles marinos extranjeros que habían naufragado. Corea había tenido bastantes invasiones y sólo pedía que la dejaran tranquila para valerse

por sus propios medios. Este fue un deseo que no pudo ser cumplido. El expansionismo occidental empujaba hacia el caos a las viejas naciones de Asia. Portugal y España iniciaron un activo comercio con el Japón y las tripulaciones de sus barcos naufragados a causa de tifones en el mar Amarillo, encontraron a menudo refugio en las islas de la costa Sur de Corea. Rusia también se expansionaba. Hacia la mitad del siglo XVII, un regimiento ruso se abrió camino a lo largo del río Amur y luchó con los chinos en Manchuria, cerca de Corea. Las crónicas coreanas nos dicen que en 1653 llegaron a sus playas treinta y seis hombres de extraño aspecto, desconocido para ellos; con ojos azules, pelo amarillo y grandes narices, cuyos barcos habían naufragado. Eran holandeses y fueron llevados a Seul, capital de Corea. Allí entraron en la Armada, se casaron y vivieron el resto de sus vidas; aunque en 1666 ocho de ellos volvieron a Holanda y uno, Hendrik Amel, escribió un libro contando su vida en Corea. Este fue el primer libro en un idioma occidental que se escribió sobre dicho país.

En 1860 China entró en guerra con Inglaterra y Francia, para proteger su soberanía y sus derechos. El resultado fue que Rusia actuó como mediadora y, al firmarse la paz, pidió una recompensa, siéndole concedidas las provincias marítimas. Esto significó que la parte norte de la península coreana lindaba con el suelo ruso: un significativo presagio para el futuro. En 1866, un barco americano, el General Sherman, navegó aguas arriba por el río Taedong, y empezaron las relaciones entre Corea y los Estados Unidos, no siempre inteligentes, no siempre pacíficas, pero establecidas en 1883 por un tratado de amistad y comercio.

Es un poco después de este funesto año cuando empieza mi novela «Bambú». El lector puede preguntarse al leerla cuánto hay en ella de ficción y cuánto de realidad. La familia coreana protagonista no es invención, su historia es verdadera, pero ha pasado por el proceso creativo del cerebro del escritor. El material histórico es verdadero, incluyendo las conspiraciones, el incendio de la iglesia cristiana e incluso (aunque lo cuento con pena) lo que sucedió el día que los americanos desembarcaron en Inchon después de la segunda guerra mundial. Todos los personajes son reales. Los hechos políticos están tomados de la historia. El personaje de Woodrow Wilson está basado en hechos bien documentados, y cuanto dice en la novela, lo dijo cuando vivía. Sus palabras arraigaron tanto en las imaginaciones coreanas, que una delegación coreana e incluso delegados de otras pequeñas naciones le visitaron en París.

Al tratar de Corea he permitido que mi imaginación describiese los personajes como si los hubiese conocido en su propio país, tal como los conocí años atrás cuando vivía en China. En cuanto a los personajes coreanos de mi libro he tratado de reproducir fielmente la verdad.

Marzo, 1963. Pearl S. Buck

PRIMERA PARTE

En el año 4214 de Tangún de Corea y 1881 después de Jesús de Judea, era primavera en la importante ciudad de Seul, buena época para un nacimiento. Il-han, de la familia de Andong llamada comúnmente Kim, esperaba en su biblioteca que le anunciaran el nacimiento de su segundo hijo. La biblioteca era una habitación muy acogedora, más grande que las otras, y dado que se había orientado la casa hacia el Sur, los rayos de sol se filtraban en la habitación a través del papel de arroz de las paredes correderas. Estaba sentado en el suelo al lado de un pequeño escritorio, encima de unos cojines de seda, pero la habitación estaba calentada por unos conductos subterráneos que venían de la estufa de la cocina, como se hacía antiguamente.

Intentaba concentrarse en el libro que tenía abierto sobre el escritorio. Ya habían pasado tres horas desde que su esposa se había retirado a su habitación acompañada de su hermana, la comadrona y las criadas. Estas habían venido ya tres veces a decirle que todo iba bien, que su esposa le enviaba sus saludos, y le suplicaban que tomase algo porque aún había para rato.

—¿Aún hay para rato? —preguntó—. ¿Cuánto?

Por toda contestación recibía una inclinación de cabeza, una vaga sonrisa, y luego la retirada. Típico comportamiento de una mujer, pensó despectivamente, al menos de las mujeres coreanas, dulces y suaves en apariencia pero tozudas como mulas en el fondo. Todas excepto su hermosa y amada esposa, ¡SU Sunia! Aunque no la había visto hasta el día de la boda, la amaba tanto que se avergonzaría de que alguien, incluso ella, supiese cuanto la amaba.

Por una vez los casamenteros no habían mentido y los adivinos habían acertado en sus predicciones. Sunia había cumplido con todos sus deberes de novia. No había sonreído ni una vez en todo el día de la boda a pesar de las malas intenciones de los parientes y amigos que querían hacerla reír. Se decía que una novia que no podía contener la risa, sólo daba luz a niñas. Sunia había dado a luz a un hijo, que ya tenía tres años y ahora, si las predicciones del adivino no fallaban, volvería a tener otro.

La casa y la familia de Il-han eran como un oasis de paz en medio de las complicaciones por las que pasaba el país. Pero ¿cuándo había estado libre de problemas Corea? En cuatro mil años no habían tenido ni un siglo de paz, porque para las naciones que la rodeaban aquella pequeña península era como una manzana de oro colgando delante de sus ojos. Para Rusia significaba el mar que no tenía, para la orgullosa China, tributos, y el Japón deseaba un Imperio.

Suspiró olvidándose de su casa y de su familia, y se levantó empezando a pasear

impacientemente de un lado a otro de la habitación. Le era imposible concentrarse en un libro aunque era un intelectual, no al estilo de su padre que se pasaba la vida sobre antiguos manuscritos, pero un intelectual al fin y al cabo. Había escrito un libro moderno sobre las naciones occidentales.

A su padre no le habría gustado saber que él, Kim Il-han, hijo único de la familia Andong, escribía este tipo de cosas; su padre que leía las máximas de Confucio y soñaba en la Edad de Oro de la dinastía Silla. Pero él, Il-han, un joven de la nueva generación, era intolerante con las viejas filosofías y religiones. El confucianismo, préstamo chino, había aislado a la nación, aislada ya por el mar, y el budismo había conducido a este pueblo de mentalidad de ermitaño, a fantasías sobre el infierno, el cielo, dioses y demonios, a cualquier cosa, excepto a enfrentarse con el amargo presente.

Alto, delgado, vestido de blanco según la costumbre del país, recorría a grandes pasos el suelo embaldosado de su biblioteca, y, mientras meditaba, esperaba con impaciencia el llanto de su nuevo hijo. Desazonado e inquieto, sintiendo repentinamente calor, corrió una de las celosías. El claro amanecer de una mañana primaveral derramó rayos de sol sobre su escritorio. Este escritorio había sido de su abuelo, una sólida pieza de madera de teca importada de Birmania, hecho según dibujo de su propio abuelo y decorado con bello bronce coreano.

—Este escritorio será tuyo —le dijo su padre a la muerte de su abuelo—. ¡Ojalá los hechos y pensamientos de este gran hombre te inspiren, hijo mío!

Su abuelo había sido un gran hombre, primer ministro de la aún existente dinastía Yi; de ellos había tomado la doctrina aislacionista y sus ideas de orgullo e independencia.

—Situados como estamos, rodeados por tres naciones poderosas: Rusia, China y Japón —había dicho su abuelo dirigiéndose a la monarquía medio siglo atrás— sólo podemos salvarnos de su codicia separándonos de todos. Debemos convertirnos en una nación aislada.

Su padre citaba a menudo estas palabras. Il-han las escuchaba con secreto desprecio —¡qué absurdos sus antecesores!— sin descubrir sus secretos, ni su participación en la primera revuelta contra el regente Tiwunkun, ni a su padre. Il-han era sólo un niño, pero un niño muy útil, que llevaba mensajes de los dirigentes rebeldes a la joven Reina.

El Regente había casado a su hijo el rey Kojong con ella, una hija del noble clan de los Min, mayor que él. Elección que lamentaría más tarde, porque ¿quién había de pensar que la bella y graciosa muchacha sería tan fuerte y de tan brillante inteligencia y tan decidida como para conspirar contra el Regente? Il-han la había visto la primera vez, sólo a la luz de las velas y a medianoche en una furtiva conferencia con los jefes rebeldes, mientras esperaba en la puerta un paquete que debía llevar al joven Rey

cuando fuese a jugar al ajedrez con él al día siguiente.

Entonces supo que la Reina era quien debía gobernar, y que el Rey, su gentil compañero de juego, sería sólo un mediador entre el arrogante Regente y la Reina. Pero Il-han no dijo nada a su padre. ¿Qué podría hacer su padre, el guapo y envejecido poeta, que se pasaba el día soñando en el jardín de su casa de campo? Porque su padre no deseando herir a su abuelo, que había servido al Regente, tomando el partido de la joven Reina que amaba a China, pronto se había apartado del conflicto real. Se decía, aunque nadie sabía si era verdad, que la Reina era en parte china y que su amiga más poderosa era la emperatriz Dowager que gobernaba en Pekín. Desde la capital, la Reina continuaba insistiendo para que comprasen las pesadas sedas y brocados de satén que le gustaba lucir, y aunque algunos la censuraban por extravagante, él, Il-han, no tenía corazón para reprocharle nada. Ahora, alegre por el futuro nacimiento de su segundo hijo, pensó en el único que tenía la Reina, heredero del trono, que había nacido con debilidad mental. A pesar de su belleza y brillantez, en lo más íntimo de su ser había un vacío y él lo sabía.

Su mente ausente, siempre ocupada en asuntos de Estado, ahora estaba concentrada y atenta esperando oír el llanto de su hijo que luchaba por nacer. Se paró esperando oír pasos. Como no oía nada volvió a su escritorio y cogiendo una pluma de pelo de camello continuó escribiendo un memorial que había empezado unos días antes. Si dicho documento hubiese tenido que ser presentado al Rey se habría visto obligado a usar caracteres chinos legales, pero como no era para la corte, sino que era un informe secreto para la Reina, usaba el alfabeto coreano.

«Además, Majestad —escribió—, me preocupa que los ingleses hayan llevado sus buques a la isla de Komudo, tan cerca de nuestras costas. Creo que desean que las fuerzas armadas chinas dejen Seul, con lo que no estoy de acuerdo, pues el Japón pide que se le permita mandar tropas a Corea en caso de emergencia. ¿Qué emergencia puede haber en nuestro país que necesite soldados japoneses? ... ¿No es acaso antiguo e imperecedero deseo del Japón poseer un Imperio en el Oeste? ¿Vamos a permitir que nuestro país sirva de trampolín a China y, a través de China, al Asia entera?»

Lo interrumpió el ruido de una puerta. Levantó la cabeza al oír sollozar quedamente a su hijo.

—No quiero ir con mi padre —gemía.

Se levantó y abrió la puerta. El preceptor de su hijo estaba allí con el niño colgado de su cuello.

—Perdone, señor —dijo el preceptor, y se volvió hacia el niño—: Di a tu padre lo que has hecho —intentó poner al niño de pie, pero el chiquillo se colgó de él tan ágilmente como un pequeño mono.

Il-han lo cogió y lo puso en pie a la fuerza. —En pie —ordenó—, levanta la

cabeza.

El pequeño obedeció, aunque sin mirar a su padre de frente porque habría sido una falta de respeto, y sus oscuros ojos se llenaron de lágrimas.

—Ahora habla —mandó Il-han.

El niño hizo un esfuerzo, abrió la boca y ahogó un sollozo; sólo pudo mirar a su padre callando tímidamente.

—Soy yo, señor, quien debe hablar primero —dijo el preceptor—. Usted me ha confiado a su hijo, cuando comete una falta es culpa mía. Esta mañana no ha querido venir a clase, luego se ha portado mal, no ha sabido la oda que escogí para que se aprendiese de memoria, una oda muy sencilla, adecuada para su edad. Cuando vi que no estaba en clase fui en su busca. Estaba en el bosquecillo de bambúes y había estropeado varios de los brotes tiernos.

El niño miró a su padre sin atreverse a decir nada, con la cara contraída por el llanto. —¿Hiciste esto? —preguntó Il-han. El niño asintió.

Il-han no se dejó ablandar, a la vista de aquella carita angustiada, aunque deseara hacerlo.

—¿Porqué estropeaste los tallos de bambú? —dijo amablemente a pesar suyo. El niño sacudió la cabeza.

Il-han se volvió hacia el preceptor:

—Hizo bien trayéndomelo aquí. Ahora déjenos, quiero hablar con mi hijo. El joven dudó un momento, en su rostro bondadoso se pintaba una expresión inquieta. Il-han sonrió. —No, no le pegaré.

—Gracias, señor.

El joven saludó y salió de la habitación.

Sin decir nada, Il-han cogió a su hijo de la mano, y le condujo al jardín, y de allí a la parte sur del bosquecillo de bambúes. Era fácil ver lo que había sucedido. Los brotes tiernos y marfileños enfundados en sus envolturas verde pálido estaban en el suelo. De varios centenares había estropeado unas docenas que yacían sobre la musgosa tierra. Il-han se paró y su mano apretó la pequeña y caliente de su hijo.

—¿Es esto lo que has hecho?

El niño asintió.

—¿No sabes todavía por qué?

El niño negó con la cabeza y sus grandes ojos se llenaron nuevamente de lágrimas. Il-han lo condujo hasta un banco de porcelana de China y lo sentó sobre sus rodillas. Le alisó el cabello y lo apartó de su frente con el corazón lleno de orgullo. El niño era esbelto, delgado y alto para su edad. Tenía la piel clara y blanca, los ojos pardos y el pelo castaño de su raza, diferente del de los japoneses que era algo más oscuro. Un recuerdo viviente de estos odiados invasores no hubiese sido fácilmente tolerado en Corea.

—Ya sé por que lo hiciste, hijo mío —dijo amablemente— Estabas enfadado por algo. Olvidaste lo que te había dicho: una persona superior no debe permitirse sentir cólera. Pero tú estabas encolerizado y no te atreviste a decirlo a tu preceptor, viniste aquí, solo, donde nadie pudiese verte y estropeaste los bambúes. ¡Qué lástima! ¿Es eso, verdad?

Las lágrimas brotaron de los ojos del niño. Sollozó. —Aunque sabías —continuó el padre con gentileza—, sabías que los brotes de bambú son valiosos. ¿Por qué son valiosos?

—Nosotros... nosotros los comemos —murmuró el niño.

—Sí —dijo el padre —nos gustan y se comen en primavera.

Pero además brotan sólo una vez de su raíz. Las plantas que podían haber nacido de estos brotes y balanceado sus delicadas hojas al compás de los vientos de otoño, nunca vivirán. Los brotes aparecen en primavera, crecen rápidamente y terminan su crecimiento al cabo de un año. Has destruido alimento y vida. Aunque es solamente una caña hueca, es una caña que vive. Ahora las raíces deberán dar otros brotes que ocupen el lugar de los que has estropeado. ¿Me entiendes?

El niño asintió. Il-han prosiguió:

—No basta que aprendas las Odas de Confucio. Debes aprender lo que significan. Ven conmigo a la biblioteca.

Lo levantó de sus rodillas y lo condujo en silencio otra vez a su biblioteca. Allí cogió de un estante una caja larga y estrecha, cubierta de brocado amarillo, y abriéndola sacó un pergamino que desenrolló sobre la mesa.

—Esto —dijo— es un mapa de nuestro país. Está entre tres otros países. Aquí, en el norte, Rusia, esta nación del oeste es China, y ésta al este, es el Japón. ¿Somos más grandes o más pequeños que ellos?

El niño miró el mapa muy atentamente.

—Somos muy pequeños —dijo unos instantes después.

—Corea es pequeña —dijo su padre—, y estamos siempre en peligro. Por esto tenemos que ser valerosos, orgullosos. Tenemos que conservarnos libres, no debemos permitir que estas naciones nos engullan como siempre han deseado. Nos han atacado muchas veces pero les hemos rechazado. ¿Cómo crees que lo hemos logrado?

El niño movió la cabeza indicando que no lo sabía.

—Te lo diré —dijo Il-han—. Hace tiempo unos hombres valientes se ofrecieron como dirigentes nuestros. Venían de la clase alta yangban como nosotros, o del pueblo. No importa de donde viniesen. Cuando se les necesitó estuvieron aquí prestos a conducirnos. Ellos son como los brotes de bambú que deben reemplazar los que has destruido ahora. Brotarán en primavera de las raíces que están enterradas en la tierra.

El niño alzó sus expresivos ojos, atento, esforzándose en comprender lo que su padre estaba diciendo. Si le entendió, Il-han nunca lo supo porque en aquel momento

oyó el llanto del recién nacido. La puerta se abrió y la vieja comadrona apareció sonriente.

—Señor —dijo— su segundo hijo ya ha nacido.

Dejó el niño en los brazos de la comadrona sin hacerle caso, aunque estaba llamándole y se marchó precipitadamente.

En la habitación de su esposa le esperaban las sirvientas, la mujer que había venido a ayudarlas, y sobre todo Sunia, su esposa. Yacía sobre un colchón extendido en el suelo y las mujeres la habían arreglado para su visita. Le habían cepillado el pelo, le habían enjugado el sudor del parto de la cara y las manos y habían extendido un cubrecama rosa de seda sobre su lecho.

Sonrió mientras se inclinaba sobre ella, y su corazón se inundó de amor. Su cara oval era de una belleza clásica, no era una cara amable, y quizás más orgullosa que gentil, pero él conocía bien su profunda ternura interior. Su piel era de un blanco crema, aunque en este momento no tenía el color habitual. Sus ojos castaños estaban adormilados por el cansancio y el contento, y su largo cabello oscuro, suave y liso, estaba cepillado y extendido sobre el cojín plano.

—He venido a darte las gracias —dijo.

—No he hecho más que mi deber —replicó ella.

Eran las palabras rituales, pero ella con su mirada supo darles una expresión de intimidad.

—Pero —añadió con su obstinación habitual—, me alegro de tener hijos tuyos. ¿Cómo puede ser esto sólo un deber?

—Placer o deber, por favor continúa —dijo él riendo.

Si hubiesen estado solos se hubiera arrodillado a su lado y le hubiese acariciado las manos. Pero como no lo estaban no tuvo más remedio que saludar y marcharse. Se detuvo en la puerta

para dar una orden a las mujeres. —

—No la desvelen con su charla y asegúrense de que tome caldo de pollo mezclado con raíces de ginseng.

Se inclinaron en silencio y él volvió a la biblioteca, donde, dentro de unos minutos, le sería presentado su segundo hijo varón. Se arrodilló delante del gran escritorio, y luego se levantó otra vez, demasiado inquieto para leer o escribir. Recorrió la estancia una vez más. La luz del sol entraba por las puertas abiertas, se volvió hacia él y sus rayos le calentaron. Sus blancas vestiduras brillaban a la luz y gozó de este ambiente de claridad y limpieza.

Era extremadamente limpio. Sunia sabía que cada mañana se ponía ropa limpia, pantalones holgados atados a sus tobillos, y una larga túnica blanca cruzada de izquierda a derecha sobre el pecho.

Sus antecesores fueron adoradores del sol, y había heredado de ellos su amor a la

luz. El blanco era el color sagrado, un símbolo de brillantez y de vida, aunque también era el color del luto. Sin embargo la vida y la muerte estaban tan estrechamente ligadas en su inquieto país que no se podía pensar en la una sin la otra. Este saber se heredaba, él lo había heredado y lo heredarían sus hijos. Siguió pensando en esto y mirando fijamente un rayo de sol que caía sobre él.

Se acordó de que no había preguntado a su hijo mayor por qué se había enfadado tanto como para correr al bosquecillo de bambúes y romper los brotes tiernos. Tenía que saber por qué se había enojado su hijo. Dio unas palmadas y, mientras esperaba al criado, se sentó sobre los cojines que había detrás de su escritorio.

Como si no tuviese nada más que hacer habló descuidadamente al criado.

—Ruega al preceptor de mi hijo que venga, y entretanto cuida del niño tú mismo. Le está prohibido entrar en el bosquecillo de bambúes.

No explicó porqué le estaba prohibido. En una casa como aquella donde hay muchos criados todo lo que ocurre se sabe en seguida. El criado salió del cuarto cerrando la puerta silenciosamente.

Mientras esperaba al preceptor, vertió agua en el recipiente y frotó con la barra de tinta seca, hasta que se formó una pasta húmeda adecuada para dibujar caracteres chinos sobre la hoja de grueso y blanco papel de seda hecho a mano. Humedeció el pincel en la tinta, y cogiendo los finos pelos entre el pulgar y dos dedos los alisó y los posó sobre el papel. Iba a escribir cuatro líneas de un poema que había creado para anunciar el nacimiento de su segundo hijo. Pero, ¿qué lengua usaría? Si su padre tenía que verlo, tendría que escribirlo en chino antiguo.

—Ningún verdadero intelectual puede usar el hangul —decía su padre siempre que veía lo que llamaba «la nueva manera de escribir».

En realidad a los hombres les gustaba escribir en chino para demostrar que habían recibido la educación correspondiente a un hombre culto. A Sejong el Grande le habían enseñado en chino y además había sido un buen gobernante.

—Si un rey quiere gobernar bien —decía—, debe saber lo que su pueblo piensa y desea, y ¿cómo puede éste escribir a su Rey si las letras que usa son tan difíciles que se necesitan años enteros para aprenderlas? .

Para que le fuera posible comunicarse con su pueblo, inventó, con la ayuda de muchos intelectuales, un alfabeto tan sencillo que no se parecía en nada a los complejos signos chinos.

El libro con la historia de la vida del rey Sejong estaba abierto ahora sobre su escritorio. Il-han reflexionaba mucho últimamente sobre este noble Rey. ¡Ojalá que hoy en día hubiese un gobernante tan grande como Sejong! Uno que, aunque fuese el más encumbrado, pensase en los que estaban más abajo, en el pueblo: los que trabajan la tierra para producir alimentos para todos, los que construyen casas para que vivan los demás, los que sirven.

El mismo Il-han había sido educado como hijo único bien amado de una gran casa de la clase yangban, y no había pensado nunca en este su pueblo. Fue su propio preceptor, el padre del preceptor de su hijo, el que le habló de la agitación del pueblo, de la muda revuelta de los silenciosos. El Grande fue una buena denominación para un rey como Sejong. Fue lo suficientemente grande para saber que ningún gobernante puede ignorar el descontento de sus súbitos, pues el descontento crece y se convierte en cólera y la cólera en revolución. Pero ahora, ¿dónde había un hombre así? ¿Llegaría alguna vez a ser así el joven Rey?

La puerta se abrió y el preceptor de su hijo entró saludando, con un traje blanco, inmaculado.

—Señor, disculpe mi tardanza. Estaba en el baño. Se inclinó profundamente y esperó.

—Entre —ordenó— y cierre la puerta.

No se levantó, el preceptor era su inferior en edad y posición, aunque sólo los separaban tres años.

Su padre se quejaba de que el preceptor era demasiado joven pero Il-han quiso conservarlo, diciendo que su anciano preceptor era demasiado viejo, y no deseaba confiar su hijo a un forastero del que no sabía nada.

El joven entró y esperó.

—Siéntese —dijo Il-han amablemente.

El joven se sentó frente a él en un cojín delante del escritorio. Il-han se dio cuenta de que — estaba inquieto y supuso que esperaba que le reprochase la destructiva cólera del niño, por ello le habló amablemente haciéndose cargo de la ansiedad que se pintaba en las sensitivas facciones del joven.

—Deseo hablarle de mi hijo —empezó Il-han.

—Como quiera, señor —contestó en voz baja el joven.

—No se trata de reproches ni castigos —continuó—. Es sólo que quiero que me hable de mi hijo, está con usted todo el día y usted entiende su carácter. Dígame, ¿por qué se encolerizó tanto en su propia casa?

El joven apartó los ojos del borde de la mesa.

—Tiene accesos de cólera, señor. No sé la causa. Vienen como las tempestades en el mar. No solemos discutir, pero a veces, de pronto, tira el libro al suelo y me echa de su lado.

—¿Odia los libros?

—No, señor —el joven levantó un poco más los ojos hasta llegar a las manos de Il-han apoyadas en el escritorio—. Es muy pequeño y no le exijo que estudie. Le leo anécdotas históricas, leyendas, cuentos de hadas, algo que le divierta y le guste, para que comprenda el placer que se halla en los libros y lo busque más tarde por sí solo. Esta mañana por ejemplo, le estaba leyendo la historia de La Rana Dorada.

Il-han conocía la historia desde su niñez. Era el cuento del rey Puro, quien no teniendo hijos, rogó al Señor que le enviara un varón. Cabalgaba hacia su casa de vuelta de un lugar llamado Konyun, cuando de repente oyó llorar a una roca. Sorprendido, ordenó a su séquito que se detuviera a examinarla y debajo encontraron una rana dorada que parecía un niño. El Rey creyó que sus ruegos habían sido escuchados y se la llevó a casa. La rana se convirtió en un guapo joven, y el Rey lo llamó Kunwa, que significa Rana Dorada y a la muerte de aquél le sucedió y se llamó rey Kunwa.

—Entonces —estaba diciendo el preceptor— el niño arrancó el libro de mis manos y lo lanzó al suelo. Luego salió corriendo del cuarto. Lo busqué y cuando lo encontré en el bosquecillo de bambúes, estaba arrancando los tallos de bambú con toda su fuerza y los arrojaba al suelo. Cuando le pregunté por qué hacía esto, dijo que no quería una rana dorada por hermano.

—¿Quién le puso esta idea en la cabeza? —preguntó Il-han asombrado.

El joven preceptor bajó los ojos otra vez, y, se ruborizó intensamente. .

—Señor, estoy desolado, me temo que fui yo. Oyó hablar del próximo nacimiento de su hermano y me preguntó de dónde vendría. No sabía qué contestarle y le dije que quizás le encontrarían bajo una roca, como la Rana Dorada.

—Una inteligente explicación —rió Il-han—, pero hay otra mejor. Podía haberle dicho que su hermano vendría del mismo lugar que vino él. Y cuando el niño hubiese preguntado de dónde vino él, haberle dicho: Si no lo sabes tú, ¿cómo vaya saberlo yo?

El joven preceptor, perdiendo ya del todo el control de sus nervios, le miró a los ojos.

—Señor, no conoce a su hijo. No se le puede convencer fácilmente, tengo que esforzarme en contestar muy bien a sus preguntas. A veces creo que dentro de pocos años sabrá más que yo. Se da cuenta si trato de evadirme del tema, del menor engaño, y me acosa para que le diga la verdad, aunque no la comprenda. Cuando, desesperado se la digo, lucha con ella como si estuviera atacando a un enemigo que debiera derrotar. Cuando finalmente la comprende y satisface su anhelo, está exhausto y furioso. ¡Insistió tanto en saber de dónde venía su hermano! y ¿cómo podía yo explicárselo? Es demasiado joven. Traté de persuadirle con astucia, y fui a buscar el libro. Pero sabía que era una excusa, ésta fue la verdadera razón de su cólera.

Il-han se levantó de su cojín y fue a la puerta abriéndola de golpe. No había nadie, la cerró y volvió a su asiento. Se apoyó en su escritorio y habló más bajo.

—Le he llamado también por otra cosa. Su padre, como sabe, fue mi preceptor. Me enseñó muchas cosas, pero, sobre todo, me enseñó a pensar. Me enseñó la historia de mi país. Deseo que haga lo mismo con mi hijo.

El joven preceptor se turbó.

—Señor, mi padre era miembro de la sociedad Silhak. Bajó la voz y miró hacia la puerta.

—¿Por qué asustarse? —preguntó Il-han—. Lo que tienen de bueno las enseñanzas Silhak, es que dicen que las enseñanzas que no sirven al pueblo no son sabias. Dése cuenta de que no es nada nuevo. Es un conglomerado de varios elementos.

—Occidente entre ellos —dijo el preceptor.

Se olvidó de que estaba en presencia del heredero de la familia más poderosa de Corea.

—En parte occidentales —reconoció Il-han—, pero no son malas. No significa traición a la reina. Yo diría que hemos estado demasiado tiempo bajo la influencia de China. No es que debamos dejarnos influir totalmente por el Oeste. Nuestro destino, estando rodeados de muchas potencias, es estar influidos por todas hasta cierto punto. Nuestra labor es aceptar o rechazar estas influencias; unir las, mezclarlas o separarlas de nuestras propias facetas, para ir formando nuestro carácter de nación independiente y con personalidad propia. Pero, ¿cuál debe ser esta personalidad? Este es el problema; no encuentro ninguna contestación, pero ahora debo hallar la respuesta para el bien de mis hijos.

Se apoyó en el respaldo de su cojín, ceñudo y caviloso, pero luego su voz se alzó con mayor energía.

—No repita la debilidad de su padre conmigo. Me enseñó lo malo de otras familias, pero no de la mía, la familia Kim, la más culpable de todas ellas, en cierto modo. Pronto nos introdujimos en la Monarquía, y así pudimos obtener beneficios. Mil quinientos años atrás, mi familia casó tres de sus hijas con personajes de la octava dinastía Honjong. Durante tres reinados, uno después de otro, estos miembros de nuestra familia se casaron con miembros de la casa real «truebone». Mis antecesores lograron los mejores puestos del gobierno y por esto mi abuelo, y aún mi padre, se negaron a oponerse al Regente, y este último se retiró a vivir al campo. ¿Cómo podríamos vivir si no en casas como ésta? ¡Un palacio! ¿Cómo podría yo poseer tantas tierras en un país tan pequeño? Hasta aspiramos a subir al Trono. Usted sabe que uno de mis antecesores lo intentó y fue aplastado como merecía.

Hablaba con pasión reprimida pero profunda, y el joven preceptor estaba sorprendido por la humillación que Il-han se infligía a sí mismo.

—Son cosas pasadas, señor —murmuró—. Se han olvidado ya. Il-han insistió:

—No se han olvidado. Por culpa de los Kim sufrió y sufre mucha gente. Nuestro nombre es famoso por esto. —Con el índice de la mano izquierda dibujó en su otra mano la palabra china que significaba oro. Esta palabra era Kim—. Esto es por lo que hemos vivido, para el oro, oro en forma de tierras, casas y alta posición. Incluso llegamos a ser más poderosos que la casa real. Usted debe enseñar a mi hijo lo que su

padre no me enseñó. ¡Enséñele la verdad!

Habló violentamente, sus hermosas facciones estaban sombrías y contraídas por la furia.

Antes de que el preceptor pudiese hablar, se abrió la puerta. La comadrona entró, llevando en brazos al recién nacido sobre un cojín de seda roja. La seguían las cuñadas de Il-han y sus doncellas.

La cuñada de más edad entró primero. —Hermano, te presento a tu segundo hijo.

Il-han se levantó. Sus deberes familiares lo reclamaban otra vez y despidió al preceptor con un gesto. Avanzó hacia el cortejo y tendió los brazos. La comadrona puso en ellos el cojín con el niño que dormía, y entonces pudo ver la carita perfecta de su nuevo hijo.

—Pequeña Rana Dorada —murmuró.

Las mujeres se miraron asombradas y luego se rieron y aplaudieron. Era un presagio feliz, porque la Pequeña Rana Dorada se había convertido en un príncipe.

—¿Qué dijo cuando vio nuestro hijo? —preguntó Sunia. Había recobrado ya algo de su color natural y sus grandes ojos estaban llenos de vida. El parto no había sido difícil, y con un segundo hijo varón se sentía triunfante. Tendría que tener tres o cuatro más antes de poder desear una hija. Una mujer necesita hijas en la casa.

—Sonrió y le llamó Pequeña Rana Dorada —dijo su hermana mayor, una alta y esbelta mujer de mediana edad, casada con un intelectual que vivía en una ciudad del Norte.

Desde que la madre de Sunia y la de Il-han murieron, venía a cumplir, junto a ella, los deberes de una madre. Con ella vino también su hermana menor, que no se había casado porque quería hacerse monja budista. Il-han, a falta de padre o hermano, no se lo había consentido.

—Hoy en día —dijo— ninguna mujer debe enterrarse en un convento. La época del budismo ha pasado ya.

Sin su permiso, la hermana de Sunia no podía hacer otra cosa que esperar.

Sunia recibió a su hijo tiernamente y lo estrechó contra su pecho.

—Siempre encuentra palabras adecuadas para todo. Es demasiado inteligente para mí. Espero que este niño se parezca a él.

Miró la carita dormida y acarició la pequeña y firme barbilla.

—¡Mírale cómo duerme! Se está ocultando de mí. Todavía no le he visto los ojos.

—Acérquelo a su pecho —dijo la comadrona—. No mamará todavía, pero se acostumbrará al pezón.

La joven madre descubrió su pecho redondo y lleno. —Póngalo primero en el izquierdo, donde está el corazón. Sunia se negó tozudamente.

—Ya puse mi primer hijo en el izquierdo, éste lo pondré en el derecho.

El niño se agitó cuando el pezón tocó sus labios, pero no abrió los ojos. Sunia

levantó su seno con una mano y con el pezón rozó los labios de su hijo, riéndose de él. Las mujeres la rodearon para gozar de la vista de una mujer joven y saludable y de su hermoso hijo varón.

—Miren, miren —exclamó la hermana más joven—, ha abierto los ojos y hace pucheritos.

De pronto el recién nacido dio señales de vida y chupó el pezón.

—Ah... ah... ah...

Las mujeres contuvieron la respiración. Se miraron. ¿Dónde se había visto cosa igual? Mamar tan pronto, aunque sólo fuera un instante. Sí, había sido sólo un instante. El niño volvió a quedar dormido con los labios humedecidos por la leche. La comadrona lo cogió y lo puso al lado de su madre, en la cama, porque un recién nacido debe dormir junto a su madre ya que necesita el calor del cuerpo en el que estaba hasta hace tan poco y el espíritu que estaba con él antes de nacer.

Luego su hermana ahuecó los cojines y alisó la colcha. —Duerma —le mandó la comadrona—. Estaremos cerca por si llama, pero ahora debe descansar.

Pasaron a otra habitación cerrando la puerta corredera tras ellas. Era la primera vez que estaba a solas con su hijito, y quería examinar ella sola su propia obra. Se sentó en la cama, puso el niño sobre sus rodillas y le fue quitando los vestidos con manos cálidas y acariciadoras hasta dejarlo desnudo. Luego le examinó todo el cuerpo con extrema atención buscando alguna imperfección. Primero los pies que pisarían con la firmeza de un hombre fuerte, pero ahora, ¡qué pequeños y lindos eran! Al pie, gordo y perfecto, no le faltaba ningún dedo, tenía las uñas rosadas y lo suficientemente largas para cortárselas, pero no debía hacerlo, porque podría traerle mala suerte toda la vida. Tenía los empeines tan altos como los de su madre, y los tobillos ya formados. Las piernas, como las de su padre, serían rectas cuando las curvas de la infancia desapareciesen, porque sus huesos eran fuertes. Los muslos eran gruesos y el vientre redondo. El pecho alto, los hombros anchos y lo suficientemente fuertes para sostener su cabecita. Los brazos largos prometían ser los de un hombre alto. Las manos eran exquisitas, como las de su padre, largas y bellas. Las suyas eran pequeñas y graciosas, pero las de Il-han eran fuertes, aunque no hubiesen hecho nunca más que sostener un pincel para escribir. Tenía la cabeza lo suficiente grande para dar cabida a un cerebro privilegiado; notablemente modelada, de amplia frente, cabello suave, oscuro y abundante. Todas sus facciones eran perfectas de forma y colocación. Se parecía a su padre, así como el mayor se parecía a ella. No tenía ninguna imperfección. Había nacido perfecto y completo.

No, espera; ¡la orejita izquierda!, ¿el lóbulo?

La examinó cuidadosamente mientras el niño dormía. Un lóbulo era más corto que el otro, algo retorcido, imperfecto. Intentó recordar qué había podido hacer para que le naciera un niño imperfecto, aunque la imperfección fuese mínima.

Las predicciones habían sido favorables. Supo que iba a tener un hijo, porque había soñado con la salida del sol de madrugada. Soñar con flores habría significado que iba a tener una niña. Entonces, ¿por qué esta orejita con el lóbulo torcido? Procuraba recordar todos sus sueños mientras estuvo embarazada. Ninguno había sido malo. El mejor de sus sueños fue uno en el que vio a su padre, que murió cuando ella tenía cuatro años y era tan pequeña que cuando pensaba en él, sólo podía recordar su cara vagamente. Sin embargo, en sueños había visto claramente su rostro sonriente, una cara alargada y bondadosa, de nariz no tan grande que hubiese significado ruina y muerte en país extranjero, ni tan pequeña que hubiese significado hambre.

Examinó ansiosamente la nariz del niño. No era ni grande ni pequeña, aunque más bien grande que pequeña. La oreja torcida era imposible de explicar. Habría que enseñársela a Il-han cuando fuese a verla mañana. Si él tampoco sabía lo que significaba, consultarían al adivino ciego.

Vistió al niño de nuevo, lo envolvió en el cobertor de seda y lo puso a su lado en la cama. Su intensa preocupación no le permitió dormirse hasta el amanecer.

No hablaría aún de este defecto, que Il-han lo descubriese por sí mismo:

Fue a verla al siguiente mediodía, cuando ya habían aseado y vestido al niño. A Sunia, después de comer, la habían lavado, perfumado y vestido, de blanco, y le habían cepillado el pelo adornándolo después con una cinta de seda rosa. Il-han procuraría estar lo mejor posible. Lo conocía. Cuando estaba absorto en sus asuntos no se preocupaba de sí mismo, pero hoy por la mañana se habría afeitado, peinado el pelo hacia atrás en una tirante trenza que partiría de la parte superior de la cabeza, y se habría puesto blancas y limpias vestiduras.

Cuando llegó, le latió el corazón como la primera vez que le vio, con el traje de boda, la típica túnica de espesa seda negra encima de las vestiduras blancas, el sombrero negro y alto, el collar largo y pesado y el ancho cinturón de brocado. Todo lo que el casamentero había dicho, era verdad. Antes de que se firmase el contrato de boda, su padre había contratado unos espías, porque los casamenteros, en su afán por ganar dinero, "a menudo inventaban mentiras que favoreciesen a los contrayentes. Pero los espías volvieron y confirmaron lo que aquéllos habían dicho.

—Es un joven muy guapo. Ni juega ni va con malas mujeres.

Su única falta es que sigue las enseñanzas de los Silhak.

Se sospechaba que una de sus teorías era la demanda de acción y no únicamente de estudio. Un hombre, y aun un rey, sostenían los Silhak, debía ser juzgado por sus obras y no por sus palabras. Cuando le explicaron esto a Sunia, dijo que quería un hombre así para marido porque estaba harta de hombres que no hacían más que alardear de glorias de tiempos pasados. Su padre cedió al fin y firmó los contratos, y en cuanto ella vio la cara grave y hermosa de Il-han supo que había acertado.

—Entra, entra —dijo ahora al darse cuenta de que estaba parado en la puerta mirándola, y admirando su belleza mientras ella pensaba en él.

Sunia sabía muy bien lo que significaba aquella mirada encendida de sus ojos oscuros y la sonrisa de su labios. Si hubiesen pertenecido a una generación anterior, él no habría ido a su habitación tan inmediatamente después del nacimiento del niño ni tampoco solo, pero las viejas costumbres se dejaban de lado ante las exigencias de los jóvenes. Se abrazaron. Entre sus amigos no conocía ningún matrimonio que conversase como ellos. Si alguno lo hacía, las esposas no lo decían. Porque, ¿quién puede saber lo que pasa entre un hombre y una mujer? Una corriente vital interior fluía entre ellos, y era algo muy excitante porque a ella la habían educado en la más inocente ignorancia. Nadie la había preparado para la eventualidad de que se enamorase de su marido.

Su madre le había dicho que no debía quejarse de su marido, ni negarse a lo que él le pidiera, ni debía enfadarse si no gustaba a su marido y él se iba con otras mujeres fuera de su casa... El cumplía con su deber reconociéndola como esposa, respetándola y dándole casa, alimento y vestidos.

—Tu deber es ser suya, sólo suya, haga él lo que haga —había dicho su madre con viveza pero vagamente; porque, ¿cuál era este deber, y este lo que haga? No se había atrevido a preguntárselo, estaba tan ocupada con los detalles de los esponsales, con recibir la caja negra que mandaba la familia de Il-han, que contenía seda roja de fondo azul y seda azul de fondo rojo, y otras cosas semejantes, y con aquella carta.

¡Ah, la carta! No se le había permitido estar presente cuando un miembro de la familia Kim la trajo, pero se la sabía de memoria.

Puesto que ustedes nos han concedido a su noble hija como hija política, les mandamos como regalo unas telas, según las antiguas costumbres.

Así se fijaron los esponsales. Aquella noche iluminaron la casa con faroles y en ras puertas colocaron criados con antorchas encendidas. Ella se había quedado en su habitación, pero lo miraba todo de pie en la oscuridad, detrás de la cortina de una ventana. Y el día de su boda se escondió allí otra vez, cuando él llegó montado en un caballo blanco. El caballo lo conducía un hombre vestido de azul con sombrero rojo, que llevaba bajo el brazo un pato vivo, que significaba felicidad matrimonial. El hombre era pequeño, y el pato tan grande y lleno de vida que tenía que forcejear constantemente con él. Il-han, montado en su caballo, se reía. Sunia se rió entonces y se reía ahora recordándolo.

—¿De qué te estás riendo? —preguntó Il-han. Acercó un taburete labrado a su lado y se sentó.

—Estaba recordándote montando aquel caballo blanco tan grande —dijo riendo —, con los criados detrás tuyo llevando sombrillas de papel y el hombrecillo que llevaba aquel pato tan grande.

Era uno de los placeres de su vida en común que le sorprendiese siempre con pensamientos, sentimientos y actos nuevos para él.

—¿Estabas mirando? —preguntó sonriendo.

—Sí —dijo alegremente—. ¿No te lo había dicho nunca? Estaba mirando, y cuando te vi reír, me sentí feliz.

El cogió su mano. —¿Feliz por qué?

—Porque supe que te amaría.

Dio una palmada.

—¿Y si el pato se hubiese escapado?

Lo dijo para hacerla enfadar un poco, porque es un mal presagio para el futuro matrimonio que el pato de bodas escape.

—No me habría preocupado —dijo ella—. Te había visto y te hubiese seguido donde fuese.

—Bien, bien —intentaba disimular su constante ternura a través de los años, regañándola—. ¿Es así como se habla a un hombre? Eres demasiado atrevida. No te han educado bien.

—Estoy muy bien educada, y tú lo sabes —replicó enfurruñada—Todas las mujeres Pak están bien educadas. ¿No pertenecemos acaso a los truebone? Tenemos sangre real también, como los Kim.

—Truebone para truebone —dijo poniendo la mano de Sunia sobre su mejilla. Ella se la acarició y luego, no queriendo llegar más lejos, apartó la mano.

—Todos somos iguales —dijo ella—. El día de nuestra boda me saludaste demasiado descuidadamente, en la mesa, delante de la puerta. Tres veces, en vez de cuatro. Aún estabas tratando de dominar la risa por lo del pato.

—El pato no debe estar sobre la mesa, como sabes muy bien —le recordó él—, y ya me veía yendo al encuentro de mi princesa con un pato detrás de mí.

—Sea como fuese, tu padre parecía sorprendido cuando te condujo fuera de la casa. No me habías visto nunca hasta entonces y aún pensabas en patos.

Se lo reprochaba burlonamente, pero sus oscuros ojos reposaban en su cara con tal mirada, que él se mordió los labios.

—Nunca lo olvidaré —murmuró. Se levantó impetuosamente, la alzó contra su pecho con el brazo derecho y hundió la cara en su pelo. Se abrazaron unos instantes y luego ella, gentilmente, le apartó.

—No nos conducimos bien, padre de mi hijo. Esta no es nuestra noche de bodas.

—Falta más de un mes para ... —murmuró impaciente, luego se interrumpió bruscamente.

Ella parpadeó, se puso a mirar la colcha de satén e intentó estirar un hilo.

—No me has dicho lo que pensabas de nuestro segundo hijo. El suspiró profundamente.

—Espera un instante —le rogó—. Deja que se calme mi corazón.

Se levantó y paseó por la habitación, parándose delante de una pintura de la montaña sagrada de Omei, en la lejana China. Luego volvió a sentarse.

—Este hijo no es respetuoso con su padre —dijo—, durmió durante todo el tiempo que estuvo en mi presencia. Pero me parece bien, aunque no es tan hermoso como el primero. Se asemeja a mí. No creo que los Pak en general sean más guapos que los Kim, pero tú eres una excepción.

Ella sacudió la cabeza.

—Hice lo que pude para que fuese perfecto, pero ...

—¿Pero qué?

—Tiene una imperfección.

—¿Sí?

—Esto —tocó el lóbulo de su oreja— Está torcido hacia dentro, no es como el otro.

Il-han dio una palmada. Entró una sirvienta.

—Tráeme a mi segundo hijo —ordenó— ¿Qué puede significar esto? —preguntó luego a su mujer.

Sacudió la cabeza otra vez, y las lágrimas acudieron a sus ojos.

—¡Ah, no! —gritó impetuosamente, cogiendo sus manos entre las suyas.

—No es culpa tuya, cariño mío.

—Algún espíritu maligno debió tocarle antes de nacer —suspiró Sunia.

—Tengo que preguntar al adivino lo que significa.

—¿Dónde estaban nuestros espíritus samsin? —preguntó desdeñosamente.

Era una vieja querella entre ellos, nunca acabada, una pequeña batalla que nadie perdía y nadie ganaba. Los samsin eran los tres espíritus cuyo deber es cuidar de la concepción, crecimiento y desarrollo de los niños en la casa. Él no creía en espíritus samsin, y ella, cuando la embromaba, decía también que no creía, y, sin embargo, había puesto los amuletos.

—Los hilos, los papeles, los trozos de tela, estaban colgados aquí y allá en la pared la noche que nosotros ...

Él soltó sus manos suavemente y fue hacia la pared del fondo de la habitación. ¡Sí! Aún estaban allí, la material y evidente presencia de los samsin, ahora algo polvorientos y rotos. ¿Cómo podían estas pobres reliquias tener influencia sobre el nacimiento de un niño? Las contempló con desagrado, dándose cuenta de que en su mente y en su corazón seguía habitando su vieja incredulidad. ¡Cuentos de gente pueblerina, torpes esfuerzos de campesinos y sacerdotes ignorantes para encontrar una explicación a los milagros de la vida. ¡Hasta su cuñada quería ser monja budista!

Deseaba saber, conocer cosas de una manera nueva, diferente a la de los libros de los muertos. Su padre se sentaba día tras día a estudiar la historia de los antepasados

de su familia, orgulloso de los muertos, censurando a los vivos. Era vivir muriendo un poco cada día, engendrando hijos para el futuro pero soñando con el pasado.

Alzó la mano y arrancó aquellos amuletos. —¡Il-han!

Oyó el grito de su esposa y se volvió hacia ella.

—¡Cuánto tiempo he estado deseando destrozarte estos trapos! Y al fin lo he hecho.

—Pero Il-han —dijo suspirando—, ¿qué nos sucederá?

—Algo nuevo y algo bueno —dijo él.

En este instante entró la sirvienta con su segundo hijo. Se lo cogió, la despidió con un gesto de la mano y llevó al niño a la cama dejándolo aliado de su madre.

—Tranquilízate, Sunia —mandó— ¿Me acusas de no tener sentimientos paternales? Solamente quiero que si el niño puede ser perfecto, lo sea.

Sunia volvió a protestar.

—¡Sólo piensas en ti! ¡Estás avergonzado de tu hijo! ¡Oh! ¡Lo tuyo tiene que ser siempre tan... tan... perfecto!

Estaba sorprendido. Nunca la había visto tan enfadada. A veces se enfurruñaba y se enfadaba, pero sus malos humores terminaban siempre en risas. —Ahora no se reía. Tenía las mejillas escarlata, y sus ojos, relucientes como el fuego, le lanzaban llamaradas de furor.

—Sunia —le dijo con voz irritada, pero ella no le dejó hablar.

Tenía el niño apretado contra su pecho y continuó hablando y sollozando al mismo tiempo.

—¿Eres tú un truebone? No lo creo. Nunca se oyó decir de un tangban que porque su hijo tuviese un defecto pequeño, pequeño, pequeño, en la curva del lóbulo... no. ¡Tú eres un soban... soban... soban!

Le pasó el brazo por detrás de la cabeza y le tapó la boca con la mano. Sunia, con el niño en brazos, intentó desasirse, pero no la soltó. De pronto, uno de sus agudos dientes le mordió la palma de la mano. Lanzó un grito y apartó la mano. Le sangraba la palma. Se la miró, luego la miró a ella y la sangre que goteaba sobre la colcha de satén.

Sunia estaba horrorizada.

—¿Qué he hecho? —murmuró, y dejando al niño, le vendó la mano con una tira que rasgó del borde de su ancha manga—. Perdóname —le rogó, y apretó la mano de Il-han contra su pecho. Tenía los ojos húmedos de lágrimas.

Él sonrió, disfrutando del placer de perdonarla. —Enséñamelo —dijo.

Sunia le dio la vuelta tiernamente y le echó para atrás el cabello, suave, negro y liso que le caía sobre la oreja izquierda. —Aquí —dijo—, mira lo que le ha sucedido ya antes de nacer.

Se acercó más para verlo. La deformación era muy pequeña. En una niña que tiene que llevar pendientes, hubiese sido un defecto más grave.

Sin embargo, era un defecto, y no le gustaba pensar que un hijo suyo lo tuviera. ¿Qué podría hacerse? La forma del lóbulo ya estaba hecha, la carne creada. No serviría de nada llamar a un doctor, las hierbas no cambiarían esta forma permanente y era algo tan pequeño, el lóbulo metido hacia dentro como si se lo hubiesen alzado con un hilo que pudiese soltarse en cualquier momento.

Un corte rápido de cuchillo podría solucionarlo si se tenía la valentía suficiente para hacerlo.

Tocó la suave oreja del niño y luego alisó otra vez sobre ella el pelo negro.

—He oído decir que los doctores occidentales corrigen estos defectos cortando la carne con un cuchillo —dijo.

Sunia cogió al niño en sus brazos.

—¡Nunca! ¿Un doctor occidental? ¡Tú no quieres a tu hijo!

Le quiero —dijo él gravemente—. Le quiero lo suficiente como para desear que sea perfecto.

Ella estaba a punto de llorar. —¡Me echas la culpa a mí!

—No culpo a nadie, pero desearía que fuese perfecto —replicó.

—¡Pero, yo! —gritó. Las lágrimas le caían rodando por las mejillas—. ¡No permitiré que lo toque un doctor extranjero! Déjalo tal como nació. Yo lo quiero. Será mi hijo si tú no lo quieres aceptar como tuyo.

—Es verdad —dijo tranquilamente—, es verdad que las mujeres coreanas son tozudas e independientes. Si me hubiese casado con una amable china o una dócil japonesa ...

—¡Ay, no! —murmuró—. No me hagas reproches.

—¿Pues quién soy yo? —preguntó.

—Un truebone, tangban de la clase yangban —dijo ella con el corazón roto. —¿Y qué más?

—Un intelectual.

—¿Qué más, qué más?

—Mi señor.

—Eso es. ¿Y qué más?

Con la mano que estaba posada en el pecho de Sunia, le alzó la cara hacia él.

—Mi amor —dijo ella al fin.

—Bueno, bueno —dijo él bajito—. Ahora ya sé todo lo que soy: un yangban, tangban, y además tu señor y tu amor. Me parece que esto bastaría a cualquier hombre.

—¿Todavía te sangra la mano?

Se la mostró con la palma vuelta hacia arriba. Había dejado de sangrar, pero se veía la marca de los dientes. Cuatro pequeños puntos rojos. Sunia volvió a sentir remordimientos y, cogiéndosela otra vez entre las suyas, se la llevó a los labios y besó

las marcas. Entonces, el niño, que había estado durmiendo todo este tiempo, empezó a llorar. Lo cogió en sus brazos y lo acercó a su pecho. Inmediatamente empezó a mamar, chupando con fuerza.

Sunia alzó los ojos y los posó en Il-han, que se había apartado un poco de la cama y estaba de pie mirando el grupo que formaban.

—Míralo —dijo orgullosamente—. Está hambriento de verdad.

—Ya lo veo —replicó Il-han. Silencioso miraba al niño mamando de aquel pecho lleno y suave.

—Si fuese adivino —dijo— predeciría que este hijo nuestro no pasará hambre. Siempre encontrará el camino a la fuente que lo alimenta.

Y, dicho esto, salió de la habitación y volvió a su biblioteca sin mirar a los criados que, a derecha e izquierda, dejaban sus ocupaciones, sea lo que fuere lo que estuviesen haciendo, y se inclinaban respetuosamente a su paso.

Sin embargo, una vez en su biblioteca, no se sintió con ánimos para fijar su atención en los libros.

Inconscientemente, Sunia había hablado de una de las ideas que le tenían inquieto.

Era extraño que esta época fuese igual a la de sus abuelos. ¿Por qué Sunia había tenido que hablar precisamente entonces de cuando los nobles civiles estaban en el poder y los militares sometidos a ellos? Ambos eran yangban, de la aristocracia de la era Koryo, y en teoría las dos divisiones de la nobleza, la civil y la militar, eran iguales, aunque en la práctica los civiles tangban, a los que su familia había pertenecido siempre, tenían mayor influencia desde que los soban se habían estancado en puestos de un nivel algo inferior del Gobierno. Aunque cuando la clase dirigente se corrompía, los soban, es decir, los militares, se apoderaban por fuerza del poder y acababan con la corrupción.

Sucedió así con el decadente rey Vijong, el dirigente número dieciocho de la época Koryo. Este rey, apoyado y aplaudido por sus consejeros civiles, había dedicado su vida al placer y a las locuras. Una noche, estando rodeado de mujeres y acompañantes borrachos, los cabecillas militares soban tomaron el poder, y sólo después de una lucha encarnizada, lograron los civiles tangban volver a subir al trono. Ahora se volvía a esta antigua pugna entre militares y civiles.

¿Por qué sucedía esto? Sorprendido, se dio cuenta repentinamente de que estaba enojado consigo mismo por no haber estudiado mejor la historia. Puede que ahora que ya era un hombre hecho y derecho, padre de dos hijos, empezase a creer en lo que su padre le decía tan a menudo.

—Hijo mío, hay que conocer el pasado para comprender el presente y enfrentarse con calma con el futuro.

Le había escuchado sin oírle, harto del pasado y fastidiado por su adoración a los

antepasados. Aún ahora, cuando su padre se reunía con viejos amigos, sólo hablaban del pasado. —¿Recuerdas? ¿Recuerdas?

Todas sus frases empezaban con esta palabra tan gastada: —¿Te acuerdas de la edad de oro de Koryo? ¿Recuerdas cuando luchamos con aquel diablo japonés, Hideyoshi, que invadía nuestras playas?

—Sí, pero piensa que la dinastía Yi. ..

Bueno, aún no era tarde para corregir su ignorancia. Iría a ver a su padre y ahora le escucharía atentamente.

—Señor, ¿seguro que quiere ir andando? —le preguntó con empalagosa ansiedad el criado que le traía su abrigo de seda negra.

—Iré andando —contestó Il-han.

El criado ató las anchas bandas del abrigo al hombro izquierdo de su amo.

—¿Lo sigo, señor?

—No es necesario —replicó Il-han—. Hace un día muy bonito y quiero ir a decirle a mi padre que me ha nacido otro hijo varón.

El criado insistió:

—Señor, ya se lo han anunciado las cartas rojas. Las mandamos ayer.

—Cállate —dijo Il-han.

Hablaba con impaciencia desacostumbrada en él, y el criado, dándose cuenta del mal humor de su amo, inclinó la cabeza y lo siguió hasta la puerta. Allí volvió a hacerle otra reverencia, y dejando pasar unos minutos, salió tras él siguiéndolo sin que se diese cuenta. .

La calle principal, empedrada, tenía un aspecto bullicioso, con hombres y mujeres vestidos de blanco que iban y venían. Las mujeres se movían entre los hombres con entera libertad.

Una vez, adolescente, había estado en Pekín. Su padre fue nombrado emisario y tuvo que llevar el tributo al emperador chino, y él, un muchacho de quince años, le pidió que lo llevara. Cuando paseaban por las anchas y polvorientas calles de Pekín, le sorprendió no ver más mujeres que unas mendigas y una vendedora en el mercado.

—¿Es que los chinos no tienen mujeres? —preguntó a su padre.

—Claro que las tienen —replicó su padre—. Pero sus mujeres están en la casa a la que pertenecen. En nuestro país —aquí se paró y se rió sacudiendo la cabeza con un gesto que indicaba que lo lamentaba—, las mujeres pueden más que nosotros. ¿Sabes aquel viejo cuento de un marido calzonazos?

En una posada, mientras comían su padre y él, le contó la historia de un magistrado coreano de otros tiempos que había sufrido mucho a causa de la tiranía de su mujer. El magistrado reunió todos los hombres de su distrito y les explicó la situación. Luego pidió que los que estuviesen en la misma situación que él (que fueran también pan-rivan o calzonazos) se colocaran en el lado derecho de la sala.

Todos menos uno que se colocó a la izquierda lo hicieron así. Los otros se sorprendieron de que hubiese siquiera un hombre que no estuviese dominado por su mujer. El magistrado lo alabó diciendo que aquél era el símbolo de lo que debían ser los hombres.

—Díganos —le pidió el magistrado—, ¿cómo ha logrado su independencia?

Era un hombre pequeño, bajo y, tímido, que, sorprendido, balbuceó unas palabras explicando que no sabía de lo que le estaban hablando, que él estaba obedeciendo a su esposa, que siempre le ordenaba que evitase las multitudes.

Su padre terminó el cuento y miró a Il-han con ojos picarescos.

—Yo —dijo—, naturalmente, he hecho siempre lo que me ha mandado tu madre. Cuando lo malo se convierte en peor, me digo a mí mismo que las mujeres no pueden aún prescindir de los hombres porque somos nosotros los que engendramos hijos para ellas.

Enrojeció ante esta franqueza, y su padre se rió de él. Sonreía ahora recordándolo, y una alta campesina que llevaba una jarra de aceite en la cabeza le gritó:

—¡Mira por donde vas, rey de la creación!

Se apartó rápidamente para dejarla pasar, y captó una mirada de reojo de sus ojos oscuros, que le miraban rientes y amonestadores. Tenía un hermoso perfil. ¡Hermosas gentes las de su pueblo! Los japoneses eran mucho más bajos que estos campesinos, los chinos tenían la piel menos bonita y el pelo más negro y más tieso. Una noble gente, su pueblo. Era una lástima que habitasen esta estrecha faja de tierra montañosa codiciada por los demás. ¡Si les dejasen en paz, a él y a su gente, para soñar, componer música, escribir poemas y pintar! Ahora que las ambiciosas naciones circundantes se apoderaban de lo que podían, que los tangban civiles estaban en decadencia y los rebeldes soban se estaban agitando desde abajo, aquello era imposible.

Se paró en la Puerta Sur (llamada Puerta de la Ceremonia Importante), y le preguntó al guarda que a qué hora se pondría el sol, porque luego cerrarían la puerta y nadie, a menos que se tratara de algo oficial, podría entrar o salir. El guarda, un hombre alto con un parche en el ojo izquierdo, miró bizqueando al horizonte e intentó adivinarlo.

—¿Adónde va, señor? —preguntó.

—A ver a mi padre —dijo Il-han.

Entonces el guarda se dio cuenta de que era un Kim, y bajó la lanza hablándole con respeto.

—Tendrá tiempo de tomar dos tazas de té con su honorable padre.

—Gracias —dijo Il-han.

Cuando hubo atravesado la gran puerta se paró, como de costumbre, para mirar hacia atrás. Esta puerta era una de las ocho que tenía la ciudad. Todas se podían usar

para ir y venir excepto la del Norte, porque por ella huía el rey en caso de guerra, y la Sudeste, porque la usaban los criminales condenados a muerte al salir de la ciudad en su camino al patíbulo.

Esta última era también conocida por el nombre de Puerta de la Boca de Agua, porque el río pasaba por allí. También pasaban por allí los muertos camino del cementerio. Todos los muertos la usaban, excepto los reyes, que podían usar las otras. Era de madera y estaba pintada de rojo, azul, verde y oro. Sobresalía de la muralla de piedra y estaba dividida en dos partes. La madera de la parte superior tenía agujeros por los que se podían disparar flechas. El tejado era de tejas y por los lados hacía una curva hacia arriba como los tejados del palacio y la puerta de Pekín. (A Il-han, de niño le habían contado que era para atrapar a los diablos que por diversión se deslizaban por los tejados, se dejaban caer al suelo y luego, perversamente, entraban en las casas para fastidiar a la buena gente y crearle problemas.)

Una vez, a los trece años, trepó a la torre y encontró en una grieta de la madera las letras de un nombre antiguo. Era el de un joven príncipe, hijo segundón de la dinastía Yi, que, como todos los chicos, deseaba grabar su nombre para siempre en una superficie lisa. Recordó que había deseado grabar el suyo debajo del nombre del príncipe, pero lo contuvo una cierta repugnancia, alzó la mirada, sus ojos se encontraron con los de un guarda y echó a correr huyendo de aquellos hostiles ojos soban.

Dejó sus recuerdos y empezó a caminar de cara a las montañas por aquel camino pedregoso y polvoriento. Su criado, un poco distante, le seguía sin que lo advirtiera.

La ciudad estaba en un valle rodeado por montañas, ocupando una extensión de tres millas. Era el centro de su país, el corazón de la nación. Estaba circundada por escarpadas y agudas cimas. Allá estaba la más alta de todas, la Triple Cúspide. Sobre sus crestas aún había nieve que parecía colgar en largas y blancas fajas. También estaban la Montaña del Sur y la Montaña del Norte. Las murallas de la ciudad hacían eses entre los repliegues de estas montañas. Empezaban en la Puerta Oeste, que se llamaba la Puerta de la Amistad, denominación bastante adecuada porque los chinos, que eran sus aliados, vinieron del Oeste; hacían una curva al Este en la Puerta de la Elevada Humanidad, denominación equivocada, porque del Este había venido del Japón, hacía doscientos años, el malvado Hideyoshi, aquel campesino gordo y bestial.

Andaba lentamente para disfrutar del campo ahora en la plenitud de la primavera. A lo largo de los senderos llenos de hierba que serpenteaban entre los campos, mujeres y niños arrancaban frescas hortalizas silvestres, tan deseadas durante todo el invierno, en que se veían obligados a comer legumbres secas o en conserva. Las innumerables azaleas hacían que las grises faldas de las montañas más allá de los campos pareciesen alfombradas de rojo. Hasta en las montañas había gente buscando alimentos frescos: raíces de campanillas para raspar, machacar, hervir y luego comer

con salsa de soja y semillas de sésamo; el delicado encaje de las blancas clematites y espirea silvestre, los blancos dientes de león, las amargas hojas de malva silvestre y brotes de crisantemo salvaje, muy sabroso con arroz o con sopa. ¡Cuánto se acordaba de su madre y de sus habilidades culinarias! Sunia era buena ama de casa, pero su madre era una mujer a la antigua y no le gustaba comprar nada hecho. Cuando niño, estaba a su cuidado, y era ella quien dirigía sus ocupaciones. Solía jugar cogiendo con sus manos infantiles las semillas de soja puestas a remojar por la noche en agua fría y le ayudaba a dar vueltas al molinillo que las trituraba y a escurrirlas y hervirlas, y luego ponerlas en conserva con sal húmeda. Se secaban y entonces podían cortarse en blancos y blandos bloques de requesón de semilla de soja. Una vez le explicó la receta a Sunia, pero ésta protestó diciendo que ya había bastante con hacer en casa el kimchee, y que le dejase comprar el requesón de semilla de soja.

—Pero —protestó él— el casero es mejor.

¡Ay, aquella salsa de soja! Este pensamiento y el fresco aire primaveral despertaron su apetito. Su madre hervía las semillas de soja hasta reblandecerlas, y luego las machacaba en un viejo mortero hecho de un tronco de árbol vaciado. La mano de mortero era un palo con una sólida bola de madera en cada extremo, para que se pudiese usar por ambos lados. Luego, con la pasta obtenida, hacía bolas, las cubría con una tela y las colgaba del techo de la cocina formando ristras. En días primaverales como éste, las bajaba, las cortaba a trozos y las mojaba con agua aliñada con pimientos rojos picantes. No había vuelto a probar estos alimentos caseros. Su madre había muerto el primer año de su matrimonio, y no llegó a conocer a su primer nieto. Este fue su postrer lamento.

—No veré a mi nieto ..

Intentó verlo, pero la muerte la venció.

Pensando en ella, andaba despacio olvidando que hacía un día esplendoroso y que el campo estaba muy hermoso. Se acercaba la hora del crepúsculo cuando pasó el puente sobre el riachuelo cercano a la casa de su padre. A sus orillas había campesinas arrodilladas en el suelo golpeando ropa blanca sobre piedras planas. Sus golpes sonaban rítmicamente en aquella atmósfera diáfana. Aquella escena campestre, tan querida y familiar, la atmósfera de paz, le apenaron. ¿Cuánto, cuánto tiempo duraría esto?

Cuando Il-han entró, su padre dejó la pluma. Le habían anunciado la llegada de su hijo, pero el anciano no levantó la cabeza hasta que vio su sombra sobre la mesa en que escribía. Il-han hizo la reverencia acostumbrada y su padre sólo dio señales de haber recibido su saludo señalándole un cojín en el suelo. Sobre este cojín Il-han se sentó y un criado le quitó el abrigo. El anciano levantó y enarcó sus canosas cejas mirando a su hijo.

. —¿Cómo estás aquí? —preguntó— ¿No debías estar de servicio en la corte?

—Padre —dijo Il-han—, he venido personalmente a decirte que tu segundo nieto está muy bien y tiene buen apetito.

—Buenas noticias, buenas noticias —dijo el anciano. Las arrugas de su marchita cara se convirtieron en sonrisas y su pequeña barba gris se agitó.

—Sí —continuó Il-han—; nació ayer antes del mediodía, como ya sabe. Está bien formado y es fuerte, es algo más pequeño que el mayor, pero perfectamente formado. Es decir ...

Hizo una pausa recordando la oreja del niño. Su padre esperó.

—¿Y bien? —preguntó al fin.

—Su oreja izquierda no es perfecta del todo —dijo Il-han—, es un pequeño defecto, pero ...

—Ningún Kim ha tenido nunca ningún defecto —dijo el anciano—. Debe ser la sangre Pak de la familia de tu mujer.

Il-han deseaba cambiar de tema. Se había casado algo contra el deseo de su padre, quien prefería la familia Yi a la Pak, pero ninguna hija de los Yi tenía la edad apropiada entonces. Su padre le mandó callar y continuó:

—Por ejemplo —dijo tirando de su escasa barba—, nunca he oído decir que un Yi tuviese ni siquiera un defecto. Gran inteligencia combinada con una gran belleza física, éstos son los atributos de los Yi, aún hoy en día. No solamente fueron intelectuales. Este suelo, por ejemplo —golpeó el suelo con los nudillos—, este suelo fue ideado, además de para andar o sentarse en él, para calentar.

Il-han escuchó pacientemente lo que tantas veces había oído.

Su padre hablaba de los inventos de la dinastía Yi, por ejemplo el pavimento ondulado, que había ahora en todas las casas. De un cuarto a otro se dejaba una separación de un pie. De la chimenea de la cocina salían cinco tubos que pasaban por la pared de esta habitación. Estos tubos estaban hechos de piedra delgada pegada con arcilla y atravesados por tabiques de piedra. Estas piedras se volvían a cubrir con arcilla y luego con una capa de arena y cal. Sobre esta capa se extendía más cemento. Encima se colocaba una capa de papel muy fuerte y duradera. Este papel, llamado jangpan, estaba hecho de madera de morera. Se pulía con sedimento de semilla de soja y líquido de boñiga de vaca que se extendía sobre el jangpan, y se dejaba secar. El suelo quedaba de un amarillo claro, fino, muy fácil de limpiar y pulir.

Cuando su padre terminase de admirar el pavimento ondulado, seguiría con los barcos tortuga del almirante Yi, que vencieron a Hideyoshi. Il-han sabía perfectamente lo que sucedería, lo contaría y luego haría un hermoso y sabio discurso sobre la historia de su país.

Conocía muy bien a su anciano padre. El teatro había perdido un gran actor. Le era muy familiar la expresión de sus ojos cuando iba a hablar del pasado. Se sentaría y permanecería quieto durante largo rato. Luego se enderezaría y su delgada faz

tomaría una expresión de nobleza y altivez, levantaría el brazo derecho como si empuñase un arma, y continuaría hablando...

Cuando revivía el pasado, hasta su voz cambiaba; de su vigorosa garganta salía una voz de hombre joven. Continuaría así durante media tarde, hasta volver al almirante Yi y a cómo salvó a Corea.

—Nunca nos dominaron —concluyó su padre—. Kim o Yi nunca seremos conquistados. Y golpeó la pulida superficie de la mesa con los puños cerrados.

—Luego, ¿usted está del lado soban? —le preguntó Il-han con maquiavélica intención.

El anciano se rió.

—Eres demasiado sinuoso, jovencito. No, no. Soy un intelectual, un tangban, y sobre todo un hombre de paz, lo aprendí en las rodillas de mi madre.

Entonces cerró los ojos y recitó lentamente un antiguo poema.

El viento no tiene manos pero sacude los árboles La luna no tiene pies pero viaja a través del cielo.

—Así, ¿ahora no hay por qué temer a los soban? —preguntó Il-han.

Su padre apretó con fuerza los labios.

—Yo no he dicho esto. Los soban no son intelectuales, pero no todo el mundo puede serlo. Necesitamos a ambos. Hay que tener algo que los soban no tienen, para entender los libros y las artes.

Se golpeó su ancha frente y se calló. Luego, en silencio, después de haber hablado tanto, cerró los ojos para dar a entender que ya había disfrutado bastante de la presencia de su hijo. Viendo la cabeza de su padre inclinada sobre el pecho, Il-han se levantó y se marchó silenciosamente.

Al llegar cerca de la puerta de la ciudad, una hora después del crepúsculo, vio allí un grupo de hombres que alborotaban y gritaban. Decidido se dirigió a ellos y, al acercarse a la puerta, vio que veinte o treinta soban la golpeaban con palos y lanzas. Se afanaban intentando derribar la puerta.

Vana esperanza, pues era pesada y estaba forrada de hierro por dentro y atravesada por barras de hierro del grueso del brazo de un hombre.

Il-han les gritó:

—Hermanos, ¿qué estáis haciendo?

Dejaron de golpear la puerta y se volvieron a él. Un cabecilla salió de entre ellos.

—Este demonio de guarda nos vio venir y cerró la puerta, aunque aún no se había puesto el sol.

Se acercaron más a él e Il-han sintió sobre él sus coléricos ojos como llamas.

—Tangban —oyó que murmuraban—. Tangban, tangban.

—Tenéis razón. Han cerrado la puerta demasiado pronto —dijo tranquilamente—. Hablaré de esto en palacio.

Se callaron unos instantes, pero luego el jefe dijo con voz áspera:

—No necesitamos ayuda tangban. Echaremos abajo la puerta. Se abalanzaron otra vez contra ella y arrastraron a Il-han con ellos. Olió por primera vez en su vida el sudor y el hedor de la carne de animal macho. Un estremecimiento de temor insensato y frío corrió por sus venas. Entonces su criado se abrió paso a través de la multitud, y aunque le había desobedecido y le había seguido, no pudo menos que alegrarse.

—Señor —dijo el criado—, conozco al guarda de la puerta. Golpearé el postigo y me dejará pasar cuando sepa que usted está aquí.

Diciendo esto, se dirigió a una puertecilla lateral e hizo un ruido especial golpeándola con una piedra que cogió del camino. La puertecilla se abrió y el criado pudo pasar. Instantes después se abrió la puerta repentinamente, y los soldados cayeron de golpe en un montón. Mientras se estaban quitando de encima el polvo del camino, Il-han pasó sin que se diesen cuenta, y continuó hacia su casa. El criado le seguía en silencio.

La primavera iba dejando paso gentilmente al verano. Sunia se levantó de la cama, ya respuesta del parto, y ocupó su sitio en el gobierno de la casa. Todo iba bien. Sus pechos estaban llenos de leche y el niño crecía. El mayor recuperó su buen humor al recuperar la compañía de su madre.

Una mañana se paseaba por el jardín de moreras con el niño cogido de la mano. Las hojas estaban llenas y verdes, aún tiernas. Era para comprobar si estaban lo suficientemente maduras para los gusanos de seda, que había salido al jardín. Tenía gusanos de seda por placer, porque la seda se hacía fuera de la ciudad, en sus tierras y por los campesinos que las habitaban. Sin embargo, siempre, ya de pequeña y aún al cuidado de su vieja nodriza, le había gustado el arte de hacer la seda, desde el momento en que los gusanos, nacidos de minúsculos huevos, no más grandes que los puntos de una pluma sobre el papel, se envolvían en el caliente capullo, hasta que se podía palpar la rica tela de la seda.

Aunque la seda se hilaba en el campo había instalado un pequeño telar en una de las habitaciones de las dependencias del servicio, y cada año ejecutaba con sus servidoras la ceremonia de la seda. Era algo más que un placer. Era también un deber. En esta estación, hasta la reina debía criar gusanos de seda y hacer su labor de hilado y también el rey debía cultivar sus campos de arroz.

En esta mañana brillante y tranquila, se paseaba bajo las moreras con su hijo, cogía hojas y las probaba para conocer su sabor. No eran aún lo bastante fuertes y amargas, pero no había tiempo que perder.

—Hay que colocar hoy los huevos, príncipe mío —le dijo a su hijo, y se fue con él a las dependencias de servicio, donde habían dejado los huevos en hielo durante

todo el invierno y principios de primavera para que no naciesen los gusanos hasta que las hojas de morera estuviesen en su punto.

Ordenó que las mujeres preparasen los grandes cestos para los huevos, y empezaron a trabajar mientras el niño corría entre ellas de un lado a otro, intentando, en su excitación, estar en todas partes al mismo tiempo.

—¡Quiero que salgan los gusanos! ¡Ahora! —dijo el niño im-pacientemente. Sunia se rió. .

—¡Son sólo huevos! Hay que dejar que sientan el calor, entonces empezarán a crecer, y cuando los huevos sean demasiado pequeños para ellos, saldrán.

Después de unos cuantos días de estar en incubación, con el niño preguntando cien veces al día cuándo saldrían, miles de pequeños seres de menos de un octavo de pulgada de largo y no más gruesos que un hilo de seda, salieron al fin. Las mujeres los dejaban caer sobre las hojas de morera, que cubrían el fondo de los cestos. Durante tres días y tres noches, las mujeres alimentaron a estos pequeños seres tres veces al día. Por la noche, Sunia, mientras Il-han dormía, se levantaba una y otra vez de su gran lecho, atravesaba silenciosamente los patios iluminados por la luz de la luna e iba a ver lo que hacían sus gusanos de seda. Al cabo de tres días los gusanos dejaron de comer y se prepararon para su primer descanso. Ahora desprendían unos hilos de seda finos como cabellos y se pegaban a las najas de morera. Sólo sus cabezas se mantenían erguidas. Lentamente cambiaban de color.

—Mira —le dijo Sunia a su hijo mayor—, los gusanos de seda están poniéndose camisas de dormir.

Mientras Sunia esperaba con su hijo, los gusanos, con la cabeza erguida, durmieron un día o dos.

—¿Ahora qué harán los gusanos? —preguntó el niño.

Durante aquellos días no quiso estar con su preceptor ni estudiar, porque no podía pensar en otra cosa que no fueran los gusanos de seda y lo que hacían. Para él se habían convertido en criaturas mágicas y fascinadoras igual que para Sunia. Estaba con su hijo menor escasamente el tiempo de amamantarlo, y quería que terminase cuanto antes para poder dejarlo en los brazos de una criada y volver a los departamentos del servicio.

—Ahora —le dijo Sunia a su hijo—, se despojarán de sus pieles, demasiado pequeñas para ellos, y mientras duermen les crecerán pieles nuevas.

—¿Cambiaré yo también de piel algún día? —preguntó el niño alarmado.

Sunia se rió.

—No, porque tu piel está hecha para ensancharse.

Al decir esto, oyó los pasos de Il-han, porque aunque los gusanos de seda eran cosas de mujeres y pretendía no interesarse por ellos, también él iba a ver lo que hacían varias veces al día, y a observar el proceso de vida del que eran símbolo.

Él mismo contestó la pregunta de su hijo.

—Crece­rás y tam­bién se­rás de­ma­siado gran­de para tu piel —le di­jo—, e irás cam­bian­do de piel pe­ro sin dar­te cuen­ta. Sin dar­te cuen­ta tam­bién, te con­ver­ti­rás en un jo­ven, al­to y fuer­te, y te cre­ce­rán pe­los en la cara y en el cuer­po. Lue­go te con­ver­ti­rás en un hom­bre por fu­era y por den­tro.

El ni­ño es­cu­cha­ba y le tem­bla­ba la boca, a pun­to de llo­rar. —¿Por qué me cre­ce­rá pelo en la cara y en el cuer­po? —pre­gun­tó con voz débil.

—Lo asus­tas —di­jo Sunia, y cogió al ni­ño en bra­zos—. No llo­res, pe­que­ño mío; se­rás un hom­bre al­gún día. Es her­moso ser un hom­bre fuer­te y jo­ven, ca­paz de tener hi­jos pro­pios:

El ni­ño pa­ró de llo­rar ante la ma­ra­villa de esta nue­va idea. —¿Quié­n será la ma­dre? —pre­gun­tó.

—La en­con­tra­re­mos para ti —di­jo Sunia, y al­zan­do su ca­be­za so­bre la del ni­ño, vio que los o­jos de Il-han se po­sa­ban en ella con la ex­pre­si­ón que le gustaba tan­to.

Los gu­sa­nos de seda co­mie­ron cua­tro ve­ces hasta no ca­ber en sus pie­les, y durmie­ron o­tras cua­tro des­pren­dién­do­se de ellas. Co­mie­ron tan­ta mo­re­ra que des­po­ja­ron de ho­jas a los ár­bo­les y se hi­cie­ron tan gran­des que se po­día oír el rui­do de sus man­dí­bu­las mas­can­do ho­jas, hasta en el pa­tio. En­tre tan­to, a na­die, ya fue­se hom­bre o mu­jer, se le per­mitía fu­mar ni una pi­pa de ta­ba­co cerca de la casa de los gu­sa­nos, por­que el hu­mo po­día ma­tar­los. Todo este tie­mpo, Sunia es­ta­ba pen­diente de los gu­sa­nos.

—¡Ay vosotras, criaturas especiales! —murmuraba con cariño. Se volvieron al fin de un blanco plateado, claro y puro. Esto significaba que estaban a punto de tejer sus capullos y transformarse en mariposas. Las mujeres preparaban papeles enrollados de paja de arroz para el hilado. Los gusanos empezaron su trabajo. Tejían moviendo sus cabezas de un lado a otro, atando algunos de los hilos de la seda a una especie de centros de unión. Así se formaban los capullos. Iban tejiendo así dentro del capullo hasta que se formaba un nido de seda, suave y firme. Cada capullo está formado por un filamento de muchos miles de pies, y todos los gusanos se transforman en crisálidas.

Ahora era el momento adecuado para escoger los capullos mejores y más grandes para la semilla del año próximo. Estos capullos no se usaban para hacer seda. Cuando las crisálidas se convertían en mariposas, se las soltaba y entonces ponían huevos sobre papeles dejados allí para este fin. Cada mariposa ponía cuatrocientos huevos antes de morir. Pero los otros capullos se echaban en agua hirviendo antes de que las crisálidas se transformaran en mariposas, y los dejaban en esta agua para que la goma que unía los filamentos se disolviera y los capullos se pudieran devanar e hilar en hebras.

Sunia no permitía que los capullos rotos se desperdiciaran.

Mandaba a las mujeres que los hirviesen también y quitasen las pieles vacías de las crisálidas. Luego hacían pequeños montones de seda con ellos. Se secaban y se usaban para forrar los vestidos de invierno para que fuesen más suaves y calientes.

Sunia velaba por su casa y guardaba las antiguas costumbres de tal manera, que su familia vivía como si la paz y la vida eterna estuviesen aseguradas.

Il-han observaba cómo se movía por la casa la mujer que amaba, la madre de todos, y no tenía fuerzas para hablarle del mundo exterior, como hubiera sido su obligación.

Así iba transcurriendo la primavera, un hermoso día tras otro. La lluvia cayó oportunamente. La antigua tierra se cubría de verdor y de flores y las gentes se preparaban para la fiesta de primavera, el quinto día del quinto mes lunar. La verdad era que a Il-han le fastidiaban un poco estas fiestas, porque Sunia, que era una celosa ama de casa, hacía grandes limpiezas caseras, reformas y renovaciones, pues era costumbre hacerlo con motivo del festival.

Había que cambiar el papel de las paredes correderas y las cubiertas de papel del pavimento ondulo

—Dejad en paz mi biblioteca —solía decir Il-han.

Cada año y a pesar de las quejas de las sirvientas, Sunia le obedecía porque le amaba y no sabía negarle nada. —Esperaremos a que le llamen a la Corte —decía a las mujeres—, y entonces entraremos en su biblioteca, trabajaremos como magos y la limpiaremos antes de que vuelva.

Era un truco acostumbrado, e Il-han se encerraba con sus libros cuando la casa estaba en feliz desorden a su alrededor, cuando limpiaban las habitaciones, se barrían los patios y las mujeres lavaban sus vestidos, se bañaban y bañaban a los niños. En esta estación, después del invierno, las mujeres cuidaban su cabello de una manera especial. Al lavarse el pelo echaban en las cubetas una hierba de champú que limpiaba y dejaba una fragancia excepcionalmente agradable y rara, y al sacar sus largas y gruesas trenzas, introducían entre su pelo y a ambos lados de la cabeza, sobre las orejas, hojas de esta hierba.

Mujeres menos instruidas que Sunia creían que la hierba champú preservaba de las enfermedades que causaba el calor del verano, pero ella decía que no creía en estas supersticiones, porque Il-han no se lo permitía, aunque en el fondo no sabía lo que creía.

Los días del festival de Tano estaban llenos de alegría y libertad. Era una fiesta de primavera, celebrada durante miles de años, desde mucho antes de que comenzase la historia escrita.

Sunia, aun siendo esposa y madre, era una niña que durante las fiestas se divertía jugando con el columpio de la mañana a la noche. Il-han, sabiendo que le gustaba, siempre ordenaba a los criados que colgasen cuerdas de un viejo árbol que había en el

patio Este, e hiciesen con ellas un columpio. Allí miraba cómo Sunia y sus doncellas se columpiaban. Ella subía más que ninguna. El corazón se le paraba viéndola subir tan alto con sus rojas faldas al vuelo y el pelo recién lavado escapándose de sus trenzas. ¿Y si un día la cuerda se rompiese y la viese en el suelo destrozada? Pero la cuerda nunca se rompía y él intentaba quitarse esta idea de la cabeza. Sin embargo, cuando terminaron las fiestas, ordenó quitar el columpio.

Por la noche, la abrazó una y otra vez con renovada pasión, hasta que ella no pudo soportar más la presión de sus brazos por más que lo amase. Se quejó al fin de su estrecho abrazo. Se sentía prisionera, aunque fuese por amor.

—Déjame respirar-gimió.

La soltó, pero sólo un poco, pues continuaba yaciendo en sus brazos.

—¿Por qué te callas? —preguntó al fin—. ¿Te he ofendido?

—No —dijo— ¿Cómo podrías ofenderme? Simplemente es que estoy oprimido por la felicidad, nuestra felicidad.

—¿Oprimido? —repitió la palabra sin comprender.

—Porque podría acabarse —contestó.

—Terminará —dijo alegremente—, terminará cuando muramos.

¿Por qué hablaba de muerte? Estaba a punto de protestar contra la idea de que podían morir, pero guardó silencio. La muerte era lo que temía, no el dulce y tranquilo fin de una larga vida, sino la muerte súbita, fuera de su casa, la muerte acechando violenta.

La única diferencia entre Il-han y Sunia era sólo la insondable diferencia entre un hombre y una mujer, sobre la cual no puede tenderse ningún puente. La vida de Il-han estaba centrada fuera de su casa, y lo que pasaba dentro del recinto de sus muros no le atañía esencialmente. Los acontecimientos de la vida familiar, ya fuesen alegres o tristes, eran para él una distracción que le apartaba de su principal ocupación. Confiaba a Sunia todo lo concerniente a la casa y cuando ella se quejaba de que no la escuchaba cuando se lo contaba todo al terminar el día, se sonreía.

—Ya sé que lo haces todo bien —le decía. Pero ella no aceptaba esta suave respuesta.

—¿En qué tienes que pensar, sino en nosotros? —preguntaba.

—¿Tú crees que ahora es el momento adecuado para hacer una pregunta que requiere una larga contestación? —decía y le hacía el amor para apartar su atención del tema y distraerse también él.

Así iba pasando el verano, los días calurosos, las noches frescas. Il-han estaba tan preocupado y confundido por los embrollados asuntos de la época que no contaba los días ni los meses.

Una mañana se despertó más tarde y solo en su cuarto. Olió la penetrante fragancia otoñal de los repollos recién cortados. ¿Era posible que ya hiciesen el

Kimchee para el invierno? Se levantó y miró por la ventana. Sí, allí en el patio había montones de repollos traídos sin duda de la granja el día anterior. Dos sirvientas estaban lavando los repollos en cubos de agua salada, y dos más estaban cepillando largos rábanos blancos, limpiándolos de tierra; mientras otras cortaban los rábanos y repollos en pequeños trozos.

Hacía una mañana hermosa y clara. Junto a una mesa estaba Sunia, envuelta en un delantal azul, mezclando las especies. Mezclaba pimienta roja picante, jengibre, cebollas, ajos y buey cocido, exactamente a su gusto y de acuerdo con la receta de la familia Kim.

En su primer año de matrimonio hizo el Kimchee con la receta de la familia Pak, pero era tan insípido que él protestó y apartó sus palillos al probarlo por primera vez.

—Pídele a mi madre que te enseñe a hacer el Kimchee —le dijo a Sunia.

Sus ojos centellearon de cólera.

—No comeré el Kimchee Kim. Me quema la lengua.

—Quédate tú este mejunje Pak —contestó él—. Le pediré a mi madre que me dé Kimchee para mí solo.

Ella no dio señales de ceder, pero al año siguiente se dio cuenta de que había preparado el Kimchee con la receta Kim. Ahora, por costumbre: era él quien inspeccionaba el Kimchee y probaba el primer bocado. Sonrió y bostezó para despertarse, y empezó a lavarse y arreglarse. Cuando estuvo preparado salió al patio. Sunia continuó con sus amables acusaciones de que siempre estaba ocupado y apartado de la vida familiar. Las mujeres se callaron cuando él apareció, y no levantaron la mirada ni parecieron oír lo que sus amos hablaban, después que él hubo probado y aprobado el Kimchee.

—Por ejemplo esta mañana —dijo Sunia con los ojos sobre el fino cuchillo con que cortaba las especies—. ¿A dónde vas ahora? Día tras día te vas después del desayuno y luego no te vemos hasta el crepúsculo. Tampoco me dices dónde has estado y dónde irás al día siguiente.

—Te lo diré cuando vuelva a casa esta noche —dijo él—. Ahora dame el desayuno y déjame marchar.

Había algo en la brusquedad de su tono que la hizo obe-decer. Mandó a otra mujer que acabase su trabajo, se lavó las manos y le siguió dentro de la casa. En silencio, como de costumbre, Il-han comió su ración matinal de sopa de arroz y alimentos salados. Sunia cuidó de que los niños no le molestasen; el mayor estaba con su preceptor y el pequeño, que ya empezaba a gatear, con una nodriza. Sunia amamantaba a sus hijos hasta los seis meses y pasados ya los primeros peligros, los entregaba a una nodriza, una saludable campesina que los amamantaba hasta los tres años, cuando eran capaces de comer de todo.

Esta mañana sirvió a Il-han solo, y cuando hubo comido tomó ella su desayuno

silenciosamente, mirándole.

—Estás adelgazando —dijo al cabo de un momento— ¿Te ocurre algo?

—Nada que te concierna —dijo él.

Ella se secó la boca con una servilleta de papel, se levantó del cojín y corrió a buscar su abrigo. Luego, con un intercambio de cálidas miradas, las de él bondadosas y las de ella llenas de ansiedad, se separaron. No se atrevía a decirle lo que le preocupaba. El memorial que empezó en primavera y había dejado luego de lado, porque pensó que era mejor no hacerlo, estaba ahora terminado y en manos de la reina. Se dio cuenta que el curso de las cosas se precipitaba y no podía guardar silencio por más tiempo. La reina le había ordenado ahora que acudiese solo a palacio. Al mismo tiempo, el rey había mandado otra orden a su padre. Hasta ahora, padre e hijo habían acudido juntos a acatar las reales órdenes. ¿Significaba esta separación una nueva diferencia entre el rey y la reina? No lo sabía y no podía hacer más que obedecer.

Salió de casa con sus acostumbradas ropas de calle más blancas que la nieve y con un alto sombrero negro de tiesa crin de caballo atado bajo su barbilla. En una mañana tan hermosa era un placer caminar, y él lo hizo andando con paso medido, como convenía a un caballero y un intelectual. Muchos lo reconocían y lo saludaban respetuosamente. A causa de su alcurnia y aspecto, la gente se apartaba para dejarle paso, pero no se paraban demostrando servilismo o temor. Acostumbrados como estaban al peligro y la desgracia, ya que los dioses les habían dado una tierra que los pueblos circundantes envidiaban y apetecían, eran un pueblo tranquilo, pero firme, y no se asustaban. Saludaban e iban a lo suyo.

Solía encontrarse con su padre en palacio. Sin embargo, cuando atravesó la puerta, el guarda, atisbando para ver quién era abrió rápidamente y la cerró al instante, tras él.

—¿Está mi padre aquí? —preguntó Il-han.

—Señor, está con el rey y desde muy temprano —contestó el guarda—, pero tengo órdenes de la reina de que vaya solo a su palacio en el Jardín Secreto para una audiencia. Su padre me encargó que le dijera que si su audiencia con el rey terminaba antes que la suya le esperará aquí. Si usted termina antes debe esperarle a él.

Il-han dudó. Le intrigaba que la reina le llamase así privadamente, ¿qué le diría a su padre o al rey? En palacio o cabaña no hay secretos, todos sabían que mientras su padre estaba en audiencia con el rey, él estaba esperando audiencia de la reina. Una inexplicable separación. ¿Pero qué podía hacer sino obedecer el real mandato? Siguió al guarda por el palacio sin ninguna otra explicación. Era la estación de los crisantemos, y por todas partes estas nobles flores levantaban sus brillantes cabezas. En el Jardín Secreto el camino estaba bordeado con tiestos de crisantemos que formaban olas y nubes de colores. Escoltado, llegó a los empinados escalones que

conducían a la alta terraza del palacio. Esperó delante de la esculpida y pintada puerta del mismo hasta que el guarda de la puerta anunció su presencia a un guardia que a su vez le anunció al mayordomo de palacio. Luego se abrieron las puertas y fue conducido a la gran sala de espera que conocía muy bien de las otras veces que había sido llamado por la reina, aunque siempre con su padre. Mesas bajas de bellas maderas, arcas adornadas con bronce, y asientos con cojines hacían la habitación confortable. En la pared opuesta a la puerta había pergaminos pintados por antiguos artistas y en las esquinas de la habitación raros y bellos crisantemos en jarros de porcelana.

—Siéntese, señor —dijo el mayordomo— La reina está terminando de desayunar, sus doncellas están esperando para ponerle los vestidos de recepción. Le recibirá en el gran vestíbulo, como de costumbre.

Il-han se sentó en un taburete y dio las gracias por el té que el mayordomo le servía en una bella taza de plata y una tetera de barro. El té era una infusión del mejor té chino, de hojas tiernas y recién cogidas en primavera y perfumadas con jazmín o exóticas flores. Bebió lentamente, con placer. Minutos después el mayordomo entró.

—La reina —dijo con voz solemne.

Il-han se levantó y le siguió a la estancia contigua, vasta y desnuda de muebles excepto el trono colocado sobre una plataforma situada en la pared del oeste. La estancia estaba orientada al sur.

No había nadie allí, pero él conocía la costumbre y aguardó respetuosamente con la cabeza inclinada y los ojos fijos en el suelo. No tuvo que esperar mucho. En menos tiempo del que se necesitaba para —contar hasta cien, las cortinas que había en la pared norte se corrieron y entró la reina. Vio el borde de su vestido rojo moviéndose sobre sus pies al subir al sillón del trono, y sin levantar los ojos, pues no podía hacerlo hasta que la reina le diese permiso, saludó inclinándose profundamente tres veces.

Era la reina quien debía hablar primero y así lo hizo.

—He recibido tu memorial —dijo—, y sin duda te extrañará que te haya mandado venir sin tu padre, pero eres un hijo tan respetuoso que si venís juntos como hasta ahora, tanto si estoy con el rey como sola, tu padre habla y tú callas, apruebas cuanto dice y no expresas tus propias opiniones.

Su voz era fresca, clara y joven. No respondió, comprendiendo que hablaría aún, y, en efecto, continuó.

—He leído muchas veces tu memorial. ¿Por qué me lo mandaste privadamente?

A esta palabra, privadamente, sintió que la sangre le subía al rostro y a las orejas, y maldijo la jugarreta que le hacía su sangre poniéndole las orejas coloradas.

Los agudos ojos de la reina que lo observaban todo, notaron su confusión.

—¿Oyes lo que te pregunto, tú, con las orejas coloradas? Se rió y aquella fue la

primera vez que oyó su alegre risa.

No se atrevió a sonreír o contestar y notó que sus orejas estaban más rojas que nunca. En su confusión dirigió sus miradas hacia ella y vio las puntas de sus zapatos plateados debajo del satén rojo de sus amplias faldas. Pequeños zapatos plateados extrañamente parecidos a los de las mujeres turcas. ¿Cuál era su origen? ¿Quién sabía los entronques de su pueblo? No se podía saber a través de una lucha que duró tantas centurias. Las tribus del Asia Central, sus antecesoras, se habían mezclado con otras, y estos .zapatitos plateados de una reina coreana eran un símbolo perdido de la gracia femenina.

—¿Y te atreves a soñar en mi presencia? —preguntó la reina.

Su voz era juguetona, pero ligeramente aguda. Il-han levantó la cabeza y se volvió a ruborizar porque inadvertidamente le había mirado a la cara.

—No es necesario que te pongas tan colorado —dijo la reina—. Soy lo bastante vieja como para poder ser mirada por un joven.

Fijó la mirada en su redonda y firme mejilla. Continuó hablando con firmeza.

—¿Quieres contestar a mi pregunta?

—Perdonadme, majestad —contestó, y como estaba furioso consigo mismo por su confusión en presencia de la reina y especialmente por sus tontos pensamientos sobre los zapatos, habló en voz baja y grave—. Mandé el memorial a vuestra majestad porque conozco vuestra lealtad hacia China.

No necesitaba decir lo que ambos sabían demasiado bien, que lo dirigió a ella porque el rey estaba indeciso entre su padre y ella. O sea que el rey estaba indeciso entre el deseo del regente de equilibrar una nación contra otra y así ganar una precaria independencia para Corea, y la resuelta fe de la reina en China. Sin embargo, continuó evitando una contestación directa.

—Tenéis razón en vuestra fe, majestad. Durante centurias, China ha evitado todo lo que podía alienar la libertad de nuestro pueblo. Pero ahora, cuando debemos impedir que el Japón desembarque soldados en nuestro suelo, ¿creéis que podrá salvarnos la emperatriz, cuando es muy posible que no pueda salvar a su propio país? Recordad las guerras del opio que China siempre perdió frente a Inglaterra, aliada del Japón, y que toma siempre su partido; y recordad también, majestad, que Francia ha cogido una buena tajada del melón chino y ha declarado suya Indochina, y que China no ha podido evitarlo ni volver a tomarla.

El zapatito plateado empezó a golpear el suelo impacientemente.

—Pero ¿quién es Francia? Sólo hemos visto sacerdotes franceses llevando en una mano una cruz y en la otra una espada. He oído decir que son bebedores de vino, pero que su vino lo hacen de uvas, no de arroz.

—Siento, majestad, que nuestras gentes asesinaran a los cristianos franceses —dijo Il-han— y todavía más que, encolerizados, atacásemos el buque americano

General Sherman. Nuestra peor locura fue matar a la tripulación americana.

La reina pareció rechazar esto con un gesto de su mano derecha.

—¿Qué derecho tiene un barco mercante americano de navegar por las aguas interiores del río Taedong y tan cerca de una gran ciudad como Pyongyang? ¿Van acaso los barcos coreanos a los ríos de... de... de...? Dime algunos nombres de ríos americanos.

—No los sé, majestad —contestó Il-han.

—Lo ves —dijo la reina triunfante—. Ni tan siquiera sabemos los nombres de sus ríos. ¡Mucho menos navegarán nuestros barcos en aguas extranjeras! No veo diferencias entre estos salvajes pueblos del Oeste. Y en cuanto a los americanos, ¿quién sabe lo que son? Un pueblo mezclado, he oído decir, formado por los perdidos, los renegados, los rebeldes, los sin tierra y sin hogar de otras naciones occidentales.

Il-han no pudo contenerse.

—Majestad, son nuestra única esperanza, sin embargo. América es la única nación que no sueña con un imperio. Con sus vastos territorios no necesita soñar con imperios y puede ser nuestra aliada.

—Me apremias y a mí no hay que apremiarme.

—Perdonad, majestad —dijo Il-han.

Veía ahora sus manos elegantes e inquietas sobre la falda de seda. Involuntariamente levantó los ojos y con una mirada rápida vio sus ojos oscuros y hermosos iluminados por la luz de su inteligencia, las negras cejas rectas y bien dibujadas, el blanco brillante de su suave piel, los rojos labios y las mejillas sonrosadas. Rápidamente bajó los ojos. Si lo notó, no lo dijo y continuó pensativa, como si quisiese convencerse a sí misma:

—Las naciones occidentales, ¿han obrado alguna vez con justicia? Su pretexto es negocio y religión, pero su verdadero propósito es anexionarse nuestro país.

Il-han continuó con prudente paciencia.

—Debo recordaros, majestad, que cuando la misión diplomática japonesa volvió recientemente de los países occidentales comunicó a su emperador que los americanos no verían con buenos ojos un golpe militar contra Corea. Nos salvaron las naciones occidentales, majestad.

Había ido demasiado lejos. La reina se levantó y dio dos pasos hacia adelante, sacó un abanico cerrado de su manga y le golpeó dos veces en la mejilla derecha y otra en la izquierda mientras estaba arrodillado delante de ella.

—¡Cómo te atreves a hablar así! —gritó— No hace aún seis años, si lo recuerdas, que la emperatriz Yzu-hsi, mi amiga, obligó al Japón a que hiciera un tratado con nosotros y nos reconociese como su igual. Fue China la que nos salvó, no las naciones occidentales.

Il-han no pudo aguantar más. Olvidó que era la reina y no una simple mujer. Alzó la cabeza y le lanzó una mirada centelleante, luego gritó hasta que su voz resonó en las vigas del techo de palacio.

—¡Este tratado de amistad! ¿Tratado de amistad? ¡Una burla! ¡Si el embajador vino con cuatrocientos hombres armados a convencernos! El Japón se tomó privilegios especiales sobre nuestro suelo. ¿Cómo vamos a depender de China si el Japón ha invadido Formosa y hasta las islas Ryukiu?

La reina chilló también.

—¿Es que no lo entiendes? Somos un pueblo pequeño y poco numeroso, nos pueden atacar, atacar y absorber miles de veces, si China no es nuestra protectora. Sólo podemos vivir en libertad e independencia si estamos aliados con una nación poderosa, y ruega al cielo que esta nación no sea nunca Rusia o el Japón, ni tampoco América. Desde luego, debe ser China.

Al oír esto Il-han se quedó sin habla, y furioso hizo algo que nadie había hecho nunca. Se marchó sin permiso y volviendo la espalda a la reina. Salió del palacio a grandes pasos con la cabeza alta y latándole el corazón como si le fuese a estallar.

Su padre estaba esperándole en el vestíbulo. Caminaron juntos. El esperó a que su padre hablase. ¿Cómo podría decirle el motivo por el que la reina quería hablarle a solas? Pero su padre estuvo complaciente. Andaba como suele andar un viejo Intelectual, con paso mesurado, los pies vueltos hacia afuera y una sonrisa en los labios.

Viendo que su padre no estaba dispuesto a hablar, Il-han guardó silencio también. El día era hermoso y la gente, en las calles, disfrutaba de la benignidad del otoño. Cada día bueno era algo precioso, ahora que no quedaban muchos antes de las nieves del invierno.

Sobre los muros bajos de los patios que había entre las casas o frente a los caminos de las puertas, los nísperos lucían sus frutos dorados, y pilas de nísperos se amontonaban en el suelo listos para ser llevados al mercado. Los niños comían hasta hartarse, pringándose la cara con el dulce jugo, y por una sola vez nadie les reprendía. Por otra parte era imposible hablar entre tanta gente.

—Iré ahora a tu casa, a ver a mis nietos —dijo su padre. No era corriente que padres e hijos viviesen separados, pero Il-han vivía en la casa que tenían los Kim en la ciudad, para poder estar cerca de palacio, y su padre prefería vivir fuera de la ciudad en la ancestral residencia del clan Kim. Allí podía satisfacer su afición a reunirse con sus amigos y componer poemas, sólo sujeto a las ocasionales citas con la familia real.

—Sólo tengo una queja de tu padre —le dijo a Il-han, su madre moribunda—. No ha ido nunca con ninguna otra mujer, ni ha sido jugador, pero no puede vivir sin sus amigos.

Estos amigos, caballeros ociosos y poetastros, se reunían cada día en casa de su padre para recordar juntos las glorias de la antigua Corea, relatar las acciones de sus héroes, repetirse la influencia civilizadora del budismo alcanzó el Japón a través de Corea, y que muchos monumentos de arte y cultura del Japón habían sido robados a los coreanos. ¿Acaso no había sido esculpida en Corea la bella imagen de Kwan Yui, que ahora estaba en Nara? Pero, ¿qué japonés lo reconocería? De estos arrebatos nacían poemas, muchos poemas, ninguno de los cuales, pensaba Il-han amargamente, tenía la menor importancia en estos tiempos febriles y peligrosos. Cuando en privado se quejó de esto a Sunia, ésta no estuvo de acuerdo con él.

—No, esto no —dijo—. Debemos recordar estas glorias pasadas, para saber cuán digno de amor es nuestro país y qué noble pueblo es el nuestro.

Ahora andaba en silencio con su padre por la calle pavimentada hasta llegar a la puerta de su casa. Una vez allí lo condujo a la habitación principal y mandó a un criado que trajera los niños para que viesan a su abuelo.

—Ruega a mi esposa que venga también— ordenó.

Su padre se sentó en un cojín y una doncella entró con té y pastelillos. Il-han se sentó en un lugar más bajo, como debe hacer un hijo respetuoso. Unos minutos después entró Sunia con los niños, el mayor cogido de su mano y el pequeño en brazos de su nodriza.

Hizo la reverencia acostumbrada y miró cómo el mayor hacía la suya. El abuelo le miraba con orgullo y dignidad. —¿No es hora ya de darle un nombre adecuado a mi nieto? —dijo.

—¿Quiere escogerlo usted mismo, vuestro honor? —dijo Sunia.

Se sentó graciosamente en un cojín, consciente de que un ama de casa corriente no aparecería tan fácilmente en presencia de su suegro, aunque aquí las mujeres eran orgullosas y nunca se arrodillaban delante de sus maridos como las japonesas, ni vendaban sus pies como las chinas, ni oprimían sus cinturas como se decía que hacían las mujeres occidentales. No, aquí marido y mujer eran iguales, y las madres no estaban dominadas por sus hijos mayores.

El rey murió y dejó un heredero demasiado joven para gobernar y en su lugar lo hizo la reina viuda hasta que el heredero alcanzó la mayoría de edad. Il-han acostumbró también a Sunia durante un tiempo a ser independiente, en parte porque la respetaba tanto como la quería y en parte porque había oído decir que las mujeres occidentales iban y venían a su gusto.

A pesar de esto, su madre, ahora difunta, hablaba mucho de los viejos tiempos en que no se veía ni se oía a las mujeres, y decía a menudo que echaba de menos la vieja costumbre del toque de queda, cuando las mujeres sólo podían salir a la calle a ciertas horas. Tan severa había sido la costumbre en sus tiempos, que si un hombre osaba mirar a una mujer, se le cortaba la cabeza.

—¿Hubieras querido que me cortaran la cabeza si le hubiese robado una mirada a Sunia? —le preguntó Il-han una vez.

—Te habría enseñado mejor —replicó su decidida madre.

Sin embargo, Sunia conservaba sus maneras modestas, y ahora en presencia de su marido y de su suegro, mantenía la cabeza baja y no les miraba a la cara.

Entre tanto el abuelo estaba pensando en el nombre que escogería.

—Mi nieto mayor —dijo al fin— no es un niño corriente. Tiene una gran inteligencia y mente aguda. Estas son características de la juventud, pero en él significan algo más. Son cualidades naturales. Además nació en primavera, así que escojo para él el nombre de Yul-chun, o Primavera del año.

Il-han y Sunia cambiaron una mirada, seguros de su mutua aprobación, y luego Il-han expresó el sentir de ambos.

—Es un nombre muy adecuado para él, padre, le damos las gracias.

Todo iba bien, pero entonces ocurrió algo: El niño al que acababan de dar nombre, vio un ratoncito debajo de la mesa junto a la cual estaba sentado su abuelo.

Se acercaba el invierno y los grillos, arañas y ratones se introducían en las casas, huyendo de los próximos fríos. Los grillos y las arañas eran inofensivos, pero los ratones eran peligrosos porque la gente creía que si una niña jugaba con ratones, nunca sería capaz de cocinar bien el arroz. Las sirvientas siempre los ahuyentaban, y el niño, tan valiente como un león, viendo al ratón debajo de la mesa junto a la que estaba su abuelo, lanzó un agudo chillido y señaló al ratón con su pequeño índice. ¿Qué iban a creer todos sino que señalaba a su abuelo, con una expresión de terror en la cara?

El abuelo se entristeció e Il-han quedó avergonzado.

—Llévense al niño —ordenó severamente.

El niño, sin embargo, se desasíó de las manos de su madre y corrió a la mesa para mirar debajo. Entonces el ratón salió, con gran susto de la nodriza que sostenía al pequeño en brazos, que gritó y huyó de la habitación. Hasta Sunia se levantó y se fue. Viendo el pánico general, Il-han se levantó, cogió al tembloroso animalito y lo dejó en la puerta que conducía al jardín. Aunque no era budista, las enseñanzas del budismo estaban tan arraigadas en su espíritu y en su corazón que no era capaz de matar a ninguna criatura viviente, ni siquiera una mosca. Antes que matarla la espantaba y apartaba a los molestos mosquitos soplando.

Cuando hubo pasado todo le echó una mirada conminatoria a Sunia cuyo significado ella captó en seguida, y salió de la habitación. Los dos hombres ya estaban solos y después de unos instantes de silencio, el padre de Il-han hizo una observación.

—Es una rara verdad que donde hay mujeres y niños hay siempre agitación. No se puede hacer nada útil hasta que se van.

Después habló de cosas importantes.

—El rey —dijo—, está decidido a no continuar la política del regente, ahora ya retirado, aunque de todas maneras el regente es su padre, y no desea proceder demasiado rápidamente firmando en seguida tratados con los pueblos de Occidente. Ahora está algo confundido, porque el jefe militar chino desea que firmemos un tratado con este nuevo poder extranjero, los Estados Unidos de Norteamérica. ¿Es que aún no nos hemos dado cuenta de los males que traen estos tratados? A causa del tratado que firmamos con el Japón hace seis años, su ambicioso ejército invadió Formosa y atacó las islas Ryukiu. ¿Qué necesidad tenemos de firmar otro tratado con estas naciones? Intenté aconsejar al rey, le dije que su padre tiene razón. Debemos separarnos del mundo, debemos seguir siendo una nación aislada, o perderemos no sólo nuestra independencia sino incluso nuestras tierras. Nuestra gloriosa historia se hundirá en el mar del olvido y dejaremos de existir como nación.

La voz de su padre recobró su cadencia habitual, como si recitase poesías, e Il-han ya no pudo soportar más. Había sido citado por la reina, pero era su padre el llamado por el rey. La reina era fuerte, pero sólo una mujer y si daba una orden contraria a la del rey, el rey sería obedecido antes que ella. O sea que su padre era más fuerte que él. Por el bien de su país tenía que contradecirlo ahora.

—Señor, el regente está equivocado, y ustedes también. Con todo el respeto, y aún a mi pesar, me atrevo a afirmar que lo que hace Li Hung-Chang tiene un fin. Los americanos no nos atacarán, son una potencia nueva, lejana, y he oído decir que su país es muy extenso. No necesitan nuestro pequeño país, sólo vienen para comerciar.

Aquí su padre le interrumpió con cierta cólera.

—Eres tú el que se equivoca. No ves las cosas claras. ¿Cómo empezaron los ingleses a dominar la India, sino con el comercio? ¡Oh! Eran muy inocentes, sólo querían negociar, y este comercio beneficiaría al pueblo indio. ¡Inocentes! ¿Pero cómo ha terminado esto? La India ha sido sometida, y su sumisión no parece que vaya a terminar. Los ingleses se han enriquecido y fortalecido con el comercio mientras el pueblo indio, empobrecido, se ha debilitado. No, no, vosotros los jóvenes no estudiáis la historia. Sólo el pasado puede iluminar el presente y aclarar el futuro.

Il-han no se extrañó por el estallido de su padre, que repetía lo que la reina le había dicho. Había alguna verdad en lo que decía, pero sólo visto superficialmente.

—Los dos países a quien debemos temer son Rusia y Japón —contestó—. Los gobiernos de ambos son ambiciosos, y el pueblo ignora los planes de quienes los dirigen. Además no son naciones pacíficas. El Japón es ambicioso porque es pequeño. Los hombres pequeños y ambiciosos son peores que los otros porque no están satisfechos de ellos mismos. El Japón es como un hombre pequeño con una cabeza grande. Hay que fortalecerse contra este hombre pequeño aliándonos con amigos poderosos y sin ambición. Como ahora China no puede protegernos, hay que

buscar aliados en Occidente. Li Hung-Chang lo sabe y además de desear que permanezcamos bajo la protección china quiere buscar ayuda, así que nos aconseja un tratado con América, y...

Su padre no quiso escuchar más. Se levantó, se puso su alto sombrero, dobló su abanico y lo introdujo en el interior de su blanco vestido. Sin una palabra de despedida salió de la Casa andando majestuosamente, la cabeza alta y los labios fruncidos.

Il-han le vio salir y no le siguió, reconociendo con una especie de amargo regocijo que él había dejado a la reina de la misma manera hacía una hora. Luego suspiró y sacudió la cabeza. Si padre e hijo no se entendían, si la reina y uno de sus súbditos se peleaban, ¿cómo podía esperarse que hubiera paz en el país? i

Como de costumbre, cuando no podía contestar a sus propias preguntas, se refugió en sus libros, y leyendo tropezó con un poema de la última dinastía Yi escrito en estilo sigo.

Cálmate, oh viento, y no soples

El árbol deja que de sus ramas se desprenda el musgo

Meses y años, detened vuestro curso.

Los semblantes claros y frescos envejecen en vano

El pensamiento del hombre no puede permanecer siempre joven

Esta es la Idea que me entristece. .

¿Sería la vida bastante larga para hacer todo lo que debía hacerse por su país? De pronto se dio cuenta de que el brillante día de otoño había cedido paso a la noche. Se estaba levantando viento y se oía el ruido que producía la lluvia al caer sobre los tejados.

—Lo siento —dijo Sunia.

Era de noche. La casa estaba silenciosa, los niños dormidos, las puertas cerradas. Il-han se quitó los vestidos de calle y ella los colocó en los estantes del armario empotrado en la pared.

—¿Lo sientes?

—Me refiero a lo de esta tarde, al ratón y el niño ...

—¡Ah! Lo había olvidado.

Il-han continuó desnudándose hasta quedar vestido sólo con las prendas interiores de seda blanca. Sunia le ayudó a deslizar los brazos dentro de las mangas de una camisa.

—¿Qué te preocupa todos estos días? —le preguntó ella amablemente—. No nos ves ni cuando nos estás mirando. Creo que es por esto que nuestro hijo mayor se porta mal con frecuencia. Te adora como a un dios, y tú no te acuerdas de hablarle. ¿Cuánto tiempo hace que no me has hablado más que para decirme que tienes hambre o sed, o darme alguna orden?

Tenía razón y él lo sabía, pero, ¿cómo explicarle sus malos presentimientos, si él mismo no se los explicaba?

Le sonrió por encima del hombro y se dirigió a la ventana corriendo las celosías de papel y contempló la noche. Ante sus ojos se extendía el jardín plateado por la luz de la luna de otoño. El jardinero había encendido las lámparas de la linterna de piedra para ahuyentar a los ladrones, pero la luna las eclipsaba. Por encima del muro de piedra vio las crestas de las altas montañas más allá de la ciudad. Sus flancos, desnudos y rocosos, brillaban con los reflejos de la luz lunar.

Su corazón se llenó otra vez de amor por su país, su bello país, rodeado de mar por tres lados y limitado al Norte por el Pakdusan, monte de las nieves eternas, y fortificado por una cordillera de montañas que se extendía en toda su longitud de norte a sur. ¡Cuántos tesoros de oro, plata y minerales escondían estas montañas! Durante generaciones enteras se había lavado oro en el río Han, inextinguible reserva. Había leído que en los países occidentales los hombres cavaban profundas cavernas en las montañas y encontraban plata, oro, plomo y minerales preciosos, escondidos allí por la naturaleza. Las riquezas de su país no habían sido explotadas; desconocidas por todos estaban esperando ser descubiertas.

Entre las montañas se extendían ricos valles de tierra fértil, rápidas corrientes, campos labrados con herramientas anticuadas, mujeres y niños haciendo el trabajo de los animales. Las estaciones se sucedían, las sementeras de primavera, seguidas por las cosechas de otoño, eran un tesoro también.

Sabía que existían sin salir de la casa de su padre, era el hijo de un intelectual y nunca había trabajado manualmente. El clan Kim poseía vastas tierras y él se sentía siempre algo avergonzado al pensar en ellas. Porque ¿acaso la familia Kim no se había enriquecido con casas y tierras gracias al favor real, a la corrupción y a la usura? Incluso su padre ... ¡su padre! Se apartó bruscamente de la ventana. Sunia lo estaba esperando, con su bello rostro entre inquieto y triste y sus blancas vestiduras flotando alrededor de su esbelto cuerpo:

—Sunia —empezó a decir y luego se detuvo.

—Sí —susurró ella.

El sabía lo que esperaba. Su cálida sonrisa, su voz tierna y tímida, sus oscuros ojos anhelantes y dulces ... Todo su ser esperaba una invitación al amor.

—Estoy preocupado —dijo—. Mi mente está abstraída con los problemas de nuestro país.

Ella comprendió en seguida y se retiró graciosamente. —Yo sólo pienso en ti —dijo, y le dejó solo.

Se despertó temprano al día siguiente. El sol se filtraba por las celosías y viendo que hacía un día muy hermoso se vistió y salió al jardín.

El aire era fresco, pero la tierra estaba caliente y un espeso rocío cubría musgosos

senderos, rocas y arbustos. Grupos de crisantemos otoñales resplandecían entre los pinos, cerca de un pequeño arroyo cuyas aguas lanzaban destellos al caer sobre las rocas, formando una pequeña cascada. Anduvo por un sendero y se sentó en un banco de porcelana de china azul. Desde allí contempló las líneas bajas y ondulantes de los tejados de su casa. Aquel edificio estaba allí desde hacía varias centurias, los cimientos eran de roca procedente de las montañas, las paredes de ladrillos, los tejados de tejas. Sin embargo, su estabilidad era sólo aparente, cualquier revuelta de campesinos, cualquier escisión entre jóvenes y viejos, o incluso una guerra podía destruir su posesión. La casa podía convertirse en prisión si un tirano extranjero gobernaba el país. ¿Qué fuerza tenía su pueblo para rechazar tales ataques? Habría que defenderse, y China, su vieja aliada, era ahora demasiado débil, incluso para defenderse a sí misma. Rusia y el Japón eran sólo enemigas que luchaban entre sí.

¿Con qué fuerzas contaba su pueblo?

No había respuesta a esta pregunta, tendría que descubrirlo por sí mismo. Fue a esta hora, por la mañana, mientras bajo los tejados curvados de su casa dormía su familia tranquilamente, cuando tomó una decisión.

Iría en peregrinación, no por hacer penitencia o por alguna de las razones por las que los hombres acostumbran a ir en peregrinación. No iría en busca de ningún templo o dios. No. Buscaba algo para sí mismo, una respuesta a la pregunta que se había hecho. Viajaría por el Norte, Sur, Este y Oeste en busca del alma de su pueblo. Quería conocerlo, porque sólo conociéndolo sabría lo que se le podía pedir, de lo que era capaz o lo que deseaba hacer si era atacado.

Con esta resolución quedó en paz. Había estado perdido en una selva de dudas y temores, pero ahora había ante él un camino abierto que le conduciría fuera de esta selva. Si no podía ver dónde terminaba este sendero, al menos vería dónde empezaba y era libre de recorrerlo y seguirlo hasta donde le condujese... Libre por todo menos por las dos mujeres que amaba, su esposa Sunia, y su reina Min. Tenían que permitirle que se fuese. ¿A cuál de las dos abordaría primero? Tenía medios de convencer a la una y a la otra. Si empezaba por la reina podría decir a Sunia que era una orden real, pues conocía su carácter voluntarioso y tenaz, y sabía cuánto lo amaba.

—A la reina le parece todo muy bien —gritaría— A ella no le importa mandarte solo por valles y montañas en estos tiempos agitados. Ella tiene otros hombres para atender sus demandas. Hombres tiene muchos, pero yo sólo te tengo a ti. Para mí lo eres todo, y sin ti estoy perdida y conmigo nuestros hijos. ¿Y si no vuelves nunca? ¿Qué pasaría?

Apartó estos pensamientos. Se lo diría primero a Sunia. Persuadiría más fácilmente a la reina que a su mujer. Escogería el momento en que Sunia estuviese tierna y alegre por alguna cuestión familiar. Lo meditó un momento, y luego recordó

que deseaba una nueva casita para el hielo. La casa del hielo del fondo del patio estaba desmoronándose. El verano pasado las reservas de hielo se habían fundido demasiado pronto, cuando el calor del octavo y último, mes lunar cayó sobre ellos, y ya no tenían hielo. Decidió que para la casa construiría otro depósito de hielo y a ella le compraría jade de China, una pieza roja, que deseaba y aún no tenía, porque era difícil de obtener y los comerciantes traían jade sólo de vez en cuando. Tenía agujas para el pelo de jade blanco y brazaletes y pendientes de jade verde, pero jade rojo no y lo quería para usarlo como una especie de botón muy grande para abrochar una chaqueta dorada que le gustaba. Sonrió pensando en qué ardid se entretenía. Pero amaba a Sunia por estas pequeñeces, que eran tan pocas, tanto más cuando tenía un carácter noble, Casi le complacía encontrar en ella alguna pequeña debilidad.

Aquella noche, sin embargo, cuando iba a decirle lo de la nueva casa del hielo, ella se le anticipó, afortunadamente, diciéndole que aquel día su hijo mayor se había perdido y los criados le habían buscado y llamado casi toda la mañana. Al fin oyeron una débil voz que venía de la vieja casa del hielo. El niño se había deslizado por la puerta entreabierta y luego había cerrado tras él, y la sacudida del portazo había provocado el derrumbamiento de un montón de piedras que cayeron detrás de la puerta dejándole encerrado dentro.

—¡Oh! Mi corazón latía tan rápidamente, como si estuviese muriéndome —dijo Sunia contando la historia entrecortadamente—. Hubiera podido ocurrir que no le encontrásemos y luego, en invierno, al poner los bloques de hielo en la casa, hallarle muerto allí... Il-han, tienes que mandar construir una nueva casa para el hielo. ¡Qué horror si hubiésemos perdido al niño!

—Tranquilízate —le dijo él, calmándola—. En primer lugar, ¿dónde estaba el preceptor del niño?

—Olvidé decirte que fue tres días a su casa para desposarse.

—Entonces ¿dónde estaba el criado encargado de vigilarlo?

—Ya sabes que estamos haciendo el Kimchee y necesitamos todas las manos. Ayer mandé varios criados al campo a buscar los últimos repollos y nabos —le interrumpió ella.

—Está bien —dijo él—. Acepto todas las excusas.

—No son excusas...

—Son excusas —continuó firmemente—, y construiré en seguida otra casa para el hielo... Tengo que decirte, Sunia, que me voy por un tiempo.

—¡Oh! ¿Por qué? —se lamentó ella.

—Déjame terminar —dijo—. Mientras me halle fuera de casa ¿cómo podré estar seguro de que alguien vigilará siempre a mi hijo mayor? La vieja casa del hielo desaparecerá, pero este niño, siendo tan rebelde, se puede exponer a cualquier otro peligro.

—Entonces ¿por qué te vas? —preguntó ella.

—No me iría si no supiese que es mi deber.

Y como tenía por costumbre cuando no quería decir nada más, se levantó y la dejó.

Fue a la habitación de su hijo mayor. El niño dormía con los brazos colgando fuera de la cama, la carita hermosa y tranquila. Este chiquillo tempestuoso, esta obra suya causa de tormento y lágrimas para su madre, dormía ahora tan tranquila e inocentemente que hubiese podido hacerle llorar de emoción. Pero este mismo niño podía convertirse en un diablo colérico, malvado y destructor, y a veces Il-han se preguntaba si no estaría poseído por el demonio. Una vez, porque un gatito no quiso acudir a su llamada, lo estranguló. Otra, mordió tan fuerte la manita de su hermano que le hizo sangrar. Otra, rompió el caparazón de una tortuga con una piedra. Cuando Il-han pensaba en esto temblaba. Pero había más cosas. En la manita mordida puso su juguete preferido. Y una vez había llorado porque una nidada de pajaritos cayó del nido y eran demasiado pequeños para comer de su mano, y muchas veces, muchísimas, se había refugiado en brazos de su padre hambriento de cariño. ¿Se atrevería a dejarlo? Sí, porque lo que iba a hacer lo hacía también por él. Aquella noche estaba tan silencioso y grave que Sunia no se atrevió a hablarle, y antes de dormirse se acurrucó junto a él. Ganado por su gentileza y temor la apretó contra su corazón.

Cuando le anunciaron al día siguiente en la puerta del Jardín Secreto del palacio de la reina, esperó en la antecámara hasta que el guarda, instantes después, le dijo que la reina estaba descansando en la glorieta del jardín. Allí fue conducido cuando accedió a recibirle. La encontró en aquel pequeño recinto bajo los tejados triangulares de la glorieta. Estaba junto a una mesa labrada llena de flores y hojas de otoño, y llevaba una amplia falda y una chaqueta corta de satén rojizo vinoso de acuerdo con la estación otoñal. Estaba de buen humor, según pudo advertir, porque no le invitó a que hiciera las ceremonias prescritas por el ritual y tampoco ella estuvo ceremoniosa en ningún momento.

—Ven —le dijo—. Me encuentras desarreglada. Me estoy divirtiendo. Espero que no vengas con problemas. Estás siempre tan serio, que nunca puedo adivinar lo que pasa dentro de esta cabeza tuya, tan llena de secretos, me figuro.

Habló con segunda intención, sonriendo, y él pensó que además de reina era también una bella mujer. Se reprochó en seguida semejantes pensamientos sobre su reina y los apartó rápidamente.

—Majestad, sólo he venido a interrumpir vuestra diversión con una petición.

—Habla —le ordenó ella.

Cogió una aguja de sus trenzas, pinchó un crisantemo dorado y luego la puso de nuevo en su oscuro cabello. La flor brillaba como una joya en contraste con el crema

pálido de su nuca. Il-han apartó la mirada.

—Pido ser excusado del servicio a vuestra majestad por espacio de unos meses. No puedo asegurar cuántos, porque me propongo recorrer todo el país para conocer el pueblo, las clases altas y las bajas, medir su fortaleza, sus capacidades y su carácter. Luego, cuando vuelva, entregaré mi informe a vuestra majestad. Entonces sabré bien lo que digo. Sólo así podré conocer la resistencia de nuestro pueblo para defender nuestra tierra.

Hizo su petición en voz baja, en tono reverente ante la real presencia, aunque ésta se dignase aparecer ante él en forma de mujer. Pero vio con horror la transformación. La reina dio unos rápidos pasos hacia él, y aferró su brazo derecho con ambas manos.

—No —murmuró— No, no.

Intentó retroceder, pero ella no le dejó. Se quedó helado, aturdido. ¿Qué significaba semejante conducta? Ante la consternación pintada en su rostro y sorprendida mirada, bajó los ojos, se apartó y se revistió nuevamente de dignidad.

—Tengo motivos para creer... —empezó en voz baja, mirando a su alrededor.

No, no había nadie cerca. Al entrar, ella había mandado a sus doncellas retirarse al fondo del jardín, al alcance de la vista, pero no del oído, y ahora estaban de espaldas. El se mantenía erguido como si fuese de piedra, esperando con los ojos fijos en el musgoso sendero donde estaba ella. Empezó a arreglar las flores otra vez.

—Han llegado a mí rumores de que el regente está conspirando para volver al trono —le dijo por encima del hombro.

Sintió vergüenza y alivio. Vergüenza porque ¿cómo se atrevía a pensar que su reina truebone podía conducirse sólo como mujer? Ella no tenía la culpa de ser bella y graciosa.

Alivio porque ahora sabía que ni una reina podía tentarle y apartarle de Sunia, ya que su primer impulso había sido apartarse, dejar aquella presencia peligrosa. Su corazón estaba acorazado por el amor a su esposa y se sentía feliz de que fuese así. Habló con renovada calma.

—Majestad, no he oído hablar de semejante complot.

—Hay muchas cosas de las que no has oído hablar nunca —replicó.

Estaba vuelta de espaldas a él, pero veía sus blancas manos temblar entre las flores.

El continuó: —Mi padre tampoco ha oído ese rumor, porque si lo hubiese oído estoy seguro de que me lo hubiese comunicado.

—Tu padre es amigo del regente —dijo ella.

—Mi padre es un hombre de honor y un patriota.

—Ni el rey me ha creído —dijo en voz baja—. ¿Cómo pude pensar que tú lo harías?

—¿Dónde oyó vuestra majestad este rumor?

—Una joven que me hace compañía por la noche, está casada con un guarda del palacio del regente. El oyó este rumor y se lo dijo a ella.

—Los criados hablan y hablan —dijo Il-han.

—No obstante, deseo que te quedes.

No contestó.

Ella miró por encima de su hombro y viendo su expresión de rebeldía, habló una vez más.

—No, no quiero impedirte que partas. Ve y diviértete.

—¡Majestad!

No quiso oír nada más.

—Vete, vete —dijo, impaciente.

La dejó allí entre las flores, turbado, pero resuelto.

Hay muchas maneras de que un hombre conozca su país. Si su padre hubiese estado en su lugar, habría hecho grandes preparativos. Baúles llenos de trajes, paquetes de ropa de cama, comida y bebida, una pequeña estufa para el frío, abanicos para el calor, inmensos paraguas de papel aceitado para la lluvia, criados y troncos de caballos y un coche forrado de algodón acolchado. Habría necesitado todo esto. Al llegar a una ciudad, la mejor familia acudiría para darle la bienvenida y habrían arreglado lo necesario para su hospedaje. Se habría reunido con los intelectuales, poetas, artistas, habrían bebido té y vino, y escrito interminables versos, y al fin habría vuelto sabiendo lo mismo que cuando partió, porque se llevaba un mundo con él, y para él no había otro que éste.

Il-han no era así. El preceptor que le acompañó desde la infancia hasta su mayoría de edad le había enseñado a estar hambriento de saber, y que debía hacerse a sí mismo como cualquier otro hombre, si quería aprender algo de ellos.

Ante la extrañeza de Sunia, insistió en vestir como alguien ni rico ni pobre y en llevar con él sólo a su criado más fiel, para que condujese su caballo.

Los dos se pusieron en marcha una hermosa y fresca mañana de principios de otoño, cinco días después de su audiencia con la reina. A pesar de que sabía cuán grande era la tarea que se había impuesto, se sentía feliz y animado. No podía tomárselo como unas vacaciones, porque habría parecido un muchacho con ganas de jugar, y él no había dejado sus deberes familiares por gusto. Su viaje tenía un fin, y si se divertía sería una diversión de la que podría gozar con entera tranquilidad de conciencia.

Se dijeron los últimos adioses. Se quedó solo con Sunia unos minutos con las puertas .correderas cerradas entre ellos y los demás. La tomó en sus brazos y apoyó su suave mejilla contra la suya.

—¿Cómo puedes dejarme? —sollozó ella.

—¿Cómo puedes dejarme tú marchar? —replicó él.

Sunia le dio un pequeño empujón en broma. —¿Acaso tengo yo la culpa de que te marches?

Se abrazaron de nuevo como si no pudiesen separarse. —Me admira nuestra propia fortaleza —dijo ella al fin. Luego, como debía partir, se apartó de él y entraron en la otra habitación donde esperaban los niños, el mayor con su preceptor, el menor con su nodriza. Una vez más, Il-han se maravilló de que el amor hacia su país fuese más fuerte que ninguna otra cosa. El mayor empezó a llorar cuando vio a su padre preparado para la partida. Lo cogió en brazos y recordó al preceptor su deber.

—Lo dejo a su cargo —le dijo—. El niño no debe nunca apartarse de su vista.

—Me hago responsable de él —contestó el joven.

Con el mayor colgando de su cuello, cogió al menor de los brazos de su nodriza. Este era de natural tranquilo, pacífico, alegre y con buena salud. Tenía la cara redonda, las mejillas sonrosadas y los ojos oscuros y brillantes. Le sonreía y miraba a los criados reunidos allí y a su madre.

—Nunca llora —dijo la nodriza—. Esté donde esté, todo le parece bien.

—Me alegro de tener un hijo así —dijo Il-han y le devolvió el niño. A ella también le advirtió—: Lo dejo a su cargo.

—Acepto la responsabilidad —contestó la nodriza.

Las despedidas terminaron, y como ya había visitado a su padre el día anterior, no era necesario que le molestase otra vez.

Salió de la casa. Al pasar, los vecinos le recomendaban que cuidase de su salud, que no bebiese agua fría y que se guardase de los bandidos de las montañas.

Al fin, lo dejó todo tras él y aflojando las riendas del caballo salió de la ciudad por la puerta Noroeste. Primero iría hacia el Norte, luego al Este y al Sur cortando por el centro de aquella gran península que era su país. Costearía el litoral occidental, de nuevo en dirección al Norte, hasta alcanzar la isla de Kanhwa, en la boca del río Han. Il-han sentía amor hacia esta isla aunque no la hubiese visto nunca, porque allí empezó la historia de su pueblo. La gente creía que su primer rey, Tangun, bajó del cielo tres mil años antes de la llamada Era Cristiana a la cima de una montaña de Kanhwa.

Durante cuatro mil años después de este sagrado nacimiento, el pueblo vivió en paz, bajo el gobierno de muchos reyes, hasta que, setecientos años antes, los fieros hombres de Mongolia lanzaron sus caballos a través del río Yalú y se extendieron por todo el país. El rey y su pueblo se refugiaron en Kanhwa, hasta que pudieron rechazar a los invasores. El rey mandó construir una muralla en el lado interior y el pueblo decía que Tangun, que estaba en el cielo, envió a sus tres hijos para ayudarle a construir la muralla, que fue llamada desde entonces la Muralla de los Tres Hijos. Il-han había oído contar esta leyenda en su infancia, porque su abuelo hablaba con frecuencia de Kanhwa, refiriéndose a la historia y al clan Kim, que tenía allí sus

orígenes.

Kanghwa es la fortaleza de nuestra independencia y el lugar de origen de nuestro clan —le decía su abuelo—. En cada batalla combatió un Kim para defender nuestro país. Cuando los mongoles volvieron a su país llevándose tesoros que nos robaron, tuvimos unos siglos de paz, hasta que ciertas tribus sin ley, procedentes de más allá de China, nos atacaron. De nuevo, Kanghwa fue nuestro bastión. Esta vez la muralla fue destruida por el enemigo, pero no nos rendimos. La reconstruimos y con un Kim a las órdenes del rey, rechazamos al enemigo. Cuando se marcharon salimos para reclamar nuestra tierra. ¡Si, nieto mío, en Kanghwa está el secreto de nuestro espíritu invencible!

Y así había sido, porque según recordaba Il-han, los franceses habían tratado de alcanzar Seul, la capital, y pudieron haberlo logrado, pero cuando intentaron remontar la corriente del río Han, única entrada a la ciudad, la muralla de los Tres Hijos les detuvo, fueron rechazados y la capital salvada.

Viajaría por montañas y valles, mar, tierras e islas; viajaría por doquier y vería su país y su pueblo tal como eran.

¿Cómo puede expresar un hombre el amor hacia su patria?

Antes de ser concebido en el seno de su madre había sido concebido en la tierra de su país natal. Sus antepasados le crearon a través de sus vidas. El aire que respiraron, las aguas que bebieron, las frutas que comieron, pertenecían a la tierra, y de su polvo nació él. Cuando se despidió de su mujer y de sus hijos, U-han dejó a un lado todos los demás amores, menos este gran amor, el amor a su país. Abrió su corazón y su espíritu, día a día, al pueblo que ahora encontraba, a las escenas que veía, a la vida que vivía. Sin otro compañero que su criado, viajaba de día y pernoctaba en el mismo sitio donde se encontraban cuando anochecía. Recorrieron el Norte, y estuvo varios días en Kumgang-san o las montañas Diamantes, llamadas así no porque encerrasen piedras preciosas, sino porque los monasterios budistas edificadas en sus cumbres brillaban por su cultura más que cualquier sol. No había viajado nunca por estas montañas, sólo había oído hablar de sus tortuosas formas, labradas por fuertes vientos y lluvias torrenciales. Había en ellas áridos riscos, oscuros y estrechos valles, y blancos torrentes de agua que caían en cascadas y se unían a los grandes ríos que desembocaban en el mar.

Había leído la historia y geografía de estas montañas, hecha unos doscientos cincuenta años antes de que él naciese por un gran geógrafo, Yi Chung-Hun. Formaban tres fuertes filas. La cordillera Tacbach, que atravesaba el país de Norte a Sur como la columna vertebral de un gran animal, al lado noroeste tres pequeñas filas paralelas, y al sudoeste una tercera cordillera que se extendía hacia el Norte. Las lluvias y la nieve, al fundirse, arrastraban la tierra de las montañas y cada invierno la amontonaban rica y fértil en los valles. Il-han, cabalgando hacia el norte,

contemplaba estas tierras fértiles, los campos dorados por la cosecha de arroz y los nísperos amarillos y rojos madurando en los árboles.

Los altos y esbeltos álamos crecían en las escarpadas montañas como cirios de llama amarilla, poco numerosos por el estéril suelo, pero firmes y solitarios.

Entre esta severa belleza, las gentes parecían profetas o poetas; hombres altos con sus blancos vestidos y picudos sombreros negros, y mujeres también altas, con brillantes y amplias faldas y cortas chaquetas, llevando cestos o jarras de aceite sobre sus cabezas. Se veían niños por todas partes; los alegres niños campesinos. Por la noche los veía más de cerca, porque cada día, después de la puesta de sol, se detenía en el primer pueblo que encontraba y pedía hospitalidad en alguna casa de techo de hierba. Sin excepción, siempre era bienvenido e invitado a compartir lo que la familia tenía: sopa, trigo con habas secas en conserva, un bol de arroz, un mendrugo de pan de trigo, un plato de arenques y camarones adobados con vinagre, Kimchee para condimentarlo y una taza de té caliente después de la comida.

Conversaba con los hombres mientras las mujeres se sentaban en la sombra y los niños se acercaban para mirar y escuchar.

La conversación era sencilla.

—¿Tienen ustedes bastante comida? —preguntaba al principio y la respuesta era habitualmente afirmativa, pero algunas veces decían que no les bastaba la comida que tenían antes de la cosecha.

—¿Tiene algún otro motivo de queja? — les preguntaba después.

Contestaban cautelosamente hasta que les aseguraba que no se trataba de un recaudador de impuestos ni iba de parte del Gobierno. Entonces, oía peticiones simples.

Todos los granjeros deseaban lo mismo: más tierra de la que tenían, y que sus hijos pudieran ir a la escuela.

—¿Puede ser útil la instrucción para cultivar la tierra? —preguntaba.

Un anciano surgió de las sombras para contestar.

—La instrucción aclara la mente, y los libros abren —la inteligencia del hombre para que pueda descubrir los secretos del cielo y de la tierra.

—¿Sabe usted leer? —le preguntó Il-han. El viejo tocó sus arrugados párpados.

—Estos dos ojos sólo pueden ver la superficie de la vida. Cuando oscurecía y se apagaban las velas, dormían.

Il-han extendía el colchón en el suelo. Pocas casas tenían más de una habitación grande, a veces una o dos pequeñas. La vida de cada día se hacía en la grande. Por la noche la familia dormía sobre colchones extendidos en el suelo, los padres en el centro, el hijo más pequeño junto a la madre, y el mayor más cercano a la puerta.

Hubiese podido ser una vida miserable, pero no lo era, concluyó, porque no oía llorar a ningún niño quejándose. Incluso él, acostumbrado a una casa grande de

muchas habitaciones y a sus privilegios, se sentía a salvo en las humildes casas de campo, con gente próxima que hacía la noche menos sombría. Sin embargo, cuando amanecía se alegraba de seguir su camino.

A medida que se acercaba al norte, el paisaje iba cambiando, los valles se hicieron estrechos, los campos más pequeños y las cosechas más escasas. Oyó decir que había bandidos en las faldas de las montañas y dos veces los hombres de un pueblo le acompañaron hasta el siguiente y luego supo que había estado en peligro y que le salvó el que aquellos hombres tuvieran algunos parientes entre los bandidos.

Ahora recibía respuestas bruscas y vivas:

No, no estaban contentos con lo que tenían. Casi morían de hambre, y el rey y la reina truebone les olvidaban. En cuanto al regente no era más que un tirano, y no deseaban que volviese. ¿Qué deseaban? Deseaban pan, justicia y tierras.

—¿Cómo queréis conseguir más tierras? —preguntó una noche en una posada construida para los peregrinos que iban a los monasterios— Estas montañas se levantan como muros a vuestro alrededor. ¿Acaso los campos pueden cavarse en la roca?

No le contestaron, pero un sujeto gritó que entonces tendrían que convertirse en ladrones.

—Robamos a los ricos para dar de comer a los pobres —gritó— ¿Es esto pecado? ¡Santo cielo, yo diría que es una virtud!

Era cierto que robaban a menudo a los peregrinos ricos y se alegró de viajar como un hombre corriente con un solo criado y un caballo. Sin embargo, pensó que aquellos hombres no procedían así por maldad natural.

Mientras cabalgaban en aquel día claro y puro de otoño, pensaba que en una región tan montañosa como aquella donde sólo se puede cultivar una quinta parte de la tierra, esta tierra se convierte en un tesoro. Quien poseía tierra era poderoso. Todavía lo comprendió mejor al escuchar a los campesinos.

—Amo —dijo su criado una mañana—. Hoy iremos a pie. Escalaremos las montañas.

Había pasado la noche en un pueblecito levantado sobre una roca al pie de las montañas. Las gentes de este pueblo vivían de lo que los monjes de los monasterios les pagaban por llevarles comida de otros pueblos más lejanos. Como los monjes no tomaban pescado, ni carne, ni aves de ninguna clase, ni tan siquiera huevos de gallina, su comida se componía de habichuelas, trigo, mijo y arroz.

Il-han contempló las escarpadas montañas a lo lejos. Aquel estrecho sendero rural se convertía en roca sobre la cual ningún caballo podía andar.

—Deja los caballos aquí —dijo Il-han—. Dile al jefe del pueblo que cuando volvamos le pagaremos por cuidar de nuestros animales.

El criado obedeció, y al salir el sol Il-han se encontraba ya en camino por la

escarpada roca de la montaña.

La altura le asustó, y de buena gana hubiese desistido porque a veces el camino no tenía más que ocho pulgadas de anchura. Era más de lo que podía soportar. No apartaba los ojos de sus pies, y se detenía a menudo para descansar y mirar a su alrededor. La vista sobre las montañas era aterradora. Estas se elevaban puntiagudas, con las cimas escondidas en una niebla plateada. Abajo, las aguas, brillantes a la luz del sol, se precipitaban por estrechas gargantas y sus ecos rugían. Allí ningún sonido humano era inteligible. Las aguas rugían y los vientos silbaban en los acantilados. Anduvieron todo el día, deteniéndose al mediodía para comer pan y habichuelas frías. Oscureció antes de que llegasen al primer monasterio, donde podrían guarecerse. Todo lo que Il-han tenía de poeta resurgió en él a medida que se acercaban. El monasterio estaba orientado hacia el Oeste, y lo vio por primera vez a la luz del dorado ocaso. Fuera de las sombras del crepúsculo vio unas manchas verdes que resaltaban contra las oscuras y escarpadas rocas. Entre los nudosos pinos vio una escalera labrada en la roca. Como una joya apareció después el antiguo templo, de tejado gris, pilares rojos bermellón y muros blancos. Subió las escaleras y esperó delante de unas grandes puertas talladas en el centro de la veranda pavimentada de piedra. Las puertas se abrieron a su llamada, y apareció una alta figura vestida de gris. Era un monje que le acogió con el saludo budista:

—Na mu ah mi to fu.

Il-han contestó con una oración budista que su madre le había enseñado hacía años, cuando en su niñez lo llevaba al templo con ella.

—Po che choong saing.

—Entre —dijo el monje—. Es uno de los nuestros.

Penetró en el vasto vestíbulo silencioso, y se enfrentó con un gran Buda sentado con las piernas cruzadas sobre un loto dorado, con las manos juntas y los dedos cruzados. Su dorada faz se inclinaba y parecía posar sobre los humanos una mirada benigna y tranquila, y entonces se sintió invadido por la paz.

Il-han vivió un mes entero en el monasterio, con los monjes.

Dormía en una pequeña celda y cada día a la salida del sol iba a la Cámara de los Espíritus donde el abad, vestido de cáñamo color azafrán y sentado sobre un negro cojín, leía las escrituras budistas. Este monasterio, según le dijo el abad, «es rico en tesoros del espíritu, y existe desde el principio del reino de Koryo, cuando el monje Chegwan enseñó al propio rey que la unidad de los tres Reinos reflejaba las unidades del budismo, que eran también tres: doctrinas, discípulos y sacerdotes». El poder del budismo, había aumentado gracias a esta unidad, extendiéndose desde la India hasta la lejana China y los países cercanos, luego a Corea y de Corea al Japón. Bajo esta influencia las escrituras budistas habían sido traducidas al coreano. Un gran budista, Tagak, hijo del rey Mubjon, vigésimo octavo patriarca y descendiente directo de

Sakymuni Buda, fue él mismo a China y recopiló estos preciosos libros.

—Estamos preparándonos para el futuro —le dijo el abad a Il-han. Se predijo también que los mongoles del norte invadirían la tierra coreana. Los destructores cayeron una y otra vez sobre los hombres civilizados, venían siempre del norte. ¿Acaso China no construyó su gran muralla para defenderse de las invasiones procedentes del norte? Los mongoles vinieron del norte, pero bajo nuestra influencia la nación resistió como un solo hombre contra las tribus bárbaras.

—Para rendirse al fin a Genghis-Khan —le recordó Il-han—, y para que éste quemara todos los libros.

—No nos vencieron, sólo nos sometieron —dijo el abad con voz aguda—Cierto que nuestro rey escapó a la isla de Kanghwa. Pero nosotros, creyendo que Buda nos salvaría, preparamos nuevos tipos de imprenta y cientos de nosotros trabajamos durante dieciséis años para recopilar de nuevo los libros sagrados, imprimiendo más de cien mil páginas. Están aquí, y son la más vasta colección de libros budistas del mundo y nuestro país permaneció intacto y unido por la religión budista. Chegwan, fundador de la Escuela de Meditación, estuvo sentado nueve años cara a la pared para no distraerse de su meditación. Sus valiosas enseñanzas sólo se alcanzan mediante la purificación e iluminación interiores, a las que se llega con la meditación y reflexión. La base de toda doctrina está en nuestro propio corazón, por esto nosotros, los monjes budistas, nos retiramos a las montañas.

»En tiempos de Silla —continuó el abad con su suave voz sin inflexiones— un antepasado suyo, un príncipe Hsin-lo llamado Kim, se hizo monje. Fue a China y cuando remontaba la corriente del Yangtse se detuvo en la Montaña de las Nueve Flores y recibió allí del magistrado local tanta plata como su esterilla para la oración pudiese contener. Estuvo meditando durante setenta y cinco años, con un perro blanco siempre a su lado. Sentado así le rodeaba una aureola de resplandor y la gente le creía divino. Al día treinta del séptimo mes, después de setenta y seis años, recibió la gran iluminación, y fue aceptado por la muerte. Después de muerto su cuerpo no se descompuso, y sobre su sepultura ondeaban lenguas de fuego. ¿Por qué? Porque descendió a los infiernos llevado por el amor y piedad que sentía por los condenados.

—¿De qué nos sirve esto ahora? —dijo Il-han—. Toda esta meditación no nos ha salvado. ¿Cree que basta descender a los infiernos como hizo mi antepasado para que todo vaya bien? Sería mejor que se hubiese quedado en el infierno que es ahora nuestro país. Nosotros también podemos condenarnos, y recuerde que durante el Gobierno Koryo, los monjes budistas y hasta los mismos abades, se acostumbraron al poder y con él a la molicie y corrupción.

El abad estaba silencioso. La acusación era cierta. Cuanto más débiles eran los gobiernos, con más frecuencia los días de fiestas y ceremonias religiosas se convertían en ocasiones para festines y juergas. Los intelectuales confucianos, fuertes

con la energía que da una nueva filosofía, denunciaron la decadencia budista y con esta nueva y noble fuerza el reino pasó al poder de la dinastía Yi. Luego el confucianismo se convirtió en la religión oficial del Estado y del país, y los monjes budistas se retiraron para siempre a estos templos de las montañas del norte. Il-han pasaba el día con los monjes y al atardecer paseaba por los jardines plantados en la delgada capa de tierra de las rocas que rodeaban el monasterio. A su alrededor, fuese donde fuese, estuviese donde estuviese, las agudas y oscuras montañas se elevaban hasta el cielo. Los valles se llenaban de oscuridad aun al mediodía, y las sombras eran completamente negras. Una tarde, al oscurecer, oyó un canto especial de los sacerdotes, una música melancólica, y a la vez de esperanza, como un grito desgarrado, dirigido a los cielos. Se acercó al vestíbulo de los cantos y miró. Los sacerdotes estaban sentados sobre cojines con las piernas cruzadas, los ojos cerrados, con los dedos entre sus rosarios de sándalo y marfil, y las luces de las velas reflejándose en sus inexpresivos rostros. Ninguno era joven, ni uno sólo. Eran los viejos, los cansados, hombres apartados de la vida. Y la paz en que vivían era la paz de la muerte cercana ¡Muerte! Sí, esto era una tumba para la mente y el cuerpo de los hombres.

Salió y ordenó a su criado: —Mañana al amanecer partiremos.

—¡Amo, por fin! —le contestó—. Temí que no quisiera irse nunca de este lúgubre lugar.

Al entrar en su celda —¡era la última noche allí, en el monasterio!— vio que la vela de la mesa estaba encendida y que alguien le esperaba sentado en el suelo con las piernas cruzadas. Era el monje más joven, que había preparado los vestidos del abad por la mañana. Se levantó al entrar Il-han.

—Señor, ¿es verdad que nos deja usted mañana? —le dijo.

—Antes del amanecer —contestó Il-han.

—Lléveme con usted, señor. Le ruego que me lleve con usted.

Los ojos del joven monje brillaban a la luz de la vela, y su rostro expresaba súplica y anhelo.

Il-han estaba sorprendido y consternado.

—¿Cómo puedo llevarle conmigo? —preguntó—. Usted ha pronunciado sus votos.

—En mi ignorancia —gimió el joven monje—. Era sólo el hijo de un campesino. A los diecisiete años me marché de mi casa y los cristianos me pusieron en su escuela. Mi alma no estaba satisfecha, y busqué a Buda aquí. Pero mi alma está aún sedienta de verdad. He leído muchos libros, por medio de peregrinos he conseguido libros de filósofos occidentales: Kant, Spinoza, Hegel, pero no encuentro la paz. ¿Dónde está la verdad?

—Si no puede encontrarla aquí —le dijo Il-han—, no la encontrará en ninguna

parte.

Rechazando su petición le despidió, y cerró su puerta con la barra. Sin embargo, a la mañana siguiente fue a ver al abad para despedirse y darle las gracias por su hospitalidad. Le dolió la separación. Gran parte del pasado de su país estaba conservado en este templo y en otros como éste, también en las montañas. Las montañas se han convertido en escondites de los restos de glorias pasadas. ¿Qué destino les esperaba? ¿Qué fuerza podría mantener unido al pueblo ahora que el amor de Buda estaba olvidado?

—Ruegue por nosotros —dijo al abad—. Usted que aún reza.

—Rezaré —respondió el abad, y se levantó para bendecir a Il-han.

El era alto, pero el sacerdote lo era más y extendió las manos sobre la cabeza inclinada de Il-han.

—¡Que Buda te guarde, hijo mío! ¡Que Buda guíe tus pasos! ¡Que Buda te conceda la paz! A mi to fu.

Il-han dejó las montañas y se dirigió al sur, hacia el mar.

La costa de Corea es baja, pero los mares que la bañan han desgastado tierra y rocas durante siglos y las playas se han convertido en estrechas y profundas bahías donde las mareas son altas y continuas. Il-han viajó a lo largo de estas costas cuando los caminos lo permitían, siguiendo los mismos abruptos y arenosos senderos que la gente del mar seguía para ir a las cabañas donde guardaban sus redes. Estos hombres de mar eran distintos de los campesinos y monjes. Eran duros, sus voces ásperas, su piel tenía sal incrustada y sus ojos arrugas porque el sol y las tormentas hacían que los frunciesen constantemente. Eran valientes, expuestos siempre al peligro en alta mar y en embarcaciones pequeñas y a merced de las corrientes. Cuando volvían a casa todas sus conversaciones giraban alrededor del mar y la pesca.

Mientras los hombres estaban en el mar, las mujeres y los niños cultivaban raíces de ginseng en las colinas cercanas a los pueblos de pescadores. Era un cultivo provechoso, y la mejor raíz de ginseng se encontraba cerca de la ciudad de Naesor. Esta raíz es muy rara y es la más preciosa por las cualidades tónicas que proporciona al té y a la sopa. Una raíz de ginseng en un caldo de pescado salado era la mejor medicina para cualquier enfermedad, y una antigua bebida popular para curar la tos que atormentaba sus pulmones. Como verduras, los pescadores usaban los brotes tiernos de hierbas silvestres ahumados y luego remojados en vinagre y salsa de soja. Raramente comían carne y durante los numerosos días que Il-han viajó por estos pueblos de pescadores no la comió nunca.

Un día vio un trozo de carne de vaca seca colgando delante de una casa, pero cuando preguntó cómo había ido a parar allí, el dueño le dijo que la tenían porque la vaca había muerto de enfermedad.

—Amo —le dijo el criado con horror—. Es mejor que sólo comamos pescado en

este sitio.

Su bebida era un brebaje casero y de aspecto turbio que despedía un olor desagradable.

Como combustible usaban pinocha, ramas caídas de los árboles, paja, hierbas y algas marinas secas.

Cabalgando por esta región vio que hombres y mujeres recogían estas cosas. Esto demuestra, pensó, lo poco que les importa la tierra a los pescadores. Allí las casas también eran más pequeñas y más sucias que en ninguna parte y la gente más ignorante.

Una noche, en una posada de aldea, donde se detuvieron para dormir, les despertaron voces que gritaban: ¡Ladrones, ladrones!, y la gente del pueblo irrumpió en su habitación creyéndole un ladrón sólo porque era forastero, hasta que su criado, repreniéndoles ruidosamente, les echó.

—Nosotros somos más afortunados que los campesinos —le dijo una noche un pescador.

Estaban sentados junto al fuego en una cabaña.

—¿Por qué son más afortunados? —le preguntó Il-han.

El hombre escupió en el fuego y meditó sus palabras. Tenía dos dedos comidos por un tiburón, un tiburón pequeño, dijo con una risita, de otro modo su mano entera y hasta su brazo habrían desaparecido.

—Somos más afortunados —continuó el hombre—, porque los nobles sangban no pueden apoderarse del mar como hacen con las tierras. El mar es todavía libre. Nos pertenece porque pertenece a Dios y no a nuestros soberanos.

Las palabras eran convincentes. En los pueblos de pescadores, Il-han encontró la misma indignación que había encontrado entre los campesinos; estaban oprimidos por la misma desesperación. Ser pobre les parecía inevitable. Nadie podía escapar de la pobreza. Pero allí, cerca del mar, la pobreza con libertad era tolerable, mientras que un campesino sin tierra era un esclavo del propietario de aquélla.

Durmió mal aquella noche. La gente del mar olía a pescado.

El monasterio donde había estado oía a incienso y a pinos calentados por el sol, pero allí, ni los vientos del mar podían hacer desaparecer el olor de pescado seco y ahumado, del pescado salado para el invierno y del que se pudría en la arena de la playa. Hasta el té, esta bebida familiar, sabía a pescado, y la vida de estas gentes era tan triste entre las desnudas montañas y las olas del encrespado mar, que no pudo soportar muchos días la estancia allí.

Después de Pusán, en la punta más al sur de la península, se detuvo en una posada de Hyangsan, y cuando pusieron las largas mesas para la cena de los huéspedes, encontró aquellas mismas pobres viandas, pero comió para que no sospechasen que era rico o un enviado del Gobierno disfrazado.

Cuando llegó al río Nangton, cuyo origen está en algún lugar de Andong, se encontró con que no podía vadearlo y lo cruzó en barca. Estas barcas tenían una forma especial que no había visto nunca, estrechas, pero con sesenta pies de largo.

—Son así —le dijo el barquero—, porque el río a veces es ancho y a veces estrecho.

Los pescadores echaban sus redes y pescaban koi y carpas y este pescado tenía un sabor distinto de los del mar. Una vez, era un hermoso día, encontró una procesión de adoradores de Buda, y recordó los templos. En el centro de la procesión había una imagen de oro de Buda. Tres jóvenes iban delante en palanquines, cantando, pero un mirón dijo que iban al templo por diversión, no por devoción a Buda, pues según aquel hombre, Buda había muerto hacía mucho tiempo.

—Tiene razón —contestó Il-han—, puesto que no vive en el corazón de los hombres está muerto.

Quedaba ahora su última etapa, la isla de Kanghwa. A partir de entonces, sólo se detendría una noche en cada posada hasta alcanzar su punto de destino. En una barca de pescadores cruzó el canal, donde el río desemboca en el mar, y arribó a la ilustre isla. Había decidido recorrerla solo y en lo posible sin hablar con nadie.

—Sígueme a distancia —dijo al criado—. No me hagas preguntas. Cuando caiga la noche dormiremos donde nos encontremos y para comer compra cosas que podamos comer mientras viajamos, ya sea a pie o a caballo.

Así lo hicieron. Il-han fue primero a la cima de la montaña donde se decía que Tangun, el primer rey, bajó del cielo. El camino era empinado y la hierba resbaladiza a causa de la helada, pues se acercaba el invierno. Pero Il-han, gracias a su cuerpo delgado y a sus músculos endurecidos por las recientes largas caminatas, era incansable.

Cuando alcanzó la cima de la montaña, quiso dejar una señal de su presencia allí, amontonó unas cuantas piedras, y permaneció junto al montón: mirando hacia arriba, al cielo azul. Su razón no podía creer, pero su corazón sí, y estuvo meditando sin lograr nada más que sentirse más fuerte y tranquilo. Antes de marchar buscó entre las piedras y encontró una muy curiosa y puntiaguda que colocó encima del montón como si fuese su propio monumento funerario. Luego descendió de la montaña.

Se paró otra vez a contemplar la Muralla de los Tres Hijos.

Había sido construida setecientos años antes, y reconstruida después, pero ahora era sólo historia. Los próximos invasores, fuesen quienes fuesen, vendrían con nuevas armas contra las cuales las murallas nada podrían y el canal, aunque tuviese una milla de ancho, ya no serviría de foso a una fortaleza. Kanghwa era sólo el recuerdo del valor de un pueblo en tiempos pasados, y un manantial de fuerza que alimentaría el espíritu del pueblo en tiempos futuros.

Cuando proyectó su viaje, había decidido permanecer unos días en el antiguo

monasterio de Chung Dong, pero ya no resistía más. ¿De qué le podía servir este retiro ahora? Suspiraba por su casa, y estaba impaciente por volver al trabajo y a su deber.

Continuó su camino, contento porque empezaba a comprender el alma de su pueblo. Eran valientes, fuertes, sufridos, firmes y además alegres. Como no esperaban nada ni de los dioses ni de los hombres, agradecían cualquier suerte por pequeña que fuese. Su fortaleza estaba en ellos mismos, y no en los otros. Luchaban contra la naturaleza, las tormentas, el frío, y bajo cielos helados, pero luchaban unidos. Les amaba.

Caían las primeras nieves, cuando emprendió el regreso a su casa. Su primer paso sería visitar a la reina, y decirle la clase de pueblo que gobernaba, y lo merecedores que eran de sacrificios, y que no debían ser abandonados a los invasores. El país debía conservarse libre e independiente a cualquier precio. ¿A qué precio? Esto había aún que decidirlo.

A mitad de camino de la capital recibió malas noticias. Era una mañana suave y fría, y le despertó un rayo de sol que se filtraba por la pequeña ventana de su habitación en la posada. Estaba durmiendo, cuando el sol le cosquilleó en los ojos, y él se agitó y los abrió. Había dormido bien porque el pavimento ondulado estaba caliente, y no tenía prisa por levantarse. Una sirvienta que esperaba fuera, en la puerta, le oyó y entró con té caliente. Se arrodilló a su lado, le sirvió té en una taza y la colocó en una mesa baja al lado de su almohada. Era una mujer de mediana edad, de manos nudosas y llenas de grietas por el frío; parecía muy charlatana.

—Malas noticias, malas noticias, señor —le dijo animadamente.

—¿Qué noticias? —preguntó él, todavía soñoliento.

—A medianoche pasaron unos mensajeros de la capital —parloteó la mujer—. El regente ha ocupado el trono. El rey ha cedido, pero la reina, no. Se ha escapado y se ha escondido, pero el regente ha ordenado al Ejército que la busque y la mate.

Se levantó tan de prisa como si se hubiese incendiado el suelo de la habitación.

—Fuera de mi cuarto —gritó.

La mujer, asustada, se levantó e intentó marcharse, pero él la agarró por el borde de la falda.

—Llama a mi criado y mándale ensillar los caballos. Nos marchamos en seguida, sin comer.

La empujó y ella salió a cumplir su orden.

Mientras se vestía y ataba las botas rápidamente, el criado asomó su desgredada cabeza por la puerta.

—Amo, ¿qué pasa con tanta prisa?

—No preguntes —ordenó—, ya hablaremos por el camino. Lleva los caballos a la puerta. Paga al posadero. Escucha todo lo que digan los huéspedes.

—Amo, ¿quién cree que va a estar levantado a esta hora?

—Mejor entonces —dijo Il-han.

Estuvieron en camino antes de lo que creía. La mañana era hermosa, pero su corazón estaba dolorido. ¿Por qué no podía haber paz en un país tan bello? ¿Por qué estaba continuamente agitado como si siempre los estuvieran presionando desde fuera? ¿Cuánto descontento! ¿Cuántas disputas y disensiones había en esta pequeña y hermosa tierra, en este trozo de tierra limitado por el mar elevándose sobre el océano en altas montañas! ¿Y ahora, qué desastre! El regente había gobernado demasiado tiempo, ¿por qué apoderarse por la fuerza de lo que no era suyo?

Cabalgó tan de prisa como pudo mientras el sol estaba en su cenit. El cielo era color azul zafiro y los campesinos se afanaban en los trabajos propios del invierno, como reparar los caminos, zanjas y techos de bálago.

Su camino atravesaba las montañas centrales, cuya silueta gris y sus cabezas coronadas con hielo y nieve se recortaban contra el brillante cielo. En ellas había un paso donde siempre soplaban el viento. Se apresuraba por llegar allí, sin pensar en tomar nada antes del mediodía, cuando advirtió la cara descompuesta y pálida de su criado. Le llevaba bastante diferencia de edad.

—Hay una posada después del paso —le dijo—. Nos pararemos a descansar, y podremos saber más noticias, porque los mensajeros atraviesan siempre este paso para ir desde la capital a la costa.

Pararon en la posada, y mientras el criado cuidaba de los caballos, Il-han se sentó a una mesa y escuchó a los huéspedes. Eran hombres rudos, carreteros y mensajeros, y su conversación era banal. Nadie sabía nada de la reina. Quizá estaba escondida, quizá había muerto. Pero que el regente no la perdonaría, esto era indudable, porque le había quitado una vez el poder y porque amaba a China, odiada por él.

En este punto, Il-han intervino en la conversación.

—¿No descubrirá el rey dónde está ella? —preguntó como si fuese un espectador curioso.

Un clamor de voces se levantó, contestando:

—¿El rey? El rey ha sido quien ha entregado el poder al viejo regente. ¿Acaso el regente no es su padre? ¿Y creéis que el regente perdonaría a la reina que conspirase contra él y devolviese el trono al rey?

Estaba asombrado de que estos hombres conocieran aquellos detalles de las intrigas palaciegas. Aunque ninguno supiese escribir su nombre o leer una carta escrita en alfabeto hangul, no eran ignorantes. Sabían la historia de sus antecesores, que pasaba de padres a hijos, y oían las habladurías de criados y guardas de palacio.

Il-han oyó decir que la cosecha de arroz había inquietado al pueblo. Que como la producción había sido escasa, se habían acortado las raciones del Ejército, rebelándose los soldados y cediendo a las palabras de los mensajeros secretos del

regente. Así había podido apoderarse éste del trono.

El bajo pueblo, como estos porteadores y carreteros, disfrutaban contando las desgracias de los grandes, e Il-han, sentado en silencio, escuchando, intentaba comer y beber, pero no podía tragar nada cuando oía lo que había pasado. Un carretero, quemado por los vientos y con voz enronquecida por las heladas, era el que hablaba más ruidosamente.

—La reina estaba durmiendo —gritó un tipo delgado, asquerosamente sucio y vestido con harapos.

—¿En su palacio o con el rey? —preguntó otro.

—En su palacio —dijo el carretero riendo groseramente—. Entérate bien tú, chiflado: Dicen que el rey se arrodilla a sus pies llorando y arrastrándose.

—No es verdad —rugió otro—. Es ella la que gime y se arrastra ante el rey.

Il-han no pudo soportar más.

—Continúa con las noticias, buen hombre —le gritó al carretero, y se alegró una vez más de haberse vestido de aquella manera, como vestiría un viajante de comercio, por ejemplo. Si hubieran sabido que era un Kim de Andong...

Aquel hombre continuó:

—La reina y sus doncellas estaban durmiendo, cuando un guardia corrió a avisarlas de que habían tomado la puerta. —¿Y el rey? —preguntó Il-han.

—El rey dicen que esperaba en la puerta saludando y hundiendo su frente en el polvo para dar la bienvenida a su padre, el regente.

—Explícame lo de la reina —gritó un joven-o ¿Estaba desnuda? Dicen que duerme desnuda.

—Si se dice, así estaría —gruñó el carretero—. Cuando una reina está desnuda, no es distinta a otras mujeres.

Il-han no podía soportar esta monstruosa conversación. La reina, su reina, aquella regia beldad, desnudada así por estos locos traidores, aquí en la posada... Porque, ¿no eran acaso traidores los que se complacían en su desgracia?

—Debe estar muerta —dijo gravemente—. ¿Cómo hubiese podido escapar en semejantes circunstancias?

—¡Ah, ah! —dijo el carretero con regocijo—. No conocéis a nuestra reina —bajó la voz y continuó, recreándose—. Había una sirvienta con ella, retorciéndose las manos, lamentándose y haciendo todo el ruido que hace una mujer en tales circunstancias. La reina la abofeteó y le mandó callarse. «Sácate los vestidos, le dijo, y vísteme con ellos» —aquí el carretero hizo una pausa, movió la cabeza, e hizo un guiño—. Así fue la cosa: se puso los vestidos de la doncella. Cuando los rebeldes irrumpieron en palacio y entraron en la habitación donde había dormido, la sirvienta estaba allí aún desnuda y la reina se había ido.

—¿Creyeron que la doncella era la reina? —preguntó un joven, y abrió la boca y

le brillaban los ojos imaginando la escena. —Se estaba poniendo los vestidos de la reina cuando la apresaron.

—¿Dijo que era la reina?

—«Quítenme las manos de encima», gritó, igual como hubiera hecho la reina. La dejaron que se vistiese y se la llevaron. Il-han tomó su taza de té y terminó de beberlo. Luego dijo como si no le importase:

—¡Me hubiese gustado estar allá cuando se dieron cuenta de su error! ¡Una doncella en lugar de la reina! Los dejó en ridículo.

Pero el carretero, recién llegado de la capital, lo sabía todo. La llevaron a presencia del mismo regente, y cuando éste vio a quien le habían presentado los mandó encarcelar. A la doncella la estranguló.

Il-han se levantó.

—Debo seguir mi camino. Tengo trabajo.

Lo que no dijo al criado fue que estaba atemorizado. El regente sabía, tenía que saberlo, que el clan Kim había servido a la reina. Desde que se sentó en el trono al lado del rey, los Kim fueron más favorecidos que nadie, y entre los Kim, él fue el más distinguido por la reina. ¿No se vengaría ahora el regente? Y si no lo encontraba a él en su casa, quizá mandaría matar a su mujer, a sus hijos e incluso a su anciano padre. La venganza es el derecho de los tiranos.

—No nos detendremos en ninguna posada —le dijo al criado—. Prepara caballos frescos, cabalgaremos hasta llegar a la capital. .

La ciudad estaba tranquila cuando entró por la gran puerta sur. La gente iba y venía por las calles como si no quisiesen demostrar que había habido un cambio. Nadie le miró abiertamente al pasar, y si le reconocieron, nadie dijo nada. Su ropa estaba estropeada por el viaje y no iba afeitado, pero esto eran excusas. Aquí le conocían. ¿No se atrevía nadie a hablarle?

Cabalgó sin parar, las calles estaban menos llenas de gente de lo que solían, aunque los mercados estaban abiertos, y también los puestos de pescado, las carnicerías, las pastelerías y las verdulerías. Los nisperos estaban aún apilados en las calles y los niños se metían por entre las piernas de los vendedores y transeúntes. Un niño se cayó delante de su caballo, y se quedó llorando en el suelo polvoriento, pero no paró al ver que se levantaba sano y salvo. Continuó hasta llegar a su casa. Allí desmontó, entregó las riendas a su criado y entró.

La puerta exterior estaba abierta, pero cuando intentó abrir la puerta de la casa la encontró cerrada y vio al portero atisbar por la mirilla. Aún entonces tampoco se abrió la puerta. Mirando dentro, Il-han lo vio correr hacia la casa para anunciar su llegada, sin duda. Esperó con impaciencia, y el portero volvió y abrió la puerta sólo lo suficiente para que pudiese entrar; luego, puso de nuevo la barra de hierro.

—Ya está en casa, amo, gracias a Buda —le dijo.

—¿Está aquí mi familia? —preguntó Il-han.

—Sí, y vuestro honorable padre también —le contestó.

Il-han entró en la casa. El vestíbulo estaba vacío, pero caliente. Se paró escuchando. La casa estaba silenciosa. No se oía ni una voz de niño. Iba a proseguir su camino, cuando se abrió la puerta y Sunia se quedó allí, mirándole quieta unos instantes, casi sin dar crédito a sus ojos.

Luego gritó: ¡Oh! Y se echó en sus brazos. El la abrazó y ella apoyó la cabeza en el pecho de Il-han. Permanecieron abrazados un largo rato, luego se apartó y levantó la cabeza hacia él. —¿Lo sabes?

Asintió. Las paredes tienen oídos en tiempos semejantes. Se puso de puntillas y acercó sus labios al oído de Il-han.

—Ella está aquí.

Le miró para ver si había comprendido. El levantó las cejas.

—¿Ella?

—¡La reina!

Il-han se quedó sin hablar unos instantes. ¿La reina? ¿Cómo se había atrevido a refugiarse en su casa, poniendo en peligro las vidas de sus hijos?

—¿Dónde estaban los guardianes?

—Nadie sabe que está aquí —susurró Sunia—. Les dijo que no era una dama de la corte. Dice que vio matar a la gente y no puede comer. Está en cama todo el día llorando. Nadie se le acerca. Tiene las cortinas echadas. Por la noche le llevo comida.

—¡Por cuánto tiempo lo creerán aún! —murmuró Il-han.

No pudieron hablar más porque toda la casa se enteró de su vuelta. El joven preceptor vino con su hijo mayor, muy crecido ya, y la nodriza trajo al pequeño, que ya andaba aunque con pasos vacilantes. Il-han no tuvo más remedio que ocultar sus temores, prodigando sonrisas y elogios de bienvenida.

Los criados vinieron a saludarle, alegres al verle de vuelta sano y salvo, y él se vio obligado a ser el amo tranquilo y firme en el que todos descansan. Nadie hablaba de secretos temores, o de quién había entrado o salido de palacio.

Habló con todos y a todos agradeció su fidelidad. A los criados les dio dinero, a sus hijos pequeños animales de jade que compró durante su viaje y al preceptor un viejo libro de poesías que le regaló el abad del monasterio de la montaña.

—Ahora —dijo— quiero bañarme, afeitarme y cambiarme de ropa.

Era agradable estar en casa, y ¡ojalá no tuviera nunca que dejarla!

Dicho esto entró en sus habitaciones y se bañó. Su barbero le afeitó, y luego lavó y peinó su largo cabello negro trenzándolo en la usual coleta. Después, Sunia acudió a su lado y se sentó con él mientras comía.

Antes de acostarlos le llevaron a sus hijos.

Transcurrió la tarde, y luego oscureció. La casa estaba tranquila, pero durante

todo ese tiempo no había hecho más que pensar en la reina escondida en una de las habitaciones interiores, con las cortinas echadas alrededor de su cama. Tendría que llevarla a un refugio seguro. Aunque sabía que sus criados eran leales, a cualquiera de las mujeres que lavaban la ropa de la familia en la orilla del río podía escapársele algo. Sería suficiente que dijese: «Tenemos una extraña dama en casa de mis amos, está en cama todo el día con las cortinas echadas y no quiere comer.»

—Ahora-le dijo a Sunia cuando todo el mundo dormía—, llévame ahora adonde está.

La reina, con un sencillo vestido, bordaba un trozo de satén rojo sentada en un cojín cerca de una pequeña mesa. La luz de las velas brillaba sobre sus manos que se movían silenciosamente. No levantó la cabeza cuando se abrió la puerta, no la levantó hasta que él estuvo dentro. .

—¡Majestad!

La palabra vino a sus labios, pero la dijo muy bajito. Se quedó mirándola y ella a él. Luego dejó caer sus manos sobre la mesa, con el trocito de satén rojo entre ellas.

—Estoy haciendo un par de botitas para tu segundo hijo —dijo.

El no contestó. Se acercó y se arrodilló ante ella al otro lado del cojín y Sunia se arrodilló a su lado. Habló tan bajo que sus labios se movían casi sin dejar oír su voz.

—Tenemos que dejar la casa esta noche. Aquí no estáis a salvo y no puedo protegeros. No puedo proteger ni a mi familia. Vestíos con ropas de abrigo y apagad las velas como si fuerais a dormir, vendré a buscaros y cabalgaremos hasta un sitio lejano. Tengo un amigo en Chung-jo.

Ella no contestó, continuó sentada unos instantes con sus grandes ojos oscuros fijos en él. Luego dejó el trozo de satén y clavó en él la aguja.

—Estaré preparada —dijo y no añadió ni una palabra más. El y Sunia se levantaron y fueron a sus habitaciones. ¿Qué se podían decir en tales momentos? Sunia preparó un paquete de ropas de abrigo y puso en él comida por si no podían parar en posadas, o si caía nieve y los cogía en algún sitio desierto. Ella sólo le preguntó, mientras cambiaba sus ropas por otras de más abrigo: .

—¿Llevarás al criado contigo?

Il-han dudó.

—Me es fiel, pero ha estado separado de su familia mucho tiempo. Estaremos en peligro si nos descubren.

—No me gusta que viajes solo. Si te matasen en una emboscada, ¿quién me lo diría?

Sunia temblaba por el llanto contenido y se desesperaba aunque él intentase darle fuerzas.

El le cogió las manos y las estrechó entre las suyas.

—Necesito tu valor —le dijo—, todo el mío no es suficiente para lo que se nos

viene encima. Tus lágrimas me afligen, pero es un deber servir a la reina porque en ella está la única esperanza de nuestra patria. ¿Crees que de otra manera te dejaría, o la defendería? Debe vivir, para volver y apartar al rey de su padre. Creo que él la quiere y se apoya en ella, y afortunadamente no quiere a su padre. Desea rebelarse contra él y se odia a sí mismo por ser demasiado débil para hacerlo. Unos meses más, Sunia, y si lo planeo bien, la reina volverá y el trono estará asegurado al fin.

—Pero, ¿por qué tienes que ser tú quien lo haga?

—Porque ella confía en mí.

Sunia le miró por encima del hombro.

—Será mejor que te pongas el abrigo forrado de piel. Voy a buscarlo.

En aquellas frías horas nocturnas acudió a la puerta de la habitación donde esperaba la reina. Había ordenado a su criado que preparase tres caballos y esperase en la puerta de la casa. En esto había cedido a los deseos de Sunia, pero le ordenó no hacer preguntas pensase lo que pensase.

Ahora, mientras Sunia cerraba las puertas, esperaba fuera de la habitación de la reina, después ella salió con la reina, a quien cogía de la mano fuertemente. La reina se envolvía en vestidos forrados de piel, y llevaba anudado a la cabeza un pañuelo de seda que le caía sobre la cara como un velo. Il-han echó a andar, y la reina y Sunia le siguieron. En la casa todos dormían.

Los caballos esperaban en la puerta. Hacía una noche muy oscura; afortunadamente no había luna, y hasta el portero dormía. El criado había abierto la puerta a escondidas, y ahora esperaba con las riendas de los caballos en la mano.

Il-han ayudó primero a la reina a montar, y luego se volvió a Sunia.

—Entra en casa, corazón mío —le dijo—. Entra en casa, duerme y sueña con mi vuelta, porque es seguro que volveré. Te lo prometo.

La abrazó unos instantes en la oscuridad y luego ella resueltamente le obedeció. Il-han esperó hasta que oyó el sonido de la barra de hierro que cerraba la puerta. Luego montó y cabalgaron a través de la noche.

Los cascos de los caballos no hacían ningún ruido al chocar contra las piedras, porque el criado había envuelto las patas con trapos. Cuando llegaron a la puerta de la ciudad, el guarda les iluminó con la linterna para ver sus rostros. La reina levantó su velo y él le vio la cara. Sin decir nada, se volvió, quitó la barra de hierro y abrió la puerta.

Aquella noche y las siguientes no tomaron la carretera de Chung-jo sino que cabalgaron por caminos rurales y senderos de montaña. No se detenían en las posadas, sino en alguna casa campesina y sólo al anochecer. La reina no había visto nunca cara a cara a sus súbditos, e Il-han se encontró con que tenía que proteger no a una sola mujer sino a varias en una.

Ella se asombró al descubrir que una casa de campesinos no tenía más que una

habitación. El resto eran una especie de alacenas, y su orgullo real se despertó.

—¿Es que tengo que dormir entre toda esta gente hedionda? —exclamó la primera noche. .

—Acordaos de que ahora no sois más que una mujer corriente que viaja para hacer una visita a unos parientes lejanos, y que yo soy vuestro hermano.

Se calmó al instante.

—Siempre deseé tener un hermano-dijo dulcemente. Por suerte, Il-han le había advertido que no hablase en presencia de extraños porque su dulce voz y su puro acento la habrían delatado en cualquier parte y todos se darían cuenta de que era una persona distinguida.

—Sed tímida —le había dicho—. Acordaos de que las mujeres no deben hablar si no les hablan sus padres, hermanos o maridos. Nadie sospechará de vos si no os oyen hablar.

Ahora que se sentía en parte a salvo, su antigua picardía y travesura volvían a brillar irreprimibles en sus ojos y en su sonrisa. El apartó la vista. Con esta mujer, voluntariosa y fuerte, tenía que conservar su calma y frialdad. Ahora sabía que si el amor de Sunia no le hubiese protegido, la presencia de esta mujer le habría podido atormentar. Si no hubiese sido más que una reina habría sido una tentación, pero era además la mujer más hermosa de todas las que había visto, y ella usaba su belleza como sólo una reina se atreve a usar esta clase de arma; sabiendo que si un hombre se propasaba podía hacer que le cortasen la cabeza o que pusieran veneno en su comida. No la creía capaz de tanta maldad, pero sabía también que un hombre no puede confiar en una reina.

Le profesaba, pues, un estricto respeto, no acercándose más de lo que se acercaría un súbdito, aunque ella le tentaba a propósito, como cualquier mujer. Pero ésta era una clase de partida que él no jugaría.

—Acordaos —le dijo una noche en que se quejaba de que no podía comer aquella ordinaria comida de los campesinos—. Acordaos de que éste es vuestro pueblo, y que este alimento es lo que ellos comen toda la vida; nunca toman nada mejor que un pedazo de cerdo una vez o dos al año. Y si la habitación en que viven os parece mal y encontráis este olor demasiado fétido, acordaos de que éste es vuestro pueblo y no tiene palacios en que habitar.

—Ni yo tampoco —dijo tristemente.

—Lo tendréis —le dijo él con firmeza—. Si conserváis vuestro valor, dentro de un año estaréis de nuevo en palacio.

De esta manera la obligaba a reflexionar y estaba esperanzado porque cada día que pasaba se mostraba menos voluntariosa y más resuelta.

Aprendió a observar al pueblo y ver lo que hacían en vez de apartarse de ellos, y así la reina se fue convirtiendo en mujer. Llegaron a Chung-jo en una fría tarde de

invierno. Il-han fue a casa de su amigo y llamó a la puerta con el puño de su látigo. Su amigo abrió la puerta él mismo; era un poeta pobre, que no tenía criados.

—Soy Il-han.

—¡Il-han! Entra, entra en seguida.

La voz de su amigo era alegre, habían ido juntos a la escuela y hacía años que no se veían.

Il-han entregó las riendas del caballo al criado, entró y le habló a su amigo al oído.

—Tengo conmigo una refugiada real. Hay que esconderla donde pueda estar a salvo. Sé que tu mujer querrá recibirla en tu casa y esconderla.

El poeta no podía creer lo que oía. Habladurías de la capital decían que la reina había muerto, aunque otros decían que nadie había visto su cuerpo, ni se había encontrado en los ríos ningún cuerpo que pudiera ser el suyo, y aunque habían mirado en los pozos no la habían encontrado. Era verdad que murió una mujer que llevaba vestiduras reales, pero no era la reina.

—¿No estarás diciendo? ... —exclamó su amigo.

—Sí, lo estoy diciendo —le dijo Il-han—. Déjame que la haga entrar ahora. Está medio helada, como lo estamos todos. Necesita descanso y comida.

Temía que su amigo dijese que no podía aceptar un riesgo como el de ocultar a la reina, pero este poeta lo era de verdad; reverenciaba el saber, y siendo pobre y teniendo poco que perder, era valiente.

—Se lo diré a mi mujer. Entretanto, la puerta está abierta, hazla entrar en mi casa.

Dicho esto, fue a comunicar la noticia a su esposa.

Il-han ayudó a la reina a desmontar y la condujo dentro de la casa.

—He escogido este escondite para vos porque mi amigo es un buen hombre, y es mejor que sea pobre, así no tendrá mucha gente en su casa. Estaréis a salvo. Pero os pido que os conduzcáis como una persona más de la casa. Aquí no sois la reina. Imaginad que pertenecéis a esta pobre y buena familia.

La reina se había vuelto ahora más humilde después de tantos días de duro viaje. Por primera vez, había visto cómo vivía y cómo era su pueblo. Nunca más malgastaría tanto dinero en joyas y sedas. Su corazón y su espíritu eran nobles y esclarecidos; era una truebone y había cambiado.

—Me acordaré —le dijo a Il-han.

No había imaginado lo difícil que sería dejarla allí, cuando la mujer del poeta acudió a recibirles saludando medio aturdida. Su marido le había prohibido que mencionase el nombre de la reina o la llamase majestad. Obedeció, pero estaba abrumada.

—Si queréis venir conmigo... —murmuró.

La reina inclinó la cabeza y se volvió para despedir a Il-han. —¿Te quedarás aquí

un día o dos?

—Ni tan siquiera una hora o dos —contestó él—. Debo regresar y empezar a realizar mis planes para vuestra vuelta.

—No me has dicho nada acerca de estos planes.

—Porque nunca os diré nada que pueda ser una preocupación para vos. Viviréis aquí tranquilamente, ayudando a esta familia como si fueseis una amiga. Compartid los deberes del ama de casa, ya que no tienen criados. Escuchadla, pero no habléis mucho. Utilizad estos meses para aprender lo que es ser pobre, sin más tesoros que el amor al saber y a la belleza. Esta gente también son vuestros súbditos.

—¿Es esto una despedida?

Il-han vio de nuevo el miedo en sus grandes ojos.

—Nos veremos pronto.

Esperó, mirándola mientras la mujer del poeta la conducía al interior de la casa. De pronto, la reina se volvió y avanzó rápidamente hacia Il-han. Este la miró interrogante, pero no dijo nada. Ella sacó algo del pecho y lo puso en la mano derecha de él.

Cuando Il-han vio lo que era exclamó sin aliento.

—No puedo aceptarlo.

Era su sello personal, una pieza de jade chino sobre la que estaba grabado el nombre real.

—Debes aceptarlo —le dijo en voz baja—. Quizá necesites usar mi nombre en algún sitio importante para salvar tu vida o la mía.

La reina volvió otra vez con la esposa del poeta, e Il-han quedó sorprendido y maravillado de que depositara tanta confianza en él. Se conmovió, y entonces supo que siempre sería su leal súbdito; sí, y aún más que eso.

Permaneció con su amigo mientras el criado dejaba descansar los caballos.

—¿Por qué tanta prisa? —le preguntó éste.

—Es mejor que no haya caballos a tu puerta cuando amanezca —dijo Il-han— y también es mejor que mi criado y yo no nos quedemos en tu casa. Una mujer puede esconderse mejor que un hombre. ¡Ah, sí! Antes de que se me olvide, dile a tu mujer que le preste algún vestido sencillo cuando lo necesite; lleva encima todo lo que tiene. Y si alguien pregunta quién es, di que es una pariente lejana, que ha enviudado recientemente y ha venido a vivir con vosotros porque no tiene a nadie más.

—Estoy asombrado —dijo el poeta—. Necesitaré tiempo para hacerme a la idea.

—Volveré antes de pocas lunas —le dijo Il-han. El poeta le cogió por el brazo.

—Mi mujer quiere saber lo que come.

—Come de todo —contestó Il-han con firmeza, y se fue.

La reina se sentía bastante sola en casa del poeta. Comprendía que no era enemistad sino reverencia hacia su real persona, pero la mujer del poeta, que estaba

siempre a su lado, permanecía callada y temerosa aunque la reina le diese ánimos.

El poeta estaba siempre en una pequeña cabaña, allí se sentaba sobre una estera ante una mesa y leía los pocos libros que tenía y escribía sus poemas. Cada mañana se presentaba ante ella, la saludaba, se interesaba por su bienestar y luego salía.

La reina pensaba a menudo en su destino. Recordaba que su madre le había predicho que viajaría, porque había nacido una mañana al salir el sol y al mismo tiempo cantó un gallo. Su madre, una mujer de carácter fuerte y voluntarioso, le había predicho su destino según la hora, el día y el mes en que nació, y sus predicciones se habían cumplido.

Al pensar en su propia fortaleza, pensó en el rey: siempre lo había creído débil, pero ahora a veces no estaba segura de ello. Quizá le había ocultado su verdadero carácter. Era hijo de una mujer autoritaria y desde su niñez oponía una secreta resistencia a su padre, queriéndolo y odiándolo, decidiendo por sí mismo lo que haría, pero sin decirlo a nadie hasta que estaba hecho. La vuelta del regente quizá había tenido lugar con el consentimiento del rey. Si la causa del golpe de Estado hubiese sido sólo el amor al poder del regente, ¿no hubiese podido el rey impedir la usurpación, teniendo como tenía espías por todas partes en la capital? y si había permitido la vuelta del regente, ¿no sería acaso porque la odiaba a ella, su reina, y se rebelaba contra ella como se rebeló contra su madre anteriormente porque favorecía la soberanía de China, y había escogido a su padre que estaba en contra de esta soberanía? ¿Cuándo se convertiría en un hombre el rey? ¿Y hasta qué punto estaría la familia real aprisionada en las redes de los disturbios del país, y en peligro con la declinante fortaleza de China y la amenazadora fuerza del Japón creada por los emperadores Meije? Con el paso de los días aumentaba su inquietud. No había esperanza de que llegase algún mensaje de Il-han. Aunque éste ya le había avisado de que no le sería posible comunicarse con ella.

—Cuando podáis regresar sin peligro —le dijo al dejarla—, vuestro palanquín estará en la puerta. Entrad en él sin hacer preguntas. Yo os lo habré mandado.

Pero el palanquín no llegaba. Primero se impacientó, y luego se enfadó. Un día fue hasta la puerta y vio un arroyo que se precipitaba por la montaña, y junto al arroyo un tortuoso sendero rural muy pedregoso. La casa del poeta estaba fuera del pueblo, en un grupo de edificios con techo de bálago, pertenecientes, según suponía ella, a los campesinos pobres y a sus familias.

A veces venían poetas de otras partes; estos hombres, unos cuatro o cinco, llamaban a la puerta del poeta con frecuencia y entonces la mujer le rogaba que se quedase en otra pequeña habitación.

—Yo le pediría a mi marido que no permitiese venir a sus amigos mientras estáis con nosotros —le dijo a la reina—, pero acostumbran a venir, y si les pedimos que no vengán, se extrañarán y harán preguntas.

La reina la escuchó con interés. Ella estaba acostumbrada a mandar. La esposa del poeta vio su mirada incrédula y se apresuró a explicarle...

—No sabéis como son los poetas. Son tan testarudos que hay que temer cualquier cosa de ellos. Su alma es como la de los chiquillos, pero en agudeza y sabiduría son viejos desde que nacen. No sabéis lo que tengo que soportar. Os aseguro que no es fácil ser la esposa de un poeta.

—Razón de más —dijo la reina— para que yo los oiga. Deje la puerta entreabierta cuando vengan.

En aquel momento, estando en el jardín, vio que venían del pueblo. Usaban largas y blancas vestiduras que sus esposas lavaban sin duda cada día, como la esposa del poeta. Sus sombreros de altas y delgadas copas, atados bajo la barbilla les hacían parecer más altos de lo que eran.

Como andaban uno detrás del otro, el más bajo y anciano delante, pudo ver sus cabezas una por encima de la otra. Esperó hasta ver sus caras, y luego entró en la habitación, dejando la puerta entreabierta.

Esta habitación no tenía ventanas, así que pudo sentarse en la oscuridad y mirar por la rendija a los cinco hombres que llenaban la habitación, sentados sobre cojines alrededor de una mesa baja. Cambiaron saludos, sinceros saludos de viejos amigos, y comprendió que aunque eran pobres estaban satisfechos. Educada en las enseñanzas de la vieja China, recordaba lo que dijo Confucio: Aunque como arroz ordinario, sólo bebo agua, y tengo por almohada mi brazo doblado, puedo alcanzar la felicidad, porque el dinero mal adquirido y los honores vados, son sólo nubes flotantes.

Estos poetas, advirtió en seguida, eran alegres además de sabios. No se entristecieron cuando la mujer del poeta les sirvió tazas de té flojo, sin ningún pastel. Lo bebieron y se invitaron los unos a los otros a empezar el esparcimiento de aquel día recitando los poemas que habían compuesto desde la última vez que se vieron.

Esperaron con cortesía a que empezase el más anciano. Cerrando los ojos y cruzando las manos sobre sus rodillas, éste recitó con voz clara y sorprendentemente fuerte para un hombre tan pequeño y viejo un poema acerca de una bella mujer que se convertía en zorro durante la noche. Su marido, también poeta, fue con ella a la cama lleno de esperanza, y se despertó con las marcas de pequeñas uñas en sus manos y mejillas y con la almohada a su lado vacía.

El poema del más joven hablaba de tristeza y muerte en las sombras de un bosque de pinos. A medida que iba escuchando se daba cuenta que el más viejo soñaba con la juventud y la belleza, y el joven era melancólico y fatalista. Lo que más le confundía era que ninguno de ellos habló una sola vez de los horrores del tiempo presente, de los enemigos que presionaban al país desde fuera y de las luchas y guerras civiles. Estos hombres, jóvenes y viejos, aun siendo instruidos, parecían ignorar que vivían en constante peligro, que el pasado no podía salvarles, y que su futuro podía

destrozarse si no se afanaban en salvar a su pueblo.

Cuando se dio cuenta de esto, tuvo que dominarse para no irrumpir en la habitación y decirles que era su reina. Gritarles para despertar sus mentes... Pero ¿con qué fin?

—¿Cómo os atrevéis?.. —anhelaba decirles—. ¿Cómo os atrevéis a vivir de nebulosos sueños y poesía mientras yo, vuestra reina, estoy en peligro? ¡Despertad! ¡Viejos o jóvenes, sois todos unos niños! ¿Deberé ser siempre vuestra madre?

Se contuvo, tenía que callarse para no poner en peligro la vida de otros, y se mordió la uña del pulgar esforzándose en apaciguarse.

Tenía que esperar y esperar hasta que una noche la mujer del poeta la llamase y murmurase:

—El palanquín está en la puerta.

Il-han no estaba asustado aunque era prudente y no se aventuraba fuera de su casa, pues tendría que proteger a su familia si el regente ordenaba alguna represalia.

A su padre le mandó una nota diciéndole que no se encontraba bien, que su enfermedad no estaba definida por los médicos y que creía su deber no ir a ver a su padre hasta que estuviese seguro de su curación. Se cruzaban mensajes diarios entre las dos casas, pero, no obstante, tanto los de su padre como los suyos eran prudentes. Il-han le escribía que tenía ligeras molestias de estómago y estaba obligado a quedarse en casa. El anciano sabía, naturalmente, que la enfermedad de su hijo no era corporal. Estos eran tiempos muy peligrosos para el clan Kim.

Poco a poco, Il-han planeaba la restauración de la reina.

El instrumento de sus planes era el preceptor de su hijo mayor.

Una noche, cuando todos dormían en la casa, llamó al joven a sus habitaciones privadas, y sin atreverse a explicarle enteramente lo que se proponía, le encargó que reuniera a los hombres de Estado en quienes podía confiar.

Los iba concentrando, no todos a la vez, pero sí uno a uno.

Entre ellos se cruzaban mensajes, y su portador era siempre el preceptor. .

—Debe confiar en mí —le dijo Il-han—. Estoy trabajando para que todos nos salvemos.

—¿Restaurará usted a la reina? —preguntó el preceptor—. Los tiempos han cambiado.

Il-han le miró fijamente. Su rostro era delgado y juvenil, su boca demasiado generosa, pero tenía los ojos claros e inteligentes.

—Nada es eterno —dijo al fin— y si ella vuelve deberá cambiar también.

—Confío en usted, señor —replicó—. Usted ya sabe que las cosas tienen que cambiar —y cogiendo las cartas que Il-han le daba fue a cumplir su orden.

El primer paso ya estaba planeado. Había que alejar al regente. Lo llevarían fuera del país, lo mandarían a un sitio allende el océano y lo entregarían a manos enemigas

para que no pudiese volver. ¿Quiénes eran sus enemigos?: los chinos; y el jefe de ellos, la emperatriz Tzu-hsi. Il-han no quería quitar la vida al regente ni permitir que otros lo hiciesen, porque tal crueldad pondría al pueblo contra la reina. Una vez depuesto el regente, el paso siguiente sería mandar el palanquín a casa del poeta y llevar a la reina a su palacio.

Desde su tranquila casa, mientras los niños jugaban en los jardines y Sunia cuidaba las flores y dirigía su casa, Il-han había ido tejiendo su trama. Tenía el don de mandar sin que lo pareciese. Cuando tenía la oportunidad, y si no la tenía la buscaba, exponía sus ideas a sus compañeros, con preguntas, reflexiones o sugerencias que aquéllos, siguiendo ávidamente sus palabras, recogían y llevaban a cabo. Sus amigos eran pacíficos, y a ellos tampoco podía proponerles muertes violentas. En lugar de esto sugirió una nueva alianza con los chinos.

—Nuestros vecinos del Reino Central —les dijo un día, cuando conferenciaban en su casa—, están siempre dispuestos a ayudarnos. Usemos ahora su enemistad con el Japón, y convirtamos esto en nuestra arma de defensa.

Era un día de primavera. Las puertas estaban abiertas y se oía un zumbido de abejas que venía de las flores amarillas de los nísperos. Procedía de un enjambre dividido. Eran unas abejas vagabundas con su reina en busca de una nueva vida. Podía interpretarse como un símbolo de lo que él mismo estaba buscando.

Llamó a un criado con una palmada y le ordenó:

—Dile al jardinero que un enjambre de abejas que está en una rama de níspero busca colmena; que procure atraerlas a otra colmena, así tendremos miel.

El criado obedeció. Il-han se levantó y cerró la puerta para no, molestar a las abejas. Luego se sentó en su cojín.

—Un buen presagio —les dijo a sus invitados—. Tendremos miel, si cazamos las abejas.

Rieron moderada y cortésmente y esperaron a que continuara. Formaban un círculo de caballeros vestidos de blanco, de rostros agradables y cabello negro trenzado. Il-han continuó:

—Invitaremos a China a que refuerce su ejército en nuestra ciudad. Así acallaremos a los japoneses, demasiado potentes ahora, que están aliados con el regente.

—¿Cómo resolverán nuestros problemas interiores los chinos?

El que hizo esta pregunta era un intelectual partidario de las nuevas tendencias y las enseñanzas occidentales.

—Harán una sola cosa —dijo Il-han.

—¿El qué?

—Deponer al regente, llevarlo a China y encarcelarlo, no en una prisión, sino en una casa. Allí le retendrán para siempre, hasta su muerte.

Su mirada tranquila fue de uno a otro. Todos demostraban asombro. El atrevimiento y la sencillez de este plan los confundía. Estaban silenciosos, reflexionando sobre lo que había dicho, y él los contemplaba. Las dudas dejaban paso a una naciente esperanza y luego a su aprobación.

Los mayores sólo pensaban en la deposición del regente y en la restauración de la dinastía Min y la paz. Los más jóvenes pensaban en el fin de las luchas internas y en poder ocuparse en nuevas cosas y nuevos planes.

—Si aprueban este plan —dijo Il-han—, hagan un signo afirmativo.

Todos lo aprobaron. Il-han tomó su taza de té y bebió. Los demás le imitaron.

—¿Cómo llevará a cabo su propósito? —preguntó después uno de ellos.

—Bastará un mensajero —contestó Il-han.

—¿Qué mensajero se atreverá a cumplir una misión así? —dijo otro.

—Ya lo he elegido.

Aquella misma noche, Il-han habló con el preceptor cuando se marcharon sus invitados.

—Parta ahora para Tiensin. Aquí está mi mensaje. Lleva el sello de la reina, ella misma me lo dio cuando nos separamos. Póngalo en manos de nuestro emisario allí. Es un Kim, como usted sabe, desterrado tres veces. Haga que lo lea y pregúntele cuánto tiempo tardaría en llegar aquí un ejército chino. Dígale que no debe ser demasiado numeroso. Necesitamos ayuda, no ocupación. Bastarán cuatro mil hombres, o quizá algunos más, para reemplazar a los que mueran o caigan enfermos.

Abrió un cajón secreto de su escritorio y cogió una bolsita de áspera tela oscura.

—Aquí hay monedas suficientes para el viaje de ida y vuelta. ¿Dónde esconderá la carta? —En mi trenza —dijo el joven. Il-han se rió.

—¡Bien! Pues procure que no le corte la cabeza algún enemigo.

Se separaron y al día siguiente, ya fuera el preceptor, Il-han dijo que lo había mandado al norte a comprar raíz de ginseng para exportar a China. Como la raíz de ginseng se encontraba raramente, era muy apreciada y los comerciantes chinos no tenían nunca bastante. Su exportación era parte de los negocios de la casa Kim y le creyeron.

La raíz de ginseng era un tesoro para los médicos ya que, según una antigua receta china, el ginseng vitaliza las partes más nobles del hombre y de la mujer, robustece, cura palpitations causadas por sustos, disipa vapores malignos y fortalece la mente. Quien lo toma durante muchos años se conserva ligero, activo y prolonga su vida.

—Estoy casada contigo —dijo Sunia—, pero tú no lo estás conmigo.

Era más de medianoche. Estaban en la cama y la casa estaba tranquila y silenciosa.

Al terminar el día había entrado en su habitación dispuesto a entregarse por entero a su mujer en las próximas horas. Había hecho cuanto pudo por su país y su reina y ahora no le quedaba más que esperar. Conocía la paciencia de Sunia, y aquella noche la necesitaba con toda la riqueza y sencillez de su ser. Sin decir nada la había tomado en sus brazos y permanecieron inmóviles unos instantes. Luego se entregaron amorosamente el uno al otro. Al principio, Sunia cedió, luego correspondió con tanta delicadeza, tanta comprensión y tan instintiva pasión, que le hizo suspirar de felicidad, de profunda e íntima felicidad.

—¿Ha existido alguna vez una mujer así, una esposa así?

Ella no hacía preguntas, no hablaba. Pero de pronto le decía aquello, aquella monstruosa acusación. Ella estaba casada con él, pero él no estaba casado con ella. ¿Qué contestarle? ¿Debía enfadarse o burlarse o reírse? Decidió contestar como si creyese que no hablaba en serio.

—¿Vamos a discutir ahora? —preguntó con voz indolente.

Sunia se sentó en la cama y empezó a trenzar su largo cabello oscuro.

—No tenemos por qué discutir —le dijo—Estoy diciendo la verdad.

—Así todo lo que yo diga será mentira —replicó—. ¿Qué voy, pues, a decir?

—Nada.

Hablaba en voz baja y distraída, como si estuviera muy ocupada con su cabello. Esperó hasta que terminó su trenza y luego tiró de ella atrayéndola cariñosamente hacia su hombro.

—¿Es posible que estés celosa de una reina?

Ella escondió la cara en su hombro desnudo.

—¿Cómo puedes ni siquiera imaginar —continuó tiernamente—, cómo puedes, aunque ,sea sólo un instante, tener la loca idea de que he podido tener alguna vez en mis brazos a una reina, estrecharla como lo hago contigo y adorar su cuerpo como adoro el tuyo?

Ella se echó a reír. —No, pero ...

La risa murió en sus labios y continuó escondiendo la cara en su hombro desnudo.

—Si no me dices lo que te ocurre —dijo él al fin— ¿me reprocharás que no sepa de lo que me estás hablando?

Ella se sentó de pronto y le volvió la espalda desnuda, un dorso hermosísimo, pensó él: columna vertebral recta, cintura suave y estrecha, nuca delicada piel clara y fina. El se sentó en la cama.

—¡Las fantasías de la mente de una mujer! ¡Los tortuosos caminos en que se pierde, y pierde al hombre! Habla claro, Sunia, dime lo que estás pensando. ¿Qué ocurre? ¿Estás intentando decirme que estaba soñando en una geisha o en una de las doncellas?

—No —musitó ella.

Se levantó, fue a la ventana y la abrió. Fuera llovía y las gotas de agua le caían por la cara. Il-han fue tras ella y cerró.

—¿Estás loca? ¿Acaso quieres morirte?

—¡Quizá!

Ella se sentó en un cojín junto a la mesa, y sacó la tetera de su funda. Vertió té caliente en una taza y la cogió con ambas manos para calentárselas mientras bebía.

—Sé razonable —le dijo—. No tengo tiempo ni humor para complicaciones entre nosotros. ¿He fracasado como marido? Si es así te pido perdón, pero primero quiero saber de qué debo ser perdonado.

—No se trata de esto —dijo ella con los ojos fijos en su taza—, quizá tú mismo no sabes lo que te sucede.

—Qué me sucede, mi sabia esposa?

Ella levantó sus grandes ojos hasta encontrar los de Il-han.

—Estás obsesionado —le dijo—. La reina te obsesiona, con su desamparo, su alta posición, su belleza, su poder y su soledad. Una mujer solitaria es siempre tentadora para un hombre, ¡Y más una reina! Cuando entra en cualquier sitio, es la reina quien entra. Te sientes halagado, naturalmente, pero estás abrumado por tal honor. La reina te distingue con su preferencia. ¿Cómo puede una ... , una mujer, competir con una reina? ¡Te obsesiona! ¡Sí, te obsesiona, no lo niegues!

Se puso en pie, pero ella le rechazó.

—¡Apártate de mí! ¡Es verdad! Hay otros medios que no son el cuerpo para fascinar a un hombre como tú, tan inteligente, lo sé perfectamente. No soy lista como tú, ni vivaz, ni brillante, ni tan siquiera demasiado inteligente. Sé que a ella nunca la poseerás, pero yo soy tuya, y me crearás en cambio una pobre infeliz. ¡Me crees ya una pobre infeliz! Cuando vuelves a casa después de una audiencia parece que vuelvas de un sueño maravilloso. Eres tú quien la oculta, y el único en saber dónde está, ¿Por qué? Me atreveré a decir que estás soñando imposibles? —su voz subió de tono encolerizada y luego se apagó con tristeza.

Estaba confundido. Se hundió en la cama y cruzó las manos detrás de la cabeza. ¿Qué podía responder ante tan monstruoso insulto? Se preguntaba si con su maravilloso instinto no habría descubierto algo que ni él mismo sabía. Pensaba constantemente en la reina. Su persona le era muy querida, y sagrada además. La quería, creía él, no como mujer, sino como el símbolo de la nación y del pueblo al cual se había consagrado.

Sin embargo, era un hombre, y era verdad que cuando estaba con la reina le embargaba una especie de hechizo. Podía mirar cualquier bella geisha sin sentir deseos de, volver a hacerlo. Pero cuando una mujer como la reina habla con gracia e inteligencia, cuando tiene espíritu, entonces su cuerpo está como iluminado. Y a él le

gustaba mirarla.

Suspiró y cerró los ojos. No tenía tiempo para interrogarse a sí mismo. Además, ¿tenía alguna necesidad de hacerlo? Su deber era reponer a la reina en el trono, y lo haría. Cuando estuviese en el trono sería la reina y sólo la reina.

—¿Quieres escucharme? —le dijo a Sunia—. ¿Quieres escuchar lo que debo hacer y cuál es mi deber? Nuestro pueblo tiene necesidad de estar unido o, de lo contrario, las grandes y ambiciosas naciones que nos rodean, nos absorberán igual que una rana engulle de golpe un montón de hormigas con el latigazo de su lengua. Sunia, ¿quieres escucharme como esposa?

Ella dejó la taza de té y dijo: —Te escucho.

—Tengo que conservar clara la cabeza. Deberé oír todas las opiniones hasta formar, paso a paso, la mía propia. Sunia, creo que acabaremos aliándonos a las naciones occidentales. Hay que encontrar nuevos aliados. Sin embargo, de momento China nos ayudará contra el Japón para que podamos reponer en el trono a la reina y... al rey.

¡Qué sagaz era su mujer!

—¿Por qué has titubeado al nombrar al rey? —le preguntó en seguida—. Primero nombras a la reina y luego titubeas al nombrar al rey. ¿Qué pasa con el rey?

—Acércate —dijo él—. Échate en la cama —le dijo cuando estuvo a su lado—. Apoya la cabeza en la almohada junto a la mía.

Ella obedeció y él le habló al oído.

—Creo que el rey no es leal a la reina; fue él quien ayudó al regente a volver al poder.

—El regente es su padre —le recordó ella.

—Pero la reina es la reina, y además es su mujer.

Luego se quedaron silenciosos porque Il-han había dicho lo bastante para que comprendiese, al menos en parte, que era posible estar poseído por el amor a la patria y no por el amor de una mujer, aunque esta mujer fuese la reina. Yacían en silencio, muy juntos, sin pasión, pero sintiéndose mucho más unidos de lo que podía haberles acercado la pasión.

A la reina se le hacían los días muy largos en casa del poeta y las noches aún más largas.

Después del verano llegó el otoño y luego el invierno que se alargaba demasiado.

Nunca hasta entonces había tenido ocasión y tiempo de examinar su vida como mujer.

Ahora, como el tiempo transcurría tan despacio, tenía tiempo para observar la vida del poeta y su mujer en su sencillo ambiente. Toda la vida de la mujer estaba centrada en el hombre, la esposa era una parte del marido, y esto lo veía ahora la reina.

—¿No se cansa nunca de atender a un sólo hombre? —le preguntó un día en que estaban a solas, porque el poeta había ido al pueblo a comprar tinta y un nuevo pincel.

La mujer estaba moliendo trigo entre dos piedras, se detuvo y se secó el sudor de la cara con el borde de la falda.

—¿Quién le cuidaría si no lo hiciese yo? —le preguntó—. ¿y qué otra cosa podría hacer yo?

—Es verdad —dijo la reina—. ¿Pero no se siente nunca cansada? ¿No sueña a veces con otra vida?

—¿Qué otra vida? —replicó la mujer—. Este es mi deber y ésta es mi vida.

—¿Entonces, con qué sueña usted?

La mujer reflexionó.

—Sueño con tener suficiente dinero para comprar un buey. Conduciría simplemente el arado en vez de tener que empujarlo yo misma. Compraría para mi marido un hermoso vestido blanco, como corresponde a un poeta, en lugar del remendado harapo que lleva ahora. Sí, podría incluso comprarle dos vestidos blancos, y desde luego también necesita un sombrero nuevo. Compongo el que tiene con pelos de la cola del caballo del vecino, pero sería estupendo que tuviese uno nuevo. Este perteneció a su difunto padre. Nunca ha tenido un sombrero realmente suyo, tiene la cabeza más pequeña que la de su padre y el sombrero se le mete casi hasta las orejas. ¿Pero qué puedo hacer?

—¡Ah, claro! —dijo la reina con simpatía.

Durante la larga noche que siguió inevitablemente al día, pensó por primera vez en el rey como marido. ¿Sería feliz atendiéndolo día y noche? No, no lo sería. Ni él desearía que lo cuidase. La enviaba a buscar y ella acudía cuando se lo ordenaba. Es decir, iba a veces, pero otras se excusaba diciendo que no podía. Entonces él se enfadaba o insistía en que su mujer le enviase una prueba. Si no la había, le mandaba una tela mojada con la sangre de un gallo. Como no lo amaba ni lo odiaba acudía a él. Era una mujer, apasionada, por suerte, porque, el rey lo er' también y así aunque no había amor ni por una parte ni por otra, podían llevarse bastante bien. Pero ella no deseaba tener hijos, especialmente desde que supo que el primogénito y heredero tendría siempre la inteligencia de un niño. Si hubiese amado al padre, habría querido al hijo a pesar de todo, pero como no era así, mandó al niño a un rincón lejano de palacio donde los criados lo cuidaban. Lo veía alguna vez jugando en el jardín, y le hablaba bondadosamente, pero lo dejaba en seguida. Sabía que estaba sola.

Yacía ahora en una pobre cama de una pobre casa, y no lloraría. Se dijo a sí misma: acuérdate del voto que hiciste; juraste que no llorarías nunca más, por nada.

Aquella larga noche terminó, y no volvería a haber noches tan largas, porque al día siguiente corrió el rumor por la nación, llegó al pueblo y también a la casa del

poeta, que la emperatriz china había enviado un ejército para rescatar a la reina. El poeta cerró las puertas y apagó la lámpara de la mesa. En la oscuridad, murmuró a su oído las noticias.

—Los ejércitos imperiales chinos han entrado en la capital.

Cuarenta y cinco mil hombres armados con buenas espadas y con armas extranjeras, tienen dominados a los guardias de palacio. Han apresado al regente y lo han conducido a China, donde está prisionero. Sólo queda el rey.

Se lo dijeron por la mañana temprano. La esposa del poeta la despertó y la acompañó a la otra habitación donde él esperaba. No pudo dominar su temblor.

—¡Será cierto? —preguntó.

—Es posible. Así que os aconsejo que estéis preparada para la vuelta.

Pasaron seis días y seis noches de impaciencia y, al sexto, la esposa del poeta entró en el cuarto donde bordaba.

—Majestad —dijo—, el palanquín la espera en la puerta —y diciendo esto se arrodilló con la frente inclinada sobre sus manos cruzadas.

La reina la levantó, luego se dejó vestir y conducir a la puerta. Los que llevaban el palanquín y su guardia habían llegado al atardecer atravesando caminos apartados y senderos rurales. Era la hora adecuada porque los habitantes del pueblo estaban ocupados con sus colaciones; además, como nevaba ligeramente, permanecían encerrados en sus casas.

Sin embargo, al salir la reina, el jefe de la guardia, después de hacerle una reverencia, la apremió:

—Majestad, me han ordenado rogaros que os deis prisa. Viajaremos de noche, hay enemigos en las montañas, en los valles y detrás de las rocas.

La reina lo aprobó con un gesto de asentimiento. Se volvió hacia el poeta y su mujer, luego permaneció de pie un rato, por puro placer. Sí, era su propio palanquín, su medio de transporte privado, un regalo del rey cuando se casaron. Era de madera fina, con los paneles laqueados de oro. En cada panel había un círculo incrustado de piedras preciosas de colores y las ventanillas eran de cristal chino pintado a mano. Había sido deseo suyo que en cada esquina hubiese una cruz confuciana de oro.

«Así, —le dijo al rey—, estaré a salvo dondequiera que me halle, en cualquier lugar de la tierra.»

Era, pues, cierto que estaba a salvo. Hizo un signo para que levantasen la cortina delantera del palanquín y entró en él, se sentó en los gruesos cojines de brocado dorado y olió la fragancia de unas rosas; era su perfume favorito. Esta era la atmósfera de su hogar y la aspiró profundamente. Bajaron la cortina, y se dio cuenta de que levantaban el palanquín y emprendían la marcha. Era ya de noche. Cuando días más tarde llegaron a la capital anochecía también. En las calles no había nadie excepto los ciegos. Según la ley, sólo los ciegos tenían permiso para salir de noche y

andaban en silencio, golpeando los guijarros del camino con sus bastones. Cambió de humor, se sintió sola otra vez y también sintió frío. Volvía a su palacio, pero, ¿sería lo mismo que antes? ¿Que habría sido de su doncella, la que cambió sus vestidos con ella, ocultando a la reina con sus ropas de algodón y poniéndose las vestiduras reales? La habrían matado sin duda, y su alma cariñosa erraría por el palacio para siempre.

—¿Ha vuelto la reina sana y salva? —fue la pregunta de Sunia al despertarse.

—Sí —contestó Il-han.

Sunia estaba esperando la llegada de los primeros capullos de flor de ciruelo que le mandaban del invernadero de la casa de campo, Los capullos eran blancos y frescos, pero no tenían perfume. Antes de hacerle aquella pregunta había despedido a los dos criados que estaban con ellos.

—¿No querías decírmelo? —le preguntó atareada con el arreglo de una rama.

Ciruelos en invierno, en primavera capullos de cerezo, en verano enredaderas de wisteria púrpura, en otoño dorados álamos; éstas eran las estaciones con nombres de flores y árboles.

—Estabas durmiendo como un niño —dijo— y sabes que no me gusta despertar nunca a los niños. ¿Quién sabe dónde está el alma cuando dormimos? Una vez vi a alguien despertar loco, porque su alma había abandonado su cuerpo y no volvió lo bastante aprisa.

Sunia se rió.

—¡Y te burlas de mí porque creo en los espíritus!

Entonces entraron los niños huyendo del preceptor y de la nodriza. La nodriza llegó sofocada tras el pequeño, lo alcanzó y lo cogió por la chaqueta. Il-han los miraba.

—Ya es hora de que el pequeño tenga un preceptor —observó.

—Espera hasta el próximo verano, te lo ruego —dijo Sunia. El mayor se acercó y se apoyó en ella. En aquellos últimos meses había crecido mucho, pero su cara redonda no había cambiado. Sus ojos negros y vivos eran aún atrevidos. Viendo que su hermano estaba con su madre, el pequeño se acercó a su padre. La nodriza esperaba en silencio. Il-han cogió al niño en brazos. Era esbelto y gentil como una niña, obediente y alegre. Acariciaba la mejilla de su padre con su cálida manita.

—¿Te irás otra vez? —preguntó.

—Sólo a palacio —contestó Il-han.

—¿Por qué?

—La reina ha vuelto.

El mayor corrió hacia él. —¿Llevarás el traje de corte, padre?

—Sí, por esto vine a buscar a tu madre, quiero que me ayude.

—Yo te ayudaré —dijo el niño—, yo y mi madre.

El traje de corte era difícil de llevar. Sunia aconsejaba al criado y a las dos mujeres que vestían a Il-han que, de pie como una estatua, gruñía con impaciencia. Sobre su ropa interior de seda blanca, le pusieron una larga túnica de satén azul que le llegaba a los tobillos, cruzada sobre el pecho y atada con una tira de seda. El cuello era de algodón blanco. Un cinturón de forma rectangular sobresalía por delante y por detrás, asegurado por un fuerte cordón de seda. Entre el cinturón y el pecho llevaba una pechera finamente tejida, de satén bordado con sólido hilo de oro. En el satén estaban bordadas con hilo de plata dos cigüeñas volando. Eran el símbolo de su alto rango. Los inferiores a él llevaban una sola cigüeña. Llevaba calcetines blancos de algodón y botas cortas de terciopelo negro. Después de trenzarle el pelo le pusieron un alto sombrero negro en forma de cono, con visera por delante y por detrás. A los lados había dos pendientes en forma de alas, símbolo de la prontitud con que seguía las órdenes reales.

Cuando estuvo vestido y dispuesto para la audiencia, sus dos hijos le miraron asustados. Permanecían delante de él como dos acólitos delante de Buda.

—¿Es vuestro padre, o no? —preguntó Sunia riendo.

—Es mi padre —dijo el mayor orgullosamente, pero el menor escondió la cara en las faldas de su nodriza sollozando.

Entretanto, el preceptor había entrado en busca de su alumno. Il-han los despidió a todos excepto a Sunia.

—Dejadme —les dijo—. Tengo que aclarar mi mente y preparar mi espíritu.

Cuando se fueron tomó a Sunia de la mano y la condujo hasta el ciruelo más alto, ahora lleno de niveos capullos.

—Sunia —le dijo—. ¿Me das permiso para acudir a la audiencia de la reina?

Ella le miró asombrada.

—¿Es una broma?

—No, estoy haciéndote una pregunta —le dijo.

—¿Y si rehusase? Irías de todas maneras.

—No iría.

De repente le dio un ataque de risa.

—No hay en toda Corea un hombre como tú —le dijo.

—¿Por qué dices esto? —le preguntó, asombrado a su vez.

—Porque es verdad —contestó—, y ahora ve, di a la reina que te ordeno acudas a su audiencia, que te echo de casa, así... —intentaba empujarlo y lo despidió riendo.

Reía, pero había algo que la atormentaba, porque sabía que la reina tenía sobre él un poder que no alcanzaba a comprender.

En su palanquín, Il-han pensaba en las dos mujeres que conocía mejor: su esposa y su reina. En su juventud había conocido algunas cortesanas, personas cumplidas se las llamaba, acostumbradas a cantar, bailar y hablar con hombres. No eran mujeres en

realidad, eran un intermedio entre hombre y mujer, pero diferentes a los unos y a las otras. Aparte de ellas raramente había conocido alguna otra mujer antes de tomar a Sunia por esposa.

Las damas de alta alcurnia salían ocultas en palanquines cubiertos y en cuanto a las mujeres que iban por la calle y el campo con la cara descubierta, ningún hombre las miraba si no quería ser atacado. Estas, mujeres corrientes eran terriblemente orgullosas y femeninas, sus hombres estaban junto a ellas. Sólo un muchacho o un loco, se hubiese atrevido a acercárseles.

Suspiró ante tales pensamientos. Hubiese preferido ir al palacio del rey antes que al de la reina, pero la reina lo había citado, y esta real pareja estaba tan distanciada como la emperatriz de la China del emperador del Japón.

En cuanto vio a la reina comprendió que había cambiado.

Había adelgazado, y ni la amplitud de su falda ni su chaqueta podían disimular su delgadez. Su cara no era tan redonda ni tan infantil como antes. Se sintió conmovido de nuevo por su belleza, por la amable tristeza de sus ojos antes tan alegres, por la palidez de su piel. Cuando entró estaba inmóvil y algo distante, sentada en el trono. Por primera vez no le ordenó que se sentase o arrodillase. Le dejó permanecer en pie, manteniéndolo a distancia. Tenía razones íntimas para ello. Sin embargo, Il-han hizo la reverencia de costumbre, y esperó a que le dijera de qué quería hablar.

—Todo sigue igual en palacio, pero todo es distinto —dijo la reina.

—¿Puedo preguntar si vuestra majestad ha hablado con el rey? —preguntó Il-han.

—No nos hemos visto, pero me ha avisado que me mandará a buscar hoy. Por esto he querido verte antes, para que me expliques el estado del país, tal como tú lo ves. Sé que me dirás la verdad. Por desgracia, no puedo decirlo de nadie, más. También sé que no puedo confiar ni en mí misma. No soy lo bastante inteligente. ¿Quién hubiese dicho que me vería forzada a huir de mi propio palacio? He vivido en un país lejano ... , muy lejano ... ,muy lejano ...

Miró el salón del trono como si lo viese por primera vez.

—Majestad, no lamento del todo que hayáis visto cómo vive vuestro pueblo, en cabañas de techo de bálago y mal alimentado.

—Y más felices de lo que yo soy aquí —le interrumpió—. La esposa del poeta, ¡qué suerte la suya de no tener otro deber que el trabajo diario para arreglar su casita, y atender al hombre que ama!

—Es afortunada porque su vida se acomoda a su carácter —respondió Il-han—. Ya sabéis, majestad, que no podríais vivir siempre en una casita. Sois una truebone y vuestro lugar está aquí, porque sois responsable de vuestro pueblo. Esto es lo que se acomoda a vuestro carácter.

Suspiró, sonrió y volvió a suspirar.

—Ni siquiera me permites envidiar a nadie, o tener lástima de mí misma.

¡Adelante, pues! ¡Instrúyeme! ¿Qué deba saber?

Aún no le había invitado a sentarse, y él continuó de pie con la cabeza inclinada, viendo sólo el dobladillo de su ancha falda y, asomando bajo ella, la punta curvada hacia arriba de su zapatilla de satén dorado.

—El regente —dijo— está prisionero en una ciudad china, no demasiado cerca de Pekín. Vive confortablemente, pero está vigilado y no puede escapar. Estoy en comunicación con el gran político chino, ..

—Li Hung-Chang —gritó la reina con cierta cólera—. ¡Entre todos los chinos es el único en quien no confío!

El-han replicó firmemente:

—Es lo bastante inteligente para ver que si bien China no perderá su independencia, nosotros podemos perder la nuestra, porque no puede protegernos. Por ello y aconsejados por él, debemos aceptar un país occidental como aliado nuestro. Tenemos que ratificar el tratado con los Estados Unidos, que estuvimos entreteniéndolo; así los americanos podrán enviar su representante a la corte.

—¿Y te atreves a decírmelo? ...

—Os lo digo porque es mi deber. Tenemos que aliarnos con alguien que ocupe el lugar de China. Si no lo hacemos, el Japón nos invadirá y dominará.

—¿El Japón? ¡Nunca! Recuerda como echamos a Hideyoshi hace trescientos años.

—¿No olvidaréis nunca a Hideyoshi? Los japoneses son más fuertes que nosotros.

—Ya lo eran entonces, pero nuestro almirante Yi usó su cerebro y sus barcos tortuga.

—¿Cuándo olvidaréis estos barcos tortuga? Los japoneses tienen barcos de acero y armas occidentales. Su país no es una nación aislada como la nuestra. Han visitado los países occidentales y aprendido de ellos. Se preparan para atacar a China. Os lo profetizo.

—No puedo creer que un puñado de islas pueda soñar con tal locura. ¡Atacar a un vasto continente!

El la interrumpió.

—Majestad, no soy cristiano, pero los cristianos tienen una curiosa historia acerca de un gigante a quien nadie se atrevía a matar hasta que un joven pastor le tiró una piedra con una honda, con tan buena puntería que acertó la frente del gigante y lo mató. Hoy en día no es el tamaño lo que da la fuerza. Algún día las naciones descubrirán un arma no más grande que una pelota de niño, y este arma destruirá un continente.

—No me hables de los cristianos —contestó la reina—. Son vagabundos y causan desórdenes dondequiera que van. Deberíamos condenarlos a muerte.

—Son demasiados ahora, es verdad —aceptó—. Lo invaden todo y traen el fermento de la revolución, pero no podemos seguir matándolos, majestad. Hay que aceptarlos, no por su religión, sino porque vienen del Oeste y traen las enseñanzas occidentales. Debemos aprenderlo todo de ellos, todo, menos la religión. No podemos ir a su país, y hay que dejarlos venir aquí por nuestro propio interés.

—Si vienen —declaró ella— no los recibiré y procuraré que el rey no los reciba; tendrán que vivir como desterrados.

Il-han la miró fijamente y ella le devolvió la mirada. Luego se levantó.

—Soy más paciente de lo que creía —le dijo—. Vete.

Dio una palmada y acudieron sus damas para acompañarla. Se quedó allí sin saber qué hacer. La había disgustado, se desanimó al pensarlo, pero había cumplido con su deber. Ahora quedaba el rey. ¿Qué hacer? ¿Pedir audiencia? ¿Era posible que le hubiesen concedido una audiencia a su padre? Decidió que iría a verlo antes de pedir audiencia al rey. Quería saber en qué diferían sus opiniones.

Cuando llegó a casa de su padre, una hora más tarde, se asustó al enterarse de que el anciano estaba enfermo. Se lo anunciaron en la puerta, el mayordomo abrió y se inclinó ante él.

—Señor —dijo—, le buscábamos. Su padre se estaba preparando esta mañana para ir a ver al rey, que le había ordenado que se presentase en palacio, pero después de comer cayó de pronto desmayado y no hemos podido reanimarle. El doctor está aquí.

Il-han lo apartó a un lado, atravesó la puerta a grandes pasos e irrumpió en el cuarto de su padre. Todo desapareció de su pensamiento excepto el temor de lo que iba a ver. Su padre era anciano ya, pero a pesar de ello nunca había pensado en su muerte porque era fuerte de espíritu, bravo, tenaz y de carácter difícil, aunque se hacía querer. Entró en la habitación y vio a los criados llorando cerca de la cama. El doctor estaba arrodillado al lado de su padre tomándole el pulso. Il-han no le interrumpió. Esperó que el doctor se levantara.

—Señor —dijo el doctor—, vuestro padre sufre las fatigas de su avanzada edad, la sangre se le seca. Necesita un estimulante. Le receto un brebaje de sangwutung. No lo desprecie aunque sea barato. No hay mejor remedio para los resfriados y la fatiga. Vuestro padre se levantó al amanecer a prepararse para la real audiencia. No es raro que a su edad pierda el conocimiento.

Como ya conocía desde hacía tiempo la eficacia de esta medicina, Il-han aceptó la decisión del doctor. Envío un recado a Sunia diciéndole que se quedaba con su padre hasta que recobrase el conocimiento y el alma hubiese vuelto a su cuerpo. Transcurrió todo el día sin que el anciano volviera en sí. La parte izquierda de su cuerpo se había quedado rígida y paralizada, y su respiración era dificultosa y jadeante. Aunque lo trasladaron de habitación para ver si mejoraba, no experimentó ningún cambio.

Il-han estaba cada vez más alarmado, y al fin apeló al último recurso. Llamó a su criado, que esperaba en la puerta de la casa.

—Me parece —dijo— que mi padre empeora en vez de mejorar. No puede tragar, ni siquiera puede beber el sangwatung. Ve en busca del doctor occidental, el americano que vive cerca de la puerta Este. Invítale a que venga y nos dé su opinión.

El criado se horrorizó.

—Pero amo, ¿no se atreverá usted? ...

—Me atrevo a cualquier cosa que pueda salvar a mi padre. Ve y no repliques —le mandó Il-han.

El criado se fue. No había transcurrido una hora en el reloj de agua cuando el médico extranjero entró en la habitación. Era alto, llevaba abrigo y pantalones negros, y su barba era de un color arenoso. Tenía un aspecto terrorífico, por el raro color de su barba, sus extraños ojos azules y su corto cabello. Las cejas eran hirsutas y a la luz de la vela un espeso vello brillaba hasta en sus manos. Por un instante, Il-han lamentó su decisión. ¿Cómo confiar en un hombre de apariencia tan salvaje como la de éste? Hasta su olor era salvaje, un fuerte olor a carne ahumada, como el de los lobos.

El doctor estaba tranquilo. Se inclinó ligeramente saludando con torpeza a Il-han y luego se sentó al lado del paciente.

—¿Qué le ha pasado a este anciano? —preguntó.

Hizo la pregunta en un coreano sencillo, como el que usa el pueblo ignorante, pero Il-han se sorprendió de que hablase cualquier lengua capaz de ser comprendida.

Se volvió al criado.

—Explícale a este extranjero lo que pasó —le ordenó.

Mientras el criado obedecía, Il-han observaba al médico. Aunque sabía que había personas así en la ciudad, no había visto nunca ninguna de cerca. Entonces, ¿éste era un americano? ¿Tendrían sus compatriotas que aliarse con gente de esta raza? ¿Era posible la amistad entre un tigre y un ciervo?

Cuando el criado terminó, el doctor se levantó y se dirigió a Il-han.

—Su padre tiene un coágulo de sangre en el cerebro.

Il-han se sorprendió de que el doctor le hablase directamente y no por medio del criado.

—¿Cómo puede saberlo? ¿Ha visto su cráneo por dentro?

—Conozco esta enfermedad, los síntomas son claros —dijo el hombre—. Le recetaré algo, pero será lo mismo, su padre morirá antes de que amanezca. Está casi muerto ahora.

Il-han estaba horrorizado por este discurso. Mencionar la muerte, decir que vendría era casi como traerla a la fuerza. Se volvió al criado con fría cólera.

—Acompaña a este extranjero. Págale lo que le debemos, acompáñale fuera, y cierra la puerta.

—No quiero dinero —dijo el extranjero orgullosamente y cogiendo el maletín negro que llevaba consigo, extrajo una botellita, la puso sobre la mesa y salió dando unos pasos tan largos que el criado tuvo que correr para alcanzarle. En cuanto a la botella de medicina, Il-han la echó por la ventana al estanque del jardín.

Por la noche, dos horas antes del amanecer, su padre murió sin recobrar el conocimiento. Supieron la hora exacta de su muerte porque Il-han había colocado un pedacito de algodón sobre la boca de su padre y arrodillado junto al lecho miraba cómo temblaba ligeramente al compás de la respiración. El temblor cesó de pronto e Il-han hizo que el criado escribiese en una hoja de papel ya preparada la hora que marcaba el reloj de agua.

Il-han se levantó y cubrió el cuerpo de su padre con una colcha. Luego llamó por señas al criado.

—Díselo a todos —le mandó—. Que sigan la costumbre, que no se lamenten durante una hora para que el espíritu de mi padre no sea estorbado en su vuelo. Entretanto, vuelve a mi casa y trae a mis hijos, a su madre, y a los que se necesite para cuidar de ellos. Nos quedaremos aquí hasta el funeral de mi padre.

—Señor —dijo el criado—. Antes de obedecer ¿puedo solicitar el honor de invitar a la ilustre alma de su padre a que vuelva? El traje de algodón que preparamos cuando su padre cumplió los sesenta años está dispuesto.

Il-han consideró esta petición. Era costumbre que fuera un miembro de la casa o un pariente lejano que no hubiese visto nunca la muerte el que ejecutase el rito, y hubiera tenido que rehusar su petición, pero como el criado había crecido en la casa, había cuidado de Il-han cuando era niño y le había servido en su juventud, hasta que Il-han tuvo casa propia, le dio su permiso.

—Puedes hacerlo —le dijo.

El criado trepó al tejado de la casa, sobre la habitación donde yacía su anciano amo y se preparó para el solemne rito. Amanecía, los rayos del sol naciente se deslizaban entre las montañas como largas y brillantes flechas. Soplaban aún el fresco viento nocturno. Era un hermoso día para morir. Pensando en esto cogió el abrigo por el cuello con la mano izquierda, y con la derecha la otra punta, se colocó de cara al sur y lo agitó tres veces. La primera anunció en voz alta el nombre del noble señor fallecido, la segunda su alto rango, la tercera vez anunció su muerte. Luego habló muy alto para invitar al alma ausente a que volviera. Una vez hecho esto, bajó del tejado, colocó el abrigo sobre el cuerpo del difunto y empezó a gemir sin cesar. Luego, con la ayuda de los demás, puso el cuerpo en un lecho especial orientado al sur, y colocó a su alrededor un biombo de papel.

Anunciada la muerte del anciano, la casa entera se preparó para las ceremonias del funeral.

El padre de Il-han había vivido solo muchos años después de la muerte de su

esposa. A pesar de su soledad no había vuelto a casarse, no tuvo deseos de hacerlo, ni siquiera con una mujer joven. Sus criados le habían cuidado, y ahora llevaban a cabo su triste tarea. Las mujeres se quitaban todas las joyas, hombres y mujeres soltaron su largo cabello. El cocinero hacía sopa de arroz porque no se podía cocer arroz seco durante los días de luto. Lavaron el cuerpo del muerto con papel blanco y blando y agua caliente perfumada. Lo peinaron trezándole el pelo y le añadieron los mechones caídos durante toda su vida. Todo lo que se había separado de su cuerpo durante su larga vida, y había sido conservado, lo iban a enterrar con él: uñas, cabellos, cuatro dientes que le extrajeron porque le dolían. Lo pusieron todo dentro de dos bolsas y lo colocaron a ambos lados del cuerpo. En la otra vida su cuerpo estaría completo como cuando nació. Le abrieron la boca con una cuchara de madera de sauce en la que habían colocado una perla sostenida por tres cucharadas de almidón de arroz. Esta perla era la perla de la muerte, se criaba sólo en las ostras gigantes que se pescan en el río Naktong, una perla rara, pura pero sin ninguna clase de brillo, sin defectos, de las que sólo se encuentran una entre diez mil porque crece por sí sola dentro de la concha. Era tan difícil encontrar una así, que la retiraban de la boca del muerto antes del entierro y la guardaban de generación en generación. La perla del padre de Il-han había pertenecido a cinco generaciones Kim. Algún día sería colocada en su boca y luego en la de su hijo mayor. Cuando terminó la ceremonia, Il-han salió de la habitación. El criado ya terminaba, estaba poniendo tapones de algodón en los oídos del difunto y cubriendo su cara tranquila con una tela de lino tejida a mano.

La casa entera estaba atareada, se confeccionaban vestidos nuevos para el difunto, un colchón para su ataúd, una manta y una almohada. Había que avisar a los que lo habían servido, al geomántico, cuyo deber era decidir el lugar adecuado para enterrarlo. El ataúd tenía que ser de madera de pino, porque el pino es siempre verde y símbolo de virilidad, sus hojas no se secan ni pierden el color hasta que muere; las serpientes, las tortugas, lagartos y otros reptiles no hacen nunca su nido cerca de un pino. No se pudre por dentro dejando el tronco vacío; muere por entero, rápidamente, y empieza otra vida. Es mucho mejor porque así la vieja planta no se adhiere a la nueva e impide su crecimiento. Lo que se acaba está terminado. Si hay que terminar convirtiéndose en polvo, lo mejor es que el fin llegue lo más de prisa posible. Las tablas del ataúd se unen con clavos y las rendijas se llenan con miel y resina, las paredes y el fondo se forran con algodón blanco y sobre este fondo se coloca un colchón. Dentro de la tapa se escribe Cielo, y en las esquinas la palabra Mar.

Il-han presidía el duelo y ayudaba a colocar a su padre en el ataúd, que fue izado al sitio de honor, en la plataforma.

Los vecinos, amigos y parientes ya sabían la triste nueva, y venían a dar el pésame. Ante cada invitado se lamentaba el número de veces que indicaba la costumbre y luego hacía que se sirviera comida y vino a los invitados.

Al amanecer del día siguiente, Il-han se lamentó de nuevo en señal de duelo y quemó incienso. Se le llevó comida al muerto, como si viviese. Se volvió a repetir lo mismo por la tarde hasta que fueron ejecutadas todas las ceremonias de ritual. Luego Il-han se sentó solo en la habitación donde de niño había estudiado los libros confucianos con su anciano preceptor, y mientras esperaba a Sunia, se percató de su nueva soledad.

Su madre había muerto siendo él niño, y la herida no fue profunda porque era su único hijo y había estado enferma y débil desde su nacimiento. Por aquel entonces su padre era su única familia y su amigo más íntimo. No hubo roces entre ellos porque su padre rechazó cargos políticos y al pasar los años se iba recluyendo más y más, dedicándose sólo a sus libros.

Le decía a menudo que no quería participar en las disputas de unos y otros por el poder, en las falsedades de la vida de la corte y las enemistades entre las naciones vecinas. Estaba contento de conservar su espíritu puro, y creía que no podía hacer nada mejor para sus compatriotas que permanecer apartado de la falsedad y la ambición. No obstante no acusaba a los demás de estas faltas, ni quería cambiar las tradiciones. No quería compartir, por ejemplo, las tierras de los Kim con los campesinos que las cultivaban. Cuando Il-han, joven e impetuoso, declaró que debían reparar estos pecados del pasado, ya que el clan Kim, como otros clanes yangban, poseía grandes extensiones de tierra, su padre le dijo que cada generación tenía que preocuparse de sus propios pecados, y creía que él personalmente no había pecado.

Al día siguiente era ya más de mediodía cuando Sunia llegó con los niños y criados. Il-han la esperó en la puerta de la entrada y vio que estaba pálida pero que no lloraba. En lugar de llorar hizo que los niños abrazasen a su padre y los puso en sus brazos, primero al mayor y luego al menor. Sus ojos reflejaban miedo e Il-han los animó diciéndoles que estaba contento de tenerlos allí, su abuelo no podía hablarles ahora, pero podían correr por el jardín y jugar con el pequeño mono atado allí a un árbol, luego iría a reunirse con ellos. Después se dirigió a su cuarto y Sunia le siguió.

—Sunia —le dijo en cuanto estuvieron solos—, ve a ver a la reina y anúnciale la muerte de mi padre. Dile que iré a verla tan pronto como terminen las ceremonias del funeral.

Sunia le estaba mirando con ojos tiernos y apenados, pero al oír estas palabras su ternura se desvaneció.

—Incluso ahora piensas en ella primero —dijo.

—Porque es mi deber —le contestó.

—Ve tú a verla entonces —replicó Sunia y se dirigió a un rincón de la habitación que se abría sobre un pequeño jardín privado. Allí en el agua clara de un pequeño estanque nadaban algunos peces dorados y sus aletas brillaban bajo los rayos del sol.

Il-han sintió de pronto que le invadía la cólera contra todas las mujeres. Todas

eran iguales, reinas o mujeres corrientes, pensaban primero en ellas y en si eran arriadas por los hombres. Su razón le decía que era injusto porque seguramente las mujeres tenían que pensar en el amor. Si no, ¿cómo nacerían los niños? Desean tener hijos, por esto buscan el amor del hombre. Sin embargo, Sunia no tenía motivo para quejarse de él por falta de amor o de niños. Su indignado corazón hablaba así, luego la razón le recordaba que había estado muchos meses fuera de casa y muy preocupado, desde su vuelta. Sunia se daba cuenta en seguida cuando su espíritu estaba alejado de ella. No le había explicado la responsabilidad que caía sobre él, ahora que había visto su país y su gente pendiente de la tierra, arañando su superficie para lograr alimento, porque temía sus celos, inexplicables para él. No comprendía cómo podía tener celos de una reina.

Le volvió la espalda también él y permanecieron así unos instantes hasta que Il-han logró dominar de nuevo sus sentimientos y su razón. Que se encontrasen las dos en palacio, su mujer y la reina y se estudiaran recíprocamente. Seguramente Sunia volvería a casa dándose cuenta de la profundidad de su locura. Él era más fuerte que Sunia, el hombre es más fuerte que la mujer, y tiene que ser el primero en hacer las paces.

Razonando así, se acercó a ella, la cogió por los hombros y la volvió de cara a él. Sus ojos estaban llenos de lágrimas y sus labios temblaban al mirarle.

—Haz lo que te pido —le dijo—, ve y verás, es tu reina tanto como la mía.

Su amabilidad la calmó como siempre, Il-han continuó: —Discutí con ella en mi última audiencia, Sunia. Hasta estuve a punto de pedir audiencia al rey. Luego pensé que sería mejor ver primero a mi padre, ya que era él quien tenía acceso al rey. Cuando vine aquí le encontré muerto. No puedo presentarme ante ella confuso y apenado. Hazlo por mí, esposa mía.

Sunia le acarició las mejillas y él comprendió que le obedecería. Mientras Sunia se preparaba, ordenó a su criado que la precediese y pidiese audiencia a la reina alegando la urgencia de aquélla. Mandó que preparasen el palanquín y colocasen en él las cintas de algodón blanco que indicaban que la familia estaba de luto.

Cuando Sunia se fue la acompañó a la puerta. La dejó instalada en el palanquín con las cortinas bajas que la ocultaban a la vista de la gente, volvió a entrar en casa de su padre y reunió a los criados principales. Cuando estuvieron todos alineados delante suyo les dio las siguientes órdenes:

—He decidido, por razones de Estado, apresurar el entierro de mi honorable antecesor. No quiero poner la nación en peligro a causa de su muerte, nuestros asuntos nacionales no están solucionados aunque la reina haya vuelto. Aunque sea costumbre tardar tres meses en enterrar a los muertos, nosotros no tardaremos más que siete días. Si tardásemos tres meses, es posible que hubiese estallado ya una guerra, así que arreglad el funeral para el séptimo día después de su muerte.

Los criados se miraron unos a otros impresionados. Eran ancianos ya, y hacía mucho tiempo que estaban al servicio de su amo. Muerto éste, temían desobedecer a su hijo y heredero, pero deseaban rendir los máximos honores a su difunto amo y no querían prisas indebidas.

—Joven señor —dijo el más viejo—, esta prisa es desmerecedora para vuestro honrado antecesor, nuestro amo. En las familias corrientes bastan tres días para hacer unos pocos y miserables trajes de luto, pero en esta casa parecería indecoroso. Cuanto más largo es el plazo entre la muerte y el entierro, más realza a la familia. Fue sólo ayer que nos dejó. Hoy está aquí el sacerdote del difunto, en este mismo instante está atando el cuerpo con las siete cuerdas ceremoniales.

—Confío en que este sacerdote conozca su oficio —inquirió Il-han.

—Lo conoce, joven señor —contestó el criado—. Estuve a su lado mientras ataba las cuerdas alrededor de sus hombros, codos, muñecas, pulgares, caderas, rodillas y tobillos en el debido orden, aunque tuve que recordarle que los malos espíritus entran en una casa como ésta cuando muere el dueño. Entonces mientras yo lo observaba colocó la cuerda en la cintura con la forma del signo sim que ...

—Ya sé, ya sé —dijo Il-han impacientemente.

El criado, a causa de la edad, continuó inexorablemente lento. Recordaba a Il-han como un niño vivaz, un impetuoso joven y aunque en apariencia era cortés, continuaba siendo obstinado.

—Joven señor, pienso en todo lo que debe hacerse para el luto. Hay que comprar tela y coser ropa para toda la familia, hasta para los ocho primos que han venido y luego para los criados de la casa. He anotado todo esto.

—Léemelo —pidió Il-han.

El mayordomo hizo un signo con la cabeza a otro criado inferior a él en rango que sacó un rollo de papel de su pecho, lo desenrolló y leyó despacio en alta voz.

—Para los que presiden el luto; usted mismo, joven señor, y sus dos hijos, ropa interior de algodón ordinario, polainas de lino ordinario y zapatos de paja, un abrigo largo de algodón, un cinturón de cáñamo, un sombrero de bambú, una banda para la cabeza de lino ordinario y una pantalla para la cara de lino ordinario de un pie de largo por medio de ancho y sostenida por dos bastones de bambú. Confío joven señor, en que sus dos hijos serán capaces de sostener las pantallas delante de sus caras, pero si no...

—Sigue —dijo Il-han con brevedad. Estos viejos convertían en una fiesta el funeral de su padre. El viejo obedeció.

—Las señoras de la primera generación llevarán lino ordinario y zapatos de paja, tendrán que quitarse sus valiosas agujas, y se les darán agujas de madera. Para las parientas cercanas el luto será el mismo. No necesitan usar sombreros de bambú, ni zapatos de paja, ni bandas en la cabeza y pueden llevar cinturones blancos. Los

parientes lejanos sólo usarán las polainas y la cuerda de cáñamo trenzado, pero todos irán de blanco. Nada de colores, ni siquiera los niños.

Il-han no pudo aguantar más.

—¡En nombre de Buda! —exclamó—. ¿En cuánto tiempo puede hacerse esto?

Los cuatro hombres se sintieron heridos. Fijaron sus ojos en la pared, y esperaron con afectada calma la contestación del mayordomo.

—Señor —dijo éste con dignidad—, todo puede estar dispuesto para el cuarto día después de la muerte, el día en que hay que ponerse de luto.

—Entonces el entierro será el séptimo día —ordenó Il-han y dio una palmada, despidiéndolos.

Entretanto Sunia estaba con la reina. Cuando llegó fue introducida en la antecámara, y allí esperó largo rato, demasiado pensó con indignación. Supuso que estaría entreteniéndose mucho con su vestimenta, joyas, peinado. Si era así no podía culparla porque cuando compareció al fin, al cabo de una hora o más, estaba verdaderamente bella.

Sunia había rogado más de una vez a Il-han que le contase qué aspecto tenía con sus vestidos reales, pero Il-han siempre había rehusado.

—¿Cómo quieres que sepa qué aspecto tiene —explicaba—, si siempre trato de no mirar más arriba de sus rodillas y no levanto la mirada del borde de su falda?

—Pero a veces no puedes evitarlo —insistió Sunia burlona y seria al mismo tiempo.

—No miro si puedo evitarlo.

—Pero a veces no puedes.

Entonces se enfadaba o fingía hacerlo.

—Sea lo que sea lo que quieras hacerme decir, no lo diré —declaraba él.

Ahora Sunia veía a la reina en todo su esplendor; era como si la viese por primera vez, tan cambiada estaba con sus vestidos reales y en palacio. Entró apoyada en dos damas, aunque no necesitaba apoyarse en nadie. No era más alta que las demás mujeres, sus facciones eran de proporciones perfectas: la nariz recta, los pómulos altos, la boca delicada y, sin embargo, llena, la barbilla redonda, el cuello esbelto, los ojos grandes y negros, la mirada firme y valiente. Su piel era de un color blanco cremoso, sus mejillas rosadas como las de una niña y sus labios rojos. Su belleza era excesiva hasta para una reina y Sunia se sintió más animada porque era una belleza altanera y orgullosa, voluntariosa y apasionada, exigía la servidumbre del hombre más que conquistar su corazón. Algo aliviada de sus celos, miró a la reina con vivo interés, y de pronto no fueron más que dos mujeres.

—Solía imaginarme tu aspecto antes de verte, pero me equivocaba —dijo la reina sonriendo.

—¿Qué imaginabais majestad? —preguntó Sunia.

—Creía que eras bajita —dijo la reina mirándola—, bajita, suave e infantil, pero resulta que nos parecemos como dos hermanas, casi podríamos serlo.

¡Oh! ¡Qué mujer tan hábil!, se dijo Sunia. ¡Qué hábil destruyendo las distancias entre ella y yo! ¡Qué manera tan sutil de intentar ganar mi corazón! Aunque estaba prevenida y su lema era que nunca se debía confiar en una reina, la reina la conquistó. A pesar de sus prejuicios se sintió atraída hacia ella. ¡Qué poco afectada era! Aunque, ¿quién sino una reina podía permitirse el lujo de ser tan franca?

—Majestad —le dijo—. He venido cumpliendo órdenes del padre de mis hijos. Me ha enviado para comunicaros la muerte de su padre.

La reina alejó a sus dos damas con un gesto imperioso y se acercó a Sunia.

—¡Oh! ¡No! —musitó— Oí el rumor pero no lo creía. Supuse que, de ser cierto, habría venido a decirme algo.

—Tiene que cumplir sus deberes de hijo único —dijo Sunia—. Os pide perdón por enviarme eh su lugar.

La reina bajó los dos escalones de la sala de espera y se sentó al lado de la mesa. Era una mesa de la época Koryo cubierta con un tapete de seda bordada y de sus esquinas pendían borlas de seda también.

—Siéntate a mi lado y cuéntame todo —ordenó a Sunia.

Pero, ¿qué quería decir con esto de que se lo contase todo?

—Murió ayer de repente —dijo Sunia—. Afortunadamente el padre de mis hijos acababa de llegar y se quedó junto al lecho de su padre; Hizo llamar a un médico occidental y a uno de los nuestros.

—No sería americano... —exclamó la reina—, no puedo creer que mi fiel cortesano hiciese tal cosa.

—Quiso probarlo todo, majestad, y el extranjero, aunque no pudo evitar la muerte, la predijo.

—Tuvo que hacerlo, tuvo que hacerlo —exclamó la reina y cogiendo un pañuelo de seda de su manga se secó los ojos—. ¿Y cómo está él? —preguntó finalmente.

—¿Él? —dijo Sunia inocentemente.

—Mi cortesano.

—El padre de mis hijos está de luto, pero conoce sus deberes para con vuestra majestad.

Sunia habló con cierta frialdad e hizo ademán de levantarse y terminar la audiencia, pero la reina le tomó las manos y la obligó a sentarse otra vez.

—No te vayas aún —le pidió—. Seamos amigas, seamos hermanas. ¿Sabes que estoy muy sola en palacio? No tengo amigos, sólo la reina madre pero es muy anciana y vive no más para el pasado. Yo también vivo sola por mi propio deseo, pero no me dejan en paz. Me dijo él... tu... tu señor... que todo ha cambiado, que tengo que recibir a un nuevo embajador, un americano. ¿Te cuenta él estas cosas?

—No, majestad —dijo Sunia.

La reina apoyó suavemente las mejillas en las palmas de las manos.

—Ojalá te las contase —murmuró— Quisiera no tener que soportar todos estos cambios yo sola.

Sunia se aventuró a decir: —¿No podría el rey...?

—¡Oh! ¡Ni hablar del rey! —dijo la reina impaciente y dejó caer las manos—. ¿Cuándo crees que lo veré? Si me llama no será para conferenciar, puedes estar segura. —Miró largo rato a Sunia y luego dijo—: ¿Sabes que viví durante muchos días en la pobre casa de un poeta? :el y su esposa me hospedaron y ocultaron. Vi cómo vivían. Eran amigos los dos. Los oía hablar y reír desde la pequeña habitación donde me escondía. Hablaban de nimiedades, de dónde había escondido la gata sus gatitos, de algún pájaro salvaje que había regresado de los mares del Sur, de si podrían comer carne el día siguiente. Luego él le leía el poema que había escrito aquel día, ella escuchaba y decía que era el más bello de los que había escrito. Por la noche dormían en la misma cama.

Volvió la cabeza a un lado y apretó las manos de Sunia entre las suyas.

—No sé por qué te cuento estas cosas. Dile que no se apresure. Esperaré pacientemente hasta que haya cumplido sus deberes filiales. Dile que no haré nada entretanto.

Se levantó, sonrió a Sunia y le soltó las manos. Luego se acercaron sus damas y, apoyada de nuevo en ellas, salió de la sala de audiencias.

—¿Y bien? —le preguntó Il-han al regresar.

Estaba en el jardín con sus dos hijos, aunque hasta hacía un momento estuvo en la habitación mortuoria donde yacía su padre. Examinó la labor del sacerdote y luego permaneció un rato sentado junto al difunto. Era costumbre llevar comida al muerto al servir la comida a los demás. Cuando entró el mayordomo con los tazones de arroz sobre una bandeja salió de la habitación y fue al encuentro de sus hijos. Estaban en el jardín con el preceptor y la nodriza, habían trabado amistad con el mono, se reían de sus ridículas muecas y le daban cacahuetes que la nodriza mondaba tan aprisa como podía. Il-han acababa de decirle al preceptor que ya era hora de que su hijo menor estuviese también a su cargo, a lo cual el preceptor contestó que creía que el pequeño precisaba otro preceptor.

—El mayor tiene un carácter tan fuerte y brillante —dijo— que exige todo mi esfuerzo. Su hijo menor es distinto. Temo no ser capaz de enseñar y educar a dos niños tan diferentes.

En este momento llegó Sunia a la puerta de la casa. Il-han dejó al preceptor con la palabra en la boca y acudió a su encuentro. Entraron juntos en la casa y cerró las puertas correderas para poder hablar a solas.

—Bien —le dijo—, he visto a la reina.

—¿Pero le diste mi mensaje?

—Claro que sí —contestó—. Dice que no te apresures y cumplas tus deberes filiales, ella esperará pacientemente tu regreso.

—¿Es eso todo?

Le miró pensativamente. ¿Qué diría? No era todo. Podía decirle que la reina era más hermosa de lo que creía, que la trató como si fuese su hermana, podía decirle... No, no, podía decirle nada.

—Esto es todo —dijo. Hizo una pausa y le miró con los párpados semicerrados.

—¿Por qué me miras así? —preguntó él.

—¿Cómo? —preguntó ella sonriendo.

—Como si fueses a decirme algo —dijo bruscamente.

Como ella continuaba sonriendo le dijo, impaciente:

—Es imposible que las mujeres dejen de hacer comedia, o de imaginar cosas. Te diviertes confundíendome. —y salió de la habitación dando grandes zancadas.

El día del entierro acudió al lugar destinado al sepulcro de su padre. Era su deber estar presente cuando cavasen la fosa. Estaba fuera de las murallas, porque la ley prohibía enterrar a nadie dentro del recinto de la capital. Hacía un cálido día primaveral, un día para vivir más que para morir. Il-han cabalgaba delante de su criado, que iba montado en un caballo más pequeño. Los cerezos estaban en flor, el delicado color de sus blancos y rosados capullos contrastaba con el gris de las montañas. Los niños corrían de un lado para otro con las mangas de sus vestidos invernales arremangadas. Los viejos fumaban sus pipas sentados al sol y las viejecitas se inclinaban sobre la tierra buscando brotes tiernos para cocer con trozos de carne o ave, o para comer con el arroz cotidiano. El geomántico más hábil de la ciudad había escogido ya el lugar para la tumba y lo estaba esperando. Il-han cabalgó por el valle y subió a una baja colina. Lo encontró allí, en una cueva orientada de cara al sol. Con él estaban los sepultureros. Il-han desmontó y, después de saludarlo, examinó detenidamente su trabajo y luego les dio permiso para que cavasen la fosa. Entretanto contemplaba la ciudad, una gran ciudad. Junto a pobres cabañas se levantaban los palacios de la familia real y los clanes nobles, en medio de parques de pinos y floridos cerezos. En la capital se daban los mayores extremos. ¿Cuánto duraría esta división mientras los pueblos vecinos los amenazaban? ¿Cómo podría hacer que su pueblo se diese cuenta de su locura? Sólo podrían rechazar el ataque extranjero si el país estaba unido. Su mente preocupada buscaba otra vez respuesta a esta eterna pregunta, eterna y peligrosa, y revivía de nuevo los peligros que corrían. Suspiró profundamente y se alegró de que su padre estuviese muerto. Sin embargo, ¿de qué servía la muerte? Sus dos hijos vivían y encontrarían el futuro que él temía. ¿Cómo ayudarles mejor que haciendo algo para conservar el país entero e independiente?

—Señor —dijo el geomántico—. ¿Lo encuentra a su gusto?

Se volvió y fue hasta el sepulcro. Había poca tierra, habían sacado las rocas para hacer un hoyo y las amontonaron rodeando la sepultura con ellas. A un lado estaban las dos losas sepulcrales sobre las que habían grabado las grandes cualidades de su padre como poeta y patriota. Una para ponerla al pie del sepulcro, y la otra levantada para conservar su memoria eterna.

—Muy bien —le dijo Il-han.

Sólo hacía falta esperar a los parientes y criados que traían ofrendas de comida a los espíritus de la montaña que estarían recibiendo a esta hora el cuerpo de su padre. Il-han esperó hasta que vio venir el cortejo. Colocaron debidamente las ofrendas y los ritos terminaron. Quedaba únicamente una cosa, comunicar a su difunto padre que su sepulcro estaba preparado para recibir su cuerpo. Lo hizo tan pronto como volvió a la casa de su padre.

La mañana del séptimo día, su criado le comunicó que ya habían construido los abrigos para pasar la noche junto al sepulcro. También habían preparado el féretro, porque la familia era demasiado encumbrada para usar un féretro alquilado. Los estandartes estaban dispuestos y todo estaba a punto para el funeral. Il-han no hizo más que inclinar la cabeza asintiendo.

Estos días había estado alejado de su familia, siempre solo en la biblioteca de su padre. Vestía de luto y comía cosas sencillas mientras estudiaba las escrituras budistas y los clásicos confucianos para purificar su mente y su alma. Estuvo así hasta la hora de formar el cortejo del entierro.

Al atardecer estaban todos reunidos y dispuestos para ir a la montaña. Se acercaba la hora del crepúsculo, momento adecuado entre el día y la noche para que el espíritu de su padre no fuese molestado. Il-han, que presidía el duelo, veía cómo se iba formando el cortejo. Estaba satisfecho de lo que se había hecho. El cortejo se puso en marcha; a la cabeza iban hombres con antorchas encendidas que iban colocando a lo largo del camino a medida que avanzaban, formando un sendero de llamas chispeantes. Las levantaban sobre sus cabezas y las hacían voltear, luego las dejaban otra vez en el suelo. Otros, colocados en dos filas, llevaban linternas de hierro cubiertas con fina seda azul y roja. Luego venían los que llevaban las banderas de seda con el nombre del ilustre difunto y de los numerosos honores que le habían sido concedidos durante toda su vida. En el centro del cortejo iba la urna de fina madera y en ella la tablilla del espíritu del muerto. A ambos lados y siguiendo la urna iban las plañideras y después otros hombres con linternas que iluminaban el catafalco, sostenido por una multitud de portadores que salmodiaban una tonada fúnebre para marcar el paso. Como el muerto había sido rico e importante, iba delante un campanero tocando la campana, y alrededor del catafalco portadores de banderas enviadas por los que querían honrar al difunto. Detrás del catafalco iba Il-han en una silla de manos y luego Sunia, sus hijos y otros parientes lejanos, también en sillas de

mano. El largo cortejo avanzaba por las calles, la gente se paraba a mirar y seguía. Llegaron a la puerta de la Boca de Agua, la puerta de los muertos. Oscurecía ya cuando llegaron a la montaña y se dispusieron a pasar la noche en los abrigos contruidos para este fin. Durmieron en camas incómodas. Il-han no pudo conciliar el sueño. Se levantó muchas veces y al fin salió a pasear y respirar el fresco aire nocturno. La luna era tan clara y brillante que el mundo entero parecía extenderse ante él, tan muerto como el difunto mismo.

Aunque es natural que un hijo viva más que su padre le invadió una profunda y solemne sensación al pensar que desde este instante hasta el de su muerte, era el responsable de los asuntos familiares y, más allá de los muros familiares, ante la nación y el mundo entero.

La muerte de su padre cerraba una época, una época en la que su país había decidido vivir en paz, aislado, separado de las naciones vecinas. No podía haber paz ahora que navegaban hacia ellos barcos extranjeros y se suscitaban luchas entre un país joven, el Japón, y la vieja y moribunda dinastía china. ¿Y Rusia? Se volvió hacia el Norte. Sobre los agudos picos de las montañas y su sólida roca, vio la estrella del Norte, en aquel momento roja como la sangre.

Al llegar la mañana, Il-han despertó al cortejo y continuaron hasta la tumba. Todo estaba a punto. El ataúd fue colocado sobre unas varas transversales y cubierto con un gran lienzo blanco, con los ritos de costumbre. Entretanto el geomántico marcó la posición exacta con un compás. Si el difunto hubiese tenido más hijos, ellos habrían bajado el ataúd, pero como Il-han era su único hijo, tuvieron que ayudarle otros. La sepultura vacía, libre de malos vapores y espíritus molestos, recibía ahora a su dueño. Al mismo tiempo quemaban incienso. Las mujeres miraban al Este, y las plañideras proferían sus lamentos de pena. Luego Il-han, con la ayuda de los hombres, llenó el sepulcro de tierra.

Había sentido profundamente la muerte de su padre pero éste era el peor momento. Las paletadas caían amortiguadas sobre el féretro con tristes golpes y oía a sus hijos llorar atemorizados. Sin embargo, no volvió la cabeza, ni los consoló hasta que terminó su tarea.

Luego, de cara al sepulcro, anunció con voz clara a los espíritus de la montaña que el muerto estaba enterrado ahora en su suelo y en sus rocas. Se detuvo unos instantes para grabar en su memoria esta escena. La sepultura estaba situada en la ladera sur de la montaña, en un lugar nivelado. La tierra formaba una especie de banco, el sepulcro quedaba en un hoyo en forma de media luna, a sus pies la tierra formaba terraplenes escalonados en la ladera de la montaña. Allí permaneció diciendo un largo adiós a su padre. Aún quedaba algo más, contratar a alguien para que cuidase la tumba. Llamó al mayordomo quien aceptó el encargo con una profunda reverencia y las manos cruzadas.

Así terminó el día e Il-han volvió a su casa con su familia y su séquito.

Cuando terminaron los días de luto, Il-han pidió audiencia al rey en lugar de la reina. Durante las largas y tranquilas horas de aislamiento que el respeto a su padre exigía, meditó cuidadosamente su deber. Siendo rico, no deseaba un título o alto cargo que le hiciese perder su independencia y aceptar unas obligaciones, pero tenía derecho a acercarse a los gobernantes cuando tenía un consejo que darles. Mientras su padre vivió, no pretendió acercarse al rey y sólo mantuvo contacto con la reina. No obstante, ahora, muerto su padre, tenía que ocupar su sitio. Le hizo saber su deseo por un correo, y el rey le concedió una audiencia privada. Era en verano. El séptimo día del séptimo mes del año lunar. Amanecía. A la hora fijada, Il-han subió a su palanquín y fue conducido al palacio. Su criado le precedió a caballo para anunciar su llegada.

El rey Kojong, el monarca número veintiséis de la dinastía Yi, estaba en la plenitud de su virilidad. Su madre, la reina Cho, y su padre, el regente Tae-wen-gun, pronto se distanciaron espiritualmente y él creció en medio del vacío que existía entre ellos. Ambos eran fuertes, su padre con una agresiva voluntad, y su madre con una profunda y femenina estabilidad. Zarandeado entre los dos llegó lentamente a la madurez. A veces se sentía oprimido entre estas dos influencias contrarias, a las que había que añadir una tercera, su matrimonio con una bella muchacha de la poderosa familia Min. Le gustaban las mujeres pequeñas, suaves y dóciles, y estaba atado a una mujer fuerte y voluntariosa que parecía no haber sido nunca niña. Sin embargo, fascinaba su parte infantil, fascinaba al niño que trataba constantemente de ignorar, destruir y eliminar de sí mismo, al que temía aunque era su esencial manera de ser. No tenía a nadie con quien poder hablar. A pesar de sus conflictos, de estas secretas influencias que lo perturbaban y confundían, comprendía muy bien que también estaba a merced de conflictos ajenos a él. No era ignorante. Cuando niño había sido instruido en el confucianismo, budismo e historia de su país. Del Oeste sabía pocas cosas porque su padre, el regente, tenía un solo propósito, hacer de su país una nación aislada. ÉI, su hijo y actual rey, sabía que ya no era posible. Aunque pareciese mentira, el arma constante del Oeste había sido la religión, una religión basada, según su padre, en la superstición, proclamada primero por un grupo de personas que se llamaban a sí mismas judíos que mataron a un revolucionario llamado Jesús. La raza humana siempre había estado agitada por esta clase de revolucionarios, mantenía su padre, y los coreanos no necesitaban importar disturbios extranjeros porque ya tenían bastante con los suyos. Con esta excusa aprobó la muerte de todos los sacerdotes extranjeros que continuaban entrando en el país a pesar de las persecuciones. Ahora su padre, el regente, estaba prisionero en China, y él, el rey, podía decidir por sí mismo lo que debía hacerse. Habría que llegar a un cierto acuerdo con la reina, porque ella continuaba fiel a China, rehusando comprender que el Japón estaba en

auge. La noche anterior se habían vuelto a pelear. La había mandado llamar, aunque no lo hacía a menudo, porque habían estado separados mucho tiempo. Cuando la vio al volver de su exilio, pensó que había mejorado. Fue a verla oficialmente al llegar y la encontró más amable de lo que acostumbraba a ser desde que supo que su hijo era anormal. Era aún muy bella, y pensó que podría aún sentir algún anhelo, o quizás el deseo de una mujer que sabe que su juventud se acabará pronto. La noche anterior la invitó a cenar, pensando que si su encanto persistía podrían renovar el pasado y concebir un hijo, ahora que aún era posible. La había conquistado más de una vez en tiempos anteriores. Sin embargo, la noche se estropeó. Recayeron en las viejas discusiones y se separaron con fríos saludos y mutua impaciencia. Cuando la reina se marchó mandó llamar a una cortesana.

A la mañana siguiente le anunciaron que el hijo de su viejo amigo y consejero recientemente fallecido le pedía audiencia y estaba dispuesto a ocupar el lugar de su padre. Sabía que Il-han era consejero de la reina y no se apresuró. Sólo dos horas después envió a su chambelán para decirle que le concedía audiencia. La espera habría hecho desvanecer la posible arrogancia de su súbdito, se dijo. Luego, para calmar su enojo o simplemente confundirlo, se mostraría sencillo y amistoso.

Al mediodía entró en la sala de audiencias y se sentó en el trono, que no era más que un sillón colocado en el suelo para que pudiese doblar los pies a la moda japonesa. Pero no los doblaba, se sentaba y cruzaba las rodillas a la manera occidental. No había visto nunca un hombre blanco, pero había oído decir que se sentaban en sillas y dejaban colgar las piernas o cruzaban las rodillas.

Sabía que sus súbditos observaban cualquier detalle de la conducta del monarca que les permitiese saber lo que pensaba. Il-han entró y se arrodilló ante el rey. Puso las manos en el suelo, pulgar contra pulgar, luego inclinó la cabeza hasta tocar su frente con las manos y esperó.

—Puedes levantarte —dijo el rey amablemente.

Il-han se levantó con los ojos bajos y continuó esperando.

—Puedes hablar —le dijo el rey con la misma amabilidad. Sin levantar los ojos, Il-han habló:

—Majestad, he venido como hijo de mi difunto padre y como ciudadano privado, responsable junto con otros de nuestro pueblo, y dispuesto a serviro' como mi padre solía hacerlo.

El rey le escuchó, y luego le indicó con un gesto que podía sentarse en un cojín frente al trono.

—Confío en ti porque eres su hijo, él era inteligente. Me dijo una vez que las tres naciones que nos rodean son como las pelotas que un malabarista mantiene en movimiento en el aire, y que nosotros teníamos que ser el malabarista. ¿Eres de la misma opinión?

—Majestad, yo añadiría otras pelotas —contestó Il-han—. Las naciones occidentales están observándonos. ¿Cuántas pelotas tendremos que manejar? No podría decirlo, pero serán más de tres y algunas tendrán que ser dejadas de lado.

El rey descruzó las piernas impacientemente y volvió a cruzarlas. No llevaba los vestidos de corte aquel día pero lucía un collar de jade con un emblema que representaba una grulla debajo de un pino. Su mano derecha jugaba con este emblema.

Tenía el labio inferior lleno, signo de su naturaleza apasionada, y se lo pellizcaba pensativamente entre el índice y el pulgar.

—¿Aceptarías un cargo? —le preguntó al fin—. Podrías ser déjame pensar, ¿primer ministro?, ¿canciller?, lo que quieras.

Il-han levantó la mirada y sus ojos se encontraron con los del rey. Le asombró la decisión que reflejaban. Eran pequeños, agudos, de pupilas muy negras, con anchas y cortas cejas negras. No eran los ojos de un poeta ni un pensador sino de un hombre acostumbrado a la acción. La mano que pellizcaba el labio era oscura y fuerte.

—Majestad —dijo Il-han, mientras sus ojos volvían a pasarse en la grulla y el pino del pecho del rey—, perdonadme si declino el cargo. Esperaré vuestras órdenes noche y día. Soy vuestro súbdito, pero si fuese algo más no podría hablaros libremente, moverme de un lado para otro, recoger informaciones, observar, pedir audiencia, seros útil igual que vuestra mano es útil y obediente a vuestro cerebro y corazón.

—Eso quiere decir que prefieres no deberme nada —observó el rey riendo—. Bien, es bastante raro.

Dio una palmada y entraron unos criados.

—Traednos comida y bebida, —ordenó. Mientras los criados obedecían continuó:

—Ahora discutamos la posición de esta joya, como tú llamas a nuestro país. No me dejes engañar por los deseos de Li —Hung-chang de recibir un enviado de los Estados Unidos. Es su arma contra el Japón, que lo amenaza con la guerra. En esta guerra seríamos su punto de partida contra China. Dime cómo son los Estados Unidos.

Hizo la pregunta súbitamente. Il-han quedó desconcertado. No sabía qué contestar.

—Majestad, tengo que informarme. Recuerdo que los marineros desembarcados en nuestras playas hará unos quince años eran americanos. Oí decir que eran unos salvajes, molestaban a nuestras mujeres y nuestro pueblo, ofendido, los mató.

—No inmediatamente —dijo el rey—. Al principio fueron arrestados. Luego vinieron otros a rescatarlos y se apoderaron de algunos de nuestros hombres como rehenes. Sólo entonces nuestro pueblo atacó el barco, mató ocho americanos, capturó a los demás y quemó el barco. Se lo tenían bien merecido, según creo yo.

Aquí el rey hizo una pausa. A Il-han le asombraron estos detalles.

—Quizá la verdad no tenga importancia —dijo el rey—, pero puedo decírtela. Fue mi padre quien ordenó el ataque al buque, temía hubiesen en él sacerdotes católicos que viniesen a vengar la muerte de los que ordenó matar hacía años. Mi padre creía, como siempre creyó, que las religiones occidentales perturbaban la paz, dondequiera que fuesen. Lo vio en China y en el Japón y mientras gobernó prohibió a los sacerdotes extranjeros que desembarcasen en nuestras playas. Si lo hacían, los mandaba matar. Incluso convencieron a algunos de nuestros compatriotas que se convirtieron al cristianismo. No quiero hablar de esto.

Hizo una pausa e Il-han pensó que el rey estaba recordando a un Kim, antepasado suyo, que fue condenado á muerte por ser católico.

—He seguido el ejemplo de mi padre —continuó el rey—. Una vez, siendo muy joven, rehusé ver a un americano llamado Low que llegó a nuestro puerto con una flota de barcos, pero ahora ya no sé...

Los criados trajeron la comida, la colocaron en la mesa y esperaron para servir, pero el rey los despidió.

—Se quedan aquí como estatuas —se quejó a Il-han cuando salieron—, pero no lo son. Sus ojos ven, sus oídos oyen, y sus lenguas cuentan. ¡Sigue!

—Majestad, me honráis diciéndome lo que pensáis, pero sólo soy vuestro súbdito. Debo escuchar, no hablar.

—Habla —le ordenó el rey—. Estoy rodeado de hombres que no hablan. A veces creo que, con excepción de la reina, todos en palacio se han cortado la lengua. Ella no tiene miedo. Me temo que si el mismo Buda reencarnado viniese aquí le diría cómo debe conducirse y cómo debe pensar.

Dijo estas cosas sabiendo que no era correcto hablar así con un súbdito, pero precisamente por esto gozaba más con la conversación.

Il-han sonrió ligeramente pero en lugar de contestar dijo: —Majestad, vuestro padre el regente hizo lo que creyó justo. Por ejemplo, resistió a los japoneses tan enérgicamente como a todos los demás, a veces hasta parecía inventar insultos contra ellos esperando que se alejasen de nuestras costas. No se fueron. Yo ruego a vuestra majestad que no sigáis el ejemplo de vuestro padre. Os ruego que penséis y decidáis vos mismo lo que se debe hacer para proteger a nuestro país y a nuestro pueblo. De todas las naciones occidentales los americanos parecen los menos corrompidos. Son jóvenes, no tienen experiencia, y saben lo que es luchar por la independencia. He oído decir que hará unos cien años lucharon contra el país que los gobernaba y ganaron.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó el rey.

—Estoy diciendo que debemos aceptar a los americanos como Li-Hung-chang aconseja —replicó Il-han.

El rey apretó los puños y golpeó la mesa tan fuerte que saltaron los platos.

—¿Por un tratado que nos quitará algo más? —preguntó.

—Por un tratado —convino Il-han.

Los dos hombres se miraron a los ojos. Fue el rey quien cedió. Se levantó.

—No puedo comer nada —dijo, volvió la espalda a Il-han y salió de la habitación. Tampoco podía comer Il-han. Se levantó y, poniéndose el abrigo, se marchó.

Los criados entraron en la habitación cuando le vieron salir.

Los platos de exquisitos manjares no habían sido ni siquiera destapados. Los llevaron a la cocina donde, con gran fruición y risas, comieron los alimentos preparados para el rey.

Por la noche, cuando Il-han volvió de su larga conferencia con el rey, explicó a Sunia que le había ofrecido un alto puesto en el gobierno y que lo había rechazado. No sentía su negativa pero se preguntaba si ella, siendo de carácter más sencillo que él (o al menos así lo creía), envidiaría secretamente a otras mujeres cuyos maridos eran públicamente conocidos. Él tenía una cierta fama como intelectual y pensador, no temía hacer lo que le placía o rechazar lo que le desagradaba, pero ¿bastaba esto? Cuando Sunia respondió se dio cuenta de que estaba equivocado y se maravilló de nuevo de que fuese posible vivir con una mujer, tener hijos y saber tan poco de ella. Porque Sunia cuando terminó su explicación le dijo:

—Hiciste muy bien rechazando el cargo.

Era de noche y estaban en cama. La habitación estaba iluminada por una sola vela, se veía la noche oscura a través de las ventanas. Habló durante largo rato, Sunia le escuchaba.

—¿Qué dices de todo esto? —le preguntó.

—No sé, porque siempre olvidas las cosas pequeñas. Eres un gran hombre, pero sólo en las cosas grandes. Hablas a reyes y reinas como si fueses su hermano, pero no distingues en casa a un sirviente de otro, con excepción de tu criado. Me pregunto a veces si conocerías a tus hijos si les vieses entre otros niños. Ahora tendrás tiempo de conocer a tus hijos y también a mí, me temo.

Se echó a reír pero a él le sorprendió lo que había dicho.

—Describes a un hombre muy loco —se quejó— y me parece que soy algo mejor. Sunia se volvió, apoyó la cara sobre un codo y le miró.

—Sólo eres tonto en pequeñas cosas. Si no fuese así lo serías en las cosas grandes. A mí me gustas como eres y es más, sé que soy una mujer afortunada, una esposa dichosa y una madre feliz.

—Bueno, bueno —dijo Il-han riendo—. Te reprochas demasiadas cosas. Las mujeres consiguen lo que se merecen.

Esta broma se convirtió en súbita pasión entre ellos. Il-han se entusiasmó al ver su

hermosa cara tan próxima a él, sus ojos oscuros y brillantes a la luz de la vela. La conocía muy bien en este sentido porque, cuando estaba dispuesta, de su cuerpo emanaba una peculiar fragancia. Tuvo que aprender, aunque no fue fácil, que cuando no despedía esta fragancia podía someterse a él pero sin corresponderle y así perdía la mitad del placer.

De recién casado no había sido capaz de dominar su pasión o acomodar su timidez a la de ella, aunque después se maldecía porque esto los separaba. Pero con la plenitud de su virilidad aprendió y fue recompensado. Era mejor poseerla por entero, a su debido tiempo que en parte cuando ella no lo deseaba. Ahora despedía aquella fragancia dulce, y fuerte, y la abrazó larga y apretadamente. Cuando se separaron estaban más unidos que nunca, yacían en paz y silencio, ella pensando y él durmiendo. Se despertó sediento una hora después, más o menos. Sunia le sirvió una taza de té y le dijo lo que había estado pensando.

—Estamos de luto, no puedes salir de casa. Tienes que prometerme que me explicarás porqué son tan diferentes nuestros hijos. Sé que uno es diferente del otro, ninguno de los dos es un niño corriente, pero no tengo la agudeza suficiente para ver la diferencia que hay entre ambos. Es lo primero que tengo que decirte.

Il-han bebió el té y tendió la taza para que le sirviese más.

—Entonces es que hay otra cosa y luego otra sin duda. Cuando un hombre está ocioso, puedes estar segura de que su mujer encontrará algo para llenar sus horas libres.

Sunia hizo un gesto como si fuese a arrebatarse la taza de las manos.

—¡Atrévete a pensar que soy como las demás esposas!

—Afortunadamente no lo eres.

De pronto se sintió completamente despierto, descansado y divertido. Si la volvía a acariciar ¿fluiría su fragancia de nuevo?, pensó.

Se había cambiado, olía a limpieza y frescura.

—¿Quieres terminar de una vez de pensar en tus asuntos privados? —dijo— Escúchame, por favor, Il-han. Tienes que averiguar algo de estos americanos antes de aconsejar al rey. Estás en una posición elevada y de responsabilidad. Aconsejas a los gobernantes. ¿Cómo sabes si los americanos son buenos o malos? ¿Qué pasará si induces al rey a obrar equivocadamente y nuestro pueblo sufre porque tú no tenías una base suficiente para tus consejos?

Sunia era una mujer sorprendente. Él habría jurado que no sabía nada aparte del gobierno de la casa, y ahora le salía con esta sencilla y sabia conclusión. No era nada agradable tener que considerar una alianza con el extranjero; lo que decía ella era verdad. Conocía a los chinos, a los japoneses y algún ruso, pero no a los americanos. Dejó de pensar en hacerle el amor otra vez.

—Vete a dormir, Sunia —le dijo—. Has dicho lo bastante para tenerme despierto

toda la noche y muchas más— y apagó la llama de la vela.

En aquellos días de luto, Il-han se dedicó a vivir. Cada mañana se sentaba cerca del preceptor y de su hijo mayor durante la clase. Le complacía ver la rapidez de comprensión del niño cuando se interesaba por lo que le explicaban, pero le desagradaba que cuando algo no le interesase holgazaneara. No obstante, no intervenía y se iba dando cuenta de que el preceptor entendía muy bien al niño. Cuando no quería estudiar no lo reprendía, le ordenaba correr por el jardín o le daba un pincel. Una vez le dijo a Il-han:

—He descubierto que pintando expresa sus sentimientos ocultos.

—¿Qué pinta? —preguntó Il-han.

El preceptor estaba confuso.

—Violencia —dijo— Vive en una casa tranquila pero pinta un gato con un pájaro entre los dientes, un diablo surgiendo del bosquecillo de bambúes, o un halcón con un ratón sangrando entre las garras.

Il-han lo escuchaba con sorpresa.

—Nadie lo ha tratado duramente. ¿Por qué expresa tales sentimientos?

—Me figuro que será por los tiempos en que vivimos —contestó el preceptor—. Ha oído decir que hay ladrones en la ciudad y bandidos en las montañas. Me ha preguntado por qué intentaron matar a la reina y está enterado de las disputas entre los clanes nobles. Le gusta pasar el verano en casa de vuestro honorable padre, allí traba amistad con, los hijos de los granjeros que cultivan vuestras tierras, son chiquillos salvajes. Trato de apartarle de ellos pero se escapa y le encuentro siempre en el pueblo con la ropa rota y polvorienta, y la cara y las manos sucias. Es a menudo grosero conmigo, entonces usa el lenguaje ordinario que ha aprendido de ellos. Me ha dicho más de una vez que le gustaría ser hijo de un campesino para poder correr por las calles, llevar vestidos sucios y hacer lo que le viniera en gana.

Eran noticias graves, a Il-han le remordía la conciencia.

Mientras él estaba con la reina y el rey, su hijo trababa amistad con los pobres y los ignorantes. Aquel día, después de comer, lo cogió de la mano y lo condujo al bosquecillo de bambúes.

—A ver si los brotes tiernos han vuelto a crecer —le dijo. Temía que aún fuese demasiado pronto, pero cuando llegaron vieron que los brotes de bambú ya estaban creciendo. Se veían por doquier los puntiagudos tallos de un verde pálido. Los bambúes eran tan espesos que apenas dejaban pasar el sol, el bosque era una sombra con algunas manchas de luz.

—¿Te acuerdas —le preguntó Il-han— de que una vez rompiste los tallos y estropeaste los árboles?

—Dijiste que eran cañas, no árboles —exclamó tozudamente, pero Il-han se dio cuenta de que se acordaba. Le volvió a explicar lo mismo que aquel día.

—Eras demasiado pequeño para entender lo que te dije, aunque eran sólo cañas huecas, vivían y han brotado de nuevo de las viejas raíces. En nuestro país el tallo de bambú es el símbolo del espíritu fuerte e invisible de un hombre, de un gran poeta, un artista, un gobernante, o un revolucionario. Es fácil romper estos tallos de bambú. Aunque eras muy pequeño pudiste hacerlo, es fácil destruir, crear es difícil. Recuérdalo cuando quieras destruir algo.

El niño intentaba liberar su mano pero Il-han no lo soltó hasta terminar de decirle lo que quería. En cuanto se sintió libre, escapó rápidamente. Il-han se sentía profundamente preocupado. Desde entonces, vigiló estrechamente a su hijo. Cuando le veía empujar a su hermano, o destruir lo que el pequeño construía con piedras o pedacitos de madera, le cogía las manos, se las ponía en la espalda y le recordaba una y otra vez: “Crear es difícil. No destruyas lo que tu hermano ha creado “.

Sunia lo oyó un día y dijo:

—No es suficiente que no destruya. ¿Por qué no le ayudas a crear algo?

Una vez más, Sunia dijo algo que le perturbó. Pensaba en un antepasado suyo, Chong-ho, un Kim, el cartógrafo más importante del país. Cuando niño vivía en la provincia de Kuang. Hwang-hai, también era un niño inquieto. Paseando por ríos y montañas empezó a preguntarse dónde nacerían los ríos y dónde estarían situadas las montañas, qué forma tenían las costas y cuántas islas habría más allá de ellas. Il-han contó un día esta historia a su hijo mayor.

—Chong-ho preguntaba a todo el mundo dónde conseguiría encontrar un mapa detallado de nuestro país. No existía tal mapa. Al hacerse mayor estudió todos los mapas que pudo encontrar y viajó por todas partes para ver si los mapas eran exactos. No lo eran. No se detallaban claramente ríos y montañas, donde las costas se curvaban en bahías y ensenadas las dibujaban rectas y los nacimientos de los ríos eran imaginarios. Se trasladó a Seul y pidió a los gobernantes que le ayudasen, pero a nadie le importaban los mapas ni sabían su utilidad. Se desanimó pero no renunció. Viajó por todas partes, midiendo y dibujando y describiendo lo que encontraba, hasta que logró el primer mapa completo de Corea. Había que imprimirlo y tampoco le ayudó nadie. Entonces él trabajó, ahorró, compró bloques de madera, grabó la forma del mapa, los llenó de tinta y los imprimió en papel. ¡Allí estaba el mapa! El rey creyó que nuestro antepasado estaba ayudando a algún enemigo y mandó quemar sus mapas, pero nuestro antepasado los sabía de memoria y el rey decidió que debía morir.

El niño, al oír esto, palideció. —¿Cómo lo mataron?

—¿Es esto lo que te importa?

—Quiero saberlo —insistió el niño.

—Le cortaron la cabeza —contestó Il-han secamente.

El niño pensó unos instantes, luego dijo con voz indiferente, como si no le

interesase:

—Debió brotar mucha sangre.

—Sin duda —contestó Il-han—, pero esto no es importante. Te cuento la historia porque quiero que sepas lo que hizo nuestro antepasado, lo valeroso que fue al crear algo tan bueno y útil como un mapa, y qué estúpido fue destruirlo. El rey era un ignorante.

No supo si su hijo le oía. Creyó que no porque sintió la mano del niño en su nuca.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Il-han y apartó la mano del niño de su cuello.

—El hueso —dijo, sus ojos oscuros brillaban—. Debieron usar una sierra para cortar el hueso.

Entonces Il-han lo soltó y salió.

Durante la noche se despertó de pronto y oyó claramente en la lejanía al vigilante encargado de evitar incendios. En las cabañas de los pobres las brasas de los fuegos que se encendían en medio de la habitación podían provocar fácilmente un incendio. En las casas de los ricos una chimenea defectuosa, o las cenizas echadas de cualquier modo en el suelo por un criado descuidado, podían destruir la ciudad. El guardián estaba toda la noche por las calles golpeando con dos bastones de bambú para que la gente supiera que velaba por su seguridad. No fue este ruido lo que le despertó, nunca le había impedido dormir. Le despertó una profunda preocupación. Il-han oyó acercarse el clac-clac, se oía fuerte y claro y luego se perdió en la lejanía. Era una preocupación que intentó desechar durante todo el día, pero ahora en la oscuridad de la noche volvía a resurgir. Se juró a sí mismo que de ahora en adelante pasaría una parte del día con su hijo mayor. ¡Aquella manecita fría palpando el hueso de su cuello!

El menor era distinto, no le gustaba matar a una mosca ni tirarle de la cola a un gato. Il-han no acostumbraba a ocuparse de sus hijos hasta que la nodriza los dejaba. Después del disgusto de su oreja defectuosa no volvió a ocuparse de él hasta el día de su primer cumpleaños, una de las fechas importantes de la vida de un hombre, la segunda en importancia era el día de su boda y la tercera el día en que cumplía los sesenta años.

No podía olvidar lo lindo que estaba aquel día, tan lindo como una niña. Sunia había ordenado a su doncella que le hiciesen vestidos especiales, pantalones de seda azul pálido, una chaqueta corta rosa melocotón que tenía en las mangas franjas de color rojo, azul y verde, y un chaleco azul con botones de jade. Le pusieron un gorro puntiagudo y escritos en él caracteres chinos que significaban larga vida y prosperidad. Il-han se dio cuenta que Sunia había hecho cortar las alas del sombrero lo bastante largas para que cubriesen las orejas. No podía olvidar que su hijo no era perfecto, era algo que recordaba constantemente. Le dijeron que los doctores occidentales curaban esta clase de defectos pero no quería recordarlo para no añadir

una nota de tristeza al brillante día.

Vinieron varios invitados que trajeron regalos al niño. Pre-pararon un gran banquete para sus parientes y amigos, y otro con manjares no tan delicados para los criados de aquéllos y para los suyos propios.

Recordaba a su hijito sentado en el suelo y los regalos delante de él para que escogiera; una espada corta y de hoja cuadrada, un libro, una pluma, un laúd, etc.... El niño los miraba y parecía demasiado pequeño para saber lo que eran, luego cogió la espada pero no pudo levantarla y lloró. Lo intentó otra vez, no pudo y volvió a llorar; lo seguía intentando y como no lo lograba seguía llorando también. Sunia quiso distraerlo con otros juguetes pero rehusó y escondió la cara en su pecho, sollozando.

Il-han lo observaba. Tenía los huesos finos, la carne suave y formas delicadas. Nadie sabía de qué antepasado habría heredada el mayor sus hombros cuadrados y su estatura poco corriente, pero el menor era igual que el padre de Il-han. Tenía los mismos grandes ojos poéticos, finas cejas y ancha frente. A veces decía a Sunia que creía que el espíritu del anciano se había encarnado en el niño, tan tranquilo y sosegado era y tan graciosos sus movimientos. Le gustaba jugar con animales pequeños, pájaros, mariposas y peces dorados. Especialmente le gustaban las linternas encendidas, las cometas y la música. Sunia tocaba el arpa de la Cigüeña Negra, llamada así porque en tiempo de Koguryo, un músico inventó un nuevo instrumento derivado de la antigua arpa china y mientras tocaba bajó del cielo una cigüeña y empezó a bailar. Cuando el pequeño estaba enfermo, se caía, estaba triste o cogía alguna rabieta, los sonos del arpa lo apaciguaban.

Eran las cualidades que Il-han había observado en su hijo menor, pero aún era demasiado pequeño para revelar su carácter. Cuando lo llevaba al jardín cogido de la mano y lo sentaba en sus rodillas veía la deformidad de su oreja. Decidió que un día pediría a un doctor extranjero que corrigiese este defecto. Examinó cuidadosamente el lóbulo y llegó a la conclusión de que tenía la carne y piel necesaria, simplemente estaba torcido por alguna posición que habría tomado el niño en el vientre de su madre. Este lóbulo defectuoso se convirtió en una razón que incitaba a Il-han, acabado el período de luto, a trabar conocimiento con hombres occidentales entre los que pudiese encontrar un cirujano.

Pronto consiguió su propósito. El rey reclamó su presencia en palacio. Como el período de luto había terminado no pudo rehusar. Se vistió con la ropa de gala y acudió al palacio donde fue recibido por el rey.

—No nos entretengamos con ceremonias —le dijo el rey cuando Il-han se disponía a saludarle—. Tienes que prepararte para ir a los Estados Unidos.

Il-han estaba arrodillado delante del rey con la cabeza inclinada sobre las manos y al oír esto se quedó paralizado. ¡Tenía que atravesar mares salvajes e ir a un país de cuyo idioma no sabía nada más que unas pocas palabras!

—Majestad —murmuró— ¿Cuándo deberé marchar?

—Si tenemos que firmar un tratado con los americanos —dijo el rey—, quiero saber cómo es su país y sus gentes. He nombrado a tres jóvenes para esta misión pero tú tienes que acompañarles, ver cómo se conducen y observarlo todo. Puedes levantarte.

Il-han' se levantó permaneciendo con los brazos cruzados y la cabeza inclinada.

—Majestad, ¿hay que hacerlo de prisa?

—Sí, un poco de prisa —contestó el rey—, porque queremos actuar rápidamente. Ratificaremos el tratado con los Estados Unidos antes de que partáis para este país. Me he enterado de que la vieja emperatriz de Pekín está disgustada con Li-Hungchang y ha declarado que todos los tratados tienen que hacerse a través de China, pero nosotros nos entenderemos directamente con los americanos y estableceremos nuestro derecho de nación libre.

—¿A quién enviaréis, majestad? —preguntó Il-han.

—A mi sobrino, el príncipe Min Yong-ik, probable heredero del trono.

A este príncipe lo conocía Ilhan muy bien. Era sobrino de la reina por adopción y aliado suyo. Durante la revuelta, el regente había mandado matarlo, pero escapó de sus asesinos vestido con las ropas de un monje budista y escondiéndose en las montañas. El rey continuó:

—Luego a Hong-Yong-sik, el hijo de mi primer ministro. Ha sido embajador en el Japón y conoce otros países además del nuestro. El tercero está siempre junto a mí porque confío en él. Es So Kwang-pan.

A éste también lo conocía Il-han. Era de una antigua familia cuyos miembros habían tenido fama de sabios y justos durante centurias. So Kwang-pan creía entusiásticamente que Corea debía ser independiente de China y dirigía un grupo de políticos que eran de su misma opinión. Una vez hasta fue secretamente al Japón y volvió a contar al rey, sin ningún temor, que el Japón había cambiado adoptando nuevos sistemas, nuevas armas, y que soñaba incluso con declarar la guerra a China. Este joven era barón por herencia y esto le daba acceso al rey. Los tres eran jóvenes y tenían alrededor de los treinta años. El tercero era el más moderno y audaz, mientras Min Yong-ik era el jefe de los Min y favorito de la reina.

—Además de ti he escogido a Chai Kyung-soh, experto en asuntos militares, y a Yu Kil-chun, que ha vivido mucho tiempo en el Japón.

Il-han inclinó la cabeza:

—¿Cómo puedo negarme a cumplir órdenes reales?

El rey aceptó su decisión y con una breve inclinación salió de la habitación.

Il-han volvió a su casa confundido por la súbita decisión del rey.

Dieciséis días después de que el rey le comunicara que debía ir a los Estados Unidos, fue llamado otra vez a palacio.

Usaba sus ropas de corte, sobre el pecho el peto de las cigüeñas que representaban su alto rango. Hacía un hermoso día. Ordenó que quitasen la cortina delantera del palanquín para poder gozar de la agradable temperatura y la luz del sol. El rey lo había convocado para la solemne, ceremonia de la ratificación del tratado con los Estados Unidos. Esta ratificación había sido aplazada mucho tiempo, pero su preparación empezó antes de la revuelta del regente y todos los tristes sucesos que tuvieron lugar antes de su destierro. Se dieron los primeros pasos importantes cuando Shufeldt, un comodoro americano, negoció el tratado con la aprobación del político chino Li-Hung-chang que, no deseando entonces abandonar su país, había enviado a su representante Yuan Shih-k'ai a vivir en Seul y defender la soberanía de China sobre Corea, aunque el tratado aseguraba que Corea era una nación independiente y no necesitaba conferenciar con China antes de ratificarlo. Estas negociaciones duraron hasta que el regente echó a la reina de palacio y perturbó la paz de la nación. Al volver el rey al poder ordenó se ratificase este día que para Il-han era el principio de su largo viaje al extranjero. Aún no se lo había dicho a Sunia sabiendo que protestaría alegando que no le convenía, que tendría que comer alimentos raros, beber aguas extrañas, respirar vientos salvajes, todo sería diferente a su tierra natal. Sin embargo, hoy, después de la ratificación del tratado, tendría que decírselo, porque ya no podía aplazarse más el viaje. Il-han esperaba en el vestíbulo del despacho real de Asuntos Exteriores. Con él estaba Min Yon-wok, presidente de dicho despacho, y los jefes de cuatro departamentos reales, cada uno con su séquito. Il-han estaba presente por orden real como representante especial. Hacía un día agradable, se acercaba el verano, por las ventanas abiertas se veían los jardines que lucían a la luz del sol.

A la hora concertada entraron los americanos en el vestíbulo. Il-han no los había visto nunca de cerca y no pudo evitar mirarlos. Eran altos y llevaban el uniforme de marinos, chaqueta de color rojo y dorado con pantalones negros. Uno de ellos llevaba en cada hombro unas alas de oro, signo del más alto rango. Entraron y se anunció en alta voz el nombre de su jefe.

—General Lucius H. Foote, enviado extraordinario y ministro plenipotenciario de los Estados Unidos de América, al reino de Corea.

El apellido Foote^[3], traducido, asombró a los coreanos. Hasta Il-han estaba confuso. ¿Acaso era un perverso engaño del que lo anunciaba con el propósito de desconcertar a los extranjeros? ¿Pie? ¿Puede un hombre de tan alto rango tener un nombre tan absurdo? Encontró los ojos de Min Yong-wok, y cambiaron una mirada interrogante. Pero los americanos no estaban enfadados, ya que no entendían el coreano, y presentaban el tratado en inglés al presidente Min y el presidente les presentaba a su vez la copia coreana.

Así se tendió un puente entre dos países situados en dos lugares del océano completamente opuestos.

La ceremonia no duró más que unos minutos. Los americanos se fueron e Il-han volvió a su casa maravillado de que en tan corto tiempo dos naciones pudiesen trabar amistad y sus millones de ciudadanos estuvieran atados por un trozo de papel y unas palabras escritas.

—Me moriré cuando estés fuera —dijo Sunia.

—No te morirás —dijo Il-han.

Era por la noche. Estaban en su cuarto, la casa estaba silenciosa. Fuera, en el jardín, las ranas jóvenes cantaban sus canciones de amor y verano. Le había dicho a Sunia que se iba a América por orden del rey. Lo escuchó sin decir una palabra, pero ahora decía que se moriría. Sunia yacía a su lado con las manos cruzadas bajo la cabeza. Contempló su cara pálida a la luz de la luna.

—No tendrás tiempo de morir —continuó—. Mientras esté fuera deberás ocupar mi lugar junto a la reina, visitarla, oír sus quejas, velar por ella, quererla.

—No lo haré —dijo Sunia.

—Lo harás porque yo te lo mando —contestó Il-han—. Además tendrás que tomar contacto con la esposa del embajador americano, trabar amistad con ella y presentarla a la reina como amiga tuya.

—No sé siquiera su nombre —dijo Sunia sin moverse.

—Se llama señora Foote —dijo Il-han.

Sunia se rió repentinamente.

—¿Estás bromeando? ¿Pie? No, no...

La dejó reír, contento por su cambio de humor. Ella se sentó en la cama y empezó a anudar su largo cabello alrededor de la cabeza.

—No puedo llamarla señora Pie. Me reiría cada vez que la viese. La hembra Pie. ¿Qué aspecto tiene su marido?

—Como cualquier otro hombre —dijo Il-han—, sólo que lleva una barba corta y roja, las cejas y los cabellos son también rojos y los ojos azules.

Se alegraba de que Sunia se divirtiese y continuó describiendo a los americanos, su altura, sus largas narices, sus manos enormes y largos pies, sus piernas enfundadas en pantalones, y su pelo corto.

—¿Son salvajes? —preguntó Sunia.

—No —dijo Il-han—, sólo raros, pero entienden nuestra cortesía y parecen civilizados a su manera.

Así la fue acostumbrando a la idea de que iba a cruzar los mares y entrar en un país extranjero. No era tarea fácil, sin embargo. Durante los meses de verano estuvo atareada preparando vestidos ligeros y de abrigo, paquetes de alimentos secos, raíces de ginseng y otras hierbas medicinales, pero por la noche sollozaba abrazada a él. Insistió en que escogiese su ataúd antes de marchar por miedo de que si moría en el

extranjero su cuerpo no tuviese dónde descansar cuando lo enviaran a Corea. Para complacerla escogió un buen féretro de pino y lo colocaron en la portería. Il-han se reía de ella y le decía que en lugar de muerto volvería gordo y lleno de salud. El día de la marcha se acercaba a pesar de todo, e Il-han hizo su última visita a palacio, primero a la reina y luego al rey. A la reina le encomendó a Sunia, su mujer.

—Dejad que mi humilde esposa ocupe mi lugar, majestad —dijo— Aceptad sus servicios. Decidle lo que a mí me diríais. Os será fiel y leal. En cuanto a mí, sólo tengo que haceros una petición.

—No sé si vaya concedértela —dijo la reina.

No estaba de buen humor, no le gustaba la alianza con los americanos y se había opuesto fuertemente al viaje.

Il-han fingió ignorar su desabrimiento. Continuó como si no hubiese dicho nada.

—Os ruego, majestad, que invitéis a la esposa del embajador americano a que os haga una visita en palacio.

La reina se levantó del trono.

—¿Qué? —gritó—. ¿Yo? ¿Qué te has figurado?

—Habrá que hacerlo un día u otro —le dijo Il-han pacientemente—, es mejor hacerlo ahora, voluntariamente, que más tarde por obligación.

La reina empezó a andar de un lado a otro, arrastrando su amplia falda. Una de las veces en que llegó cerca de la puerta de la sala de audiencia que conducía a sus habitaciones privadas desapareció sin mirarle ni despedirse.

Il-han esperó largo rato, luego una dama de palacio entró saludándole y dijo como un lorito:

—Su majestad le envía su despedida y le desea un feliz viaje.

Saludó de nuevo y se marchó por donde había venido.

Il-han salió del palacio asombrado al sentir el dolor que causa la herida inesperada de una persona a la que amamos. Escondió sus sentimientos y no quiso examinar su propio corazón. No tenía tiempo para atormentarse por los actos de una mujer, aunque fuese una reina. Ya llevaba consigo la monstruosa carga de su pueblo.

Se despidió de su familia agradeciendo sus ansiosos deseos de un retorno feliz. Para confortar a Sunia los últimos momentos que pasaron juntos estuvieron quemando incienso delante de las tablillas ancestrales. Sunia rezaba, su voz era un murmullo anhelante.

—Proteged su camino —pidió a los difuntos— conservadle sano y salvo, traedle a casa otra vez vivo y triunfante.

El hijo menor empezó a llorar, pero el mayor estaba más tieso que un soldado y no dijo nada.

No podía concederles ni un minuto más, apretó a Sunia contra él un largo rato y se marchó. Subió a su palanquín, una gran muchedumbre le estaba mirando y

diciendo adiós. Se dio cuenta de que levantaban el palanquín y lo llevaban rápidamente a su destino.

Il-han y sus compañeros llegaron a la capital de los Estados Unidos el décimo quinto día del noveno mes del año solar. Durante el largo viaje había estudiado la lengua de la nueva nación. Fue el único en aprenderla porque los demás no veían la necesidad de saber una lengua que no volverían a usar. Pero Il-han, con la ayuda de un joven intérprete católico, acostumbró sus labios a aquellas sílabas extrañas. Cuando llegaron a Washington, llamada así porque éste era el nombre del primer presidente, era capaz de leer los grandes titulares de los periódicos y hasta de entender algunas palabras.

En seguida comprendió que su pueblo tenía mucho que aprender de los americanos. El barco en que viajaron le dejó deslumbrado con sus maravillas. Trabajó amistad con el capitán, un hombre barbudo cuya vida había transcurrido en los mares. Con él subió al puente, vigiló el timón y bajó a las entrañas del barco para ver aquellos grandes hornos donde unos hombres desnudos echaban carbón para hacer el vapor que movía el barco.

El tren en el que cruzaron el continente les maravilló; su máquina estaba movida por la misma clase de vapor y avanzaba tan rápidamente que incluso él estaba aturdido, aunque no mareado como sus compañeros. Cinco días estuvieron atravesando montañas y llanuras. Estaba abrumado por la inmensidad del país y atónito ante la pequeñez del suyo.

Fue allí, en la capital americana, donde encontró las mayores maravillas, especialmente el agua caliente y fría que salía de la pared y las lámparas que alumbraba un gas invisible. También encontró incomodidades. No podía dormir en camas tan altas, se cayó dos veces y se magulló los hombros. Después de estas desgracias puso el colchón en el suelo. La comida era desagradable e insípida, echaba de menos el kimchee de Sunia y las especies y riqueza de la comida coreana. Los cubiertos representaban otra dificultad: tenedor, cuchillo. Le costaba cortar aquellos trozos de carne tan poco hecha que rezumaban sangre. Usaba la cuchara y escogía los manjares que se comían como sopa.

Pero todo esto no tenía importancia. Pronto aprendió a andar por la ciudad con la ayuda de un joven oficial de la Armada nombrado para acompañar a la delegación coreana, un subteniente llamado George C. Foulk. Il-han, que lo había visto escrito, lo llamaba con el nombre completo, él se reía.

—Llámeme George —le dijo.

George Foulk había vivido cuatro años en China y en el Japón y una vez estuvo unos meses en Corea, así que hablaba chino, japonés y algo de coreano. Como, afortunadamente, Il-han no tenía ningún nombramiento oficial, podía dejar de ir a las reuniones. Mientras los demás estaban en ellas, paseaba por la ciudad con George y

escuchaba con vivo interés lo que le explicaba de historia, ciencia y arte, en las calles, museos y edificios. Todo lo que veía y oía lo retenía en la memoria para utilizarlo en su país a su debido tiempo. No obstante, tuvo que asistir a la reunión oficial con el presidente como enviado especial del rey de Corea. El presidente se llamaba Chester A. Arthur. La reunión no tuvo lugar en la capital, sino en Nueva York, en un gran hotel donde el presidente estaba pasando unos días. ¿Por qué razón? Il-han no lo sabía. Les instalaron en lujosas habitaciones.

Llegó el día de la reunión. Il-han se preparó. Se puso sus mejores galas de corte. Un abrigo suelto de seda floreada color ciruela sobre una túnica blanca de seda. Luego su cinturón de anchas placas de oro, y sobre su pecho un peto de satén púrpura con cigüeñas bordadas con hilo de seda blanca. En la cabeza llevaba el tradicional sombrero de los Yangban. Sólo Min Yong-ik, el jefe de la delegación, vestía como él: los otros dos llevaban petos con una sola cigüeña. Los demás no usaban petos sino chaquetas de seda color ciruela, túnicas blancas adornadas de azul y verde y los altos sombreros. '

Un poco antes del mediodía les avisaron que el presidente iba a recibirlos. Estaba en el centro del salón de su suite. Il-han entró el primero y vio un hombre grueso que llevaba pantalones grises estrechos y una chaqueta oscura que por delante le llegaba sólo a la cintura. A su derecha estaba el secretario de Estado, un hombre llamado Frelinghuysen, que estaba un poco aparte y no se movía. A su izquierda el segundo secretario llamado Davis y otros, entre ellos George Foulk. Il-han y sus compañeros entraron en fila y se alinearon delante del presidente. Luego, a una señal de Min Yong-ik, se arrodillaron todos a la vez y levantando las manos sobre sus cabezas se doblaron lentamente hasta tocar con la frente el suelo alfombrado. Permanecieron así unos instantes, luego se levantaron y avanzaron hacia el presidente quien, con su séquito, se había inclinado profundamente cuando entraron y así se quedaron hasta que los coreanos se levantaron.

Frelinghuysen fue hacia el príncipe Min, le condujo hasta el presidente y le presentó. Se estrecharon las manos y se miraron a los ojos murmurando cumplidos cada uno en su lengua. Uno tras otro, los coreanos fueron presentados a los americanos, y luego el príncipe y el presidente cambiaron los saludos oficiales que iban siendo traducidos por turno. Después de la ceremonia los coreanos se retiraron y el mismo día embarcaron. Con los oficiales delegados para acompañarles fueron a Boston para visitar edificios y fábricas.

«No tengo tiempo —le escribía Il-han a Sunia— para contarte lo que veo. Tengo la cabeza llena de imágenes nuevas y he aprendido muchas cosas. Necesitaré el resto de mi vida para contártelo todo. He visto granjas enormes donde las máquinas reemplazan a los hombres y a los animales. Esto último lo he observado detenidamente, ya sabes el interés que me tomo por nuestros campesinos. ¡Estamos

siglos atrasados! He visto las fábricas textiles, especialmente en una ciudad llamada Lowell, también allí me di cuenta de lo atrasados que están nuestros telares. No puedo negar que nuestras telas son más finas, especialmente las sedas, pero no podemos competir con las máquinas. He visto hospitales, centrales telegráficas, embarcaderos y enormes tiendas de joyas y mercancías de toda clase. Tiffany, en Nueva York, es un nombre muy conocido en el ramo de la joyería, y me alegré de que no estuvieses a mi lado cuando lo visité, porque no habría podido contenerte, ni me habría contenido yo, porque me gusta comprarte todo lo que deseas. El correo, ¡qué rapidez y exactitud! Una carta que se echa hoy al correo, mañana está a cientos de millas. No a pie sino en tren. He visto refinerías de azúcar, donde se hace todo en máquinas, coches de bomberos con los que se apagan los incendios en las grandes ciudades antes de que destruyan centenares de casas, grandes periódicos, y sobre todo la Academia Militar a la orilla de un gran río donde se entrenan los jóvenes para ser oficiales del ejército nacional. He visto todo esto y mucho más. Cuando seamos viejos y nos sentemos juntos aún tendré cosas nuevas que contarte porque toda una vida no es suficiente para explicar lo que he visto.»

Cuando terminaron su misión, los coreanos fueron a despedirse del presidente que estaba de nuevo en Washington. El último día se separaron, algunos fueron a Europa y volvieron a casa por el canal de Suez, otros volvieron directamente a casa por donde habían venido, pero tres de ellos, por invitación del presidente, volvieron en un barco de guerra americano. Entre ellos se encontraba Il-han. George Foulk les acompañaba, Il-han deseaba tenerlo cerca para informarse con su ayuda de la historia y la política de los pueblos occidentales. Il-han podía leer en inglés, y cuando no comprendía algo George Foulk estaba allí para ayudarlo. Hasta tradujo algunas cosas por si interesaban a la reina o al rey.

El príncipe Min no quería saber nada de todo esto. Decía que Corea nunca podría competir con los países occidentales y que, desde luego, su fuerza estaría en continuar con las antiguas costumbres. Se retiró a su camarote y volvió a los libros confucianos que había traído con él.

El barco de guerra los llevó a Europa, desembarcaron en Marsella y durante diecisiete días viajaron por otros países, y vieron más cosas. Il-han, temiendo que lo que veía se confundiese en su mente, escribía cada noche lo que había visto durante el día.

El último día del quinto mes del año solar 1884 anclaron en el puerto de Chemulpo. Desde allí los acompañaron a la capital en sillas de mano o a caballo. Il-han fue a caballo y lo mismo hizo George Foulk. Cabalgaron juntos por el soleado paisaje sin ver las bellezas que les rodeaban. Hablaron larga y tranquilamente. Su mayor preocupación era el temor que el príncipe Min tratara de obstaculizar las reformas.

—Queremos dejar el pasado de lado y vivir para el presente —decía Il-han—. Estoy esperanzado porque ahora comprendo que un país pequeño puede ser fuerte por medio de su ciencia y sus máquinas. Habrá que seleccionar a nuestros mejores jóvenes para enviarlos a vuestro país a estudiar para que luego vuelvan y nos instruyan. Abriremos colegios para nuestros jóvenes. Pero ¿cómo persuadir al rey si el príncipe Min es tan poderoso? Desde luego no soy capaz de persuadir a la reina, de quien es pariente. Es de temer, ¡y ojalá me equivoque!, que el príncipe Min hará ver que está interesado por lo que ha visto, pero no será verdad. Sugeriré reformas, pero luego hará todo lo posible para que no se hagan. Es lo que temo y me entristece.

Miraba a lo lejos mientras hablaba. Era la época del arroz y en los valles las familias de los granjeros estaban plantando las jóvenes plantitas en las aguas poco profundas de los campos de arroz. En los bosquecillos de bambúes los nuevos tallos llegaban ya a la altura de la cintura. ¡Qué hermoso país!

Il-han desmontó a la entrada de su casa y llamó a la puerta con el mango del látigo. Estaba solo porque George Foulk se había separado de él en la puerta de la ciudad para ir a la embajada americana y los otros se detuvieron en sus casas. La casa de Il-han era la que estaba más lejos. Se abrió un poco la puerta y vio a su criado atisbando por ella, luego la abrió del todo y cayó de rodillas bajando la frente hasta el suelo.

—Amo, amo, no ha avisado su llegada. No sabíamos cuándo llegaba ni el día ni la hora en que llegaría.

Lo levantó del suelo y entró en los jardines de la casa. Todo estaba silencioso y preguntó a los criados que acudían corriendo dónde estaba su ama y los niños.

—Amo, los niños están jugando con cometas en las murallas de la ciudad —dijo el criado—, y nuestra ama ha ido a visitar a la reina.

—¿Va con frecuencia a verla? —preguntó Il-han.

—Es la favorita de la reina —dijo la sirvienta.

Il-han se fue a su habitación a esperar la vuelta de Sunia. Entretanto pidió el baño, ropas limpias y que avisasen al barbero. Mientras se lavaba se alegraba de su vuelta a casa. Todo parecía mejor de lo que recordaba. Cuando terminó con el barbero y el baño, salió a pasear por los jardines y vio cómo habían crecido los árboles y florecido las plantas. Los capullos de los nísperos estaban amarillos, en plena floración, los peces dorados felices en el estanque, y los pájaros cantaban en el bosquecillo de bambúes. Allí esperó a Sunia. De pronto la vio con su amplia falda de satén verde manzana abriéndose tras ella con la rapidez de la marcha. Abrió los brazos porque nadie los miraba. Los criados se habían retirado discretamente. Ella corrió hacia él. ¡Oh, qué felicidad tenerla en sus brazos con el cálido cuerpo contra el suyo, y su suave mejilla junto a la suya!

—Debiste avisarme —suspiró—, me he perdido la alegría de la espera. ¿Cómo

puedo creer que estás aquí?

Se apartó para mirarlo, sentir sus brazos, apretar sus manos y volver a abrazarlo.

—Estás más viejo —exclamó— Creo que más delgado —calló y lo miró horrorizada—, ¡Te has cortado el pelo!

No se lo había dicho.

—Me lo corté —empezó a decir, pero se calló al ver su mirada asombrada.

—¿Quieres decir que no estás... que no deseas estar... casado conmigo?

¿Qué podía decirle? Cuando un hombre se casaba era una antigua costumbre que llevase recogida en la coronilla la coleta de su largo cabello.

—Los tiempos han cambiado —dijo algo débilmente.

Sunia lo miró dudosamente y luego sonrió.

—¡Quieres ser distinto a los demás, quieres provocar su asombro y admiración! ¡Oh!, con cabello o sin no has cambiado.

Se abrazaron de nuevo con pasión y entraron en la casa cogidos de la mano.

—Antes de que vengan los niños, déjame explicarte por qué llegué tan tarde —dijo Sunia.

Entonces empezó su explicación. Il-han estaba maravillado de lo cambiada que estaba, ya no era tímida y aniñada.

Le contó que mientras él estuvo en el extranjero el general Foote había intentado presentarse ante el rey y la reina, pero la reina rehusó recibirlo y prohibió al rey que lo hiciese.

—¿Es que ahora —exclamó ante Sunia— quiere dejar que sepan lo desunidos que estamos? Que lo reciba el ministro de Asuntos Exteriores. Nosotros, los truebone, somos de una categoría demasiado superior a la suya. ¿Es que es un yangban en su país?

Cuando le dijeron que no, todavía se mostró más testaruda.

—Con más razón —declaró— no lo recibiré en mi palacio. Entonces Sunia, con sus explicaciones, reveló claramente su carácter. Se había hecho amiga de la reina con sus propios medios, y se dio cuenta que a ésta le gustaban las novedades. Un día fue a ver a la señora Foote acompañada por una criada. En la mansión donde los Foote vivían todo era muy raro. Las mesas y las sillas eran altas, el suelo cubierto con gruesas alfombras, las paredes decoradas con dibujos extraños y retratos de personas desconocidas. La señora Foote la recibió amablemente, sin embarazo, dándole la bienvenida con las manos extendidas y conduciéndola hasta una silla alta de la que pendían sus pies. Era tan alta que tenía miedo de caerse, hasta que la señora Foote vio su apuro y mandó que un criado le pusiera un taburete bajo los pies.

Esta señora hablaba un poco el coreano con gran sorpresa de

Sunia, aunque con un extraño acento. Era desenvuelta, alegre y le preguntó muchas cosas hasta que se encontró conversando con ella como dos amigas. La

señora Foote le preguntó si le gustaría ver la casa, y cuando Sunia le respondió afirmativamente, pues sentía demasiada curiosidad para no aceptar, la llevó por toda la casa. Lo malo fue cuando tuvo que bajar las escaleras, no podía bajar si no se sentaba y deslizaba escalón por escalón; nunca se había visto a tanta altura, temía caerse. Vio muchas cosas, una máquina de coser, otra para escribir cartas, camas con patas y con mosquiteras, una cocina de hierro, etc....

Se lo contó todo a la reina. Cuando ésta preguntó cómo iba vestida la señora Foote, le dijo Sunia:

—Lleva una amplia falda que se mantiene tiesa por medio de un aro y la parte superior de su cuerpo está colocada encima como Buda en una montaña.

La reina se rió ruidosamente. Luego pareció pensativa. Al fin habló.

—Quizá la invite para verla.

—Majestad, os ruego que lo hagáis —dijo Sunia—. Es muy divertido verla andar. Lleva los pies escondidos y parece que ande sobre ruedas. Además tiene la cintura así, majestad, es pequeña así.

Y formó un pequeño círculo con sus manos. La reina se maravilló.

—¿Cómo puede ser? ¿Está partida en dos?

Sunia se había preguntado muchas veces cómo podía ser, y se informó privadamente con una sirvienta de la casa que le dijo que la señora Foote metía su cintura en una caja reforzada con acero. Se lo contó a la reina.

—Se aprisiona el talle para empequeñecerlo.

La reina no pudo reprimir su curiosidad y la señora Foote fue invitada. La reina envió su propio palanquín a buscarla. Los portadores del palanquín contaron en todas partes que la señora no podía entrar en él a causa de sus anchas faldas.

—Aunque lo abrimos por delante no podía meterse dentro —decían, riéndose a cada palabra—. Hasta su marido estaba allí riéndose, todos nos reíamos, pero no se apuró. Se rió con nosotros, entró de espaldas como una mula entre varas, las faldas quedaron fuera y no pudimos bajar las cortinas delanteras. La llevamos así por las calles. Nos miraban montones de curiosos porque la cosa corrió de boca en boca y en todas partes salía gente de sus casas a mirar. Algunos hasta nos seguían y los golpeábamos con bastones de bambú.

Así llevaron a la extranjera a palacio. Allí de nuevo empezaron las dificultades para bajar del palanquín. Tuvieron que sacarla y ponerla de pie, sus faldas se extendieron en un amplio círculo.

—Un bonito cuadro —dijo Sunia—. Su vestido era por detrás largo como una cola y por delante adornado con encajes. Las mangas también estaban adornadas con encajes. Sólo una parte de ella era indecorosa, sus pechos, que sobresalían como una colina bajo la seda. Esta es la desgracia de las mujeres occidentales, que tienen los pechos demasiado grandes —Sunia hizo una pausa y miró a Il-han de reojo— ¿Todas

las mujeres americanas tienen los pechos tan abultados?

Il-han la miró también de reojo y contestó: —No las miré.

Ella continuó su explicación. Cuando el rey oyó que la señora Foote iba a ir a palacio declaró que quería verla si la reina lo permitía. Se lo permitió. Sunia se encontró con ella en el vestíbulo y la condujo al salón del trono donde estaba el rey y la reina con un príncipe sobrino suyo. Sunia le había explicado cómo tenía que saludar a la real pareja, truebone y aunque era extranjera hizo muy bien los saludos y luego esperó; mientras el rey y la reina se levantaban. El rey llevaba un vestido de seda rojo oscuro, la reina una falda de seda azul y una chaqueta de seda amarilla exquisitamente bordada con flores multicolores y abrochada con botones de ámbar y perlas. Lucía en la nuca una trenza de cabellos negros sostenida por agujas de filigrana de oro y pedrería. Sobre su noble cabeza llevaba un adorno, también de pedrería y de su cintura colgaban piedras preciosas anudadas a brillantes borlas de seda.

El rey y la reina conversaron con su invitada, y les contestó con tanta desenvoltura y gracia en su sencillo lenguaje, que pronto estuvieron riéndose juntos. La real pareja se sentó de nuevo y a la americana le trajeron un alto taburete de ebonita ya que no podía sentarse en un cojín a causa de sus anchas faldas.

—A la reina —le decía Sunia a Il-han— le gustó tanto la sencillez y desenvoltura de la señora Foote que dijo que harían una fiesta campestre en su honor en los jardines de palacio, y la invitó aquel mismo día a que volviera para la fiesta.

—¿Y volvió? —preguntó Il-han, maravillado de la facilidad con que Sunia obtuvo tal victoria sobre la reina.

—No se había celebrado nunca una fiesta igual —exclamó Sunia.

Se la describió agitando las manos que se movían como pájaros volando mientras hablaba.

—Sobrepasó a todas las fiestas celebradas hasta entonces en la capital. Doscientos eunucos con espléndidos uniformes escoltaban a la reina y sus invitados por los jardines. Hicieron que los árboles florecieran el día necesario, albaricoqueros, ciruelos y cerezos. Aunque no era la estación de los crisantemos, enormes ramos lucían en los pabellones y pagodas laqueadas de oro. La reina mandó construir casitas de té y templos en miniatura. La música sonaba entre los bosquecillos de bambúes, los árboles floridos y los sauces llorones que colgaban sobre los estanques. Mandó traer de las islas del Sur pájaros de brillantes colores para que adornasen la fiesta cantando y volando. Criados brillantemente ataviados revoloteaban de un lado a otro como mariposas. La invitada llevaba otro vestido —dijo Sunia—, con las faldas más anchas que las de la otra vez, los brazos desnudos, pero enfundados en guantes de blanda piel blanca, tan largos que se los cubrían como mangas. Las damas de la corte querían probárselos, pero dentro de aquellos guantes sus manos parecían de niña. Las

damas jugaron con los diamantes de la invitada, le tocaron su ceñida cintura y le preguntaron dónde compraba las cremas para tener aquella piel tan blanca y fina. Así pasó el día, porque se necesitó todo el día para ver lo que la reina había encargado para asombrar a su invitada. Los músicos sentados dentro de las pagodas tocaban sus laúdes y violines y hacían sonar los gongs. Cerca de uno de los lagos donde florecían los lotos se abría un capullo mostrando un niño desnudo que esperaba que su madre le sacase de aquella florida cama. En otro lago una barca llevaba unas muchachas que bailaban leyendas antiguas sobre los puentes. De las ramas de los árboles colgaban acróbatas. En todos los jardines había actores representando comedietas para divertir a la reina y a su invitada. Todos estábamos locos de tanta diversión —dijo riendo Sunia al recordarlo—. Cuando la señora Foote se marchó, la reina la abrazó como si fuesen hermanas, no sabía dejarla marchar. Fue una suerte que celebrase la fiesta primero... "

Se puso seria e hizo una pausa.

—¿Qué pasó después? —preguntó Il-han.

—Ya sabes lo aprisa que cambia la reina —dijo Sunia—. Puede pasar rápidamente de la bondad y alegría a la más terrible crueldad.

Il-han asintió.

—¿Qué hizo? —preguntó.

—Ya sabes cuántos parientes de la reina asesinó el regente

Il-han volvió a asentir

— Bien —continuó Sunia—. Ya antes de la fiesta, la reina había concebido la idea de mandar matar a todos los que tomaron parte en el complot del regente.

—No —gritó Il-han horrorizado.

—Sí —dijo Sunia—. Tan pronto como te fuiste ordenó que los matasen. Algunos pudieron escapar antes de que los cogiesen y entonces mandó que matasen a sus esposas e hijos.

Il-han se cubrió la cara con las manos, pero Sunia continuó con voz firme:

—Sí, lo ordenó y se hubiese llevado a cabo si no la hubiese ido a ver la señora Foote después de la fiesta. Cuando me enteré de la noticia le rogué que tratase de conmover el corazón de la reina.

Il-han levantó las manos de la cara.

—¿Quién te lo dijo?

—Tu criado lo oyó decir a un eunuco de palacio cuya hermana estaba entre los condenados por la reina. La señora Foote fue a verla a toda prisa, sin estar invitada ni anunciada. Se enfrentó con ella, sólo dos días después de la fiesta.

Sunia hizo una pausa para suspirar y sacudir la cabeza, mordiéndose el labio inferior.

—Me pidió que la acompañase, lo vi y lo oí todo. ¡Oh, qué reina! Su expresión

era dura como mármol blanco y su corazón no se conmovió por las palabras de la señora Foote. «¿Por qué ha venido? ¿Quién la mandó venir? ¡Váyase de palacio!» — le ordenó, y luego gritó—. «¡No quiero verla más!» Pero la señora Foote no se amilanó y aumentó su gentileza. Se arrodilló delante de la reina, cogió su mano y habló de Buda que nos prohíbe quitar la vida incluso a un gusano. Habló del noble Confucio que nos ha enseñado que los grandes son siempre misericordiosos con los humildes y que en su misericordia está su grandeza.

Il-han la interrumpió:

—¿La escuchó la reina?—. Tenía la garganta seca y su voz era un murmullo.

—Al fin la escuchó —dijo Sunia—, pero sólo cuando le habló de nuestros propios dioses. Sus ojos se suavizaron y después dijo que las vidas de todos serían perdonadas. Entonces la señora Foote lloró y la reina también. Se estrecharon las manos, la reina le rogó que no se marchara nunca de Corea, la mandó acompañar en su propio palanquín y se lo regaló. El mismo en que mandaste a buscarla a casa del poeta en su exilio.

Sunia habló tanto rato que ya se ponía el sol sobre las murallas y se oían las voces de los niños en las puertas.

Il-han la miró con ojos tiernos y orgullosos.

—Has obrado bien, esposa mía, mejor de lo que yo habría hecho. Desde ahora en adelante compartiré contigo toda mi vida. Hombre y mujer seremos iguales, compañeros en todo. No tendré más secretos para ti en toda mi vida.

Dio unas palmadas. Sunia tenía los ojos enturbiados por las lágrimas. Eran mucho mejores sus frases de aprobación y alabanza que las de amor.

—¡Ay! mi profecía se cumplirá —exclamó Il-han.

Se encontró con Foulk para renovar su amistad. Estuvieron en una casa de té al lado de un pequeño lago donde florecían los lotos. Sentados allí, al lado de una mesa baja y mientras una cantante tocaba el arpa de bambú, George Foulk le contó en voz baja que el príncipe Min Yong-ik se había entrevistado privadamente el día antes con el ministro americano Foote.

—El príncipe acudió —dijo George Foulk— con pocos acompañantes y los hizo esperar fuera de la habitación donde lo recibió el americano.

Foulk actuaba como intérprete y así supo lo que pasó.

—El príncipe —dijo— parecía de mal humor. Estaba pálido, con los ojos hundidos, como si no hubiese dormido. Cuando el americano le preguntó si había gozado con su viaje al Oeste, el príncipe le contestó que había vuelto confuso y triste.

—¿Por qué triste? —preguntó el americano—. Espero que mis compatriotas no se habrán conducido descortésmente con usted.

—No —dijo el príncipe—. En todas partes nos rindieron toda clase de honores. Estoy triste porque mi país no podrá igualar nunca al suyo. Estamos oprimidos y

divididos, sin esperanza. ¿Cómo podremos sobrevivir como pueblo libre rodeados por pueblos tan grandes? Más o menos tarde nos dividirán en tres partes o uno de ellos, triunfante, nos avasallará por entero. Estamos condenados por el destino, yo y mi pueblo. Nací en la oscuridad, fui a la luz y he vuelto a la oscuridad otra vez. No puedo ver claramente mi camino. Espero, pero hasta mi esperanza es débil.

Cuando Il-han oyó esto le confirmó lo que temía.

—Ya verá —le dijo a George Foulk—. El rey anunciará muchas reformas, pero ninguna se realizará. El príncipe no lo permitirá.

Los temores de Il-han se convirtieron en realidad. Primero el rey parecía tener mucha prisa en hacer reformas. Mandó llamar a Il-han una y otra vez, preguntándole con todo detalle lo que había visto en América. Cuando supo cómo vivían los americanos y cómo se gobernaban, les envió peticiones casi a diario de oficiales que les enseñasen a dirigir un ejército moderno, profesores de maquinaria, de política y muchas cosas más. Hasta que Foulk le dijo a Ullhan privadamente que los americanos estaban confusos por tales demandas y comprometidos delante de las otras potencias occidentales.

—Las otras naciones nos miran con recelo —dijo Foulk—. Se imaginan que estamos intentando instalarnos en su país y apoderarnos de él, cuando nosotros no tenemos tal intención.

Cada vez se separaban tristes y sombríos, pero se volvían a encontrar, coreano y americano, una y otra vez, para aprender el uno del otro.

Il-han no dijo lo que sabía a nadie excepto a Sunia, y los dos creyeron que era pronto para hablar al rey y peligroso hablar a la reina. Dejarían que el rey echase sus redes lejos, y cuando vieses qué peces cogía, actuarían. Aunque a Il-han lo llamaban el rey y la reina, no hablaba demasiado, no daba consejos, ni cuando se los pedían. Sabía que mientras el rey trabajaba febrilmente para hacer reformas y crear un nuevo país, antes de que el Japón se reforzase y estallase la guerra entre China y Japón, o Rusia y Japón, porque el Japón estaba preparándose para la guerra y la conquista, la reina trabajaba contra él con el príncipe Min para impedir que se realizaran las reformas. El rey no quería creer que la reina trabajase contra él y continuaba con ellas. Era amable con él, acudía dócilmente a sus llamadas y la creyó tan cambiada como él mismo. Una noche, en la intimidad de la cámara regia, le explicó lo que había hecho y lo que le gustaría hacer. Lo escuchó admirada, aprobando y dándole ánimos, pero luego volvió a su propio palacio a conspirar con el príncipe Min. No lo hacía con mala intención, porque ellos también amaban a su país, pero a su manera. Lo que hacían lo hacían con la convicción de que China debía continuar siendo su protectora y soberana como en otros tiempos.

Hasta Il-han se dejó engañar hasta tal punto, que le asombró enormemente la revelación que tuvo lugar en una gran comida dada por Hong Yong-sik para celebrar

el nuevo sistema postal que el rey había ordenado establecer en todo el país. Como Hong Yong-sik había sido uno de los que fueron al extranjero, y a la vuelta había alentado este proyecto, el rey le nombró jefe del Correo Nacional. Hong Yong-sik no aceptó el cargo, pero se convirtió en dirigente de los que se oponían al antiguo régimen y sobre todo al príncipe Min. ¿Quién hubiera creído que Hong Yong-sik llegaría tan lejos? El día de la cena los invitados estaban reunidos en el gran salón, todo era diversión y música. El invitado de honor era el embajador americano Foote junto con el príncipe Min, Il-han y George Foulk. Fueron también invitados varios americanos, entre ellos un médico llamado Allen y otros yangban coreanos.

En medio de la fiesta alguien gritó: —¡Fuego!

La palabra corrió de boca en boca por el salón. «¡Fuego, fuego!»

Todos se levantaron, el príncipe Min el primero, porque había una ley que obligaba a los altos oficiales militares a tomar el mando de las operaciones para apagar los incendios y evitar que se propagaran. Il-han sospechó que el grito era sólo una señal y corrió detrás del príncipe Min para avisarle, pero era demasiado tarde porque algunos de los invitados sentados en lugares inferiores ya corrían tras él. Se quitaron los brillantes vestidos y se quedaron con los de algodón común. Persiguieron al príncipe hasta la puerta y hundieron sus puñales en su cuerpo una y otra vez, luego huyeron trepando por los muros y saltando al otro lado.

El príncipe Min quedó tendido en el vestíbulo. Tenía siete cuchilladas en la cabeza. Le habían hecho una herida tan profunda en la mejilla que se veía el hueso maxilar. Le cortaron varias arterias, la sangre manaba abundantemente. Il-han alcanzó al príncipe cuando caía, pero fue más rápido el embajador americano, quien levantó al príncipe Min. Entre los dos le tendieron sobre unos cojines. Los criados gemían y corrían de un lado a otro inútilmente, pero el general Foote llamó al doctor Allen y éste en poco tiempo cortó la hemorragia con torniquetes de tela de los vestidos, sostenidos con los mismos palillos que habían servido para comer las exquisiteces que les sirvieron. El príncipe estaba sin sentido, aún no se podía decir si viviría o moriría, pero más tarde el médico dijo que había esperanza, mandó a buscar instrumentos y medicinas para coser sus heridas e intentar salvar su vida. Il-han no se separó de su lado, y cuando se enteró de que el príncipe tenía cierta posibilidad de vivir, rogó al embajador americano que volviese a su embajada.

—Su esposa estará asustada —le dijo—. Si me lo permite le acompañaré yo mismo.

El embajador aceptó y fueron a pie porque no se encontraba ninguna clase de transporte. George Foulk les siguió. Había una confusión total, e Il-han no dijo al embajador que temía que este atentado fuese sólo el principio de una nueva revuelta contra la reina. Anduvieron juntos por las calles llenas de gente, abriéndose paso entre ella. La nieve crujía bajo sus pies. Cuando llegaron a la embajada, Il-han vio

por primera vez a la señora Foote. Estaba en la puerta de la casa y sus anchas faldas de seda roja flotaban a su alrededor. La vio claramente a la luz de la linterna que un criado sostenía detrás de ella. Cuando vio a su marido gritó, porque estaba cubierto de sangre.

—Estás herido —gritó.

—No es sangre mía —contestó—, es del príncipe Min. Han intentado asesinarlo, pero no lo han conseguido.

Il-han entendió una gran parte de lo que decían y se preparó a dejarles, pero cuando les miró otra vez le impresionó la inteligencia que se leía en sus caras y se acordó de lo buena que la señora había sido al lograr disuadir a la reina de su locura. Dudó un momento.

—Excelencia —le dijo al embajador y George Foulk lo iba traduciendo—. Tengo que avisarle que esto es el principio de un fuego que no somos capaces de apagar. Déjeme pedirle al rey que mande su guardia real para escoltarle hasta palacio, allí podremos protegerles.

Aunque estaba manchado de sangre el embajador no había perdido su dignidad. Se enderezó y apoyó la mano de su esposa en su brazo derecho.

—Muchas gracias, amigo mío, pero mi esposa y yo no debemos abandonar nuestro puesto. Sean cuales fueren las circunstancias debo insistir en la inviolabilidad de la embajada de mi Gobierno. Este debe ser un centro de paz, aunque el populacho se amotina fuera de nuestras paredes.

Cuando George Foulk le repitió esto en su lengua, Il-han no pudo hacer más que saludar y salir. Se volvió a mirarlos, estaban el uno junto al otro en la puerta. La cara de la embajadora estaba tan tranquila y decidida como la de su marido y les envidió su fe en sí mismos y en su Gobierno.

Cuando llegó a su casa, se encontró con que Sunia estaba fuera. Su criado le esperaba gimiendo aturdido.

—Le rogué que no saliese, amo —gimió el hombre—. Le dije que usted ya volvería a casa.

—¿No habrá ido a buscarme? —exclamó Il-han.

—Fue a ver a la reina —gimió el criado—, pensó que podría haber ido usted a salvar a la reina.

El preceptor salió corriendo.

—Señor —dijo—, es el rey el que está en peligro.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó Il-han.

—Me lo han dicho, me lo han dicho —dijo rápidamente—, no importa cómo lo he sabido, pero se dice que el rey pidió ayuda al ministro japonés y los soldados japoneses han rodeado el palacio. Se está librando una batalla.

Il-han se marchó otra vez.

—Cuide de mis hijos —ordenó al preceptor y corrió a la calle seguido de su criado. Se abrió camino a pie entre la multitud que gritaba y chillaba, unos por el rey y otros por la reina. La mayoría sólo estaban allí para hacer tonterías y ruido. Se abrió paso decidido, todos estaban demasiado enloquecidos para verle o preocuparse de quién era el que les empujaba dirigiéndose a palacio.

En las puertas de palacio habló con el jefe de la guardia y le dio su nombre. Todos sabían que era leal al rey y le dejaron pasar. Entró y vio en los jardines los cuerpos de los muertos: algunos yacían ensangrentados sobre la nieve cerca de un pino, otros yacían sobre el agua helada del estanque de lotos, otros estaban diseminados por el jardín, retorcidos, encogidos. Los miraba al pasar y reconoció algunos. Eran partidarios de la reina que sostenían su determinación de permanecer con los chinos y mostrarse contrarios a las reformas. Había sangre en todos los huecos, sobre las piedras y la tierra helada. Se dirigía hacia palacio temiendo ver a la misma reina atada y conducida a la muerte. Entonces levantó los ojos por casualidad y a lo lejos vio la bandera americana flotando agitada por el viento invernal. A su vista se animó, y se preguntó si la reina, escondida en algún sitio de palacio, vería la bandera también y se animaría como él. De pronto, antes de poder alcanzar la entrada de palacio oyó un tumulto en las calles y el ruido de un cañón. Se paró, escuchó y oyó voces chinas lanzando sus gritos de guerra. Entonces comprendió lo que había sucedido. Yuan Shih-kái, el general chino enviado por la emperatriz Tzu-hsi para mantener su soberanía sobre Corea, había ordenado a sus soldados que protegiesen el palacio y la real pareja truebone. Todo esto no podía significar otra cosa que se estaba librando una batalla entre chinos y japoneses. Il-han entró corriendo en el palacio del rey y se dirigió al salón del trono. Allí estaba el rey sentado en el trono y la reina a su lado, los dos con sus reales vestiduras, rodeados por un puñado de soldados japoneses.

—¡En nombre de Buda! —gritó la reina— ¿Qué haces aquí?

—Majestad —dijo entrecortadamente Il-han y corrió hacia ellos—, vine a ver si estabais heridos.

—Tu mujer estuvo aquí —dijo la reina— y la envié a casa custodiada. Si debo morir moriré sola.

—No moriréis sola —dijo el rey.

Antes de que pudiese añadir una palabra más se abrieron las puertas con violencia e irrumpieron en el salón gran cantidad de soldados chinos con fusiles extranjeros y espadas chinas. Los japoneses, ante su superioridad numérica, huyeron saltando por las ventanas y destrozando las puertas. Centenares de chinos los siguieron. Los japoneses luchaban para alcanzar el barco de guerra que tenían en el puerto, pero los chinos les cortaron el camino y fueron pocos los que pudieron alcanzar el refugio del barco. Luego su furia cayó sobre las esposas e hijos de los japoneses que estaban en la ciudad, los despedazaron también y echaron sus restos al agua, al lado del barco.

Tan violenta fue la batalla que hasta los ingleses dejaron sus residencias y corrieron a reunirse con los americanos para más seguridad. En toda la ciudad sólo ondeaba la bandera americana. Los americanos se reunieron para decidir lo que debían hacer si el populacho, en su insensato furor, los atacaba. Convinieron en que si irrumpían en la embajada y arriaban la bandera, sólo la señora Foote podría salvarles. El pueblo la amaba porque todos sabían que había convencido a la reina de que no matase a las familias de los que se habían rebelado contra ella, y que lo logró recordándole sus dioses. Si el populacho entraba allí, habían acordado que la señora Foote se sentaría en una silla en medio de una sala vacía con todos los documentos valiosos y les pediría que la perdonasen, y junto con ella a todos sus compatriotas. Il-han lo supo después por boca de George Foulk, porque al fin el populacho no entró en la embajada americana y la bandera continuó ondeando sobre sus muros. Entretanto Il-han permanecía con la real pareja, ahora rodeada por los chinos. Se quedó con ellos hasta que la ciudad estuvo tranquila. Cuando la reina se levantó para volver a su palacio se arrodilló ante ella sin decir nada hasta que ella habló.

—Levanta la cabeza —le mandó—. Ponte en pie —dijo mirándole larga y fijamente—. Habrá una segunda vez. Espérala atento y ven en seguida a salvarme.

—Sí, majestad —dijo Il-han.

Esperó a que se fuese y se volvió hacia el rey disponiéndose a arrodillarse, pero el rey le detuvo levantando la mano.

—Qué pena —dijo— que un reino esté dividido entre marido y mujer.

Bajó la mano e inclinó la cabeza e Il-han comprendió que le despedía.

Cuando Il-han volvió a su casa encontró la puerta cerrada como para resistir un asedio. Llamó y esperó, pero nadie contestaba.

—Llama otra vez conmigo —dijo al criado.

Llamaron con las cuatro manos armando tal estrépito, que se abrieron varias puertas y los vecinos sacaron la cabeza. Cuando vieron de qué se trataba cerraron las puertas a toda prisa. En ciertos momentos cualquier pequeño signo tiene un significado. Il-han empezó a sentirse inquieto. Quizá algún enemigo ignorado habría aprovechado la ocasión para vengarse en su familia. Tenía enemigos, lo sabía. Había sido amigo de la reina primero y luego del rey, y en su doble deber se había creado enemigos en ambos lados. Estaba pensando en qué podría hacer cuando la puerta se abrió un poco y el portero asomó la cabeza. Al verles les hizo seña de que entrasen, pero abrió la puerta sólo lo justo para que pudiesen entrar y volvió a cerrar en seguida.

—¿Qué pasa? —preguntó Il-han. Miró a su alrededor. Había silencio en todas partes. No se oía el usual bullicio de la servidumbre, los gritos y risas de los niños y la voz de Sunia dándole la bienvenida.

—Amo —susurró el portero— Nos avisaron justo antes de la puesta del sol que la

casa sería atacada esta noche.

—¿Avisaron? —exclamó Il-han—. ¿Cómo fue?

—El preceptor se lo dijo a nuestra ama —contestó—. Después que usted hubo marchado salió él también y no volvió hasta el mediodía. Entonces lo dijo.

—¿Pero, por qué?

—No sé nada —dijo el portero moviendo la cabeza—, sólo que el ama nos mandó marchar a toda prisa, pusimos comida y vestidos en cajas y cestos. Tan pronto como cayó la noche todos se fueron al campo. Me mandó que le esperase y que le ensillase un caballo. Ensillé otro porque yo también me marché.

Il-han estaba asombrado y algo contrariado.

—¿Cómo voy a irme de la ciudad ahora? Todo está confuso, me pueden llamar de la corte en cualquier momento.

El criado le interrumpió:

—Amo, todo esto puede dejarse para cuando haya visto al ama. Ahora tenemos que irnos porque, ¿quién sabe lo que se nos, viene encima? Debe ir a su casa de campo. De otro modo perderá la vida, y si la reina está disgustada con usted su familia también morirá. ¿Quién sabe si escucharía por segunda vez a la señora americana?

Como Il-han dudaba, el criado empezó a llorar silenciosamente, pero Il-han no estaba para llantos.

—No me aturdas con lágrimas —le dijo secamente—. En estos momentos tengo que pensar en algo más importante que mi vida o la de mis hijos.

—¿De qué servirá si usted está muerto? —dijo el criado sollozando ruidosamente— A su padre le ocurrió lo mismo. Yo era sólo un niño y permanecí a su lado, pero él era sabio, escogió retirarse bajo su techo de bálago, vivir y protestar, antes que dejar que su voz fuese silenciada por la muerte.

—¿Mi padre? —exclamó Il-han.

—Vaya a su casa —dijo el criado.....: Busque sus libros y verá cómo era. Nunca le conocí.

El motivo de que esto lo decidiera ni él mismo sabría decirlo, pero inclinó la cabeza afirmativamente. El criado fue al establo y sacó los caballos ensillados. Il-han dominó su impaciente caballo hasta que oyó la puerta cerrarse tras él y luego galopó en la oscuridad.

Era un poco más de medianoche cuando detuvo el caballo delante de la puerta de madera del muro de barro que rodeaba la granja donde vivió su padre tantos años solo con algunos criados viejos que todavía vivirían allí hasta su muerte. El antiguo portero, sentado fuera sobre un pilón de piedra, atisbaba en la oscuridad arrebujado en su vieja chaqueta. Soplaban un viento helado y no había luna cuando Il-han bajó del

caballo. El viejo se despertó, encendió la linterna de papel y la levantó.

—Es tu amo —le dijo el criado.

—Lo estamos esperando —dijo el viejo tosiendo a causa del helado viento nocturno. Abrió la puerta e Il-han entró en el patio.

Por el ruido de los cascos de los caballos se dio cuenta Sunia de que Il-han había llegado y abrió la puerta de la casa. En el vestíbulo había velas encendidas. Entró y cerró la puerta.

—Creía que no llegarías nunca —dijo Sunia.

—El camino era interminable —contestó Il-han—. Dime qué ha pasado.

Antes de que pudiese contestar oyeron llamar a la puerta más cercana y entró el preceptor con el permiso de Sunia. Entonces Il-han se dio cuenta de que ya no era joven. Entró sin timidez ni dudas y le miró cara a cara.

—Señor —dijo—, ¿puedo hablarle ahora o espero que se bañe, coma y descanse?

—¿CÓmo podría comer, bañarme o descansar sin saber lo que ha pasado? —contestó Il-han.

—¿Puede oírnos alguien? —preguntó Sunia en voz baja.

—Tengo a mis hombres de guardia —dijo el preceptor.

—¿Sus hombres? —exclamó Il-han—. ¿Quién es usted?

El preceptor le indicó que se sentase y así lo hizo Il-han.

De pronto se sintió muy cansado y se preparó para cualquier noticia. Cuando se sentó Sunia, indicó al preceptor que también se sentase. Si hubiese sido sólo un preceptor no se habría atrevido, pero ahora lo hizo y habló a Il-han, que había sido su amo hasta entonces, cara a cara.

—No sé si ha oído decir que se está extendiendo una nueva revolución en todas partes, como fuego en la hierba, pero es así. Los campesinos están preparados para levantarse en todos los pueblos. No pueden sufrir ni aguantar más aunque luego tengan que pagar sus actos con sus vidas.

Il-han tuvo un oscuro presentimiento.

—Supongo que habla de los Tonghak.

—Es sólo un nombre para los desesperados, señor —dijo el preceptor—. Fui yo quien protegió su casa. Le estoy agradecido por haberme cobijado todos estos años, como su padre lo hizo con el mío. Ahora la revuelta ha empezado. Los campesinos han perdido la esperanza, se han puesto bajo la bandera de los Tonghak y nadie sabe lo que pasará.

—¡Tonghak! —gritó Il-han—. ¿Es usted un Tonghak?

—Sí —dijo el joven. Retrocedió, cruzó los brazos y le miró fijamente a los ojos.

—No puedo comprenderlo —exclamó Il-han—. En mi casa se le trató bien y cortésmente. Nadie le oprimió ni le vejó. ¿Por qué se unió a estos rebeldes Tonghak?

—Señor —dijo el preceptor—. Soy un patriota y me he puesto al lado del pueblo.

Los campesinos son los únicos que pagan por todo. Son los únicos que pagan impuestos, porque no tenemos industrias como dice que las tienen las naciones occidentales. Aquí los impuestos recaen sobre la tierra. Cuando el rey desea dinero para sus aventuras, el nuevo ejército, el correo, los viajes al extranjero, como el que hizo usted, y no hablo de los diplomáticos y delegaciones, las nuevas máquinas que quiere comprar. ¿Dónde obtiene el dinero? Impuestos a los campesinos. Y si esto no basta, ¿quién paga la corrupción de la corte? Cada pequeño magistrado tiene su pequeña corte, la reina tiene sus parientes y sus favoritos. ¿Y quién paga, quién paga? Los campesinos que labran la tierra, la tierra que no pueden poseer, que no pueden comprar ni vender, porque pertenece a un gran terrateniente que no paga ningún impuesto. ¡Oh! Es el campesino que tiene en arriendo la tierra el que paga impuestos. Señor, ¿nunca le ha remordido la conciencia?

Il-han miró al preceptor como si estuviese viendo a un loco.

—¿Es que soy culpable? —preguntó.

—Lo es —dijo el preceptor con cara y voz serias—. Es usted culpable de no saber. No se permite saber. Usted viajó por el país durante varios meses, ¿verdad? y no vio nada excepto valles y montañas, mares y gente moviéndose como muñecos. ¿Ha oído hablar de un ruso llamado Tolstoy?

—No conozco ningún ruso —dijo Il-han.

—Tolstoy era un hombre como usted, un terrateniente —continuó—, pero su conciencia despertó. Vio a su pueblo, el pueblo que él poseía porque pertenecía a su tierra, comprendió que eran seres humanos y empezó a sufrir. ¡Señor, usted debe sufrir! Es por esto por lo que le he salvado.

Il-han no podía asimilar este lenguaje. Ya era bastante asombroso que aquel humilde joven al que creyó un intelectual, empleado para enseñar a su hijo mayor, se convirtiese en un extraño.

—¿Cómo me ha salvado? —preguntó.

—Le he salvado como mi padre salvó al suyo —contestó el preceptor— Cuando el pueblo furioso quiso matarlo, mi padre los persuadió de que le dejaran retirarse a su casa de campo.

—Mi padre era un buen hombre —dijo Il-han.

—Un buen hombre —replicó el preceptor implacable—, pero no levantó la voz cuando los demás eran malos. Usted también es un buen hombre, pero no alza la voz. Tiene acceso al rey y a la reina y no alza la voz a favor de su pueblo.

Il-han devolvió mirada por mirada:

—¿Qué podría haber dicho?

Por primera vez los ojos del joven vacilaron.

—No lo sé —dijo. Esperó un momento mordiéndose los labios, luego levantó los ojos otra vez y miró a Il-han—. Por esto también lo culpo. Es usted quien debe

saberlo. Por esto he salvado su vida y la de su familia. Hoy en el congreso de Tonghak me levanté y declaré que usted no debía estar entre los que iban a morir. Usted no morirá, pero juré por mi vida que era usted lo bastante valiente para hablar contra la corrupción del Gobierno, contra los impuestos tan pesados como la muerte y contra los emprendedores japoneses que están trayendo sus baratas mercancías para que nuestro pueblo las compre porque no tiene otras. Sobre todo debe hablar contra los embaucadores japoneses que por un medio u otro están comprando tierra a los propietarios porque los campesinos ya no pueden ni pagar los impuestos sobre sus cosechas.

— Estas palabras cayeron sobre Il-han como golpes de hacha.

No pudo contestar. Su silencio duró tanto que el preceptor no pudo soportarlo y gritó otra vez:

—Le digo que es sólo por esto que le salvé a usted y a sus hijos.

A lo cual Il-han, después de un largo silencio, sólo pudo contestar con profundos suspiros y pocas palabras.

—Esta noche necesito descansar-dijo.

—¿Pero mañana? —insistió el preceptor.

—Mañana lo pensaré —prometió Il-han.

El preceptor se levantó y luego saludó y se fue.

De pronto, Il-han se sintió tan cansado que sólo pudo mirar a Sunia suplicando ayuda.

—No necesitas decir nada —dijo ella— tu baño está caliente, la cena espera y luego debes dormir.

—Tú sí que me entiendes —dijo Il-han.

Sintió su mano deslizarse en la de él, y cogidos de la mano fueron hacia las habitaciones que Sunia había preparado.

—¿Cómo tengo que llamarle? —preguntó al preceptor.

Al mediodía siguiente le llamó a solas en sus habitaciones para que hablasen.

No había visto aún a sus hijos y le dijo a Sunia que no lo haría hasta que hubiese hablado de nuevo con el preceptor. Su hijo mayor era lo bastante crecido para haberse formado según las ideas del preceptor y quería saber no sólo lo que éste tenía que decirle, sino cómo era. Después de aquella noche de insomnio le parecía que todos aquellos años pasados habían sido insensatos. Había vivido a las órdenes de la reina y del rey creyendo que era su deber. Incluso sus largos viajes por el país y luego al extranjero habían sido al servicio de la real casa más que por el pueblo. ¿Era, pues, verdad que el pueblo y los gobernantes estaban separados? ¿Cuando se sirve a uno significa que no se sirve al otro?

—Ya no puedo pensar en usted como en el preceptor de mi hijo —dijo Il-han cuando estuvo en su presencia—. Es usted alguien a quien no conozco. Su apellido es

Choi, ¿pero cuál es su nombre?

—Sung-ho —contestó y sonrió algo tristemente—. Desearía poder llamarme como se llamó el gran Ta-san, pero no soy digno de ello y debo continuar usando simplemente el nombre que mi padre escogió cuando fui a la escuela.

—¿Quizá haga de él un gran nombre! —dijo Il-han. Sung-ho sonrió otra vez.

—Primero tengo que hacerle una pregunta —continuó diciendo Il-han.

—Pregunte lo que quiera —contestó Sung-ho.

Il-han vio lo resuelto que era, su brillante madurez y su erguida postura. Se sentó en un cojín, sin cortedad, ansioso y dispuesto.

—¿Es usted el que ha formado el carácter de mi hijo mayor de manera que prefiere vivir en el campo, bajo un techo de bálago, antes que en la ciudad?

—Indudablemente lo he formado —contestó Sung-ho—. Al principio era sólo porque la ciudad es calurosa en verano y aquí hace fresco. Al formarle a él me formaba yo. Sino hubiese pasado los veranos aquí con su padre, bajo este techo, nunca hubiese conocido a los campesinos.

—¿Son Tonghak las gentes de mis tierras? —preguntó Il-han.

—Sí —contestó Sung-ho—, al menos los jóvenes.

Il-han sonrió burlonamente:

— ¿Significa esto que una noche se levantarán y me cortarán la cabeza?

—No —dijo Sung-ho firmemente—, significa que deseamos que hable por nosotros.

Il-han estaba algo confuso. ¿Iban a coaccionarle? Sirvió dos tazas de té para tener tiempo de pensar y dio una a Sung-ho, pero no con ambas manos como hubiese hecho con un igual. Sorprendido vio que Sung-ho la cogía con una sola mano y no con las dos como debía hacerlo con un superior.

—El Tonghak es un vertedero para toda clase, de pillos, rebeldes, deudores que no quieren pagar sus deudas, ladrones que no quieren pagar impuestos —continuó Il-han.

Sung-ho no cedió lo más mínimo:

—Sabe muy bien que el pueblo cree y admira a los que cree que le protegen. ¿Es justo pedir a los Tonghak que estén libres de corrupción cuando los mismos vangan están corrompidos?

—No puedo negarlo —accedió Il-han.

Sung-ho suavizó su voz:

—Usted es una excepción, sé que es un hombre honrado y lo juré para salvarle la vida.

—¿No me permitirá olvidar que le debo la vida? —rió Il-han.

—No se lo permitiré —dijo muy serio Sung-ho.

Antes de que pudiese continuar, Il-han oyó las voces de sus hijos. Una gritando

colérica y la otra gimiendo dolorida. Il-han y Sung-ho saltaron sobre sus pies, pero la puerta se abría ya violentamente e Il-han vio a su hijo mayor andando hacia él y arrastrando algo. Este algo era nada menos que su sollozante hijo menor atado de pies y manos con cuerdas. El mayor llevaba en la mano derecha un bastón de bambú en forma de daga. —¿Qué estás haciendo? —gritó Il-han y lo agarró mientras Sung-ho levantaba al menor y le quitaba la cuerda.

Sin pararse a preguntar por qué había sido tan cruel, Il-han levantó la mano y le pegó, primero en una mejilla y después en la otra, tan fuerte que la cabeza del niño giró a derecha e izquierda. Entonces fue él quien empezó a llorar ruidosamente.

—Eres —dijo Il-han entre dientes— eres... un salvaje.

—No —sollozó el niño— soy Tonghak y él es un yangban que roba dinero.

El más pequeño estaba ya desatado e Il-han lo cogió y lo levantó en brazos. Los dos hombres se miraron.

—Ha convertido a mi hijo mayor en un criminal —declaró Il-han.

Sung-ho le devolvió su dura mirada.

—Perdóneme —dijo—, no permaneceré en esta casa.

Con estas palabras desapareció y desde entonces Il-han ya no le vio más ni supo dónde fue ni si volvería.

Il-han se quedó solo con los dos niños que lloraban y un criado fue corriendo a buscar a Sunia, que llegó al momento. El niño a quien consoló primero fue el mayor. Il-han protestó..

—No lo consueles —exclamó— Habría matado a su hermano si hubiese podido.

—¿Cómo puedes decir esto? —exclamó ella—. Es sólo un niño.

Lo cogió en brazos y le habló en voz baja cariñosamente. Il-han, que seguía teniendo al pequeño en brazos, se impacientó un poco.

—Ven, ven Sunia —dijo—. Pongamos orden en esta familia nuestra. Llévate a los niños, dales de comer y ponlos en la cama. Déjame un rato.

Obedeció, lanzándole miradas hostiles al marcharse, de las cuales él no hizo caso. Tenía que aclarar su confusión antes de convertirse de nuevo en esposo y padre. Impaciente por estar solo cerró la puerta, se sentó de cara al jardín y se sumergió en profunda meditación.

El desorden de su familia era el que había en el país. ¡Qué elementos tan diversos! El espíritu del pasado volvía bajo el techo de bálago donde transcurrió la larga vida de su padre como un recluso, como un intelectual. ¿Se repetiría su vida en él? Había intentado evitar el desorden, desgracia nacional. Había mantenido un prudente término medio con la reina y con el rey, conservando su antigua lealtad, presto a renovarla. Vivió de una manera insegura nadando a favor de la corriente, nunca en contra, dispuesto a todos los cambios si eran para bien del país y, sin embargo, había llegado al mismo punto donde llegó su padre en los años anteriores a

su nacimiento, aunque por un camino totalmente diferente.

Su padre nunca vaciló en su fidelidad al pasado y por este motivo fue odiado por los que soñaban en el futuro.

Ahora él, su hijo, era, odiado por los partidarios de la reina y los del rey. No había sitio para él en su país. Si era así, ¿qué podría enseñar a sus hijos? Allí en su propia casa se iba tramando la rebelión Tonghak mientras él, ignorante de ello, seguía en su término medio. Se sentía perdido, confundido, los días pasaban sin que se aclarara su mente ni se levantara su espíritu.

—Todo lo que sé de mí mismo —le dijo a Sunia en una noche de insomnio— es que soy coreano, he nacido en esta tierra, me he criado con sus frutos y sus aguas. La sangre de mis antepasados es mi sangre y mis huesos. Por ello debo conocerme a mí mismo.

Sunia le dejó hablar con la cabeza apoyada en su pecho. Il-han continuó:

—Nunca he tenido tiempo para conocerme, siempre he estado a las órdenes de los demás. De ahora en adelante no contestaré a ninguna llamada, me encerraré en mi propia casa y me quedaré solo.

Ella le escuchaba atentamente y contestaba que sí, que hiciera lo que creyese mejor. Por las mañanas se afanaba en aquella antigua casa hilando seda y preparando kimchee. Vivir en una casa de campo después de haber permanecido tantos años en la ciudad era ya en sí una tarea, porque allí no había comodidades. Las cocinas eran viejas y los calderos estaban gastados, las ratas corrían por todas partes, los lagartos salían de las paredes y las ennegrecidas vigas estaban llenas de telarañas. Los colchones estaban enmohecidos en los armarios empotrados. Los cojines descoloridos y sus fundas rotas.

Encontrar un preceptor para sus hijos era también un problema.

—Dales clase —le dijo un día a Il-han— o bien encuéntrales, un preceptor.

¿Quién se atrevería ahora a venir a su casa a enseñar a sus hijos? Al final se vio obligado a enseñarles él mismo para que no creciesen tontos e ignorantes, pero encontró la tarea pesada y sólo les daba clase dos horas por la mañana, dejándolos libres el resto del día. Sunia se quejaba de que después de la clase eran dos veces más traviosos que antes. El mayor dirigía siempre sus diabluras. Al fin mandó que los vigilase el criado de Il-han y que procurase que no se cayeran en el estanque de los peces, o se ahogasen en las albercas de los arrozales o salieran a la carretera y se perdieran.

Como Il-han no sabía qué enseñar a sus hijos, les enseñaba lo mismo que él estaba tratando de aprender. Como estudiaba la historia de su país, cada día preparaba una lección sencilla sobre lo que había aprendido el día anterior. Los libros de su padre eran su manantial y su tesoro, su biblioteca era mayor de lo que había creído. Se componía de cuatro habitaciones llenas de estantes que contenían manuscritos y

libros. Una habitación para cada rama del saber; en una la literatura, en otra la historia, en otra la filosofía y en la cuarta las matemáticas, la economía y el calendario. Junto con la filosofía estaba la política: estas dos ramas del saber son inseparables en el presente y en el pasado, no puede deslindarse la una de la otra.

Supo que su pueblo estaba dividido por la geografía. Los del abrupto Norte, donde las escarpadas montañas se elevaban al cielo, eran más rudos, menos cultivados, menos instruidos que los del Sur. Perturbadores, los llamaban, revolucionarios por naturaleza, en parte porque allí los campesinos poseían sus propias tierras. Además no plantaban arroz sino trigo de secano. Despreciaban a los del Sur, decían que eran débiles y perezosos, intrigantes, pillos sin ambición que trabajaban las tierras ajenas. Esta división era tan profunda que hasta en la capital las familias nobles oriundas del Sur vivían en la parte sur de la ciudad, como hizo la familia de Il-han durante generaciones, y las oriundas del Norte vivían en la parte norte. A veces estaban en el poder los Noron o facción del Norte y a veces eran los Namin o facción del Sur los que gobernaban. Las luchas en la capital eran el símbolo de la lucha general de su pueblo. El mismo era símbolo de esta lucha. Él y sus compañeros habían vivido siempre en el círculo Namin y la familia de Sunia también era Namin. De lo contrario ninguna de las dos familias habría pensado en una boda entre ellos. Un Namin no se casaría nunca con una Noron. Sin embargo, le parecía a veces, al continuar estudiando los libros de la biblioteca y al explicárselo a sus hijos, aún siendo tan jóvenes, que esta división tenía sus ventajas. Mientras un partido estaba en el poder, la oposición en retirada lo atacaba con vigor e ingenio, su rebelión se expresaba en apasionada música y poesía, hasta tal punto que la mejor literatura de su país provenía de estas fuentes de discusión.

Esta idea le pareció tan veraz, tan correcta, que pensó en explicarla a sus hijos en un lenguaje que pudiesen entender. Había vuelto el otoño. Sunia y sus sirvientas hacían el kimchee; el olor de berzas frescas, largos rábanos blancos, pimientos rojos, ajos, cebollas, jengibre y buey cocido, perfumaba el aire. Entró corriendo en la habitación, él levantó la mirada de su libro y la vio envuelta en un gran delantal azul de algodón con las manos húmedas de sal y su bella cara impaciente.

—¿Podrías tener a los niños contigo, hoy? —pidió—. Nos estorban con sus diabluras. El mayor juega con las coles como si fueran pelotas y el pequeño le sigue. No puedo vigilarles y meter el kimchee en las cubas al mismo tiempo. El mayor se escondió metiéndose en una y pudimos fácilmente ahogarlo sin darnos cuenta.

—Hazlos venir aquí —dijo, poniendo a prueba su propia paciencia.

Entraron cogidos de la mano, con ropa limpia y recién peinados. Al verlos, su corazón se dulcificó a pesar suyo pero no quiso demostrarlo.

—Sentaos —les dijo tan fríamente como pudo.

Se sentaron asustados de momento por su frialdad, él se mordió los labios

contemplándolos mientras lo hacían. Sus ojos pardos tan confiados y claros, su piel color crema tostada por el sol, sus rojas mejillas y labios, le hicieron anhelar abrazarlos, pero no se permitió este placer. Debía disimular y controlar su amor, debía aparentar dureza y firmeza.

—Hoy —empezó— os contaré la historia de Ta-san. Escuchad con atención porque cuando termine sabré si la habéis escuchado y si no la habéis entendido me enfadaré.

—¿Es una historia verdadera? —preguntó el mayor.

—Verdadera y llena de significado para nosotros hoy en día, aunque Ta-san vivió antes de que nacieseis e incluso antes de nacer yo, pero mi padre, vuestro abuelo, lo conoció y aprendió de él.

Les explicó la historia de Ta-san, sobre quien había encontrado muchas notas de su padre. No quiso confesarse a sí mismo que el preceptor, al mencionar a Ta-san, había excitado su interés y le había empujado a buscar lo que su padre hubiese podido escribir sobre él.

—Sabed —les dijo— que Corea, nuestro país, fue el primero en emplear la imprenta tal como la usamos ahora, con tipos móviles.

Hizo una pausa para ver si su hijo mayor preguntaba lo que eran tipos móviles, pero no lo hizo. Il-han continuó sin explicaciones porque creía que contestar a las preguntas de un niño antes de que las hiciese era destruir su curiosidad natural.

—Había ya muchos libros cuando Ta-san vivía y él los leyó.

En esto fue afortunado porque aunque nuestro pueblo tenía libros desde hacía tiempo, la gente corriente no podía leerlos, primero porque no sabía leer, segundo porque no se le permitía instruirse. Nuestros gobernantes controlaban la enseñanza, pero Ta-san, que sabía leer, leyó los libros de su padre y los del palacio real, porque sus calificaciones fueron tan brillantes que hasta el rey se enteró de su existencia. Al hacerse mayor le encomendaron varias tareas. Una de ellas fue construir una nueva capital en Suwon donde el rey pudiese retirarse si atacaban la capital. Mientras hacía los planos para esta nueva capital ideó la manera de levantar piedras enormes y troncos de árbol con una cuerda atada a una polea. Esta máquina se llama grúa. Hizo muchos inventos semejantes. Un día encontró libros que hablaban de otros países. Hasta aquel momento había creído que toda la Ciencia estaba en nuestro país y China, pero en estos libros encontró nuevas ideas y hasta un Dios distinto. ¡Ah!, pero esto hizo feliz a sus enemigos porque estaba prohibido leer esta clase de libros. Le acusaron de traición y Ta-san tuvo que dejar su hermosa casa de la Ciudad para irse a vivir al campo, muy lejos. Allí, leía, leía y escribía libros explicando sus ideas.

—Como tú, padre —dijo su hijo menor.

Il-han creía que no escuchaba y cuando hizo esta observación tan inteligente y acertada, Il-han le miró escrutadoramente por primera vez.

—Como yo —convino— En cierto modo Ta-san fue más útil a su país de lo que había sido antes. Los Naron estaban en el poder. Él era Namin como nuestros antepasados, de manera que sólo pudo escribir sus libros y guardarlos, pero cuando volvió a ser libre sus libros pudieron ser leídos por todos. Algún día los leeréis como hice yo y ahora vuelvo a hacer.

—¿Por qué? —Esta pregunta vino de la mente más práctica de su hijo mayor.

—Porque no se quedó ocioso —dijo Il-han—, porque recorrió pueblos y tierras mientras estaba confinado en su casa y sus jardines. Hizo bellos jardines también y hasta construyó una cascada.

—Entonces construiremos una cascada —declaró su hijo.

La idea les gustó y se levantaron rápidamente dirigiéndose a la puerta.

—¡Esperad! —les llamó Il-han—, ¡esperad! Iré con vosotros. Lo haremos juntos.

Se pararon asombrados de que él fuese capaz de pensar en este juego. Il-han se reprochó por no haber compartido su vida y en cambio haberles forzado a compartir la suya. Les cogió de la mano y fueron al jardín, lejos del patio de la cocina donde se hacía el kimchee. Il-han pasó todo el día con ellos escogiendo un lugar en el arroyo donde el agua pudiese desviarse para hacer un estanque alimentado por la cascada. Este trabajo les ocupó varios días e Il-han encontró el medio de enseñar a sus hijos. Primero se sentaban a estudiar una hora o más, según lo que creía que podían soportar, y luego iban a la cascada. Trabajaban lentamente, el invierno se iba acercando. Il-han se dio cuenta que la vida en común con sus hijos influía en él. Al estudiar los planes de Ta-san para la comunidad de propietarios de tierras, pensó en la manera de aplicarlos a los arrendatarios que cuidaban las granjas heredadas de sus antepasados. Ta-san decía que los granjeros debían trabajar colectivamente, cada uno integrando su tierra en una comunidad general de propietarios. Una vez pagados los impuestos se repartirían las cosechas entre los granjeros según la labor realizada por cada uno. Il-han no aprobaba este plan en su totalidad y se asombraba de que con el severo control de la dinastía Yi y hacía tanto tiempo, Ta-san hubiese podido concebir tamaños cambios, aunque nunca hubiesen sido llevados a la práctica. Reflexionó largamente sobre cómo retribuir de una manera justa a sus arrendatarios por el trabajo que realizaban en sus tierras. Sentado bajo su confortable techo de bálago, fresco en verano y caliente en invierno, los arrendatarios ganaban dinero para él pensando sobre la tierra, vivían amontonados en cabañas y comían alimentos de baja calidad. Su conciencia le decía que no estaba bien y su cabeza que era peligroso, pero ¿cómo empezar? Además, él no era poderoso. Ta-san, aun en el exilio conservó algún poder. Apaciguó su conciencia llamando a sus arrendatarios después de la cosecha de aquel año y los reunió delante de su casa. Al atardecer un grupo de hombres andrajosos, quemados por el sol y con manos callosas se indinaban ante él. Ninguno hablaba y todos estaban preocupados. Un terrateniente no llamaba a sus arrendatarios si no era

para decirles que les subía el arriendo.

Se dio cuenta de su ansiedad y se apresuró a calmarla.

—Os saludo —les dijo— y os doy las gracias por la buena cosecha de este año, que ha sobrepasado las anteriores. Creo que es en parte porque habéis trabajado bien y también debemos dar gracias al cielo por las lluvias y el sol que nos ha concedido en la proporción necesaria.

Se quedaron mirándole con ojos sombríos, dudando de sus intenciones y de pronto tuvo miedo de ellos. La distancia entre un terrateniente y sus arrendatarios era mucha y no había ningún puente que la acortara.

—No os entretendré —dijo— sólo quiero comunicaros que este año será doblada vuestra parte en la cosecha.

No podían creerle. Se quedaron mirándole con temor y duda. ¿Cuándo se había visto que un terrateniente doblase la parte de su arrendatario? Era demasiada suerte para ser verdad. Il-han se dio cuenta de sus dudas y le disgustó su ingratitud. Nadie decía nada. Esperó y cuando vio que nadie intentaba hablar sintió que su corazón se endurecía.

—Eso es todo lo que tengo que deciros. —Se volvió y a grandes pasos se dirigió a la casa, entró y cerró la puerta.

Sin embargo, después, al pensar en la breve entrevista se reprochó su cólera. ¿Por qué iban a sentir gratitud? Habían penado durante años sólo para recibir una pequeña parte de la cosecha. No bastaba doblarles ahora su parte. La injusticia de sus vidas era una injusticia de siglos. No podía ser reparada en un día y por un solo hombre en una sola propiedad.

En una fría víspera de Año Nuevo, varios años después, Il-han pensaba que todo lo que había hecho, pensado y sentido, sólo había temido dos resultados: uno, que sus hijos habían crecido y habían desarrollado sus mentes mejor de lo que él esperaba. Ya no eran tan pequeños. El mayor era un muchacho crecido, aunque a los trece años era tan turbulento, intolerante y pendenciero como antes. Se peleaba siempre con su hermano, que se fue apartando de él y se volvió retraído. Por una parte era un consuelo para Il-han, porque entonces buscaba su compañía, en parte para protegerse de su hermano mayor pero también porque tenía el mismo amor que él a los libros y a la poesía. Le gustaba mucho la música y aprendió a tocar el kono o arpa tan bien que su hermano mayor le tenía envidia. Sin embargo, el mayor era el más guapo. Era realmente un guapo mozo, alto, fuerte, de ojos brillantes y atrevidos, nariz recta y labios finos. Se reía de su hermano, de constitución más endeble. Cuando se enfadaba se burlaba de él por la imperfección de su oreja, hasta que un día Il-han, enojado, cogió al pequeño, lo llevó al médico americano que había salvado la vida de Min Yong-ik y le pidió que le arreglase la oreja. El médico era muy anciano ya y le temblaban las manos; después de examinar al niño llamó a su ayudante, un joven

coreano al que había enseñado durante años.

—Tu mano es más firme que la mía —le dijo—, estaré a tu lado y te ayudaré pero tú manejarás el bisturí.

Il-han en pie miraba. Tendieron al niño sobre una mesa y le durmieron poniéndole bajo la nariz un algodón empapado en un líquido. Il-han se inquietaba por aquel sueño que se parecía demasiado a la muerte. El joven doctor, con las manos cubiertas con unos guantes de goma que él no había visto nunca, cogió un pequeño y fino cuchillo que le tendía una enfermera, hizo un corte en el lóbulo, lo separó hábilmente y a continuación lo cosió a la oreja con aguja e hilo. Al terminar le hizo un vendaje.

—Venga dentro de unos días —le dijo el anciano doctor— y verá cómo las dos orejas de su hijo ya son iguales.

Cuando lo llevó a su casa, Sunia protestó porque no le había dicho nada, pero él sabía que ella habría tenido miedo y le habría prohibido llevarlo al doctor. La oreja estaba bien y el niño era ya perfecto. Il-han era feliz aunque le afligía que su hijo mayor estuviese más frío con él.

El segundo resultado era que durante aquellos años Il-han había estado escribiendo un libro. En él escribió día a día los errores cometidos en la capital o la nación. Sus amigos le visitaban, aunque no muy a menudo y siempre en secreto. Incluso hombres desconocidos fueron a contarle sus sufrimientos. Recibió a desconocidos Tonghak una y otra vez a causa de Choi Sung-ho, pero él nunca volvió y cuando Il-han preguntaba a un Tonghak dónde estaba, éste sacudía la cabeza y se encogía de hombros. Ninguno parecía saber nada de él, ni conocerle, ni saber dónde estaba. Il-han anotaba en su libro todas las informaciones que recibía, viniesen de donde viniesen. Escribió lo que gastaban los yangban en sobornos y trampas y lo que toleraban los soban. Cuando se nombraban nuevos gobernadores en provincias, descubría cuándo se iban y cuándo llegaban, lo que gastaban en el camino, qué mujeres llevaban con ellos o dormían con ellos entretanto, quién era sobornado, quién les daba la bienvenida cuando llegaban a sus nuevos destinos, quién pagaba las fiestas y las bailarinas, si los espías japoneses hablaban con ellos, si se entrevistaban en secreto con japoneses, chinos o rusos. Si viajaban, averiguaba por dónde y cuánto tiempo estaban fuera de sus puestos, quiénes eran sus huéspedes, qué favores les pedían y si se los concedían. Descubrió las lacras de la sociedad y su corrupción, que cada vez caía más pesadamente sobre los campesinos. Escribió páginas enteras sobre lo que creía que pasaría y cómo podrían salvarse aún la rectitud y la justicia.

En las largas veladas, Sunia, al terminar el trabajo del día se sentaba y escuchaba mientras él leía en voz alta lo que había escrito. A veces estaba tan cansada de sus labores hogareñas que cuando se detenía para preguntarle qué le parecía se daba cuenta de que se había dormido. Nunca la despertaba porque veía en su cara dormida cuánto había envejecido. Su belleza juvenil había desaparecido, se veían las líneas de

la edad madura, las mismas líneas que veía en su propia cara al mirarse en el espejo de su cuarto. Solamente suspiraba y cerraba el libro suavemente, dejándola dormir. Claro que no siempre se dormía. Le escuchaba, admiraba y anhelaba el mundo que él describía. En una de aquellas veladas, al mirarla para preguntarle si le parecía acertado lo que había escrito, la encontró llorando.

—¿Qué ocurre, Sunia? —dijo— ¿No te parece bien?

Se enjugó las lágrimas e intentó sonreír.

—No, has escrito demasiado bien, pero... pero... no soporto pensar que, tu vida se desperdicia aquí, en el campo.

No contestó. Esto mismo se había preguntado él muchas veces. ¿Desperdiciaba de veras su vida? Quizás sí para aquella época y su pueblo, pero no para él. Ahora ya sabía lo que era él: un coreano. Cerró el libro.

—Es hora de acostarse —dijo—. Es ya de noche y no hay luna.

Cierto día, al atardecer, llegó un mensajero a su puerta. Como era extranjero, el portero no lo dejó entrar hasta haber inspeccionado su aspecto. Cuando lo hubo mirado de pies a cabeza le dejó entrar, pero le hizo esperar en la portería bajo la vigilancia de dos criados, mientras iba a buscar a su amo y comunicarle la presencia de aquel extranjero.

Il-han había terminado con sus hijos la lectura de la tarde de los clásicos confucianos. Por la mañana estudiaba matemáticas e historia, por la tarde literatura y por la noche antes de acostarse Il-han les leía en voz alta el Libro de la Poesía o Libro de los cambios que explicaba con palabras sencillas el significado de las sonoras palabras antiguas. Sus clases duraban poco porque sabía lo fácilmente que vagabundean los pensamientos de los jóvenes y creía que con estas tres cortas clases diarias sus mentes se impregnarían lo suficiente de ciencia y conocimiento del bien. Deseaba que su vida fuese útil a su pueblo a través de sus hijos. Con esta idea consoladora había mandado a sus hijos a la cama mientras él se dedicaba a sus propios estudios. Sunia estaba ausente en aquel momento, en la cocina, preparando té de ginseng, bebida que él encontraba sedante al final del día. Un criado anunció al portero e Il-han le hizo signo de que le dejase entrar. El portero entró y esperó respetuosamente cerca de la puerta, inclinándose. Luego dijo:

—Amo, hay un forastero en la puerta. No le dejé entrar sin mirarle muy bien antes, es extranjero.

Il-han dejó caer la pluma.

—¿Viste ropas extranjeras?

—No —contestó el portero—. Viste como usted, amo, pero su cara no es como la nuestra.

—¿Dio su nombre? —preguntó Il-han.

—Dijo que usted le conocería cuando le viese.

—¿Cómo pudiste entenderle si habla una lengua extranjera? —inquirió Il-han.

—Habla nuestra lengua —contestó el portero.

Se miraron amo y criado con un solo pensamiento. ¿Era quizás una trampa para apuñalar a Il-han? De todos los que envió el rey a América, sólo Il-han seguía en libertad. Min Yongik, desde que se recobró de sus heridas, vivía en el exilio, escondido, rechazado incluso por los chinos a quienes quiso ayudar. Han Yong-sik, que no quiso escapar con los japoneses cuando los soldados chinos entraron en palacio, fue hecho pedazos ante los ojos del rey. So Kwang-pom escapó al Japón y allí vivió durante aquellos últimos años; en su país le tenían por traidor. Otros estaban presos o en refugios desconocidos en pueblos distantes y casas de campo.

—Amo —le dijo en voz baja el portero—, puedo apuñalarlo y echarlo al estanque.

Il-han se asustó, pero de sí mismo, porque se sintió tentado. Sería fácil, él no sería capaz, pero podría hacerlo el portero fiel a la familia. ¿Quién lo sabría? Y si lo sabían, ¿quién se atrevería a culpar al amo? En seguida recordó quién era y se avergonzó. ¿Le habría contagiado también a él la maldad de su tiempo? Porque se mataba a traición en todas partes, ¿iba a convertirse en asesino? La respuesta fue no y no. Cerró la pluma con su capuchón de plata, dejó el libro y se levantó.

—Yo mismo iré a verlo —dijo.

Atravesó el jardín y bajó por el tortuoso sendero que pasaba entre las moreras que servían para alimentar a los gusanos de seda. Al entrar en la portería bajó la cabeza porque él era muy alto y el techo bajo. Estaba iluminada por una vela de sebo y a su incierta luz sólo pudo ver a un hombre sentado de cara a la pared, su perfil se recortaba a contraluz. Levantó la cabeza al acercarse Il-han y dijo:

—¿Ha estado aquí todos estos años?

Il-han le reconoció al instante, aunque tenía mal aspecto y había envejecido. Era George Foulk. Le tendió ambas manos y el americano las estrechó.

—Pensé que había muerto —exclamó—. Me dijeron que le habían matado a usted y toda su familia y sellado su casa.

—¿La han sellado? '

—¿No volvió nunca allí?

—Nunca —dijo Il-han—, pero mis sirvientes lo hicieron y dijeron que no estaba sellada.

—Entonces habrá sido recientemente —contestó Foulk—. Envié mi propio guarda a enterarse de quién vivía en la casa. La puerta estaba sellada y la custodiaba un soldado. Al principio le dijo que estaba usted muerto, pero cuando le ofreció dinero confesó que vivía en el campo, en el exilio. Amigo mío, tengo que hablar con usted. En estos años han sucedido cosas que bastan por sí solas para llenar un siglo.

Era la hora del crepúsculo. Il-han condujo al americano hasta la casa, bajo la

sombra de los árboles. Continuaba estrechando su mano. Allí dio al criado la orden de no permitir a nadie la entrada mientras hablaban, ni siquiera a Sunia. Quería evitarle los remordimientos de haber confesado si algún día la obligaban. Ni siquiera tendría que confesar que había visto un americano en su casa. En la quietud de su estudio con la ventana cerrada, hizo sentar a Foulk junto a él. Así podrían hablar tan bajo que nadie les oiría. Confiaba en sus criados, pero no quería confiar en Sunia. Ella, con tal de salvarle la vida o la de sus hijos podía decir algo algún día.

—Hable —dijo— Toda la noche no bastará para todo lo que ha de contarme. ¿Por qué viene a mí después de tan largo silencio?

—Quiero decirle que me voy de Corea —dijo Foulk. Quedaron en silencio, mirándose uno al otro.

—Usted también —dijo al fin—. Entonces estamos perdidos. Esto significa que los americanos nos dejan.

—Los americanos no —dijo Foulk—. Mi pueblo no sabe nada del suyo. Este es nuestro pecado contra ustedes, nuestra ignorancia. En su ignorancia nuestro gobierno no ha hecho nada para salvarles, porque el resultado de la ignorancia es la indiferencia y la indiferencia es un desierto en el cual una nación entera puede morir. No quiero quedarme a ver cómo muere su pueblo. Amo a Corea.

Estas palabras cayeron sobre Il-han como mazazos al comprender su importancia.

—Dígame lo que ha sucedido —dijo.

Foulk le contó entonces una historia que Il-han no habría creído si no hubiese sabido que aquel americano era muy veraz y un amigo leal que siempre decía la verdad.

—Todo comenzó con el tratado con los Estados Unidos, en el que Corea fue declarada por los americanos nación soberana e independiente de China, su antigua soberana. Siendo independiente, Corea podría, y lo hizo, garantizar derechos comerciales a los americanos. Seguidamente llegó el embajador Foote con su esposa y su secretario e intérprete Saito.

—Fue una equivocación este Saito —dijo Il-han—. Nunca debieron tomar un intérprete japonés. ¿Quién sabe qué palabras añadiría o quitaría en su propio beneficio?

Foulk asintió.

—Los americanos descubrieron —continuó— que el rey y su gobierno eran demasiado débiles para ejercer la soberanía, aunque contaban con hombres leales. Incluso hombres como usted, verdaderos patriotas, estaban acostumbrados a la ayuda china o japonesa. No creían en su propia fortaleza.

—Recuerdo —dijo lentamente Il-han— que el rey dijo que habría bailado de alegría cuando llegaron los americanos.

—¿Pero cómo podían triunfar los americanos sobre los temores arraigados desde

hacía siglos? —replicó Foulk—. El rey se apoyaba en nosotros para todo. Esto encolerizó no sólo a China sino a otros pueblos occidentales. Inglaterra y Alemania no ratificaron sus tratados. Mi gobierno se alarmó y avisaron a Foote, y cuando éste se fue a mí, de que sólo aconsejásemos al rey personalmente, a menos de que hubiese contraorden. ¿Cómo quiere que en Washington, tan lejos, los políticos locales comprendan las vastas complicaciones de su valioso país? Sabiendo poco hicimos poco también.

Volvió la cabeza y se mordió los labios murmurando: —Mi gobierno no mandaba ni el dinero suficiente para pagar los gastos de la legación. El embajador carecía de dinero para contratar un escribiente y el secretario servía sin sueldo. No teníamos dinero para comprar terreno y construir un edificio digno de una embajada. Necesitábamos consulados, otras naciones los tenían y se reían de nuestra avaricia. ¡Los grandes y ricos Estados Unidos! Escogí un terreno en Inchon, pero no me mandaron dinero para la compra. ¿Le asombra que las demás naciones se riesen de nosotros?

Suspiró, se levantó y empezó a pasear por la habitación. Sus pies no hacían ruido sobre el pavimento ondulo

—No debería decírselo, es cosa nuestra, de los americanos, pero su rey me presionaba pidiéndome consejeros americanos. Tenía muchos planes, todos buenos. Es un buen hombre su rey, podía haber levantado la nación si hubiese tenido un poco de suerte y si nuestro gobierno hubiese sabido o hubiese podido ver que estaba destruyendo la oportunidad de ayudarle a construir una Corea fuerte, libre e independiente, un baluarte en Asia.

—¿Por qué no va a América y se lo dice? —preguntó Il-han. Estaba confundido por tantas emociones, temor por su pueblo, desaliento, miedo de que los americanos fuesen de verdad incapaces de ayudarles y desesperanza. Caerían en el abismo de las naciones ambiciosas y ninguna mano amistosa les sacaría de allí. ¿Quién les salvaría si no lo hacían los americanos?

—Además —añadió Foulk—, nuestro embajador fue disminuido de rango. Ya no era enviado extraordinario y ministro plenipotenciario. Era sólo ministro residente y cónsul general. Naturalmente, dimitió.

Il-han no pudo soportar más.

—Es estúpido..., es estúpido esto —gritó sin aliento—. ¿Cómo pudo su gobierno mandarnos un ministro plenipotenciario y luego degradarlo?

—Dimitió —dijo Foulk—, y ahora no hay nadie para reemplazarlo. Sólo yo.

—Shufeldt —sugirió Il-han.

—Shufeldt no vendrá —contestó Foulk—. Sabe demasiado bien lo que le espera, es un hombre prudente. Yo quisiera ser tan prudente como él.

—¿Cuánto tiempo hace que hay estas complicaciones entre su embajador y su

gobierno? —preguntó Il-han.

—Mucho, mucho —gruñó Foulk, sentándose de nuevo—. Desde antes de la comida en que casi mataron a Min Yong-ik.

—¡Y no me lo dijo! —exclamó Il-han.

—Estaba avergonzado —dijo Foulk— y creía que aún podría persuadir a mi gobierno.

—¿Cuándo nos dejó el embajador? —preguntó Il-han.

—Al año siguiente de aquella comida.

—¿Y usted?

—He ocupado el cargo desde entonces, sin rango ni ayuda. Ahora también me voy, pero quise que un coreano supiese la razón y en usted puedo confiar.

—Le ruego que me lo cuente todo —le apremió Il-han—. Puede ser que yo...

—No hay esperanza —repitió Foulk—. Pero si quiere saber lo peor, ahí va...

Y enumeró uno a uno los pasos que le habían conducido a su actual desesperanza. Había vuelto a la tarea de rogar a sus superiores que mandasen los consejeros americanos que el rey pedía con tanta urgencia.

—La necesidad más apremiante de Corea, en su deplorable situación actual — escribí a Washington—, son muchos instructores competentes para sus tropas. Bien, ¿qué sucedió? El Departamento de Estado envió tres instructores. El rey dijo que pagaría sus gastos, pero no les permitieron venir si no era con apoyo privado. ¿Dónde iba yo a encontrar el dinero?

Después de haber empezado su confesión parecía que Foulk ya no podía pararse. Se retorció las manos, rechinó los dientes angustiosamente.

—No tenía dinero. ¡Ya se lo dije! Como era encargado de negocios no podía ni siquiera cobrar mi paga de oficial de marina. Tenía asignada la mitad del dinero del fondo ministerial, pero no podía sacarlo. Luego un alemán, von Mollendorf, se nombró a sí mismo jefe de negocios, y como no venían los consejeros americanos trabajó contra mí con la esperanza de establecer aquí la influencia alemana.

—¿Y lo logró? —exclamó Il-han.

Foulk continuó apasionadamente como si estuviese acusando. Il-han sólo movía la cabeza y gruñía al escucharle.

—No, pero entonces el rey buscó a los rusos para entrenar a su ejército. Entonces, por una vez, China y Japón se unieron y pidieron al rey consejeros americanos, pues los dos temían a Rusia. Los consejeros americanos serán enviados el año próximo, cuatro años demasiado tarde. El rey ha perdido la confianza en mi país. ¿Cómo puedo censurarlo?

Il-han abrió la boca, pero Foulk aún no había terminado: —Mis borradores de cuentas me fueron devueltos. Insuficiencia de fondos. Las asignaciones para Corea estaban agotadas. Y entretanto tenía que atender los asuntos de Chemulpo al mismo

tiempo que los de Seul, ya que mi país es el único que no tiene cónsul en Chemulpo. ¡Dimití hace meses!

—Pero se quedará aquí.

Foulk se rió amargamente.

—Nadie lee los despachos que mando ni mandan a nadie para reemplazarme. Y su pueblo —Foulk hizo una pausa, apoyó los codos en el escritorio y se cubrió los ojos con las manos, su voz era brusca—, su glorioso país, continúa mirándome como al representante de los Estados Unidos, su esperanza de independencia. Pero tuve que decírselo a ellos, al jefe de un nuevo grupo que defiende la independencia de Corea, un joven valiente. No puedo decir su nombre ni siquiera aquí. Le he dicho que mi gobierno sólo está interesado en obtener una indemnización por el General Sherman perdido hace años.

La voz de Foulk temblaba. Hizo una pausa, apretó los labios y continuó bruscamente:

—No puedo llevar por más tiempo la carga de la representación de mi gobierno y mi país sin la ayuda de un escribiente o un secretario. No tengo dinero para pagar las facturas más indispensables de la legación. Esto me ha hecho enfermar. Mi salud falla. Mire esto.

Tendió sus manos e Il-han vio lo delgadas que estaban sus muñecas, los grandes huesos salientes, la piel tirante y seca sobre los consumidos músculos.

¿Qué podía decir Il-han? Apretó las manos de su amigo e inclinó la cabeza hasta que su frente reposó sobre sus manos unidas y sus lágrimas fluyeron. Foulk esperó un largo rato, luego sin decir nada apartó sus manos amablemente y salió de la habitación.

Algún rato después, no sabía cuánto, Sunia se deslizó por la puerta abierta.

—¿No vienes a la cama? —preguntó con timidez.

—No —dijo Il-han sin levantar la cabeza. Sunia cerró la puerta y se fue.

Pasó la noche solo. Transcurrían las horas. Pensaba. ¿Odiaba a los americanos? Podría haberlos odiado, pero se acordaba de cuando viajó por su país, un pueblo amable que disfrutaba de los beneficios de la vida, alegre, satisfecho, rebosando cordialidad aunque no amistad, según veía ahora. Eran aún demasiado jóvenes para la amistad, incapaces de sentir los profundos lazos que atan un ser humano a otro. La cordialidad es superficial y no era razonable esperar una profundidad más allá de su capacidad. La mente debe saber y el corazón sentir para comprender y ellos no sabían la larga y triste historia de su pueblo, no podían sentir el terror de un pueblo pequeño colocado por casualidad entre gigantes. El rey se había hecho demasiadas ilusiones. Él y sus compañeros, él mismo, habían esperado demasiado de los americanos. Su propia ignorancia sobre los países extranjeros les hizo confundir sus fáciles promesas de cordialidad con la lealtad de una amistad verdadera. No, no podía odiarlos. Aun

sin ellos sabía que su país estaba condenado. ¿Qué podía hacer? Su corazón le decía que dejase a toda prisa su refugio en el campo y fuese a ofrecer sus servicios al rey y a la reina, a cualquier precio. Pero sabía que con esto sólo buscaba librarse del peso de lo que sabía. El rey no era tonto, debía saber ahora que no podía confiar en los extranjeros habiendo fallado los americanos y la reina no había confiado nunca en ellos. El país era como un barco en el mar, sin áncora, con el timón roto y el capitán desamparado. Él y todos los coreanos no podían hacer más que esperar que pasase la tempestad, dejar que el destino siguiera su curso. Il-han bondadosamente les perdonaba y esperaba que aquel amable pueblo de América no tuviese que lamentar algún día la oportunidad que había perdido y que no volvería a serle ofrecida. Rogaba a Buda que no tuviesen que pagar las consecuencias.

—¡Padre!

Il-han oyó la voz de su hijo mayor y se sobresaltó como si nunca la hubiese oído. Ya no sería por mucho tiempo la voz de un niño. Había bajado de tono, era áspera y ronca. Era una voz próxima a la pubertad. ¿Cómo había ocurrido tan de repente? ¿O no fue de repente? Había estado demasiado absorto en la placidez de sus días de retiro para darse cuenta.

—Ven aquí, hijo mío —dijo.

Lo miró al entrar. Seguro que era más alto que ayer, sus manos más grandes, sus huesos más pesados y su cara estaría cambiada. Sus facciones eran ya las de un adolescente.

—¿Por qué me miras, padre? —dijo el niño,

—¡Estás creciendo!

—Hace tiempo que estoy creciendo, padre.

—¿Por qué no lo habré visto?

—Porque siempre estás mirando tus libros, hasta cuando nos enseñas.

—¿Y bien?

—Quiero ir a la escuela en la ciudad.

—¿Qué estás diciendo?

Il-han cerró el libro e indicó a su hijo que se arrodillase en un cojín frente a él.

—¿Crees que no soy un buen profesor?

Su hijo le miró de frente con sus ojos negros tan atrevidos como siempre.

—Nos enseñas con libros antiguos, yo quiero aprender de los nuevos.

Il-han iba a contestar vivamente y luego recordó que en su juventud había acusado a su padre de la misma manera. En la voz de su hijo le pareció oír la suya otra vez. No se inmutó.

—¿Hay escuelas así en la ciudad?

—Sí, padre, y hay algunos profesores americanos.

—Son cristianos.

—También hay escuelas con profesores japoneses —dijo su hijo encogiéndose de hombros.

—¿Quieres aprender con japoneses?

—Sólo quiero aprender —replicó.

¿Qué podía decir Il-han? Le hería que su hijo no le considerase apto para continuar enseñándole, pero no quiso demostrárselo. Continuó la discusión.

—Están muy bien las nuevas enseñanzas, pero esto no significa que las viejas no tengan importancia.

Su hijo replicó insolentemente:

—Ya tenemos bastante de estas viejas tonterías.

Il-han no se pudo contener. Su mano derecha se levantó instintivamente y le dio un cachete en la mejilla. La cara del niño enrojeció, sus ojos llamearon. Se levantó, saludó y salió de la habitación.

Il-han suspiró profundamente. De pronto, se sintió débil y su corazón latió demasiado aprisa. Su hijo parecía un hombre al salir del cuarto, anchas espaldas, largas piernas. No debió golpearle. ¿Qué podía hacer ahora? Imposible pedirle perdón. La generación de los mayores no pedía perdón a los jóvenes. ¿Y si su hijo tuviese razón? Quizá él ya no era un profesor adecuado para aquellos tiempos confusos. ¿Qué sabía él ahora del mundo que había fuera de los muros de su casa?

Apartó el libro donde había estado escribiendo un poema.

Últimamente la poesía era un refugio para su espíritu agitado. ¿No había escrito poesías su padre? Y el poeta en cuya casa encontró refugio la reina cuando se escondía de sus enemigos, ¿no las había escrito también?

La poesía era una droga, un vicio, un pretexto para esconder la debilidad o quizá la indolencia. Se sentó meditando largo rato, buceando en su alma, acusándose, humillando su espíritu, algo muy difícil para un hombre tan orgulloso.

Durante varios días no habló con su hijo. Dio sus lecciones como de costumbre. El mayor no tomaba parte en ellas, no preguntaba ni miraba a su padre, pero venía y se sentaba en su sitio sin hablar. Diez días después Il-han dijo a su hijo menor que saliese del cuarto porque tenía algo que decir a su hermano. El pequeño obedeció y se quedó solo con el mayor. Le llamó por su nombre por primera vez.

—Yul-chun, he reflexionado sobre tu deseo de ir a la escuela en la ciudad. Ya sabes que estoy desterrado. ¿No será peligroso para ti estar en la ciudad cuando se sepa que eres mi hijo?

—No, padre —dijo Yul-chun—. Tengo amigos allí.

—¿Cómo puedes tener amigos si yo no tengo ninguno? —preguntó Il-han asombrado.

—Tengo amigos —repitió con testarudez.

Los dos se miraron y fue Il-han quien cedió. Así su hijo tenía amigos que él no

conocía. Una generación anterior habría insistido en saber quiénes eran los amigos de su hijo y dónde los conoció, pero esta nueva generación estaba muy lejana de la otra y no preguntó nada. No podía preguntárselo porque, ¿qué haría si rehusaba contestarle? ¿Qué fuerza tenía él para obligarle a obedecer?

—Está bien —dijo al fin—, entonces vete.

—Viviré con mis amigos —dijo Yul-chun.

—Bien —contestó Il-han—, dile a tu madre dónde está la casa. Necesitarás dinero.

Abrió el cajón secreto de su escritorio, sacó una pequeña bolsa de cuero donde guardaba dinero para las necesidades diarias y se lo dio.

—Cuando necesites más, dímelo.

Retuvo las palabras amargas. A pesar de toda su independencia tomaba su dinero. Era un amargo consuelo, pero él necesitaba alguno.

Cuando su hijo salió de la habitación, Il-han fue en busca de Sunia. La encontró en el almacén, de pie delante de una balanza mirando cómo pesaban el arroz para la casa. Su negro cabello y sus cejas estaban empolvados del blanco polvo del arroz. ¿Sería así cuando envejeciese?, pensó y se entristeció. Le habló en voz baja.

—¿Puedes venir un momento? Tengo algo que decirte.

Esperó hasta que el arrendatario terminase de pesar el grano y luego siguió a Il-han al jardín. Se sentaron en un banco de piedra a la sombra del bosquecillo de bambú.

—Nuestro hijo mayor quiere ir a la escuela en la ciudad —le dijo.

Ella estaba quitándose el polvo de la cara con un pañuelo y no contestó.

—¿No te sorprende? —le preguntó.

—No —dijo—, ya lo sabía.

—¿Y no me lo dijiste?

—Le dije que esperase un año —dijo ella—, que no te molestase mientras fuese demasiado joven para irse de casa.

—¿Y crees que ahora ya no es demasiado joven?

—Creo que es demasiado mayor para estar en casa —dijo ella.

—Así —dijo lentamente—, lo sabías desde hacía tiempo. Lo guardaste en secreto. ¿Cuántos secretos así guardas?

Se rió y luego se puso seria.

—Sólo lo hice para dejarte tranquilo. Si te contase cada una de las vehemencias, caprichos y extravagancias de tus dos hijos estarías siempre preocupado. No podrías trabajar.

—Trabajar —repitió tristemente—. No estoy muy seguro, es una ocupación simplemente.

—Trabajo —repitió ella firmemente—. Algún día lo que escribes en tus libros

será útil. ¿Quién crees que hace lo que tú?

Ella tenía una manera muy consoladora de animarle, de aumentar su propia estimación.

—¡Ojalá tengas razón! —dijo— ¿Entonces le dejamos marchar?

—Sí, no podemos retenerlo. Meditó unos momentos:

—¿Por qué los jóvenes ya no obedecen a los mayores?

—Ellos ven el desastre a su alrededor —contestó—, saben que hemos fracasado y ya no nos respetan.

Sunia dijo estas crueles palabras con tal calma que tuvo miedo de ella. Entonces se levantó.

—Tienes razón. Le dejaremos marchar o nos abandonará para siempre.

Se fue a su habitación, tomó su pluma e inspirado empezó a escribir un poema. Era curioso que estos poemas, la destilación de sus emociones, surgieran de su desilusión, de su soledad, del temor a un futuro en el que, no obstante, no podía creer. Nada podría detener el destino que preveía para su país y su pueblo.

Se sorprendió de que la casa se organizase tan fácilmente sin su hijo mayor. Reinaba la paz, una paz demasiado profunda a veces, decía Sunia. Su hijo menor no le causaba ninguna molestia.

—Echo de menos sus travesuras —le decía a Il-han—. Nada sucede desde que se marchó. Nada se rompe, nadie trae animales salvajes del campo, los suelos no se ensucian, los vestidos no se rompen, los zapatos no se echan a perder. No oigo quejas sobre la comida. No he conseguido todavía acostumbrarme a tanta paz.

—Confío en que no esté desorganizando toda la ciudad —le contestaba Il-han.

Sin embargo, lo complacían las visitas que Yul-chun les hacía una o dos veces al mes, cuando volvía a casa con los vestidos sucios y los bolsillos vacíos.

—Yo diría que estás lleno de nuevas enseñanzas —decía Il-han con su seca manera de hablar.

—Tus cabellos necesitan un corte de pelo —decía Sunia vivamente e iba a buscar las tijeras.

—No quiero que me cortes el pelo, madre —gritaba Yul-chun—, me dirán que llevo un corte de pelo campesino.

—Te lo cortaré —le decía su madre. Y se lo cortaba cogiéndole por las orejas y aguantándole la cabeza con un brazo. Él se dejaba hacer, medio risueño y medio enfadado.

—No volveré a casa si me maltratas así —gritaba y se miraba con aire compungido en el espejo de la pared.

—Pues córtate el pelo antes de venir —le decía.

Sabía muy bien que volvía a buscar dinero y porque no podía pasar sin sus tiernos regaños y su exigente amor. Le gustaba verla examinando sus vestidos y cosiendo los

botones que había perdido, quejándose de lo agujereados que estaban sus calcetines y de sus zapatos estropeados. En fin, necesitaba saber que aunque se había ido era aún su madre.

Il-han los miraba con cierta tristeza y comparaba la diferencia entre el amor de un padre y el amor de una madre. Con todas sus enseñanzas y su preocupación por la formación de su inteligencia y su carácter, Yul-chun no le quería como a su madre, que se preocupaba sólo de su cuerpo. Quizá el amor corporal era el más profundo de todos, las mujeres aman como madres y esposas. ¿Cómo podría él vivir sin Sunia? ¿Quién le alimentaría, le cuidaría y le libraría de preocupaciones si no la tuviese a ella? En su hijo se veía a sí mismo y no le gustaba lo que veía.

Como su hijo estaba en la ciudad, Il-han empezó a enterarse a su manera de lo que sucedía allí. Enviaba muchas veces al criado para observar, enterarse de las novedades, escuchar lo que se decía en las calles, en las tiendas de té y en los lugares donde se reunía mucha gente. De esta manera supo que los rebeldes Tonghak eran cada día más numerosos y aunque hubo una represión contra ellos a cargo de las fuerzas del rey, atacaban en diferentes puntos de las provincias con creciente éxito. Al fin su jefe fue apresado y encarcelado, le iban a ejecutar. Esto levantó a los campesinos con un nuevo frenesí y desesperación. Ya no tenían confianza en el gobierno, porque veían que las fuerzas extranjeras presionaban al rey y que la reina conspiraba para que los chinos continuasen en el poder.

Estaba a punto de declararse la guerra entre China y el Japón, que se peleaban rabiosamente en Corea.

Era la primavera del tercer mes solar de aquel año. Mientras su joven jefe estaba preso, un numeroso grupo de rebeldes se reunió cerca de la capital y escogió cuarenta representantes que fueron a ver al rey cara a cara para pedirle que su jefe fuese libertado y que se mejorasen sus duras vidas. El rey fue lo bastante prudente para recibirlos con cortesía y promesas y se volvieron a sus casas pacíficamente. Sin embargo, el rey tuvo nuevos contratiempos con las potencias extranjeras cuyos enviados estaban en la capital vigilando como buitres cuanto hacía. Se enfadaron porque había recibido a los Tonghak, ya que entre sus peticiones estaba la de que fuese nombrada una policía anti-extranjera que expulsase a todos los extranjeros del país. El rey, cogido entre su pueblo y los extranjeros, no hizo nada.

Pasaron los meses y cuando los Tonghak vieron que el rey no hacía nada, aumentó su cólera. Acudieron veinte mil a la ciudad de Poum pretendiendo celebrar allí una fiesta religiosa, pero en lugar de ello pidieron que se les liberase de la corrupción de su yangban y de la opresión de los países extranjeros. En todas partes se oían gritos. La ciudad de Kobu, situada en el área de Pyongyang tenía un magistrado mucho más corrompido que los demás yangban. Obligó a los campesinos a que reparasen los muros de un gran embalse cuyas aguas servían para regar los

campos. Cuando lo hubieron reparado les puso un pesado impuesto sobre el agua que gastaban para regar los campos y se quedó con el dinero. Esto motivó la furia de los campesinos que destruyeron el depósito que habían reparado, irrumpieron en la ciudad, echaron al gobernador de palacio y ocuparon la población.

El rey y su gabinete enviaron soldados de la capital para reducir a los rebeldes. Al saberlo, Il-han encargó a un hombre que siguiese a los soldados y se enterara de lo que sucediese. Volvió al cabo de unos días diciendo que las fuerzas del gobierno fueron derrotadas y los Tonghak se dirigían a tomar otras ciudades. El rey, apurado, había pedido ayuda a los chinos que enviaron un ejército. Sólo entonces se retiraron los rebeldes.

—¿Y sabe, amo? —dijo después del relato—, ¿sabe a quién vi luchando allí?

El corazón se lo decía y no pudo hablar.

—Vi a mi joven amo, estaba con su preceptor, el que vivió tantos años en esta casa.

El criado se marchó con pena al ver la cara de Il-han.

—Espero que no pienses en la reina. Déjala que resuelva ella misma las complicaciones que se ha buscado.

La miró y dijo en seguida:

—No estoy pensando en ella—, pero Sunia sabía que mentía. ¿Para qué pensar en la reina? No podía ayudarla. Lo censurarían si saliese ahora de su exilio y fuese a verla. No podría ocultar su visita. Lo que hacía la reina no podía ocultarse. Todas sus palabras y miradas eran comentadas. La rodeaban espías, aunque era atrevida y hacía lo que quería. Si su antiguo consejero dejaba su casa sería asesinado en cualquier lugar, en una calle desierta o en un corredor de palacio. No era cobarde, pero si debía morir deseaba que fuese por una razón que valiese la pena y cuyo efecto durase después de su muerte.

Sin embargo, continuaba temiendo las noticias. Ahora tenía once espías privados que le llevaban informes sobre la confusión reinante. China y Japón estaban en pugna constante por su país, su comercio y su posición privilegiada en aquella parte del mundo. Los japoneses luchaban dentro de la misma China y con cada victoria se apoderaban de un nuevo territorio. Entretanto hacían de esta guerra un pretexto para introducir en Corea su ejército de reserva. Cada día Il-han se enteraba de nuevos ultrajes a su país.

—Los fuertes se han vuelto demasiado fuertes ahora —le dijo su viejo y sagaz criado.

El día era caluroso, de mediados de verano. Il-han estaba sentado en el jardín, bajo un níspero. Su fruta era pequeña y verde, tenía tantas que de vez en cuando alguna caía al suelo. Su hijo menor las iba arrojando a un blanco fijado en el tronco del níspero. Il-han miraba mientras escuchaba a su criado.

—He estado esperando que alguna otra nación se diese cuenta —dijo.

Su hijo dio de lleno en el blanco e Il-han aplaudió, luego continuó hablando:

—Sin embargo, puede sernos útil la creciente envidia de las demás naciones. Nadie deseará ver al Japón más poderoso cada día.

—Ahora, ahora —dijo el criado—. Usted ha dado también en el blanco. —Se acercó y le dijo en voz baja—: El zar de Rusia ha hecho saber al emperador del Japón, por medio de su enviado, que debe devolver a China los territorios que le ha usurpado últimamente.

Los tiempos empeoraron. Llegó un ejército chino de mil quinientos hombres con seis cañones al golfo de Asan y se dirigió a la capital. Cuando se enteró el emperador del Japón, envió un ejército de cinco mil soldados a su encuentro. Chinos y japoneses entablaron batalla en la capital coreana. Se rompieron los tratados declarando la independencia de Corea. Ganaron los más numerosos. El Japón echó a los chinos, luego atacó a los rebeldes y derrotó a los Tonghak. No contentos aún con esto, los soldados japoneses sacaron al jefe Tonghak de la prisión y lo mataron. Los rebeldes, desanimados, se retiraron a sus escondites. Il-han lo supo por los hombres que enviaba regularmente en busca de noticias. No hablaron más del preceptor. Yul-chin fue a casa como de costumbre y no dijo nada. Tampoco Il-han. Con este terrible silencio entre ellos vivía inquieto. Ahora que el jefe Tonghak había muerto mandaban los japoneses aunque el rey continuase en su sitio. Pero, ¿y la reina? Era en ella en quien pensaba. Ella nunca renunció a su amor por los chinos y su odio hacia la confusión actual sólo podía aumentarlo. Ella no cedería ni doblegarían su voluntad. Su orgulloso corazón era obstinado en su amor. Hasta Sunia temía por ella. Un día, al dirigirse a una de sus numerosas tareas, se detuvo junto a él y le dijo:

—¿Lo hará? —preguntó Il-han.

—¿Es el Japón lo bastante fuerte para vencer a Rusia? —añadió el criado—. Llegará a serlo, pero aún no lo es. Lo he oído decir en calles y tiendas. El Japón ahora tiene que ceder, pero odiará aún más a China y esta guerra continuará. En cuanto a Rusia, quizá declarará la guerra dentro de unos diez años.

Esperó que su amo hablase, pero Il-han lanzó un grito de dolor. Su hijo, midiendo mal las distancias, había lanzado un fruto verde que le alcanzó justo bajo el ojo izquierdo. Il-han se lo apretó con la mano y el niño, lleno de remordimiento, estalló en sollozos. Sunia llegó corriendo al oírle llorar e Il-han se apresuró a explicarle que no estaba ciego, que era una pequeñez, un accidente. Consolando a su hijo y tranquilizando a su esposa, no dijo lo que había estado a punto de decir.

Cuando se calmó el alboroto, su criado se fue y él se alegró de no haber dicho lo que le tenía tan intensamente preocupado. Sabía que la reina estaba condenada a muerte. Dos días antes del festival de otoño, los espías de Il-han le informaron de que todo el mundo sabía que estaban sustituyendo la guardia del palacio de la reina.

Exteriormente, todo estaba como de costumbre. Los antiguos criados de la reina decían que estaban sacando del palacio armas y equipos con la excusa de que se necesitaban en otra parte y en su lugar ponían armas inútiles. Lo mismo sucedió en el palacio del rey. Precisamente ahora que los tiempos que corrían exigían mejor defensa. El décimo día del festival de otoño, por la tarde, uno de los espías de Il-han observó que hasta las cancelas y puertas del palacio de la reina parecían abiertas y sin ninguna guardia. Volvió en seguida a casa con la noticia.

—¿Hablaste de esto con alguien? —le preguntó Il-han.

—¿Cómo? —contestó el hombre—. Lo veían, pero nadie avisaba del peligro.

—Ensilla mi caballo —mandó Il-han y lo despidió. Iría él mismo a informarse de lo que pasaba. Luego reflexionó. ¿Se lo diría a Sunia o no se lo diría? No, decidió. En silencio, como un ladrón, fue a sus habitaciones y se puso unos vestidos viejos que Sunia había retirado para dar a los pobres. Se aficionaba por hábito a ciertos vestidos y le pedía que le dejase ver lo que iba a dar para apartar algunos de los que no quería desprenderse. Cuando estaba cambiándose oyó sus pisadas y la puerta se abrió.

—¿Piensas salir de casa? —gritó—. ¿Y por qué has sacado estos trapos viejos propios de un mendigo?

La miró medio compungido, medio burlón.

—Pareces oler mis entradas y salidas. ¿Y qué pasa si me pongo estos vestidos para ir al jardín a plantar un árbol?

—No bromees conmigo —dijo ella entrando del todo en la habitación—. Nunca plantas árboles. ¿Por qué ibas a plantar uno ahora?

Vio que no era posible engañarla, y dijo al fin:

—La reina está en peligro.

—¿Y esto te atañe a ti? —se adelantó hacia él.

—A mí y a todos los coreanos.

Sunia enrojció y sus oscuros ojos llamearon.

—¿Y por qué crees que sólo tú puedes salvarla? —gritó.

—Al menos quiero ver las cosas por mí mismo.

—Verla es lo que quieres.

—¡Sunia!

—No te atrevas a decir mi nombre —gritó—. Yo no soy reina y te preocupas más por ella que por tu familia. Tienes dos hijos. Al menos, si no te preocupas por tu mujer, ellos no deben perder la vida porque tú ames a una reina condenada a muerte, pero no importa. Supongo que no tendrás más hijos míos, pero eso no importa.

Estaba a su lado. Él se enfadó, la dejó hablar y fríamente, en silencio, terminó de vestirse y se puso un astroso sombrero hundido hasta las orejas. Sunia corrió a la puerta para impedirle el paso, pero la levantó como a una niña, la apartó a un lado y siguió su camino sin mirar a derecha o izquierda.

Era tarde cuando llegó a la puerta de la ciudad, pero estaba abierta y sin guardia, como preparada para los que quisiesen huir. Entró sin que le viese nadie y guió su caballo hacia la parte norte de la ciudad, donde estaba el palacio de la reina. En las cercanías de los palacios reales había una carretera de unos cien pies de anchura y un tercio de milla de longitud. A ambos lados de la misma se levantaban los ministerios, algunos de los cuales eran nuevos. También eran nuevos los barracones donde los soldados japoneses iban y venían. Los palacios estaban rodeados por un muro de doce pies de altura y la puerta, tal como le dijo el criado, no estaba custodiada. Il-han desmontó y ató el caballo a un árbol. Entró por el muro Oeste y llegó al pequeño lago. El palacio donde el rey vivía estaba junto al de la reina, al Este. A la izquierda estaban los cuarteles de la Guardia Real. Aquella tarde Il-han no vio ninguna guardia, pero el sol era muy fuerte y supuso que algunos estarían durmiendo. Más allá había un bosque de pinos que cubría varios acres de terreno. En este bosquecillo se sentó en una roca a esperar, detrás de un gran muro derribado. Si no pasaba nada volvería a casa sin dejarse ver, pero si pasaba alguna desgracia, estaría allí para salvar a la reina, si podía. Al rey no le matarían porque pondrían en peligro la sucesión y abocarían al país a una revolución.

Esperó toda la noche mientras la oscuridad iba haciéndose más densa y los animales nocturnos salían de sus escondites dejando oír sus extraños ruidos. Oyó, o al menos lo creyó, ruido de soldados marchando, pero recordó a los guardias japoneses y supuso que era parte de su deber.

Amanecía ya y pensaba si no sería mejor coger el caballo y regresar a casa antes de que hubiese demasiada gente por las calles cuando oyó un grito. Luego oyó gritos y chillidos. Observando la dirección del viento comprendió al instante que atacaban el palacio. Corrió en la oscuridad a toda velocidad, pero se cogió el pie en una raíz y cayó. Se levantó aunque se había dislocado la cadera y cojeaba. Los guardias reales se habían despertado y gritaban mientras corrían hacia el palacio. Le arrastraron entre ellos aún oculto por la oscuridad. Luego se detuvieron aturdidos dándose cuenta de que no había ningún ataque y que el grito que habían oído lo lanzaron los japoneses cerca de la pared Oeste.

Los guardias volvieron a sus barracones, pero Il-han no volvió al bosque de pinos. Se escondió detrás de un templete, en el jardín. No tuvo que esperar mucho porque el coronel de la Guardia Real había oído los gritos y, desconfiando de la agitación entre los soldados japoneses, estaba ya en camino del Ministerio de la Guerra. Cuando llegó a la entrada principal del ministerio los soldados japoneses le rodearon. Il-han, mirando desde su escondite a la luz de las antorchas, se dio cuenta de lo que iba a suceder. Sonaron ocho disparos y el coronel cayó al suelo. Entonces los soldados desenvainaron sus espadas, lo despedazaron y echaron los pedazos al pequeño lago cercano.

Debía buscar a la reina a toda prisa si quería salvarla. Salió de su escondite andando dificultosamente hacia la puerta del palacio, no podía ir aprisa porque le dolía la cadera. Los japoneses, una rugiente y vociferante masa, avanzaban con las bayonetas caladas y se encontraron con los criados de palacio que huían. La Guardia Real salió otra vez y disparó atropelladamente antes de verse sumergida en la masa que avanzaba. Entretanto, los soldados hacían presión intentando entrar en el palacio de la reina, seguidos por mendigos y rufianes. Il-han se mezcló entre ellos intentando llegar hasta la reina antes que nadie, aunque no sabía qué hacer para salvarla. El populacho llenaba el palacio y los salvajes soldados japoneses iban apresando mujeres en su avance, las agarraban por el pelo en cuanto las veían y les preguntaban si eran la reina. Dijesen lo que dijesen, les cortaban la cabeza y las echaban al suelo o las lanzaban por la ventana. Así llegaron a la última habitación e Il-han oyó dos tiros, luego un grito apagado y comprendió que era la reina quien lo había lanzado. El grito terminó en un largo y triste suspiro. Incluyó la cabeza y se mordió los labios hasta hacerse sangre, pero no podía hacer nada. Estaba muerta.

La multitud se detuvo, los hombres se miraron unos a otros y luego uno a uno se marcharon, los pillos a robar, y los que habían cometido el asesinato escaparon para no ser reconocidos y condenados. Cuando todos se fueron y quedó solo Il-han, entró en el cuarto donde la reina yacía y contempló su hermosa cara que conocía tan bien. Era la misma de siempre, aunque más envejecida. Se agachó junto a ella y cogió su mano todavía caliente. La sangre fluía de su pecho izquierdo y de su suave cuello. Levantó el borde de su ancha falda y lo apretó contra las heridas. Llevaba un traje de seda carmesí y no se notaban las manchas, sólo se volvió de un rojo más oscuro.

Continuó allí hasta que salió el sol y entró un jardinero, iba descalzo e Il-han no oyó sus pasos. El jardinero no le conocía después de tanto tiempo de no frecuentar el palacio.

—¿Quién es usted, hermano? —preguntó.

—Soy su criado —dijo Il-han.

El jardinero se acercó y miró la pálida cara de la reina.

—Le gustaban los lotos blancos —dijo al fin— y ahora su cara es tan blanca como esta flor. ¿Qué haremos con ella, hermano?

—¿Tiene un carro? —preguntó Il-han.

—Tengo una carreta de bueyes —contestó.

—Tráigala a la puerta más cercana y ayúdeme a llevarla.

El jardinero se marchó y volvió al poco rato. Entre los dos levantaron a la reina fácilmente porque estaba muy delgada, la llevaron a la carreta, la tendieron y la cubrieron con la paja que la llenaba. El jardinero subió a ella y el buey echó a andar. Il-han le seguía lentamente porque le dolía la cadera. El dolor le hacía derramar lágrimas. Pero aún faltaba lo peor. Antes de que el carro llegase a la puerta fue

descubierto el cuerpo de la reina por unos soldados y unos pillos. Sacaron el cuerpo de debajo de la paja, lo hicieron pedazos con espadas y cuchillos, amontonaron la paja y los pedazos y les pegaron fuego. Il-han tenía el corazón destrozado. Se cubrió la cara con el sombrero y cojeando se alejó del fuego. Su caballo había desaparecido, pero la carreta estaba allí, subió a ella y pidió al jardinero que le llevase a casa.

Todo lo que quedó de aquella bella reina fue el dedo meñique de su mano derecha. Se salvó de las llamas y lo encontró el jardinero cuando volvió al día siguiente para ver si encontraba sus huesos para recogerlos y rendirles honor. No estaban porque los perros habían vagabundeado por el palacio, pero encontró el dedo debajo de una piedra, lo recogió tiernamente y lo envolvió en una hoja de loto que cogió del lago. Luego se dirigió al palacio del rey, pidió audiencia y fue recibido.

—Fui al palacio del rey —dijo a Il-han cuando todo hubo terminado, porque Il-han le había prometido pagarle si volvía a contarle toda la historia—. Entré en la sala de audiencias. El rey estaba sentado en el trono rodeado de sus ministros y el viejo príncipe, su padre, sentado de nuevo a su derecha. El rey escuchó lo que le dije, se cubrió los ojos con la mano y no quiso recoger la hoja de loto, pero mandó a un ministro que la cogiera y la guardara en una cajita de oro. Dijo que le harían un gran funeral a la reina y le construirían una tumba.

Sunia estaba allí mientras le contaban esto y cuando se marchó el jardinero cogió la mano de Il-han y la estrechó en silencio entre las suyas. Así se quedaron hasta que Il-han lanzó un suspiro y se volvió hacia ella diciendo:

—Esposa mía, mi Sunia de generoso corazón—. Luego apartó la mano y volvió a sus libros.

Pasaron dos años antes de que los astrólogos fijaran un lugar para la tumba de la reina. Señalaron una extensión de terreno a unas millas de las murallas de la ciudad. El rey confiscó unos mil acres de tierras, todas las casas fueron destruidas, porque en el trayecto había tantos pueblos como montañas, colinas, arroyos y campos. Se plantaron miles de árboles por mandato del rey, se gastó una fortuna en hacer un bello jardín como los que le gustaban a la reina cuando vivía. Su tumba se construyó en el sitio más alto, una tumba de mármol rodeada por una balaustrada de mármol labrado. Delante de la tumba había una gran mesa de mármol blanco pulido para que brillase como cristal. Era para ofrecer sacrificios al espíritu de la reina. Al lado de la mesa había linternas de piedra maravillosamente esculpidas fijadas en la roca y figuras de mármol inclinadas en graciosas reverencias.

Cuando todo estuvo terminado el rey anunció el día del funeral, un hermoso día, y llegó gente de todas partes. A despecho de todas sus extravagancias, el pueblo había amado a la reina, por su belleza, alegría, valor, brillante inteligencia e incluso por su tenaz voluntad. Para ellos la muerta era como un símbolo de lo que había sido su país y ya no volvería a ser.

Los conquistadores trabajaban ya en destruir las antiguas costumbres, la lengua y las tradiciones coreanas.

Il-han vio de lejos y solo la espléndida escena. ¿Sobreviviría su nación sin la reina? No sabía contestar a esta pregunta. La reina a quien reverenció, la mujer a quien... ¿La había amado? No lo sabía. Quizá Sunia lo sabía mejor que él, pero no se lo preguntó. Dejó que su secreto yaciera en la tumba de todo lo que había terminado y no volvería ya. No tenía fe en la resurrección.

Era el año, 4243 después de Tangun de Corea y 1910 después de Jesús de Judea. Uno de los últimos días de invierno, el décimo día del primer mes lunar, a medianoche.

Il-han se despertó de pronto como solía hacerlo ahora. Se levantó con cuidado para no despertar a Sunia al saltar de la cama. El pavimento estaba frío. El combustible era demasiado escaso para encender fuego toda la noche. Lo único que calentaba la casa era la llama de hierba seca cuando se guisaba la cena. Fue al cuarto vecino, silenciosamente, ya que sus pies calzados sólo con calcetines no hacían ruido. Allí echó agua en una palangana que había sobre la mesa y se lavó cara y manos. Luego deshizo su cabello, lo untó con aceite y lo trenzó de nuevo en lo alto de su cabeza.

A pesar de las quejas de Sunia, que decía que las mujeres creerían que no estaba casado, lo había llevado corto desde que volvió de América. Pero cuando los gobernantes japoneses se instalaron en la capital se dejó crecer el pelo como desafío al mandato del príncipe japonés, ahora residente general. Este había publicado un decreto declarando que no se podrían hacer reformas en Corea hasta que los hombres no se cortaran las coletas, porque la coleta era, según él, un símbolo del nacionalismo coreano que debía ser completamente destruido ya que Corea se había convertido en una colonia del Japón imperial. Luego el gobernador general anunció que el rey se había cortado la coleta y mandaba a sus súbditos que siguiesen su ejemplo. Los coreanos rehusaron al principio diciendo que el rey no se había cortado la coleta por su propia voluntad sino forzado, por sus amos japoneses y muchos no quisieron obedecer, incluyendo a Il-han que en cambio se dejó crecer el pelo.

SEGUNDA PARTE

Abrió las puertas y miró fuera. Caía una ligera lluvia y la oscuridad era densa. Encendió la linterna de piedra de la puerta y esperó hasta ver a los que esperaba. Un hombre salió de las tinieblas conduciendo unos veinte niños de diferentes edades, todos chicos. Andaban en silencio. Aquel hombre miró a derecha e izquierda y luego habló en voz baja:

—Hemos visto una luz lejana.

—¿En qué dirección? —preguntó Il-han, también en voz baja.

—Al norte.

—¿Una luz movediza?

—Sí, pero una sola, aunque un espía basta.

—Me quedaré con los niños aquí hasta el amanecer, luego los sacaré separadamente —dijo Il-han.

El hombre movió la cabeza y desapareció otra vez. Il-han condujo a los niños dentro de la casa mirándolos uno a uno. Acostumbrados al silencio, pasaron gravemente a su lado y entraron en la habitación. Los siguió, apagando primero la luz de la linterna. Luego cerró aprisa las puertas. Los niños estaban ya sentados en el suelo. Se sentó frente a ellos en un cojín y abrió el libro empezando a hablar en voz baja.

—Anoche os hablé del rey Sejong, de su grandeza y de cómo fortaleció el país bajo un beneficioso gobierno.

Continuó hablando de historia durante una hora. Luego cerró el libro y recitó poesías. Aquella noche había escogido un famoso poema de finales de la época Koryo, escrito en estilo Sijo.

—Es un estilo singular —explicó a sus alumnos—, porque aquellos tiempos eran como los nuestros, tiempos agitados en que los poetas no podían escribir largos poemas en el antiguo estilo Kyouggi y expresaron sus sentimientos de una manera corta e intensa. Existen solamente unos diez poemas en Sijo, y entre ellos he escogido uno escrito por Chong Mung-ju, ministro de Koryo y leal a su rey. Escuchadme, niños, os recitaré el poema y luego, línea por línea, lo repetiréis.

Cerró los ojos, cruzó las manos y empezó a recitar:

Aunque esta forma muera y muera

Aunque yo muera cien muertes,

Mi alma esté muerta o viva,

Nada puede hacer que este corazón mío

Se divida contra su rey.

Abrió los ojos y recitó de nuevo línea por línea, en tanto las frescas voces de los niños lo repetían después y se dio cuenta de que eran bajas por el miedo, porque lo

que estaban haciendo estaba prohibido.

Los gobernantes extranjeros habían reformado las escuelas.

No se hablaría coreano, sino japonés y los libros eran japoneses. Si intelectuales como Il-han no enseñaban a los niños en secreto, en la oscuridad de la noche, crecerían en la ignorancia de su propia lengua, su propio pasado y al fin dejarían de ser coreanos.

Cuando hubieron aprendido el poema, y lo aprendieron pronto porque a los niños les gusta aprender lo que está prohibido, les expuso su significado y como todos ellos, al igual que aquel ministro, deberían ser leales al rey aunque ahora viviese coaccionado y lo fuese sólo de nombre.

—El corazón de nuestro rey está con nosotros —les dijo—. La prueba está en el licenciamiento de nuestras tropas. El general del ejército imperial mandó que nuestro ejército fuera desarmado de una manera ruda y deshonrosa, como ya sabéis. Nuestro rey se vio forzado a firmar la orden del desarme. Sin embargo, sólo algunos días después apareció en su coronación japonesa llevando el uniforme del ejército licenciado. Entretanto, nuestros soldados van errantes contando su deshonra al pueblo, una mancha que algún día tendremos que borrar. Recordadlo, niños, aunque no conste por escrito. Hace dos años nuestro ejército, setenta mil hombres, fue licenciado por los invasores. Cada uno recibió diez yens y se le envió a su casa. La mayoría marchó a otros países a esperar que llegase la hora de nuestra libertad y muchos miles se fueron a Manchuria donde hay tierra.

De esta manera, Il-han y muchos como él informaban a los jóvenes de la grandeza de sus antepasados y de la desgracia del presente. Ellos, los jóvenes, no debían cesar de rebelarse contra los invasores que se habían apoderado del país.

—Estamos muy por encima de estos ínfimos gobernantes extranjeros —continuó Il-han—. Aunque nos traten como siervos y esclavos, no somos lo que ellos quieren que seamos. No sería justo creer que todos los japoneses son de tan poca categoría como los que nos gobiernan. No tienen bastantes hombres para gobernar su país con grandeza y no pueden dejarnos los mejores. Aquí están los más bajos, los ignorantes, los codiciosos y tenemos que soportarlos, pero vendrá el día en que los echaremos.

—¿Cómo? —preguntó uno de los muchachos.

—Esto lo decidiréis vosotros —contestó Il-han.

—¿Por qué se apoderaron de nuestro país? —preguntó otro.

Era un rebelde nato, pero Il-han era demasiado justo para no enseñarle la otra cara de la verdad.

—¡Ay! —dijo—, todas las cosas tienen dos caras. Imaginad que fuerais japoneses. Entonces os habrían enseñado que era esencial para el Japón controlar a Corea, porque nuestro país es una daga apuntada a su corazón. Rusia también desea Corea, siempre la deseó, recordadlo, pero imaginad que sois un japonés y vuestro

profesor os está diciendo: «Nosotros los japoneses no podemos tolerar que los rusos estén tan cerca, en Corea, por esto luchamos con Rusia, ganamos y el mundo nos aclamó. Fue necesario mandar a nuestras tropas a través de Corea.»

—Podían haberlas retirado cuando ganaron la guerra —interrumpió un muchacho.

Il-han levantó la mano.

—Recordad que de momento ahora somos japoneses. El profesor diría. «Si hubiésemos sacado nuestras tropas de Corea, Rusia habría vuelto. No, Corea debe continuar siendo nuestro bastión, además necesitamos más tierra para nuestra población que está siempre aumentando y precisamos nuevos mercados.»

. Se interrumpió y suspiró profundamente.

—No puedo continuar imaginando. ¡Somos patriotas coreanos!

—¿Por qué no luchamos contra los japoneses? —preguntó otro atrevido muchacho.

—Nuestro pecado fueron las disensiones. Disentíamos sobre la manera de vencer a nuestros enemigos y conservar la libertad. La lucha de un clan familiar contra otro ha dividido a nuestra nación durante siglos. Divididos, sucumbimos. Nuestro propio pueblo se levantó contra la corrupción yangban. Bien, todo ha terminado. Ya no existen aquellas grandes familias, los Yi, los Min, los Pak, los Kim, los Choi, y con ellos los Silhak, los Tonghak y todas las demás facciones. Nos une a todos el mismo anhelo de independencia y odiamos a los japoneses en lugar de odiarnos unos a otros. Quizá será más fácil así.

Pasaron las horas. Escuchando siempre por si oían pasos desconocidos y vigilando la puerta. Il-han les enseñaba el coreano y su escritura hangul hasta que amanecía. Había pensado dejarles dormir un rato, pero amaneció muy pronto. Sunia estaba en la cocina y uno de los viejos criados que les quedaban sacó la cabeza por la puerta para avisar a Il-han de que salía el sol. Il-han miró hacia arriba sorprendido.

—Os he retenido toda la noche, niños —dijo—, y no haréis nada en la escuela hoy. Esta noche no vengáis. Dormid y nos veremos mañana. Ahora iros uno a uno para no llamar la atención.

Los miró marchar en distintas direcciones para que nadie sospechase que les enseñaba en secreto. Cuando el sol estuvo lo bastante alto para brillar sobre las montañas ya se había marchado el último alumno. Se sintió repentinamente cansado y fue Sunia quien le hizo darse cuenta. Llegó limpiamente vestida, con aspecto muy activo.

—¿Cuánto tiempo continuarás con las clases? —exclamó—. Pareces un viejo.

—Me siento viejo —dijo— muy viejo.

—Sólo tienes cincuenta y cuatro años —replicó—. Y te ruego que no lo digas porque entonces me haces vieja a mí. Tómate esta sopa de ginseng. ¿Por qué retuviste

a los alumnos toda la noche?

Cogió el bol de sopa, sopló y bebió.

—Vimos una luz que se movía. No pudimos averiguar lo que era.

—Si me hubieses llamado —dijo algo enfadada—, podría haberte dicho que nuestro hijo menor está aquí. Vino por la puerta trasera con una linterna.

—¿Yul-han? ¿Por qué no le hiciste entrar?

—Me lo prohibió.

Estaba limpiando la habitación mientras hablaba, recogiendo trozos de papel que los niños habían dejado, arreglando los cojines y sacando el polvo de la mesa.

—¿Prohibido?

—Estás tomando la costumbre de repetir lo que digo. Sí, me lo prohibió.

La miró dulcemente. La tensión, el vivir en constante temor de una llamada a la puerta, el secreto, la pobreza, habían convertido a su Sunia en una mujer cansada e irritable. Sintió un renovado amor por ella, tierno y piadoso. No tenía sus íntimos recursos, el refugio en la calma de la poesía y la música. Alzó la mano y la cogió de la falda.

—Mi fiel esposa —murmuró.

Las lágrimas acudieron a sus ojos, pero no quiso dejarlas correr.

—No has comido, estoy olvidando mi deber —se dirigió rápidamente hacia la puerta, pero se detuvo de pronto—. ¿Le digo a Yul-han que entre ahora?

—Sí, hazlo.

Antes de que volviese entró su hijo menor. Yul-han era el nombre que se le dio cuando empezó a ir a la escuela, y le sentaba bien de sonido y de significado, «Paz primaveral».

Entonces, a los veintinueve años no era ni alto ni bajo, delgado, fuerte, de cara redonda y agradable sin ser hermosa. Usaba vestidos occidentales como hacían muchos jóvenes en aquellos tiempos bajo el gobierno japonés. Un traje de paño gris, pantalón y chaqueta, una camisa azul de cuello bajo y zapatos de cuero. Tenía un aspecto raro, el aspecto de alguien sin nacionalidad. A Il-han, aunque no lo decía, le desagradaba verle tales vestidos. ¿Significaba que evitaba declararse coreano? ¿Era su hijo tan prudente que evitaba molestias vistiendo de esta manera tan vaga? No quiso contestarse a esta pregunta de índole tan privada.

—Padre —dijo Yul-han y saludó.

—Siéntate, hijo —contestó Il-han e inclinó la cabeza—. ¿Has comido?

—Aún no. Vine pronto porque debo volver a mi escuela.

Il-han no contestó. Su hijo era profesor en una escuela donde, como en todas, se daban las clases en japonés y el plan de estudios lo hacía el Ministerio de Educación japonés. Cuando Yul-han le dijo por primera vez que había aceptado este cargo, Il-han se enfureció terriblemente. Nunca había estado tan furioso.

—¿Te vendes a los invasores? —exclamó.

—Te ruego que consideres mi herencia, la herencia de toda mi generación. ¿Qué nos dejasteis vosotros? Un gobierno podrido por la corrupción y un pueblo oprimido por los yangban. Impuestos sobre todo, pero el dinero obtenido nunca se gastaba para el pueblo. ¿Es raro que el pueblo esté siempre amotinándose y levantándose? ¿Es que hay paz en provincias? ¿Es raro que hayamos estado divididos durante generaciones enteras por una controversia de partidos? ¿Qué significaba sino que estábamos desesperados? Sí, escogí el Il Chon Hui porque de todos nuestros enemigos prefiero a los japoneses. Al menos tratan de ordenar nuestro antiguo caos. El mayor desorden está en nuestras finanzas nacionales. Doscientos japoneses están diseminados por el país buscando nuevas cifras. ¿Por qué digo nuevas? No hay cifras. Nadie sabe cuánto dinero se recoge en impuestos o cuanto se gasta. En cuanto a la propiedad, obtuvimos nuestras tierras porque éramos yangban y tú tuviste especial influencia en la corte.

Allí Il-han le interrumpió:

—Si insinúas que yo, tu padre, estoy corrompido...

—La corrupción es anterior a tu generación y a la de mi abuelo —dijo Yul-han—. Ya no se hacía ninguna distinción entre corte y propiedad gubernamental, Estado y propiedades privadas, o Estado y propiedades imperiales. Pero no sé por qué te cuento esto, tú ya sabes que los magistrados recogían los impuestos como querían y los gastaban a su gusto. Impuestos sobre la tierra, impuestos sobre las casas, pero nosotros, ¿hemos pagado alguna vez impuestos?

—Repites las quejas de tu hermano —contestó Il-han.

Padre e hijo quedaron silenciosos. Todos en la casa estaban apenados porque nadie sabía dónde estaba Yul-chun. No se sabía si había muerto como tantos otros jóvenes al entrar los invasores. Si estaba vivo tendría que continuar en el exilio porque los invasores sabían el nombre de todos los que se habían opuesto a ellos. Durante la guerra con China, los japoneses pasaron por Corea y cuando vencieron, Rusia temerosa de que el Japón se apoderase del país, envió sus tropas a combatirle. El Japón había triplicado sus fuerzas para declarar la guerra a Rusia y venció ganándose la admiración de los poderes occidentales, especialmente de los Estados Unidos, cuyos ciudadanos aplaudieron a la valerosa pequeña nación que se atrevió a combatir al gigante ruso. En su admiración los americanos olvidaron su tratado de protección que prometía la libertad a Corea. Habían prometido que si cualquier país se conducía injusta u opresivamente con Corea, su gobierno intentaría lograr un arreglo amistoso.

Estas palabras tan vagas no significaban nada, le dijo Il-han al rey por aquel entonces y el resultado le dio la razón porque el rey, desesperado cuando llegaron los invasores, llamó a los americanos, a un americano, Homer Hubbert, jefe de la escuela del Gobierno en Seul. Homer Hubbert fue a Washington para hablar en favor de los

coreanos que él, aunque extranjero, había aprendido a amar. El presidente Theodore Roosevelt no le recibió y su secretario de Estado sólo dijo que los Estados Unidos no intervendrían en Corea. Más tarde este mismo presidente hizo abiertamente la siguiente declaración: «Corea es enteramente japonesa» Sin embargo, por el tratado había sido solemnemente convenido que Corea sería independiente. Nadie ayudó a Corea y el Japón sostenía que tenía el deber para con sus hijos y los hijos de sus hijos de anular el tratado; así se anexionó el país. El primer gobernador japonés que llegó a Corea rompió el tratado y dejó volar los trocitos de papel. «Somos civilizados», dijo, y para probarlo no hizo decapitar al rey ni a su infeliz hijo. Les concedió una anualidad y los dos vivían en palacio.

Hoy, recordando aquella pregunta no contestada, Il-han miró a su hijo algo burlonamente.

—Quizá te gustará saber que ayer los recaudadores de impuestos japoneses vinieron a recoger los míos.

La cara del joven reflejó preocupación.

—¿Tenías dinero?

—No —dijo Il-han calmamente—. No tengo dinero.

—¿Entonces?

—Les di una hipoteca sobre el campo grande al norte del pueblo.

Yul-han parecía serio.

—Debes contar regularmente con los impuestos. Con tierra o sin tierra, hay que admitir que el dinero se usa bien. Las calles han mejorado mucho, no conocerías la ciudad ahora. No estamos sumergidos en barro cuando llueve, las calles no son alcantarillas ni vertederos y están construyendo carreteras. Hasta han mejorado los caminos y plantan árboles.

—No tengo la intención de viajar —contestó Il-han—. ¿Por qué tengo que pagar carreteras? Te digo que no tengo dinero.

—Aumentará el valor de la moneda con la reforma.

—Te ruego que no me hables de reformas —dijo fríamente Il-han—. He vivido mejor con carreteras fangosas, impuestos mal empleados y los viejos males de siempre que ahora aplastados por la opresión del invasor que está robando las tierras de nuestro pueblo.

—No exactamente robando —dijo Yul-han.

—Yo lo llamo robar cuando entrego mi tierra bajo presión.

—¿No podías pedir un préstamo? —sugirió Yul-han.

—No —dijo Il-han duramente—. No quiero caer en el abismo. Ya sabes cómo es nuestro pueblo, siempre está dispuesto a pedir dinero prestado, incluso cuando no lo necesita, acepta y ofrece préstamos sin pensar en cómo pagará. Luego cuando tiene que pagar pierde la tierra.

—Sin embargo, éste era el viejo sistema de los yangban—replicó Yul-han—. No puedes negar que nuestros antepasados se procuraron así nuestras tierras. ¿Cómo podríamos de otro modo tener tantas?

Como no podía negarlo se enfadó.

—Al fin y al cabo nuestros antepasados eran nuestros propios nobles yangban y no enanos de islas extranjeras.

—Cállate.

Yul-han miró a su alrededor antes de hablar. Se inclinó hacia adelante.

—Padre, me crees un traidor. No lo soy, yo... nosotros... mis amigos, cuando los actuales gobernantes hayan hecho las reformas que necesitamos, recobramos nuestro país. Debemos servirnos de ellos para aprender a dirigir una nación moderna y cuando hayamos aprendido...

Padre e hijo se miraron a los ojos, pero antes de que pudiesen hablar entró Sunia llevando una bandeja con dos bols de humeante arroz.

—¿Se lo has dicho ya a tu padre? —preguntó Sunia.

—No, hemos hablado de otras cosas.

—¿De qué otras cosas tenías que hablar? —preguntó. Estaba de pie secándose las manos en el delantal—. Il-han, este hijo nuestro quiere casarse. Al fin quiere casarse.

Era la preocupación de Sunia últimamente. El gobernador japonés había ordenado que los casamientos prematuros entre coreanos fuesen suprimidos.

—Los casamientos prematuros engendran niños débiles —declaró.

Por esto Yul-han se había negado a casarse demasiado pronto.

—¿Es que no vamos a tener nietos? —dijo Sunia cuando rehusó por primera vez—. ¿No voy a tener una nuera que me ayude en el trabajo de la casa? ¿Y quién cuidará de ti cuando seas viejo?

—Madre —contestó Yul-han con su paciencia habitual—, tus nietos serán más fuertes y mejores si sus padres no son demasiado jóvenes.

—Ahora los jóvenes tenéis respuesta para todo —dijo Sunia amargamente.

Sunia repitió:

—Quiere casarse al fin. ¿Aunque quién le querrá a esta edad? Veintinueve años. Podríamos tener nietos de diez años. Ya es hora de pensar en los nietos.

Ninguno de los hombres habló. Cambiaron miradas de mutua y masculina comprensión. ¿Por qué las mujeres sólo pensarían en traer niños y más niños al mundo? Su única preocupación era la función creadora, ¡hasta Sunia!

Se calló un momento para acercar un cojín:

—Comed, entretanto hablaré. ¿A quién buscaremos para nuestro hijo? Tengo una idea...

Yul-han había cogido los palillos, pero los dejó de nuevo.

—Madre, no necesitas buscar, ya he encontrado la mujer que quiero.

Sunia se quedó con la boca abierta.

—¿Tú? ¿Cómo has podido?

—He podido, madre —dijo Yul-han bromeando— y te gustará. Es también profesora, pero en la escuela de niñas.

—No me gustará —dijo Sunia—. Una profesora. Lo que deseo es una buena nuera aquí en casa. ¿Cómo podré cuidara tus hijos si vives en la ciudad?

—¡Cuánta prisa! —exclamó Yul-han riendo—. Aún no me he casado. Y quizá no me quiera. Aún no le he hablado.

Esto indignó a Sunia. ¿Cómo se atrevería a no querer a su hijo?

—¿Dónde vive? ¿Cuál es su nombre? La visitaré.

—Vive en la capital —dijo Yul-han—. El nombre de su familia es Choi. Su nombre es...

—No me digas su nombre, aún no —mandó Sunia—. Ya habrá tiempo cuando sea mi nuera.

.Yul-han cedió, sonrió y cogió los palillos otra vez.

—Llegaré tarde a la escuela —observó. Comió su arroz y su kimchee y se despidió.

Andaba hacia la ciudad aprisa y alegremente. A pesar de los malos tiempos se sentía aliviado. Había dicho la verdad. Sus padres sabían que había escogido su propia mujer. Hasta que lo supieron no se sintió capaz de romper las tradiciones y acercarse a Induk él mismo. No habían estado nunca solos, pero en las reuniones de profesores habían hablado y luego, cuando supo que su familia era cristiana, fue varios domingos al templo cristiano, en la calle principal de la ciudad. Hombres y mujeres se sentaban separados. Descubrió que las señoras Choi se sentaban en la segunda fila y fue temprano para estar tan cerca de Induk como fuese posible. Veía sólo su suave nuca y la trenza de su negro cabello, cuando cantaba los himnos. A veces veía su perfil, su pequeña y recta nariz, sus labios entreabiertos y la redonda barbilla de un blanco crema. Era alta para ser mujer, pero esbelta y usaba siempre vestido coreano. El último domingo se entretuvo en la puerta de la iglesia para verla y lo detuvo el misionero americano. Este hombre, un rudo sacerdote de cabellos, cejas y barba rojas le tomó de la mano y le habló con voz retumbante.

—Amigo, ha venido varias veces. Bienvenido sea. ¿Desea conocer a Jesús?

Yul-han se turbó y sólo pudo sonreír. En este momento salió Induk. Viendo lo que pasaba se acercó y le presentó.

—Doctor Maclane, éste es Yul-han, profesor en la escuela de niños.

—¿Desea ser cristiano? —repitió el misionero.

—Déjeme descubrirlo —dijo Induk riendo. Sus ojos oscuros y vivos cambiaron una mirada con los de Yul-han.

—Bueno, bueno —dijo el misionero cordialmente. Sus ojillos azules ya seguían a

otras personas, soltó a Yul-han y se alejó rápidamente.

Se habían comprendido y se arreglaron rápidamente para encontrarse una tarde en una clase desierta. Por casualidad, Induk andaba por un corredor dirigiéndose a su casa y viéndola a distancia Yu-han la siguió.

—¡Señorita Choi!

Ella se volvió y esperó.

—¿No empezará á hacer de mí un cristiano? —preguntó con travesura.

Disfrutó de su risa fresca y libre.

—¿Desea serlo? —preguntó.

—¿Cree que me haría mejor?

—No sé cómo es —replicó burlona.

Le gustó su franqueza y su humor y pasearon juntos, conscientes los dos de su decisión de ser modernos. No era fácil romper el muro de la tradición entre hombre y mujer. Induk lo impresionaba demasiado como mujer, lo deslumbraba. La blancura de su piel, el brillo de su negro cabello, la delicadeza de sus pequeñas orejas, su pequeño cuerpo moviéndose graciosamente al andar, su perfume, la dulzura de su aliento. Todo en ella era femenino, cálido, fuerte. Se pararon involuntariamente ante la puerta de una clase vacía, movidos por un mismo impulso entraron y se sentaron en el fondo. La puerta estaba abierta, pero los que pasaban no podían verles. Era peligroso, pero no podían separarse en éste su primer embeleso. Lo que dijeron en estos minutos en que estuvieron solos era sencillo, sin consecuencias, pero él recordó todas sus palabras.

—¿Le gusta dar clase a las niñas?

Una pregunta estúpida se dijo en cuanto la hubo hecho, porque ¿a quién iba a enseñar sino a niñas?

—Me gusta enseñar —dijo ella.

—A mí también.

Se callaron y luego fue ella quien empezó.

—No se haga cristiano a menos que lo desee. Debe seguir su corazón.

—¿Qué ventajas tiene ser cristiano? —preguntó.

—Es difícil decirlo. Mi familia es cristiana y he crecido entre cristianos. Creemos en Dios y esto nos conforta. En la iglesia nos reunimos con otros que también creen en Él.

—¿Cuáles son sus doctrinas?

—No puedo explicárselas en unos minutos. ¿Ha leído el Nuevo Testamento?

—No he leído nada de la religión cristiana. Para mí el cristianismo es una religión extranjera.

—Nada que nos hable de Dios puede ser extranjero. Traeré mañana mi Nuevo Testamento y podrá leerlo. Ahora debemos irnos.

Se levantó y no tuvo más remedio que seguirla. Cuando se separaron en la puerta se marchó hechizado y estuvo soñando con ella hasta el día siguiente, pero aquel día no la vio. Sobre su pupitre había un pequeño paquete dirigido a él. Lo abrió y encontró el libro. No había ninguna carta.

Empezó a leer aquella misma tarde y estaba casi terminando, una noche más y al día siguiente la encontraría y le diría: —He leído el libro. Ahora hablemos.

Cuando su hijo se marchó, Sunia se volvió a Il-han y dijo: —Ve a la ciudad y entérate de qué clase de familia son los Choi, cómo viven, cómo es su casa, qué dicen de ellos los vecinos y cómo son. Choi es un nombre del Norte. Nosotros somos del Sur. ¿Es que vamos a aceptar una nuera del Norte?

Il-han estaba muy trastornado por todo lo que Yul-han le había dicho antes de que Sunia entrase. No podía olvidar las acusaciones que su apacible hijo hizo contra la generación de su padre y anhelaba hacer algunas reparaciones al menos.

—Sunia —dijo—. Iré, iré a ver la casa y consultaré con los vecinos, pero ya es hora que olvides quién es del Norte y quién es del Sur. Recordemos sólo que todos somos coreanos.

Como Sunia no le dejaba en paz cuando se le había metido algo en la cabeza, tres días después fue a la ciudad. No había estado allí desde hacía mucho tiempo. Estaba tal como Yul-han había dicho. Las calles nuevas y limpias. Había muchos cambios. En todas partes vio tiendas nuevas donde comerciantes japoneses vendían sus mercancías y lo mismo ocurría en todo el país. Lo primero que notó fue que, de todas las partes de la ciudad, el barrio donde vivían los japoneses era el más próspero: de un grupo de casas pasó a convertirse en una ciudad dentro de la ciudad. Preguntó a un transeúnte que le contó que el gobernador general vivía en la legación japonesa. Mirando por las verjas abiertas, aunque guardadas por soldados japoneses, vio que habían agrandado y embellecido los jardines.

—Siga, viejo, siga, no está permitido detenerse aquí —le gritaron los soldados.

Continuó su camino. Enfrente de este palacio, en una colina, había otras construcciones. Se volvió a detener.

—¿Qué son estos nuevos edificios? —preguntó.

—Las oficinas y cuarteles del gobernador general, el noble conde Terauchi —contestó el guardia—. ¿No conoces el Yokanfu? Debes ser un campesino.

Il-han no contestó. Lo que el ignorante guardia no sabía era que en este lugar, centro de un gobierno extranjero establecido por invasores, ya hubo una vez un castillo perteneciente a los mismos invasores en tiempo de Hideyoshi, durante la invasión de Taiko Sama. Su lugarteniente más capacitado, Kato Kyomasu, había construido allí un castillo. El castillo fue destruido al ser rechazados los invasores, pero habían vuelto y habían instalado un gobierno en el mismo lugar. Su pueblo era orgulloso, pero había sido dominado. ¿Era casualidad o era el destino?

—¿Cómo has podido enterarte de tan pocas cosas? —le preguntó Sunia cuando volvió;

Sus ojos brillaban de indignación.

—Vas a la ciudad, estás fuera durante horas y luego vuelves para decirme que la casa es como otras y que aunque los vecinos hablan bien de los Choi, olvidaste preguntar de dónde provienen.

—Ya te dije que han vivido en la misma casa durante seis generaciones —contestó Il-han. Estaba muy cansado, pero sabía que no podría descansar hasta haber contestado a las preguntas de Sunia.

—¿No viste a ninguno de ellos? —preguntó ésta.

—Me dijiste que no entrara.

—Podías haber mirado por la cancela.

—Ya miré. Vi dos criados y una joven cortando flores.

—Puede que fuera ella —exclamó Sunia.

—Puede ser —convino.

—¿Era bonita?

—Mira, Sunia, no sé qué contestarte. Si digo que sí, no estarás contenta de mi aguda vista. Si digo que no, me culparás de no haber visto nada. Sólo sé que parecía alegre y saludable.

—¿Tenía la cara redonda o larga?

—No sabría decirlo. Era una cara con las facciones necesarias.

—¡Oh! —dijo Sunia—. ¿Tendré que admitir una nuera que tenga sólo una cara con las facciones necesarias?

Se rió y luego, como estaba tan cansado y preocupado por cosas que no le podía explicar, continuó riendo hasta que Sunia se alarmó.

—¿Has bebido? —preguntó.

—No, no —dijo secándose las lágrimas— sólo me río.

—De mí, me temo.

—De las mujeres —dijo— Los hombres siempre se ríen de las mujeres. Esto es todo.

—A pesar de haber vivido tanto tiempo contigo —suspiró Sunia—, no te entiendo.

Le miró seriamente un momento, luego burlescamente, como si le estuviese juzgando y también empezó a reír.

—¿Y de qué te ríes tú ahora? —preguntó sorprendido.

—De ti, ¿no puedo reírme?

—Sí —dijo él—. ¿Por qué no?

No estaba contento, aunque no sabía por qué. Cogió su libro dándole a entender que la despedía y ella obedeció aún sonriente. Sus vivos ojos brillaban alegres y

traviosos.

La primavera maduró. Los ciruelos florecieron, cayeron sus pétalos, luego florecieron los cerezos, melocotoneros, manzanos y granados. Las flores dieron frutos. Yul-han soñaba. No fingía ya que era casualidad cuando encontraba a Induk y ella tampoco. Se encontraban sus ojos cuando estaban en compañía de otros, pero cuando estaban solos dejaban hablar sus corazones. Nunca hablaban de amor porque no era necesario. Los dos sabían que no pensaban más que en el matrimonio. En el Este era costumbre que el hombre se ofreciese él mismo a la mujer, pero era una costumbre demasiado moderna. Si el acercamiento era tan atrevido, ella, en su modestia, podía sentirse repelida por él. Pensaba día y noche en qué podría hacer para expresarle su amor y su deseo. La nueva manera era demasiado moderna, pero la vieja demasiado pública. Una casamentera profesional era sólo una vieja ordinaria. No deseaba que sus padres se acercasen a la familia de Induk. El bullicio de las madres y la formalidad de los padres pertenecían al pasado. Induk era cristiana y desearía una ceremonia cristiana. Era un grave peligro casarse con una cristiana. A los japoneses no les gustaban los misioneros ni su religión. Los misioneros simpatizaban con los coreanos y su religión era revolucionaria en sí misma. Un día encontró la solución para pedir a Induk si quería ser su mujer.

Era un domingo por la tarde. Se habían citado en uno de los nuevos parques de la ciudad. Pasearon hasta un tranquilo estanque bordeado de sauces llorones. Extendió su abrigo sobre un banco para que se sentase encima y juntos miraron los peces que nadaban entre los lotos. Era el momento adecuado. Empezó tímidamente, preguntándose si se atrevería a cogerle la mano.

—Induk. Tengo algo que decirle.

—¿Qué es? —preguntó ella sin volver la cabeza.

Al otro lado del estanque un florido membrillero crecía a la sombra de los sauces. Contemplaban sus pétalos rojos cayendo en el agua. Los peces se precipitaban sobre ellos y después huían. Continuó lentamente sintiendo que sus mejillas ardían.

—¿Iría conmigo al adivino?

Su voz era tan baja que temió que se perdiese en el rumor del pequeño surtidor del estanque, pero lo oyó.

—¿Usted cree en adivinos? —preguntó incrédula.

—Para descubrir si nuestros años de nacimiento concuerdan —dijo.

Ella comprendió. Se dio cuenta por su súbita inmovilidad.

No se movió ni habló. La miró de reojo y vio cómo se ruborizaba hasta las orejas. ¡Era tímida! Ella que parecía siempre tan calmada, tan competente, tan segura de sí misma, era tímida ante él. Entonces se desvaneció su propia timidez. Se puso en pie y le tendió la mano.

—Vamos —mandó— Iremos ahora.

Le miró dudosa:

—¿Solos? ¿Los dos? ¿No le parecerá raro al adivino?

—¡Qué importa! —dijo atrevido.

Sonrió mirándola a los ojos e infundiéndole su propio valor.

Ella le cogió la mano y se puso en pie ligeramente. Cogidos así avanzaron en la naciente oscuridad a través del solitario parque y llegaron a una estrecha callecita. Allí en la esquina, un viejo adivino sentado bajo la mortecina luz de una linterna de papel que se balanceaba sobre su cabeza, esperaba clientes. Ante él había una mesita y sobre ella los utensilios de su negocio. Miró a través de sus anteojos de concha a Yul-han e Induk.

—¿Qué quieren saber? —preguntó con su voz ronca y cascada a causa de las inclemencias del tiempo.

—Quisiera saber si nuestros, años de nacimiento están de acuerdo para el matrimonio.

Y dijo los años en que Induk y él habían nacido. El adivino murmuró extrañas palabras entre dientes, hizo unos signos extraños y manoseó libros antiguos y muy usados. Ellos esperaban cogidos de la mano, escondidos detrás de la mesa. Al fin les miró y se sacó los lentes.

—Tierra —declaró— Los dos pertenecen a la tierra.

—Es decir, ¿a qué animal?

Entonces frunció sus mustios labios y reflexionó en voz alta mientras estudiaba de nuevo sus libros.

—Solamente viéndoles casi puedo adivinar cuál es su signo. Ustedes no son ni cerdo, ni culebra, ni rata...

Se calló mientras su larga y sucia uña trazaba rayas en las hojas de sus libros.

—¡Ah! —dijo— Están a salvo los dos., Usted, el hombre, es dragón, usted la hembra, es tigre. El dragón es más fuerte que el tigre, pero el tigre es fuerte y luchará a veces con usted aunque nunca le vencerá porque el dragón se sienta más alto, siempre en las nubes.

Aunque se declaraban incrédulos se sintieron aliviados. La tradición siempre es poderosa y un hombre no debe casarse con una mujer cuyo animal es más fuerte que el suyo o ella le gobernará sin remordimiento ni ternura. Los dos se avergonzaban de sentir alivio.

—Lucharé con usted, parece —dijo Induk.

—Y perderá siempre, recuérdelo —contestó Yul-han. .

Induk suspiró con pretendida desesperación y Yul-han se rió.

—¿No está usted escandalizado de que estemos informándonos nosotros mismos? —preguntó.

El anciano acarició sus grises y escasas patillas.

—Ni mucho menos —dijo—. Los jóvenes de ahora se informan por sí mismos.

Estaban demasiado sorprendidos para contestar y se fueron en silencio. Su alegría había aumentado. Cuando se separaron, Yul-han estrechó sus dos manos largo rato a la sombra de una puerta.

—Así hay muchos como nosotros —murmuró antes de dejarla ir.

Il-han no tomó gran interés por la boda. Después de todo era cosa de mujeres. En realidad la boda sólo podía traer discordias en la casa, porque la joven con quien se quería casar Yul-han rompía todas las tradiciones viniendo ella misma a ver a Sunia, su futura madre política. Ante la sorpresa de Il-han, cuando llegó sola con una vieja sirvienta pidió ver la casa y a su futuro suegro. Le interrumpió Sunia que llegó sin aliento a la biblioteca para darle estas raras noticias.

—Ella está aquí —exclamó Sunia.

—¿Ella? —repitió Il-han.

—La mujer... la joven de Yul-han —se paró sin saber qué decir. Prometidos no estaban aún y si usaba la palabra «amiga» podía interpretarse mal—. Su nombre es Induk —acabó diciendo.

—¿Y bien? —preguntó Il-han.

—¿Qué hacemos? Quiere vernos a los dos.

—Dile que estoy ocupado —dijo Il-han con prontitud.

—¿No creerá que es un desprecio? —dudó Sunia—.

—Pero, ¿qué dirán los vecinos si la recibes?

Yul-han llegó por otro lado a tiempo de oír estas palabras. Entró y cerró la puerta tras él. Había corrido y respiraba aceleradamente.

—Recordad que todo es diferente hoy en día. Ella da clases a las niñas y yo a los niños, pero nos vemos en los corredores de los patios de recreo. Le he pedido yo mismo que fuese mi esposa y me ha dicho que sí. Quiere que nuestra boda sea moderna.

—¿Qué es exactamente lo moderno? —preguntó Sunia con algún desdén.

—Pues no desea que le regaléis los habituales vestidos rojos y verdes. Dice que una sortija en su dedo el día de la boda es suficiente.

—¿Qué quiere decir suficiente? —preguntó Sunia—. Los vestidos rojos significan la pasión necesaria para la felicidad del matrimonio y el verde significa que envejeceréis juntos. ¿Cómo vais a decir estas cosas si no es por medio de los regalos?

Yul-han se encogió de hombros. No podía decirles ciertas cosas a sus padres. Los agudos ojos de Sunia lo advirtieron e inmediatamente continuó:

—Seguro que esta joven no es seria. Además no sabemos si el matrimonio será propicio. Hay que llamar a los adivinos. No sabemos ni vuestros años de nacimiento. ¿Cómo vamos a saber la combinación de vuestras vidas?

Yul-han sonrió. Fue hasta la puerta del jardín y permaneció allí. Las peonías

estaban en flor y los colores de sus flores rojas y blancas resaltaban sobre la hierba verde. En el estanque croaba una rana.

—En broma —dijo—, ella y yo fuimos a consultar un adivino. Hemos nacido los dos en un año de la Tierra y aunque ella es tigre yo soy dragón.

Sunia no tenía más remedio que sentirse complacida.

—¿Es verdad? ¿Tierra? Así, al igual como las ramas de los árboles estallan en flores, vuestros hijos crecerán y serán felices —se volvió a Il-han radiante—. Tendremos ocupación para nuestra vejez.

—Si creemos en estas cosas —dijo Il-han secamente.

Sunia no quiso desanimarse.

—Hay algo en estos símbolos. No olvides que nuestros antepasados vivieron en su creencia. ¿Somos nosotros mejores que ellos?

Los dos hombres callaron, cada uno con sus pensamientos. Yul-han pensaba que la única felicidad de su madre vendría de él e Induk e Il-han que en esta época de su vida no quería turbar la fe y esperanza de Sunia. Se quedaron silenciosos mientras Sunia continuaba charlando.

—Es estupendo que no tengamos que pagar adivinos. Aunque hay que hacer una buena boda. Prepararemos tu sombrero de boda y tu cinturón y repararemos el viejo palanquín para ir a buscar la novia después de los tres días de ceremonias. Las cortinas están hechas trizas.

—Recuerda que pertenece a una familia de la ciudad y yo también —advirtió Yul-han—. No deseamos una boda anticuada. ¿Crees que vaya aguantar estas payasadas?

Habló con energía no corriente en él. Il-han se sorprendió de que su apacible hijo pudiese parecerse, aunque fuese sólo unos instantes, a su hermano mayor. Pero Sunia se impacientaba.

—¿No vamos a hacer una boda decente? —preguntó—. Claro que somos pobres ahora, como todo el mundo, pero no tanto para no poder casar a nuestros hijos debidamente. ¿Hijos? Tu hermano mayor no quiso casarse. ¿Dónde habrá estado todos estos años y sin ninguna mujer que lo cuidase? No sabemos dónde está. Al menos que tu boda sea celebrada según la ley y la tradición.

—Madre —le rogó Yul-han—. Te suplico que nos dejes hacerlo a nuestro gusto.

Ya era hora de que Il-han interviniese.

—Sunia, pensémoslo. Cierto que los tiempos han cambiado y no estoy seguro de que el cambio no sea beneficioso. Recuerdo el día de nuestra boda sin gran placer. Todas aquellas locuras de echarme cenizas encima al salir de casa para acudir a la tuya, mis parientes siguiéndome, el portador del arca nupcial con la cara pintada de negro para hacer reír a la gente, tú cubierta con una capa de polvos blancos y una chaqueta amarilla y azul con la falda roja, tu familia saludando cuando llegué. Mientras duró la fiesta de la boda nos molestaron hasta el punto que temí que llorases

y estropeases tu maquillaje. Luego me ataron las piernas y me colgaron de las vigas de la casa para hacer que les prometiese otra fiesta. Aquellas tres noches de luna de miel que pasé en casa de tu padre no fueron alegres, puedo asegurártelo, con amigos y vecinos bromistas escuchando en nuestra puerta.

Sunia abría mucho los ojos.

—¿Y todos estos años te guardaste esto dentro?

—Hasta ahora que lo digo para defender a mi hijo —rió Il-han.

No cedieron, y Sunia no tuvo más remedio que rendirse. Los miró sin decir nada, Il-han hizo un signo a Yul-han. Este salió y volvió con una alta y bella joven cuya fresca piel, oscuros y vivos ojos proclamaban a gritos su salud. No era atrevida a pesar de sus maneras tranquilas, porque saludó a Il-han y no habló hasta que lo hizo él. Il-han se puso sus lentes de concha y la miró en silencio, luego inclinó la cabeza.

—Bienvenida a mi casa —dijo— Rompemos las tradiciones pero los tiempos son distintos. —Luego se quitó los lentes—. Perdóname —dijo—. No es descortesía, mis ojos no son los que eran.

Era verdad, las clases nocturnas a la luz temblorosa de una vela habían debilitado su vista.

—La necesidad no es descortesía, señor —dijo ella.

No había más que decir. En seguida se fue tan graciosamente como vino.

—Por favor, madre —dijo dulcemente—, venga conmigo. Tendió la mano y Sunia no pudo resistir su cariñosa voz y ojos suplicantes. Cogidas de la mano, las dos mujeres salieron de la habitación.

Yul-han, solo con su padre, pensó que había llegado el momento de confesarle que Induk era cristiana. No sabía si aceptaría la boda cuando lo supiese, y el día antes había intentado preparar a Induk.

—¿Cómo voy a decirle a mi madre que nuestra boda será celebrada según el rito cristiano? Ya sabes que las mujeres se complacen en estas bodas a la antigua.

—Déjamela a mí —replicó Induk—. Díselo sólo a tu padre. Si les hablamos acertadamente los ganaremos por separado, y el uno nos ayudará con el otro.

Tenía una tranquila seguridad esta joven hembra que iba a ser su mujer, y a veces Yul-han sentía cierto temor. ¿De dónde sacaba tanta sabiduría? Era posible que su extraña religión le comunicase un poder desconocido. Nunca le hablaba de religión, ni para preguntarle si había leído el libro que le prestó o si quería ser cristiano también. Sabía que rezaba a aquel Dios desconocido e iba cada siete días al templo cristiano. Alguna vez, sin embargo, hablaba del misionero, a veces riendo, porque era muy extraño, pero siempre con respeto.

—Es bueno —le decía a Yul-han— e incorruptible. Además está de parte de nuestro pueblo. Se arriesga por nuestra causa.

Una vez le dijo que sus padres deseaban que la ceremonia de la boda fuese

cristiana, ella también lo deseaba, pero hablaban muy poco, era difícil verse porque las viejas costumbres les ataban. Si les hubieran visto solos, habrían tenido que dejar sus puestos en la escuela, porque una conducta así podría conducir a sus alumnos a una libertad nunca vista. Por esta razón a Yul-han le urgía casarse. Después de todo, como marido y mujer ya podrían descubrirse mutuamente.

—Padre, necesito tu consejo.

Il-han sonrió secamente.

—No es corriente en nuestros tiempos oír tales palabras. Intentaré serte útil, sin embargo.

Yul-han fingió no darse cuenta de esta ironía natural a su edad.

—Lo que tengo que decirte no te escandalizará, porque ya conoces estos tiempos, pero me temo que mi madre sí lo hará.

Aquí hizo una pausa tan larga que Il-han se impacientó.

—¿Y bien? —preguntó.

—Su familia es cristiana —dijo Yul-han haciendo un esfuerzo— y ella desea casarse por la Iglesia Cristiana.

Ya lo había dicho, y tal como exigía la costumbre, no había nombrado a Induk por su nombre. Sentado inmóvil sobre el cojín, intentó cobrar ánimos para levantar la cabeza y mirar a su padre sentado al otro lado de la mesa. Lo que vio no era muy alentador. Sus cejas estaban fruncidas y sus ojos eran estrechas aberturas bajo los párpados medio cerrados. Su larga y delgada mano se movía tirando de su rala barba gris.

—¿Por qué esperaste para decírmelo? —preguntó.

—¿Habría sido distinto si te lo hubiese dicho antes?

Dejó caer la larga y fina mano.

—¿Quieres decir que te habrías casado con ella de todas maneras?

—Sí.

Padre e hijo se miraron a los ojos.

—Los dos —dijo Il-han al fin— sois iguales. Me refiero a tu hermano y a ti. Testarudos y voluntariosos, él con sus estallidos, su carácter y sus palabras salvajes, tú confuciano, siempre suave y aparentemente de buen carácter, pero eres el peor de los dos, siempre me decepcionas.

—Lo siento, padre —dijo Yul-han.

—¡Sentirlo! ¿Quiere decir esto que cambiarás?

—No, padre.

—Supongo que te harás cristiano también.

—No lo sé.

Il-han cerró los ojos, cogió un abanico de papel negro y se abanicó durante un rato.

—¡Americanos! —dijo al fin con los ojos entrecerrados y abanicándose—. ¿Sabes que nos traicionaron? ¿Has olvidado que rompieron su tratado con nosotros? Cuando nos invadieron favorecieron al invasor. ¿Hablan ahora contra él? No, no lo hacen. Predican su religión, dicen que debemos someternos. Dicen que no son antijaponeses. Hasta nos animan a hacer justicia a nuestros opresores. Nos piden que recordemos que Corea es la parte más expuesta del Imperio japonés. Imperio japonés, piénsalo, no nuestro país. La base rusa de Vladivostok está muy cerca, nos dicen. Manchuria está sólo a unas horas del puerto chino de Chefú, por eso los japoneses deben gobernar Corea.

—Ganaron la guerra con Rusia y... —le interrumpió Yul-han. Il-han le interrumpió a su vez:

—Las causas de la guerra existen todavía. Rusia no tiene ningún puerto libre de hielos en el Pacífico.

—Padre —rogó Il-han—, estábamos hablando sólo de mi boda. ¿Por qué discutimos de política?

—Nada es privado en nuestros días —replicó Il-han—. Si entras en una familia cristiana cargarás con sus culpas. ¡No olvides que de los veintiún coreanos que intentaron matar al primer ministro japonés, dieciocho eran cristianos! —Il-han hizo una pausa y apuntó a su hijo con su largo índice—. ¿Cuál fue el resultado? Mandaron al conde Terauchi que gobernase sin ninguna clase de indulgencia porque creyeron que algunos desesperados se escondían entre los cristianos. Se rodea de oficiales y soldados cuando viaja por nuestros pacíficos campos, lo vi con mis propios ojos, sólo hace unos días pasó por nuestro pueblo con un ejército a su alrededor. Tu madre estaba temblando. Creía que me buscaban. Yo no soy tan importante, le dije.

—No quiero discutir contigo. Sólo te pido que contestes una pregunta. ¿Irás a mi boda?

Las cejas de Il-han se arquearon.

—¿Insistes en esta boda?

—Sí —dijo Yul-han fríamente.

—No iré ni dejaré que vaya tu madre.

Padre e hijo cambiaron una larga mirada.

—Lo siento, padre —dijo Yul-han. Hizo un profundo saludo y se fue.

Se encontró con Induk al día siguiente, era fiesta, el día decimoséptimo del cuarto mes lunar y sexto del sexto mes solar. Por tradición, este día se trasplantaban los planteles de arroz de la tierra seca a los campos de agua, y aunque lo hacían los campesinos, lo celebraban también las gentes de la ciudad, porque el arroz es el alimento de la vida.

Aquella pareja había aprendido a conocer la ciudad y los sitios donde podían

encontrarse. Aquel día habían planeado pasear fuera de las murallas por algún sendero rural. Sus encuentros habían sido breves hasta ahora, siempre habían procurado que no les vieses. Aquel día, sin embargo, no tenían prisa, porque estaban lejos de los que podían conocerles. Se encontraron en la puerta oeste. Yul-han se detuvo a comprar dos panecillos para el almuerzo. Se dirigieron hacia las montañas apartándose del bullicio de la ciudad. El sol calentaba ya bastante cuando empezaron a trepar por las laderas de las desnudas montañas.

—Aquí hay un abrigo —dijo Yul-han.

Dejó el estrecho sendero y se detuvo bajo una roca saliente.

Allí podían escapar del ardiente sol. Apartó unas pequeñas piedras y cogió musgo de una cueva poco profunda y lo esparció como un cojín para que ella se sentase. Se sentaron uno junto a otro, pero no demasiado cerca, algo intimidados en su nueva soledad. A su alrededor la noble inmovilidad de la montaña, sobre ellos el profundo y apasionado azul del cielo. En silencio, Induk sacó de una cesta una botella con té, ofreció una taza a Yul-han, luego ella también tomó una. Estaba frío, bebieron y contemplaron la ciudad. El paisaje era espléndido. Las altas y rocosas montañas guardaban una joya, la ciudad, situada en el profundo y verde círculo del valle. El sol hacía brillar los tejados y ocultaba la pobreza de las cabañas y las calles llenas de gente.

—Tengo hambre —dijo Yul-han.

Cogió el pan, partió un panecillo para ella y comieron. Sentía una paz que nunca había sentido. Ella estaba tan cerca que podría haberle cogido la mano, pero no necesitaba hacerlo. Estaban juntos, tenían una larga vida por delante, siempre juntos. Nada sería precipitado ni transitorio. Estaban construyendo los cimientos de su futuro, incluso en este silencio. Comió cuanto quiso y se apoyó en el banco que formaba la roca profundamente satisfecho.

Fue Induk quien habló primero.

—No te he contado lo que tu madre me dijo cuando le expliqué que mi familia era cristiana.

—Cuéntamelo —exclamó Yul-han con ansiedad, mirando su cara tranquila.

—Al principio —continuó Induk—, no podía creerme. Luego estaba confundida, me preguntó qué significaba ser cristiano. ¿Significaba que no le dejaríamos ver a nuestros .hijos? Le prometí que los vería. Le dije que sería lo mismo, excepto que nuestros hijos no irían al templo a adorar a los dioses budistas, sino que irían a la iglesia cristiana y aprenderían las enseñanzas de Jesús. «¿Quién es Jesús?», me preguntó. Cuando se lo dije pareció apenada. «Es un extranjero», exclamó.

¿Sus hijos cristianos? La idea era nueva. Yul-han no estaba seguro de que le gustase.

—No he pensado en los niños —dijo lentamente.

A lo lejos, contra el cielo azul y púrpura, un águila se remontaba hacia el sol.

—¿No quieres que sean cristianos? —preguntó Induk.

—¿Cómo puedo saberlo? No sé nada de esta religión.

—Pero es la mía.

—¿Ha de ser la mía?

Lo miró pensativamente reflexionando antes de contestar:

—¿Leíste el libro que te di?

—En parte.

—¿Qué te pareció?

—Es un libro raro —dijo con la misma voz lenta, como alguien que está soñando—. Cuando uno lo lee... bien, hay una historia corta en la última parte, una revelación. Alguien, no sé quién, comió un pequeño libro. Se lo ordenó un espíritu del Cielo o quizá del Infierno. No pude averiguarlo, ya que es todo una especie de poesía, pero aquel hombre se lo comió. Lo encontró dulce, pero cuando lo hubo tragado fue perdiendo su dulzura y su sabor se volvió amargo. Lo mismo me pasó a mí. Cuando leí tu libro me sentí invadido de dulzura, pero al pensar en él sentí amargura.

—¡Oh! ¿Por qué? —preguntó suavemente.

—No lo sé —respondió—. Sólo lo intuyo. Es peligroso adoptar una nueva religión en un viejo país. Es una decisión explosiva.

No deseaba explicarle las razones de su padre, al menos la primera vez que estaban solos de verdad.

—¿Quisieras que no fuese cristiana? —preguntó después de un rato de silencio.

—Quiero que seas tú misma —contestó—. Sea lo que sea, esto es lo que quiero.

—Si no eres cristiano tú, no deseo serlo yo; no quiero estar separada de ti.

Su corazón se inundó de ternura. ¿Abandonaría tantas cosas por él? No lo permitiría, pero sintió que la sangre corría cálidamente por sus venas.

—Nada puede separarnos —dijo— ¡Nada, nada! Y te prometo que hablaré con el misionero. Aprenderé algo más acerca de este Dios en el que tú crees. Si puedo llegar a creer en Él, no me volveré atrás.

—Pero, ¿nos casaremos por mi religión?

—¡Sí! Yo no tengo ninguna. Nos quitaron nuestras viejas creencias y nada nos han dado en su lugar. ¿Por qué digo que nos las quitaron? Quizá murieron a causa de su propia vejez e inutilidad. El tiempo será nuestro mejor guía porque nos amamos.

Entonces se atrevió a cogerle la mano, se aproximaron uno al otro intimidados y, sin embargo, anhelando algo más. Pero las viejas tradiciones los ataban. La palma de la mano de un hombre, decían, no debe tocar la de la mujer porque es un lugar de comunicación donde un corazón late cerca de otro. Es el primer contacto amoroso entre un hombre y una mujer, y para ellos una experiencia virgen. A este primer

contacto seguía la consumación del amor.

Mantuvo su palma contra la de ella hasta que se asustó de su creciente pasión, a la que no debía ceder.

—Vamos —dijo resueltamente—, ya es hora de que volvamos a la ciudad.

El día de su boda fue fijado para el solsticio de verano, el tercer día del mes lunar y el veintiuno del mes solar. Yul-han avisó a su padre y a su madre y les dio el nombre de la iglesia en que se celebraría la ceremonia. Él no sabía si asistirían, no llegó ninguna carta de ellos ni por el viejo criado ni por el sistema postal que los japoneses habían reformado y puesto en funcionamiento otra vez. Ni Induk ni él hablaron de sus padres, pero los dos esperaban durante los días de vacaciones. Los últimos días antes de la boda no volvió a visitar a su padre por miedo a que su madre insistiera en que debía llevar a Induk a vivir allí. Induk deseaba una casita propia y él había planeado pedir a su padre una parte de la tierra que heredaría. Había ahorrado dinero para su construcción, pero no podía comprar la tierra, porque su precio había subido desde que los japoneses estaban comprando en todas partes. Ningún coreano podía comprar a menos que tuviera influencia.

El día de la boda amaneció brumoso. La estación llamada Pequeño Calor era más calurosa que de costumbre, y el sol lucía en el cielo como un disco de plata.

—¿Llevaré mis vestidos coreanos? —preguntó a Induk.

—Solamente te he visto con estos vestidos occidentales —respondió ella dudosa—, pero me gustaría casarme con un coreano vestido de coreano.

Su mejor amigo le ayudó a vestirse. Era un profesor de matemáticas apellidado Yi, su nombre de pila era Sung-man, un secreto revolucionario pero un hombre alegre. Sung-man no se había casado y bromeaba ayudándole a ponerse los vestidos blancos, los zapatos en forma de barca de goma japonesa y el sombrero de intelectual de crin, copa alta y ala estrecha.

Sung-man miró a su alto amigo. Él no era guapo, era bajo, robusto y desmañado.

—¿Eres tú? —exclamó.

—Me encuentro raro —reconoció Yul-han—, como si fuese mi abuelo.

A pesar de sus vestidos, fueron andando a la iglesia. Sugman daba dos pasos por cada uno de los de su amigo. Llegaron a la iglesia y entraron. Los bancos estaban llenos de gente, hombres a un lado y mujeres en otro. En el altar el misionero esperaba vestido de negro. Se oía una música extranjera, una clase de música que Yul-han no había oído nunca. Avanzó por el pasillo central sin mirar a ninguna parte. Sung-man iba detrás de él. El misionero les hizo colocar a su derecha, en el altar. Mientras esperaban, aquella música suave se trocó en una más ruidosa y clara, muy alegre. Yul-han vio a Induk avanzando por el pasillo al lado de su padre. Delante de ella andaban dos niños, sus hermanos, echando flores a su paso, y detrás su madre y su hermana mayor. Pero era a Induk a quien miraba. Llevaba una amplia falda de

satén rosa bordada y una chaqueta corta que hacía juego con ella. Se ocultaba a medias bajo un velo de fina seda blanca. Avanzó firmemente hacia él y subió los dos escalones mientras él esperaba tratando de no mirarla, pero viéndola siempre, hasta que llegó a su lado. De la rara ceremonia no recordaba nada, sólo que cuando el misionero le preguntó si quería a Induk por esposa contestó en alta voz que sí quería, y que para esto había ido allí. Se sorprendió de las risitas ahogadas de algunas mujeres y se preguntó si había dicho alguna cosa que no debía. El misionero continuó, y antes de que se recobrase oyó que les declaraba marido y mujer. Dudó, sin saber qué tenían que hacer, pero Induk le guió amablemente cogiéndose de su brazo, y se encontró caminando por el pasillo con ella.

Había olvidado a sus padres con la agitación de la ceremonia, pero al llegar a la puerta vio a su padre en pie, al final del último banco, y pasó lo bastante cerca de él para tocar su hombro. Padre e hijo se miraron, el uno con gravedad, el otro con asombrada gratitud. Ahora, Induk y él estaban en la puerta y salían del templo. Ya estaba hecho, Yul-han era un hombre casado.

—¿Por qué queréis construir una casa? —preguntó Sunia-Nuestra casa está vacía de niños. Cuando muramos será vuestra.

Yul-han e Induk se miraron. ¿Cómo le explicarían que esta generación era diferente? Sunia había ido a casa de su marido cuando se casó, al hogar de sus antepasados. ¿A qué otro sitio podría haber ido o dónde hubiese querido ir si no?

Ella continuó dirigiéndose a Induk.

—¿Es que crees que no quiero tener una cristiana en casa?

—Seguro que no, madre —dijo rápidamente Yul-han.

—Madre tiene razón y no la tiene —intervino Induk—. El ser cristiana me hace diferente a otras jóvenes. Usted es buena pero encontraría molesto tenerme en casa.

—¿En qué eres diferente? —preguntó Sunia dudosa pero determinada a realizar su deseo.

Induk se volvió hacia Yul-han.

—¿En qué soy diferente?

Él movió la cabeza pensándolo.

—No he tenido tiempo de saberlo, pero eres diferente.

Sunia cedió pero se quejó en privado a Il-han.

—Ella desea cuidar sola a su marido. ¿Es esto propio de una buena nuera? ¿Quién trajo al mundo a su precioso marido? ¿Quién sino yo?

—Me olvidas a mí —empezó Il-han, pero Sunia le hizo callar.

—¡Hombres! —dijo— Vosotros no pensáis si lo que hacéis engendra un hijo. Sí, sí, sois necesarios, si no, ¿por qué una mujer pasaría su vida cuidando de vosotros? Pero somos nosotras las que creamos a los hijos, vosotros sólo contribuís con algo semejante a unas gotas de agua sobre una flor abierta.

—Cálmate —dijo él con dignidad—. Dime lo que quieres y veré si es posible, pero no me hagas prometer que vivirán bajo nuestro techo. Ahora todo es distinto. Además, aún no sé si deseo que una cristiana viva bajo mi mismo techo.

Se decidió que Yul-han construiría una casa junto a la de su padre pero con entrada distinta. Durante los meses de verano, los meses de su gran felicidad con Induk, empezaron a construir su propia casa. Con la ayuda de un criado trajo de las montañas piedras grises y cedros del bosque para el tejado, pero para cubrirlo empleó una compañía japonesa que construía tejados con tejas. Su padre se disgustó. Un día al dar su habitual paseo por el jardín para ver la nueva casa, exclamó:

—¿Compras tejas al enemigo en lugar de usar el bálago de nuestros campos?

—Padre —contestó Yul-han sin parar de trabajar. Estaba haciendo una ventana—. Hay que cambiar el bálago cada tres o cuatro años mientras las tejas rojas duran un siglo.

—Eres demasiado optimista —dijo—, ya basta con pensar en tres o cuatro años. ¿Quién sabe si alguno de nosotros morirá antes?

—Tú eres demasiado pesimista —contestó Yul-han alegremente.

La construcción de la casa duró hasta que abrieron las escuelas después de la cosecha. Él debía continuar en la escuela y también Induk, ella al menos hasta que tuviera un hijo. Aquel verano vivieron con sus padres y fue entonces cuando empezaron a comprender los sufrimientos de su pueblo.

En la aldea vecina, Yul-han una noche oyó un lamento de mujer, chillando y pidiendo ayuda. Estaba trabajando solo, era tarde y estaba a punto de dejar su tarea porque los mosquitos zumbaban en sus oídos cuando la voz llegó a él en oleadas de agonía, traída por el viento de la noche. Dejó su paleta y escuchó aquellas sollozantes palabras repetidas una y otra vez. Alguien, una niña, llamaba a su madre. Fue a buscar a Induk; estaba en el pequeño porche de la cocina golpeando sus vestidos limpios para suavizarlos sobre la pulida piedra de planchar, a su lado había una jarra de ardiente carbón vegetal sobre el que reposaba su pequeña plancha de largo mango. Se detuvo para gozar del cuadro que presentaba arrodillada en el suelo de madera a la luz de una linterna de papel, el viento agitaba sus cabellos al golpear con dos mazas de madera la ropa extendida, su camisa. Su mujer, cuando se ocupaba de las labores de su casa, podía parecer la más sencilla de las mujeres. Aquel sonido era típico del campo. Sin verle, Induk levantó la plancha de las calientes cenizas.

—Una mujer está lamentándose en el pueblo —le dijo Yul-han—. Algo malo pasa.

Induk dejó a un lado los mazos de madera y la plancha.

—Vamos —exclamó.

Allí estaba la diferencia. Una mujer corriente hubiese dicho que podía ser peligroso mezclarse en las complicaciones de los demás. Podía causarles molestias.

Ella sólo pensaba en ir a ayudar. Andaban por la carretera silenciosos pero rápidos. A los gritos habían seguido gemidos que venían de una de las tabernas del pueblo. Aunque era pequeño había tres tabernas. Antes de la llegada de los invasores no había ninguna. A estas tabernas iban los hombres a beber y a buscar mujeres. A causa de la gran pobreza de los campesinos era fácil comprar muchachas y pocas se atrevían a rebelarse porque éste era el único empleo que salvaba a sus familias de la miseria.

—Déjame entrar sola —dijo Induk cuando llegaron a la puerta de la casa de placer.

—No te dejaré entrar sola en un sitio así —declaró Yul-han. Entraron juntos. Una vieja desaliñada fue hacia ellos.

—Somos vecinos —explicó Induk—, hemos oído gemidos y pensamos que podían necesitar ayuda.

La vieja les miró con sus ojos medio ciegos y no contestó.

Pero antes de que Induk pudiese continuar, una jovencita salió corriendo de la casa con las ropas medio arrancadas del cuerpo, su pelo en desorden y la cara arañada y sangrando. Un hombre corría tras ella. Induk extendió los brazos y la detuvo. Yul-han se interpuso entre el hombre y ella. El hombre no reconoció a Yul-han porque éste había vivido en la ciudad los últimos años. Se arremangó e hizo ademán de atacar.

—Cuidado —dijo— soy su marido.

El hombre retrocedió y los miró a los dos. —¿Entonces por qué están aquí? —preguntó. Induk dio un paso adelante y contestó:

—Oímos gritos de socorro.

El hombre la miró insolentemente.

—¡Debe ser cristiana!

—Lo soy —dijo Induk muy tranquila.

El hombre la miró despreciativamente.

—Vosotros, los cristianos, siempre estáis donde no debéis estar. Un día de éstos os pasará algo.

—¿Es coreano? —preguntó Yul-han—, porque habla como un japonés.

El hombre le miró hoscamente.

—He pagado dinero por esta chica. Me pertenece.

—No pertenezco a nadie —contestó la muchacha—. Me engañó. Me dijo que tendría que trabajar en la cocina, no esto y le escupió en plena cara.

El hombre la insultó e intentó abalanzarse sobre ella, pero Yul-han de un empujón lo echó al suelo.

—No olvide que soy el hijo de mi padre —dijo duramente.

El hombre se levantó y retrocedió rezongando.

—Uno de estos días... Uno de estos días...

Sacudió sus ropas y les volvió la espalda. Yul-han, en silencio, emprendió el camino de su casa. Era demasiado prudente para preguntar qué harían con la muchacha, la hija de un granjero, suponía, quizás uno de sus propias tierras. Este incidente podría traerle complicaciones en la capital. La familia Kim era demasiado conocida para que sus actos pasasen inadvertidos. Únicamente la larga ausencia de su padre, alejado de la capital y del rey, los había salvado. Ahora, él, Yul-han, se había casado con una cristiana y sabía que las autoridades no podían ignorarlo, porque se enteraban de todo, hasta de lo que sucedía en el último rincón de un pequeño pueblo. Aquel hombre de la taberna podía ser un espía, había muchos espías entre los coreanos, hombres que harían cualquier bajeza por dinero.

Cuando llegaron a su casa, Induk acompañó a la muchacha a lavarse y peinarse.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó la chica.

—Espérame en la cocina —le dijo Induk.

Induk y Yul-han fueron a su cuarto para hablar de lo que habían hecho. Ninguno de los dos sabía cómo empezar. Yul-han habló primero.

—Ha llegado el momento —dijo pensativamente—. Debo decidir si estoy de un lado o de otro. Si soy cristiano o no lo soy. Si te acompaño en las complicaciones a que conduzca tu religión, la compartiré también. Cuando nos citen, y alguna vez lo harán, no podré decir que tú eres cristiana y yo no. Me preguntarán por qué permito que intervengas en la vida de los demás, porque continuarás haciéndolo, lo sé.

Las lágrimas acudieron a los ojos de Induk.

—¡Pero uno de los mandamientos de Cristo es llevar la carga de los débiles!

—La llevaremos —dijo Yul-han resueltamente—. Si no estaríamos separados, tú dirigida por tu conciencia. ¿Y yo qué? ¡Quedándome prudentemente en casa, supongo! Tarde o temprano me odiarías y quizás yo también llegaría a odiarte. Si tú eres cristiana, nuestro matrimonio también lo es.

—No tienes que convertirte simplemente porque yo soy cristiana —insistió ella.

—Sí, de lo contrario nuestros caminos se separarían y esto no puedo aceptarlo.

Ella dejó brotar sus lágrimas.

—Haces de mí un monstruo —sollozó.

—Un monstruo, no; sólo una cristiana.

La atrajo tirando de su mano.

—No entraré ciegamente en tu religión. La estudiaré e intentaré comprenderla. Quiero estar convencido para convertirme. Ahora deja de llorar. Deberías ser feliz.

—Quiero ser buena esposa —murmuró abrazada a él—. Preferiría morir antes que ponerte en peligro.

Yul-han no contestó y acarició su oscuro cabello. Los dos sabían lo que quería decir. Los últimos días habían tenido noticias de la creciente dureza de los gobernantes hacia los cristianos. Cuando intentaban reparar algún mal el gobierno

declaraba que se rebelaban contra las autoridades. En todo el país eran apresados y acusados de rebelión, cuando lo que hacían era oponerse al mal según sus doctrinas.

—Es mejor enfrentarse con el peligro —dijo Yul-han.

En este momento se oyó una voz desde la puerta. Era la muchacha, que se había cansado de esperar. Estaba allí con los brazos y piernas desnudos colgando a lo largo de su cuerpo, el cabello aseado y la cara roja por los restregones.

—¿Qué quiere que haga ahora, señora? —preguntó.

Yul-han e Induk se separaron y Yul-han se volvió correctamente de espaldas a la muchacha.

—¿Qué haremos contigo? —dijo Induk—. ¿Enviarte a tu casa?

—Si me mandan a casa —dijo la muchacha con su acento campesino—, el tabernero me cogerá otra vez, ya que pagó por mí. Tiene una licencia de la policía japonesa. ¿Cómo podemos escapar de él? Me quedaré aquí con ustedes y haré el trabajo si me dan comida.

Induk estaba perpleja. Había salvado a la chica y ahora era responsable de ella.

—Me llamo Ippun —dijo, y se quedó esperando con sus ojos, empequeñecidos por unos pómulos prominentes, implorantes y desvalidos y la boca abierta.

¿Qué podían hacer sino quedarse con ella? Desde entonces dormía en un rincón de la cocina por la noche y durante el día trabajaba sin descanso, fiel como un perro a sus amos. No sabiendo qué hacer la aceptaron como un miembro de la familia.

—Aunque ustedes lo llaman un evangelio de amor, es una doctrina dura —decía Yul-han una mañana.

Estaba sentado en una silla junto a una mesa alta en la sacristía de la iglesia cristiana. El misionero se sentaba frente a él con el libro abierto. Yul-han pensaba en su interior que nunca había visto una cara tan fea y grosera de facciones y, sin embargo, de espíritu tan noble. Ojos azules hundidos bajo unas hirsutas cejas rojas, áspera piel blanca, nariz larga, que parecía rota en el puente, y ancha boca con dientes enormes. En conjunto era formidable. Además sus enormes manos y su fuerte cuello estaban cubiertos de vello. ¿Lo estaría también su cuerpo?

—Así piensa que el cristianismo es duro —dijo el misionero.

—Lo es —contestó Yul-han—. ¿Hay algo más cruel que mandar presentar la mejilla derecha cuando nuestro enemigo ha golpeado la izquierda?

—¿Qué hay de duro en esto? —preguntó el misionero. Este y Oeste se enfrentaban a través de la mesa.

—Imagínelo usted mismo —dijo Yul-han—. Si me golpean en esta mejilla —puso su aristocrática mano en su mejilla derecha— y presento la otra, ¿qué le estoy haciendo al hombre que me ha golpeado? Le estoy diciendo sin palabras que soy su superior, que estoy muy por encima de él en espíritu. Le obligo a examinarse. Se ha dejado llevar de su mal genio, yo le empujo a que lo haga otra vez y pruebe su

maldad. ¿Qué hará? Avergonzarse de sí mismo. Irse condenado por su conciencia. ¿No es esto duro? Yo creo que sí.

—Me hace ver cosas que no había visto nunca —dijo el misionero meneando la cabeza.

Guardó silencio un rato, luego cogió el libro y leyó los relatos de San Pablo. Yul-han escuchaba. Luego le pidió que dejase de leer y repitió las últimas líneas:

—“Si alguno de vosotros tiene algo contra su vecino, ¿se atreverá a acudir a la ley antes que a los santos?” ¿No ve que es una carga para los pobres coreanos que son cristianos?

—¿Carga? —repitió el misionero.

—Corren peligro de muerte.

—¿Muerte?

—¿Cree que las autoridades estarán contentas cuando nuestro pueblo vaya a usted en lugar de acudir a ellos?

—Hay muchos cristianos en el Japón.

—Pero allí la Iglesia está dirigida por cristianos japoneses, algunos de ellos de alto rango. Aquí está compuesta por coreanos. ¿Cuántos dice usted? Doscientos cincuenta mil, un buen número, pero los japoneses no la dirigen. Mis compatriotas cristianos son seguidores fervientes de Jesucristo, tenemos pocas cosas para llenar nuestras vidas. Yo mismo siento la necesidad de embellecimiento, fe y alguna clase de inspiración. Parecen no esperar nada del futuro. Algunos como mi padre encuentran refugio en la poesía y estudiando literatura antigua. Pero, ¿y los que no tienen la instrucción y talento necesarios? Concentran su interés en la iglesia cristiana y en hombres como usted, que son un lazo con el mundo exterior, una corriente de cultura nueva y moderna de la que estamos separados por los invasores.

El misionero, con sus ojos azules fijos en Yul-han, estaba escuchando intensa y atentamente.

—Continúe —le dijo cuando Yul-han calló.

—Fíjese en mi ciudad —continuó Yul-han—. Se dice que hay aquí unos ocho o nueve mil. Otro ejemplo, la ciudad de Syunchun. La mitad son cristianos. La iglesia y la escuela de la misión son las mejores y más grandes. Mil, dos mil personas van a la iglesia y a las otras reuniones. En los pueblos cercanos también hay muchos cristianos. ¿Qué piensan las autoridades japonesas cuando ven la gran cantidad de gente que acude a estas reuniones, en las que ellos no toman parte? Huelen la rebelión y envían sus espías a las reuniones para escuchar e informarlos. Estos espías oyen sus canciones: «Avanzad, soldados cristianos»... ¿Qué canción les mandó cantar esta mañana en la iglesia?

—«Levantaos, levantaos por Jesús, soldados de la cruz».

—¿Y qué predicó usted, soldado americano de la cruz? Nos contó la historia de

un joven llamado David que con una pequeña honda y algunos guijarros mató a Goliat, un poderoso y perverso gigante. ¿Cómo pudo David matar al gigante? ¿De dónde le vino la fuerza, si era débil y joven? Su corazón era puro, su causa justa y con la ayuda de Dios venció. Nosotros desamparados, oprimidos, perdidos, nuestro pasado inútil, nuestro futuro sin esperanzas, ¿en qué vamos a creer si no creemos en usted?

Yul-han calló y bajó la cabeza conmovido por sus propias palabras, reprimió las lágrimas. Cuando logró dominarse levantó la cabeza otra vez, vio al misionero que le miraba al otro lado de la mesa. En sus extraños ojos había una ardiente súplica.

—¿Será uno de los nuestros?

—Sí —dijo Yul-han—, seré cristiano.

Sunia se despertó durante la noche. En el porche había alguien intentando abrir las puertas correderas. No se movió y escuchó. Sí, había alguien. Despertaría a Il-han. Luego dudó. Necesitaba dormir, no lo había hecho durante varias noches, temeroso de que los policías japoneses apareciesen en la puerta preguntando por qué reunía niños de la escuela en su casa después de medianoche.

Ippun les había avisado que se hablaba de esto en el pueblo.

—Es el tabernero —murmuró— Está furioso porque su hijo me defendió. Ayer, cuando fui al mercado, me gritó que pronto volvería a la taberna y la familia Kim iría a la cárcel.

Il-han no quiso demostrar que tenía miedo y continuó sus clases hasta dos días después en que los gendarmes japoneses fueron de verdad al pueblo para emborracharse en la taberna y divertirse con las muchachas. Avisó a los padres de sus alumnos que los niños no fuesen a su casa hasta que les llamase. Pero continuó intranquilo sin interesarse por los libros y desvelado por las noches.

Mirándole a la luz de la luna, Sunia se dio cuenta de lo pálido que estaba y de que tenía las mejillas hundidas. No, no, le dejaría dormir. Iría ella a ver quién era el intruso. Quizá sólo fuese el perro de un vecino. Saltó de la cama y se deslizó por la habitación con los pies desnudos, sin hacer ruido. Abrió un poco la celosía y atisbó por la rendija. Había un hombre, una figura alta y delgada vestida pobremente. Abrió la celosía unas pulgadas más y gritó súbitamente:

—¡Ladrón! ¿Qué está haciendo aquí?

El hombre se volvió hacia ella y oyó su voz baja y profunda: —¡Madre!

Desde que sus hijos eran niños no se había oído llamar madre así.

—Tú, tú. —Abrió la celosía del todo pero no pudo pasar por aquel estrecho espacio, y empezó a sollozar-Hijo, hijo mío, Yul-chun.

—¡Chist! —susurró éste.

Quitó la celosía de sus guías, pasó y la abrazó. Ella se cogió a él.

—Tan alto —murmuró aturdida—. Estás mucho más alto y muy delgado... Vas vestido con harapos.

Tiró de él hacia adentro llorando y hablando sin aliento.

—¿Dónde estuviste? No, espera, no digas nada. Llamaré a tu padre, bebe un poco de té, aún está caliente, no está frío, calentaré algo de comida.

La cogió por los hombros y la sacudió.

—Madre, escúchame. No tengo tiempo. Debo partir antes del alba, me arriesgo, es peligroso para vosotros y para mí. Me han mandado a nuestro país. No puedo decirte por qué, ni dónde estaré. Quizá no podré volver nunca más. Nadie sabe lo que sucederá.

Sunia se calmó inmediatamente.

—¿Por qué no nos escribiste?

—No me atreví.

—¿Dónde estuviste todos estos años?

—En China.

—China —susurró el nombre de aquel infeliz país. Solamente había oído hablar de China después del asesinato de la reina—. Debes hablar con tu padre —dijo ella resueltamente.

Conduciéndole de la mano le hizo entrar en la habitación donde Il-han dormía aún. Le dolía despertarlo, pero si no lo hacía no se lo perdonaría jamás. Acarició suavemente su frente, sus mejillas, sus manos. Él se agitó y abrió los ojos. Le habló al oído.

—Nuestro hijo está aquí, ¡nuestro hijo mayor!

Su cara asombrada cobró una expresión consciente. Se sentó en la cama.

—¡Qué! ¿Dónde?

—Estoy aquí, padre —dijo Yul-han, y se arrodilló a su lado.

Il-han le miró cara a cara.

—¿Dónde has estado? —le preguntó igual que Sunia.

—En China con los revolucionarios.

Il-han se pasó las manos por la cara y miró de nuevo a su hijo.

—Tú —dijo al fin—. ¿Tuviste algo que ver en la muerte de la vieja emperatriz? La asesinaron como hicieron aquí con la reina.

—No, padre. Era demasiado anciana y murió. Los revolucionarios derribaron el trono del Dragón. Tuvieron que hacerlo, la dinastía estaba muerta, los gobernantes corrompidos. Sólo la vieja emperatriz mantenía con su energía el Imperio.

— ¿Quién manda ahora?

—Los revolucionarios han impuesto una república como la americana. El pueblo elegirá su gobierno.

Il-han de pronto se sintió completamente despierto y colérico.

—Tonterías. ¿Cómo puede el pueblo elegir su gobierno si ignora todo lo referente a estas cosas? Yo he estado en América, y tú no. Su pueblo sabe lo que escoge, vota... ellos... ellos.

—No os habéis visto durante años —interrumpió Sunia—, y aún discutís de política. Il-han, nuestro hijo sólo puede estar con nosotros un rato. Tiene que marcharse.

—¿A dónde? —preguntó Il-han.

—No puedo decírtelo.

—¿Eres un espía?

—Tengo una misión.

—Entonces eres un espía.

—Llámame como quieras —dijo Yul-chun—. Trabajo por Corea.

Il-han se levantó, se abrochó el vestido y se trenzó el cabello mientras hablaba.

—Te cogerán y te matarán. ¿Crees que eres más listo que estos bribones, que tienen espías en todas las tabernas? Date por muerto.

—He vivido todos estos años.

—No sé cómo —dijo Sunia—. Pareces hambriento.

Salió apresuradamente hacia la cocina para calentar la comida.

—Ven a la otra habitación —dijo Il-han.

Fue a la biblioteca y se sentó en su sitio de costumbre.

—Ahora dime todo lo que quieras.

Yul-chun se arrodilló en un cojín, las rodillas le salían por sus desgarradas ropas.

—Padre —dijo en un bajo y apresurado murmullo que ahora parecía ser su manera de hablar—. No puedo contártelo todo. Es mejor que no sepas nada. Si algún día te preguntan si soy hijo tuyo di que no me has visto nunca.

Los ojos de Il-han se agrandaron.

—¡Esto no lo haré nunca!

La descompuesta cara de Yul-chun se suavizó y pareció tan joven como era en realidad. Se olvidó de hablar bajo.

—¿Recuerdas cuando acostubrábamos a pasear por el bosquecillo de bambúes? ¿Cuando era tan pequeño que me llevabas de la mano?

—Sí —contestó Il-han, y su garganta se contrajo por el dolor. ¿Cómo era posible que aquella suave cara de niño se hubiese convertido en la de un hombre? Il-han trató de aclarar su garganta—Esto está muy lejos, casi no puedes recordarlo.

—Lo recuerdo. El día que nació mi hermano yo rompí los tallos de bambú y tú me dijiste que no volverían a brotar. Tenías razón, naturalmente, aquellos tallos de bambú no volvieron a crecer. Cañas huecas los llamaste. Se me rompía el corazón por lo que había hecho. Pero me dijiste que otros vendrían a reemplazarlos y cada primavera iba al bosquecillo para ver si lo que me habías dicho era verdad. ¡Siempre

era verdad!

Yul-chun se levantó e Il-han también. Cara a cara a la misma altura se miraron a los ojos.

—¿Qué quieres decirme? —preguntó Il-han.

—Quiero decirte que si me ves alguna vez, u oyes mi nombre, recuérdalo, sólo soy una caña hueca. Si me rompen, centenares ocuparán mi lugar. ¡Cañas vivientes!

Dudó mirando a su padre como si tuviese algo que añadir.

De pronto habló muy bajito, inclinándose.

—No podré volver pronto, quizá nunca, pero a veces por la mañana encontrarás bajo la puerta una hoja impresa, léela y quémala. —Miró a su alrededor e, indeciso, murmuró—. Está saliendo el sol. Debo irme.

Un momento más tarde entró Sunia sollozando.

—Tenía la comida caliente para él, pero se fue sin comer. ¡Oh, Buda! ¿Por qué nací en estos tiempos?

¿Quién sabría contestar a esta pregunta?

Il-han sólo pudo decirle que se sentase a su lado. Un hombre y una mujer envejecidos. Sus hijos habían sido separados de ellos.

Estaban solos en un mundo que no conocían.

El seco y caluroso verano después de la estación de las lluvias desembocaba en el otoño. La hierba se secaba en las montañas y los campesinos la cortaban con hoces y la ataban en gavillas para combustible. Los altos y esbeltos álamos brillaban como velas doradas contra las empinadas y peladas laderas de las montañas.

Bajo su techo de bálago, Il-han y Sunia vivían una sucesión de días todos iguales y cada noche Il-han daba clase a sus alumnos. Rara vez veía a su hijo menor, porque Yul-han e Induk volvieron a la ciudad durante el curso escolar.

—¿No le diremos a Yul-han que su hermano mayor vino a vernos? —preguntó Sunia.

Il-han también se lo había preguntado y tenía preparada su contestación.

—No conocemos a la mujer con quien se ha casado. Una cristiana. Es como una extranjera. Es mejor que nadie sepa que nuestro hijo mayor vive. Deja que lo olviden todos a excepción de sus padres, con nosotros está a salvo.

En silencio, pues, Il-han y Sunia vivían sus vidas, y cuando Yul-han fue a visitarles estuvieron muy corteses, se informaron de cómo estaba, si le gustaba su trabajo en la nueva escuela, y cuando él les preguntó por su salud, dijeron que estaban bien. En cuanto a la felicidad, ¿quién podía ser feliz en semejantes tiempos?

En el octavo mes del año lunar y décimo del solar, una nueva desgracia cayó sobre el pueblo coreano. El gobernador general, conde Terauchi, en un viaje hacia el Norte, escapó por milagro a la muerte a manos de un coreano en la estación de la

ciudad de Syun-chun. La noticia se extendió por todas partes y el silencio cayó sobre el pueblo, silencio de temor y de miedo. Todos recordaban el asesinato del primer Residente, general príncipe Ita, antes de que Corea fuese formalmente anexionada al Imperio japonés.

Aunque el príncipe era un buen hombre que intentaba gobernar amablemente y con justicia, había sido asesinado por un coreano desterrado a la ciudad de Harbin, en Manchuria. Como represalia los japoneses instauraron un gobierno militar. Ahora el Gobernador general estaba siempre rodeado de una guardia de corps que velaba por su vida.

A pesar de todo, parecía que los conspiradores coreanos continuaban con sus intentos. Había una gran cantidad de gente reunida para recibir al Gobernador general a su llegada a Syunchun. Colegiales de escuelas cristianas y públicas estaban alineados en el andén entre coreanos y algunos japoneses. Todos los coreanos habían sido registrados por la policía por si llevaban armas escondidas. A pesar de todas las precauciones, un hombre pudo esconder un revólver en algún sitio u otro se lo dio después de ser registrado. ¡Quién sabe! El Gobernador recorría las filas de estudiantes, estrechaba las manos de los profesores principales, entre los que había dos o tres misioneros de las escuelas cristianas, uno de ellos americano. Cuando se volvió para entrar en el tren especial blindado en el que viajaba, un hombre esbelto apareció de pronto entre los cristianos con un revólver en la mano derecha. Sonó un disparo, pero la bala pasó demasiado alta para alcanzar su objetivo.

Los soldados se lanzaron sobre los estudiantes empujándolos de un lado a otro, pero no pudieron descubrir al asesino o si iba vestido como un estudiante. Con la esperanza de que alguno confesara su hazaña, todos los que estaban cerca fueron arrestados, los estudiantes y los demás también. Fueron encarcelados, culpables o no, y esperaban el proceso.

Éstas eran las noticias. Il-han se enteró de ellas por una hoja que encontró bajo la puerta. Desde que Yul-chun estuvo allí se levantaba antes del alba para ver si había alguna hoja de papel bajo la puerta. Una mañana encontró una, un trozo de papel barato impreso borrosamente. ¿Quién era el asesino? ¿Yul-chun? ¿Fue con este propósito que volvió a su tierra? Il-han se hizo esta terrible pregunta y no supo qué pensar. Resolvió no compartir su carga con Sunia. Era mejor dejarla tranquila haciendo su kimchee y reparando los vestidos de invierno. Si encerraban a Yul-chun en alguna prisión durante el invierno, al menos estaría sano y salvo. ¿Sano y salvo? ¡Qué tonterías decía! Su hijo sería golpeado y torturado si no confesaba. Ahora comprendía lo que le dijo de la caña hueca. Cuando uno moría otro ocupaba su puesto.

Durante todo el invierno Il-han calló. La carne parecía fundírsele sobre los huesos. Sunia se apuraba porque no quería comer y de noche no podía dormir.

Empezó a esconderse de ella cuando se lavaba o cambiaba de ropa porque ella protestaba cuando lo veía.

—¡Tus pobres huesos desnudos! ¡Cuando recuerdo cómo eras la noche de nuestra boda!

—No te preocupes, mujer. —Cuando vio su cara trató de bromear—. Si no te gusto, mira a otra parte.

Era una broma amarga. Eran ya un hombre y una mujer envejecidos, desterrados en su propio país, con el pelo gris, cara arrugada y solos en su casa. Continuó sin contar nada a Sunia ni a su hijo menor. El invierno avanzaba lentamente y aún con hielo y nieve sus alumnos continuaban acudiendo a su clase en la oscuridad de la noche, pero no tan a menudo. El atentado contra el Gobernador general había enfurecido a los gobernantes y había más espías que nunca en todas partes. Ningún pueblo se vio libre de ellos, ningún camino de campo lo bastante solitario para escapar de ellos. Incluso las mujeres eran detenidas, interrogadas y castigadas simplemente por ser cristianas. En ello había alguna razón, porque las muchachas de las escuelas cristianas eran más atrevidas que las otras. Il-han se enteró por las hojas que le enviaban. En un día de clase en otra ciudad las muchachas decidieron abandonar la escuela. La directora americana estaba muy apenada, pero sus alumnas, riendo, le dijeron que no querían que ella, a quien tanto amaban, fuese castigada por lo que ellas pudiesen hacer. La misma tarde fue citada por el jefe de policía. Acudió a toda prisa y él la condujo a la calle principal, donde estaban sus alumnas agitando banderas y pidiendo la libertad de los prisioneros que estaban acusados de haber conspirado contra el conde Terauchi. Las muchachas habían excitado a los ciudadanos, algunos hombres se unieron a ellas y empezaron a gritar contra el jefe de policía. No todos los japoneses eran crueles, y aquél estaba apurado.

—No puedo arrestarlos a todos —exclamó— La prisión está llena.

La misionera habló con sus alumnas para que se fueran a casa, pero la abrazaron, la saludaron con vítores y no quisieron escuchar nada.

—Arrésteme a mí —le dijo al jefe de policía—. Ocuparé su lugar.

Era un hombre de buen corazón, y rehusó porque la misionera era ya una anciana de cabello blanco, cara arrugada y pálida y ojos muy azules y valerosos.

—Les diré que me arrestarán a mí si no se van a casa. Le ruego lo haga si no obedecen.

¿Qué podían hacer sus alumnas cuando en pie ante ellas se lo dijo? Se miraron unas a otras, y la que las dirigía dijo a los hombres que las habían seguido:

—Vosotros luchad, al menos os hemos empujado a la batalla.

Y luego las muchachas se retiraron.

Esta historia la leyó Il-han de madrugada. Olvidó cerrar la puerta mientras leía, y el frío viento invernal penetraba a través de sus vestidos hasta el tuétano de sus

huesos. Dejó la hoja en la cocina, la encendió con una cerilla y se calentó las manos en la llama que moría rápidamente. Pensó en la esposa de Yul-han y se ablandó al recordar que aquellas valientes estudiantes eran cristianas. No todas las mujeres eran tratadas tan amablemente por la policía. En muchas ciudades los estudiantes continuaban rebelándose y la policía pegaba a las chicas y las golpeaba con sus pesadas botas. Ahora, Il-han encontraba hojas casi diariamente.

—Me interrogaron tres veces —decía una chica—. Un oficial me acusó de llevar zapatos de paja. Le expliqué que como mi padre estaba encarcelado, para mí era lo mismo que si estuviese muerto, por esto llevaba luto. «Mientes», dijo el oficial, y me abrió la boca con las manos tirando hasta hacerme sangrar. Me forzó a abrirme la chaqueta y enseñarle el pecho, se burló de mí diciendo: «Te felicito». Me abofeteó, me golpeó la cabeza con un palo hasta que desfallecí, y entonces dijo: « ¿Te enseñaron a rebelarte los extranjeros?» Yo expliqué que no conocía extranjeros, sólo la directora de la escuela, y me gritó que si estaba encinta. Cuando le contesté que no, que no estaba casada, me ordenó desnudarme. Dijo que había leído la Biblia, encontró que los que están sin pecado pueden ir desnudos, como Adán y Eva en el Jardín del Paraíso. Sólo cuando pecaron se escondieron. Intentó desnudarme pero me rebelé. El intérprete coreano se había negado a traducir aquellas vilezas y el oficial tuvo que usar su bastón coreano. Se enfadó y ordenó al intérprete que me golpeará, pero no quiso. «Antes me dejaría cortar la mano que pegar a una mujer», dijo. Entonces me golpeó con sus propios puños.

Il-han leía en silencio y se daba cuenta de la tormenta que se estaba levantando en su pueblo. La tormenta de la desesperación. Durante todo aquel año de pesadilla encarcelaron a muchos coreanos y se sospechaba de todos los cristianos. Si había mujeres entre ellos las trataban obscenamente y abusaban de las más jóvenes. Il-han continuó sin contar nada a Yul-han y Sunia.

El cuarto mes de aquel año, en primavera, anunciaron el juicio de los acusados del atentado al Gobernador general para el veintiocho del sexto mes. Il-han se preparó para ir al juicio. El día fijado amaneció caluroso y Sunia le riñó.

—¿Por qué quieres ir a la ciudad precisamente hoy? Gente, polvo, ruido. Ya estás demasiado viejo para estas cosas. ¿Y si te reconocen? Claro que no sé quién va a reconocer al hombre guapo de antaño en este saco de huesos...

Siguió riñéndole sin palabras, derramaba lágrimas de ternura y él no dijo nada mientras le ayudaba a ponerse las ropas que había lavado hasta dejarlas blancas como la nieve y planchado sin una arruga. Le ató el sombrero en la barbilla y dio al viejo criado un paquete con arroz frío, judías y la tetera. Les contempló mientras descendían por la calle del pueblo. Il-han andaba como un intelectual, poniendo un pie delante de otro y hacia fuera. Sintió un agudo dolor en el pecho y empezó a llorar. No sabía la razón, pero la vida se había convertido en una carga insoportable. Sin

embargo tenía que seguir, porque, ¿qué haría Il-han sin ella? Se impacientaba en seguida y a menudo con él, no sabía porqué, le decía cosas desagradables aunque le amaba.

—Soy una pecadora —murmuró mirando cómo se desvanecía en la distancia su alta figura—, pero hay un pecado que no cometeré. No moriré antes que tú, esposo mío. Lo prometo...

El sol estaba ya alto cuando Il-han llegó al lugar del juicio.

Era un edificio especial detrás del palacio de justicia construido especialmente para esta clase de juicios, una ancha sala de ochenta y cuatro u ochenta y cinco pies de largo por treinta de ancho. La puerta estaba abierta, pero guardada por varios soldados.

—¿Dónde está su permiso, señor? —le preguntó un soldado—Sin el permiso no podría entrar ni el Gobernador general. Il-han no lo sabía pero se irguió y lo miró fijamente.

—Soy un Kim —dijo muy alto—, me llamo Il-han.

El soldado dudó, pero ante un hombre de tan alto rango se decidió y lo dejó entrar. En medio de la sala vio a los prisioneros. Estaban sentados en dos grupos, divididos a su vez en otros más pequeños de diez hombres maniatados unos a otros. A los lados había asientos para abogados y periodistas, al fondo para los jueces y en la otra punta para la gente. Los prisioneros estaban separados de los jueces y de la gente por una barrera. Il-han se colocó lo más cerca que pudo para ver la cara de los prisioneros; los miraba uno a uno, maldecía su escasa vista, que no le permitía ver los del centro. ¿Estaría Yul-chun allí? No tuvo más remedio que esperar la vista de la causa. Durante toda la mañana no se hicieron más que preparativos. Il-han esperaba impaciente que los jueces ocuparan sus sitios con los respectivos intérpretes, uno japonés y otro coreano. Su impaciencia aumentó al oír los nombres de los prisioneros. No oyó el de su hijo, pero esto podía significar que usaba un nombre supuesto. La acusación duró una hora y una más su traducción del japonés al coreano. Los jueces estaban hambrientos y la vista de la causa se aplazó por una hora. Entretanto, Il-han comió, bebió su té y volvió rápidamente para poder volver a colocarse cerca de la barrera, pero esta vez al otro lado. Los prisioneros esperaban sin comer y sedientos. Uno de ellos, tan cerca de la barrera, que lo tenía al alcance de la mano, estaba sentado de espaldas a él con la cabeza inclinada. Llevaba el pelo corto como los demás y se podía ver su huesudo cuello, delgado como una caña de bambú. A través de los harapos que llevaba le salían los omoplatos como alas, harapos sucios y sudados porque el calor impregnaba la atmósfera de una especie de niebla caliente, un miasma de malos olores y aire estancado. Il-han se dio cuenta de que su cuerpo se contraía en grandes espasmos y con instintiva piedad le tendió la tetera medio vacía que guardaba su criado acurrucado a sus pies. Una mano que parecía una garra la

cogió y fue entonces cuando reconoció aquella mano, la mano de su hijo. La mano de Yul-chun.

Se desplomó en su asiento, sumido en un repentino desvanecimiento. La cabeza le daba vueltas, veía una masa confusa de colores y sombras. ¿Qué debería hacer? ¿Qué podría hacer? Sintió ganas de gritar en voz alta que aquél era su hijo y debía ser puesto en libertad, pero dominó su impulso. Su hijo no sabía quién le había dado la tetera. Contempló a Yul-chun mientras bebía el té a grandes sorbos. Antes de terminar, un guardia le vio bebiendo, se acercó y le arrancó la botella de las manos.

—¿Quién te ha dado esta botella? —gritó.

—Me la he encontrado en la mano.

El guardia se volvió y miró a los que estaban cerca de la barrera, y preguntó a Il-han:

—¿Se la dio usted?

Il-han estaba demasiado confuso para hablar. Antes de que pudiera recobrarle, su criado habló por él:

—Este anciano es sordo, no puede oírle.

Como la gente, atemorizada, no contestaba, se contentó con dar a Yul-chun un golpe tan fuerte en el hombro derecho que la sangre empezó a brotar de su carne herida y a mezclarse con el sudor, pero Yul-chun ni siquiera levantó la cabeza.

Los jueces ya habían vuelto e Il-han intentó concentrarse para comprender lo que decían. Primero llamaron a un profesor de una escuela cristiana, un joven alto y delgado que, según parecía, el día antes había confesado que el misionero americano, director de la escuela, le había obligado a ir al lugar del atentado. Ahora negaba lo que confesó. Negó también que fuese miembro de la sociedad «Gente Nueva». El juez estaba indignado.

—¿Cómo se atreve a negar ante el tribunal lo que ayer confesó al procurador?

El acusado, un ex cabo del ejército coreano que ahora era profesor de gimnasia en la escuela cristiana, replicó:

—Ayer hice falsas confesiones porque las autoridades me torturaron.

—¿Qué? —exclamó el juez aún más furioso—. Usted, un profesor, ¿reconoce que ha hecho confesiones falsas porque le han torturado?

El acusado sostuvo obstinadamente que había mentado porque no podía aguantar más. Negó todo lo demás. No, no le había visitado el cabecilla de la conspiración; no, no sabía de qué se trataba; no, nunca le habló de ella el misionero; no, no sabía que hubiese un grupo de conspiradores armados con revólveres en la estación de Syunchun el día del atentado; no, ni siquiera sabía que el Gobernador general iba a pasar por allí; no, no sabía si los estudiantes habían tenido contacto con el cabecilla de la conspiración; no, tampoco sabía si sus alumnos tenían revólveres. ¿Cómo querían que los tuviesen si los habían registrado antes de entrar en el andén? Continuaron igual

las preguntas y respuestas, el acusado contestaba con obstinada paciencia y el fiscal gritaba más y más. Señaló una gran caja.

—¿Sabía que en la escuela cristiana usaban esta caja para esconder revólveres?

—Yo sólo iba allí a enseñar gimnasia. No sé nada más.

El juez perdió la paciencia y gritó:

—El siguiente.

Era un tipo fuerte y rechoncho. Dijo que tenía treinta y ocho años y era granjero, contestó a todas las preguntas de la misma manera que el anterior. No sabía nada de la sociedad «Gente Nueva» y tampoco de las reuniones en la escuela cristiana, no sabía nada de la compra de revólveres o del asesinato. Nunca había dado dinero para revólveres ni oído los discursos contra el Gobernador general. No sabía si el misionero había explicado la historia de David y Goliat, no sabía nada de ella ni de David y Goliat; no, no sabía cuál de los dos era el valiente; sí, había confesado que lo sabía pero su confesión era falsa, obligada por la atroz tortura.

El juez empezó a enojarse de verdad. Despidió al acusado y llamó al siguiente. Il-han había recobrado el sentido del todo y escuchaba atentamente. Empezaba a verse claramente que todas las declaraciones eran iguales. Instruidos por Yul-chun, porque, ¿quién si no él podía concebir este plan? Negaban todas las imputaciones diciendo que habían confesado obligados por la tortura. Los jueces también se habían dado cuenta y el juicio continuó en una siniestra calma hasta la tarde. Luego el tribunal aplazó la causa hasta la mañana siguiente.

—No volveré a casa —dijo Il-han a su criado—. Búscame una habitación en alguna posada y di a la madre de mis hijos que no volveré hasta que termine el juicio.

Il-han tomó una apetitosa cena en la posada y durmió en una habitación con tres viajeros de comercio. En cama recordaba lo que había sucedido y, maravillado de nuevo por la inteligencia de su hijo, se reía para sus adentros. Durmió como hacía tiempo que no dormía.

El segundo día fue igual al primero, sólo que Il-han se durmió y llegó demasiado tarde para encontrar asiento cerca de la barrera. No sabía dónde estaba Yul-chun, no podía hacer más que estirar el cuello para intentar descubrirlo en el banquillo de los acusados. Esperó todo el día escuchando cómo todos negaban sus confesiones. La mayoría eran jóvenes, profesores o alumnos de escuelas cristianas. Cada vez estaba más alarmado por Yul-han, ¡ojalá no se convirtiera! Interrogaron a catorce. Se habló otra vez de David y Goliat pero todos negaron el conocimiento de estos personajes, sólo uno de ellos dijo que le parecía que David era considerado el más valiente de los dos. Así terminó este segundo día.

Il-han volvió de buen humor a la posada donde le esperaba un criado con un plato de kimchee de Sunia, que dudaba que el de la posada fuese comestible.

El tercer día fue igual a los anteriores. Sólo añadieron algunas preguntas.

— ¿Se había dirigido el misionero americano a los estudiantes conminándoles a ser atrevidos y a tomar una gran carga sobre sus hombros? ¿Fue a la estación vestido como un estudiante cristiano?

—¿No vio al misionero americano dar una señal a sus alumnos mientras el Gobernador general recorría el andén?

—¿Les enseñó a sus alumnos de la escuela cristiana Taiyong a inspirarse en las ideas del asesinato del príncipe Ito?

—¿Recuerda los nombres de los que recibieron revólveres?

—¿Sabe que un hombre fue de Pyongyang a Syunchun para avisar a los miembros de «Gente Nueva» de que el Gobernador general iba a ir allí?

A todas contestaron que no, si habían confesado antes alegaban que se les había torturado.

Así pasaron ocho días. Ahora sólo quedaban estudiantes, algunos eran pastores cristianos, otros comerciantes, pero todos negaron haber tomado parte en el atentado.

El octavo día por la tarde compareció Yul-chun en el banquillo de los acusados. Llevaba los mismos harapos, pero alrededor de la cabeza se había anudado una toalla para esconder que estaba pelada. Il-han no se perdía ni una palabra. Se había levantado al amanecer para poder sentarse lo más cerca posible del banquillo. Sabía que sería el día que había esperado tanto. El corazón le latía fuertemente; al oír la primera pregunta se desconcertó un poco.

—¿Cómo se llama?

—La Caña Viviente.

—Hace dos años fue a Kwaksan para informar a los miembros de «Gente Nueva» de la llegada del Gobernador general que al principio se decidió sería asesinado en Chanyon-Kwan. ¿Es verdad?

—Lo admití sólo porque se me torturó.

—Compró revólveres en Manchuria con el dinero que le entregó el comerciante Oh Hwei-wen. ¿Es verdad?

—No, lo admití bajo tortura.

—¿Fue con otros a Wiju para asesinarlo allí?

—Lo admití pero no puede ser cierto. El andén de Wiju es demasiado pequeño, nos habrían visto.

—En la primavera de 1909, el príncipe Ita acompañó al rey de Corea en un viaje de inspección. ¿No decidió a atacar al príncipe en Chanyon-Kwan? Como el tren imperial no se detuvo allí tomó el tren siguiente y siguió al príncipe a otra estación. ¿No es verdad?

—Me torturaron y lo admití pero no es verdad.

—¿Sabe que el objeto de la sociedad «Gente Nueva» es constituir una secta militar, asesinar altos oficiales y luchar para lograr la independencia de Corea si

estalla la guerra con China o América?

—No lo sé. Lo admití porque me torturaron.

Entonces el juez, un general japonés de alto rango, perdió la paciencia y golpeó la mesa con los puños cerrados.

—Tortura ... Tortura ... ¿Qué clase de tortura?

Yul-chun, con la misma voz imperturbable con que había respondido a las preguntas, replicó:

—Me ataron los brazos a la espalda con cuerdas de seda que me cortaban la carne. Me colocaron dos palos entre las piernas, los ataron a mis rodillas y muslos y dos policías empezaron a retorcerlos. Me ataron a los dedos astillas de bambú tan fuertemente que me desgarraron la carne. Cada día me echaban al suelo y me daban latigazos con una caña de bambú partida en dos hasta dejarme la espalda en carne viva. Cada noche me encerraban en un calabozo enlodado y húmedo. Cada mañana me sacaban de allí para torturarme. No sé cuántos días. No siempre estaba consciente.

Se oía claramente su voz imperturbable, aquellas palabras que relataban horrores peores que la muerte. Cuando Yul-chun hubo terminado, volvió la cabeza y miró a su padre. Su cara no se inmutó, no dio señales de haberlo reconocido, pero padre e hijo se comprendieron.

—El siguiente —gritó el juez.

Cuando Yul-chun se hubo retirado, Il-han se levantó y dejó la sala. Había visto lo que quería ver y había oído lo que debía oír.

Se dirigió a su casa. Su criado le seguía en silencio. Avanzaban lenta y pesadamente en el crepúsculo. El aire era aún caliente, quedaban muchas millas para recorrer y parecían más largas de lo que eran en realidad. Il-han llegó a su casa al fin. Sunia salió a la puerta y gritó con horror.

—¡Pareces un fantasma! ¿Qué ha pasado?

—No me preguntes nada. Es mejor que no lo sepas.

Y aunque se lo suplicó, se enfadó y discutió con él, no quiso decírselo.

—Es mejor que no lo sepas.

Terminó el juicio. A unos los condenaron a muchos años de prisión, incluso a prisión perpetua, y a los demás los decapitaron. Il-han no sabía si Yul-chun estaba entre estos últimos, no lo sabría a menos que Yul-han le ayudase, pero no se lo pediría porque casándose con una cristiana se había puesto en peligro.

Sobrellevaría la carga de su secreto él solo.

Pasó el verano y Yul-han casi había terminado la casa. Ippun trabajaba como un hombre trasladando piedras, mezclando cemento y cavando en el suelo.

Abrirían la escuela y Yul-han volvería a sus clases. Induk no volvería. Estaba encinta y Yul-han quería que se quedase en su hogar, la casita que habían construido. Iría a la ciudad los días de clase y volvería a casa los de fiesta. Ella se quedaría con

Ippun, cerca de sus padres pero sola.

Sólo quedaba dar las nuevas a sus padres, la espera de un nieto y que Induk se quedaría cerca de ellos con Ippun, pero ante todo que se había convertido, que sería bautizado y que había aceptado la dirección de la escuela cristiana de la ciudad. Se lo pidió Induk cuando le dijo que deseaba ser cristiano.

—Te ruego que dejes la escuela japonesa. Entre los cristianos estarás a salvo, pero siendo un cristiano entre japoneses, te vigilarían y te interrogarían.

Habló con el misionero, que le ofreció el puesto a Yul-han muy contento. El director actual estaba enfermo de los pulmones y debería permanecer en cama muchos meses. Yul-han envió su dimisión a la escuela japonesa y cuando le llamaron a la oficina del Ministerio de Educación dio la verdadera razón de su cambio de trabajo. El jefe de esta oficina era un joven que había sido profesor ayudante de la Universidad de Tokio y había aceptado este empleo porque el sueldo era tres veces mayor que el que recibía allí, y tenía que mantener a sus ancianos padres. No pudo rehusar.

La habitación no estaba decorada pero el escritorio y las sillas eran de estilo occidental. Iba vestido al estilo occidental también, pelo corto y lentes dorados con un cristal muy grueso. Estuvo muy cortés, le rogó que se sentara y abrió un pliego de papel.

—Ha dimitido de su puesto en la escuela de enseñanza media. ¿Tiene alguna queja?

—No —replicó Yul-han. Dudó y luego dijo sonriendo ligeramente—. He cambiado de trabajo porque yo mismo estoy cambiando. Me he convertido al cristianismo.

El joven continuó estudiando el documento.

—¿Le han bautizado?

—No, me bautizarán el día uno del mes que viene.

—¿Por inmersión o por aspersion? —preguntó el joven japonés aún sin levantar los ojos.

—¿No es lo mismo?

—No, es distinto.

Yul-han se infundió valor y preguntó:

—¿Es posible que usted también sea cristiano?

—Fui a una escuela cristiana antes de ir a la Universidad, ¿comprende?

Dejó el documento a un lado y levantó la cabeza para mirar a Yul-han.

—Ya sabe que no nos oponemos al cristianismo por principio.

Sólo cuando los rebeldes se esconden entre cristianos somos severos.

—Lo comprendo.

—Parece un hombre inteligente y sensible. Le permitiré el traslado.

Volvió a coger los papeles y escribió algo en su encabezamiento.

—Naturalmente —continuó doblando los papeles y poniéndolos en un sobre—, cuento con usted para descubrir los rebeldes entre los cristianos. Puede venir a decírmelo aquí en secreto.

Yul-han no sabía qué contestar a esto. Decidió no contestar nada. Aunque no había asistido al juicio sabía que los cristianos habían sufrido las mayores condenas. Cogió el sombrero y se fue saludando.

Le bautizaron el domingo siguiente. El día estaba nublado y frío, el viento de otoño arrancaba las hojas de los árboles y los nísperos. Chiquillos harapientos corrían a recogerlos y se ponían debajo del árbol para beber el jugo que caía de sus frutos. El aroma de kimchee fresco se extendía por toda la ciudad y todo el país.

Aquella mañana lo veía todo con una nueva intensidad, como si todo lo que iba a ser le separase de lo que había sido. Las calles polvorientas, las caras entristecidas de la gente, los niños alegres a pesar del frío, la pobreza y la fastidiosa policía que los reñía hiciesen lo que hiciesen y detrás de la poblada e industriosa ciudad, las montañas se recortaban aún más grises sobre un cielo gris. Todo esto le oprimió el corazón.

Al entrar en la iglesia supo que cuando saliera por aquella misma puerta sería un hombre distinto porque ocuparía un lugar entre los que estaban separados de los demás. Ya no sería sólo un coreano. Sería un coreano cristiano y no sabía qué parte predominaría. O quizás estas partes no existían y habría un todo, un coreano creyendo en la nueva religión.

No quería hablar, en silencio fue al lado de los hombres, Induk al de las mujeres. Se sentía extraño a sí mismo. Se estaba dando a un Dios al que nunca había visto y por el que sentía una dedicación que nunca había conocido. Un hombre tocaba el órgano, tocaba bien. Yul-han amaba la música como todos sus compatriotas y se conmovía fácilmente. Llevaban la música en el fondo de sus almas y parte de la atracción que sentían por esta nueva religión estaba en la música del órgano y las canciones. Yul-han ya conocía sus himnos, reconoció el que estaban tocando ahora:

«Tal como soy, sin pretextos
como Tú derramaste
tu sangre por mí, ¡oh Cordero
de Dios!, voy a Ti.»

Palabras místicas que simbolizaban lo que iba a hacer él.

El misionero entró en la iglesia, su rojo cabello llameante como una corona de fuego resaltaba sobre sus blancas vestiduras. Rezó en silencio ante la cruz dorada bajo la ventana. Rezar... esto Yul-han no lo había conseguido. Lo había intentado varias veces cuando estaba solo pero no sabía cómo. Nadie contestaba.

—No espere oír ninguna voz —le dijo el misionero cuando le preguntó si había

rezado bien—. Simplemente cultive el arte de rezar y al cabo de un rato encontrará la respuesta en lo que hace sentir a su corazón y pensar a su cabeza. Confíe en el Señor.

—Estas son enseñanzas de Buda también —dijo, recordando lo que su padre le había contado de los monjes de las montañas Diamante.

Le sorprendió que el misionero se enfadase y le corrigiera.

—No es lo mismo. Hay un solo Dios y no es Buda, es Jehová.

A Yul-han le parecía que si había un solo Dios lo mismo daba que se llamase Buda o Jehová, pero era pacífico por naturaleza y se guardó la pregunta y la respuesta.

El misionero se volvía ahora hacia la gente, la iglesia estaba muy llena. Algunos hombres estaban en pie apoyándose en las paredes y las mujeres se apretujaban en los bancos, muchas de ellas con niños en brazos. ¿Qué hacían allí sino intentar confortarse y encontrar ánimos para poder seguir sus tristes vidas?

El misionero les miró y su basto rostro se iluminó con una tosca ternura.

—Cantemos —dijo—, cantemos al Señor.

La iglesia se llenó de cantos. ¡Su pueblo aún podía cantar!, se dijo escuchando las potentes voces del coro. Las lágrimas acudieron a sus ojos. Su pueblo, estos hombres y estas mujeres maltratados por la pobreza, oprimidos, ¡cantaban! Estaban cantando con todo su corazón, armoniosa y rítmicamente, cantores natos y amantes de la canción, cantaban como niños en la oscuridad a un Dios desconocido. De su corazón salió un grito espontáneo.

—¡Oh Dios, sea cual sea tu nombre, ayúdame, ayuda a mi pueblo, al pueblo que amo... !

No oyó ninguna voz, pero unas palabras acudieron claramente a su memoria.

—«Porque Dios amaba tanto al mundo... »

Empezó a cantar inmediatamente, su voz poderosa dirigía la melodía sintiendo profundamente lo que decía.

El misionero habló en su sencillo coreano de costumbre luchando por traducir grandes pensamientos en sencillas palabras. La gente escuchaba arrobada, el intenso silencio sólo era roto de vez en cuando por el llanto de algún niño impaciente. ¿Qué era aquella sensación de calma y seguridad? Por primera vez estuvo seguro de que había hecho bien al convertirse. No estaba seguro de lo que significaba pero ahora podría aprender y progresar. Se sentía humilde como nunca se había sentido.

En la iglesia había mucha gente pobre e ignorante que no era yangban. Al principio se había resistido a mezclarse con esta gente y llamarlos sus hermanos, él, perteneciente a un clan tan antiguo y orgulloso. Ahora estaba libre de este orgullo. No existía, había sido barrido en un momento, no sabía cómo, sólo sabía que no estaba allí. Pertenecía a la Iglesia Cristiana, ellos eran sus hermanos.

Pasó una hora y oyó llamar a los que tenían que ser bautizados, algo confuso se

levantó y avanzó con unos diez o doce más. Incluyó la cabeza mientras el misionero rezaba, el corazón le latía aprisa. En este momento se estaba lanzando a un futuro desconocido.

—Quizá sufrirán persecuciones —decía el misionero—. Pueden morir en la cruz como Cristo.

Era verdad. Los gendarmes japoneses habían crucificado algunos cristianos. En un pueblo del Norte crucificaron a tres.

—Yo te bautizo en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo.

Le cayeron unas gotas de agua en la cabeza, le resbalaron por las mejillas y cayeron en su abrigo, pero no se las quitó.

—Y Jesús cogió un trozo de pan, lo bendijo y lo dio a sus discípulos diciendo: «Coged y comed, Éste es mi Cuerpo». Y luego tomó una copa, la bendijo y se la dio diciendo: «Bebed, Ésta es mi Sangre».

Yul-han notó el pan sin levadura sobre su lengua y probó el ácido vino rojo. Ya estaba hecho. Por una extraña ceremonia había nacido un nuevo cristiano, igual como años atrás nació un miembro de la familia Kim.

Yul-han no había asistido al juicio de los conspiradores contra el Gobernador General. Induk se lo había suplicado. Había accedido porque insistió en que sus padres y hermanos correrían peligro si alguien lo reconocía como cristiano. Su esposa, tan valiente cuando se trataba de hacer una buena acción, se asustaba como un niño de la policía, los soldados o cualquiera que llevase un uniforme. Ante la vista de un arma se empequeñecía y daba grandes rodeos para evitarla.

Sin embargo, Yul-han cada día leía las noticias en los periódicos y paredes. En las paredes había algo más que noticias. A pesar de la vigilancia de la policía, durante la noche los rebeldes escribían en las paredes mensajes secretos. Si salía temprano podía leerlos antes de que la policía los borrara. Así se enteró de cómo iba el juicio y de que todos negaban lo que habían confesado el día anterior. Un día al salir de la iglesia leyó algo referente a un hombre llamado «Caña viviente».

—“¡Cuidado..., cuidado con la Caña viviente!” —decía el mensaje.

En los periódicos controlados por el gobierno leyó lo que había ocurrido en el duodécimo día del juicio.

El barón Yun, un coreano yangban de alto rango, había confesado ante el juez que era el cabecilla de "Gente Nueva".

Yul-han conocía muy bien a este anciano, había sido amigo de su padre, los dos iban a menudo a las mejores casas de té de la capital. Yul-han recordaba cuando su padre le llevaba a él, un muchacho de diez o doce años, a las casas de té a reunirse con otros intelectuales yangban. Se acordaba especialmente del barón Yun porque su padre no se sentaba en su presencia si el barón no insistía en que lo hiciese. El barón era un hombre bajo, de cara pálida. Se movía y hablaba con serena dignidad. Ahora a

su edad lo condenaban a cadena perpetua. Hizo su defensa en japonés, lo había estudiado en su juventud. También había estudiado el chino en Shangai e inglés en América. Había estado en Rusia y a su vuelta ocupó altos cargos como el de ministro de Asuntos Exteriores durante la guerra ruso-japonesa. Cuando penetraron los invasores en su país se convirtió al cristianismo, fue depuesto y pasó a ocupar un cargo en la escuela cristiana. Una mañana, mientras desayunaba, Yul-han leyó sus declaraciones y enfascado en la lectura olvidó sus clases.

—¿Cuáles fueron sus sentimientos cuando se le obligó a retirarse de su cargo?

—Me sentí afligido.

—¿Es el cabecilla de la sociedad «Gente Nueva»?

—Sí, pero comuniqué a sus componentes que no llevaría a cabo actos violentos.

—¿Pero le debió indignar la anexión de su país?

—No estaría aquí si hubiese poseído el poder suficiente para evitar que el Japón se adueñase de mi país.

—¿No sería razonable, sin embargo, que hubiese formado un plan para cambiar la situación?

—Era demasiado viejo para hacer más de lo que hice pero es verdad que me sentí amargamente indignado por la situación de mi país.

Yul-han, leyendo estas osadas declaraciones, veía ante sus ojos aquel valiente anciano vestido de blanco con una larga barba blanca, un bastón en la mano, cara arrugada y resuelta expresión. Sintió una nueva fe, esperanza y ánimo. Jóvenes y viejos eran valientes. ¿Iba a asustarse él?

Entonces entró Induk.

—¿Has olvidado tus clases?

—No, pero me llama otro deber. Primero he de ver a mi padre.

Induk le acarició las mejillas. —¿Qué pasa? ¿Ha sucedido algo?

—Ayer juzgaron al barón Yun. Está en la cárcel. Es un viejo amigo de mi padre. Tengo que decirle... Tengo que decirle que soy cristiano. Confío en que no serán demasiadas noticias a la vez.

Lo encontró regando un joven manzano en el jardín. Su madre removía la tierra con una azada para que pudiese empaparse. Les saludó y dijo:

—¿Pensáis recoger algún fruto de este arbolito?

—Tú lo recogerás —dijo Il-han—. Tú y tus hijos. Me alegro de que hayas venido. Tengo que hablar contigo.

Dejó la regadera y se dirigió a su casa. Se sentó en su sitio y esperó como si no supiera por dónde empezar.

—Dime, padre.

—Empieza tú. Lo que tengo que decirte se relaciona contigo.

—Soy cristiano —dijo Yul-han tomando aliento.

Empezaba a llover, la lluvia otoñal caía sin fuerza y formaba regueros entre las piedras del sendero del jardín. Sunia corría hacia la cocina cubriéndose la cabeza con un delantal. Entretanto Yul-han esperaba el estallido de furia de su padre con tanto temor que casi se asustó al oírle expresarse con desacostumbrada suavidad.

—Si me lo hubieses dicho tiempo atrás te habría reprochado que hubieses puesto nuestra familia en peligro, pero ahora he visto y oído cosas...

Y le contó el juicio de los cristianos, su inteligencia e intrepidez. Los describió a todos, jóvenes y viejos, hasta que Yul-han le interrumpió.

—Añade un nombre a la lista, el del barón Yun.

Il-han abrió la boca.

—¡No!

—Sí, incluso él.

Il-han no sabía si contarle lo de su hermano mayor.

—Este hombre al que llaman la Caña Viviente —dijo Yul-han como si leyera el pensamiento de su padre.

Il-han no se movió ni levantó los ojos.

—¿Qué?

—¿Adivinas quién es?

—¿Y tú?

—No estaba allí. No vi su cara.

¡Yul-han no lo sabía! Lo dejaría en la ignorancia.

—¿Por qué he de saberlo yo, si tú no lo sabes? Además—añadió con pretendida impaciencia—, si quieres convertirte al cristianismo, pues conviértete.

Eso era todo lo que quedaba de su anterior enojo hacia su hijo menor.

Pasó el invierno, un invierno espantosamente frío. Era normal que hiciese frío, pero aquel frío eran estremecimientos de la muerte. Cada mañana los gendarmes recogían cuerpos helados de mujeres, hombres y niños, los amontonaban en carretillas y se los llevaban. La tierra era demasiado dura para enterrarlos, los almacenaban en barracas o los amontonaban y cubrían con esterillas hasta que llegase la primavera. Los que vivían no estaban mejor que los muertos. En otoño una larga sequía había dejado sin hierba las laderas de las montañas y los gobernantes no dejaban cortar árboles. Decían que harían una repoblación forestal, habría bosques como en otros tiempos y si cogían a alguien cortando un árbol le darían latigazos y lo encarcelarían.

Los pavimentos ondul de las casas estaban fríos excepto en dos breves espacios de tiempo, cuando cocían la comida y la cena. Nunca habían pasado frío como ahora, porque su vida giraba alrededor del pavimento ondul, sobre él extendían sus colchones y no necesitaban edredones. Aquel largo invierno pasó y llegó la

primavera. Se acercaba para Induk el momento de dar a luz. Su madre pidió a Yul-han que la dejase ir a su casa para el alumbramiento.

Yul-han no sabía qué responder. Si le decía que no, se molestaría, si consentía sería su madre quien se sentiría ofendida. En realidad ya lo estaba, se había enterado de la petición de la madre de Induk y una mañana, cuando se marchaba a la escuela, le dijo:

—¿Es que crees que no sabré ayudar a nacer a mi nieto? ¿Que sólo sabrá hacerlo una cristiana?

—Por favor, madre. Soy yo quien tiene que decirlo. Hagamos lo que desea Induk.

Induk los oyó por una ventana abierta y acudió corriendo. —Madre —dijo intentando convencerla—. Celebraremos su primer cumpleaños con usted y el abuelo. El nacimiento no es tan importante como el primer cumpleaños.

Sunia ya había protestado y ahora como deseaba que la convenciesen la convencieron.

Llegó la primavera. En una noche tormentosa Induk se preparaba para dar a luz rodeada por su madre y hermanas.

Yul-han esperaba ansiosa y dulcemente divertido porque Induk le había dicho que deseaba que el primogénito fuese una niña.

—Rezo porque sea niña —le dijo una noche charlando echados en cama.

—Aquí hay una confusión —dijo lanzando una carcajada—. Yo estoy rezando para que sea niño.

Induk no supo qué decir. Iba a darle una contestación brusca, pero lo pensó mejor y sonrió.

—Debemos de rezar y aceptemos lo que El nos envíe.

No fue un alumbramiento fácil. Pasaban las horas y Yul-han empezaba a asustarse. Al amanecer su cuñada apareció en la puerta y le hizo una seña con el índice mirándole socarronamente. Induk le había contado que las plegarias de ambos no concordaban.

—Has ganado —le dijo—. El Señor te ha dado un hijo.

Fue a ver a Induk y se arrodilló a su lado. En su brazo descansaba un robusto niño con los ojos abiertos ya. ¡Su hijo!

Un sentimiento de orgullo, de éxito, un resurgimiento de vida y de esperanza se apoderó de él. La miró.

—La próxima vez, ya que mis plegarias tienen tanta fuerza, pediré una hija para ti.

Aunque estaba tan cansada, se rió.

Al principio Yul-han pensaba en el niño como en una parte de Induk y de sí mismo, pero con el tiempo concibió un extraño presentimiento.

Aunque era muy pequeño se conducía como un anciano.

Se dio cuenta de que sus razonamientos, paciencia y carácter razonable no eran infantiles.

No lloraba como otros niños cuando su comida se retrasaba. Con sus ojos tranquilos y contemplativos parecía comprender y dar a entender que podía esperar.

Estos ojos iban de la cara de Yul-han a la de Induk cuando hablaban, como si supiera de lo que estaban hablando. Era un niño alto, fuerte y lleno de salud, tenía muy buena presencia. Yul-han sentía cierto temor de llamarlo «hijo mío», como si fuera presunción esta pretensión.

—Si yo fuera budista —le decía un día a Induk—, diría que este niño es la encarnación de un alma superior.

Un atardecer estaban juntos. Induk hacía preparativos para el cumpleaños del niño que iba a celebrarse al día siguiente. Hacía unos pastelillos y mientras estaban en el horno colocaba sobre una mesa baja los objetos que el pequeño tendría que escoger. Según la tradición, su futuro estaría de acuerdo con el objeto que escogiese. Cuando Yul-han habló, ella le respondió dejando sus tareas.

—Yo siento lo mismo. No sé qué quiere decir. Sólo sé que este niño dirigirá y nosotros le seguiremos. No tratemos de formarle aunque seamos sus padres. El sabrá lo que es y debemos esperar a que nos lo diga.

Fue al lado de Yul-han y se arrodillaron juntos delante del niño que estaba sentado en el pavimento ondulado sobre un almohadón. Había estado moviendo las manos y los pies como suelen hacerlo los niños y dando cortos balbuceos al descubrir su voz. Ahora volvía la cabeza para mirar a sus padres con una mirada tan inteligente y consciente que era como si hubiese dicho sus nombres, no papá y mamá, sino los de unas personas a las que reconociese.

—¡Oh!, pero... —murmuró sorprendida Induk. Les pareció que el niño sonreía con íntimo gozo.

Apoyado en su cojín estaba contento, sonreía cuando le hablaban.

—Que nadie hable —repitió Il-han.

Induk había colocado a su alrededor los objetos que debía escoger, una pluma, una pequeña daga, una moneda y un carrete de hilo.

El niño miró interrogante a Induk, ella le sonrió y asintió.

Cuando hubo comprendido lo que tenía que hacer examinó cuidadosamente los objetos, después alargó la mano derecha y cogió el carrete de hilo.

Todos estallaron en gozosas exclamaciones y gritos. El niño había escogido el símbolo de larga vida.

Después comieron los pasteles que había preparado Induk, tomaron té y hablaron alegremente. Luego presentaron sus regalos al niño, sedas de alegres colores, dinero y tazones llenos de arroz que significaba riqueza.

Sus abuelos le regalaron carretes de hilo, un bol de fina laca con una capa de

bronce y un juego de cuchara y palillos. El niño recibía los regalos con tanta calma e inteligencia que todos los invitados se marcharon asombrados.

Cuando todos se hubieron marchado, Sunia le cogió en brazos.

—Me alegro de que cogiera el carrete. Yo estaba algo asustada, este niño es demasiado inteligente.

—Es lo que necesitamos en estos tiempos —contestó Yul-han.

—Se me ocurre un nombre para él —dijo Il-han—. Un nombre chino, Liang, Más tarde él mismo podrá añadirle otro si quiere, pero nosotros le llamaremos Liang que significa luz, la luz del día y la luz de la inteligencia.

—Está bien —dijo Yul-han.

—Un nombre lo bastante importante para él —asintió Sunia.

Induk le arrebató el niño.

—Es sólo un niño, ¡un bebé! Le hacéis hombre demasiado pronto.

Entonces empezó a mecerlo en sus brazos.

—Que nadie hable —ordenó Il-han.

Las dos familias se habían reunido para la fiesta en casa de Il-han. Sunia e Il-han conocieron por primera vez a unos cristianos. No habría sido posible si Il-han no hubiese visto con sus propios ojos su resuelta valentía en el juicio.

Sin embargo, hoy saludaba con cortesía a los padres de Induk y les hacía ocupar los asientos de honor, su padre vestido de blanco, su madre de gris. En otros asientos estaban las hermanas y el hermano menor de Induk y las hermanas de Sunia. Desde el funeral del padre de Il-han no se había reunido toda la familia. Todos estaban con el niño que llevaba los nuevos vestidos de seda roja que Induk había hecho para aquella ocasión.

El Oeste también empezaba a agitarse. Habían vivido en paz mucho tiempo, pero estalló la guerra. Al principio nadie comprendía lo que sucedía. En un país asesinaron un noble del que nadie sabía el nombre en Corea y esta muerte se extendió a miles de personas. Europa estaba dividida por la guerra y Alemania, una nación que el Japón admiraba tanto y a la que había enviado muchos japoneses a educarse militarmente, fue la primera en entablar batalla. A las órdenes de su gobernante, un hombre orgulloso de brazos delgados y nerviosos, el ejército alemán avanzaba rápidamente.

—¿Qué nos sucederá? —preguntó Induk asustada.

—No podemos hacer nada —replicó Yul-han.

—Pero ¿a quién apoyarán los japoneses?

—A quien les convenga más.

Deseaba quedarse y animarla, pero su trabajo le esperaba y se fue como todos los días. En su clase apenas pudo emprender las tareas habituales. Sus alumnos estaban inquietos, asustados, excitados, preguntándose, intentando adivinar si sus vidas cambiarían con la guerra o si su país podría conseguir la independencia de nuevo en

medio de esta agitación.

—No hay esperanza —les dijo Yul-han.

¿Cómo puede un cristiano decirnos que no hay esperanza? —preguntó un joven.

No pudo contestar. Se sentía censurado.

—Atienda a sus lecciones —le dijo secamente.

Pero los estudiantes no podían. Estaban distraídos, rebeldes, indisciplinados y plantaban cara a sus profesores.

Cuando el Japón se declaró contrario a Alemania, muchos se sintieron sorprendidos, pero Yul-han comprendió lo que significaba aquella declaración. Para esta pequeña isla, Corea era sólo un trampolín que le permitiría alcanzar el Asia entera. Alemania se había apoderado de algunos territorios chinos y el Japón los reclamaría como botín de guerra.

Un domingo, al salir de la iglesia, Yul-han pidió a Induk que le esperara en el cementerio porque necesitaba el consejo del misionero.

Fue a la sacristía. El misionero se estaba sacando las ropas de oficiar. Hacía un fresco día otoñal, pero aquel santo pelirrojo tenía siempre calor, al quitarse la ropa negra el sudor resbalaba por sus mejillas hasta su barba, ahora algo blanca.

—Entre, hermano —exclamó al verlo—. ¿Cómo está? Yul-han entró pálido, silencioso, cortés.

—Necesito su consejo.

Y le explicó sus temores:

—Nadie se engaña. Los japoneses no lucharán en Europa, pero se apoderarán de los territorios que los alemanes tienen en China y echarán los cimientos de su imperio. Cuando se instalaron aquí con el pretexto de la guerra... ¡Ah! Sólo necesitaban un lugar donde sus soldados pudieran acampar para la lucha contra China y luego contra Rusia, no contra nosotros. ¡Nunca, nunca contra nosotros! ¿Cuándo comprenderá su presidente Wilson lo que está haciendo el Japón?

—Confíe en Dios.

—¿Sabe Dios lo que pasa? —replicó sonriendo sardónicamente.

—Lo sabe.

Yul-han se marchó sin una respuesta a sus preguntas. Deseaba hablar y discutir con alguien que le aclarase las cosas. Buscó a su viejo amigo y colega Yi Sung-man. No se habían visto desde que dejó la escuela japonesa. El no deseaba volver allí. Recordó que acostumbraba a tomar su almuerzo en un restaurante barato de una estrecha calle y allí fue. Lo encontró sentado delante de un humeante bol de sopa bebiendo a grandes sorbos. Sung-man siempre había sido desordenado, llevaba el pelo demasiado largo, el traje sin planchar y sucio.

Yul-han se sentó a la misma mesa; Sung-man levantó la vista.

—¡Tú! ¿Cuánto tiempo hace que no te he visto? Estás más delgado. Me contaron

que te habías convertido al cristianismo. Estuve pensando que podría hacer lo mismo..., pero no, perdería mi empleo. Tienes suerte.

Llamó a la anciana camarera chasqueando los dedos, y ésta trajo un humeante bol de sopa sobre un pequeño brasero para Yul-han. Hablaron de cosas sin importancia mientras el restaurante iba vaciándose.

—¿Tienes alguna clase? —le preguntó Yul-han.

Sung-man sacudió la cabeza y ladeó su bol para terminar la sopa. Dejó el bol, se limpió su grasienta boca con la manga, cruzó los brazos y se echó hacia atrás.

—¿Sabes algo de Woodrow Wilson? —le preguntó en voz baja.

—¿Quién no? Es nuestra única esperanza. Un hombre de paz, el único que tiene poder. Nos salvará a todos si puede evitar la guerra.

—¿Tienes algún libro sobre Wilson?

—Ven a mi habitación.

Yul-han fue con él a la escuela y Sung-man le dio un libro pequeño, pero grueso, impreso en papel barato. El título era sólo una palabra Wilson.

—Léelo —le dijo Sung-man—, pero en secreto. Luego conviértete en uno de los nuestros.

¿Uno de los nuestros? No le preguntó lo que quería decir. Se puso el libro bajo el brazo, fue a su casa y leyó toda la noche.

Con aquellas palabras confusas y emborronadas empezó a conocer cara a cara la figura de un hombre, un hombre solitario y valiente, demasiado seguro de sí mismo a veces, pero que trataba siempre de obrar bien. ¿Era posible que existiese un hombre así en tiempos como aquéllos? El era uno.

Il-han, bajo su techo de bálago, también aprendía a conocer a Wilson. Las hojas impresas continuaban deslizándose bajo su puerta; a veces no las encontraba, como si hubiesen encarcelado o matado al que las ponía allí, pero no tardaban mucho tiempo en volver a aparecer.

Ahora hablaban de Woodrow Wilson y la guerra, W. Wilson y su pueblo, W. Wilson y los pueblos sometidos del mundo.

Il-han leía una y otra vez considerando su significado. Sus recuerdos de América, antes tan claros y cálidos, se enfriaron al indignarse con Roosevelt que no había comprendido la importancia de Corea en la historia del mundo. Corea, un país, una joya de roca y tierra, una llama humana introducida en el mar, no cabía duda que era uno de los tesoros del globo terráqueo. Había pocos lugares que pudiesen convertirse en vértices de la humanidad a causa de su posición estratégica, lugares pequeños, pero ejes alrededor de los cuales giran las demás naciones. Theodore Roosevelt no supo comprender la importancia de este pequeño país, admiró la valentía del Japón, un país pequeño que había derrotado a la vasta Rusia, sin ver los medios utilizados para su victoria, estos medios eran Corea.

¿Era más inteligente Woodrow Wilson? Poco a poco, juzgando cada línea y observando una confusa fotografía, Il-han se había formado una idea de Wilson. Era un intelectual, esto le llegó al corazón. Los intelectuales podían comprenderse en cualquier parte del mundo.

Roosevelt gustaba de la equitación y la caza de animales salvajes. Era un amante de la violencia. Incluso Sunia había exclamado, cuando concluyó su mandato y se marchó al Africa a cazar animales salvajes: —¡Pobre esposa suya! No le ha visto apenas durante los años de su presidencia y ahora vuelve a perderlo por las fieras. Tú al menos te retiraste cuando la reina murió. Así empezó mi verdadera vida.

Entonces no había hecho caso. ¡Cosas de mujeres!, pero ahora lo recordaba.

Wilson era algo más que un intelectual. Amaba a su esposa y a sus hijos. Era cabeza de familia al igual que de la nación. ¿No dijo Confucio que la responsabilidad de un hombre empieza en su propia casa? En muchos aspectos Wilson era confuciano y podía comprenderlo. Era un hombre de ideales y convicciones, un hombre de paz. Llegó a estas conclusiones por algunas impresiones de las hojas clandestinas. El impresor había transcritto con dificultad frases de Wilson.

Cuando decretó un día de plegarias para la paz, declaró: «Yo, Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos de América, señalo un domingo, el día 4 de octubre, para que todas las personas temerosas de Dios acudan a sus iglesias y aúnen sus peticiones a Dios omnipotente para que conceda la paz a sus criaturas y restablezca la concordia entre hombres y naciones. El ejemplo de América debe ser un ejemplo especial. No debe ser meramente un ejemplo de paz porque la paz ejerce una influencia edificante en el mundo y la lucha no. Hay naciones que obran tan rectamente que no necesitan convencer a la fuerza de su rectitud. Hay hombres que son demasiado orgullosos para luchar.»

Il-han subrayó estas palabras tan interesantes. No las comprendió del todo y pensó en ellas toda la noche. ¿Qué clase de hombre era Wilson que podía convertir sus palabras en armas para la paz? Agudas como un puñal, atrevidas, claras, le impresionaron acostumbrado a las enseñanzas de Confucio que decían que un hombre superior no gobierna por la violencia o vulgares actos físicos, sino por su inteligencia de hombre sabio.

La hija de Yul-han nació en primavera, antes de que el sol calentara la tierra, cuando florecieron los ciruelos.

Aquél tenía que ser un año feliz, pero... aquel gran americano, Woodrow Wilson, a pesar de todo lo que había dicho, llevó su país a la guerra en el cuarto mes del año solar 1917. Los japoneses habían prohibido el uso del año lunar, no importaba su significación en la historia coreana, todos usarían el año solar, sistema moderno que se había impuesto. El año era, pues, 1917. Los periódicos habían hablado mucho de Wilson y los coreanos le creyeron un santo, un salvador, un hombre que no llegaría

nunca a entrar en guerra.

Durante meses, Yul-han leyó todo lo que pudo encontrar sobre los americanos y se reunió a menudo con su padre para discutir lo que se decía y si después de todo los americanos se verían obligados a luchar. Poco a poco y contrariamente a sus ideas e inclinaciones, Il-han había llegado a pensar que aunque era mejor vivir en paz, podría ser necesario que los americanos entrasen en la guerra temiendo que en Europa un tirano colérico y enfermizo no tardara, ayudado por otros como los que ahora gobernaban en Corea, en encender un fuego que sumiría al mundo entero en la oscuridad.

Il-han se daba cuenta de esta necesidad, pero Yul-han...

—¿Cómo persuadirá Wilson a su pueblo de que es necesaria la guerra cuando ha hablado siempre en favor de la paz?

Il-han meneó la cabeza y tiró de su barba grisácea.

—¿No te das cuenta de que los alemanes confunden las palabras de paz con las de temor? ¿Cuál es su respuesta mientras Wilson habla de paz? Declarar una guerra marítima sin cuartel. ¿Tendrán que soportarlo?

Yul-han miró curiosamente a, su padre.

—¿Por qué te interesas en lo que pasa en el mundo viviendo tan apartado de todo bajo tu techo de bálago?

—He aprendido que ningún techo de bálago puede esconderme ni a mí ni a ninguno de nosotros. No somos como los cangrejos. No tenemos caparazón para escondernos., Nuestros antecesores lo intentaron en una frenética y desesperada busca. ¡Todo fue en vano! El enemigo nos buscó y nos encontró. No habrá esperanza ni refugio para nosotros a menos que llegemos a formar parte del mundo. Sólo estaremos a salvo, en un mundo seguro. ¿Quién nos librará de nuestros gobernantes extranjeros? Nosotros no, nuestros amigos o sus enemigos, tampoco. No hay que esperar nada de nadie, sino de todos. Wilson es el único que comprende que esto es cierto también para su país, nosotros debemos seguir sus pasos. Cuando ganen la guerra se nos dará la independencia y tendremos la libertad tanto tiempo deseada.

Su padre hablaba como un profeta, realmente parecía un pro-feta de otros tiempos, como los de la Biblia. Le escuchaba silenciosa y reverentemente. Ellos no eran los únicos, en todo el país la gente se reunía a escuchar a los que podían leerles algo sobre Wilson y ponían en él sus esperanzas de salvación. Los demás hablaban de sus propios países, pero él hablaba de todos los países y la gente creía en él.

En todas partes la gente llenaba las iglesias cristianas con esperanza y ansiedad creyendo que el Dios al que Wilson rezaba les traería la victoria y con su victoria lograrían la libertad. Muchos se convirtieron esperando lograr así la salvación.

Wilson declaró que hablaría a su pueblo el 16 de mayo y lo hizo con tanta energía que, en realidad, se dirigía a todos los hombres. Sin embargo, antes de este día su

enemigo hundió tres de sus barcos más grandes.

Yul-han se dirigió apresuradamente a casa de su padre al enterarse de las noticias. Il-han se sentía triunfante. Sus ojos aún negros y vivaces brillaban excitados.

—Ahora —le dijo, dando un golpe en el periódico con la mano izquierda—, ahora Wilson declarará la guerra.

—¡Padre! —exclamó Yul-han—. ¿Tú eres un hombre de paz? ¿O es que has bebido?

—No he bebido. ¡Oye esto!

Le cogió por el brazo mientras leía en voz alta las palabras de Wilson, interrumpiéndose de vez en cuando para lanzar exclamaciones aprobatorias.

—Habla al pueblo alemán, le pide que se rebele contra sus tiranos. Es como si nos hablase a nosotros, a nuestro pueblo. Dice... , dice... y buscó sus palabras con el índice. Dice:

«No tenemos nada contra el pueblo alemán, no nos mueve otro sentimiento que el de simpatía y amistad. No fue el pueblo quien entró en guerra. Esta guerra fue provocada por el interés de una dinastía acostumbrada a usar de sus súbditos como armas e instrumentos.»

Aquí hizo una pausa.

—¿No sucede lo mismo con nuestro pueblo? ¿No somos instrumentos? Nos está hablando a nosotros. Te lo aseguro. No, espera, aún hay más. Dice aquí:

«No queremos ninguna indemnización, no nos mueve ningún interés material ni fines egoístas, no queremos conquistar ni dominar.» ¿Crees que existe alguien como él? No, juraría que no. Y sigue diciendo: «Deberíamos tener una Liga de Naciones a la que perteneciesen todas las naciones del mundo y pudiesen presentar sus quejas delante de todos.» Allí debes ir. Yo iré contigo. Cuando ganen la guerra iremos a la Liga de Naciones. Presentaremos nuestra causa.

Yul-han estaba alarmado. Había intentado interrumpirle varias veces y no lo había conseguido. Las lágrimas rodaban por sus mejillas, temblaba, reía y lloraba.

—Padre, la guerra está lejos de estar ganada. Los alemanes están en el poder. Los americanos son la última esperanza. No sabemos...

—Yo sé —gritó Il-han—. Sé que Wilson ganará la guerra. Cuando leí su discurso creí que el corazón me iba a estallar. Me crecí, me sentí joven. Aún puedo luchar.

—Estoy de acuerdo con que sus palabras son enérgicas y acertadas, pero sólo con palabras no se gana una guerra.

Il-han estaba como un niño desilusionado.

—Eres frío —le dijo apasionadamente—, muy frío. Si Wilson no te basta, ¿te bastará tu Dios, tu Dios cristiano? ¿No es el mismo de Wilson?

Las palabras de su padre le llegaron al corazón.

—Sí, es el mismo Dios.

Luego se marchó a su casa. Ippun le esperaba en la puerta con expresión alegre en su redonda cara helada de frío.

—Amo. Tiene una hija.

Induk había concebido de nuevo, pero nadie se había alegrado. Los tiempos eran demasiado duros, tenían bastante con Liang. Su hijo empezó a andar a los ocho meses y a hablar antes del año. Yul-han olvidaba a menudo que era un niño y le hablaba como a una persona mayor. El niño le adoraba y era feliz en su presencia, aunque cuando estaba fuera se divertía fácilmente con cualquier cosa. Sin embargo, por encima de todo, quería a su abuelo e Il-han se sentía tan feliz con ello como nunca había esperado serlo.

—Liang nos compensa de todas las pérdidas que hemos sufrido. Liang, mi nieto, no debe ser castigado nunca —decía con voz solemne—. Su intención es siempre buena y demasiado profunda para que nosotros la comprendamos.

Es natural, pues, que Yul-han e Induk tuviesen bastante con este único hijo. A menudo dudaban si serían lo bastante buenos, inteligentes e instruidos para educarlo mientras iba creciendo. Yul-han no deseaba otro hijo ni al ver a Induk encinta lo deseó, pero cambió de opinión ante la arrugada cara de la recién nacida.

En silencio se arrodilló al lado de Induk. Ella le miró con un delicado aire de tristeza y súplica en su cara tan pálida como el marfil y sus ojos oscuros y oblicuos.

Su cara tenía la combinación justa para ser bella, frente suave y despejada y boca delicada.

—¿Cómo nos hemos atrevido a tener dos hijos? —dijo con voz baja y apenada.

Entendió lo que quería decir. En tiempos como éstos de hambre y frío, tristeza y libertad perdida, ¿cómo protegerían a una hija? Su propia herencia era ya bastante desgraciada, un país dividido por luchas y guerras, pero que al menos les pertenecía. Ahora no eran más que siervos. Los que no lo eran, eran traidores vendidos a los invasores. Sólo los cristianos estaban unidos por la esperanza de que algún día el Dios en quien confiaban les libraría de las manos de su enemigo.

—Hagamos su infancia tan feliz como podamos. Dejémosle al menos algo para recordar.

Induk no contestó. Yul-han le cogió la mano para calentarla entre las suyas y se dio cuenta por primera vez de lo distintas que eran. Las suyas cuadradas y fuertes, pero bien formadas como las de sus compatriotas, las de Induk largas, estrechas y estropeadas por el trabajo. Luego la dejó reposar sobre el colchón y cogió el puñito cerrado de su hija.

—Quizá cuando ya sea una mujer el mundo habrá mejorado y nuestro país sea independiente.

—Conservemos la esperanza porque sin ella moriríamos

Llegó el verano. Todos sabían que los americanos jóvenes eran llamados para

alistarse. Los periódicos japoneses matinales daban la noticia.

Atención.

Noticia para el jueves, 15 de junio

El jueves, 15 de junio, todos los varones de edad entre veintiuno y treinta y un años, sean o no ciudadanos de los Estados Unidos, deben inscribirse en el local más cercano destinado a las elecciones de su barrio. La inscripción no significa que estén obligados al servicio militar a menos que sean ciudadanos de los Estados Unidos o hayan solicitado la ciudadanía.

¡Príncipes alemanes ocupan los tronos de los estados balcánicos, se proponen someter a todos los pueblos eslavos y a las naciones ambiciosas y libres de la península báltica, fomentando la sedición y la rebelión!

El mismo presidente había lanzado una proclama que también salió en los periódicos japoneses.

Llamamiento a las armas

La gente volvió a exclamar:

—Nosotros..., nosotros estamos sometidos a la voluntad de otros.

Yul-han levantó la cabeza esperanzado y alzó la voz peligrosamente.

—¡Escuchad lo que dice después!

Yo, Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos, anuncio y decreto que desde ahora todos los varones de la edad señalada se inscriban en estas listas de honor.

Aquellas rimbombantes y sonoras palabras dieron la vuelta al mundo y anunciaron a los siervos y a los esclavos, a todos los que no eran libres y al mismo Yul-han, que los varones inscritos en aquellas listas de honor no sólo salvarían a un pueblo del peligro de los invasores sino que también salvarían a los que ya habían sido invadidos.

En la iglesia, el misionero elevaba sus brazos al cielo pidiendo las bendiciones del Señor sobre América y su presidente. De las gargantas de los miles de congregantes coreanos brotó un estruendoso amén.

Era de noche, con las luces de la ciudad apagadas y sus gobernantes dormidos. Los cristianos se deslizaban furtivamente a la iglesia y sentados en la oscuridad escuchaban a Yul-han que leía en voz alta, a la luz de una vela, oculto por un púlpito de madera. Leía las noticias de la guerra que estaba transcurriendo en la otra parte del mundo. El Japón se había apoderado de territorios chinos, jóvenes que morían a miles y luego a millones. Sólo en Inglaterra murieron cinco millones, pero Wilson volvía a hablar a los habitantes de todo el mundo:

Esperamos asegurar la salvación de la península báltica y al imperio turco la oportunidad y derecho de organizar su vida libre de la dominación extranjera.

Los dirigentes alemanes que probaron ser también dirigentes del Imperio Austro-

Húngaro, consideran a los estados más pequeños como sus naturales instrumentos de dominación.

—¡Woodrow Wilson! —exclamaron—, sálvanos de la dominación extranjera.

Estas palabras dieron la vuelta al mundo por medio del telégrafo. Enviaban todo lo que decía Wilson y entre las noticias de la lucha diaria venían los mensajes. Se transmitían y al cabo de veinticuatro horas se habían oído en todas partes, desde las montañas de América del Sur hasta las de Corea. Los trescientos periódicos de la vasta China recibían las noticias y las comunicaban a los países circundantes, hasta que las palabras de Wilson fueron conocidas en todas partes del mundo y creídas por todos.

Hacia mediados de invierno, mientras la lucha continuaba y la nieve en las calles, con sus dos pies de altura, enterraba los cuerpos helados bajo su manto blanco, Yul-han llegó a su casa por la tarde. Su madre le estaba esperando.

—Ven a ver a tu padre, está llorando como un niño, no puedo hacerle parar, no me hace caso ni consigo que me diga por qué llora.

Yul-han atravesó el patio y se dirigió a la biblioteca de su padre. Allí encontró al anciano paseando y sollozando fuertemente mientras apretaba contra su pecho un arrugado periódico. Lo cogió por los brazos.

—¿Por qué lloras?

Il-han se desahogó. Arrojó el periódico.

—¡Mira esto! Los catorce puntos de Wilson.

Yul-han continuó leyendo: Las aspiraciones nacionales deben ser respetadas. Actualmente los pueblos sólo pueden ser regidos y gobernados bajo su propio consentimiento. La propia determinación no es meramente una frase sino un principio imperativo de acción.

Cogió el periódico doblado con sus manos temblorosas y luego lo arrojó.

—No puedo leer. Léelo tú... no... déjame leer éste... el tercero:

—Hijo mío.

Il-han dobló el periódico en varios dobleces y lo introdujo en su vestido, sobre el pecho. Señaló con su dedo para dar mayor énfasis a su frase.

—Hijo mío, es de nuestro pueblo de quien habla. ¡El sabe..., él sabe!

Las lágrimas acudían a sus ojos tan fácilmente como las de un niño. Yul-han vio que su padre lloraba de alivio y esperanza largo tiempo reprimida. Bajo su aparente confianza había escondido el profundo temor de que no pudiera confiarse en el presidente americano.

—Siéntate, padre. Deja descansar tu corazón.

Il-han no era el único en estar invadido de alegría. Todo el mundo se alegraba secretamente y los cristianos daban gracias a Dios en sus iglesias.

El domingo siguiente se hizo en la iglesia de Yul-han. Fue solo porque Induk se

quedó en casa para atender a la pequeña que era muy inquieta y estaba enferma a menudo. Hacía un día hermoso, las montañas se recortaban claramente en el profundo azul del cielo y Yul-han sintió una nueva alegría al salir de la iglesia. Como de costumbre los mendigos esperaban en las escaleras de salida. Habían aprendido que los corazones de los cristianos eran más fáciles de conmover en domingo.

Al salir, un mendigo bajó las escaleras tras él y le cogió por el abrigo. Sin mirarle, Yul-han se llevó la mano al bolsillo y dejó caer una moneda en su mano. Siguió andando. Unos minutos después oyó pasos y al volver la cabeza lo vio otra vez. Esperó a que se acercara para preguntarle por qué le seguía, pero cuando estuvo a su lado le miró sin decir nada. ¿Dónde había visto aquellos ojos?

—¿No me conoces?

—No —pero repentinamente se le ocurrió que aquella voz no era la lloriqueante del mendigo que había oído en la iglesia.

—Continúa andando —le dijo el mendigo—. Te seguiré con la mano tendida como si estuviera mendigando.

Yul-han obedeció sorprendido, y el mendigo continuó hablándole en voz baja, pero enérgica.

—¿Cuántos años han pasado? No puedo culparte si no me reconoces. Soy tu hermano.

Yul-han se volvió involuntariamente y estuvo a punto de gritar el nombre de Yul-chun, pero oyó otra vez el lloriqueo del mendigo.

—Un penique, será una buena acción, señor..., misericordia, señor, irá al cielo. Dame dinero —murmuró Yul-chun.

Yul-han obedeció de nuevo.

—Señor, me ha dado una moneda falsa...

Se inclinó para mirar la moneda y oyó estas palabras: —Deja la verja abierta esta noche y no te duermas.

Se separaron, el mendigo dando gracias efusivamente y Yulhan tan tieso como si la cabeza no le estuviera dando vueltas.

¡Yul-chun! Naturalmente, que era Yul-chun. Caminó rápidamente hacia su casa y se lo contó a Induk hablando atropelladamente en su prisa y luego miró a su hijo. El niño estaba escuchando como si comprendiera lo que decían y Yul-chun se calló.

Entre medianoche y el amanecer Yul-han oyó que la verja se abría lentamente, pero sólo lo suficiente para admitir el cuerpo de un hombre. Permaneció en la oscuridad, alargó la mano y encontró el hombro de su hermano, deslizándola por el brazo fue a encontrar la de Yul-chun. Silenciosamente, sin hacer ruido con los pies, atravesaron el jardín y Yul-han le condujo a una pequeña habitación interior, un almacén sin ventanas con sacos de cereal apoyados en las paredes. Induk trajo cojines y una linterna, y los dos hermanos se sentaron hablando en un murmullo.

—Huí de la cárcel hace dos días —dijo Yul-chun.

La luz de la vela oscilaba delante de sus altos pómulos y sombreaba las profundas cuencas de sus ojos.

—¿No supiste que estaba en la cárcel? —preguntó.

—¡La caña viviente! —exclamó Yul-han comprendiendo de repente—. Tú eras la caña viviente.

—Lo soy.

Continuó contándole rápidamente lo que le había sucedido desde la última vez que estuvieron juntos.

—Es increíble mi huida. Un japonés vino a mi celda aquella noche. Creí que me habían condenado a muerte y empecé a hablar temerariamente de mis sueños de independencia para mi pueblo. El escuchó sin decir nada y se fue, entonces vi la puerta de mi celda entreabierta.

—¿Cómo se llamaba? —preguntó Yul-han.

Cuando se lo dijo recordó que era el nombre del jefe del Departamento de Educación que le había dado permiso para aceptar el puesto de director de la escuela cristiana y que él mismo había asistido a una de ellas en Tokio.

¿No era un milagro esto? ¿Un milagro del Cristianismo? Yul-chun le estaba apremiando para que contestara a sus preguntas.

—¿Cómo está nuestro padre? Cuéntame lo que ha sucedido en la familia... ¡Pero de prisa, hermano! No tardará en amanecer.

Tan rápidamente como pudo le habló de su padre, de su boda y del nacimiento de sus hijos.

Una vacilante ternura apareció en la áspera cara de Yul-chun. —Me gustaría ver a tu hijo. Yo estoy destinado a llevar una vida distinta a la de los demás hombres, pero es posible que sólo tu hijo lleve a cabo la guerra por nuestra independencia.

Entonces Induk, aún sin decir nada, se levantó y fue a la habitación donde dormía Liang. Levantándolo de la cama lo llevó ante su tío. El niño estaba medio dormido, pero cariñoso y afable por naturaleza, se despertó y sonrió, al principio inconscientemente. Sin embargo, de repente cambió inexplicablemente, dejó de sonreír, se inclinó hacia Yul-chun desde los brazos de su madre y le miró seriamente a los ojos, luego gritó alegremente y le tendió los brazos inclinándose tanto que Yul-chun tuvo que cogerle para que no cayera al suelo. El niño se apretó contra él, le rodeó el cuello con los brazos, apoyó la mejilla contra la suya, levantó la cabeza para mirarle de nuevo y empezó a reír. Lo hizo una y otra vez mientras Yul-han e Induk permanecían suspensos y sorprendidos.

—¿Pero cómo puede ser? —exclamó Induk—. ¡El niño te conoce! Nunca estuvo así, ni siquiera con nosotros.

—Se diría que te ha reconocido de una vida anterior —dijo Yul-han preocupado.

Una extraña excitación se había apoderado de Liang. Lloraba y reía, luchaba por hablar y no podía, Yul-chun sólo pudo calmarle asintiendo y abrazándolo estrechamente unos instantes. Luego se lo entregó a Induk y salió de la habitación.

En el oscuro jardín los dos hermanos se estrecharon las manos y se dijeron el último adiós.

—¿Cuándo nos volveremos a ver? —preguntó Yul-han.

—Quizá nunca más. Quizá antes de lo que pensamos. Vuelvo a China.

—¡China! ¿Por qué precisamente allí?

—Se está fraguando allí una de las mayores revoluciones registradas en la historia. Tengo mucho que aprender aún y algún día volveré a casa para utilizar lo que habré aprendido. ¿Tienes dinero?

—Sí, pensé que lo necesitarías.

Yul-han había preparado un paquete con monedas de plata, todos sus ahorros, y ahora se lo dio a su hermano. Entonces se separaron, pero Yul-chun volvió sobre sus pasos repentinamente.

—No sé el porqué del comportamiento de Liang, pero hay algo que sí sé. Al nacer, un alma grande entró en él. No soy budista, no tengo ninguna clase de religión, pero sé que éste no es un niño corriente. Respétalo. Está predestinado.

Con estas palabras desapareció en la oscuridad y Yul-han volvió a casa preocupado por las palabras de su hermano. Cuando entró en el dormitorio vio a Liang durmiendo pacíficamente mientras Induk, en camisón, trenzaba su largo cabello.

—¿Se ha calmado? —preguntó.

—Sí. Pero para mí no volverá a ser el mismo. Ahora sé lo que sintió María, la Madre de Jesús. Algún día mi hijo me repetirá aquellas mismas palabras: «Mujer, ¿qué vaya hacer contigo?»

—Bueno, bueno —dijo Yul-han animándola—. Estamos sobreexcitados y le contagiamos nuestra excitación al niño.

Pero Induk no se animó.

—Vislumbro un futuro horrible-insistió sombríamente.

—No tenemos que correr a su encuentro —replicó Yul-han sin atreverse a repetirle las palabras de Yul-chun.

Yul-han era de naturaleza pacífica, prudente y pacientemente perseverante. Si las cosas hubiesen continuado igual que antes de la invasión japonesa, él habría vivido como un intelectual y un caballero campesino, con arrendatarios para cultivar la tierra, sus hijos educados por preceptores y su esposa preocupándose sólo de la casa. Todo su ser deseaba la paz. Ya fue bastante revolución para él convertirse al cristianismo, y le atrajo esta religión porque predicaba la paz y buena voluntad entre

hombres y pueblos en aquellos tiempos de violencia y crueldad. A pesar de haberse convertido al cristianismo era posible que nunca hubiese hecho nada a no ser por lo que le sucedió a Induk en un día de primavera.

Su hijita tenía más de un año, una niña amable e inteligente de temperamento mimoso. No la podían separar de su madre. Donde iba Induk allí estaba ella agarrada a su falda o al índice de su madre. Cuando Induk se sentaba a descansar en la casa o el jardín, estaba sobre sus rodillas negándose incluso a sentarse en las de su padre. De esta manera Yul-han apenas conocía a su hija y estaba más con su hijo. Por la diferencia entre sus hijos ellos se distanciaron en parte sin darse cuenta, excepto en algunos pequeños detalles.

En los atardeceres Yul-han se apartaba del mimo de su hija y la constante preocupación de Induk por ella y se iba a su estudio con Liang, mientras Induk y la niña se quedaban en la habitación central.

Tampoco la niña quería irse a la cama sin su madre. Induk se sentaba a su lado hasta que se dormía, entonces ella también a menudo estaba cansada y se iba a la cama.

Yul-han intentó convertir a su hijo en compañero tratándole como a un adulto. Le hablaba de sus pensamientos, él compartía sus conocimientos y hablaban de lo que sucedía cada día en la nación. El niño hablaba de Wilson como si fuese su abuelo y empezó a amar apasionadamente al distante país que nunca había visto. Guardaba en una caja recortes de periódicos con fotografías de cualquier cosa que fuera americana y empezó a visitar asiduamente a su abuelo porque sabía que estuvo una vez en aquel país.

—Cuéntame cómo es América —le rogaba.

Lo convencía e Il-han buceaba en su memoria y le hablaba de gente amable, altos edificios, enormes granjas y grandes ciudades. Todo lo que podía recordar de América pasaba a la fácil memoria retentiva de su nieto y Liang, con aquel amor por la verdad y su natural inclinación hacia los nacidos independientes, absorbía en su ser estas cualidades y estaba iluminado interiormente.

Fácilmente llegó al convencimiento de la grandeza de Wilson y se lo imaginó como un Dios cristiano de aspecto impresionante y agradable del que oía decir a su madre y al misionero que vivía en una atmósfera de música, rectitud, brillantez, entera esperanza y bondad. Wilson, así lo creía su espíritu de poeta, saldría un día de aquellas nubes celestiales y libertaría y haría feliz a todo el mundo. Soñaba cómo se acercaría a Wilson con flores y frutas en las manos. Empezó a ahorrar para Wilson lo mejor que tenía. Si en otoño veía un níspero más grande que los otros, una naranja más dorada, una manzana más dulce o una granada más roja, la separaba para Wilson aún sintiendo la tentación de comérsela él. A veces Induk encontraba la fruta estropeada y la tiraba riñéndole por haberla echado a perder, pero Liang nunca le

contó por qué lo hacía.

Se impacientaba fácilmente con su hijo porque era el compañero de su padre e incluso, aun sin saberlo, porque estaba tan alto y fuerte para su edad sin pasar por las enfermedades infantiles, alimentándose con cualquier cosa y siempre dispuesto a aprender, a entender, en contraste con su enfermiza hermana.

En justicia sabía que no podía culpar al niño porque su propia indulgencia con la niña era lo que la separaba de Yul-han. Se alegró al concebir de nuevo en otoño, un tercer hijo la libraría de la pequeña y la acercaría otra vez a él. Casi hacía tres meses que estaba encinta cuando un día fue al mercado a comprar pescado fresco para la comida del mediodía, mientras Ippun lavaba la ropa en un arroyo donde se reunían las mujeres para este menester. La niña fue con ella como siempre, agarrándose a un pliegue de su falda y fueron paseando lentamente hasta el pueblo. La niña se cansó antes de llegar e Induk la dejó subir a su espalda y la llevó hasta el mercado.

El día antes había ocurrido algo en la ciudad, pero ocurrían cosas tan a menudo que no hizo caso de lo que le contó Yul-han. Algunos estudiantes de la escuela cristiana habían sido arrestados unos días antes por gritar Mansei cuando el gobernador general pasó delante de la verja de su escuela cuando se dirigía a palacio. Era un grito de la vieja Corea. Sus guardaespaldas cayeron sobre los estudiantes y los encarcelaron acusándolos de conspiración.

Era una noticia corriente en todo el país, sólo añadía a la creciente revolución un rescoldo de llama que podía arder si la esperanza se convertía en oportunidad.

Cuando Induk llegó al pueblo vio que estaba lleno de soldados, algo poco corriente en un lugar tan tranquilo. Estuvo pensando si no sería mejor regresar directamente a casa, pero recordó que Yul-han había pedido especialmente un pescado que le gustaba, y que pronto dejaría de encontrarse. Continuó andando y al pasar por la taberna en la que había ayudado a Ippun a escapar salió el tabernero entre los soldados. Tenía la cara enrojecida por la bebida, aunque no era aún mediodía, reía y hablaba con los soldados, que también habían estado bebiendo. Algunos podían beber sin excitarse, pero la peculiaridad de los invasores era que la bebida les hacía más obscenos y atrevidos que cuando estaban sobrios. El tabernero vio la ocasión para vengarse y la señaló con el índice gritando:

—¡Ahí va una cristiana, la esposa de un profesor de la escuela cristiana cuyos estudiantes gritaron Mansei al noble gobernador general! ¡Yo mismo oí cómo gritaba Mansei!

Los soldados llamaron a la policía del pueblo, que acudió corriendo. Como la policía era siempre japonesa, soldados y policías la rodearon en medio de la calle. La gente entraba en las casas y cerraba las puertas para que no pudieran decir que habían tomado parte en lo sucedido. Induk estaba sola con la niña que, viéndose rodeada por caras enojadas, empezó a llorar, por lo que un policía se la arrebató y la arrojó a un

lado de la calle pavimentada. Otro cogió a Induk y le sujetó las manos a la espalda.

—¿Ha gritado alguna vez Mansei? —le preguntó un oficial subalterno de marina que estaba entre los soldados.

Tenía la cara roja y sus ojos llameaban. Llevaba el pelo negro cortado al cepillo. Levantó el fusil como si fuera a golpearla con su culata. Induk estaba desesperada y asustada, los chillidos de la pequeña arañaban sus oídos y no sabía qué hacer. No dijo nada, mirándolos uno a uno hasta que vio al tabernero.

—Usted —balbuceó— Le suplico... Somos coreanos usted y yo...

El se rió estruendosamente.

—Ahora me suplica —dijo riendo entre dientes—. Ahora es una mendiga.

—Llévenla a la comisaría —ordenó el oficial—o Interróguenla y averigüen si gritó o no Mansei.

Induk se quedó paralizada. Si iba allí nadie vería lo que podía pasarle y estaría perdida. Se apresuró a confesar cualquier cosa que pudiese ayudarla.

—Es posible..... balbuceó con la boca tan seca que apenas podía articular las palabras—, es posible que alguna vez, hace mucho tiempo, antes de tener uso de razón ... puede que gritara Mansei, pero le prometo ...

Esto bastaba. Los soldados aullaron y batieron palmas, el policía la cogió, la empujó hacia la comisaría, ella luchó, les golpeó y les arañó la cara.

—Mi hija. No puedo dejarla sola.

La niña había corrido tras ella chillando y sollozando, un soldado la levantó, la arrojó al suelo y la amenazó con la bayoneta. Induk no podía aguantar más, cuando repentinamente se abrió una puerta, una mujer salió corriendo, cogió a la niña y volvió con ella a la casa.

Induk dejó de forcejear. Se secó la cara con el borde de la falda, pero antes de que pudiera hablar el policía la cogió de nuevo. Le ataron las manos a la espalda con un trozo de tela y la obligaron a caminar. En pocos minutos llegaron a la comisaría. Estaba rodeada de hombres, aterrorizada. La sangre corría lentamente por sus venas, los ojos se le nublaban y estaba sin aliento.

Al entrar en el bajo edificio de ladrillo, un hombre, no supo si era policía o soldado, alargó una pierna y le dio un fuerte puntapié que la hizo caer hacia adelante en la habitación. Luchó por librar sus muñecas de las ataduras, pero no pudo hacer más que levantarla cabeza, un policía le puso un pie en el cuello y empezó a golpearla con una porra. Después la puso en pie y le desató las manos. Aún no había tenido tiempo de recuperar el aliento y alisarse el pelo cuando el jefe de la policía que había entrado en la habitación entretanto, le ordenó que se desnudase, Le miró fijamente sin poderlo creer casi. Sabía que habían detenido muchas veces a mujeres y las habían obligado a desnudarse, pero ahora que se trataba de ella ni siquiera podía moverse. Sólo le miraba como si no hubiese oído nada.

—¡Quítese los vestidos! —rugió.

Recuperó la voz:

—Señor —tartamudeó— Señor, soy la esposa de un hombre respetable... soy madre... por decencia... no lo hagan... no lo hagan.

Con extraño aullido los hombres se abalanzaron sobre ella y le desgarraron los vestidos. Intentó proteger su ropa interior, pero se la arrebataron también. Intentó sentarse y esconderse, pero se lo impidieron. Se volvió de cara a la pared ocultándose de las miradas de los numerosos hombres que había en la habitación, pero la obligaron a volverse otra vez. Intentó cubrirse con los brazos, pero uno de ellos se los retorció y se los sujetó a la espalda, los demás le dieron puntapiés y la golpearon. Magullada y sangrando había caído al suelo, pero la sostuvieron para continuar golpeándola hasta que perdió el sentido.

En el pueblo la noticia corrió de boca en boca. Algunos quedaron presos de un horrible temor, pero otros se reunieron en la calle, furiosos y ultrajados. Algunos de sangre más ardiente declararon que había que atacar la comisaría y rescatar a Induk, otros dijeron que con esto sólo lograrían que ellos y sus familiares fuesen atacados. Decidieron que dos de ellos, cristianos, irían a protestar que se desnudase a las mujeres.

Pasaron algunas horas antes de tomar esta decisión y cuando fueron a la comisaría los dos, dos ancianos que de todos modos no tardarían en morir, no encontraron a ninguna mujer. Si estaba Induk no la vieron. El jefe de policía los recibió cortésmente en su despacho. Cuando alegaron que desnudar a las mujeres era ilegal el jefe de policía les habló fríamente.

—Están equivocados —dijo—, no va contra nuestras leyes. Tenemos que desnudar a nuestros prisioneros para ver si llevan documentos ilegales.

El más viejo replicó valientemente:

—¿Entonces por qué sólo desnudan a las mujeres jóvenes? ¿Por qué no desnudan también a los hombres?

El jefe de policía no respondió. Contempló a los dos ancianos vestidos de blanco, con altos sombreros negros y bastones en la mano para sostenerse. Ellos le miraron pensativos, sin temor. Entonces se volvió a un soldado en pie en la habitación con la bayoneta calada.

—Acompáñalos afuera.

El soldado bajó su fusil y cogiéndolos por los hombros los condujo a la puerta. Al abrirla vio una multitud enojada y desafiante.

—¿Dónde está ella, la mujer? —preguntó uno.

—Pónganla en libertad —vociferó otro.

—Encarcélennos a todos o libértenla a ella —gritaron otros.

Los gritos llegaron al jefe de policía que se levantó de su asiento y salió a la

puerta muy serio y erguido, esperando asustarlos y que se callaran, pero aún gritaron más.

Dudó un momento y luego les gritó también, pero aumentaron sus gritos sin dejar oír sus palabras. Dudó de nuevo y luego volvió a la habitación.

—Déjenla salir —murmuró—. No hay que tomarse tantas molestias por una mujer.

La multitud esperaba con los dos ancianos al frente, uno junto a otro. Al cabo de pocos minutos salieron dos soldados con Induk colgando entre ellos. Estaba consciente, pero no podía hablar. La sangre se había secado en su cara y cuerpo medio desnudo, pero bajo la costra seca brotaba lentamente su sangre rojo púrpura. La multitud lanzó un fuerte gemido. Un forzudo joven la subió a sus espaldas y se la llevó. La gente les seguía, los hombres se lamentaban, las mujeres lloraban. Vino la mujer que había cobijado a la pequeña y las llevaron a Induk y a ella a su casa otra vez.

Cuando Yul-han llegó a su casa como de costumbre, al atardecer, con su hijo, Ippun salió a su encuentro rogándole que no hiciera ruido.

—¿Dónde está la madre de mi hijo? —preguntó.

Induk acudía siempre a la puerta para recibirle y quitarle los zapatos.

Ippun le condujo a la cocina.

—Mi señora fue golpeada —dijo en un fuerte murmullo. Su aliento oliendo a ajo llegaba a la nariz de Yul-han.

—¿Golpeada? —preguntó retrocediendo.

Empezó la historia, él la escuchaba casi sin creerlo aún, sabiendo que era verdad lo que oía. No esperó a que terminara.

—¿Qué podemos hacer cuando una mujer decente no está a salvo fuera de la casa de su marido? —murmuró.

Acudió rápidamente al lado de Induk. Ippun le había vendado la cabeza y lavado sus numerosas heridas. Ahora yacía rígida, con los labios y ojos cerrados e hinchados. Se arrodilló a su lado.

—Esposa mía, corazón. ¿Qué te han hecho?

Las lágrimas brotaron debajo de sus párpados ensangrentados, espesas lágrimas como de pus.

—No se lo digas a nadie —murmuró.

—Déjame ir a buscar a mi madre.

—No, a nadie y sobre todo no quiero que me vea ninguna mujer, ni siquiera mi propia madre.

—Entonces iré a buscar al doctor americano.

Y se fue otra vez a la ciudad sin detenerse más que para decir a Ippun que no contase nada a sus padres.

—Se lo diré yo más tarde.

Y se fue a toda prisa.

Ni él ni Ippun se habían dado cuenta de que Liang lo había oído todo, porque Ippun estaba en la cocina dando de comer a la niña que se colgaba a ella ahora que su madre no podía cuidarla. Cuando Liang vio que su padre se había marchado fue a la habitación de su madre y contempló su horrible aspecto. ¡Aquello era su madre! Se cubrió la boca con las manos para ahogar los sollozos, corrió al bosquecillo de bambúes y se arrojó al suelo.

Primero Yul-han fue a ver al misionero y le contó lo sucedido, juntos fueron a ver al doctor y Yul-han le explicó cómo estaba Induk, herida, hinchada por los golpes. Los dos americanos se miraron.

—¿Cuánto tiempo callaremos? —murmuró el doctor entre dientes—. ¿No vamos a defender a esta gente a quienes vinimos a ayudar?

Cogió sus instrumentos y sin decir nada más fue a casa de Yul-han. Lavó hábilmente todas las heridas de Induk, la anestesió con una droga y cogiendo aguja e hilo cosió la carne desgarrada.

Entretanto Liang estaba en la puerta y miraba. Al principio se asustó y tuvo que taparse la boca para no gritar, luego vio a su madre durmiendo pacíficamente, entró de puntillas en la habitación y se puso al lado de su padre en silencio.

Cuando el doctor hubo terminado vio al niño y le sonrió.

Liang se atrevió entonces a hacerle una pregunta. Se le acercó más y le miró con ojos graves.

—¿Le dirá a Woodrow Wilson que ayude a mi madre?

Yul-han se apresuró a explicarle que Liang había hecho un ídolo del presidente americano. El doctor escuchó mientras reunía de nuevo sus instrumentos. Inclinado sobre Induk que aún dormía dijo:

—Su esposa estará bien dentro de unos días, pero debe reposar. Es una suerte que no haya perdido lo que lleva dentro.

Se detuvo un momento delante de Liang que estaba en pie muy erguido mirando todo lo que hacía.

—Es mejor no tener ídolos —dijo sonriendo tristemente al marcharse.

Yul-han fue a ver a su padre más tarde. Induk estaba aún bajo los efectos de la droga e Ippun estaba dando de comer a los niños y metiéndolos en cama.

Il-han estaba a punto de ir a la cama, y al abrir la puerta con una vela en la mano, su ondulante luz esparció sombras inciertas y Yul-han se dio cuenta por primera vez de cómo había estropeado la edad a su padre. Toda su vida se había apoyado en él, incluso cuando alguna discusión les distanciaba era sólo por algún tiempo, pronto volvía... Ahora permanecía allí indeciso. ¿Descargaría también en él sus penas?

—Entra —dijo Il-han—. La vela se apaga con el viento.

—Es demasiado tarde —objetó Yul-han.

—No, no —insistió Il-han.

Tenía tantas ganas que no resistió más. Entró. Su padre le condujo a la biblioteca y puso la vela sobre la mesa.

—Siéntate —le dijo.

Yul-han estaba demasiado inquieto para sentarse. Se quedó en pie mirando a su padre, pensando en cómo empezaría para no alarmarle. Repentinamente un sollozo le subió a la garganta impidiéndole hablar. Aunque intentó dominarse, temblaba, su faz se contraía. Il-han ciertamente estaba alarmado. ¡Este hijo suyo tan imperturbable!

—Habla —le ordenó—, o si no estallarás.

La firme voz de su padre ejerció el mismo poder sobre Yulhan que cuando era niño, y haciendo pausas y hablando entrecortadamente le expuso la historia de lo que le había sucedido a Induk.

Il-han le escuchó con los ojos muy abiertos y con los labios apretados, sin interrumpirle. Estuvo pronto explicado. El nudo se deshizo en la garganta de Yul-han y pudo respirar. Se sentó y se secó las lágrimas con un pañuelo de seda.

—Padre —dijo— Me uniré al pueblo. No puedo estar aparte más tiempo.

—Los dos debemos hacer cosas que no hemos hecho nunca —replicó Il-han.

Estuvo dudando sin saber si contarle lo de su hermano y entonces se dijo que debía hacerlo.

—Hijo, tú me hablaste de un hombre que se esconde detrás de un nombre, la caña viviente. Este hombre es tu hermano.

—Lo sé.

Y le contó que Yul-chun había ido a verle una noche. Il-han le contó los detalles del juicio que había visto con sus propios ojos. Le contó que no le había comunicado la noticia entonces, ni a Sunia tampoco, porque ella habría encontrado la manera de llevarle comida y vestidos a su celda poniendo en peligro la vida de todos ellos.

Continuaron hablando toda la noche hasta el amanecer. Por suerte Sunia se había ido a dormir pronto, si no habría ido de vez en cuando a preguntarles por qué no se iban a la cama y si querían comer o beber algo. Ella dormía profundamente y ellos hablaban. No era una charla inútil; lentamente llegaron a una grave resolución. Il-han repentinamente dio un golpe en la mesa con las dos manos.

—Iré a América. Iré a ver a Woodrow Wilson yo mismo. Cara a cara le contaré los sufrimientos de nuestro pueblo. Acabará con ello. Tiene los medios. Es el hombre más poderoso de la tierra.

Incluso esto no asombró demasiado a Yul-han en las circunstancias actuales. Lo pensó un instante y luego se le ocurrió algo de repente.

—¡No hablas inglés! Has olvidado el que sabías después de todos estos años.

Il-han no se desanimó.

—Digamos que Wilson no habla coreano. No, no será difícil encontrar un joven coreano que me acompañe y hable los dos idiomas. Nada más fácil que aprender un idioma, sólo que no tengo tiempo de aprenderlo de nuevo. Tengo que ir en seguida. No es sólo por los que están ahora en nuestro país. En todas partes hay exilados que esperan la libertad... ¡Más de dos millones en el extranjero esperando el momento de regresar a casa! Un millón en Manchuria, ochocientos mil en Siberia, trescientos mil en el Japón y quién sabe cuántos habrá en China, Méjico. Hawai y América. América. Iré allí como anciano, como padre. Woodrow Wilson respetará mis canas.

—Iré contigo.

—No —replicó Il-han.

—¡Pero mi madre no querrá ni oír hablar de que te vayas de casa tan lejos a tu edad!

—Le doy mucha libertad a tu madre —dijo Il-han con dignidad—, pero no la de decidir cuál es mi deber. Si algo malo me ocurre y muero en tierra extranjera, entonces con mayor razón tú, mi hijo, deberás estar aquí para ocupar mi puesto en la familia y en la nación. ¡No te opongas! No está lejos el fin de la guerra. Hay que preparar la paz para el futuro y yo tengo que participar en ella... si no ¿para qué vivo?

Se pusieron de acuerdo y Yul-han se marchó antes de que el sol llegara a la biblioteca. El cielo estaba ya teñido de un rosa opalino cuando se despidió de su padre. Si podían llevar a cabo sus planes, Yul-han encontrar un joven para acompañar a su padre e Il-han prepararse para el viaje, estarían en camino al cabo de siete días.

—Mañana se lo diré a tu madre —le dijo cuando se separaron—Me dejaré exhausto, pero no permitiré que me haga cambiar de opinión.

Yul-han se dio cuenta de que su madre se había enterado de lo sucedido cuando fue al día siguiente, muy grave y tranquila, como no la había visto nunca.

—¿Cómo está la criatura? —preguntó.

Yul-han supuso que hablaba de la pequeña.

—Parece que no ha sufrido ningún daño, está con Ippun.

—¡No, no! —le gritó Sunia—. ¡Me refiero a la que todavía no ha nacido!

—Está bien —dijo guiándola hasta la habitación de Induk. Sunia nunca había querido mucho a la esposa de su hijo, pero ahora arrodillada en el suelo la miraba tiernamente y las lágrimas se deslizaban por sus mejillas. Cogió la hinchada mano de Induk.

—¿Cómo está? —preguntó suavemente cuando pudo hablar, poniendo la mano sobre el vientre de Induk.

—Intenté protegerme de los golpes —dijo. Induk con voz apenas perceptible—, me doblé a un lado y otro cuando me golpearon.

—¡Pensar que nosotras, las mujeres, continuamos soportando tiempos como éstos! —suspiró Sunia.

Casi no dijeron nada más, pero en este silencio se sintieron más juntas de lo que habían estado nunca. Sunia al poco rato dijo que había estado preparando una sopa especial de ginseng con caldo de pollo; cuando estuviese preparada se la traería.

—Duerme, hija mía —le dijo al salir.

E Induk durmió porque no podía evitarlo. Su somnolencia se debía en parte a la droga del doctor y la propia necesidad de su cuerpo de escapar.

—¿Te ha contado mi padre lo que va a hacer?

—Sí.

—¿Podrás soportarlo?

—No, pero es mi deber.

Yul-han la contempló mientras se marchaba. Últimamente su cuerpo se doblaba como si llevase una pesada carga, con los hombros hacia adelante y la cabeza sobre el pecho. La recordaba de figura esbelta y erguida, llevando la cabeza siempre muy alta.

Cuando se hubo marchado continuó pensando. ¿A quién enviaría con su padre? Pensó en gente conocida y reflexionando sobre uno y otro se encontró pensando en Sung-man. Le envió una nota con un criado de su padre invitándole a la casa de té donde solían encontrarse anteriormente. No sabía si éste era el lugar más seguro para discutir una cosa tan peligrosa, pero no se atrevía a hacerlo en ningún lugar escondido. La policía vigilaba siempre estrechamente a todo el mundo, si se encontraba a escondidas con Sung-man podía descubrirle algún espía, un japonés o un coreano traidor.

El criado le trajo el recado de que Sung-man le esperaría al día siguiente por la tarde. En medio de la casa de té llena de hombres atareados y ruidosos yendo y viniendo, criados apresurándose en todas partes sirviendo té y comida, Yul-han le expuso su plan. ¿Iría con su padre a América? Sung-man, que no parecía ocuparse más que de su comida, le escuchaba engullendo un bol de tallarines. Sin cambiar aquella mirada indiferente de su cara ni la indiferente mueca que era su disfraz, se llenó la boca de comida, se la tragó y luego como si contara un chiste dijo que iría adonde él deseara.

Además pagaría él, aunque no tenía dinero sabía dónde encontrarlo.

—¿Eres un miembro de? ..

No quería decir el nombre entero de la sociedad Gente Nueva. Sung-man asintió.

—También los hay en este país que has nombrado —añadió. ¡Los que luchaban por la independencia de Corea también estaban en América! Yul-han recibió esta noticia con sorpresa y alivio. Su padre estaría entre compatriotas, habría alguien para recibirle y cuidar de él. Miró la estúpida cara de Sung-man. ¡Cuántas cosas escondía tras esta grotesca máscara!

—Sólo queda resolver cómo salir de un país y entrar en otro.

—Tú eres cristiano —le respondió Sung-man rápidamente—. Los misioneros te

pueden ayudar.

Y riendo como si contara un chiste, alzó su bol vacío, golpeó la mesa y gritó a un camarero que se lo llenase otra vez.

—No pueden ir directamente a América —dijo el misionero al doctor.

Estaban sentados con Yul-han en la sacristía de la iglesia.

Temió que no le quisieran ayudar porque tenían órdenes de sus superiores de no mezclarse en asuntos de gobierno. Sin embargo, estos dos americanos estaban sentados allí como en su casa, hablando con tanta calma como si estuvieran tratando de negocios.

Mirando sus caras vulgares, oyendo sus voces enérgicas, dándose cuenta de su buen sentido natural supo que eran sus amigos y los de su pueblo, fuera cual fuese su raza, o nación.

Escuchaba mientras planeaban el viaje de su padre y Sungman a Europa y luego a América, cómo tratarían que al llegar fuesen recibidos por cristianos y alojados en casas particulares. En todas partes les recibirían cristianos que les pondrían en contacto con otros. Lo planearon todo para ser llevado a cabo inmediatamente.

—¿Cómo podré agradecérselo? —dijo Yul-han al levantarse para salir.

El misionero le dio una amistosa palmada en la espalda que le hizo dar un respingo. Nunca podría acostumbrarse a esta clase de golpes amistosos. Entre sus compatriotas no era correcto poner la mano encima de los demás.

—Todos los cristianos somos hermanos —le contestó con su recia voz.

Yul-han volvió a casa muy emocionado por lo que había sucedido y encontró que Induk ya podía levantarse aunque no podía moverse de los cojines en que estaba apoyada, ¡tan lastimado estaba su cuerpo! Se arrodilló a su lado, despidió a Ippun y se lo contó todo. Ella le escuchó y luego le alargó su mano vendada.

—Por esto he estado sometida a estos sufrimientos. De algo malo ha venido algo bueno.

Sabía que hablaba de su fe cristiana, pero él era todavía un cristiano demasiado reciente para creer en la necesidad de que alguien sufriese para salvar a los demás, sin embargo, no quiso afligirla con sus dudas, le dejaría el consuelo de su fe, y se sentó a su lado haciendo su vendada mano.

—El presidente americano está aquí— le dijo Sung-man—, estamos de suerte. Mañana se marcha a Bastan.

Il-han suspiró aliviado. Toda la mañana había estado sentado en la reducida habitación de un hotel barato de París, adonde había llegado desde la India hacía dos días. Había oído noticias contradictorias: Wilson se había ido ya, no se había ido... Estaba hablando en la conferencia de paz no estaba hablando... Los aliados estaban cambiando sus catorce puntos aunque él luchaba enérgicamente... no luchaba

enérgicamente, estaba permitiendo que le dominasen.

Nadie sabía lo que pasaba. Los exilados coreanos que estaban en Francia habían acudido a París ansiando averiguar la verdad. Il-han había escuchado la noche anterior en la reunión que tuvieron en su habitación. No dijo nada hasta que hubo escuchado a todos. Entonces habló tranquila y firmemente.

—Iré yo mismo a ver al presidente americano, donde esté, cara a cara...

Media docena de voces le interrumpieron.

—¿Cree que somos el único país! ¡Todas las pequeñas naciones del mundo han enviado gente para hablar con Woodrow Wilson! ¿Qué le va a decir que no le hayan dicho ya?

Il-han no se inmutó. Estaba algo aturdido por la distancia de su hogar, echaba de menos a Sunia, le dolía la separación. Echaba de menos su casa y se sentía avergonzado de ello, pero a pesar de todo no cejaría en su propósito. Iría a ver a Wilson cara a cara y le diría... le diría... ¿Qué podría decirle? Insomne en una cama extraña en la que no se atrevía a moverse por miedo a caer al suelo había intentado meditar lo que diría.

—Cuando le vea cara a cara ya sabré qué decirle. Las palabras tanto tiempo contenidas me saldrán del corazón por ellas mismas.

Tan arrogante parecía aquel noble yangban, que aquellos hombres no pudieron decir nada. Sung-man siempre le apoyaba.

—Sé que nuestro anciano amigo dice la verdad. Es de la misma generación que Wilson, por cortesía le oiré, a nosotros nos haría exponer nuestro problema demasiado aprisa.

Se pusieron de acuerdo y a la mañana siguiente esperaron a Wilson en el vestíbulo del hotel Crillon, donde se alojaba. Il-han no descansó en toda la noche hasta que al fin Sung-man se levantó, puso los colchones de sus dos altas camas en el suelo y en lugar de almohadas deslizó dos libros bajo las sábanas. De esta manera consiguió dormir un rato, aunque fuese ya al amanecer.

Se levantó temprano y con impaciencia, dando prisa a Sungman para que se levantara. Demasiado temprano, pues, estuvieron ya esperando en el vestíbulo del hotel Crillon. A pesar de sus prisas algunos habían llegado antes que ellos. Un grupo de campesinos polacos con vestidos de lana bordada y altos sombreros de piel negra. Habían traído con ellos un sacerdote que sabía hablar francés. Explicaron que, según los nuevos límites, sus tierras quedaban incluidas en Checoslovaquia; ellos querían pertenecer a Polonia y no a Checoslovaquia. Aunque apartados del mundo se enteraron de que el presidente americano estaba en París. El había dicho que los pueblos debían tener libertad de escoger su propio gobierno. Se perdieron y pidieron a un pastor que sabía orientarse por las estrellas que les indicara el camino, éste, cuando supo su propósito, dejó sus ovejas y fue con ellos, también deseaba ser libre.

Al llegar a Varsovia unos patriotas polacos les dieron dinero y les enviaron a París. Habían venido directamente por los anchos bulevares parisienses al hotel donde se alojaba Woodrow Wilson.

Il-han y sus compatriotas esperaron con ellos, pronto se les juntaron muchos otros, vestidos todos con la indumentaria de su país. Refugiados de Armenia, campesinos de Ucrania, judíos de Besarabia y Dobrudja, suecos que deseaban recuperar las perdidas islas Aaland, jefes de clanes caucásicos y montañas cárpatas muy distantes, árabes del Irak, hombres de tribus albanesas y del Hedjaz. Todos los que habían perdido sus países, sus gobiernos, su idioma, acudían a Wilson impulsados por la necesidad de poner fin a sus múltiples sufrimientos.

Apareció finalmente. Un hombre alto y delgado con expresión terriblemente cansada. Fue lo primero que vio Il-han cuando entró Wilson, su expresión de terrible cansancio. Se detuvo indeciso y habló en voz baja a los que estaban con él, parecía que ponían objeciones a lo que decía, pero él se volvió y salió por donde había venido. Un joven les habló en inglés y Sung-man se lo tradujo a Il-han.

—Se nos ha citado en las habitaciones privadas del presidente.

—Yo subiré a pie. No quiero entrar en esta caja que sube a los pisos.

Subieron por la escalera alfombrada y entraron en una habitación muy grande. Wilson estaba en pie junto a una larga mesa esperándoles. Il-han empujó a los demás intentando colocarse en primera fila y vio que su mano izquierda temblaba. Estaba muy blanco, un abrigo negro largo hasta las rodillas y pantalones gris oscuro acentuaban esta palidez. Tenía el pelo casi blanco también, y la cara arrugada, pero todos se apretujaban delante de él, los campesinos besaban el borde de su abrigo y se arrodillaban hasta tocar el suelo con la frente.

Wilson al principio no dijo nada, alguien habló por él, dijo que hablarían los representantes de cada grupo por orden alfabético y les explicó que lo hicieran lo más rápidamente posible porque en la Conferencia de la Paz esperaban al presidente.

Intentaron hacer lo que deseaba. Cuando le llegó el turno a Il-han puso en su mano un referéndum que él había escrito y Sung-man traducido al inglés. Luego habló en su propio idioma.

—Honorable señor, venimos de Corea. Nuestro pueblo sufre y muere dominado por los invasores. Señor, nuestro país tiene una historia escrita de cuatro mil años y hemos sido un centro de civilización para las naciones circundantes logrando evitar todas las invasiones hasta ahora. Usted... Usted... es nuestra única esperanza en los tiempos venideros.

Mientras Sung-man iba traduciendo, él miró los tristes ojos azules de un hombre envejecido, vio su firme boca temblar y sonreír, sus labios apretados firmemente de nuevo.

Antes de poder responder, Wilson vaciló como si fuera a caer y dos jóvenes de su

Estado Mayor se adelantaron para sostenerle. Uno de ellos le dijo en voz baja:

—Espero que no les hablaré otra vez de independencia. Es peligroso poner estas ideas en las cabezas de según qué razas, se lo aseguro. Le harán demandas imposibles, a usted y a la Conferencia de la Paz. Es una frase cargada de dinamita. Es una pena que la dijera, señor presidente. Causará muchas desilusiones.

Sung-man llevó aparte a Il-han y se lo tradujo. Il-han se sintió terriblemente desgraciado. Se volvió para ver lo que diría Wilson. Su cara había tomado un matiz verdoso y estaba tartamudeando roncamente.

—Estoy enfermo... lo siento mucho... deben excusarme.

Cuando se hubo marchado se sintieron turbados. Al principio eran extraños los unos a los otros, luego por unos instantes fueron camaradas en una causa común, ahora volvían a ser unos extraños.

—Vámonos a casa... —dijo Il-han—. Vámonos a casa.

Yul-han escuchaba mirándole en silencio la larga explicación de su padre. Ni su madre ni él se atrevían a decir lo que estaban pensando. Il-han les había dejado aparentando los años que tenía, estaba delgado como todos los que no eran traidores en aquellos tiempos, pero sano, y había vuelto convertido en un anciano. El no quería que se culpase a Wilson.

—Es inteligente, pero no conoce el mundo, os lo garantizo. No sabe cómo gobiernan los tiranos ni cuántos ansían ser libres. Sin embargo, su sueño moldeará el mundo... no para nosotros, pero sí para tus hijos... quizá para tus hijos. No me arrepiento de nada. Yo vi su cara. Vi un hombre agobiado por su compasión hacia nosotros, dolorido por no poder cumplir sus promesas.

Sunia e Induk también estaban allí. Induk dijo suavemente:

—Es un hombre crucificado.

Estaba bien, pero había perdido su tranquila placidez. Su cara y cuello estaban atravesados por una gran cicatriz carmesí. Il-han la miró con una nueva ternura.

—Ha sido una buena lección para mí. Ahora sé que sólo podemos confiar en nosotros mismos. Nadie nos ayudará.

Induk lo miró valientemente.

—¡Confiemos en Dios!

—Yo conozco a tu Dios —replicó Il-han.

Pensando que era una respuesta demasiado breve añadió cortésmente:

—Pídele ayuda si esto puede confortarte.

Durante la ausencia de su padre, Yul-han había llevado a cabo resueltamente su decisión de convertirse en miembro de «Gente Nueva», pero no se lo había dicho a Induk. Era de naturaleza tímida y delicada, la tortura a que había estado sometida había aumentado estas características. Se volvió mucho más devota, pasaba mucho tiempo rezando y empezó a visitar su antiguo hogar. No era corriente que una hija se

inclinase más hacia su propia familia, pero Induk lo hizo porque eran cristianos y encontraba en su presencia una fuerza y un sostén que no encontraba en ninguna otra parte. Su padre se ocupaba de la iglesia y al mismo tiempo se ganaba la vida en una pequeña tienda de sedas. Su madre era una dama de buena familia, pero que no aprendió a leer hasta que se convirtió al cristianismo, entonces hizo grandes esfuerzos para poder comprender las Sagradas Escrituras. Desde la tortura de Induk, su familia había doblado sus rezos. En su desesperación y temor de lo que podía suceder se volvieron más devotos que nunca, rogándole a Dios constantemente que los salvase a ellos y a su pueblo. Si sabían que era miembro de Gente Nueva se sentirían alarmados, no se lo diría.

Esta sociedad estaba extendida en muchos países, había varios grupos para luchar por la independencia de Corea. En América se estaba formando un gobierno coreano en el exilio dispuesto para el día en que podrían declararse libres. Noticias de este tipo corrían por todas partes, impresas, escritas, habladas. En Filadelfia...

—¿Dónde está Filadelfia? —le preguntó Yul-han a su padre un día de febrero del año 1919.

Cuatro días antes se deshizo la nieve y los capullos de los ciruelos empezaron a hincharse. Al día siguiente podría hacer frío otra vez, pero aquel atardecer era sumamente cálido. Il-han, al volver del extranjero, había tomado la costumbre de fumar en una pipa de bambú y se detuvo para darle unas chupadas mientras hacía memoria.

—Filadelfia es una ciudad al este de los Estados Unidos, cerca del mar, pero no a su orilla. Una ciudad muy grande en verdad, pero lo que yo recuerdo de ella es una gran campana. La llaman la Campana de la Independencia. Sonó declarando la independencia americana. Está en un edificio público llamado Independencia. Nos llevaron a verlo.

—Nuestros compatriotas planean allí una gran reunión —dijo Yul-han—. Están escribiendo unos estatutos que leerán en presencia de esta gran campana. Aquí tenemos nuestra declaración de independencia. Me han ordenado que me la aprenda de memoria y destruya el papel. Todos la sabemos de memoria.

Cerró los ojos y empezó a recitar conteniendo el aliento:

—Nosotros, los aquí presentes, proclamamos la independencia de Corea y la libertad del pueblo coreano. Lo declaramos ante todo el mundo como testimonio de la igualdad entre todas las naciones y lo pasamos a la posteridad como un derecho inherente.

»Lo declaramos con cuatro mil años de historia detrás nuestro y veinte millones de habitantes unidos. Y leales. Tomamos esta decisión, para procurar la libertad de nuestros hijos, de acuerdo con la conciencia que está despertando en esta nueva era. ¡Es un mandamiento muy claro de Dios, el principio fundamental de la época

presente, la justa petición de toda la raza humana! Es algo que no puede ser quebrantado, ocultado, sofocado o suprimido de ninguna manera.

»Víctimas de una época en que reinaba la fuerza bruta y el espíritu de pillaje, después de todos estos miles de años hemos venido a experimentar la agonía de diez años de opresión extranjera con la pérdida del derecho a vivir y la libertad de pensamiento, en detrimento de nuestra dignidad y con las oportunidades de participar en el inteligente avance de nuestra época perdidas.

»Con toda seguridad, si vamos a rectificar los errores del pasado, si nos libramos de la agonía del presente, si evitamos una futura opresión, si vamos a tener libertad de pensamiento y derecho a actuar, si logramos progresar, si libramos a nuestros hijos de una herencia vergonzosa, si dejamos la prosperidad y libertad intactas para los que nos sucederán, afirmamos que lo más necesario es dejar sentada bien clara la independencia de nuestro pueblo.

»¿Qué no podrán hacer nuestros veinte millones de habitantes con un puñal apuntándoles al corazón?

»Ahora que la conciencia y naturaleza humana están haciendo un pedestal para la verdad y la justicia. ¿Qué barrera no romperán? ¿Qué resolución no podrán llevar a cabo?»

Il-han escuchaba, asintiendo. Una gran paz le inundaba. La decisión de su pueblo había sido expuesta clara y llanamente en majestuosas palabras.

Los días iban pasando y Yul-han estaba raramente en casa al anochecer. Dijo a Induk que tenía un trabajo, pero no le explicó lo que era. Ella tenía miedo de saber y no le preguntó nada. Se quedaba sola leyendo las Sagradas Escrituras y a menudo rezando. Sus hijos dormían cerca y ella esperaba al que había de nacer. Dejaba la vela encendida para la vuelta de Yul-han, pero si a medianoche no había llegado obedecía sus órdenes y se iba a la cama dejando la casa a oscuras.

No le hubiese podido contar a dónde iba porque no iba nunca dos veces al mismo sitio. Se encontraba con sus compañeros en campo abierto, debajo de la protectora oscuridad de un árbol, en cuevas de las montañas, en barrancos escondidos y detrás de las rocas. Aprendió a andar en la oscuridad de la noche guiándose por una estrella al este, sobre la puesta de sol. Aprendió a notar la presencia de un ser humano aunque no hiciera ninguna clase de ruido. Sabía lo que significaba el crujido de una caña de bambú y aprendió a no demostrar sorpresa cuando alguien le deslizaba un papelito doblado en la palma de la mano. Aprendió a no levantar la mirada ni hablar cuando un camarero de alguna casa de té le traía un mensaje junto con la tetera o un estudiante de su clase escribía algo entre las líneas de un ensayo. Tampoco pensaba nada cuando recibía noticias de alguno de los países donde sus compatriotas aunaban sus esfuerzos para realizar su gran sueño.

Sus corazones unidos por el deseo de lograr la independencia no estaban de

acuerdo en otras cosas. Un jefe se declaraba partidario de la violencia, un levantamiento de armas en el país, y otro protestaba diciendo que un levantamiento así no tendría éxito porque los invasores eran mucho más fuertes y harían de ello una excusa para usar su fuerza en aplastar a los rebeldes.

No, decía éste, la nación debe resistir sin violencias, protestar sin armas y esta protesta tendrá lugar en la ocasión de una fiesta nacional. Su opinión prevaleció y Yul-han estaba con él. Era prudente y mucho más listo de lo corriente a su edad. Él también creía que un ataque con armas contra los gobernantes sólo conduciría a la derrota.

¿Pero cuál sería esta ocasión? El Gobernador general prohibía toda clase de reuniones en los lugares públicos. Hasta en las iglesias había espías y Yul-han había sido llamado muchas veces por el oficial que le permitió el traslado a la escuela cristiana para contestar a sus preguntas de quién era cristiano y quién no lo era y si alguno de ellos pertenecía a la sociedad de «Gente Nueva». Aprendió fácilmente a mentir sin remordimientos de conciencia, si con esto podía salvar la vida de alguien.

Fue el anciano rey quien inadvertidamente les ayudó. Después de la guerra, los japoneses, previendo que Corea les pediría la independencia, habían escrito una petición que debía ser firmada por los coreanos diciendo que agradecían al emperador japonés su bienhechor y benigno gobierno y pedían voluntariamente ser incorporados a la nación japonesa. Esta petición había sido presentada al anciano rey, ahora depuesto, para que la firmase. Durante todos aquellos años no había demostrado ninguna clase de valor y su pueblo le olvidó, pero enfrentado con aquel nefasto documento hizo acopio de valor y se negó a firmar.

El pueblo se sorprendió y por primera vez le aclamaron. En su consecuente agitación tuvo un ataque de apoplejía y murió. Como todos sabían que estaba delgado y anémico y que había muerto dos días antes de que anunciaran su defunción, corrieron dos rumores: uno, que había sido envenenado, y otro que se había suicidado antes que permitir el matrimonio de su hijo con la princesa japonesa Nashimoto.

Sea cual fuere la causa, estaba muerto. Yul-han y sus compañeros aprovecharon la ocasión para proclamar la libertad de Corea. Discutieron agriamente sobre si sería un levantamiento sangriento o una demostración pacífica de lo que ahora llamaban Revolución Mansei. Los cristianos preferían lo segundo. No eran sólo los cristianos los que declararon su preferencia por una demostración pacífica. La secta de Chutokyo, que creía en un Dios, la Inteligencia Suprema, y la Secta Hananim, que combinaba la doctrina de fraternidad de los cristianos con la ética confuciana y la filosofía budista, se unieron a los cristianos. Juntos habían escrito la Declaración de Independencia. Yul-han había pasado muchas noches en el sótano de un templo, con los monjes, imprimiendo esta declaración con sus compañeros en bloques de madera con los tipos grabados a mano. Habían impreso miles de hojas que fueron enviadas a

todo el país, a todas las ciudades, pueblos y aldeas, a todas las granjas y fábricas y a los coreanos exiliados residentes en todo el mundo. Los amantes de la libertad las recogían y las guardaban como tesoros.

Mientras se hacía este trabajo, treinta y tres hombres, quince de los cuales eran cristianos, estaban preparando secretamente el día de la Declaración de Independencia. En cada ciudad crearon un comité local en comunicación con el comité vecino y a pesar de los espías, ya que los había en todas partes.

Entretanto, sus cabecillas pidieron, en nombre del pueblo, a los gobernantes que se les concediera un día de luto por el rey. Finalmente, aunque de mala gana, se lo concedieron. El día designado era el primero de marzo y todos trabajaron juntos para este día. El plan era éste: la gente se agruparía en todas partes, la señal para comunicarse serían hogueras ardiendo en todas las montañas como antorchas hasta que todo el mundo estuviera dispuesto para reunirse a la misma hora y oír la Declaración de Independencia. Entonces desfilarían por las calles de todas las ciudades y pueblos ondeando su bandera y gritando ¡Mansei! ¡Mansei!

Se guardaba el secreto, se llevaban las instrucciones dentro de hogazas de pan, en el pelo de los hombres, en sus sombreros, en las largas mangas de las mujeres, hasta que todos supieron que el día señalado era el primero de marzo, el séptimo día de la semana. Dos horas después del mediodía tenían que reunirse en las calles.

Los japoneses no se habían dado cuenta de nada; sin embargo, temiendo lo que podía suceder, habían puesto un policía por cada cien ciudadanos coreanos y habían aumentado el número de espías.

Al mediodía del día señalado, los treinta y tres firmantes de la Declaración de Independencia se reunieron para comer en un restaurante de la capital, la Luna Brillante. A las dos fueron a entregarse a la policía sin violencia, sin resistencia. Yul-han iba delante andando mesuradamente, sereno. Los policías dudaron asombrados ante aquellos hombres. No sabían si arrestarlos. Los aceptaron dejándolos en la comisaría con dos soldados mientras iban a buscar órdenes superiores.

—No son necesarios estos guardias —les dijo Yul-han cuando salían—. No pensamos escaparnos. Queremos ir a la cárcel.

Estas palabras aún les contundieron más. Se fueron meneando la cabeza y temiendo que fuera algún truco. Entretanto, toda la nación estaba obedeciendo instrucciones. Las calles estaban llenas de gente cantando, chillando, ondeando banderas y gritando ¡Mansei!, pero aquellos treinta y tres hombres esperaron con los guardias muchas horas. La policía aún no había vuelto y Yul-han, yendo hacia la ventana, vio una extraña agitación. La ventana estaba tan sucia de polvo que no se podía ver a través de ella, pero mirando (había aprendido a ver toda clase de señales) se dio cuenta de que alguien estaba limpiando un trozo de cristal. Este alguien era Ippun, humedeciéndose el índice en la boca y frotando el cristal. Aplicó un ojo al

trozo de cristal limpio y al ver a Yul-han le indicó violentamente que saliera. Habían pasado tantas horas que los guardias no les vigilaban ya, estaban medio dormidos. Fue silenciosamente hacia la puerta, no la encontró cerrada y salió. Era la hora del crepúsculo y al este vio una luz rosada que iluminaba el cielo. ¿Al este? Entonces no podía ser la puesta de sol.

—¡Fuego! —le dijo roncamente Ippun—. Han incendiado la iglesia. Su hija está allí, con su madre...

No esperó más, pasó corriendo entre la multitud que llenaba las calles, la policía vociferando y los soldados pegando y reprendiendo a la gente, avanzó aplastado entre las gentes, apartando cuerpos de su camino. Ahora comprendía por qué los habían dejado tanto tiempo solos con los guardias. Habían atacado a la ciudad entera. Cientos de mujeres, niños y hombres yacían en las calles, sangrando por los golpes de las porras o la vida segada por una bala de fusil. No se quedó ni a mirar ni a preguntar. Corrió hacia la iglesia, la encontró en llamas. Subió las escaleras e intentó abrir las puertas. Estaban cerradas. De dentro venían gritos y gemidos, pero sobre todo oía voces humanas sufriendo el dolor de las quemaduras pero cantando un himno cristiano: «Estoy más cerca de Ti, Señor».

—¡Induk! —gritó— ¡Induk! ¡Induk!

Recordó la puertecita de la sacristía que conducía al interior de la iglesia. ¡Podían haber olvidado cerrarla! Sólo ardía el techo de la iglesia. Puede que aún estuviese viva, podría arrancarla del fuego. Corrió a través de la chispeante luz de las llamas, las sombras negras y las nubes de humo que rodeaban a la iglesia. ¡No estaba cerrada! Se estaba asfixiando y tosiendo intentando encontrar la puerta. Asió el picaporte. La puerta se abrió y se lanzó a las sombras iluminadas de vez en cuando por una llama salvaje y lívida, en este mismo instante oyó el estruendo que hacían las vigas de la iglesia al caer, un ruido atronador acompañado por los gritos de agonía de las voces humanas. El techo se había derrumbado. Después ya no se dio cuenta de nada más.

Ippun esperaba fuera. Al ver lo que pasaba se cubrió las orejas con las manos, cerró los ojos y corrió a través de la oscuridad. Corrió sin parar con los brazos flotando como alas para ir más aprisa. Atravesó la puerta de la ciudad, que no estaba guardada, y corrió hasta la casa de Il-han. Sin parar, medio loca de miedo y horror, entró en la casa donde estaban sentados Il-han y Sunia. Liang, sentado delante de ellos sobre el pavimento ondulado, jugaba con el vehículo que había hecho con una caja de papel. Le había puesto ruedas y ahora estaba reparando una rota.

Ippun irrumpió en la habitación con el pelo suelto, la boca desencajada, los ojos se le salían de las órbitas y toda su cara era una mueca de dolor.

—Éste... éste... —tartamudeó con un extraño lloriqueo—, éste..., es todo lo que les queda ahora... —y cayó al suelo inconsciente.

Todo, todo estaba perdido. Il-han supo antes del amanecer que miles de personas estaban muriendo en las calles. En todas las ciudades, pueblos y aldeas morían. Pocos días después supo que ardían pueblos enteros. Las llamas se recortaban contra la oscuridad de la noche. Quemaron otras iglesias cristianas, muchas de ellas con los fieles dentro. El hedor de carne humana abrasada apestaba la capital.

Entretanto continuaban pegando a los que habían cogido prisioneros. El misionero rondaba por la ciudad como un fantasma para evitar lo que podía. Un americano contratado para aconsejar a los japoneses no pudo reprimir su horror, aunque no se atrevió a dar su nombre. Lo que escribió a América y fue impreso allí, fue también impreso en las hojas que aún encontraba bajo su puerta.

«A unos pocos cientos de yardas de donde yo estoy sentado, los apaleamientos continúan día tras día. Atan a las víctimas y las golpean hasta que se desmayan. Entonces les echan agua fría hasta que se reaniman. El proceso lo repiten muchas veces. Matan a los hombres, mujeres y niños de un tiro o con las bayonetas. La iglesia cristiana es el principal objeto de su furia y los cristianos son tratados con una severidad especial.»

Il-han leyó esto como todo lo que le traía su criado o los que pasaban por su casa. Su corazón estaba tan frío como si estuviese muerto. Pensaba, pero no sentía. Sunia tampoco hablaba ni lloraba. Se movía lentamente por la casa como si fuese una vieja y no pudiera oír ni sentir nada. Sólo pensaba en Liang. Estaba con él noche y día, nunca le perdía de vista. Ippun, sin permiso y sin que se lo hubiesen pedido, se quedó a vivir con ellos; hacía el trabajo de la casa y el jardín.

Tendrían que dar una explicación al pequeño, se decía Il-han. ¿Pero qué podía decirle? Al principio no le contó nada, pero luego consultó a Sunia.

—¿Qué le diremos al niño?

Ella lo miró con sus ojos sin brillo.

—Yo lo alimentaré y lo vestiré, pero no me pidas que haga nada más.

Liang empezaba a hacer preguntas:

—¿Dónde está mi padre?

Olvidó su comida y se puso a hablar con los palillos en la mano.

—Cuando vaya a casa —empezó de nuevo, y luego hizo una pausa—. ¿Cuándo podré ir a casa?

Il-han no sabía qué contestar hasta que recordó que los cristianos creían que las almas subían al cielo y se aferró a este pensamiento.

—Tu padre, tu madre y tu hermanita están en el Cielo —le dijo.

Liang había oído hablar muchas veces del Cielo y escuchó con cara grave.

—¿Está lejos el Cielo?

—No, a un minuto de camino.

—Entonces. ¿por qué no vamos?

—No podemos ir sin invitación —dijo Il-han—. Cuando nos llamen iremos.

—¿Podré ir contigo, con mi abuela y con Ippun? —preguntó Liang.

—Sí, iremos juntos.

Todo esto lo consideraba una mentira, pero cuanto más lo pensaba menos seguro estaba de ello. ¿Quién sabía lo que había más allá de la muerte?

—Entretanto viviremos juntos —le dijo al niño.

Todavía tenía un gran consuelo, un secreto que ahora empezaba a ser conocido por los revolucionarios: que la Caña Viviente había huido. La celda en que vivó tanto tiempo, se decía, era pequeña, sólo un poco más grande que un ataúd. Habían superpuesto varios suelos de piedra. Un día sus carceleros la encontraron vacía. ¿Vacía? ¡No, un brote de bambú se había abierto camino a través de las piedras!

La noticia se extendió, y como un rayo de sol matinal iluminó los corazones sumidos en la oscuridad de la noche.

En el corazón de Il-han esta luz era la más brillante de todas.

Todavía tenía un hijo vivo.

TERCERA PARTE

—¿Por qué me sigue? —preguntó Yul-chun inclinándose sobre aquella pequeña y reacia imprenta que se manejaba a mano. Era demasiado vieja, había sido usada años atrás en la oficina de un periódico americano de una ciudad de Ohio. Sin ella, no obstante, no podría publicarse el «Noticiero independiente de Corea». Actualmente las hojas no aparecían regularmente, aunque después de la Demostración Mansei, sofocada al terminar la guerra mundial, pudo publicarlas semanalmente.

Era una suerte que la imprenta fuera pequeña porque tenía que llevarla de un sitio a otro, ahora que los revolucionarios se habían visto obligados a trabajar de nuevo clandestinamente. Sólo en América los coreanos continuaban en abierta rebelión contra sus invasores.

El amargo tónico de la cólera y la desilusión le habían vigorizado, a él y otros como él. Cuando dejó la casa de Yul-han aquella noche no fue a China como dijo haría. Había sido traicionado por alguien en alguna parte. Mientras caminaba por la calle unas manos ásperas le cogieron y ataron. No vio la cara de sus raptos, pero supo, por las palabras que les oyó murmurar, que eran japoneses, aunque hablaban coreano. Le golpearon con las culatas de sus fusiles hasta perder el conocimiento. Cuando volvió en sí, estaba otra vez en la celda de una vieja prisión, tumbado en un suelo de piedras desiguales clavadas en la tierra. No supo nunca cómo no había muerto ni por qué no le habían matado. No veía ni oía a nadie. No oía voces ni pasos más que cuando el carcelero le traía una vez al día un bol de mijo y una calabaza de agua. De este carcelero no veía más que las manos deslizándose en la abertura de la puerta de hierro. Lentamente se había recobrado hasta ser capaz de pensar en vivir otra vez y escapar. Sin embargo, no habría podido escapar nunca si no hubiese sido por la locura de la Demostración Mansei. No habría podido escapar si el carcelero, al llevarle la comida como de costumbre, no le hubiese entregado una lima de acero sin decir ni una palabra. ¿Una lima de acero? Supuso que sería un coreano traidor cuya conciencia le remordía por alguna razón. La cogió sin decir nada y se esforzó en comer la miserable comida a la que ya se había acostumbrado. Debía tener tiempo para pensar. ¿Era una trampa para inducirlo a escapar? ¿Estarían sus asesinos al otro lado de la ventana? Luego oyó como la resaca de un mar lejano. Un ruido de voces humanas. Esto le decidió. Intentaría la fuga.

Trabajaba todo el día en los gruesos barrotes de la ventana que servía para dar aire y luz, una abertura demasiado pequeña, se suponía, para un cuerpo humano, pero él era de huesos finos y esqueleto flexible, se dijo a sí mismo burlón, y una noche, desgarrando la carne de sus hombros y caderas salió por allí. Inmediatamente se perdió entre la multitud y se escondió en las ruinas de un templo fuera de las murallas de la ciudad, donde unos viejos y desdentados monjes le ayudaban haciéndole de

vigías.

Desde allí mandaba sus hojitas impresas. Otro joven rebelde, disfrazado de acólito, le ayudaba en el templo, durmiendo de día y distribuyendo de noche las hojas por la ciudad y entregándolas a otros para que las distribuyesen en el campo. Los mismos monjes eran también sus mensajeros y recogían además toda clase de noticias. Aquel día estaba ya Yul-chun terminando y apresurándose en su tarea de avisar a sus compatriotas de que no se interesasen demasiado en las proposiciones de Woodrow Wilson sobre cómo debía ser una Liga de Naciones.

“Si no podemos confiar en un país, ¿cómo vamos a confiar en veinte?”

Estaba colocando los tipos de estas palabras cuando la muchacha apareció en la puerta. La había encontrado en una reunión secreta, una fuerte y esbelta figura con pantalones y chaqueta de hombre. Le había seguido desde entonces apareciendo en todas partes a donde él iba, obediente, hablando poco y persistiendo en ofrecerse a él. No se hubiese fijado en ella si no se hubiese movido tan rápidamente para obedecer sus órdenes.

Aquel día llegó con una falda azul en vez de los pantalones.

No habló cuando él levantó la cabeza. Simplemente estaba allí en la puerta y se acordó de que le había hecho una pregunta a la que no había contestado. Se enderezó y apartó un mechón de cabello dejando una mancha negra en su frente.

—¿Y bien? —dijo impacientemente.

Entró y se quedó apoyada contra la pared con los brazos cruzados sobre el pecho.

—Dijo que necesitaría alguien para ayudarle.

—No a usted. A una mujer, no.

—Para nuestro trabajo da lo mismo ser hombre o mujer.

—Es diferente tratándose de usted.

—¿Acaso puedo evitar ser una mujer?

—Puede evitar perseguirme.

Abrió mucho los ojos, sus grandes ojos oscuros.

—Le he escogido a usted —dijo sencillamente.

—No deseo ser escogido —replicó— ¡Tengo demasiado trabajo! ¡Ah, esta maldita máquina!

La imprenta se había parado. La tinta corría sobre el papel y lo emborronaba. Lo arrancó, lo tiró al suelo y volvió a colocar otra vez los tipos.

—Yo sé hacerlo —dijo ella.

No pareció oírla, absorto en su tarea y pensando en el futuro. Tendría que pensar mucho de ahora en adelante. La revolución no podía fracasar otra vez. No había que malgastar nada en mezquinos esfuerzos. Él y sus compañeros debían juntarse con rebeldes de otros países. Su fallo había sido creer que podían vencer ellos solos contra sus agresores. Ahora sabía que no era posible. Habría que hacer una

revolución mundial. Juntos debían atacar país por país, empezando por donde hubiese más inmediata necesidad de liberación, hasta que todos los pueblos fuesen libres.

Dividida, la revolución sería siempre vencida por el enemigo más fuerte. Nada se podía hacer ahora en Corea.

—No golpeen nunca a un japonés ni para defenderse. Yul-chun había enviado esta orden a todas partes y vigilado que fuese obedecida. Ahora no era el momento de pegar, y había visto a sus compañeros torturados e incluso muertos, pero no había levantado ni un dedo para devolver el golpe. ¿Cuánto tiempo podía durar? No lo sabía. Enviaron del Japón seis mil soldados más. Sin embargo, todavía no habían pasado dos meses desde la Demostración Mansei, cuando por medio de sus hojas clandestinas citó a los representantes de cada provincia y habían organizado de nuevo un gobierno coreano secreto. Eligieron presidente a un joven apellidado Yi. Hubo reuniones en China y en Siberia para hablar de cómo apoyar a este gobierno. Yi había ido a América para visitar a los coreanos que vivían allí, pero Woodrow Wilson prohibió a su Departamento de Estado que le facilitara el pasaporte, diciendo que un pasaporte para según qué personas disgustaría a los japoneses, a quienes no quería molestar entonces, ya que planeaba cimentar la paz en Asia sobre el poderío japonés.

Cuando le llegaron estas noticias a Yul-chun, rió amargamente.

—¿Paz? ¿Con los japoneses? Guerra, seguro, una segunda guerra mundial. Empezará en Alemania como la otra, pero la próxima vez el Japón atacará a los americanos.

Entonces sintió la mano de ella en un hombro. Continuaba a su lado pero él siguió trabajando. Estaba a punto de terminar la hoja.

—¿Cuando vaya a China me llevará con usted?

—Iré a Rusia.

—Yo iré también.

—Quizá vaya a China.

—A China entonces.

Le apartó la mano y detuvo la imprenta.

—No puede seguirme a donde iré.

—¿A dónde irá realmente?

—A muchos sitios ..

—¿Dónde primero?

—A Kirin, al este de Manchuria. ¿Cree que es el lugar adecuado para una mujer?

Ella conocía Kirin tan bien como él. Cuando los soldados coreanos fueron licenciados por los japoneses años atrás, miles de ellos fueron a Kirin. Allí formaron una escuela militar donde entrenaban soldados para guerrillas. Desde entonces iban volviendo uno a uno para luchar en las montañas de Corea y en la ciudad.

También habían ido a Manchuria más de un millón de campesinos coreanos, y

éstos proveían al ejército. Además estaban 105 que habían ido a China cuando la dinastía manchú se extinguió, unos trescientos mil.

En todos los países del mundo se suponía que había algunos coreanos exilados.

—Yo soy como mujer lo que usted es como hombre —estaba diciendo.

Él fingió no oírlo. Siempre estaba señalando esta diferencia, ella una mujer, él un hombre.

—Desde Kirin atravesaré China a pie hacia las provincias del Sur, la revolución está fraguándose allí ahora.

—Puedo andar —insistió.

—Puede que vaya a Rusia a ver sus nuevas técnicas para entrenar a los campesinos.

—Siempre deseé ir a Rusia.

Él se retorció las manos con desesperación.

—¡Hanya! —exclamó—, ya sabe que he jurado no casarme nunca. No puedo entregar mi vida a una mujer. Ni siquiera tengo casa.

—Yo no he pedido que se case conmigo.

—Bien, entonces amor, si es esto lo que quiere. Esta clase de amor siempre termina con peleas y odios. No tengo tiempo para las mujeres, ya se lo he dicho.

—Yo sólo soy una mujer —dijo imperturbable.

—No quiero dejarme debilitar y distraer por ninguna clase de emoción —estalló Yul-chun.

—Es un hombre. Siente el deseo.

—Soy un hombre, sí, pero no un animal. Puedo controlar mis deseos y lo hago.

—La miró con ojos duros—. ¿Qué clase de mujer es, que quiere obligar a un hombre?

Le devolvió su mirada con ojos tan duros como los de él.

—Soy la clase de mujer que los hombres han hecho en nuestros tiempos. Decís que debemos participar en la lucha por la independencia. Decís que no podemos ser blandas ni pensar en tener hijos o vivir seguras en nuestras casas. Sin embargo soy aún una mujer.

—¿Necesita perseguirme?

—Si no lo hace usted debo hacerlo yo.

—Ya le he dicho que no puedo amar a ninguna mujer. Si un hombre ama a una mujer, se case o no con ella, pierde su libertad.

—Si no puede amarme, entonces ...

—No estoy diciendo que no pueda, sino que no quiero.

Se volvió después de decir esto. Ella continuó en silencio mirándole.

—¿Cuándo se marchará? —preguntó al cabo de un rato.

Con el ruido de la máquina fingió no oírla, pero ella sabía que su silencio era

intencionado, y se acercó más a él.

—Si se va, ¿cuándo será?

—Tan pronto como pueda.

—¿Mañana?

—Quizás.

Se quedó mirándolo otra vez en silencio. Sus ojos se detuvieron en su cuerpo, sus anchos hombros, sus brazos desnudos, su fuerte cuello, su corto y oscuro cabello, sus muslos, sus morenas piernas desnudas con los pantalones arrollados, sus pies calzados con sandalias. ¡Cuántas millas habían recorrido estos pies! Ella amaba hasta sus pies y los habría mecido en sus brazos. Ella cedía al extraño y dulce encanto de su cuerpo, la atracción de su carne, anhelaba saltar sobre él como había visto hacer en las montañas a una tigresa con su compañero, echándose bajo él, pero no se atrevía. Era capaz de encolerizarse tanto que podía echarla al suelo y pisotearla. Un profundo y desgarrador suspiro la sacudió, se volvió y salió. Él se dio cuenta de su salida pero continuó trabajando resueltamente. Cuando hubo terminado, ató las hojas en paquetes y las escondió en un rincón de la pared. Con ellas dejó un mensaje impreso, sin firma, diciendo que se iba. No necesitaba añadir nada más. Alguien ocuparía su sitio.

Cogió su mochila, la ató a su espalda y salió a la oscuridad, hacia Siberia.

No había estado nunca en Rusia, pero no se sentía extranjero allí. Cuando los japoneses ocuparon su país, muchos coreanos y sus familias que habitaban en el Norte cruzaron el límite entre Siberia y Corea, fueron bienvenidos y se habían instalado en tierras destinadas a ellos, o si eran intelectuales habían ido a Moscú y Leningrado. Los coreanos tomaron parte en la revolución rusa de octubre, en la guerra civil y en los desórdenes de la intervención extranjera. El mismo Lenin sacó provecho de la lucha de los coreanos contra los invasores japoneses declarando que en Corea el pueblo entendió mejor que los chinos la necesidad de aprender los métodos revolucionarios. Sin embargo, Yul-chun no había estado nunca en Siberia ni en Rusia. Su intención era ir allí primero y descubrir por sí mismo las más puras fuentes del nuevo comunismo y su resultado. Aprendería sus técnicas y dominaría la teoría. En su mochila llevaba «El capital», de Carlos Marx, y una copia del «Manifiesto Comunista» y el «Estado y Revolución», de Lenin, traducidos al coreano.

Esto no quería decir que amase a Rusia y a los rusos, sino sencillamente que siendo ahora el Japón su enemigo, era el momento adecuado para ser amigo de Rusia. Hacía tiempo Taiwah-gun hizo el mismo juego. Reflexionando sobre la historia en sus largos días de camino y en las noches solitarias, mientras dormía en una posada de pueblo o bajo una roca en la montaña, Yul-chun recordaba que desde que él nació, Rusia y Japón se encontraron secretamente dos veces para repartirse su país dividiéndolo de mutuo acuerdo por el paralelo 38°, y si no se habían atrevido a

hacerlo era sólo por temor a los americanos e ingleses.

Andaba de noche y dormía de día hasta que alcanzó las altas montañas. Luego, cuando el peligro de encontrar soldados japoneses y espías fue menor, caminó al amanecer y después de la puesta de sol.

El suyo era un país montañoso. Cuatro quintos del área de su tierra eran regiones altas, y él amaba las alturas. Ascender cuando las primeras pálidas luces del amanecer inundaban las altas crestas de las montañas que se recortaban contra el cielo plateado, respirar las neblinas de las gargantas, oír el ruido de los saltos de agua y el eco de los cantos de los pájaros limpiaba su espíritu. Solo, deteniéndose únicamente en casas o pueblos para comprar alimento, no podía evitar recordar a Hanya, aunque de mala gana, y reflexionar sobre sus relaciones con ella. Que había alguna relación entre ellos, no podía negarlo, a pesar de que nunca había tocado más que su mano. Sin embargo, un hombre sabe que una mujer no declara su amor sin que se establezca una afinidad entre ellos. Pero no quería complacerse en este pensamiento, ni tampoco deseaba hacerlo. Tenía un fuerte y natural deseo de mujer y lo sabía, pero no cedería a él. Se había mantenido virgen a despecho de numerosas burlas y obscenidades de sus compañeros, quienes tomaban mujeres en todas partes y las abandonaban después.

Con Sejin, por ejemplo, que era como un hermano para él, había discutido a menudo de mujeres.

—Es peligroso que continúes virgen —declaraba Sejin.

Era un joven alto y delgado de un pueblo de la costa, que era capaz de nadar en toda clase de mares y zambullirse tan profundamente como un pez.

—Estás indefenso, tú, ¡un santo entre hombres! Temes al amor, pero la única defensa contra el amor es mujeres, mujeres, mujeres. Tener muchas hace imposible tener una. Una es tirana, con muchas, todas son esclavas y rivales y entonces desean gustar.

—No es así —replicó Yul-chun—, un solo amor puede ser una tragedia, pero no es una destrucción cotidiana y lenta.

—¡Inocente! —replicó Sejin—. Acepto que no debemos casarnos. Ninguno de nosotros puede casarse teniendo una revolución por hacer, pero no somos nosotros los destruidos, es el amor. Me atrevería a decir que soy capaz de amar una mujer, escribir poesías y vivir obsesionado, como lo vas a hacer tú si no tienes cuidado, pero mi salvación es que cuando pienso en muchas mujeres pierdo la posibilidad de pensar en una y de soñar. Así conservo mi libertad. Tú continúas soñando, y tu sueño te esclaviza.

Yul-chun le escuchaba pero no cambiaba de opinión pensando que fue Tolstoy quien influyó en su manera de pensar y le dio la fortaleza necesaria para rechazar a todas las mujeres, incluso a Hanya. Tolstoy influyó mucho en él y al descubrir que

había creado sus mejores novelas cuando cesó de ocupar su tiempo y energías en las mujeres, determinó renunciar también a ellas desde un principio. ¿Por qué malgastar una parte de su vida? No obstante, era demasiado honesto para no reconocer que a pesar de su resolución sentía curiosidad por las mujeres y su función en la sociedad, aunque en su vida no hubiese sitio para ellas.

No sería lógico que en el futuro las mujeres pudieran dedicarse a los trabajos ligeros de la casa y a sus hijos. El trabajo y problemas de esta época eran inmensos. ¿Sería justo que sus resoluciones fuesen cargadas sólo sobre espaldas masculinas mientras las mujeres se ocupaban de las labores hogareñas? Pero, ¿por qué pensaba en las mujeres? No pensaría en ninguna. Ya que había sacrificado tanto por su patria, también podía sacrificar el deseo. Se dirigía hacia el Norte atravesando las montañas, a Antung, una ciudad en la boca del río Yalú pero en suelo manchuriano.

Allí planeaba descansar algún tiempo e informarse de lo que estaba sucediendo en Rusia antes de emprender su largo viaje hacia el Noroeste; como en Antung se encontraban muchos viajeros oiría noticias. Llegó a Antung a principios de verano y encontró muchos coreanos, algunos con sus familias, ganándose el pan como pequeños vendedores y comerciantes, pero la mayoría eran hombres solitarios como él, inquietos y buscando el medio de libertar a su país. Todos le aconsejaron que no fuese a Rusia.

—Vaya a China —le dijeron—, la revolución acabó ya en Rusia. En China sólo empieza. El dirigente chino Sun-yat-sen ha solicitado ayuda a los rusos, ya que las potencias occidentales se la han negado. Verá sus tácticas. Nosotros, los coreanos, nos parecemos más a los chinos que a los rusos.

Siguió este consejo y después de permanecer en Antung lo suficiente para enterarse de lo que deseaba, ató su mochila y se adentró de nuevo en Manchuria.

En Manchuria estuvo con los soldados fugitivos y no los encontró desanimados por el fracaso de la Demostración Mansei. Se estaban entrenando para la próxima guerra mundial, que seguramente se declararía porque el Japón se disponía a conquistar China ahora que la confusión aumentaba en este país. Se estaba formando una nueva gran revolución, como una tormenta del Sur.

—Sun-yat-sen necesita un ejército —le dijeron—, y Rusia está entrenando soldados chinos. Cuando todo esté preparado harán un segundo ataque marchando a lo largo del río Yangtsé hacia la capital del Sur, Nanking, luego se apoderarán del país e impondrán un nuevo gobierno.

Yul-chun escuchaba estas cosas y muchas otras, luego, sin decir a nadie dónde iba, se dirigió hacia el Sur, a China otra vez. Ya había llegado el invierno casi cuando alcanzó Pekín. Lo detuvo una terrible tempestad, el viento soplaba desde el frío desierto y amontonaba la nieve en las carreteras rurales. Medio helado y sin dinero se vio obligado a quedarse algún tiempo en la ciudad y buscar a los compatriotas

conocidos que habían huido allí.

Muchos de ellos habían muerto, algunos estaban en el Sur, otros estaban presos en Corea, pero encontró un monje del monasterio de Chung Dong, en la isla de Kanghwa, que más tarde fue como monje mendicante al monasterio de Yu-lin en las montañas Diamante.

Era también un Kim, pero no de Andong, y recordaba a Yul-chun de cuando trabajaron juntos en su país al principio. Ahora, al verle en la puerta de la pobre casita de la parte china de la ciudad, donde vivía con sus compañeros, gritó de alegría y Yul-chun también.

—Entra, entra. —Cerró la puerta rápidamente para detener los montones de nieve que entraban con él—. No me digas nada hasta quitarte esta ropa húmeda —continuó — Me atrevería a decir que no has comido en todo el día.

—Estoy muerto de hambre —confesó Yul-chun—, y además no tengo un céntimo.

Mientras cambiaba sus vestidos por otros secos y comía la pasta caliente que Kim le preparó, hablaron cambiando noticias y deseos. En el año del Mansei, el joven monje se había convertido en un miembro del Movimiento de Independencia de los monjes y con sus compañeros, dos o trescientos, habían impreso también una declaración de independencia. Viajó por los pueblos vestido de monje pero llegó a la capital demasiado tarde para el día Mansei. Le detuvo la policía y le puso en la cárcel un año. Cuando le libertaron continuó con su trabajo. En la capital se encontró con jóvenes que leían libros rusos y así leyó a Carlos Marx. Hegel le había preparado para ello...

El pasado año fue a Pekín con siete compañeros para aprender más sobre la revolución, pero después de algunos meses, cinco o seis de ellos volvieron al monasterio donde dijeron que la vida era más pura y más sana que entre los revolucionarios.

—¿Qué haremos ahora? —preguntó Kim. Yul-chun, recordando su imprenta, contestó: —Publicaremos un periódico.

—Hay uno llamado «La estepa salvaje».

—No hagamos poesía —dijo Yul-chun bruscamente.

—Llamaremos al nuestro «Revolución».

Hablaron largo rato por la noche, comieron y se fueron a la cama. Antes de dormirse, Yul-chun se propuso quedarse en Pekín, al menos por algún tiempo y volver a su más querido trabajo: crear literatura para la revolución. Su hogar sería éste, se quedaría aquí con sus compañeros. Necesitaba sólo un jergón para dormir y tenía en la mochila su bol laqueado para el arroz, los palillos y la cuchara de plata que le regaló su abuelo cien días después de su nacimiento. Volvía a ser feliz a salvo entre sus amigos. Se dedicó al trabajo que había elegido.

—Se está estropeando la vista.

El sonido de la voz de Hanya le golpeó el cerebro, la mano que sostenía el cincel dejó de trabajar. No volvió la cabeza a pesar de que sabía que estaba atravesando el suelo de ladrillos, sus sandalias de paja no hacían ningún ruido. Llegó a su lado y le arrebató el cincel de la mano.

—Me dijeron que estaba haciendo esta cosa estúpida —gritó—. ¿Se cree un dios? ¿Puede hacer milagros?

—Démelo —dijo Yul-chun entre dientes.

Levantó la mano para cogerle el cincel pero ella se llevó las manos a la espalda.

—No quise creerlo cuando me lo dijeron —continuó con la misma pasión—. Me dijeron que se estaba destrozando la vista escribiendo el periódico con sus propias manos y grabando las letras en la piedra.

—No puedo hacer otra cosa, no se encuentra ninguna imprenta en toda la ciudad, al menos una que pueda comprar —replicó.

—Así se quedará ciego, porque no hay en Pekín ninguna imprenta que pueda comprar —se burló. Tiró el cincel en el suelo y cogió un periódico de la mesa de áspera madera sin pintar. Tenía treinta y dos páginas y salía dos veces al mes.

—¿Cuántas copias?

—Empezamos con ochocientas, pero ahora hacemos más de tres mil. Van a nuestro país, pero también a Manchuria, América, Hawai y Siberia.

Cogiendo el cincel fue a la puerta donde lo echó a la calle tan lejos como pudo.

Estaba demasiado sorprendido para moverse, no comprendía que pudiese hacer tal cosa. Luego se lanzó sobre ella y la apartó de su camino, pero Hanya se colgó de él y no lo dejó salir. No pudo desasirse de ella. Con los brazos alrededor de su cuello y las piernas alrededor de sus muslos, colgaba de él cogiéndole los brazos cuando la sacudía y dándole patadas cuando la empujaba. Lucharon en silencio respirando fuertemente con las caras contraídas en horribles muecas de cólera y los ojos furiosos.

Estaba asombrado de su fuerza. Pasivas habría dicho que eran las mujeres, pasivas y negativas, débiles y frágiles criaturas las mejores, pero tenía que luchar con esta mujer como si fuese un hombre. Descansó un momento para recobrar el aliento y ella aprovechó este instante para pasarle los brazos bajo los hombros, luego sintió que le mordía el cuello.

—Eres... eres un tigre —jadeó— Te atreves... Te atreves...

—Tu sangre sabe dulce en mi lengua —murmuró contra su cuello.

Luego sintió sus labios suaves en el mismo sitio donde antes había sentido sus dientes. Se quedó quieto, consciente de pronto de que había dejado de luchar. Entonces el cuerpo de Hanya se relajó, se apoyaba contra él, su cara en la curva de su hombro. Estaba arrastrándolo al suelo suavemente y sintió que la cabeza le daba

vueltas. Ella alargó la mano y apretó entre su pulgar y su índice el cabo de la vela a cuya luz él estuvo trabajando. Quedaron a oscuras. Ella le fue empujando hasta que estuvieron en el suelo. Su cuerpo entero era cálido y fluido, su voluntad desapareció, su ser entero se inflamó de deseo hacia ella...

Esta fue la historia de su amor. Se le rindió y luchó con ella.

Cuando insistió en que dejase de imprimir el periódico, declaró que era escritor por naturaleza y nunca tan feliz como cuando escribía. Era una suerte que la revolución necesitase escritores. Decía que nunca claudicaría, pero claudicaba diariamente, hasta que desesperado decidió dejar Pekín e irse al Sur otra vez.

Lo hizo porque un día ella le comunicó que iba a tener un niño. Le prohibió ir con él.

—Habría guerra, sería peligroso para ti y yo no debo sentirme impedido por una mujer encinta. Pensaría en ti en lugar de pensar en la batalla.

Habían vivido juntos más de un año en Pekín y en los pueblos del norte de China y Manchuria por los que erraban de vez en cuando, pero nunca dejó de creer que sería mejor estar solo y de decírselo así a ella. Cuando le comunicó que iba a tener un hijo, con sus ojos negros, dulcemente alegres y su ser entero irradiando felicidad, sintió una extraña cólera contra ella, una oleada de amor mezclada con irrefrenable odio. Protestó de su alegría.

—Ya sabes que no deberíamos tener ningún hijo. Usas esta trampa para obligarme a pensar en ti, en ti y en el niño... me divides. Debo compadecerme de ti y de este hijo desvalido. Haces un triunfo de ello.

Le escuchó con los ojos muy abiertos, le miró como si nunca le hubiese visto.

—No eres un hombre —le dijo—. No quería creerlo, pero ahora lo sé. No eres un hombre y te he amado creyendo que lo eras y que en el fondo de tu corazón me amabas.

Estudió su cara colérica, escudriñando en sus facciones.

—¡Cómo te he amado! —exclamó aún interrogante.

Y con estas palabras se volvió y le dejó en la habitación que por aquel corto tiempo habían convertido en hogar.

Él esperó treinta y dos días no pudiendo creer que no volvería. Las noches sucedían a los días, y al final empezó a comprender que no volvería nunca. Entonces tuvo que luchar consigo mismo. Suspiraba por ella, anhelaba ir en su busca. Soñaba con llevarla a Corea a casa de sus padres y quedarse con ella al menos hasta que naciese el niño. Le había hablado de su casa y de su familia.

Por la noche, tendidos juntos, después de amarse, ella le había preguntado a menudo cosas de su familia. Le hacía preguntas sobre pequeñeces, como si ella misma hubiese vivido en aquella casa.

—¿Dormías en la habitación cercana a la cocina?, ¿o en una próxima a la de tu

padre?

—Poníamos nuestras camas en la habitación que queríamos —explicó—, pero nunca en la de mi padre. Mi preceptor dormía con mi hermano y conmigo desde que no necesitamos a la nodriza. Mi hermano era un buen chico, pero yo no.

Ella se rió cuando le dijo esto. —Todavía no eres bueno.

—Sin embargo soy yo quien vive —replicó— y mi pobre hermano está muerto.

Porque Yul-chun supo, como todos los coreanos, que su hermano e Induk encontraron la muerte y con ellos su hija, que no quería separarse de su madre y por esto Induk la llevó a la iglesia aquel día.

—Era prudente, cuidadoso y bueno, y lo mataron a él. — Yul-chun recordó entonces a Hanya—. Ves por qué digo que un hombre no debería tener mujer e hijos.

—Tranquilízate.

Era su respuesta habitual cuando decía algo que ella no quería oír. Era un aspecto de su amor. Lo que una vez dijo en serio terminó por decirlo en broma, porque creía que ella ya sabía que la amaba, aunque nunca se lo hubiese dicho. Parte del juego, o al menos él lo creía así, era su ruego de que se lo dijese y la negativa de él.

—Dime que me amas, dímelo aunque sólo sea una vez para que pueda recordarlo.

—No —contestaba siempre—, si te lo digo no tendré ninguna defensa contra ti. Te meterás tan profundamente en mi ser que ya no seré capaz de arrancarte de allí. Las palabras son como clavos de hierro en madera dura.

—¿Me amas? —le suplicaba mimosa.

—¿Qué crees tú? —le preguntaba rechazando las palabras que acudían a sus labios para decírselo.

—Creo que sí —le decía con la misma voz acariciadora—, y ya que me quieres, ¿por qué no decírmelo?

—¡Ah, ah! —exclamaba—, casi me cogiste, pero soy demasiado listo para ti.

Nunca le dijo que la amaba, ahora se había ido y ya no podría decírselo aunque lo desease. Esperó siete días más, desvelado por la añoranza, su cuerpo deseaba la presencia de Hanya pero no claudicó. Si iba tras ella ya no volvería a ser libre. Se levantó una noche antes del amanecer, desesperado por su cansancio y anhelo, arregló su mochila y se dirigió al Sur, a pie y solo.

Viajó tres mil millas, a pie o a caballo, durante varios meses antes de llegar a la ciudad de Cantón, al sur de China. Se detuvo algunos días en varios sitios para ver cómo vivía la gente y si tenían alguna razón para hacer una revolución. Era demasiado justo por naturaleza para creer que estaban obligados a hacerla, ni se permitiría usar al pueblo chino para fortalecer la causa de la libertad de su pueblo.

No podía animarse andando por aquellos senderos rurales, pasando por pueblos y durmiendo en las pequeñas posadas. Era un pueblo jovial y cruel que aceptaba las penalidades y procedía duramente con cualquiera que creyese un enemigo, demasiado

alegres en su sufrimiento, aunque hablaban enérgicamente contra los tiempos presentes, quejándose de que no tenían gobierno en Pekín ahora que los revolucionarios habían derribado el trono imperial.

—¡Ojalá tuviéramos nuestro viejo Buda otra vez! —le dijeron—. Ella era nuestro padre y madre. Mientras vivió sabíamos que estábamos a salvo. ¿Ahora quién puede saber lo que sucederá?

Hablaban de la emperatriz Tzu Hsi. Había muerto hacía años pero fue tal la influencia que ejerció sobre sus mentes y corazones que al visitar pueblos que no sabían su muerte, se asustaron cuando se lo dijo.

Los chinos y su pueblo se diferenciaban en que los primeros eran todavía libres. Si no tenían gobierno, y no lo tenían porque Sun-yat-sen, con sus partidarios, no había sido capaz de implantar un gobierno en aquel vasto y antiguo país, al menos el pueblo era libre de gobernarse según la tradición familiar y sus costumbres. El país estaba en paz, a excepción de los señores de la guerra que batallaban entre ellos por la oportunidad de gobernar y los revolucionarios que eran jóvenes y tenían entre ellos muchos descontentos. A pesar de todo, los campesinos cultivaban sus campos, la gente de mar pescaba y los ribereños vivían en barcas, en canales, ríos y ciudades costeras.

Dudaba mucho de que un Continente tan vasto y sus incontables habitantes pudiesen revolucionarse, y si realmente debían ser impulsados a ello. Sus vidas eran estables, regidas por sus tradiciones. No estaban hambrientos y nadie les oprimía excepto algún codicioso terrateniente. Oyó risas y bromas en la casa de té donde se reunían los hombres, los niños estaban gordos, las mujeres ocupadas. ¿Contra quién podían rebelarse? Sólo pedían que los dejaran solos y más de una vez algún viejo le citó la antigua sentencia de Lao-tsé: Gobernar un pueblo es como guisar peces pequeños, debe hacerse ligeramente.

Cuanto más viajaba, más se maravillaba de que un país pudiese ser tan vasto y contener tanta variedad de paisajes y gentes. Desierto en el Norte, en el Noroeste extensas y ricas llanuras, aquí los grandes campos con los campesinos que cultivaban trigo y tenían cosechas de secano. Comían pan de trigo y panizo, eran altos y de piel clara y olían a ajo porque el plato favorito de los campesinos eran ajos tiernos enrollados en rebanadas finas de pan ázimo.

Las ciudades norteñas estaban llenas de tiendas de todas clases, los mercados llenos y las calles eran anchas. El pueblo usaba vestidos de algodón, en invierno forrados también de algodón, y si alguno llevaba seda la cubría con un vestido de algodón.

En la parte central, en el Yangtsé, un río tan ancho como un mar, mil millas por donde iban y venían barcos de muchos países, barcos de guerra extranjeros vigilaban los puertos convenidos en algún tratado. Era un país montañoso pero no tanto como

el suyo. Aquí las montañas eran verdes y de pendientes suaves, y los valles se extendían entre ellas en fértiles llanuras. La gente era alta, pero no tanto como en el Norte, y había muchas ciudades llenas de ricas tiendas. La gente era menos sencilla que en el Norte. A menudo taimados y mundanos, incluso algo pillos, pero alegres, charlatanes y risueños. Las mujeres eran despiertas y vivas y andaban libremente de un lado para otro, excepto las esposas de hombres ricos, que permanecían dentro de los muros de sus casas.

Pasó un invierno entero en Shanghai, allí encontró unos tres mil coreanos y pronto se hizo lugar entre los que imprimían un periódico llamado «Joven Corea». Sin embargo encontró de nuevo a sus compatriotas divididos, ahora en dos grupos principales: los que estaban a favor de los americanos, que eran en su mayoría cristianos educados en los Estados Unidos y creían en las revoluciones pacíficas, y el segundo que se inclinaba por el método ruso, el método de ataque directo contra los japoneses que ahora gobernaban Corea. Ambos recibían secretamente dinero de los patriotas coreanos.

Yul-chun vivió al principio entre los que creían en los americanos y aprendió muchas cosas que no sabía sobre este pueblo que había hecho amistad con el suyo por medio de sus misioneros, y luego sus políticos les habían traicionado. Les odiaba por su traición, pero al aprender a conocerlos por medio de su jefe coreano que había pasado años en los Estados Unidos, no fue su historia ni su manera de ser lo que le hizo perder parte de su odio, sino sus canciones. Mientras estaba en la escuela en los Estados Unidos, su jefe había aprendido muchas canciones, especialmente de los negros que fueron esclavos allí. Al volver a Corea las enseñó a los niños de las escuelas. Ahora, exilado en la grande e inhumana ciudad de Shanghai, enseñaba las canciones a sus compañeros de exilio. Por las noches se reunían en la desaseada habitación que habían alquilado para reunirse y aquellos coreanos cantaban las canciones de los esclavos africanos en América.

Yul-chun, al principio rehusó cantar, en parte porque desconocía las canciones y en parte porque temía todo lo que podía ablandar su corazón y hacerle sufrir. Sin embargo, a pesar de su decisión, se enternecía al oír las voces de sus compañeros de destierro cantando las tristes canciones de los esclavos. Estaba obsesionado por la melodía de las canciones. «Old Black Joe», «Carry me back to Virginny», «Massa's in the CoId, Gold, Ground». Música melancólica, palabras trágicas que de alguna manera confortaban sus tristes corazones. Una noche, Yul-chun se dio cuenta de que lloraba al cantar. Este llanto lo asustó. No había llorado desde que era un niño, y creyó por mucho tiempo que no podría llorar nunca más, porque había conocido demasiadas torturas, peligros y muertes. Resolvió que debía alejarse de la música sabiendo cómo seducía a su pueblo. Con este fin dejó a los exilados y se juntó con los terroristas, un pequeño grupo secreto que se había dedicado a la muerte y destrucción.

No era la primera vez que Yul-chun estaba con ellos. El preceptor de su infancia, el más amable de los hombres, que le había introducido en las pacíficas enseñanzas de Confucio y la misericordiosa compasión de Buda, cuando se juntó con los Tonghak se convirtió en el más temerario de los terroristas. Parecía que este bondadoso y suave joven estaba obligado a sacrificarse él mismo; una y otra vez cometía los actos más despiadados. Emigró a Siberia y formó un grupo terrorista llamado La Bandera Roja, de allí fue a Manchuria para tomar parte en el asesinato del príncipe Ita, después del cual fue capturado y condenado a muerte.

Ahora, en Shanghai, se acercó a otro grupo terrorista, el Yi Nul Tan o Sociedad Valerosa Justicia, sin embargo, no era uno de los suyos. No podía resignarse a la idea de que la muerte y la destrucción eran las únicas armas de la revolución, especialmente cuando entre estos jóvenes sencillos de corazón halló también divisiones. En aquel invierno del año cristiano 1924, la Sociedad Valerosa Justicia estaba dividida en tres grupos. Nacionalistas, anarquistas y comunistas. Veía estas divisiones con creciente escepticismo, y aún más porque los más violentos eran los más corrompidos también. Vestían a la europea, se untaban el cabello y hacían un culto de su apariencia. La mayoría eran jóvenes altos y guapos, las mujeres les buscaban y las más apasionadas eran las de descendencia ruso-coreana, las hijas de los patriotas desterrados en Siberia.

Una noche, a principios de primavera, Yul-chun paseaba por el parque en el barrio francés de Shanghai donde vivían los desterrados, y vio cómo estos miembros de la sociedad Valerosa Justicia se encontraban allí con mujeres y cuán atrevidamente ejecutaban los actos de amor físico, lo salvaje y promiscuo de estos contactos y cuán rápidamente los olvidaban.

El fuego de su carne era lo bastante fuerte para agitarle y comprendía que un hombre joven y desesperado, desafiando cada día la muerte, se sintiera impulsado a buscar alivio en estas breves y violentas pasiones. Pero éste no era su estilo. Su ideal era la independencia de su país y un plan de vida sabio y sencillo. Ya era hora de que continuase su camino.

Dejó Shanghai antes de que la primavera terminase y fue avanzando hacia el Sur.

Llegó a Cantón en otoño, en la época de la recolección del arroz. Los campos estaban alegres con los joviales recolectores. La cosecha era buena y habría mucha comida para el invierno. Otra vez dudó de que pudiesen arrastrar al pueblo chino a una revolución a menos que estallase una guerra exterior, es decir si los militares japoneses volvían a soñar en un Imperio.

Luego recordó que estaba allí por una causa más grande que ésta. Estaba allí para encontrar los que debían ayudarle a liberar Corea.

—¿Has venido al fin y solo?

Este fue el saludo y la pregunta de Kim. Cuando Yul-chun dejó el periódico por la

insistencia de Hanya, después de estar enfermo con un fuerte resfriado, Kim dejó Pekín disgustado porque, según él, Hanya había estropeado a Yul-chun como revolucionario. Con otros siete fue a Cantón, alquilaron dos habitaciones en una casa de una estrecha y sinuosa calle donde vivían artesanos que trabajaban el marfil. Los colmillos de marfil llegaban de las selvas de Birmania y Malaya, y se vendían a los artífices que los cortaban y esculpían dioses, figuras de hombres, cajas, abanicos, joyas y toda clase de objetos útiles y para adorno.

Yul-chun frotaba su pie dolorido mientras hablaba y miraba la desnuda habitación.

—¿Podrías poner tablones sobre dos bancos para otra cama?

—Te estuve esperando —dijo Kim—. Te he guardado sitio aquí. Ninguna mujer puede satisfacerte para siempre. Lo sabía y sólo tenía que esperar.

—¿Cuántos coreanos hay en Cantón? —preguntó Yul-chun.

—Sólo unos sesenta —contestó Kim—, y pertenecen al YiNul Tan.

—¡Otra vez! Acabo de dejarlos en Shanghai.

—Los rusos están enseñándoles nuevos métodos y puede ser que los necesitemos en nuestro país cuando sea la hora.

—No tengo confianza en los terroristas —contestó Yul-chun—. Disfrutan demasiado con su tarea y dejan violencia tras ellos.

—Podemos utilizarlos —dijo Kim.

Estaba apartando su cama a un lado dejando sitio para la otra cama.

—¿Te juntaste a los comunistas? —preguntó Yul-chun.

—Sí, soy revolucionario, déjame serlo del todo. ¿Y tú?

—No. Primero quiero convencerme de que es el mejor medio para ganar la independencia.

—No puedes saberlo más que siendo comunista tú mismo. Primero fe, después convicción.

—Ésta es la diferencia entre nosotros. Tú tienes fe... ¡Yo, no! No tengo fe en nadie ni en nada, y estoy convencido de que los japoneses no se contentarán con nuestro pequeño país. Lo han estado diciendo siempre desde el tiempo de Hideyoshi, y es verdad: para ellos Corea es sólo un trampolín. Y ahora que he visto China con mis propios ojos, la riqueza de su suelo, sus grandes ciudades, el ingenio de su pueblo, estoy convencido de que quien domine China dominará Asia, y quizás algún día el mundo.

Hablaba con elocuente energía y Kim le escuchaba encantado.

—¡Deberías hablar en vez de escribir!

Pero Yul-chun no había terminado aún y no le oyó. Continuó hablando con los ojos llameantes a causa de sus pensamientos:

—¿Quién puede evitar este sueño isleño? ¿Quién sino nosotros, una Corea

independiente bloqueando al agresor? ¿Quién más ve el peligro? China no es más que un perro vigilante. ¿Qué ha hecho para prevenir el ataque del Japón? ¿Qué han hecho las demás potencias?

—Podrías ser un terrorista, amigo mío —dijo Kim—. Serías de los buenos.

Se levantó, fue hacia la puerta abierta y estuvo mirando la creciente oscuridad. Detrás suyo, Yul-chun estaba sentado en silencio, luego, vencido por un profundo y súbito cansancio, se echó en la cama.

—La verdadera guerra —se quejó Yul-chun a Kim— es la que tenemos dentro de nosotros mismos.

Yul-chun descubrió al cabo de unos meses que los coreanos revolucionarios continuaban aquí con las divisiones que trajeron de su país. Los que creían en el terrorismo estaban contra los que creían en los procedimientos pacíficos y los que vinieron del Norte estaban contra los del Sur. Algunos eran comunistas y creían que sólo un cambio total de la ideología podía salvar a su pueblo, otros estaban contra el comunismo, diciendo que una ideología era un obstáculo para la independencia. Los que vinieron de Manchuria se separaron de los que llegaron de Corea y ambos estaban contra los que llegaron de Siberia. Más allá de estas divisiones internas entre sus compatriotas, Yulchun descubrió las enemistades entre sectas y clanes y los grupos chinos, especialmente los comunistas chinos sinceros que, aconsejados por los rusos, creían que controlarían a todos y eran crueles con los que no les seguían.

—Nos destruimos nosotros mismos —continuó impotente. Trabajaban todo el día escribiendo e imprimiendo de nuevo, pero por la noche él, Kim y otros se reunían en una gran casa de té que habían alquilado para sus reuniones.

El número de exilados aumentaba diariamente. Ahora venían a juntarse a los revolucionarios centenares de ellos. En pocos meses fueron ochocientos coreanos, cuatrocientos del ejército de la independencia en Manchuria, unos cien o más de Siberia y el resto de Corea. Todos eran jóvenes de menos de cuarenta años y algunos de catorce o quince. Entre ellos un muchacho llamado Yak-san se unió a Yul-chun y se hicieron amigos. Este muchacho dejó el nombre que su familia le había dado y escogió el de un famoso terrorista, Kim Yak-san, que había intentado matar al Gobernador general japonés Saito en Seúl. Contaban que el terrorista pidió prestados los vestidos y la cartera de un partidario que era cartero. En ella escondió siete bombas, y un día en que supo que el Gobernador general iba a encontrarse en su despacho con otros altos oficiales japoneses, fue allí y echó las siete bombas en la habitación. Los oficiales se salvaron casi todos, pero las bombas destruyeron gran parte del edificio y mataron otros japoneses. Entretanto el terrorista se disfrazó de nuevo, esta vez de pescador, mientras la policía le buscaba por todo el país. Después logró huir a Antung y de allí adentrarse en Manchuria.

Cuando este muchacho, Yak-san, oyó el apellido de Yul-chun, se dirigió a él

ansiosamente.

—Señor, ¿es usted un Kim de la familia de Kim Yak-san? —preguntó.

—No —contestó Yul-chun—. Soy un Kim de Andong y no soy terrorista.

La cara del muchacho demostró desilusión, pero no obstante se quedó con Yul-chun y fue para él como un hermano menor y para Yak-san, Yul-chun fue al mismo tiempo padre y hermano mayor.

El padre de Yak-san, le contó éste a Yul-chun, había muerto a manos de la policía en una ciudad del norte de Corea. Él era sólo un niño, y como estaba solo se juntó a los que escaparon a Manchuria, donde oyó la historia de este terrorista y le conoció. Con él fue hasta Shanghai, allí lo perdió.

—No me quería —dijo el muchacho—. Me dijo que no le siguiera, y cuando le expliqué que no podía evitarlo, se fue a otra parte de la ciudad y no pude encontrarle, aunque lo busqué durante varios días.

—Seguramente no le era posible amar a nadie —dijo Yulchun para animarle—. Es posible que temiese que si amaba a alguien ya no sería capaz de matar.

El muchacho le miró pensativo durante unos instantes. Luego habló:

—¿Puedo seguirle a usted?

—Claro que puedes.

Desde entonces en la casa de té se sentaba al lado de Yulchun en un taburete y escuchaba lo que decían, le seguía siempre.

—Deberíamos lograr la unidad, al menos en el núcleo central de nuestro grupo —continuó Yul-chun.

—Lo que deberíamos hacer es juntarnos los que creemos en la unidad y crear otro grupo —replicó Kim.

—Ser un terrorista es más sencillo —dijo Yul-tan, el actual jefe de los terroristas.

—Cuando hayáis matado a todos —discutió Yul-chun—, ¿qué nos quedará? Los terroristas empezarán a matarse unos a otros.

—Sin embargo —sostuvo el terrorista—, somos el grupo más unido de todos. Aceptamos todos que nuestros enemigos deben morir uno tras otro si es necesario. Las casas quemadas, los palacios destruidos, los gobiernos derrocados, los ejércitos disueltos.

Acostumbraban a hablar hasta altas horas de la madrugada. Yul-chun a veces creía realmente que su principal ocupación era hablar, sin embargo con aquel intercambio de ideas y argumentos, lentamente, como se cincela una estatua, la unidad se iba formando, o al menos así lo creía él. Al cabo de un año de discusiones y aún con dudas, Yul-chun aceptó a los terroristas como núcleo de su unidad, ya que eran los únicos que se apoyaban sobre un principio de acción, el de la destrucción, y quizás era verdad que debía destruirse antes de empezar a construir. Sin embargo, no los aceptó sin algunas concesiones por su parte. Les pidió que cambiasen el nombre

de Yi Nul-Tan por el de Independencia Nacional Coreana.

A través de este grupo, Yul-chun se mantuvo en comunicación con otros grupos coreanos de independencia de otros países, preparándose para el día de la libertad. Al final fue aceptado que este día no sería hasta el fin de la guerra mundial que empezaba a apuntar en el horizonte de los tiempos.

Su corazón se habría endurecido durante todos aquellos años a no ser por Yak-san y otras dos personas, un matrimonio que trabajaba en su grupo. Yak-san le seguía como un joven y fiel servidor, escuchando lo que decía, obedeciendo sus menores deseos, vigilando que comiese y bebiese su té cuando hacía calor. Aunque Yul-chun se negaba a permitirse ninguna emoción, no podía menos que conmoverse ante la lealtad que le demostraba aquel solitario huérfano. Sus sentimientos familiares emergían en él otra vez y se preguntaba si su hijo habría sido un niño. Debía tener cuatro años ahora. ¿Le habría contado Hanya quiénes eran su padre y su abuelo? No había sabido nada de ella desde que le dejó en Pekín, no había recibido ninguna carta ni sabido dónde estaba.

No hubiese pensado en ella si entre los que trabajaban con él, un matrimonio llamado Choi no le hubiese demostrado inconscientemente con su devoción, lo que podía ser el amor entre hombre y mujer. Ambos eran coreanos, la mujer una joven viuda cuyo marido, un anciano mercader, murió el día Mansei. El hombre era hijo de un terrateniente, aquel día estaba por las calles tomando parte en la batalla cuando tropezó con la joven que trataba de levantar el cadáver de su marido. La había ayudado y entre los dos lo llevaron a su casa, luego ayudó a la joven a encontrar un sepulcro y comprar un ataúd. Cuando las ceremonias del entierro terminaron le preguntó a la joven viuda si había amado a su marido y ella le contestó sencillamente que no, pero que había tratado de cumplir sus deberes para con él. Le preguntó si este deber significaba que se quedaría siempre viuda y ella contestó que le gustaría amar a algún hombre. Además no tenía familia, ya que los padres de su marido murieron y ella había sido hija única. No tenía tampoco hijos y su familia se había marchado a Siberia. Ella rogó a su marido que fueran con ellos pero rehusó diciendo que era sólo un comerciante que tenía un buen negocio y no era fácil que le confundiesen con un rebelde. Sin embargo, el día de su muerte le habían confundido con uno de ellos, un soldado japonés le disparó un tiro en la cabeza porque estaba en la calle viendo a donde iba la gente.

Choi la escuchaba con interés y al terminar le preguntó si podría amarle. Ella miró pensativamente su alta figura, su hermosa cabeza, sus brillantes ojos oscuros y luego le dijo que sí. Se casaron y fueron muy felices desde entonces. Vivieron primero en Siberia y en Manchuria, luego fueron al Sur para ayudar a los chinos. Esta pareja, viéndoles siempre juntos, le hizo reflexionar sobre el matrimonio, recordar a Hanya y desear volver a verla.

Al querer conservarse libre, no le había preguntado nada sobre ella. Todo lo que le había contado salió de ella en las pocas veces que había paz entre amos. Una noche, después de hacerse el amor, se apretó contra él y de lo que dijo le venían ahora a la memoria varias cosas.

—Una paz como ésta solía sentir cuando subía a la montaña que había detrás de la casa de mi padre —le dijo—. Subir, llegar a la cumbre y saber que ya no podía subir más, esto era la paz. Me echaba sobre una roca y miraba el cielo azul.

La escuchaba sin oírla, adormecido por su propia paz. —Mataron a mi padre —le dijo un día.

Estaba haciendo Duk, un pan ahumado que no vendían en Pekín. Yul-chun se impacientaba cuando perdía tiempo guisando, pero ahora recordaba con ternura que compraba arroz gelatinoso, lo machacaba hasta hacer harina, luego lo cocía al vapor en una jarra, lo amasaba y cortaba a rodajas que rellenaba con habas dulces aplastadas y cubría cuidadosamente cada pastel con aceite de sésamo. Se quejaba cuando le servía los pasteles para celebrar una fiesta, pero ella se reía de él.

—¡Te los comes, te los comes! —gritaba alegremente.

—Mi estómago es más fuerte que mi voluntad, y esto te complace; pero a mí, no.

La acusaba en su corazón porque pensaba que era una de sus tretas para aprisionarle en una casa y un hogar. Sólo más tarde recordó que le había dicho que su padre murió e iba a preguntarle cómo fue, pero no lo hizo, temiendo que pudiese atarle a ella por compasión y su necesidad de consuelo.

Su padre había sido algún oficial de la corte del regente. Lo sabía porque tenía un sello que le perteneció, una pieza grabada con letras chinas, con su nombre y rango. Ella lo llevaba siempre encima atado en un pañuelo de seda.

Tenía dos hermanos, también lo sabía, porque a veces hablaba de sus juegos con ella en un gran jardín. Decía que ella era más fuerte que ellos y esto les enfurecía.

—Soy demasiado alta —suspiraba.

Como no contestaba, ella le miraba de reojo con sus bellos ojos suplicantes.

—¿Crees que soy demasiado alta?

No quería seguir su impulso de mentir.

—Nunca pensé en ello.

Ahora, con el tiempo y la distancia entre ellos, deseaba haberle dicho la verdad, que no era demasiado alta, ya que él lo era más.

Un día, consumido por su anhelo de ella, preguntó a su amigo Choi si el matrimonio no era un obstáculo para él, esperando que dijera que sí.

—No solamente por el tiempo que una mujer exige —añadió Yul-chun—, sino porque ocupa los pensamientos del hombre y olvide su devoción entre ella y su país.

—Pasas más tiempo pensando en mujeres tú que yo —se rió Choi—. Lo juraría. No, hermano, cuando tienes una mujer tuya, no piensas con deseo en las demás. Ni

siquiera piensas en ella. Ella es sencillamente como tú mismo, está contigo y en ti. Te libera y comparte tu trabajo si es una buena mujer. Además también es agradable tener la ropa limpia y la comida preparada. Ella se ocupa de que tu dinero no se gaste tontamente. Estás siempre mejor cuando tienes una esposa.

Yul-chun recogió en su corazón estas palabras y fue cambiando de manera de pensar hasta que no resistió al recuerdo de Hanya.

Un día pensó soñando que podría ir al Norte otra vez y encontrarlos a ella y a su hijo. Aún no... aún no, a pesar de su deseo debía esperar a que triunfase la revolución y él Y sus amigos entrasen en la imperial Pekín. Entonces volvería a su país, porque los que él había ayudado le ayudarían a él a libertar a su pueblo.

Vio a Yak-san convertirse de niño en un joven duro, valeroso y cruel. Los jóvenes son siempre crueles y Yul-chun se veía a sí mismo en Yak-san. A los quince años, Yak-san tenía un nuevo héroe, el terrorista Wu Geng-nin, que dirigió el atentado contra el general japonés Tanaka, cuando fue a Shanghai para continuar sus planes imperiales, después de haber escrito un manifiesto de demandas sobre China. Los terroristas se arreglaron para atacar desde tres direcciones al descender Tanaka del barco en el que venía del Japón. Wu debía dispararle un pistoletazo. Si fallaba, Kim Yak-san le atacaría con una bomba de mano, si la bomba fallaba, un tercer terrorista le acuchillaría.

Una pasajera americana bajó por la pasarela delante de Tanaka, cuando Wu disparó se asustó y se agarró a Tanaka. Él, viendo lo que sucedía, fingió caer muerto, y Wu, creyendo que había matado a su enemigo, se volvió para escapar. Saltó a un taxi pero el chofer no quiso llevarlo. Wu lo echó del coche e intentó conducir él mismo, pero como no sabía, la policía inglesa lo arrestó al poco rato, lo entregó a los franceses, ya que él vivía en la concesión francesa, y ellos a su vez lo entregaron a los japoneses. Lo encerraron en una torre con varios japoneses, uno de los cuales era anarquista. Una sirvienta japonesa tuvo lástima de él y le llevó un cuchillo de acero, abrió la cerradura y junto con el anarquista escaparon a casa de un amigo americano que lo escondió hasta que pudo ir a Cantón y contar su historia.

El joven Yak-san se sentaba a sus pies, no sólo por admiración hacia él, sino porque su otro héroe, Kim Yak-san, había formado parte del complot. Wu era bueno con los jóvenes, y sin saberlo Yul-chun le hablaba de terrorismo a Yak-san, así que el corazón del joven estaba dividido entre aquellos dos hombres que eran sus amigos.

El año siguiente, el fundador de la revolución china, Sun Yat-sen, murió en Pekín y todos los revolucionarios estaban profundamente apenados. Pero, ¿qué iban a hacer sino continuar sus planes? Con sus consejeros rusos formaron un ejército mano dado por Chiang Kai-shek, un joven soldado chino entrenado militarmente en Rusia y el Japón. Pronto estaría preparada una segunda revolución. Sus ejércitos se entrenaban marchando a lo largo del Yangtsé, y bajaban por él hasta Nanking; donde se iba a

instalar una nueva capital en el corazón de la vieja ciudad.

Yul-chun ahora hacía traducciones en japonés de libros marxistas, empezando a dudar más y más de si los revolucionarios chinos entendían del todo las penalidades que sufrirían si querían lograr el sueño de conquistar su vasto Continente.

El pueblo continuaba firme en sus antiguas costumbres. No estaba lo bastante descontento para rebelarse, y la familia y la tradición ocupaban el lugar del Gobierno. Eran pobres pero no lo sabían. Sus terratenientes los oprimían, pero no los hacían llegar a la desesperación y si lo hacían se levantaban y mataban a su opresor.

Yul-chun comprendía que sus compatriotas campesinos entendían mejor las reformas que los revolucionarios chinos, a causa de la larga opresión de los japoneses en su país que les forzaba a rebelarse y porque muchos jóvenes coreanos se educaron en el Japón, donde aprendieron la doctrina de Carlos Marx.

En la primavera la revolución avanzaba hacia el Norte y Kim, el ex monje, continuaba irremisiblemente lleno de optimismo y fe en la bondad de los hombres.

—Ayudaremos a nuestros hermanos chinos y luego ellos nos ayudarán —dijo a Yul-chun mientras arreglaban sus mochilas.

Yul-chun sonreía. Su fe en los chinos se había empañado y no creía mucho en las revoluciones. La última noche antes de dejar la ciudad no tomó parte en la reunión que celebraron. Visitó a tres extranjeros. Uno de ellos era un inglés llamado Thomas Mann, aunque no tenía nada que ver con el escritor alemán. Era viejo, alegre en la soledad de su edad y aficionado a toda clase de revolucionarios. Al ver a Yul-chun en su puerta, le cogió del brazo y lo condujo al interior de la pequeña habitación que era su hogar.

—Entre y tome una taza de té —dijo—, de buen té inglés con un poco de azúcar y leche. Tengo unos bizcochos Huntley que me han enviado de Inglaterra.

Yul-chun se sentó en una silla al lado de la pequeña estufa de carbón. Bebió el té inglés que le recordó el tibetano que había tomado en Manchuria y escuchó durante una hora al anciano que hablaba de cómo los ingleses lograron la independencia aún bajo el gobierno de sus reyes.

—Sólo matamos un rey cuando fue absolutamente necesario —le dijo—. A nuestra manera nos gustaba bastante estar gobernados por reyes. Era nuestro propio gobierno, después de todo, y lo convertimos en una democracia. No fue fácil. ¡Tome un bizcocho!

Yul-chun, acostumbrado al inglés americano, estaba desorientado por su fuerte acento inglés, pero podía seguir la conversación, y se sintió impulsado a confiar en el bondadoso corazón del anciano, aunque no en su mente, tozudamente llena de esperanza.

No estaba tan seguro del americano, Earl Browder, a quien buscó después. Le había oído varios discursos contra el imperialismo americano. Aunque eran claros y

fáciles de comprender y fueron muy aplaudidos, Yul-chun sentía instintiva desconfianza hacia un hombre que acusaba al gobierno de su país estando residiendo en un país extranjero y entre extranjeros de otros países.

Le miraba sentados juntos en la habitación de un hotel. Tenía la apariencia de un intelectual, pero intelectual o no, resolvió no volver a confiar en un americano.

En cuanto a Borodin, a quien visitó al final, era un ruso bajo y rechoncho de media edad, palabra lenta y práctico. Más que un ardiente revolucionario parecía un próspero hombre de negocios, tenía disposiciones para la organización y era un padre para los jóvenes entusiastas que él dirigía. Los jóvenes chinos confiaban en este ruso, pero para Yul-chun confiar en un ruso era imposible. Los rusos habían estado demasiado tiempo en tierra coreana, habían hecho demasiados planes para su posesión. Sí, el Zar había muerto, pero, ¿acaso cambia el alma de un país al cambiar de gobernantes?

Volvió a la habitación que había compartido con Kim y encontró a Yak-san que ya había terminado de arreglar su mochila y se había ido a la cama.

¿Qué hubiese podido suceder, se preguntaba a veces Yul-chun, si no hubiese conservado la esperanza de encontrar a Hanya y volver con ella a su tierra? Soñaba y expresaba su sueño en palabras para Yak-san, a veces al acampar antes de una lucha. Cuando los demás dormían y él velaba por deber, le hablaba así.

—Cuando todas estas pesadas luchas terminen, cuando la causa esté ganada, entonces iremos a casa tú y yo. Por el camino encontraremos a mi mujer y a mi hijo en alguna parte e iremos todos juntos a casa. Primero descansaremos unos días, digamos un mes, y luego empezaremos la guerra pero para nosotros y en nuestro país.

Hogar era ahora la palabra que alimentaba sus sueños, pero no se permitía pensar en ella hasta la noche, después de la amarga lucha diaria. Porque aquel año fue sólo una larga guerra. Estaba orgulloso de sus compatriotas. Luchaban con arrojado valor e intrepidez por parte de los caudillos. Eran elocuentes persuadiendo a los campesinos y a los habitantes de las ciudades entre quienes andaban. Los generales chinos enviaban primero oradores coreanos para preparar el camino. El nuevo ejército revolucionario se dirigía hacia el Norte. Victoria tras victoria alcanzaron el Yangtsé en la China Central y marcharon sobre Nanking.

Luego fueron traicionados. Su jefe se alejó de la ciudad dejando las tropas a cargo de su segundo y fue a Shanghai donde organizó un gobierno contrarrevolucionario. Las noticias llegaron en una hora de triunfo, cuando las puertas de la ciudad eran demolidas después de tres días de asedio y se tomaba la ciudad.

Nadie lo creía. Se miraban unos a otros incrédulos. Se reunieron en los edificios ocupados para hablar. Era verdad, sin embargo, y cuando se vieron forzados a reconocerlo, el ejército remontó el Wuhan para formar un gobierno propio, con él iban todos los coreanos exilados, excepto los que murieron en la batalla.

Pero Yul-chun empezó a apartarse de la revolución. Sabía que tarde o temprano debería dejar a los chinos. Crueldad, crueldad, era lo que le repelía; aunque estaba endurecido no era cruel. Vio cómo los chinos mataban otros chinos, «purgas» lo llamaban, pero para él las «purgas» eran asesinatos, muchachas, muchachos acusados por los derechistas de ser izquierdistas, campesinos y comerciantes acusados por los izquierdistas de ser derechistas. En un día, en una hora, en el espacio de unos minutos tomó la decisión. El día era caluroso, el aire húmedo y pesado, los hombres se peleaban como osos coléricos en verano. Se estaba desarrollando una batalla importante porque Changsha, una gran ciudad, estaba a punto de ser tomada. Todos estaban ansiosos y desanimados, aunque los consejeros rusos habían dirigido todas las operaciones, el ejército revolucionario no había alcanzado ninguna victoria desde Nanking. Además, un joven revolucionario, Mao Tse-tung, rechazado por el Partido Comunista porque había declarado que las tácticas rusas no servían en China, donde la masa del pueblo eran campesinos y donde no había un verdadero proletariado, decía que no se podrían ganar batallas sin la ayuda de los campesinos. Intelectuales y campesinos, según la historia china, podían derribar una dinastía, pero separados nunca podrían ganar una batalla. Predijo un fracaso en Changsha y esto asustó a los revolucionarios y encolerizó a los rusos.

Desgraciadamente, la profecía se cumplió. Los hombres lucharon valerosamente, pero no pudieron vencer a los campesinos, que no venían a ayudar a los revolucionarios, que se decían sus salvadores, sino al viejo magistrado y su corte.

Muchos revolucionarios murieron, entre ellos muchos coreanos, pero esto solo no habría cambiado las ideas de Yul-chun. Lo que le obligó a hacerlo fue que en la retirada al noroeste, los revolucionarios, en su desesperada cólera, se volvían locos y caían sobre cualquier campesino desamparado. Yul-chun vio con sus propios ojos el monstruoso asesinato de una familia entera en su granja. Inocentes y prudentes, se quedaron en su casa y atrancaron la puerta. Los hombres en retirada se detuvieron a descansar, y viendo que aquella granja era más grande que la mayoría, llamaron a la puerta. La familia, dentro, dudó unos instantes preguntándose si debían quitar la barra. En este momento la fácil cólera de los revolucionarios estalló. Derribaron la puerta, irrumpieron en la casa y la destruyeron totalmente. Colgaron de una viga a los ancianos abuelos de aquella familia, mataron despiadadamente a los padres y sus hijas fueron violadas por muchos hombres y abandonadas ensangrentadas y muertas, sus hijos fueron despedazados con alegría salvaje, excepto un niño a quien Yul-chun salvó.

Al principio trató de evitar la carnicería, pero los soldados no estaban en sus cabales y no oían nada. Impotente se quedó allí porque quería saber cómo eran estos hombres a quienes había unido su suerte. Así vio el horror de todo lo que hicieron, y cómo podían llegar a ser. La crueldad estaba en su sangre y su ser. El sufrimiento

quizá les había hecho crueles, pero lo eran, no importaba la causa, y como lo vio, cambió de parecer. No podía confiar en ellos; toda su palabrería acerca de la salvación del pueblo no le hacía confiar en ellos. Un gobierno puede ser juzgado sólo por la calidad de los hombres que lo componen y estos hombres no podían ser gobernantes.

—Ven —le dijo a Yak-san, que estaba junto a él sin tomar parte en nada, abriendo mucho los ojos y mirando.

Iban a marcharse cuando un niño cayó a sus pies, un bebé, desnudo y sangrando, arrojado por la punta de la bayoneta de un soldado. Yul-chun se detuvo, lo cogió en brazos y huyó, Yak-san le siguió. Entre el ruido y la locura nadie se fijó en ellos.

—¿Qué hacemos con el niño? —exclamó Yul-chun.

—Podemos dejarlo con alguna familia aldeana... —sugirió Yaksan.

Lo hicieron aquella misma tarde. Llegaron a una pequeña y tranquila aldea, más allá de la línea de batalla, y Yul-chun pidió abrigo para aquella noche contando la historia del niño a los aldeanos sentados en sus bancos alrededor de las eras del pueblo al fresco del anochecer. Cuando preguntó si alguno de ellos aceptaría el niño, una joven campesina se adelantó.

—Míreme —dijo señalando su pecho—. Mis senos están llenos de leche, mi hijo ha muerto de fiebres hace dos días y nadie aprovecha mi leche.

Su chaqueta estaba húmeda por la leche que desbordaba de sus pechos hinchados, y cogió al niño y le dio de mamar.

Fueron años de un extraño encarcelamiento. Las montañas eran los muros de su prisión, y ellos, los vencidos, eran sus prisioneros. Al principio, Yul-chun cayó en una gran desesperación. ¿Qué podría hacer en esta salvaje región? Estaba separado de las principales corrientes de la revolución, de la vida misma, lejos de los mensajeros secretos con quienes hasta ahora había mantenido contacto aunque poco frecuente. No era sólo desesperanza. Los restos del ejército, después de su larga marcha hacia el Norte, se sumieron en un cansancio espiritual más profundo que el cansancio físico. Pasaron meses y semanas en aquel terrible frío invernal, no hacían más que errar de un lado para otro y pedir alimentos y combustible. Se cobijaron en un templo abandonado, construyeron cabañas con esteras, trozos de madera y hojalata, vivieron en sótanos, durmiendo de día y de noche para preservar sus débiles fuerzas. Así hasta la primavera, que les trajo nuevas energías. Empezaron a moverse, se miraban interrogantes, salían a buscar hierbas verdes para mezclarlas con el maíz, que era su principal alimento.

Yul-chun fue el primero en recobrar. Por suerte había encontrado cobijo en la granja de una familia china muy pobre. La casa tenía dos habitaciones pequeñas que compartían con la vaca, los cerdos y unas gallinas. A pesar de su pobreza sentían vivo interés por Yul-chun porque venía de otro país y les ayudaba a pasar los largos y

oscuros días cuando nevaba contándoles historias de su país y lo que había sucedido en el suyo propio, de cuyos acontecimientos no estaban enterados ya que no sabían leer, y aunque hubiesen sabido no habrían podido hacerlo por falta de periódicos.

Sin embargo, Yul-chun se asombraba de su agudeza e inteligencia y le parecía injusto que se viesen obligados a ser ignorantes. Se propuso enseñarles a leer. De esto surgió una escuela porque cuando empezó a enseñar a aquella familia muchos suplicaron que les enseñase también: hombres, mujeres y niños, hasta que se encontró convertido en maestro de escuela. Una escuela muy sencilla porque no tenía libros y escribía las lecciones en el polvo de las eras. Su afición era tan grande que muy pronto aprendieron a leer palabras sencillas. Luego se encontró con que no tenían nada que leer, y se vio obligado a escribir libritos de pocas páginas. Con ellos pudo enseñarles los medios para vivir mejor y gobernarse de acuerdo con la revolución. La alegría de la gente al ver que podían leer y hasta escribir un poco fue una fuente de inspiración para Yul-chun y sus compañeros.

Adoptaron nuevas formas y formaron nuevos planes basados en el pueblo y su cooperación con el ejército revolucionario. El pueblo estaba preparado y ansioso.

—Nos han abierto los ojos —decían— Estábamos ciegos y ahora vemos. La sabiduría I de los libros también nos pertenece ahora.

Se despertó un fuerte interés unificador en los aldeanos y los dirigentes revolucionarios aprendieron la manera de ganarse al pueblo que a cambio, les alimentaba.

—Les ayudaremos —gritó un entusiasta granjero—. Les ayudaremos porque son los únicos que nos han ayudado.

Luego maldijo y renegó contra los gobernantes que tenían ahora y escupió en el polvo para demostrar su desprecio hacia ellos.

Así pasó el tiempo rápidamente para Yul-chun. Pasaron los años hasta que un día se dijo que debía volver a su hogar.

—Viajaremos solos —le dijo a Yak-san aquel día.

Se marcharon del pueblo aquella noche y al día siguiente continuaron a pie y a caballo hasta el ferrocarril. Siguiendo las vías llegaron a una estación y desde allí fueron en tren hasta Pekín.

El perfume de los pinos calentados por el sol de agosto se mezclaba con el perfume de incienso en la pequeña habitación donde Yul-chun, sentado frente a una mesa, escribía. Una cigarra rompió a cantar su frenética y ronca canción veraniega.

Desde algún lejano rincón del templo el prodigioso canto de los sacerdotes budistas proporcionaba una atmósfera de paz en contraste con las estadísticas que Yul-chun estaba recopilando para archivarlas. Los coreanos desterrados cobijados por ellos vivían allí esperando el momento de volver a su tierra. Aquella era la habitación donde Yul-chun dormía y trabajaba. Yak-san compartía su cuarto con otros tres

jóvenes, pero Yul-chun, considerado uno de los mayores, tenía su celda, un agradable lugar que daba a un estrecho patio en la cumbre de la montaña. Más allá de las copas de los pinos las montañas descendían hasta los llanos y en la distancia se divisaban las murallas de Pekín.

Volvió a su tarea de hacer un recuento de los muertos, sus nombres y el lugar de Corea de donde procedían. Contaba los que murieron en China y los que habían sido desterrados en la larga lucha por la independencia desde que los japoneses entraron en Corea. En el año 1907, setenta mil hombres del ejército coreano se diseminaron y se vieron forzados a exilarse. En 1910 más de un millón de coreanos atravesaron el Yalú errando luego por Siberia, China y Manchuria, sin contar los que fueron a Europa y América. En la misma Corea después de la Rebelión Mansei se contaron 50.000 prisioneros y 70.000 muertos. En el Japón después del gran terremoto del año 1923, 5.000 coreanos, mil de los cuales eran estudiantes, fueron asesinados porque algunos dijeron que el terremoto era un castigo de los dioses al Japón por los crímenes cometidos en Corea. El año 1920, en Manchuria, más de 6.000 exilados murieron a manos de las tropas japonesas y en Shanghai 300 terroristas coreanos murieron también a sus manos. De los ochocientos jóvenes coreanos que se juntaron a los revolucionarios en Cantón casi todos habían muerto; sólo en Cantón murieron doscientos. En Corea, en 1928, los japoneses mataron mil jóvenes acusándoles de ser comunistas, aunque menos de la mitad lo eran. Pero, ¿quién podía contar cuántos coreanos desterrados murieron en Siberia con los zares, en China con los señores de la guerra, en el Japón, e incluso con los franceses y los ingleses de Shanghai? ¿Y quién sabía cuántos murieron en la cárcel torturados o se habían vuelto locos? ¿Quién sabía, quién podía saber las pérdidas sufridas por Corea entre su juventud más brillante que sólo pedía la libertad para su país?

Yul-chun dejó la pluma, Yak-san estaba en la puerta con su comida del mediodía, verduras y arroz. En los templos budistas no se comía carne.

—Tengo noticias —le dijo Yak-san, poniendo la bandeja sobre la mesa. Su voz se convirtió en un susurro—. Los japoneses se apoderarán de Manchuria dentro de diez días.

Yul-chun dejó los palillos.

—Debemos irnos de aquí mañana mismo —exclamó—, deberíamos estar fuera de Manchuria antes de que pertenezca al Japón. Quiero saber lo que pasará en nuestro país si. ..

Salió a la puerta y contempló las llanuras...

—Hermano mayor, tu comida se enfría —le recordó Yak-san. Yul-chun no se volvió.

—Llévatela —dijo— no tengo apetito. El mundo entero entrará en guerra dentro de poco tiempo si la noticia que traes es cierta.

Se marcharon tan pronto como Yul-chun pudo preparar a otros para ocupar su lugar. Kim, el ex-monje, había sido su ayudante y a él le confió todo lo que estaba bajo su responsabilidad. Los pocos coreanos que aún quedaban se reunieron a su alrededor cuando se disponía a dejarlos. Todos sentían añoranza y anhelaban ir con él pero no podían.

—Sería ingratitud dejar ahora a nuestros camaradas chinos, antes que entrasen triunfantes en Pekín. Por desgracia hay que ganar la guerra mundial antes de poder esperar esta victoria.

—Iré a casa primero —dijo Yul-chun—, y os diré cuándo podréis seguirme. Me enteraré de cómo están las cosas en nuestro país y si hay guerra lo que debemos hacer.

Con estas palabras Yul-chun se despidió de ellos y tomando su mochila descendió por las montañas. Yak-san le seguía.

En su largo viaje hacia el Norte, que hicieron a pie y a caballo, ya que los japoneses se habían apoderado de los trenes, Yul-chun tuvo muchos días y noches para pensar en los años en que vivió entre los comunistas. Les había conocido bien y creído en su honradez de propósitos y su devoción a la causa. A muchos los consideraba sus amigos. No sentía haber dejado a los comunistas chinos, pero ahora deseaba distinguir entre chinos y comunistas. Los chinos podían ser muy crueles y por esta razón los dejó. Pero, ¿necesitaban los comunistas ser crueles? En las próximas luchas de una guerra mundial, Rusia y el Japón serían peores enemigos que en el pasado. Si los japoneses perdían, los comunistas vencerían y se fortalecerían en su país. No confiaba en ninguno, pero, ¿debía desconfiar de los comunistas? Había hombres corrompidos entre ellos aunque se les castigaba cuando se sabía. A algunos los mataron incluso. En Cantón formó parte de un tribunal más de una vez para juzgar a un compañero que les había traicionado por lucro o crueldad personal y conducta opresiva. Había levantado la mano más de una vez para dar su aprobación a una sentencia de muerte y aunque nunca había disparado había visto cómo cumplían la condena. No había rehusado tomar parte en el juicio de terratenientes codiciosos, magistrados corrompidos y sus cómplices, los recaudadores de impuestos. A éstos también los había juzgado merecedores de la pena de muerte, y había visto cómo los mataban y guardado silencio. Hasta había gritado los slogans del partido: «Tierra para los campesinos, comida para los trabajadores y los pobres, paz para los soldados», y había ayudado a escribir los estatutos del sexto congreso del Komintern para establecer un gobierno llamado Democracia Dictatorial de Trabajadores y Campesinos,

Andaba con Yak-san a su lado y con los largos pasos a que estaba acostumbrado. Se respiraba paz en la atmósfera, era en otoño, las cosechas estaban recogidas en los campos, una estampa de orden sólo rota por los bajos techos de bálago de los pueblos

donde los campesinos vivían y habían vivido miles de años. La inmensa tierra de China y Manchuria pertenecía a estos campesinos. Incluso los terratenientes reconocían en el fondo de sus corazones que la tierra no era realmente suya aunque la hubieran comprado y pagado. Los campesinos podían ser crueles; si el comunismo no los suavizaba podían ser muy crueles.

—Se respira paz en la atmósfera —le decía Yul-chun a Yaksan-pero no la hay. No estoy hablando de las batallas en China entre los señores de la guerra, sino de una lucha que ha durado siglos. ¿Recuerdas al joven que mataron en Hailofeng, el que intenté salvar?

—Lo recuerdo, éramos de la misma edad.

No dijeron nada más porque habían aprendido acallar en los años de peligro y se habían vuelto taciturnos por costumbre, pero Yul-chun recordaba. Los campesinos de la región aquel día llevaron al tribunal revolucionario a un joven de hermosa y franca presencia Iba vestido andrajosamente, pero le acusaban de ir disfrazado.

—No es uno de los nuestros —gritaban— Miren su piel, es como la de una mujer, es tan blanca como la de un extranjero. Seguro que es uno de nuestros enemigos.

Yul-chun, que aquel día se sentaba en el jurado, tuvo lástima del joven. No era tan duro ver morir a hombres en cuyas caras se leía la historia de sus vidas perversas. Había aprendido a ver estas muestras impasible y silencioso, pero este hombre era joven e inteligente y quizás podía ser ganado para la causa. Los campesinos, sin embargo, eran implacables.

—Es nuestro enemigo— insistieron.

—¿Sabéis su nombre? —preguntó Yul-chun.

—Su nombre no tiene importancia —contestaron—, es nuestro enemigo de clase y pedían su muerte.

Cuando se perdió toda clase de esperanza, dos mujeres, una anciana y otra más joven, salieron de la multitud también vestidas con pobres vestidos. Era fácil darse cuenta de que tampoco eran campesinas. Tomaron las manos del joven, una a su izquierda y otra a su derecha, y con él fueron al muro de la ejecución; murieron los tres.

De los muchos que había visto morir, Yul-chun no podía olvidar las caras de estos tres, buenas, inteligentes y puras. Este recuerdo se presentaba ahora vívidamente a su imaginación y se preguntaba si los revolucionarios habían estado acertados aceptando el patrón comunista.

Desgraciadamente era demasiado tarde para opinar en China, pero en su propio país aún había tiempo, y recordaba lo que Kim le contó de su retirada al noroeste. Kim y los restantes coreanos fueron con los comunistas chinos hasta saber que Yul-chun estaba en Pekín, entonces dejaron a los chinos y fueron a reunirse con él. Hablaron día y noche contándole todo lo que les había sucedido.

El ejército rojo había combatido valerosamente, habían sufrido hambre y penalidades, pero las tropas nacionalistas aumentaban en un ciento por uno una y otra vez. Sólo cuando los campesinos empezaron a ayudarles con alimentos, ropa y sandalias de paja, pudieron evitar esta constante derrota. Su gran fallo había sido entablar batallas con el enemigo: cara a cara les vencía. Perdieron la cuenta de los días de peligro, sufrimientos y hambre, de las noches en que se detenían junto a los arroyos para lavar sus heridas y enterrar a sus muertos. Les habían prohibido que robasen comida a los campesinos como solían hacer sus enemigos y se morían de hambre si no lo hacían o bien se veían obligados a mendigar. Comían boniatos asados o hervidos con sopa, decían que nunca más los volverían a comer por gusto. ¡Y cuántos días andando entre la larga hierba con el calor y los mosquitos chupando su sangre, debilitándose meses después con los escalofríos y los sudores de la malaria para la que no tenían remedio! Se sacaban la ropa blanca de verano por miedo a ser vistos por el enemigo, se arrastraban de rodillas y no se atrevían a toser por miedo a que el ruido los denunciase al enemigo que rondaba por allí. Se arrastraban de día y caminaban de noche. Aprendieron a dormir andando.

Pasaron 105 días, sólo podían recordar que estuvieron escondidos en casa de un aldeano compasivo, en un pueblo cuyo nombre no supieron y luego emprendieron el camino de nuevo. A veces encontraban compañeros coreanos y luego se perdían otra vez entre los chinos. A muchos no volvieron a verles y creían que habían muerto.

—Yo creí que Kim había muerto —dijo uno— hasta que en la calle de una ciudad me cogieron de la mano, era Kim, pero no pude reconocer su cara.

—Me salvé echándome bajo el agua de unos arrozales —continuó Kim— y sacando sólo la nariz fuera del agua, así me escondí varios días.

Aquella larga marcha terminó, los comunistas chinos estaban en el lejano noroeste, los nacionalistas en Nanking, pero nada de esto importaba ahora a Yul-chun. Todo lo había dejado atrás. Se iba a casa. ¡Hogar! La palabra por tanto tiempo olvidada le recordaba a Hanya otra vez. Iba a buscarla y la llevaría con su hijo a casa. Sin embargo no podía evitar entretenerse en el camino para organizar escuelas. Escogía un hombre o muchacho que supiese leer un poco, y si no sabía, que fuese inteligente, y le enseñaba a enseñar. A los campesinos les decía:

—Este es vuestro maestro, pero debéis buscarle cobijo, darle ropa de verano e invierno y comida.

Lo hacían gustosamente y cuando se iba dejaba tras él esperanza e instrucción, pequeños claros, pero encendía una luz en la oscuridad de la ignorancia. Su viaje se fue retrasando años enteros desde que lo planeó y a menudo en las noches solitarias se reprochaba esta demora, pero no podía endurecer su corazón ante el ansia de los campesinos chinos a quienes nadie había dirigido ni ayudado durante siglos. Se entretenía poco, el anhelo de seguir su camino aumentaba.

Ya no era joven y en las noches solitarias pensaba en Hanya y su hijo. En todas partes preguntaba por ella. Pocos la recordaban. Ni en Pekín, donde vivieron juntos, pudo encontrar sus huellas. Sólo cuando llegaron a un polvoriento pueblo de Manchuria en el que habían vivido los dos oyó hablar de ella. Allí fueron él y Yaksan a casa de un coreano que había conocido a Kim cuando era monje. Después de lavarse y descansar, fue por las calles y mercados, a los sitios que él y Hanya frecuentaron. Las caras de la gente le eran desconocidas y después de seis días de búsqueda empezó a pensar involuntariamente que quizás había muerto. La noche anterior a su partida (pensaba levantarse temprano para seguir su camino), una vieja llamó a la puerta de su amigo.

—Una mendiga —le dijo éste—, que pretende conocerte. Es un truco para pedir.

Yul-chun, sin embargo, se levantó, fue a la puerta y reconoció a la mujer a quien Hanya solía comprar coles para el kimchee. Los años la habían convertido de una rolliza campesina en una bruja marchita. Alargó la mano arrugada y agarró la manga de Yul-chun.

—Me han dicho que busca a su mujer —dijo con cascada voz. La saliva le caía de sus encías desnudas.

—¿Qué tiene que decirme? —preguntó Yul-chun apartándose.

—Estuvo conmigo cuando le dejó. Fue a mi casa camino de Siberia y se quedó durante media luna. Le vendía coles baratas y ella las revendía para ganar algo para su viaje.

—¿Cómo puedo saber que es verdad lo que me dice? —dijo Yul-chun sin creerla, pero deseando hacerlo.

—Me dio esto.

Buscó en su descarnado pecho y sacó un sucio cordel del que pendía un amuleto, un pequeño Buda de plata que pertenecía a Hanya y recordaba haberle visto guardar con otros pequeños tesoros de su madre: un par de pendientes de jade, un delgado brazalete de plata, un vaso y dos horquillas de cobre.

—¿Ahora me cree? —preguntó la bruja.

—Sí, dígame sólo a dónde fue.

—Dijo que iba a Siberia, a casa de su hermano.

—No tenía ningún hermano —dijo Yul-chun.

La bruja enseñó un horrible diente roto.

—Esta es su desgracia —cloqueó. No le soltó la mano y Yul-chun, a pesar de su pobreza, puso una moneda en su seca palma.

Se dirigió hacia el norte, deteniéndose en todos los lugares donde encontraba paisanos suyos y preguntaba si sabían el paradero de Hanya a todos los que la recordaban. Nadie sabía nada. Había ido sola, parecía, sin mezclarse con nadie. Era su carácter.

Antes de llegar a Mukden se pusieron vestidos chinos de algodón gris para parecer dos intelectuales que iban a visitar la ciudad, metieron las manos dentro de las mangas y encorvaron los hombros como suelen hacer los intelectuales. La policía japonesa los dejó pasar. Los coreanos eran arrestados porque sabían que en Manchuria había muchos exilados coreanos y que todos eran rebeldes, a menos que fueran traidores. Sin embargo, para Yul-chun era imposible pasar por Manchuria sin ser reconocido. Allí había más de un millón de campesinos coreanos que trabajaban como colonos para adinerados terratenientes. Yul-chun se entretuvo con Yak-san hasta enterarse de su situación. Cuando supo que vivían duramente y eran pobres se entrevistó secretamente con campesinos chinos que dirigían a los demás y vivían escondidos en los campos de sorgo como bandidos. Los unió a los coreanos que no tenían ninguna dirección. El nuevo grupo se llamaba Asociación de Campesinos chino-coreanos. Los jóvenes intelectuales coreanos poseían su grupo secreto y su jefe era comunista. Los coreanos comunistas eran pobres, estaban hambrientos y muchos enfermos. No tenían casa y dormían bajo los árboles, en barrancos y en cuevas de la montaña, donde podían, tanto en invierno como en verano, y los inviernos eran terribles en aquel país del Norte.

Yul-chun estaba ahora en contra de los comunistas, temiendo que su país cambiase una tiranía por otra, y se apartó de ellos por mucho que les compadeciese y se enorgulleciese por su valor.

Se sorprendió cuando Yak-san le pidió que le dejase quedarse con ellos en Manchuria.

—¡Me abandonas! —exclamó Yul-chun.

—Deje que me quede con estos jóvenes —pidió.

—Te dije que te llevaría a mi casa.

—Soy huérfano, lo dispuso el destino, y mi deber es vengar a mis padres —contestó Yak-san.

—¿Cómo los vengarás? —preguntó Yul-chun.

Yak-san miró a otra parte e hizo dibujos con los dedos en el polvo del camino, porque se habían detenido bajo un árbol a descansar y comer pan duro.

—Ya sé que no le gustará, pero los comunistas me ayudarán.

Yul-chun trató de no enfadarse.

—¿Crees en ellos?

—Creo en su sistema —dijo Yak-san—. No me importa su fe en una u otra cosa, pero me gusta su sistema. Cuando encuentran un enemigo...

Puso el dedo bajo su cuello e hizo ademán de cortar.

—¿Crees que esto soluciona algo? —dijo Yul-chun.

—Tengo dos enemigos —continuó con la misma voz baja y firme—. Uno mató a mi padre, otro a mi madre. Mi padre murió aplastado por la culata de un fusil. Sé

quien lo hizo. A mi madre le hundieron una bayoneta en el vientre. Estaba encinta. Mi hermano estaba a punto de nacer. Sé quien la mató a ella y a mi hermano. Los mataré.

¿Qué podía decir Yul-chun? Diez años antes habría saltado y gritado que iría con él. Ahora sabía que matar a un hombre no acaba con el mal que hizo o que otros como él harán. No basta matar a un hombre.

—¿Anhelas el consuelo de la venganza?

—LIámelo así si quiere.

Cuando encontraron otro grupo de coreanos cerca de la frontera, Yak-san le dejó. Entre ellos había una creciente frialdad, pero en los últimos instantes se miraron a los ojos y se abrazaron. Se separaron y, sin volverse, cada uno siguió su camino.

En Antung, Yul-chun estuvo tentado de ir a casa de su padre sin esperar más. Durante su juventud nunca sintió nostalgia de su hogar, pero ahora sí. Suspiraba por la seguridad de su vieja casa y esto le hizo pensar que no había seguridad ni allí. Suspiraba por su perdida niñez y hasta por los guisos de su madre. Recordaba a su preceptor, sus paseos por los caminos rurales, las historias que le contaba y leía, las poesías que le recitaba, aquellas antiguas y bellas poesías. Su preceptor tenía una voz cantarina no muy profunda ni muy aguda, pero que el amor hacia su país hacía cálida.

Él era un niño tormentoso, rebelde, pero cuando al atardecer refrescaba se sentaba a escuchar y sentía una breve y melancólica paz. ¡Quién hubiese podido creer en aquellos días que el joven poeta se juntaría a los terroristas! Entonces empezó a pensar que la muerte podía ser un arma, cuando vio a su amable profesor cambiar tanto y sustituir su laúd por un cuchillo. No era sólo el herido quien moría. Suspiró pensando en todo esto. No, iría a Siberia. Si Hanya vivía, la encontraría, y encontraría también a su hijo. Si dominaba su voluntad podría empezar otra vez.

Descansó en una posada tres días, pues se decía que pronto empezaría un largo y solitario viaje en las vastas llanuras y eternos bosques de Siberia. Bosques de pinos y abedules extendiéndose sin fin, más allá del horizonte. Pero ahora esperaba informándose entre los coreanos, como de costumbre, para saber si alguno sabía o había oído algo de Hanya. Algunos le contestaban con risas y bromas porque suspiraba por una mujer a la que no había visto desde hacía tantos años. Él contestaba sencillamente que tenía un hijo, y le respondían que cualquier bella joven le daría gustosamente uno. Sonreía sin alegría, sabiendo que nadie comprendería su necesidad de Hanya y de su hijo. ¿Y si después de tanto tiempo eran unos extraños para él? Estaba indeciso y se entretuvo en la posada sin saber si volver a casa de su padre o crear su propio hogar. Estaba enojado consigo mismo porque seguramente aquél no era el momento de satisfacer su anhelo de un hogar. El tiempo pasaba y él se daba cuenta de que cada año, cada mes y después cada día aumentaban las posibilidades de guerra. En Alemania, un antiguo y diabólico espíritu estaba combinando estas

posibilidades con un presente descontento, una mezcla cuyo resultado era una concentrada violencia y poder que sólo esperaban ser expresados por la voz de un hombre. Cuando surgió este hombre, en Europa empezaron los antiguos disturbios, las pugnas, las protestas, las justificaciones, las conversaciones sobre una paz que se estaba haciendo imposible. Todo le decía que la guerra se acercaba, otra guerra mundial. No debía ir a Siberia porque era demasiado tarde y no podía entretenerse. Sin embargo, esperó con la excusa que tenía que organizar algunas escuelas cerca de Antung, en el campo.

Allí los campesinos eran más ignorantes y estaban más deseosos de aprender que los que conoció en China. Si no podía volver, quizás serían para siempre incapaces de aprender a leer. En varios pueblos creó escuelas.

Un día de primavera volvía de una de ellas. Algo de la suavidad de la primavera penetró en su sangre, la bella primavera de los climas nórdicos. El río Yalú despertaba con su crecida primaveral, los árboles frutales florecían y las hierbas verdeaban en los bordes de los caminos. Las mujeres y los niños salían de sus pueblos para recogerlas y convertirlas en comida. Vagabundeaba por el campo indeciso. Una vieja le miró dejando de cavar al fijarse en su buena apariencia.

—Aquí está el hombre que busco —cloqueó—, ni joven ni viejo—. Y sacó la punta de la lengua hasta tocar su chata nariz, Sus maliciosos ojos hicieron un guiño a sus compañeras y éstas estallaron en risas.

—Aceptaría sus favores, madre —dijo Yul-chun sonriendo—, pero tengo esposa. ¡De veras! La perdí pero la busco y a mi hijo también.

Mujeres, al fin, estaban siempre dispuestas a charlar. Se sentaron sobre sus talones y empezaron a preguntar.

—¿Dónde la perdió? ¿Es joven? ¿Es bonita? ¿Cuánto tiempo hace? ¿Por qué la dejó marchar?

Contestó medio distraído, medio divertido, haciendo una historia romántica, en parte para complacerlas y en parte para satisfacer su propio corazón. No podía hablar de Hanya a sus compañeros más que para decir que la buscaba, pero con estas viejas que no vería más podía hablar.

—La perdí hace tiempo porque no sabía que la amaba. Creí que mi deber estaba en otra parte. Se fue y no la seguí. Creía que volvería si me amaba.

—¡Ah, ah! —dijo la vieja—, en eso se equivocó. Cuando una mujer ama con todo su corazón y no es amada, debe dejar al que ama o ver cómo su corazón se destroza día a día. Es mejor dejarlo y destrozárselo de una vez para siempre.

Entonces una mujer pequeña y encorvada se enderezó. Antes había continuado cavando sin hablar.

—Hay muchos que buscan a los que han perdido, mujeres a sus maridos, hijos a sus padres, hijas a sus hermanos y a sus padres. En estos tiempos hay mucha gente

perdida y muchos que buscan, especialmente en esta región, entre un país y otro.

—¿Sabe de alguna que busque a su marido? —preguntó Yul-chun.

—No a un hombre como usted.

Se sentó sobre sus talones y le miró agudamente.

—Hay un joven, muy joven, que viene en invierno y en verano se vuelve otra vez al Norte. Puede que ya haya vuelto.

—¿Qué edad tiene? —preguntó Yul-chun.

Ella frunció sus labios viejos y secos.

—Dieciocho años quizás, o algo más.

No podía creer en tan buena suerte.

—Pero —preguntó—, ¿cree que ya habrá pasado hacia el Norte?

—No le he visto —dijo lentamente mirándole—. No le he visto desde el otoño, pero no se le parece.

Yul-chun sacó una moneda del bolsillo.

—Estoy en la posada de una esquina de la primera calle a la izquierda de la puerta de la ciudad. Tráigamelo si lo ve, le daré el doble.

Le dio el dinero aunque despreciándose por ello. El dinero no era suyo. Era la escasa y preciosa reserva que sus compañeros le mandaban de vez en cuando sabiendo que velaba por ellos, mientras vivía en Antung, entre Manchuria y Corea, un buen sitio para recoger noticias, y él las sabía interpretar.

—Toma esto —le decían al dárselo—. Úsalo para la causa.

Pagaría el doble por la causa algún día cuando se ganase la guerra.

Volvió a la posada aún avergonzado de sí mismo por el fantástico sueño de que aquel joven pudiese ser su hijo. Sin embargo, era verdad que muchos buscaban y Antung era un sitio de reunión. Muchos esperaban como él. No quería tener demasiadas esperanzas pero se quedó. Trató de quitarse las ilusiones, urgía que se marchase y se quedaba aferrado a su sueño de llevar a Hanya y a su hijo con él. Al mismo tiempo pensaba a menudo en el hijo de su hermano, aquel niño, aquel bebé, aquel niño sin igual que saltando a sus brazos le abrazó como si hubiese encontrado a alguien a quien hubiera estado buscando largo tiempo y les asombró a todos. Ahora sería un joven.

Su primera pregunta cuando supo por un espía la muerte de su hermano fue qué había sido del hijo de Yul-han.

—¿Qué le pasó al niño?

—Estaba a salvo con sus abuelos, está con ellos —dijo el espía.

Y allí seguiría, creciendo con gracia y fuerza como sólo aquel niño podía hacerlo. No, esperararía unos días más. Y los días se convirtieron en semanas. Un día, a mediados de verano, empezó la guerra en el mundo occidental. Ahora sí que debía volver a casa, y sin su hijo. Se preparó con prisa y enseñó a otros lo que debían hacer.

Pensó en volver a encontrar a la vieja. La había visto cada mes al menos dos veces, pero ella negaba con la cabeza, entonces le daba una moneda y la dejaba.

No podía creer lo que veía cuando, unos días antes del fijado para su marcha, la vieja fue a su puerta llevando cogido por la manga a un alto y huesudo joven que necesitaba un corte de pelo. Negros mechones largos y lisos caían sobre su frente y mejillas. Iba vestido como un ruso, pantalones anchos, botas altas y una túnica ceñida estrechamente al talle por un cinturón.

—Aquí está —dijo la vieja resoplando a través de sus dientes rotos—. Pasó por nuestro pueblo más tarde este año. He malgastado mucho tiempo vigilando su paso, he perdido muchos días de trabajo, tuve que decir al guarda de la puerta del pueblo que me despertara si pasaba un joven, y pagarle.

Yul-chun estaba en cama cuando llegó, con las manos cruzadas bajo la cabeza, pensando que el tiempo que había perdido aquí podría haberlo empleado en ir a Siberia a buscar a Hanya. Muchas veces había estado a punto de ir y no lo hizo porque sus amigos le avisaron que, como no había querido hacerse comunista, era posible que le matasen si entraba en territorio regido por ellos.

—Muerto no encontrará a su mujer —le decían. —Debe pensar primero en su país.

No fue, como decidió al salir de China, y ahora no iría nunca ya. Mientras estuvo allí, mantuvo a los refugiados por medio de las hojas que imprimía en todas partes a donde iba. Así explicó a los demás que los japoneses vencían en China, que hacía un mes, en Cantón, 7.000 coreanos se rebelaron contra sus oficiales japoneses y los mataron.

—¿Busca a alguien? —preguntó al joven.

—Esta mujer me arrastró aquí diciendo que es usted mi padre —dijo con voz recia—, pero no veo ningún parecido con lo que me había contado mi madre.

Se miraron con mutua desconfianza.

—Tampoco yo tengo ninguna razón para pensar que pueda ser el hijo que busco —replicó Yul-chun.

—¿Dónde está mi dinero? —gritó la mujer y tendió su mano sucia delante de la cara de Yul-chun.

Estaba a punto de decir que no le debía nada, ya que no era su hijo, pero entonces recordó que se lo había prometido. Dijeron que le llevaría al joven cuando lo encontrase, aunque fuese larga la búsqueda, y él la había abandonado. Pero el joven estaba allí. No podía hacer más que darle las dos monedas prometidas, que puso en su sucia mano. La vieja miró el dinero fríamente.

—¡Cuántos días he dejado de trabajar, primavera y verano, vigilando las puertas de la ciudad para ver a este muchacho! y este año pasó más tarde también en otoño.

Al fin el joven se cansó:

—¡Usted me ha traído aquí para nada! Me hizo volver atrás. Este no es mi padre. Mi padre es un joven más alto que yo, muy guapo, con la piel blanca como la leche, decía mi madre.

Cogió a la mujer por los hombros, le hizo dar dos vueltas y la hizo salir. Luego cerró la puerta y puso la barra.

—Estos campesinos son demasiado rapaces —se quejó. Necesitan una autoridad que les domine.

—Su madre decía que su padre era joven, guapo y tenía la piel blanca. ¿Cuántos años hace que decía esto?

—Muchos —dijo el joven—. Murió —añadió mordiéndose el labio inferior, y murmuró— asesinada.

—¿Asesinada? —los labios de Yul-chun se secaron. Se sentó en la cama— ¿Cómo la mataron?

El joven se sentó también en la cama, a su lado.

—Vivíamos en Rusia, en la cabaña de un campesino. La tierra no era suya, pero le ayudábamos a cultivarla. El propietario era un noble. Hace mucho tiempo, ahora las cosas son diferentes, pero entonces los inviernos eran interminables y estábamos siempre hambrientos. Secábamos bayas, raíces y setas, pero siempre nos las comíamos demasiado pronto. Es decir, yo comía demasiado. Era muy joven y no veía que me lo daba todo a mí. Un día de primavera, penetró en los bosques del noble para buscar setas tempranas y hierbas verdes. Dijo que había un rincón donde el sol calentaba y no daba el viento. Fue allí y yo la seguí. Me mandó esconderme entre los árboles, lo hice sin perderla de vista. Era un sitio tranquilo y no había más que los pájaros. De pronto, oí pasos y un ruido de ramas rotas. Vi un hombre alto y grueso que llevaba buenos vestidos, altas botas de cuero, pantalones de piel y una chaqueta floja con cinturón, barba y un látigo en la mano. Le gritó a mi madre que era una ladrona, ella intentó huir, pero la alcanzó ...

El joven tartamudeó, se mordió los labios y continuó: —La golpeó, y cuando acabó con ella ya no se levantó. Cayó en un montón de nieve que no se había fundido todavía, bajo un enorme pino. No se movió cuando la llamé. No contestó. Sus ojos abiertos miraban sin ver. Me asusté y huí. La dejé allí y no volví nunca más, ni dije a nadie lo que había pasado. No sé por qué se lo cuento, ya que nadie puede remediarlo.

—¿Cuál era su nombre? —preguntó Yul-chun.

—No lo sé —dijo el joven frunciendo la frente—. Pensaré que miento, pero sólo la llamaba mamá. No conocíamos a nadie aparte de los campesinos rusos. Ellos la llamaban mujer.

Yul-chun estaba a punto de preguntarle si le había dicho alguna vez el nombre de su padre, pero no lo hizo. En aquel momento el joven sacudió la cabeza y el pelo dejó

de cubrirle las orejas. Yul-chun le miraba. El lóbulo de su oreja no era perfecto. Era el mismo defecto que su hermano tenía al nacer.

—¿Cómo se llama? —murmuró Yul-chun.

La voz se le ahogaba en la garganta y su corazón latía fuertemente.

—Sacha —dijo el joven.

—¡Pero Sacha es un nombre ruso!

—Nací en Rusia.

Yul-chun le miró indeciso. El joven se levantó.

—Debería ya estar en camino —dijo.

—¿Por qué tiene prisa? —le preguntó Yul-chun para entre-tenerle.

—Soy comerciante —dijo Sacha—. Traigo pieles y lanas a Antung, y me llevo cobre y objetos de plata. A veces algún rico me encarga platos verde celadón y cofres laqueados de Corea.

Se iba ya y Yul-chun pensó que no podría retenerlo más que diciendo la verdad.

—Podría ser que... podría ser... que fueras mi hijo —tartamudeó.

Sacha se paró en la puerta.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó.

—Tienes una marca de familia —contestó Yul-chun—. Mi hermano tenía la misma. No puede ser casualidad que haya dos orejas así.

Se acercó a Sacha y levantó los mechones de cabello que cubrían su oreja.

—Es la misma —dijo.

Pero Sacha se apartó.

—Esta maldita oreja —murmuró.

—No es maldita, sino quizá afortunada.

—¿Afortunada? Infortunada. Me ha embromado demasiado gente con mi oreja. Me preguntan si me mordió un oso ruso, o qué mujer me ha amado demasiado. Cosas así, todas estúpidas.

Yul-chun, temeroso y esperanzado intentó reír, pero Sacha le miró gravemente. Por un instante se observaron especulativamente.

—¿Nos separamos? —preguntó Yul-chun al fin. Como Sacha no contestaba retrocedió.

—Quizá tengas razón. Un lóbulo no es una prueba. ¿Quién sabe cuánta gente tendrá el mismo defecto?

Entonces fue Sacha quien dudó.

—Mi madre tenía un objeto que apreciaba por encima de todo, aunque pasábamos hambre no lo vendió. ¿Qué era?

Yul-chun no podía apartar los ojos del joven y contestó al instante.

—Era un sello de jade rojo que había pertenecido a su padre antes de que lo mataran.

Sacha no pudo disimular su asombro. En silencio sacó el sello de jade de su túnica.

Yul-chun lo miró y movió la cabeza.

—Lo vi por última vez en sus manos —De pronto no pudo retener sus lágrimas y abrazó a su hijo—. Ahora iremos a casa —dijo—, al fin... al fin...

Su hijo era un joven silencioso. Había que solicitarlo y mimarlo, parecía, porque pasaba muchas horas en silencio. Pero el corazón de Yul-chun se fundía en un constante y cálido fluir de palabras, tan conmovido estaba con su hijo. Los primeros días no calló nada. Introdujo a su hijo en su propia vida y en la de la familia Kim. Cuando vio la ignorancia de Sacha respecto a su pueblo y su país, le habló de la primitiva historia del pueblo coreano, y cómo fueron a vivir ahí en la larga y montañosa faja de tierra pendiente de Rusia como un racimo de la vid. Le contó las luchas de su pueblo para conservar la independencia y cómo se vieron obligados durante siglos a empujar una nación contra otra apoyándose a veces en una, a veces en otra.

—Te digo, Sacha —empezó seriamente un día mientras andaban de un lado a otro, pero se detuvo al llamarle por su nombre—. ¿Sacha? —repitió—. ¿Cómo puedo llevarte a tu abuelo con este nombre? Te daré otro. Sí, ya lo tengo. Serás otro Il-han. El nombre de tu abuelo te honrará a ti y tú puedes honrarlo a tu vez.

Su hijo no dijo ni sí ni no, pero al pasar los días Yul-chun vio que no aceptaba el nuevo nombre. Si no le llamaban Sacha no contestaba. Durante varios días, mientras viajaban, Yul-chun se preguntó si debía discutir con él y al final decidió que no lo haría. Era demasiado pronto. Los lazos normales entre padre e hijo debían anudarse ahora cuidadosamente como si su hijo hubiese acabado de nacer, y era así, en cierto sentido. Volvió, pues, al nombre ruso y tampoco Sacha dijo nada en contra ni a favor. Estudiando la hermosa cara hermética, su alta frente, sus anchos pómulos, sus pequeños ojos oscuros bajo las curvadas cejas castañas, su boca llena y firme, Yul-chun se preguntaba qué clase de hombre era su hijo, cerrado y reservado, a veces, de pronto impetuoso. ¿Cómo podría conocerle? Se lo había contado todo de él y Sacha nada.

—¿Por qué no me hablas de ti y de tu madre? —le pidió al fin un día.

Estaban ya dentro de Corea andando a través de sus altas montañas, caminando por estrechos senderos que serpenteaban entre las rocas.

—No tengo nada que decir. Todos los días eran iguales, trabajando la tierra. Por las noches íbamos a los mítines. Nada más.

Pero después de su muerte, ¿qué hiciste?

—Me pusieron en un orfanato ruso.

—¿Y luego?

—Nada.

—¿Te mandaron a la escuela?

—Claro, todos los niños van a la escuela.

—¿Eran buenos contigo?

—¿Buenos? ... Tenía bastante comida y un lugar donde dormir.

—Pero, alguien era... alguien ocuparía el sitio de tu madre, ¿no?

—No era necesario.

—¡Perdiste a tu madre siendo tan joven!

—No me acuerdo.

—¿Estás enamorado? ¿O lo has estado alguna vez?

—¿Amor? No.

—¿Por qué eres comerciante?

Yul-chun le hizo esta pregunta inocentemente y se sorprendió al ver que Sacha le dirigía una mirada suspicaz.

—¿Por qué me lo preguntas?

—¿Por qué? Porque eres mi hijo.

Sacha esperó un instante y luego contestó:

—Me gusta vagabundear. Como soy coreano no estoy atado, soy libre. Además, mi madre me dijo que te buscara si podía, y especialmente en Antung. Si volvías a Corea pasarías por Antung, decía.

—Te dijo que volvería...

—Sí.

—¿Esto es todo?

—Sí.

—Seguro que hay algo más —le apremió Yul-chun—. ¿Cuáles son tus sueños, tus esperanzas? Todos los jóvenes esperan.

—Yo no —dijo Sacha testarudamente mirando hacia adelante.

—¿Te ocurrió algo desagradable que te volviera silencioso? —le preguntó Yul-chun.

—Hay cosas que nunca te diré.

Yul-chun sentía una desesperada repugnancia de llegar a casa con su hijo antes de lograr que se abriese su corazón. Si Sacha no podía amarle a él, su padre, ¿cómo podría amar a sus abuelos y a su país? Además, no había prisa. Los japoneses dominaban en todas partes, no había llegado aún el momento de rebelarse. Entonces, se preguntaba Yul-chun, por qué no entretenerse allí en los pueblos como hizo en China, Manchuria y cerca de Antung. Sería difícil, porque la policía japonesa vigilaba, pero obraría astutamente. Enseñaría el japonés de día y de noche el coreano.

Le contó a Sacha sus planes, y le pidió ayuda. Sacha escuchaba impasible.

—El gobierno lo hará —dijo.

—No es nuestro gobierno —contestó Yul-chun.

Sacha se encogió de hombros y no dijo nada más.

Se sentaba mirando cómo su padre trabajaba seriamente con jóvenes y viejos intelectuales y luego jóvenes estudiantes, enseñándoles la manera de dar clases a campesinos analfabetos.

—Hijo, ¿por qué no me ayudas? —le preguntó un día.

—Sólo leo ruso —contestó distraído.

Se sorprendió. No se le había ocurrido que, aunque Sacha hablaba el coreano, no podía saber leer en su lengua ancestral.

—¿Por qué no me lo dijiste? —preguntó.

—No me gusta leer —dijo Sacha encogiéndose de hombros.

—Sin embargo, te enseñaré —dijo Yul-chun firmemente. Lo hizo desde aquel día. Cada noche. A veces de día también. Si estaban en algún sitio solitario se detenían y le daba una lección a Sacha.

Este aprendía bastante bien, de buena o mala gana e impasible como siempre. El corazón de su hijo no se conmovía fácilmente. Pasaban los días y meses, Yul-chun continuaba creando escuelas, y lentamente se dirigían al Sur. Esto duró casi dos años y Yul-chun, herido al principio, aprendió a aceptar a Sacha tal como era.

Era el hijo que encontró, un joven delgado, silencioso, severo, que se retraía incluso con su padre. Apremio y persuasión sólo lograban hacer más espeso el velo que le envolvía. Debía ganárselo de alguna manera, pero no a la fuerza. Yul-chun lo intentaba por todos los medios que su amor y orgullo imaginaban. Porque claro, él amaba a su hijo. Sus sentimientos humanos tanto tiempo reprimidos emergían poderosos de su fuerte naturaleza, y no encontrando otro objeto se centraban en Sacha.

A menudo, por la noche, sentados descansando de su viaje a pie o en algún vehículo que un campesino les ofrecía, anhelaba tocar la cálida carne morena de su hijo. No cedía a su anhelo. No cedió a su anhelo después de la primera vez. Sacha soportó el contacto un momento y luego se apartó. Yul-chun dejó caer la mano. No, no se conmovía, ni era posible que se conmoviese. Yul-chun, herido, sólo podía suspirar e intentar recordar su propia juventud. El tampoco soportaba el contacto de la mano de su padre. Ahora que tenía a su hijo empezaba a comprender lo a menudo que ofendió a su padre y de esto, que le dolía, le habló un día al bajar por las montañas, hacia las colinas.

—Espero que mi anciano padre viva aún cuando llegemos a casa. No le he visto desde hace muchos años, ni le he escrito temiendo que mi carta pudiese ponerle en peligro, pero ahora, al andar tú y yo juntos, pienso en mi padre y recuerdo cuántas veces con mi frialdad y mi brusca manera de hablar debí apenarle. No me lo dijo nunca y yo era demasiado joven para darme cuenta.

Sacha no contestó. La correa de su sandalia se rompió y se detuvo a arreglarla

mientras Yul-chun esperaba.

Otro día dijo Yul-chun:

—Mi mente, por aquel entonces, cuando era joven, estaba muy ocupada con las penalidades de mi pueblo. Sólo pensaba en nuestra libertad, en nuestra independencia como nación y no quería ceder una parte de mi ser a mi familia o a cualquier llamada del pasado.

Esperó que Sacha dijese lo que pensaba, pero no fue así. Miró a su padre como si no supiese lo que había dicho, como si oyese un lenguaje extranjero, como si escuchase a un viejo chocho. Yul-chun aceptó su silencio. No hablaban más que de su comida, bebida o el sitio donde dormirían, pero cada día andaban uno junto a otro, o el uno detrás del otro, por los caminos estrechos, y cada día veían los mismos paisajes, la mágica e inalterable belleza del cielo y mar azules, grises rocas y verdes campos, y el magnífico desfile de gentes altas y bellas a cuyo pueblo pertenecían. Hasta los pobres y los mendigos poseían cierta belleza y el mismo Yul-chun los veía con nuevos ojos.

Había vivido largo tiempo entre las rechonchas y oscuras gentes del sur de China y había olvidado lo diferentes que eran sus compatriotas. Diferentes en la construcción de su esqueleto, en la hermosura de su piel, en sus ojos pardos, en el pelo suave y oscuro. Deseaba decir a su hijo lo orgullosos que podían estar de su pueblo, explicarle su alegría a pesar de sus penalidades, su agudeza en la conversación. Eran alegres, les gustaba cantar y al mismo tiempo eran duros trabajadores, austeros, valientes, pero se callaba sabiendo que debía descubrir esto por sí mismo

Con gran alegría suya, Sacha habló un día sin que le preguntase nada.

—He tenido ante mi vista las lisas llanuras de Rusia y no podía figurarme lo hermosas que son las montañas y el mar. Lo que oí decir no es ni la mitad de lo que mis ojos ven ahora.

Nunca dejaban de ver las montañas y el mar. Andaban más cerca del Oeste que del Este, y cuando dejaban el mar volvían a encontrarlo de pronto en alguna bahía o ensenada de la costa. Porque la costa occidental estaba recortada formando bahías y ensenadas que se estrechaban entre riscos tan empinados que las mareas eran siempre altas.

Lo que dijo Sacha reveló a Yul-chun que el corazón de su hijo estaba vivo en las profundidades de su ser. Podía sentir la belleza y observar lo que veía. Si no podía ganar a Sacha por el sentimiento de cariño natural entre padre e hijo, quizá le ganaría por medio de la fuerte belleza de su país. Quizá a través del amor a su país despertaría a otros amores, pues la capacidad de amar, aunque fuese un don natural, podía haber estado sofocada en Sacha. ¿Qué había habido en la vida de Sacha que le enseñase a amar? Su madre murió cuando era un niño, creció como uno de los

muchos de un orfanato, y hasta ahora su padre fue un extraño para él. En cuanto a las mujeres, tendría que conocer algo más que su impulso viril. No sabía amar ni necesitaba amar, su capacidad de amar a los seres humanos sólo podría desarrollarse al conocerlos. .

Por la noche se detenían en alguna posada o en alguna casa de campo. Yul-chun no iba a dormir temprano, se sentaba con los otros y llevaba a Sacha con él. De esta manera aprendería algo más de sus compatriotas de lo que había conocido comerciando. Además Yul-chun podía enterarse de lo que sucedía bajo la superficie en Corea, y en otras partes. Supo que Kim-Yak-san estuvo en China y había reunido a los coreanos en el centro del país en un cuerpo de voluntarios contra los japoneses. Los nacionalistas chinos también tenían un grupo revolucionario y lo enviaban a enfrentarse contra los japoneses. Muchos coreanos movilizados desertaron del ejército japonés y ayudaron a los chinos. Supo que en el corazón de China, en Chungking, había dirigentes chinos nacionalistas. Los coreanos habían unido allí varias facciones en una sociedad independiente, y los coreanos exilados en otros países se juntaron a esta sociedad para luchar contra los japoneses. Los chinos nacionalistas los aceptaron al fin y se formó un ejército de independencia coreana.

En Corea oyó decir que los gobernantes japoneses estaban usando todos los medios para convertir a los coreanos en japoneses. El mismo leyó en los periódicos que el nuevo gobernador general, un militar de alto rango, insistía en que japoneses y coreanos debían mezclarse y formar un conjunto armonioso.

—Es imposible —exclamó Yul-chun.

Tiró el periódico que leía, pero vio una rara mirada en los negros ojos de Sacha.

—¿Por qué imposible? —preguntó éste.

—¡Pregúntatelo a ti mismo! —estalló Yul-chun—. Si fuera posible, ¿por qué los japoneses necesitarían tener aquí veinte mil policías y doscientos mil auxiliares? ¿Por qué a los trabajadores coreanos les pagan la mitad de lo que pagan a los japoneses? ¿Por qué los coreanos atraviesan el río Yalú como bandidos para atacar a los japoneses?

Sacha se encogió de hombros.

—Te exaltas demasiado —observó.

Su exaltación se extinguió y de repente sintió frío.

—¿Por qué no me llamas nunca padre? —murmuró. Como Sacha no contestó escondió su pena diciendo: —No hagas caso. Es mejor que seas honrado. Ya vendrá. Puedo esperar.

Continuaron su viaje hacia el Sur, y ahora Yul-chun esperaba que su hijo abriese su corazón algún día si le guiaba por los lugares famosos por su belleza, las tumbas, los templos, los castillos y antiguas fortalezas.

Viajando a lo largo de la costa occidental Yul-chun se desviaba para ver antiguas

tumbas y como estaban en el norte le enseñaba los dólmenes hechos con grandes piedras planas colocadas sobre toscos pilares, parecían mesas para gigantes. En realidad eran tumbas también y dentro de su vasta estructura había un recinto sepulcral. Mientras le enseñaba estos tesoros le hablaba de los grandes hombres que estaban enterrados allí. Le contaba sus grandes acciones, sus elevados sueños y cómo dedicaron sus vidas a luchar por la independencia de su país y apartarlo de los que trataban de esclavizarlo y apoderarse de sus riquezas.

Sacha no hacía gran caso de los templos y no daba más de un paso para atravesar sus umbrales. Los dioses que guardaban las entradas le hacían reír burlonamente.

—No hay seres como los dioses —declaraba.

Si un monje salía del templo le gritaba groseramente: —¿Eres un hombre? ¿Qué son estos vestidos de mujer que llevas?

Después de esto, Yul-chun no se paraba en los templos y pronto vio que las fortalezas eran lo que llamaba su atención. Se entretenía en las fortalezas de piedra de aquellos tiempos primitivos en que las hordas de Manchuria invadieron su país y luego se retiraron.

Fortalezas dependientes de algún viejo castillo, fortalezas de antiguos palacios, esto lo contemplaba Sacha con vivo interés y le preguntaba muchas cosas de guerras y victorias y cuando le hablaba de derrotas ponía mala cara y juraba que una vez hubiesen echado a los actuales invasores nunca más se dejarían invadir.

—Pero, ¿cómo? —preguntó una noche en una posada de pueblo—. ¿Cómo nos libramos de estos invasores?

Ahora hablaba fácilmente con su padre, pero nunca de sí mismo y del pasado, siempre del presente y de su país.

El país le estaba conquistando, un bello país que estaba empezando a mirar como suyo. Era aún reservado con la gente, pero ardiente en su amor. Sí, quizá era amor por la tierra, el mar y el cielo. Yul-chun se alegraba, pero procuraba no excitarse.

—Cuando acabe esta guerra —contestaba—, los japoneses estarán vencidos, al menos durante una generación. Entonces aprovecharemos el momento. Cuando se rindan nos adelantaremos, ocuparemos el poder y reivindicaremos nuestros derechos. El mundo occidental lucha por nosotros, a excepción de los americanos que todavía no han intervenido y aunque no podemos tomar parte en la guerra, como nuestro enemigo es el enemigo común, tenemos derecho a nuestra parte en la victoria. No pedimos botín ni tierras de otros. Sólo queremos que nos devuelvan nuestro propio país y nuestra independencia.

Miraba la cara de Sacha mientras hablaba y por primera vez vio algo de lo que quería ver y oyó algo de lo que deseaba oír. La cara de su hijo se iluminó, le tendió la mano y habló con inusitado ardor.

—Estaré aquí en este momento, contigo.

Se detuvo y al fin dijo la palabra que tanto tiempo había esperado Yul-chun.

—Padre ... —murmuró Sacha, en voz baja y aún indecisa. Yul-chun no pudo contestar. El corazón le latía en la garganta. Tendiendo su mano derecha, estrechó la de su hijo. En aquel momento se sentían unidos.

Tres días más tarde corrió como un rayo por Corea la noticia. El Japón había atacado a los Estados Unidos. Yul-chun y Sacha estaban a unas doce millas de la capital. Llegaron a una pequeña ciudad en diciembre, el último día de la semana, al anochecer. Yul-chun había decidido parar allí aquella noche. Sacha y él estaban cansados del viaje, sus vestidos estaban sucios, además había guardado algún dinero para que Sacha comprara ropa y dejase los vestidos rusos que llevaba. Quería que se presentase dignamente, como miembro del clan Kim.

Cuando entraron en la posada se enteraron de que aquel día, por la mañana, mientras los cristianos estaban reunidos en sus iglesias, una infinidad de aviones japoneses habían bombardeado los barcos americanos y el puerto de Honolulu.

El posadero se lo dijo, su voz era un susurro, sus ojos brillaban. Se cubría la boca con la mano.

—¿Lo sabía?

—No puedo creerlo —dijo Yul-chun a Sacha—. Ni el más arrogante de los oficiales japoneses puede soñar con una victoria sobre los Estados Unidos.

Sacha tenía la boca llena del buen pan coreano. Estaban sentados a la mesa de una pequeña habitación.

—Créelo, pues ya ha sucedido.

Yul-chun ni le oyó. Su mente volaba hacia una renovada esperanza. Ahora los americanos entrarían en la guerra con toda su fuerza. Sus poderosas industrias trabajarían contra el Japón y lo que iba contra el Japón era en favor de Corea.

Por primera vez después de muchos años se atrevía a esperar. Cuando los japoneses fueran vencidos su país sería libre. ¡Victoria! ¡Victoria!

Saltó como si fuese joven otra vez.

—¡Vamos, hijo! —gritó— Ni un momento de espera ahora. Vamos a ir al instante a casa de mi padre. Debemos prepararnos para la independencia.

Sacha le miró con la boca llena.

—Pero dijiste que me comprarías ropa nueva mañana.

—Tu primo te prestará alguna —explicó Yul-chun impaciente— ¡Vamos, vamos!

Pagó inmediatamente al posadero que, consternado, preguntaba por qué se iban tan pronto y qué era lo que no les gustaba de su posada, él lo arreglaría. Yul-chun le aseguró que su posada era muy buena y la comida también, pero que las noticias le habían dado prisa. Antes de una hora estaban en camino.

Era más de medianoche cuando al fin se detuvo delante de la tan recordada puerta de su casa, con Sacha a su lado.

No había luna y en la oscuridad buscó una piedra con el pie y golpeó con ella la puerta cerrada.

Al cabo de unos minutos oyó la voz soñolienta y cascada del portero.

—¿Quién llama a estas horas?

—El hijo mayor de tu amo —le dijo Yul-chun.

El portero aún no abría. Rezonaba mientras encendía la linterna y abrió la mirilla atisbando por ella. Yul-chun acercó la cara y sonrió.

—Soy yo —dijo—, he envejecido, pero soy el mismo.

El portero dio un grito y abrió la puerta. El mismo portero, joven cuando Yul-chun era un niño, ahora era un anciano. —Entre, amo —gritó—. ¡Bienvenido a casa, joven amo! Despertaré lentamente a su padre para que no muera de alegría.

—No —dijo Yul-chun, entrando en el patio—, déjale dormir hasta mañana. ¿Están bien mis padres?

—Bien, aparte de los achaques de la vejez que todos tenemos, pero, ¿quién está con usted, joven amo?

—Mi hijo —dijo Yul-chun orgullosamente.

—Su hijo —repitió el viejo. Y levantó la linterna alumbrando la morena y bella cara de Sacha. El anciano le miró un momento. Luego bajó la luz. —Ahora serán dos en la casa.

—¿Cómo dos —preguntó Yul-chun.

Antes de que el portero pudiese contestar, una celosía se abrió y salió un joven alto y delgado, sólo cubierto con una toalla a pesar de la noche invernal y de que caían algunos copos de nieve. —¿Quién está aquí? —preguntó.

...,—¡En nombre de los dioses! —gritó el portero— Sale de su baño directamente a esta noche invernal.

—Un minuto —gritó el joven y un instante después salió envuelto en una bata forrada.

El portero les hizo seña con la mano izquierda para que le siguieran. Sostenía la linterna con la derecha. En el sendero iluminado, el joven se dirigió a ellos y el portero se volvió a Yul-chun.

—Es el hijo de su hermano —y dirigiéndose al joven...,—. Es su tío al que creíamos perdido. Ha vuelto a casa con su hijo. Ahora serán ustedes dos.

Yul-chun no podía apartar los ojos del joven. Sí, era Liang, Yul-chun lo reconoció. Aquel maravilloso niño se había convertido en un joven. ¿Maravilloso? Sí, sus ojos eran los mismos, luminosos, benignos, su boca sonriente, su cabeza alta y noblemente formada.

—¿Me reconoces como la otra vez? —preguntó Yul-chun.

Su corazón latía apresuradamente mientras Liang le miraba, fijamente.

—Le reconozco —dijo Liang, con voz profunda y amable.

—¿Es posible que me recuerdes? ¡Eras tan joven!

—No puedo recordarlo, pero le reconozco —dijo Liang.

Hablaba con tranquila confianza, en su grandeza de alma comprendía y esperaba ser comprendido. Yul-chun sentía la misma reverencia que sintió años atrás al tener aquel notable niño en sus brazos. Realmente ya eran dos, como dijo el portero, dos de la nueva generación, dos jóvenes para ocupar el lugar de los muertos y los ancianos, dos para la lucha cercana, dos para la victoria.

Cogió la mano derecha de su hijo y la de su sobrino y las juntó entre las suyas.

—Vosotros dos debéis ser algo más que primos. Debéis ser hermanos.

Los dejó y entró solo en la casa, siguiendo al portero que le alumbraba. En la puerta interior esperaba una vieja sirvienta y el portero le dijo quién era Yul-chun. Se arrodilló, le quitó sus usadas sandalias y le puso unas zapatillas.

—Señor, soy Ippun —le dijo al terminar—, servía a su honorable hermano y a su esposa. —Dudó un momento, luego añadió orgullosamente—. Yo fui quien cuidó de su hijo.

Yul-chun inclinó la cabeza.

—¿Cómo podré darle las gracias?

No dijo nada más, entró en la habitación donde dormía cuando niño. Ella cogió el colchón del armario, lo tendió en el suelo, preparó las ropas de la cama y se fue. Yul-chun se desvistió y se dispuso a descansar. Aunque estaba cansado se entretuvo en mirar por la ventana a la habitación principal de la casa. Allí vio a los dos jóvenes sentados a los lados de la mesa con una vela vacilante entre ellos. Hablaban, hablaban, habían olvidado la hora. Suspiró aliviado como si hubiese caído un gran peso de sus espaldas y se tendió a dormir ...

Por la mañana, Ippun le despertó llevándole agua para lavarse y ropa limpia.

—Nuestro amo se lo manda y le ruega que no se apresure después de un viaje tan largo. Ha esperado tanto tiempo, dice, que no le importa esperar a que haya comido y se haya lavado.

Saludó y salió. Yul-chun se quedó un rato en cama tratando de despertarse y darse cuenta de que estaba en su antigua habitación. Nada había cambiado. ¡Sólo él! Se levantó al fin, se lavó y se vistió. Ippun volvió con una bandeja de té y pastelillos. Los puso sobre la mesa.

—Beba, coma un poco —le rogó.

Mientras él comía recogió el colchón y las colchas de seda en el armario empotrado. Cuando terminó le acercó un paño mojado con agua caliente para limpiarse las manos, saludó y sacó la bandeja.

Esperó un momento, preparando su espíritu, y luego fue a la habitación principal. Sus ancianos padres estaban en pie uno junto a otro esperándole, y detrás de ellos Liang y Sacha. Le tendieron los brazos al entrar y él cayó de rodillas a sus pies. Lo

levantaron llorando y le abrazaron, él también les rodeó con sus brazos, primero a su padre y después a su madre. ¡Qué delgados y pequeños eran sus cuerpos! Estaban reducidos a los huesos.

—¿No tenéis bastante comida? —preguntó— No, no debéis tener bastante. ¡Mientras estaba fuera habéis adelgazado tanto!.. Nunca más os dejaré.

Intentaron reír. Su madre sollozaba y su padre le cogió la mano.

—Sólo somos viejos —dijo Il-han—, muy viejos. Ha llegado nuestra hora, pero debíamos esperar a que volvieses a casa para morir. ¡Y nos has traído este nieto tan guapo!

Sunia sollozó señalando a Sacha:

—¡Gracias sean dadas a los dioses! Tenemos que celebrarlo. Haré algo especial. ¿Dónde está Ippun? Se lo diré a Ippun ...

Se apresuró vacilando ligeramente al andar, pero los jóvenes se adelantaron.

—Abuelo —dijo Liang—. Sacha y yo debemos ir a la ciudad en seguida. Puede haber más noticias.

—¿Debéis ir? —preguntó Yul-chun meneando la cabeza—. La policía estará salvaje hoy, envanecida por lo que hicieron ayer. —Si saben que tu tío está aquí... ¿Crees que la Caña Viviente puede esconderse?

Sunia lo oyó y volvió tan de prisa como le permitieron sus viejas piernas.

—Los dos no —se lamentó—. Uno debe quedarse, si ocurriera algo, si perdemos a uno ...

Il-han la excusó ante Yul-chun.

—Está tan acostumbrada a perder a uno y a otro de nuestra familia, la pobre.

Los dos jóvenes hablaron a la vez. —No quiero quedarme.

—Ni yo.

—Es más seguro que vayamos los dos.

—Id —dijo Yul-chun—. Me quedaré. No penséis en mí. Cumplid con vuestro deber.

Mientras hablaba se dio cuenta que Sacha ya no llevaba sus viejos vestidos. Llevaba los vestidos que Liang, sin duda, le había prestado. Era raro, pero no le sentaban bien. Su cara sombría, sus ojos y cabello negro, su perfil audaz, y arrogante porte le hacían parecer extranjero con aquellas largas vestiduras blancas quizá algo grandes para él ya que Liang era más alto.

—Id —dijo otra vez—. Y si tenéis tiempo comprad ropa. No puedes llevar siempre ésta. Aquí tienes dinero.

Los dos jóvenes se fueron. Entretanto Yul-chun se quedó con sus padres y les contó lo que le había sucedido. Les habló de Hanya y de cómo nació Sacha y escuchó la larga historia de sus vidas bajo su techo de bálago. Comieron los manjares que trajo Ippun en bandejas, pero Sunia no comió con ellos. No había comido nunca con

hombres y no lo haría ahora, aunque las mujeres jóvenes lo hiciesen. Mandó a Ippun que le llevase la bandeja a un lado para dejar hablar a los hombres. Sin embargo, les escuchaba, y decía algo de vez en cuando mientras esperaban la vuelta de los jóvenes. Yul-chun fue descubriendo muchas cosas que no sabía y que habían sucedido y sucedían en la vida de su pueblo.

—Y ahora —dijo al fin Il-han—. Sólo nos queda esperar que los americanos ganen esta guerra. Entonces cabalgaremos sobre la ola de la victoria.

—Padre —exclamó Yul-chun— espero que no pienses lo que dices. No será fácil cabalgar sobre una ola. Debemos estar preparados para derrocar al gobierno y administrarlo de manera moderna y eficiente. Debemos estudiar sin demora los gobiernos occidentales y escoger entre ellos los elementos que mejor convengan a nuestro país. El presidente debe escoger su gabinete y una estructura completa para contrapesar la comunista.

Vio que su padre le escuchaba sin comprenderle, con los ojos fijos en su cara, inclinado para oírle.

—¿Por qué se preocupa por estas cosas, padre? —le dijo con cariño y compasión—. Usted ya aportó su parte. Cuénteme cosas de Liang.

Era una cuestión sobre la que sus padres hablaban y nunca terminaban. Su padre explicaba y su madre decía de vez en cuando alguna cosa que él olvidaba.

—Cuando se apagó el incendio del fuego de la iglesia —contaba Il-han—, todos los que tenían muertos allí acudieron para encontrar sus restos y enterrarlos. De Induk y la niña no encontramos nada porque lo que quedo de los huesos se había mezclado con las cenizas calientes.

Sunia lo interrumpió:

—Siempre dije que aquel trozo de tela azul era de la falda de Induk. Ippun dijo que llevaba una falda azul aquel día.

—El cuerpo de tu hermano no se quemó del todo —continuó Il-han—. Lo sé.

La barbilla de Il-han temblaba bajo su blanca barba, pero levantó la mano cuando Yul-chun levantó la suya para decirle que no contase nada más.

—No, no, debo contártelo. Tienes derecho a saberlo. La policía estaba allí mientras buscábamos, nos dejaron buscar y llevamos con nosotros un ataúd. El criado y yo reunimos sus restos. Le había caído una viga sobre la espalda, era él, no podía confundirle.

Sunia sollozaba suavemente.

—Lo enterramos junto a tu abuelo, un día en que llovía a cántaros, aunque el adivino dijo que era un día afortunado. Una rana amarilla saltó de su sepultura y recordé a tu antiguo preceptor y la historia de la Rana Dorada. ¿Te acuerdas, hijo mío?

—Lo recuerdo —dijo Yul-chun.

—¿Y qué fue de la mujer del preceptor de Yul-chun? —dijo Sunia distraída—. No era aún su mujer, porque él se fue un poco antes del día de la boda y nunca volvió. Mandaron a un primo lejano a preguntar dónde estaba, pero no lo sabíamos. La pobre joven entró en un convento porque no tenía marido y era demasiado virtuosa para casarse con otro.

Il-han esperó algo impaciente a que acabase y al final la interrumpió.

—Era de Liang de quien hablábamos, creo. Un dios velaba sobre él aquel día en que la policía incendió el templo. El...

—No un dios, sino su madre —dijo Sunia—. Sabía que el niño te quería a ti, su abuelo, y nos lo mandó.

—Bien, bien —dijo Il-han—, estaba aquí. Estaba aquí y se quedó aquí para siempre, era nuestra esperanza y consuelo porque creíamos que tú también habías muerto, hijo mío.

—Como si lo hubiese estado —dijo Yul-chun—, temía escribiros. Habían puesto precio a mi cabeza, ya lo sabéis, desde el día en que logré escapar de la cárcel después de la revolución Mansei.

—La revolución Mansei —interrumpió Sunia—. ¿Es verdad que brotó un tallo de bambú entre las piedras de la celda después que escapaste?

—¿También explican este cuento aquí? —preguntó Yul-chun sonriendo.

—No es un cuento —replicó su padre—. Muchos lo vieron y la policía al descubrir la razón por la que iban a la cárcel como en peregrinación arrancó el bambú con las raíces.

—¿Hicieron esto? —dijo Yul-chun meditabundo—. Así el bambú verde desapareció con raíces y todo.

—Pero —continuó Il-han triunfante—, no pudieron nunca arrancar todas las raíces y el bambú brotó en otra parte. Por fin, para terminar con la alegría del pueblo, la policía echó cemento en el suelo.

—Hay bambúes en todas partes —dijo Sunia. Yul-chun se volvió a su madre.

—Es verdad, madre. Hablemos de Liang.

Il-han se apoyaba en el respaldo de su cojín y se preparó para gozar de nuevo.

—Mi nieto a los tres años sabía todas las letras, a los cinco escribía bien, a los siete me sobrepasaba en saber, excepto en los antiguos clásicos, y lo mandé a una escuela americana aunque le enseñaba privadamente. Habla inglés y lee libros ingleses. Habla francés y alemán y ha estudiado latín para su medicina.

—¿Medicina?

—Está estudiando medicina extranjera y coreana. Es también cirujano porque dice que es necesario saber más de una cosa en estos tiempos.

—Pero, ¿por qué médico? —preguntó Yul-chun.

—Al menos puede curar los cuerpos, dice, esto le consuela.

—¿Es cristiano? —preguntó Yul-chun.

—Sí y no —dijo Il-han.

—¿Cómo sí y no? —preguntó Sunia—. No es cristiano.

Había dejado su rincón y estaba sentada con ellos. Sus ojos aún brillaban en su cara arrugada.

Il-han cedió.

—No es cristiano, es verdad, pero se comporta como si lo fuese. No es budista, pero como si lo fuese. Y en cuanto a Confucio, Liang lee los clásicos y observa su corrección.

—Le has enseñado bien —dijo Yul-chun a su padre.

—No le he enseñado nada —insistió Il-han—. Aprendía solo.

—Me pregunto —dijo Yul-chun meditativamente—, me pregunto si le gustará Sacha.

—Sacha, Sacha, ¿qué nombre es éste? —dijo Sunia.

—Su madre se lo puso.

Vio el cansancio en la cara de su padre y se levantó.

—Descansa ahora, padre. Te he cansado.

—Ha sido una bendición.

Y sus ojos siguieron a Yul-chun mientras éste salía de la habitación.

—Es mejor que Moscú —dijo Sacha.

Estaban en una pequeña colina sobre la ciudad y miraban los palacios y parques, las anchas calles, las macizas construcciones de la Universidad y los nuevos barrios de tiendas. Liang lo había llevado allí para enseñarle la ciudad antes de entrar en ella.

—¿Has estado en Moscú? —le preguntó Liang.

—Una vez —dijo Sacha—. Nuestra escuela nos envió allá para nuestra graduación. Moscú es también bonito pero ... —extendió su mano sobre el panorama—. Aún no sé si me quedo o me voy.

—Quédate, al menos hasta que nos conozcas bien —dijo Liang.

Un viento del Oeste había aclarado el cielo durante la noche y su cara abierta y bondadosa iluminada por la luz del sol expresaba intensa alegría. Sacha sintió una involuntaria admiración.

—¿Tienes mucho trabajo con tus estudios?

—Sí, tengo trabajo —dijo Liang—. Estoy interno en el hospital americano, termino el próximo verano. Pero cuando no estoy de servicio tengo tiempo.

—¿Es un hospital cristiano?

—Sí, un hospital misionero.

—¿Eres cristiano? —las preguntas de Sacha eran cortas.

—No —la voz de Liang era amistosa—. No soy cristiano.

—Todas las religiones son malas —declaró Sacha—. Son el opio del pueblo.

—Creo en Dios —dijo Liang tranquilamente—. Donde hay una ley, como la hay en la naturaleza, debe haber un legislador, pero no creo, como los cristianos, que podemos salvarnos por la aceptación pasiva de Dios. Debemos salvarnos nosotros mismos haciendo lo que es divino y nos volveremos como dioses.

—No veo el sentido de lo que dices —protestó Sacha—. ¿Cómo sabes lo que es bueno? ¿Cómo sabes que Dios existe? Yo creo que no hay ninguno.

Liang no contestó. Cuando lo hizo fue con amable autoridad.

—Al principio, Sacha, nuestro pueblo adoraba al Sol, la historia nos lo cuenta, y es lógico porque nuestros antepasados vinieron de las tierras ventosas y frías del Asia Central. Los inviernos eran largos y en los profundos valles el sol sólo brillaba unas horas al día. Es natural que nuestros antepasados amasen al sol y fuesen hacia el Este buscándolo. Por esto llegaron a nuestro país. Su anhelo de calor y brillantez, su deseo de ver el cielo, persistió. Soñaban con un amigo poderoso, un padre que viviese fuera de su alcance y como no podían alcanzarlo soñaron que él iba a ellos y les enviaba a su hijo hecho hombre. En todo el mundo existe este sueño. Los cristianos creen que nos lo trajeron, pero ya lo teníamos. Es verdad que su nacimiento varía. Los cristianos dicen que nació milagrosamente de una Virgen. Nuestra leyenda dice que nació de la unión de un oso y un tigre.

—¿Un oso y un tigre?

Sacha se había sentado sobre una roca apartando la nieve, pero de pronto se levantó.

—Sí —dijo Liang—. Por esto los coreanos han conservado el tigre de las montañas como símbolo nacional.

—El oso es el símbolo de Rusia —dijo Sacha.

—No llevemos los símbolos demasiado lejos —dijo Liang riendo—. Algunos de nuestros pacientes dicen que es nuestro símbolo nacional porque el mapa de nuestro país parece un tigre sentado y que no tiene nada que ver con los dioses. Otros dicen que es porque pedimos a los otros países que nos dejen en nuestro cubil y no les molestamos, como el tigre de la montaña que no ataca a menos que le ataquen.

Sacha no contestó. Estaba tumbado sobre la roca con las manos cruzadas bajo la cabeza mirando al cielo púrpura. Sucedían demasiadas cosas y demasiado a prisa. Era coreano y entre los rusos se había sentido extranjero. Ahora estaba aquí y se sentía más extranjero que nunca. Sin embargo, ésta era su familia, su padre, sus abuelos, estos abuelos que parecían dos muñecas antiguas con sus vestidos pasados de moda, y su primo, este primo tan guapo que daba envidia mirarlo, con su aspecto de santo, poeta, intelectual. Todo era remoto, irreal en él, excepto que era médico cirujano y practicaba entre los pobres.

—Quisiera recordar mejor a mi madre —dijo de pronto.

—Háblame de ella —rogó Liang.

Sacha miró el cielo.

—Debería recordarla mejor, pero trabajaba de día y noche para nuestro sustento y nunca hablaba mucho. Yo era demasiado joven para pensar en preguntarle lo que ahora quisiera saber. Descendía de campesinos, creo, porque no sabía leer. Pero, ¿por qué tendría un sello de jade? Aquí, en una familia de intelectuales, me siento desplazado.

—Di mejor que has estado desplazado hasta ahora —dijo Liang levantándose—. Ven, compraremos ropa. Yo me he tomado medio día de fiesta, pero debo volver al hospital, puedes ir conmigo después de cambiarte.

Y de pronto echó a correr montaña abajo, como un niño. Sacha le siguió.

—Doctor Blaine, éste es mi primo Sacha.

El americano se detuvo en el corredor del grande y nuevo hospital.

—No sabía que tuviera un primo.

Le tendió la mano. Sacha le miró y Liang se rió.

—No ha conocido nunca a ningún americano. Sacha, tiende la mano. Por favor, así.

Sacha estrechó aquella fuerte y cálida mano extranjera. El americano se volvió hacia Liang.

—¿Tomó aquel cultivo de garganta ayer, Liang? La enferma no tiene fiebre esta mañana.

—El informe está en su despacho, señor.

—Bien.

Se fue apresuradamente y los jóvenes continuaron. Sacha no había estado nunca en un hospital, pero era demasiado orgulloso para decirlo. Lo miraba todo como si hubiese visto estas cosas otras veces, hasta que llegaron a la sala de hombres jóvenes.

—Esta es mi sala particular —dijo Liang—. Soy responsable de estos hombres. Todos han sido heridos en accidentes y luchas políticas.

—¡Luchas! —exclamó Sacha.

—Muchas luchas —dijo Liang—. Tenemos nuestra guerra clandestina. Este paciente por ejemplo ...

Se detuvo al lado de la cama de un macilento joven de diecisiete o dieciocho años.

—¿Cómo le hirieron, Yu-sin?

—Soy estudiante, señor. Nuestra escuela fue a la huelga con los obreros que ganan la mitad de lo que cobran los obreros japoneses, desfilábamos, nos atacaron con bayonetas, sólo teníamos bastones que llevábamos en el hombro como símbolo de los fusiles que tenemos prohibidos.

—Tiene una fractura de cráneo, el brazo derecho roto, además de dos costillas y un trozo de carne desgarrada en la cadera derecha.

Fueron de cama en cama. Liang le contaba la historia de cada uno. En una cama un hombre estaba a punto de morir. Liang mandó llamar una enfermera y pidió una inyección, también llamó a su jefe. .

Demasiado tarde, ya no respiraba. Liang lo cubrió con la sábana.

—Nadie sabe quién es —le dijo a Sacha al salir—. No dio ningún nombre.

—¿Cómo sabrán que murió? —preguntaba Sacha.

—Lo sabrán —dijo Liang—, y otro ocupará su lugar.

Yul-chun pareció vivir en la ociosidad durante varios meses después de su vuelta a casa de sus padres. Era en parte para despistar a la policía japonesa y en parte para tener tiempo de decidir lo que haría. Después de tantos peligros y penalidades se sentía cansado. Había estado aquejado de dolores en las articulaciones cuando iban hacia el Sur con Sacha, pero no había dicho nada. Sabía que le vigilaban y decidió volver a escribir mientras esperaba el fin de la guerra con el triunfo de los occidentales, un fin que no estaba lejos ahora que los americanos estaban poniendo su potente industria al servicio de la guerra. Era una decisión atrevida.

Años atrás, cuando el Japón venció a Rusia, prohibió ciertos periódicos coreanos que no le eran favorables. Cuando se anexionó Corea, en el año 1910, todos los periódicos coreanos fueron suspendidos. Pero los periódicos clandestinos en los que Yul-chun trabajó durante la rebelión Mansei, no pudieron evitar que se publicasen. Sin embargo, diez años después, se permitió la publicación de tres periódicos que no hablaban de política y que el año anterior al bombardeo de Pearl Harbour se suspendieron también. Ahora no había más que los periódicos japoneses. Se preparaba para publicar, tan pronto como fuese posible, una revista inteligente hábil y sutil que para los ignorantes japoneses no dijese nada subversivo, pero que contuviese información para un coreano inteligente. No sería una revista para comerciantes, campesinos, gente de mar. Sería para intelectuales, pensadores, proyectistas. Su preparación tomaría tiempo. Escogería cuidadosamente a sus asociados, ninguno debía ser de su familia.

Yul-chun llevaba la vida de un recluso y un intelectual, la vida de alguien que se ha retirado de la vida pública y política. Dejó sus vestidos occidentales y los chinos y llevó los de los caballeros coreanos. Compró un sombrero de crin, se dejó crecer la barba y raramente salía de casa de su padre.

Il-han estaba encantado. Destinó dos habitaciones para el uso de Yul-chun y dio órdenes de que no estorbasen a su hijo. Órdenes que Sunia desobedecía cuando creía que debía darle té..., comida. Eran pobres entonces y pasaban apuros para poder darle las exquisiteces que ella deseaba, pero Ippun era astuta, cuando iba al mercado traía más de lo que pagaba y Sunia no preguntaba. En aquellos tiempos se admitía el robo y las mentiras eran necesarias.

La casa se centró en los recién llegados y exteriormente todo iba bien. Procuraban

aparentar que no se preocupaban del gobierno. Para Il-han era fácil. Se estaba haciendo viejo y vivía en paz. Era típicamente coreano, conciliador y pacífico, inclinado a la resignación. Citaba viejos proverbios cada vez más a menudo cuando no sabía cómo decir una cosa.

—«¿Puede uno escupir a una cara sonriente?» —decía— «La venganza no termina con una noche de sueño.»

Su único reproche a un granjero ocioso o un criado perezoso eran unas cuantas palabras amables:

—«El hombre tumbado bajo un níspero con la boca abierta nunca tendrá comida, aunque tenga paciencia.»

Dormía mucho, los cortos y súbitos sueños de los ancianos.

Sunia no podía dormir ni reposar, envejeció adelgazando, pero la bella línea de sus huesos daba firmeza a su cara y porte. Sólo su voz no había cambiado. Clara y fuerte, regañona o tierna, el que la oía sin verla creía que era la de una mujer joven.

Con ellos los jóvenes vivían sus vidas. La diferencia entre ellos, pensaba Yul-chun, era su manera de expresarse. Sacha no sabía expansionarse ni entender el sentido de las palabras que le dirigían, pero Liang vivía en una atmósfera de comprensión. Era un genio, iluminaba a los demás seres humanos con su luz interior. Casi no necesitaba hablar, parecía, por su entera comprensión de los sentimientos, pensamientos y manera de pensar de los demás que a cambio le daban confianza. Clarividencia, lo llamaban los budistas. Si Liang hubiese sido budista habría sido un encumbrado sacerdote, o si fuese tibetano una encarnación del Dalai Lama. El resultado de esta diferencia entre Liang y Sacha era que Liang vivía en paz, sin lucha aparente, como si al nacer ya hubiese ascendido a su montaña, mientras Sacha, prisionero de sí mismo, luchaba contra las ataduras de su propia manera de obrar y no podía ascender más allá de sí mismo.

Yul-chun estaba preocupado. La alegre acogida que Liang le hizo en su infancia no se renovó. Franco, siempre dispuesto a hablarle o ayudarle, Yul-chun no había encontrado el momento oportuno para expansionarse con él.

En una tranquila habitación de la casa de sus antepasados Yul-chun empezó a extender la red que debía cubrir su país y los otros. Su plan era doble, primero preparar a los coreanos para la victoria, para que cuando llegase el momento y los japoneses fueran expulsados, la nación tuviera un gobierno presto a entrar en acción, y segundo, planeó acelerar la victoria despertando a los coreanos de otros países, especialmente de los Estados Unidos. Durante siglos Rusia había deseado Corea por sus costas, tesoros en minerales escondidos en sus montañas, sus pesquerías, la fuerza de sus impetuosos ríos y altas mareas. No podía creer que el corazón de Rusia hubiese cambiado. Las ambiciones debían haberse aguzado e intensificado con un gobierno de hombres ambiciosos cuyos antepasados habían sido campesinos medio

hambrientos. Ahora les había llegado el turno de engordar y enriquecerse.

¿Qué haría para llevar a cabo tan ambicioso plan? Reflexionó mucho. Era demasiado conocido y no dudaba de que los demás hombres de la lucha clandestina sabían que estaba en su casa y esperaban para entrar en contacto con él. Había muchas pequeñas señales de que así era. Sencillos dibujos de un joven bambú aparecían en paredes y puertas. Ciertos productos de uso diario eran llamados Bambú. Se distribuían poemas sobre la primavera y el florecimiento aunque ninguno mencionaba su nombre, pero algunos usaban las palabras «viviente» y «caña». Sin embargo, mantenía constante silencio ya que sabía que las autoridades japoneses comprendían estas señales, sabían dónde estaba y lo vigilaban.

Llegó a la conclusión de que necesitaba ayuda. Sería una locura arriesgar su vida y perder la esperanza de éxito de su plan. Después de mucho pensar y con mucha repugnancia decidió hablar a Liang. Dudó porque sabía que podía poner en peligro a su sobrino que sería, algún día, el cabeza de familia, y quizá pronto, ya que la suya estaba siempre en peligro. Liang no parecía interesarse en política. Parecía absorto en su hospital, sus pacientes, su pueblo. Iba y venía aceptando a los japoneses tan libremente como a sus compatriotas y hablando japonés sin acento. Tenía entre sus pacientes a numerosos japoneses que no confiaban en médicos coreanos, pero sí en él. Se había graduado con altos honores en una Universidad japonesa de la capital, aunque nunca fue al Japón diciendo, cuando le invitaron, que estaba demasiado ocupado y que algún día iría, cuando terminase su internado. Con el doctor americano se comportaba como un hijo, hablando inglés a la perfección y trabajando con cálido afecto.

Yul-chun observaba esta universalidad y dudó unas semanas antes de hablarle. ¿Era posible confiar en un hombre amado por todos? ¿Quién sabía lo que había en el fondo de su corazón? Durante la noche le acosaban las dudas, pero por la mañana cuando veía su cara fresca y oía su voz clara y confiada y especialmente su risa, confiaba en él otra vez. Al final, obligado por la necesidad, decidió hablarle. Esperó un momento oportuno, que llegó el día del segundo aniversario de la entrada de los americanos en la guerra.

Era por la noche. Sus ancianos padres se habían ido pronto a la cama porque tenían frío y Sacha había estado en la ciudad todo el día y no había vuelto. Quizá por estar desvelado salía a menudo. Liang no tenía servicio en el hospital aquella noche. Yul-chun quiso aprovechar la oportunidad y hablarle después de la cena.

—Necesito consejo —dijo a Liang cuando Ippun sacó los platos y llenó de nuevo la tetera.

—Me halagas, tío —replicó Liang sonriendo.

—No —replicó Yul-chun—, he estado demasiado tiempo fuera de casa y no puedo quedarme sin hacer nada.

Le describió su doble plan y continuó así:

—No tengo ninguna dificultad en comunicarme con nuestros compatriotas del extranjero. Conozco a todos sus jefes. Los más importantes están en los Estados Unidos y en China. Este primer grupo moldeará la opinión americana y persuadirá al gobierno americano para que reconozca nuestra independencia y se dé cuenta de que somos capaces de gobernarnos. Nuestro gobierno provisional existe, sus componentes están ahora en los Estados Unidos, por medio de ellos podemos trabajar e informarles de lo que aquí sucede. Ellos deben informarnos a cambio. Así, trabajando de acuerdo, estaremos preparados para liberar nuestro país en el momento en que los americanos lleguen victoriosos a nuestras playas.

Vio con sorpresa que Liang cambiaba del todo, volvía a ser como aquel niño que le reconoció años atrás. Su cara se iluminó, sus ojos brillaron, irradiaba una fuerza magnética. Tendió sus manos y estrechó las de Yul-chun.

—Estuve esperando desde que regresaste —exclamó—, creí que nunca hablarías, pero sabía que lo harías, sabía que debías hacerlo.

Yul-chun estaba asombrado, lleno de alegría y algo asustado.

Esto era lo que había esperado, esto lo que necesitaba.

Hablaron largamente. Liang asentía modestamente haciendo observaciones claras y rápidas. Escuchó la larga historia de Yul-chun, su vida en China, cómo luchó de todo corazón al lado de la revolución, aprendió su técnica y táctica, cómo continuó su trabajo de escribir e imprimir y cómo dejó a los chinos repelido por sus crueldades y empujados por el temor de que implantasen nuevas tiranías.

—No es una garantía de libertad el mero hecho de que haya un nuevo poder en un país —concluyó Yul-chun—. Debemos prepararnos contra este poder. Debemos desconfiar de los que fueron nuestros antiguos enemigos. Es verdad que confío en los americanos, son nuestros únicos posibles amigos. Nos traicionaron, pero fue por ignorancia, no por codicia. Quizás han aprendido ahora. Si no debemos enseñarles, esto es lo que nuestros compatriotas deben hacer, enseñarles para que cuando llegue la victoria sepan qué hacer. Olvidemos el pasado, recordemos sólo que los americanos no han intentado apoderarse de nuestro país ni gobernarlo. No olvido sus misioneros cristianos, no soy cristiano y dudo de la religión, pero han abierto hospitales y escuelas y se han hecho amigos nuestros. Estos misioneros han hablado a nuestro favor y no esculpa suya si no les han escuchado. Los gobiernos son ciegos y sordos, por esto acepto a los americanos. Son nuestra única esperanza. Una vez me enfadé con mi padre porque me dijo estas palabras, ahora he cambiado de opinión. Sé que en el mundo con que nos enfrentaremos después de la guerra habrá los mismos enemigos y la misma pasión para gobernar. Debemos tener amigos y nuestra sola esperanza son los americanos. Sobre todo debemos encontrar alguien que vaya a América y pronto.

Liang escuchó su discurso con atención y de nuevo Yul-chun sintió el consuelo de su total comprensión, tan completa que tenía la ilusión de no necesitar las palabras. Era un sentimiento raro, que no podía analizar o compararse a otro, pero que lo invadía.

—Conozco alguien que puede ayudarnos —dijo Liang—. Es una mujer.

Se calló, llenó la taza de su tío, luego la suya y después continuó:

—Hace unos meses no habría dudado en traértela. ¡Ahora dudo!

Yul-chun procedió con cautela. —¿Es joven esta mujer?

—Muy joven.

—¿Y bella?

—Muy bella.

—¿Una amiga? ¿O algo más? ..

—Dejemos de hablar de lo que es para mí y hablemos de lo que es ella.

—Bueno, ¿qué es ella?

Yul-chun se apoyó contra el respaldo de su cojín y miró fijamente la cara de Liang. Le pareció ver en ella una nube.

—Es una bailarina famosa.

—¡Una bailarina! —exclamó Yul-chun.

Su voz delataba sus pensamientos. ¿Una bailarina? ¿Cómo confiar en ella? Sobre todo, ¿sería posible que Liang fuese como los demás hombres y la iluminada paz que reflejaba su cara fuese sólo una expresión.

—Sé lo que piensas y estoy de acuerdo contigo —dijo Liang sonriendo—, excepto en lo referente a esta persona. No es solamente una bailarina. Es... todo.

—¿Cómo la conociste? —preguntó Yul-chun.

—Acudió a nuestro hospital hace dos años, venía de Pekín. Como es en parte japonesa y en parte china la arrestaron como espía y la torturaron.

—¡En parte japonesa!

—Y en parte inglesa. Su abuelo era un diplomático inglés que se enamoró de una princesa manchú. Huyeron de China para salvar sus vidas. No fueron aceptados en Inglaterra y se marcharon a París. Allí nació la madre de Mariko.

—¿Cómo es japonesa? —preguntó Yul-chun.

—Su padre —contestó Liang—. Su padre era embajador japonés en Berlín y en unas vacaciones conoció a la madre de Mariko. Se casaron y volvieron al Japón donde Mariko creció hasta los doce años, cuando su padre fue destinado como enviado especial del emperador. Habla cinco idiomas perfectamente, pero ante todo es artista. Artista —dijo—, no mujer.

—¿Y ahora por qué está aquí? —preguntó Yul-chun.

—Baila en el teatro japonés.

—¿Cómo puede ser tan útil?

—Va a ir a los Estados Unidos para unas representaciones.

—¿Y confías en ella?

—Como en mí mismo.

Yul-chun suspiró profundamente. No había conocido bailarinas, excepto las sencillas muchachas que bailaban en las obras de propaganda comunista en China y Manchuria. Se consideraba cínico. De mujeres nada sabía y una bailarina, creía él como todos los coreanos, sería una mujer de bajo nivel. No lo dijo para no ofender a Liang, pero Liang le contestó como si lo hubiese dicho.

—Tío, has estado tan concentrado en tu devoción a nuestra causa que no te has dado cuenta del cambio del mundo. Te aseguro que es una mujer tan digna como bella. Los hombres la persiguen, claro, pero insisto en que es digna de confianza.

—Creo en tu palabra-dijo Yul-chun.

—Muchos hombres confiaron en ella —contestó Liang—. Ha sido confidente de primeros ministros y reyes. Escucha, gana la confianza y no es partidaria de nadie.

—Me gustaría conocer esta perfección —dijo secamente. Por primera vez Liang dudó.

—Será fácil —dijo lentamente—. Ella desea conocerte. Ha oído hablar de ti, ¿quién no?, y me ha rogado varias veces que la traiga aquí, en secreto, porque en ella confía hasta el gobernador general.

Yul-chun sintió un escalofrío. ¿Cómo confiar en tal mujer?

—Sólo hay una dificultad —dijo Liang—. Sacha está enamorado de ella.

—¡Sacha! ¿Le corresponde ella? —exclamó Yul-chun.

—Dice que no, pero hay algo de afirmativo en su manera de decirlo —contestó Liang pensativamente—. Quizá siente algo por él. Quizá no es amor... Sacha es impulsivo... apremiante... muy guapo.

—Impetuoso... Apremiante...

—Ya veo que no conoces a tu hijo —dijo tranquilamente Liang.

Quedaron en silencio. Deseaba descubrir si Liang también amaba a esta mujer, pero no se atrevía a preguntárselo.

Era tan digno en su gracia y simpatía que Yul-chun no se sintió capaz de atravesar la barrera entre sus dos generaciones.

—Quizá debemos pensar en otra persona. Esta joven parece muy complicada.

—Nuestros tiempos son complicados, tío —exclamó Liang riendo—. No es sencilla, pero nada lo es. No es la única. Te la presentaré alguna vez.

El cambio sólo había sido momentáneo, volvía a estar como siempre. Saludó a su tío y salió de la habitación. En este momento oyó ruido en la puerta exterior y la voz de Ippun regañando a Sacha.

—¡Pequeño amo, pequeño amo! Es demasiado tarde! Hay barro en su abrigo.

—Me caí —dijo Sacha con voz ronca.

—Ha estado bebiendo —le regañó Ippun.

—No es cuenta suya —gritó Sacha.

Liang fue a la puerta. Sacha se apoyaba en el hombro de Ippun, incapaz de andar.

—Yo cuidaré de él, Ippun —dijo Liang—. Mira si la puerta está cerrada. Haz la cama de mi tío y luego vete a dormir.

Pasó el brazo de Sacha por el cuello y le llevó a su cuarto.

Ippun lo había aseado, había hecho la cama, encendido la lámpara en la cabecera de la cama y puesto un termo con té y una taza. Liang puso a su primo en la cama y le dio una taza de té.

—Bebe, esto te hará bien.

Sacha obedeció sin protestar, y sin protestar se dejó quitar los vestidos. Luego se echó y se durmió mientras Liang le tapaba con la colcha.

Liang se sentó en su sitio habitual en el teatro, en el centro de la tercera fila. Algo más atrás, en las sombras, vio a Sacha mirando la representación. Le había visto en la taquilla al llegar, pero había mucha gente y Sacha no le vio, creía él. Miraba ahora fijamente la alargada figura que estaba en el escenario.

Sus largas mangas se movían como alas de pájaro y giraban al girar ella, el ritmo lento se aceleraba hasta llegar a su apogeo. Eran muy acertadas estas viejas danzas, parecían religiosas, reverentes y bajo su delicadeza y gracia escondían toda la pasión humana. Nadie entendía esto mejor que Mariko. La conocía desde hacía dos años, pero no a fondo todavía. Era un producto de muchas razas, el emblema de culturas mezcladas con los hostiles impulsos de su ancestral pasado: brillante y voluntariosa, desordenada y tierna, imprevisible en sus emociones, impulsos y decisiones. Sin embargo, era digna de confianza porque no podía ser partidaria de nadie. Así era Mariko. No haría nada por una causa, de esto estaba seguro, pero haría cualquier cosa por él.

Acababa el baile, lentamente, lentamente, las sedosas alas de sus anchas mangas descendieron con los lánguidos movimientos finales. Vio sus ojos resplandecientes y oscuros y comprendió que le decía que fuese a verla, pero no a su camerino.

—No vayas nunca a mi camerino —le había dicho al principio de su amistad—. Esto es para todo el mundo. No para ti.

No supo cómo interpretar su franqueza, su atrevimiento. Pensó que no era atrevida, sino exquisitamente tímida e ingenua.

—No tenemos tiempo tú y yo. Dentro de veinte días me marcharé y antes no te conocía. Sólo tenemos estos veinte días. Luego volaré a Nueva York, París, Londres. Puede que no vuelva nunca. ¿Quién sabe? Creí estar a salvo en Pekín porque tenía un padrino chino, pero cuando llegaron los japoneses los chinos me llamaron espía y en Tokio casi me encarcelaron porque hablaba bien el chino. Hablo el idioma de donde

me encuentro, pero nunca fui espía. No me importa ningún país lo suficiente para ser espía. Soy una artista. Si hago algo es por un ser humano, no por un país. No pertenezco a ningún país y a todos.

Dijo todo esto con suave y rápida voz, sacándose el vestido mientras hablaba y dejando ver una ajustada malla interior que dejó deslizarse de sus hombros antes de ponerse un vestido occidental. No parecía que se diese cuenta de su presencia, lo mismo que si hubiese sido una mujer, sólo al encontrarse sus ojos... No se habían visto desde entonces. Nunca hizo un paso hacia ella ni ella hacia él, pero cuando estuvieron solos en casa de ella por primera vez, sin invitación ni duda alguna se abrazaron aunque sin hablar. Nunca hablaron de amor, pero estaban enamorados. Hablar de su sentimiento hubiese sido encerrarlo, empequeñecerlo, definirlo.

Una vez visitó el monasterio de la isla Kanghwa, preguntó por el abad y se enfrascaron en una profunda conversación. Escuchó mientras el abad explicaba los misterios del budismo que él no ignoraba, pues los había estudiado en los libros de la biblioteca de su abuelo. De todas las religiones la que más le atraía era el budismo, pero no deseaba ser budista. Pertenecer a una era negarse el privilegio de pertenecer a todas.

—Además —dijo cuando el abad terminó—, está la dificultad del Nirvana, para mí al menos. Dicen que el Nirvana es la última meta del espíritu humano o del alma, si prefiere. Nirvana es un no ser y yo no deseo no-existir, al contrario, deseo una completa existencia.

—No comprende el sentido del Nirvana —contestó el abad—. No es no existir. Es la ausencia del dolor, la ausencia del pecado y malas acciones, la ausencia de pasión, pero no, no existir. ¡Ni mucho menos! Al contrario, es ésta la completa existencia de la que habla. Es la total sabiduría, entendimiento, comprensión y no se necesitan palabras para comunicarlo. Simplemente, sabemos. Sabemos porque somos. Nada está oculto a la mente y espíritu del que vive en Nirvana. La ausencia de sufrimiento, de dolor, de pasión, de tentación es el resultado de la comprensión y entendimiento de todo lo que existe en esta eternidad que llamamos tiempo.

Cuando el abad dijo esto Liang sintió un alivio, una paz completa que no venía sólo de su mente, sino de todo su cuerpo. Sus músculos, su corazón, sus órganos internos estaban en una armonía que era la paz. Esperó unos minutos hasta asimilarla. Luego estuvo listo para volver a la vida.

—Gracias, padre —le dijo al abad—. Lo que ha dicho es verdad. Lo siento en todo mi ser. Ahora entiendo lo que significa Nirvana, lo enseñaré a otros como me lo ha enseñado, pero y espero que lo que voy a decirle no le moleste, no deseo ser budista.

—¿Por qué serlo? —contestó el abad—. En el Nirvana no hay budistas ni ninguna otra división. Estas clasificaciones no se necesitan cuando se alcanza el estado de

total sabiduría y total comprensión. Vaya en paz.

El abad le dio su bendición y Liang bajó de la montaña volviendo a su casa.

Las palabras del abad vinieron a su memoria cuando vio a Mariko por primera vez a solas. Era por la noche, después del bombardeo de Pearl Harbour. El teatro estaba vacío. La gente se había quedado en casa para hablar, comentar y hacer conjeturas sobre el futuro.

Se sentó en el centro de la primera fila, lo bastante cerca para notar el perfume de los vestidos de Mariko al bailar, lo bastante cerca para ver su bella cara. Era pequeña y pálida su cara oval, y sus grandes ojos brillaban con el placer de la danza. Era ligera como un pájaro, sus hombros se movían con movimientos graciosos y elegantes que venían también de su interior. Tenía un ritmo propio expresado con elegancia, y el director de orquesta seguía más que conducía. Parecía estar parada cuando se movía, y cuando se paraba parecía moverse con alegría interna. La representación de aquella noche fue la Danza de las Hadas. La historia de un hada que se estaba bañando en el lago cuando un leñador robó sus vestidos y se vio obligada a casarse con él y vivir en la tierra.

Liang no la había visto nunca representar con tal sentido artístico, y mirando su frágil vestido flotando a su alrededor, como una niebla, olvidó la tragedia de aquel día, y después hizo lo que nunca había hecho. Un espíritu parecía conducirlo al camerino. Aunque de costumbre la puerta estaba llena de gente, no había nadie aquella noche y abrió ella misma la puerta aún vestida con su ropa de escena. Se quedaron mirándose.

—Entra —dijo— Te he visto en primera fila. Bailé para ti al verte.

Entró y ella cerró la puerta.

—No estaba seguro de si me habías visto —dijo al fin.

—Lo sabía —dijo sencillamente ella.

—Ahora lo sé —contestó.

Y recordó lo que le dijo el abad. Total comprensión, total conocimiento. Esto era lo que él y Mariko tenían desde el primer momento en que se vieron.

Ahora salía del escenario. El se levantó antes de que la gente llenase los pasillos y atravesó el vestíbulo. Allí vio a Sacha que iba hacia la puerta del escenario, pero él no le vio. Salió del teatro y se dirigió hacia el este pasando delante del hotel Bando, hasta llegar a la puerta de la casa de Mariko. El portero le dejó entrar y se sentó en el jardín a la luz de la luna. Hacía una noche fresca, pero no quería entrar hasta su llegada por miedo a que creyesen que tenía la pretensión de parecer su amante.

—¿Le traigo té aquí, amo? —preguntó el portero.

—Sí, gracias —contestó cortésmente Liang.

Lo que pensaban los criados de su presencia, no lo sabía ni le importaba. Era escrupuloso y se iba siempre al cabo de una hora. El ritual era el mismo. Ella se ponía

un vestido japonés o chino, según su humor, preferentemente chino, y luego tomaba una cena ligera que él compartía si lo deseaba.

Nunca habían pasado una noche juntos a pesar de que sabían que esto sería inevitable. Lo discutieron una vez tranquilamente, como habían discutido sobre el matrimonio, sin llegar a una decisión. Suponía que en el pasado habría tenido amantes, pero estaba seguro de que ahora no los tenía. Oyó su coche en la puerta, un Rolls Royce, dejó la taza y se levantó cuando ella entraba, aún con sus vestidos de teatro, pero con un abrigo de cebellina encima. Cuando le vio se dirigió a él y le cogió las manos.

—Es tarde —dijo—. Sacha insistió en quedarse hasta que se fueron todos.

—¡Sacha! —exclamó.

Ella retiró sus manos y rió con incertidumbre, sin alegría.

—Hace frío en el jardín esta noche, ¿verdad?

Habló inesperadamente en inglés y Liang se dio cuenta de que estaba asustada.

—Sacha intentó seguirte —le dijo.

—Sí.

Cruzó sus dedos con los de él y fueron hacia la casa. En la puerta una sirvienta le sacó los zapatos.

—¿Le dijiste que no podía venir?

—Naturalmente, le dije que tenía un invitado.

—¿Te preguntó si era yo?

—Sí, pero le mentí. Le dije que era el barón Tsushima.

Mentía fácilmente, como un niño, y lo confesaba al instante.

Le confundía porque él no sabía mentir, pero comprendía la necesidad de hacerlo en la complicada vida de ella, porque era continuamente perseguida.

No contestó. Entraron en la sala, las persianas estaban cerradas, las cortinas corridas y en una mesa humeaba la comida en fuentes de plata.

Mariko salió del cuarto tan graciosamente que no parecía andar. Una sirvienta entró con un vestido japonés, cogió el abrigo de Liang y le ayudó a ponerse el vestido. Cuando ella entró un momento más tarde llevaba una suave negligée francesa de chiffon verde, con la ancha falda flotando a su alrededor.

—Eres demasiado cortés —dijo sonriendo—, levantándote cuando entro. Sólo tú persistes en estas cortesías.

—Déjame obrar a mi manera. .

Se sentaron uno frente a otro en sus cojines, como de costumbre cuando estaban solos. El primer momento siempre era igual. Se miraban. Esto era, decía ella, para saber lo que sentían y lo que había pasado desde que no se habían visto. Luego tendía las manos, con las palmas hacia arriba y él las cogía. Oprimía sus labios sobre cada una de ellas y luego ella los ponía en el mismo sitio.

Apartó las manos y se rió suavemente.

—Ahora ya sé —dijo—, todo va bien. Comamos, tengo hambre. El baile fue difícil hoy. Había demasiada gente entre bastidores. Lo había prohibido, pero no se puede evitar. Me sentí aprisionada entre la muchedumbre.

—Te quieren —dijo él amablemente.

—Sí, me quieren, pero esto no significa nada —dijo rápidamente-Demasiado amor de personas desconocidas ninguna de las cuales conoceré nunca.

Una pequeña sopera de plata esperaba delante de ellos. Ella se sirvió en un tazón de plata y le sirvió luego a él.

—Es mejor que el odio.

—Oh, también he conocido el odio. En Pekín vi un teatro lleno de gente desatarse de repente en odio furioso. Tuve que escapar para salvar mi vida, mientras vociferaban contra mí que era japonesa. ¿No odias mi parte japonesa?

—No odio nada tuyo, lo adoro todo —dijo Liang gravemente. Hubo entre ellos una pausa luminosa y silenciosa. Liang rompió el encanto sin querer diciendo:

—Tómate la sopa mientras esté caliente, tengo que hablar contigo, es un deber. He prometido algo que te concierne, pero que no estás obligada a cumplir.

Mariko levantó sus delicadas cejas mirándolo de manera interrogante.

—Cuando vayas a los Estados Unidos, la semana próxima, te pediré que lleves algunos mensajes.

—¿Sí?

—De dos clases —continuó—. Mi abuelo tiene algunos amigos americanos y los misioneros que conocemos tienen también parientes y amigos. Nuestro gobierno en el destierro está allí. Les llevarás unos mensajes.

—¿Sí?

Sostenía la taza de plata con sus dos manos calentándoselas, con sus finas cejas levantadas sobre sus magníficos ojos y le miraba de una manera que se le cortó la respiración.

—Por favor, no me mires así hasta que termine —dijo en voz baja.

Se rió y cambió de expresión. Su cara era exquisita, tan móvil, palpitante y viva, que él tuvo que apartar la mirada, y continuó:

—El fin de estos mensajes es prepararlo todo en nuestro país para la llegada de los americanos, y prepararlos a ellos para cuando lleguen.

—¡Los americanos! —exclamó Mariko bajando la taza.

—Vendrán, te lo aseguro. Si crees que correrás algún peligro volviendo aquí, quédate en América o en Francia hasta la victoria, cuando hayamos recuperado nuestro país. Entonces arreglaré para ti un recibimiento digno de una reina. Mi abuelo amó a una reina, y mi abuela todavía está celosa. ¡Pero nadie sabe que yo tengo una reina!

Entonces la miró. Se inclinaron sobre la mesa y se besaron. Ella le había enseñado a besar.

—Besa mis labios —le dijo de pronto una noche en que estaban sentados igualmente a la mesa.

Se quedó quieto, mirándola.

—Así —insistió, y cogiéndole una mano, se la besó.

—Pero, ¿cómo te beso los labios? —preguntó.

—Con los tuyos —murmuró.

Y entreabrió los labios como una flor. Él había visto besos en el cine, pero los miraba como una rara costumbre occidental. Sin embargo, ante su ruego, se inclinó hacia ella hasta que sus labios reposaron en los suyos y los dejó así un rato. Luego se apartó.

—¿Agradable? —le preguntó ella con picardía.

—Nuevo —dijo reflexionando—, muy nuevo.

—¿No estás seguro de que te guste? —le preguntó.

—No del todo —confesó algo embarazado.

—¿Probamos otra vez?

Ella hizo esta proposición con voz tan tranquila que lo intentó de nuevo, y concluyó:

—¡Muy agradable!

Se rió de él sin disimulo, y esta escena fue una frecuente causa de risa durante mucho tiempo. No quería permitirse muchos besos en una noche, y aquella noche ninguno hasta haber cumplido su deber. No deseaba usar de ella como de una prostituta. Podía ser que la hubiesen tratado como tal, pero no se lo preguntó nunca. Con su reserva y delicadeza de espíritu no deseaba saberlo. Nada cambiaría. La quería tal como era y tenía completa fe en ella. Su intuición le decía que en ella no había impureza.

—No siempre podré rechazar a Sacha —dijo Mariko de pronto.

Él esperó con súbita ansiedad. Ella se sirvió pollo con un par de palillos de plata, puso un trozo tierno en su bol y continuó al ver que no decía nada.

—¿Qué le diré a tu primo? Es un salvaje... no como tú —y se interrumpió.

Él habló con un temor que nunca había sentido:

—¿Cómo puedo contestar sin saber lo que sientes tú?

—Me da miedo —dijo en voz baja.

—¿Por qué?

—Hay cierto poder en él —dijo Mariko moviendo la cabeza.

—¿Sobre ti? —preguntó Liang.

Hizo una pausa mientras comía poco a poco, delicadamente, sin levantar los ojos. Luego dejó los palillos de plata.

—Sí —confesó—, tengo miedo.

—¿De él?

—De mí también.

Encontró sus ojos suplicantes, y gravemente dijo:

—No he terminado todavía con mi deber. ¿Hablamos ahora de Sacha o continúo con lo que decía?

—Por favor, continúa.

—Debes llevar ciertas cartas a ciertas personas cuyos nombres y direcciones te daré, no las confíes a nadie más, tú misma debes entregarlas a sus destinatarios.

—¿Son americanos o coreanos?

—La mayoría son coreanos, pero algunos americanos. Es esencial que personas importantes de Washington sepan que tenemos preparado un gobierno presto a cumplir sus deberes y que cuando llegue el ejército americano seamos nosotros quien recibamos de sus manos nuestro país y no los gobernantes japoneses.

Le escuchaba atentamente, sin coquetería ni movimientos graciosos, hasta que terminó.

—¿Es necesario que sepa todo esto? —preguntó.

—¿Prefieres no saberlo?

—Es mejor para mí no saberlo. Déjame ser la inocente portadora de estos mensajes.

Tenía que enfrentarse con la verdad. Ponía su vida en peligro. Bajo la más ligera sospecha de lo que le estaba pidiendo hacer, la arrestarían, o peor aún, le pegarían un tiro cuando saliera a escena, al salir del teatro, en su propio jardín o en cualquier parte del mundo.

Estaban acostumbrados a tales muertes. Un asesino desconocido, un asesino nunca hallado, imposibilitaba la justicia, y en este caso, ¿qué más razonable que el asesinato de una bella mujer a la que amaron muchos hombres?

—¿Qué hombre se vio obligado alguna vez —gruñó Liang a escoger entre su amor y su país?

Mariko sonrió y de pronto fue femenina otra vez.

—¿Sabes? —dijo suavemente, con las manos cruzadas bajo su barbilla—. Nunca te vi preocupado. Ahora lo estás y por mí. Así sé que me amas. Estaré a salvo. ¿Sabes por qué? Porque tendré mucho cuidado, mucho cuidado, mucho, mucho, para volver sana y salva a ti. No me arriesgaré. No tienes necesidad de escoger. Llevaré los mensajes y los entregaré, pero no quiero saber lo que contienen. No te lo pregunto, sólo me encargo de que lleguen a su destino. No será difícil. Tengo muchos amigos americanos. Algunos famosos y poderosos. Me ayudarán. ¡No digas nada más! Después de la función me darás las cartas. Déjame ir sola al aeródromo, y ahora basta.

.Entonces miró a Liang de reojo. —¿De verdad te vas ya?

Lo tentaba cruelmente, y con todo su corazón cada noche, pero cada noche se iba. Un día se quedaría, pero aún no. Confiaba en su clarividencia. En alguna parte de su ser había instintos que él consideraba viejos recuerdos, porque los sentía más que saberlos. No oía voces, pero sus sentimientos lo dirigían. Cuando era un niño, en casa de su abuelo, sabía que cuando no obraba de acuerdo con sus sentimientos estaba triste, y cuando lo hacía vivía en armonía consigo mismo. No pensaba en las cosas considerándolas como buenas o malas, sino como armoniosas.

Ahora, con toda su fuerte y apasionada naturaleza, ansiaba decirle que se quedaría, pero no lo hizo, porque sabía que no era el momento adecuado.

Se levantaron, fue a su lado dudoso, sin atreverse a besarle los labios. Le cogió la mano y oprimió sus labios contra la tibia y suave palma perfumada, como lo estaba siempre todo su cuerpo, con Kwei-hua, una pequeña flor china sin belleza pero de imborrable fragancia.

Se deslizó hacia la verja y salió a la calle. Era tarde y si encontraba un guardia le interrogaría. Siempre había peligro. Se afianzó sobre sus pies cuando al volver una esquina un hombre avanzó hacia él a la luz incierta de la luna entre nubes. Entonces vio que no era un guardia, sino Sacha, envuelto en una capa de paño. Se encontraron, vio que le miraba pálido y fijamente.

—¿Qué pasa, Sacha?

Su voz era tranquila como de costumbre.

—Te seguí —murmuró— Te he esperado durante horas.

—¿Por qué esperaste? ¿Por qué no llamaste y entraste?

—Eras tú —dijo Sacha en un murmullo-o Por ti no me dejé ir. ¡Barón Tsushima!
¡El barón eras tú! Tú y ella... Tú y ella.

Liang le hizo callar.

—Sacha, lo que piensas no es verdad. No somos amantes.

—¿Entonces por qué estabas con ella esta noche? —preguntó.

Liang esperó un largo rato antes de contestar. Entonces vio claro lo que debía decir. Cogió el brazo de Sacha.

—¡Ven conmigo!

En silencio anduvieron por las dormidas calles, donde no había nadie, a excepción de los mendigos que buscaban cobijo. Encontraron bastantes, pero no se les acercaron por miedo, viéndoles bien vestidos y fuertes. La ley prohibía la mendicidad, y sólo podían merodear de noche, sabiendo que los japoneses dormían y los guardas eran coreanos.

Fueron hasta el hospital donde Liang tenía su habitación.

Muchas noches Sacha se había quedado allí con él, a veces durmiendo, a veces hablando. Eran primos, pero no siempre amigos. Algo nuevo, algo raro había en

Sacha. Quizás era el origen nórdico de su madre, quizá la rudeza de su educación o la dureza del clima siberiano. Liang no lo sabía, pero con su genio peculiar entendió a Sacha.

—Siéntate —dijo cuando hubieron cerrado la puerta.

El edificio era moderno y su cuarto tenía suelo de madera, una mesa, dos sillas y dos camas.

Sacha se quitó el abrigo. Como otros coreanos, usaba vestidos europeos. Se sentó en la cama y empezó a desatarse los zapatos.

—Dime que has estado por la noche con una bailarina sin hacer nada más que hablar, y no te creeré.

Su voz era brusca, su cara hosca.

—Me creas o no me creas, es la verdad —dijo Liang tranquilamente—. Y no era sólo con una bailarina con quien hablé. Era con una artista famosa y una amiga mía.

—Una bailarina —insistió Sacha con su misma voz brusca— y si no has oído decir lo que es, además, es que eres un tonto y yo sé que no lo eres. Te puedo decir lo que me dijo esta noche, sí, hablamos ella y yo.

Se sentó y miró a Liang con ojos llameantes.

—La espero cada noche en la puerta de los artistas. A veces me deja ir a su casa con ella.

Miraba a Liang para ver el efecto que esto le haría. Liang estaba sentado en una silla junto a la mesa, y su cara no cambió.

—¿No preguntas lo que dijo?

—No.

Iba a decir algo más, pero no lo hizo. Ella le había dicho que tenía miedo de Sacha. El temor de una mujer puede ocultar admiración, y la admiración está cercana al amor. Se preguntó por qué no estaba enfadado con Sacha o con ella, pero no lo estaba. El don que había recibido era a veces difícil de soportar, la capacidad de comprender siempre cómo eran los demás. Podía sentirse dolido pero no enfadado, y a veces deseaba sentir cólera feroz. Ahora pensaba que podría golpear a Sacha, luchar con él, gritarle que Mariko no debía ser manchada por sus deseos y sospechas.

—Tiene miedo de ti —le dijo de pronto, y se asombró. No tenía intención de decirlo.

Una rara expresión se dibujó en la cara de Sacha. Sus ojos se empequeñecieron y sonrió.

—¿Te dijo esto?

—Sí.

—Ya es bastante para empezar.

Sacha se tumbó otra vez con las manos bajo la cabeza. Como si sus ojos pudiesen penetrar en el cráneo de Sacha, Liang sabía lo que pasaba allí dentro. Su cruel deseo

se estaba convirtiendo en un plan. Una mujer que tiene miedo, pensaba Sacha, es una mujer que puede ser tomada a la fuerza. No más ruegos, no más esperas a las puertas de los vestuarios. Entraría en la casa. Cuando volviese ella estaría allí. Entraría a la fuerza.

Esto es lo que Liang veía tan claramente como si estuviese sucediendo. Sintió de pronto ascender una fuerza en él. ¿Era esto cólera al fin? ¿Era esto lo que sentía un hombre cuando quería pegar a otro? Saltó y apretó los puños. Vio a Sacha saltar para enfrentarse con él. Se quedaron mirándose fijamente, y tan rápidamente como había venido, su impulso murió.

—No puedes hacerlo —dijo— Tiene guardas en su casa. Tendrás que buscar otro medio.

Se sentó otra vez. La soledad de Sacha, un niño cuya madre murió en el bosque bajo un árbol, cuyo hogar fue un frío orfanato ruso, un joven que vagabundó tratando de ganarse la vida y que sólo encontró a su padre para saber que nunca podrían comprenderse, un hombre que nunca supo lo que era amor de padres, amigos o amantes. ¿De qué serviría pegar a un hombre como Sacha? Un golpe no lo cambiaría.

—La razón por la que fui a ver a Mariko Araki esta noche es un secreto, pero te lo diré. Eres coreano, Sacha; eres un Kim de Andong, eres ante todo un coreano del clan Kim. Tu sangre es sangre de patriotas. Ahora no debemos pensar en nosotros mismos, debemos pensar en nuestro pueblo, nuestro país... Nuestro abuelo ha dedicado su vida a nuestro país. Salvó a la reina cuando iban a matarla, y su eterno dolor es no haber podido salvarla al final. Mi padre murió porque era un patriota y mi madre también sufrió y murió. Tu padre ha estado desterrado desde su juventud, y ahora va a empezar la labor más peligrosa de su vida. Nosotros, los Kim, estamos jugándonos todo lo que tenemos y somos para alcanzar la independencia. Debemos estar preparados para este momento. No debemos estar divididos como siempre hemos estado, luchando unos contra otros, abiertamente en el pasado o en secreto como aún hacemos. Debemos estar preparados con un gobierno unido capaz de libertar nuestro país de los japoneses vencidos. Los americanos deben saber que estamos preparados. Es por esto que fui a ver a Mariko. Llevará unas cartas a América.

Sacha escuchaba con las manos pendientes y la boca entreabierta.

—¿Por qué los americanos? —preguntó— ¿Qué han hecho los americanos por nosotros?

—Nunca se apoderaron de nuestras tierras —contestó Liang—, nunca soñaron en imperios. Sea lo que fuera lo que hiciesen, son el único pueblo que ha proclamado los ideales en que nosotros hemos soñado. No nos salvaron, pero un americano, Woodrow Wilson, dijo que los pueblos tenían derecho a gobernarse por sí mismos.

—Nunca oí su nombre —dijo Sacha.

—Murió —dijo Liang amablemente—, murió cuando comprendió la enormidad de su promesa y que no podría cumplirla, pero, aunque muerto, vive.

Sacha se volvió.

—Estás volviéndote religioso. Se echó en cama y bostezó.

Las naciones, como los individuos, sólo pueden conocerse por experiencia individual.

Yul-chun dejó de escribir. La nieve caía lentamente, pero espesa, en el jardín. Había empezado hacía unos minutos, pero si no se fundía habría un pie al amanecer. La casa estaba silenciosa y estaba solo. La casa de Yul-han era ahora la suya. Se había encontrado atado en casa de su padre y a merced de su madre, que demasiado a menudo iba a ver si tenía frío, hambre o fiebre, o para que no trabajase demasiado. Estaba también Sacha. Con sorpresa vio que, después de unos meses de ocio, había querido ir a la escuela cristiana para aprender inglés e ir a América. A veces volvía a casa por la noche, a veces no. La noche pasada volvió pronto a casa con sus libros, y después de comer fue a su cuarto. Yul-chun pensaba que en conjunto estaba mejorando, aunque últimamente había demostrado una repentina e inexplicable hostilidad hacia Liang, que éste no parecía notar.

Yul-chun suspiró y apartó resueltamente estos pensamientos. Más profundo que su anterior anhelo por Hanya era la constante ansiedad que sentía por su hijo. Hanya había sido una extraña, pero Sacha era parte de él mismo, aunque a menudo se sentían extraños.

Tomó la pluma resueltamente.

«No podemos aprender a gobernarnos como una nación moderna mientras nos gobierna otra, pero debemos ser capaces de defendernos en el momento de la victoria. Indefensos invitamos a una nueva invasión. Debemos estar dispuestos a ser pobres para poder construir una armada que proteja nuestras costas. En el Norte construiremos bastiones y fortalezas, y mantendremos allí una fuerte defensa para prevenir la antigua amenaza de Rusia. Cuando venga el ejército americano, recomiendo el inmediato reconocimiento de nuestro gobierno provisional coreano. Deseábamos que nuestros valientes soldados coreanos, ahora en China, pudiesen haber ayudado a los americanos contra el Japón, nuestro común adversario. Habríamos podido salvar muchas vidas americanas. Muy amarga fue nuestra desilusión al ver que no se les permitía hacerlo.»

Alguien llamó. Levantando la vista vio a Liang en la puerta y con él una pequeña y delgada mujer envuelta en un abrigo de cebellina. La nieve brillaba en sus oscuros cabellos. Saludaron. —¿Le estorbamos, tío? —dijo Liang.

—No, no, estaba terminando un capítulo —contestó Yul-chun.

—Tío, ésta es Mariko Araki —dijo Liang.

Mariko saludó profundamente varias veces. Luego permitió a Liang quitarle el abrigo. Debajo llevaba un vestido coreano, un cuerpo corto de satén color oro pálido, atado en el hombro con un lazo, y una falda ancha de satén púrpura. Bajo la falda vio la punta de sus pequeños zapatos. La miró francamente de pies a cabeza. ¡Esta era la bailarina!

—Entren —dijo—, siéntense. Tengo algunas sillas. A veces me siento en una silla para activar la circulación de mis piernas.

Mariko se rió.

—Yo lo hago bailando.

—¡Ah! —dijo Yul-chun—, es un recurso, pero no para mí.

Se sentó en una silla y Liang en otra. Después de dudar un momento, Yul-chun volvió a su asiento en el cojín, al lado del escritorio.

—Discúlpanos, tío, por sentarnos más altos que tú —dijo Liang con su habitual buen humor—, pero los vestidos occidentales me privan de libertad.

Llevaba un vestido europeo que le hacía parecer más alto y delgado.

—Nos sentaremos en sillas cuando vengan los americanos —contestó Yul-chun.

Liang y Mariko se miraron, y Liang empezó otra vez.

—Tío, Mariko se marcha esta noche a América. Prometí que la traería antes de marchar. Lo retrasé hasta hoy, supongo que temía por su seguridad, pero ella es valiente, nos ayudará.

—No soy valiente —interrumpió Mariko—. No quiero saber nada, no deseo preguntar nada, pero si ponen algo en mis manos lo llevaré a su destino. Esto es todo.

Yul-chun escuchaba evaluándola. Tenía experiencia en la apreciación de las personas. A menudo había buscado alguien a quien confiar un mensaje de vida o muerte. Ahora estaba satisfecho por lo que veía en la encantadora cara. Era una cara honrada, franca, maliciosa quizá, pero con una malicia infantil, nacida de la alegría y no del engaño.

—¿Por qué quiere hacer esto? —preguntó

—Lo hago por alguien a quien amo y que es coreano —contestó sin dudar.

No miraba a Liang. ¿Era él?, se preguntó Yul-chun. ¿Era Sacha?, se preguntaba Liang.

—Sólo soy una mujer —decía Mariko—, y lo hago por un hombre, no por un país, a menos que sea el suyo.

Yul-chun esperaba deseando que dijese quién era el hombre, pero Mariko terminó así. Se quedó quieta cruzando las manos, sus pequeñas manos pálidas sobre su falda de satén.

Yul-chun abrió un cajón de su escritorio y cogió una llave de plata. Con aquella llave abrió un compartimiento escondido en el fondo del cajón, y sacó tres cartas.

—Ya las he escrito —dijo con voz baja y solemne—. Van dirigidas a ...

Las levantó para que Liang las viese. Liang afirmó con la cabeza y Yul-chun continuó.

—Si la carta no llegase al Presidente, tengo un amigo —señaló la segunda carta—, que irá a Washington. Tiene acceso al Presidente. Esto es esencial, porque el Presidente no sabe nuestra historia, de otra manera, ¿cómo habría sugerido hace dos años que Corea podía ser colocada bajo la tutela de China, Estados Unidos y uno o dos países más? ¡Nosotros, que hemos sido una nación durante miles de años! ¿Qué pasaría si una de estas otras naciones fuese Rusia? En mi carta le explico el terrible peligro de Rusia.

Yul-chun se detuvo muy agitado. Apretó los labios, aclaró su garganta y un suspiro subió del fondo de su corazón. Luego continuó:

—Les repito a ustedes dos, que me sobrevivirán, que puede venir un día en que miremos estos años de dominación japonesa como algo bueno. Al menos los japoneses nos han preservado de los rusos, y lo digo yo que he sufrido la tortura en mi carne y la rotura de mis huesos a manos de los verdugos japoneses.

Le escuchaban en silencio, inmóviles, expresando su respeto y su temor. Le querían porque se había convertido para su país en un personaje de leyenda, «la caña viviente», y por lo que era ahora, heroico, generoso, un hombre alto, fuerte, gastado por los sufrimientos, de cara noble, atrevida pero arrugada demasiado pronto por el dolor, con el oscuro pelo casi gris.

De pronto, Liang habló:

—Tío, le dije a Sacha que Mariko llevaba unas cartas a los Estados Unidos. ¿Hice mal?

—Hiciste muy mal-exclamó Yul-chull.

Luego, dándose cuenta de lo que había dicho, se volvió hacia Mariko y añadió:

—Mi hijo no es malo. Estoy seguro de que no es malo. No ha vivido en nuestro país, y se encuentra algo desplazado aquí. Hay que conquistarlo para nuestra familia. Liang no puedo culparte, pero...

La puerta se abrió y, como si hubiese oído su nombre, Sacha entró. Iba vestido a la europea, con un sombrero en la mano y un abrigo en el brazo. Les miró a los tres sorprendido. ¿O era fingida su sorpresa? Liang no supo qué pensar.

Yul-chun habló al instante y demasiado rápidamente.

—Entra, hijo. Liang ya te lo dijo. Vamos a mandar estas cartas. Son breves pero firmes, muy firmes. Tengo la del Presidente, tengo esta copia, la guardo para nuestro archivo. Ahora que ya lo sabes, me alegro. Liang, he cambiado de idea, has hecho bien en decírselo. Deseo que Sacha también forme parte de nosotros.

Yul-chun buscaba entre sus papeles en el compartimiento secreto.

—Aquí está. ¡Sí!, al Presidente...

Yul-chun levantó el papel y leyó con su clara y alta voz:

En Corea hemos estado muy preocupados estos últimos dos años. Lo que usted convino con el primer ministro inglés y el jefe nacionalista chino Chiang nos obsesiona día y noche. Repito sus palabras por si usted ha olvidado lo que nosotros no podemos olvidar:

—Las potencias antes mencionadas, conscientes de la esclavitud de Corea, están decididas a que, a su debido tiempo, Corea sea declarada independiente.

Estas palabras, señor, están grabadas en nuestros corazones.

"A su debido tiempo". Señor, con estas tres pequeñas palabras, Corea está condenada.

Al oír esto, Liang tuvo uno de sus momentos de clarividencia.

No podía explicárselo. Intentó escapar a su influjo. Se levantó, se paseó por la habitación pero no podía escapar. ¡Condenada! Aquellas terribles palabras resonaban en sus oídos, como si hubiera oído cerca de él el pesado golpe de un gran tambor y los ecos resonasen en el futuro. Detrás de él oyó la voz de Sacha.

—Vaya la ciudad, Mariko. El carruaje está en la puerta. Venga conmigo.

Liang se volvió. Mariko se levantó de mala gana y los miró aturdida, interrogando con los ojos a Liang, que asintió como si ella le hubiese hablado. Saludó a Yul-chun y siguió a Sacha fuera de la habitación.

—Pero, ¿y las cartas? —dijo Yul-chun.

—Se las llevaré esta noche —dijo Liang—, es mejor que no las tenga aún.

Estaba en su casa dirigiendo el embalaje de sus vestidos para la tournée, cuando él fue a verla. Había quimonos japoneses, estrechos trajes chinos atrevidamente abiertos hasta el muslo, trajes de noche franceses, tweeds ingleses y pieles rusas sobre el suelo alfombrado. Tres sirvientas trabajaban en silencio y sin descanso bajo sus órdenes. Estaba recostada en un sillón, con el ceño fruncido, decidiendo rápidamente y sin discutir. Al ver a Liang, se levantó, fue a la otra habitación y cerró las puertas correderas.

—Al fin —exclamó cuando estuvieron solos—. ¿Dónde has estado? Creí que iba a marcharme sin verte.

—Vine a caballo —dijo— Hay mucha nieve. Me informé en el aeropuerto de si habían interrumpido los vuelos, pero dicen que no.

—¿Irás al teatro esta noche?

—Sí, pero no a tu camerino, ni al aeropuerto. No nos veremos hasta que regreses. Mariko se quedó inmóvil, como un ciervo inquieto, asustada de pronto.

—¿Cómo tiene Sacha tanto dinero? Estos vestidos nuevos.

—No lo sé.

—¿Tienes también miedo de Sacha?

—No, no tengo miedo de nadie.

—¿Por qué, por qué le dejaste que me acompañase?

—No era el momento de pelearme con él, no debes tener miedo. Eres una artista. Nadie puede destruirte a menos que lo hagas tú por tus propios temores.

—No hablemos de Sacha —dijo ella resueltamente—. ¿Tienes las cartas?

—Sí.

Las sacó de su bolsillo, se las dio y ella se las puso en el pecho, dentro de su quimono japonés.

—Dile a Sacha que no vaya al teatro.

—Si le veo.

Se quedaron mirándose, súbitamente silenciosos, con el abismo de la separación entre ellos.

—Cuando vuelvas... —dijo él.

—Cuando vuelva —repitió ella—. ¡Oh, cuando vuelva Sí...

Si... sí.

—La guerra habrá terminado y nosotros...

—¡Sí!

La palabra fue un anhelante suspiro. Tendió las manos y ella las cogió entre las suyas, luego las soltó y se apretó contra él. Él inclinó la cabeza y la besó apasionadamente. Se quedaron así un largo rato, hasta que la doncella la llamó.

—Señora, ¿pongo el vestido dorado en la maleta de París o va a llevarlo en Nueva York?

Se apartó con una mirada suplicante y él comprendió que ya no la vería a solas.

Liang no supo si Sacha había ido al aeropuerto. No vio a su primo en el teatro y volvió al hospital. Al día siguiente hizo una nueva y difícil operación por primera vez, con el doctor americano a su lado, pero sin que interviniera. La necesidad de concentrarse ayudaba a pasar el tiempo. Liang terminó su tarea al mediodía, su paciente vivía aún y parecía que iba a seguir viviendo.

—Buen trabajo —exclamó el doctor americano—, por un momento creí que la arteria se le escaparía de la mano, pero es un cirujano nato. Nunca vi mejores manos.

El paciente era un joven que había sido herido, tenía el pulmón atravesado y el corazón dañado. Liang sabía cómo había sucedido. Era uno de los jefes de los nuevos terroristas. Ahora viviría para matar a otros.

Liang se sacó los guantes de goma.

—Gracias, señor —dijo al americano—. Me ha enseñado todo lo que sé.

—Me gustaría mandarle al John Hopkins —dijo el americano calurosamente—. Un gran hospital. Las técnicas de la cirugía del corazón mejoran cada día. Pero nunca vi anudar una arteria así. —

—Un sistema coreano —dijo Liang—. Es un nudo fuerte pero que puede aflojarse fácilmente, si se sabe cómo.

—Seguro que usted lo sabe.

El americano le dio una palmada en el hombro, sonrió y se fue a su despacho.

Ahora Mariko ya estaría a medio camino de Nueva York. La primera carta estaría pronto segura fuera de sus manos. Aquellas pequeñas manos, tan flexibles, tan graciosas en la danza. Su programa de despedida fueron antiguas danzas coreanas. La danza de la espada fue la culminación de la noche. Todos sabían que no era por casualidad que había escogido representar la historia de un famoso bailarín del antiguo reino Silla que bailaba sosteniendo una espada en cada mano. Su fama se extendió por toda la península y le llamaron para bailar ante el rey de Pakche, enemigo de Silla. Allí, ante el trono, bailó tan bien que los asistentes le aclamaron entusiasmados. El rey se levantó de su trono, en aquel momento el bailarín, saltando, hundió su espada en el corazón del rey. Le mataron, claro, pero su valor inspiró a su pueblo y en su memoria conservaron la danza de la espada.

Mariko la representó al estilo clásico, llevando la máscara de una cara de muchacho, con las espadas golpeando al ritmo de sus alados pies. Cuando terminó, el público se levantó gritando. Se había quitado la máscara dejando ver su bella cara. Saludó una y otra vez con los ojos fijos en Liang. Luego se fue corriendo con las puntas de su ancha faja dorada revoloteando tras ella, y ya no la vio más.

¡Qué interminables se le harían los días hasta que la viese de nuevo! Por primera vez en su vida se sintió triste. El afecto, decía Buda, es la causa de las penas. Pensó en ello escribiendo la sentencia, y luego compuso un poema:

Buda tenía razón
y no la tenía.
El afecto, con todos sus dolores,
Es ahora mi más profundo bien,
Mi canción interior,
Toda mi vida.

Lo copió cuidadosamente y, sin escribir su nombre, lo puso en un sobre y se lo envió a Mariko.

Habían acordado que sería demasiado peligroso escribirse, pero, ¿qué podía hacer la censura japonesa con su poema?

El presidente americano murió un día de primavera. La noticia se extendió por todo el mundo, por todas las ciudades y pueblos de Corea. Liang se enteró en el hospital y se apresuró a ir a su casa para decírselo a su abuelo y a su tío.

Yul-chun le llevó aparte.

—¿Sabes si entregó la carta?

—No sé nada —contestó.

—No sabemos si el que le sustituirá la verá —dijo Yul-chun—. No podemos hacer nada, sólo esperar.

Pasó el verano y empezó el otoño. Liang trabajaba día y noche en el hospital, y

vio poco a Sacha hasta que terminó el año escolar.

El silencio cubría la tierra, una tensión de espera. El fin de la guerra estaba cercano, el mundo lo sabía, pero el mecanismo que tenía que forzar este fin aún no se había hallado.

En Seúl, la policía cada día era más opresiva y los controles más estrechos. Las prisiones estaban llenas y las escuelas vigiladas. Los alemanes se rindieron y la tensión aumentó. Todos los coreanos sabían que el Japón iba a ser derrotado y sus corazones estaban impacientes porque aún no se rendían.

—Un pueblo ciego y testarudo, los japoneses —declaró Yul-chun.

—El pueblo no sabe nada de lo que pasa detrás de la pantalla militar —decía Liang.

Era a mediados de otoño y estaban en el jardín para escapar del calor. Sacha estaba atormentando un cachorro sumergiéndolo en el estanque de los peces dorados, y Liang no podía soportar ver sufrir al pobre bicho. Se adelantó bruscamente y cogió al tembloroso perrillo en sus brazos. Entonces, Sacha tiró piedras para asustar a los peces.

—Me iré a París —anunció.

Le oyeron en silencio. Luego Il-han habló.

—Estuve en París una vez, para ver a Woodrow Wilson. Había gentes de muchos países. Se sorprendió de vernos a su alrededor pidiendo ayuda. Ahora sé que estaba asustado.

—¿De ustedes? —preguntó Sacha indolentemente.

—No, de él mismo.

El ruido de un trueno retumbó en las lejanas montañas del Norte, y un rayo centelleó en el crepúsculo.

—Entrad en casa —gritó Sunia desde la puerta.

Entraron lentamente, reacios a dejar el fresco. Sacha se entretuvo en la puerta. De pronto vio el cachorro bajo un arbusto, lo cogió y lo echó al estanque.

Los días de otoño pasaron largos y calurosos, Liang no sabía nada de Mariko y no se hablaba de rendición, aunque los japoneses perdían en todos los frentes. La gente estaba cansada de esperar, pero no podían hacer otra cosa. Una noche llevaron al dispensario un hombre con un balazo en la pierna. Liang le atendió. Cuando estuvo curado y vendado le puso un papel doblado en la mano. Liang no dijo nada, se volvió, desdobló el papel. Iba dirigido al pueblo japonés, pero firmado por los americanos. Dictaba las condiciones de rendición, avisándoles que si el Japón no se rendía en el plazo señalado, bombardearían once ciudades.

Se volvió hacia el hombre, que ahora estaba en cama, e inclinándose sobre él, fingió arreglar sus almohadas.

—¿Dónde bombardearon?

—Seis ciudades.

—¿No se sabe nada aquí?

—Acabo de llegar del Japón.

—¿No se rinden?

—No. El gobierno japonés está dividido. Los partidarios de la paz han pedido a Rusia que haga de mediadora. Ignoran el aviso de América con desprecio.

—¿Y las otras ciudades?

—Serán destruidas, lo han anunciado con millones de proclamas.

—¿Y el pueblo?

—Confuso, inmóvil, expectante.

—¿Qué más?

—Los americanos tienen un arma terrible. La usarán a menos que Rusia entre en acción.

—¿Lo hará Rusia?

—No.

Una enfermera se acercó y Liang se marchó. Se apresuró a ir a su cuarto, se quitó el traje europeo y se puso ropa coreana. Así vestido dejó el hospital, la ciudad y fue a casa de su abuelo.

En la casa estaban confusos. Yul-chun había recibido un mensaje secreto que le trajo un vendedor de fruta del Norte. Entre sus manzanas y melocotones había escondido objetos rusos, y Yul-chun lo vio en el jardín mientras el hombre regateaba. Movi6 la cabeza cuando Yul-chun le pregunt6 y dijo en un susurro:

—Los rusos se est6n infiltrando en el Norte.

Al oír estas terribles palabras, Yul-chun se apresur6 a repetirlas a su padre.

Il-han estaba tendido en una chaise-longue de rot6n fumando su larga pipa de bambú y escuchando. Sacudi6 la ceniza de la pipa y la llen6 con el fuerte y dulce tabaco que le gustaba en su vejez.

—¡Padre! —exclam6 Yul-chun—. ¿No dices nada?

—¿Qué voy a decir? —replic6.

Se tumb6 y espir6 fuertemente, y dos hilos de humo salieron por las ventanas de su nariz.

—Entonces tengo que ir a la ciudad —exclam6 Yul-chun m6s que enfadado con su anciano padre—. Debo ponerme en contacto con el partido clandestino.

—C6lmate —dijo Il-han—. ¿Quieres que te maten? ¿Crees que los japoneses no te vigilan? Estar6n esperando ver qu6 haces.

—¿Por qu6 dices esto?

—Porque lo saben todo, y nada de lo que hagas nos salvar6. Finge estar enfermo. Vete a la cama. Di que tienes fiebre. Dir6 que no creemos que te salves. Esperemos. Luego, cuando los japoneses se rindan nos prepararemos para apoderarnos del

gobierno.

—Pero si las tropas rusas...

—Habrá un intervalo entre la rendición y la llegada... Unas breves horas...

Fueron interrumpidos por Sacha, que irrumpió en la puerta con los ojos muy abiertos y muy excitado por lo que iba a decir, un saludo demasiado impetuoso según el gusto de sus mayores.

—¡Han echado una nueva bomba, una nueva bomba! El cielo entero se iluminó en el Japón. Una ciudad está en llamas. Esta mañana, al abrir los colegios y cuando los hombres iban al trabajo.

En aquel momento, Liang llegó a su casa y completó lo que decía Sacha con los rumores que corrían.

—Los militares no se rendirán aunque el emperador lo desee —exclamó.

Sacha rió estrepitosamente.

—Entonces verán otra bomba. Caerá otra bomba.

Su risa les sobresaltó, le miraron y se miraron sin hablar. Nadie, ni su padre, conocía lo bastante a Sacha para reprocharle esta risa, pero les dio miedo.

—Rusia ahora declarará la guerra al Japón —observó Il-han.

—Deje que la declaren —dijo alegremente Sacha—, lo que los americanos empezaron lo terminarán los rusos.

Rió otra vez con aquella risa ruidosa y cruel. Los demás no dijeron nada y entraron en casa.

—¿Cómo supo Sacha lo de las bombas antes que nosotros? —preguntó Il-han.

Nadie supo contestar.

Dos días más tarde, Rusia declaró la guerra al Japón. Las noticias se filtraban. Todos sabían cosas pero nadie hablaba. El Japón aún no se rendía. Al tercer día la segunda bomba cayó sobre Nagasaki. ¿Cuántas bombas tendrían los americanos? Al cuarto día el Japón se rindió, pidiendo sólo que el emperador continuase en el trono.

Estas noticias cayeron como golpes. Los Kim, Il-han, su hijo y sus nietos se preparaban. Las órdenes del gobierno secreto era que debían esperar la llegada de los americanos, hasta entonces no se podía hacer nada ni tomar represalias contra los japoneses. Tenían que esperar quietos en sus casas. Su esperanza estaba puesta en los americanos.

—¿Cuándo vendrán? —gruñó Yul-chun.

Era el más impaciente. Il-han estaba muy tranquilo, con la profunda filosofía y calma de la vejez. Miraba las idas y venidas de Yul-chun con cierta diversión. Iba del jardín a la casa y de la casa al jardín, incapaz de sentarse o leer o hacer algo útil. Sunia sugirió que reparase el tejado, algunas tejas habían caído durante un vendaval unos días antes.

—Deberías escribir un libro —dijo Il-han sentándose a un lado de un banco del

jardín para aprovechar el sol del mediodía.

—¿Un libro? —repitió Yul-chun. Il-han sacudió la ceniza de su pipa. —Yo escribí un libro.

Yul-chun se detuvo ante él. —¿Cuándo?

—Hace años, cuando estaba impaciente como tú. Los japoneses habían llegado y yo estaba prisionero aquí, como tú ahora. Escribí un libro en el que referí todas las bárbaras acciones de los invasores. Hice historia y descargué mi furia.

Yul-chun estaba asombrado y divertido. —Déjame ver este libro, padre.

—Sígueme.

Se levantó y entró en la casa. Yul-chun lo siguió. Abrió un cofre de madera pulida, adornado con cobre, y sacó un manuscrito muy grueso envuelto en una tela de seda.

Yul-chun lo cogió con ambas manos.

—¡Cuánto trabajo! —dijo—. ¿Puedo leerlo?

—Si quieres —contestó Il-han—. Tiene trozos buenos. —Continuó—. Te encontrarás en él. Describí fielmente tu proceso, hasta el último detalle de tu aspecto.

—Me avergüenzas —murmuró Yul-chun.

Se sentó y su padre volvió al jardín llenando su pipa de nuevo. Olvidó su impaciencia leyendo las frases pulidas cuidadosamente con que su padre había descrito las maldades, los asesinatos, muertes, carnicerías, violaciones, saqueos, incendios, trampas y engaños de los japoneses. Leyó día y noche hasta terminar el libro y lo devolvió a su padre.

Entonces se sintió doblemente impaciente porque sabía que lo que su padre había escrito era verdad. ¿Cuándo sería liberado su país? Empezó a dudar de los americanos. Il-han continuó tranquilo y los dos jóvenes también. Liang, porque creía en los americanos, Sacha... ¿Quién sabía lo que pensaba Sacha?

Yul-chun era el único que no podía tener calma y confianza.

A veces temía, a veces esperaba. Estaba impaciente día y noche mientras los gobiernos, el vencido y el vencedor, seguían con sus lentos trámites y acuerdos. Entretanto, los soldados rusos estaban extendiéndose por el Norte. Ya no era el secreto del vendedor de fruta. Seis días antes de la rendición final llegaron a pie a través de Siberia y por mar desde Manchuria. La gente estaba demasiado aturdida para protestar o hacer algo. Sólo los menos sabían que Rusia tomaba parte en el botín de guerra. Estaban asombrados, silenciosos, como liebres entre zorros, mientras los rudos soldados rusos llenaban las carreteras y pueblos y pululaban por las ciudades.

—¿Cómo acabará todo esto? —preguntaba Yul-chun—. ¿Ocuparán todo el país antes de que lleguen los americanos?

Pero no lo ocuparon. Alguien, un oficial americano, quién sabe dónde, marcó una línea sobre el mapa. Los rusos debían detenerse en el paralelo 38°. Algunos

recordaban que los rusos y los japoneses habían hablado ya de dividir Corea por allí.

Con angustiado presentimiento, hombres y mujeres estudiaban los mapas en los viejos libros escolares de sus hijos para ver si sus hogares iban a estar bajo el régimen comunista. Si la respuesta era afirmativa, se entregaban a la desesperación y hubo muchos suicidios. Si la respuesta era negativa rogaban que los americanos llegasen pronto. ¿Dónde estaban los americanos?

—Durmiendo —declaró Sacha riendo.

—Vendrán —dijo Liang firmemente.

Pero no llegaban.

Pasaban los días en una espera angustiosa y los americanos no llegaban. ¿Qué pasaría si los salvajes soldados soviéticos cruzaban el límite que se les había señalado? Ya se contaban historias de pillaje, robos y violaciones. En la casa de Ilhan, Liang limpió y cargó dos viejos rifles que había comprado en la ciudad. No había allí mujeres jóvenes, ¡gracias a Dios!, pero debían estar prevenidos. ¡Qué suerte que Mariko estuviera a salvo en París! Había seguido en los periódicos su recorrido lleno de éxitos.

«Su arte es enteramente nuevo, asiático, pero algunos podemos entender el toque de su ascendencia europea... », decían los periódicos.

Sólo Sacha estaba tranquilo.

—Conozco a los soldados rusos. La mayoría son atrevidos y jóvenes como yo, pero no son peores que los otros soldados. Si vienen les hablaré en ruso y no nos harán nada.

Y empezaba a hablar fuertemente en ruso para demostrarles lo que diría. Los demás le escuchaban y entonces Sunia le decía secamente que se callase.

—En esta casa sólo hablamos coreano —dijo, sin hacer caso de las furiosas y hoscas miradas de Sacha.

Pero todos se impacientaban fácilmente en aquellos días amargos, una dolorosa ansiedad los consumía como fiebre.

Luego, de pronto, el día nueve del mismo mes, en septiembre, se les anunció que los americanos llegaban al fin. Iban a entrar en el puerto de Inchon. El pueblo preparaba en todas partes estandartes y banderas coreanas, flores, regalos. Sin embargo, nadie se atrevía a salir de casa porque el Gobernador general japonés había pedido a los americanos que le dejaran el control de la policía para que los coreanos no pudiesen tomar represalias sobre los 600.000 japoneses que vivían en el sur de Corea. Le fue concedido el permiso. Los coreanos se quedaron en sus casas sin tomar represalias. Aquel pueblo era demasiado orgulloso para una venganza tan ínfima.

Luego, el Gobernador general dio otra orden prohibiéndoles ir a recibir a los americanos.

—Esto no podemos cumplirlo —declaró Yul-chun.

En el día señalado, Il-han, su hijo y sus nietos fueron a los muelles de Inchon vistiendo ropas coreanas. Sunia había cortado flores del jardín e Il-han llevaba en su mano derecha un ramo, pero Yul-chun llevaba una bandera coreana, escondida durante todos aquellos años, y Liang una americana. Sólo Sacha iba con las manos vacías.

Cuando llegaron a los muelles encontraron unos quinientos coreanos cuidadosamente escogidos en secreto para representar al pueblo y recibir a los americanos. Todos llevaban flores y regalos de los que no podían ir. Agitaban estandartes de bienvenida.

El sol brillaba sobre la tierra y el agua haciendo el verde más vivo y el mar tan azul como el cielo. El gran barco americano con las banderas ondeando al viento estaba anclado en el puerto, todos permanecían silenciosos y quietos, esperando que bajasen la pasarela. A la derecha, los oficiales japoneses con uniformes de gala y el Gobernador general al frente con la espada en el cinto. A la izquierda la policía japonesa contenía a los coreanos, unas quinientas personas.

No pudieron contenerlos. Cuando el general americano apareció en la pasarela, los coreanos se adelantaron agitando sus banderas para saludarlo. En aquel momento la policía levantó los fusiles e hizo fuego. Cinco coreanos cayeron al suelo heridos, su sangre manchó los regalos y banderas.

Lo que Il-han, Yul-chun y los dos jóvenes vieron era increíble, pero no tenían más remedio que creer lo que veían con sus propios ojos. El general americano, bajando de su barco, no reprobó ni impidió la acción de la policía japonesa. En lugar de ello mandó que «controlasen al populacho». Los coreanos que habían ido a recibirle fueron dispersados por la policía y los oficiales japoneses que esperaban se convirtieron en sus anfitriones. Con sus propios ojos, Il-han, Yul-chun y los dos jóvenes vieron y oyeron que el general americano decía a los oficiales japoneses que continuasen en sus puestos hasta que él formase un gobierno militar. No habló a los coreanos ni pareció verlos. Il-han, Yul-chun, Sacha y Liang estaban juntos en la puerta de una casa. Estaba cerrada pero se habían refugiado allí cuando la policía dispersó a los coreanos. Se miraron unos a otros con las banderas y flores colgando de sus manos.

—¿Qué hacemos ahora, abuelo? —preguntó Liang.

—Iremos a casa otra vez —contestó Il-han echando las flores a una zanja—. Dobla tu bandera —dijo a Yul-chun—. La guardaremos para otro día.

Iban a hacer esto, cuando Yul-chun se volvió, indeciso, y vio al americano aceptar la espada del Gobernador general. .. Le oyó hablar afablemente a los japoneses ignorando a los coreanos. Vio las banderas caídas en el polvo y las flores aplastadas, y enloqueció. Echó a correr agitando la bandera coreana y gritando ¡Mansei! ... ¡Mansei! ...

No pudo gritar más. Los fusiles se levantaron, sonaron unos disparos y cayó al suelo muerto. Liang corrió hacia él y quién sabe lo que podía haberle pasado si su jefe del hospital no le hubiera salvado. Entre los coreanos, pero algo aparte de ellos, había varios americanos, misioneros, profesores y doctores, y entre ellos el doctor que corrió a detener a Liang.

—¡Váyase! —le dijo el americano—, váyase antes de que disparen otra vez. Déjele. Lo llevaré al hospital, pero aprisa, aprisa, estoy en malas relaciones con ellos, no podría salvarle.

Liang tuvo que obedecer porque además Il-han había caído al suelo y Sacha no podía levantarlo. Los dos jóvenes lo llevaron al hospital y esperaron que trajesen el cadáver de Yul-chun.

Liang consolaba a su abuelo diciéndole: —Mi tío escogió morir así.

Pero Il-han rechazaba su consuelo.

—¿Crees acaso que necesito que me consuelen? ¡Cállate! Pero no hubo silencio, porque detrás de ellos vinieron los que habían quedado llorando y protestando por la muerte de la «Caña Viviente».

—¿Quién ocupará su lugar? —preguntó Il-han.

Era el día del entierro y estaban de vuelta a casa. Yul-chun reposaba ahora en la colina aliado de su abuelo. Habían ido gentes de todas partes para dar el pésame a su padre y asistir al entierro.

—Ninguno, ninguno —sollozó Sunia—. Hemos perdido a nuestros hijos.

Estaban en la habitación principal de la casa esperando que Ippun les sirviese té caliente. De pronto oyeron voces coléricas en el jardín.

—¿Cómo te atreves a ir al Norte?

—¿Es posible que sea nuestro Liang? —susurró Sunia.

—¡Chist! —dijo Il-han.

Estaban sentados juntos y alargó la mano para coger la de Sunia mientras escuchaban.

Los jóvenes se peleaban en el jardín y, en la oscuridad, los dos ancianos los oyeron jadear y gritar de rabia.

—Sacha matará a nuestro Liang —murmuró Sunia.

Se levantó haciendo un esfuerzo y con paso vacilante fue a la puerta.

—¡Eh! —gritó con su alta y temblorosa voz. No la oyeron e Il-han fue a su lado.

—¿Por qué se pelearán ahora? —preguntó Il-han.

—¡Quién sabe!

Sunia intentó verlos haciendo pantalla con las manos. Estaban en el suelo, luchando. Empezó a llorar.

—Matará a nuestro Liang.

Pero Liang estaba a horcajadas sobre Sacha, le agarraba por los hombros

golpeándole la cabeza contra el duro suelo.

—¡Tú! —gruñía Sacha entre dientes—, no tienes orgullo, tú... tú... vives aquí... los americanos... te insultan... no tienes vergüenza... Saca... tus manos... tus manos de... mi garganta.

Il-han apartó a Sunia. Fue hacia los jóvenes y trató de separarlos con toda su fuerza.

—¿Tendré que veros luchar en mi propia casa? ¿Vamos a estar luchando siempre los unos contra los otros?

Con el sonido de su voz, Liang volvió en sí. Se levantó respirando entrecortadamente.

—Abuelo —empezó, pero no pudo continuar.

Sacha también se levantó y se colocó su vieja mochila sobre los hombros. Il-han vio que llevaba de nuevo la ropa con la que vino, pantalones anchos, botas altas y túnica con cinturón. —Traidor —le gritaba Sacha a Liang—. Blanco, tonto, estás lleno de amor, de estúpido amor. Perro inmundo. ¡Escupo en ti! Escupo en todos vosotros.

Escupió en el polvo a sus pies y cogiendo su mochila corrió hacia la puerta abierta.

Liang recogió del suelo una pequeña hoja de papel.

—Fue esto lo que le volvió loco, fue esto, después del entierro de su padre. Era demasiado, lo sé, y, ¿por qué lo hice yo? ¿Cómo pude? Yo mismo no puedo entenderlo.

Il-han tomó el papel de sus manos y lo leyó a la luz de la linterna. Era un cablegrama de París que decía: «¿Estás vivo?» Sacudió la cabeza.

—No puedo hacer nada. Y se lo devolvió a Liang.

—Entremos —dijo Sunia.

Pero Liang no le hizo caso. Se sentó en un banco de piedra y apoyó la cabeza entre las manos, tampoco le hizo caso Il-han. Fue hasta la verja y miró en la oscuridad, la oscuridad en que Sacha se había sumergido.

—¿Qué es la independencia? —se preguntó. Hizo una pausa y se contestó a sí mismo—: ¿Independencia? ¡Un pensamiento feliz!

—Entrad —repitió Sunia, y cogiendo de la mano a Il-han, lo hizo entrar en la casa—. Ven, viejecito mío —le dijo arrastrándole—. Ven, mi querido viejecito.

Le ayudó a sentarse. Ippun entró con la tetera y encendió una vela. Fuera, en el jardín, Liang estaba reanimándose. Sintió el frío viento nocturno y oyó el primer canto de un grillo.

Sacha no volvería, habían perdido a Sacha. Lo temió al ver su cara cuando bajaron el féretro al sepulcro. Lo comprendió cuando Sacha, sollozando, se abrió paso entre la respetuosa multitud. Le siguió tan aprisa como pudo, pero Sacha llegó

antes que él a casa y recibió el cablegrama de Mariko de manos del portero. Lo esperaba en la puerta para saltar sobre él, furioso por los celos, acusándole, y de pronto se encontraron intentando matarse.

El arrugado papel había caído de sus manos. Lo vio en el suelo, lo recogió, lo alisó y leyó de nuevo.

«Estás vivo?». Estas eran las palabras. Las había mandado en broma quizás, o quizá por amor. Eran bastante seguras. Las escogió por azar, por alegría o por soledad. De pronto comprendió, como si se lo dijese una voz.

¿Estás vivo? ¿Vivo? Su tío fue «La Caña Viviente». Incluso ahora, cuando yacía en la sepultura, la gente murmuraba aquellas palabras, alguien contó la leyenda del bambú que había brotado entre las piedras de la cárcel de la que se escapó años atrás. De su féretro no podía escapar y el pueblo estaba de luto. Pero sólo unos días antes, Liang lo recordaba ahora, su tío le recordó, aunque tímidamente, su vuelta una noche, cuando en secreto fue a ver a su hermano y cómo él, Liang, entonces un bebé, pareció recordarle, aunque nunca le había visto.

—Te echaste en mis brazos, pusiste tus manos en mis mejillas, me conocías de otra vida.

Él también lo recordaba. Otras veces, Yul-chun hablaba de la herencia de los coreanos patriotas.

—En primavera —le parecía aún oír a su tío—, en primavera las viejas raíces de bambú hacen brotar un nuevo tallo verde. Ha sido así y así será mientras haya hombres sobre la tierra. Entra en casa —le decía su abuela—. Entra, Liang, y cierra la puerta.

Se levantó pero se detuvo en la puerta. Ya se había recobrado.

—Vaya la ciudad. Pediré a mi amigo... mi amigo americano que envíe un mensaje por mí.

—¿Qué mensaje? —preguntó Il-han.

—Que estoy vivo.

—Es demasiado tarde —se quejó Sunia.

—No será demasiado tarde mientras viva.

Y diciéndoles adiós marchó solo y les dejó con Ippun.

En el cielo brillaba la luna llena y detrás de la luna una estrella, la misma estrella de siempre, inmóvil.

EPÍLOGO

Era mediodía en Pusán, un hermoso día de otoño hará dos años. Había estado viajando en coche por el sur de Corea para poder detenerme cuando quisiera. Las carreteras eran con frecuencia estrechas y malas, los puentes sobre los pequeños ríos bombardeados durante la guerra no habían sido reconstruidos todavía. Saltábamos sobre las piedras y chapoteábamos en el agua escasa porque era la estación seca. Me gustaba todo, maravillada de nuevo por la noble belleza del paisaje, y disfrutaba de la cálida y amable acogida de las gentes. Estaba entonces en Pusán, en la punta sur de Corea. Es un puerto famoso en la Historia, pero no había ido allí por esto. Iba a visitar el lugar donde estaban enterrados los hombres de las Naciones Unidas que murieron en la guerra de Corea. Cada nacionalidad estaba enterrada bajo su propia bandera. El fresco viento otoñal hacía ondear las banderas.

Puse la corona que había traído al pie del monumento conmemorativo y me quedé un momento en silencio. El lugar era incomparable. Un mar tan azul como el Mediterráneo lo rodeaba por los tres lados. Detrás tenía las severas laderas grises de las montañas y la ciudad acurrucada a sus pies.

El cementerio era un bello jardín cuidado meticulosamente por devotos coreanos. A mi lado había dos soldados coreanos que contemplaban la escena. Mis ojos se posaron sobre la bandera americana.

—Me gustaría pasear entre los sepulcros de los americanos —dije— Conocí algunos de ellos.

El guardia que estaba a mi derecha contestó:

—Señora, lo sentimos, no hay americanos aquí. Todos volvieron a su país. Sólo quedan las banderas.

Me sorprendió. ¿No había americanos allí? ¿Cómo debió herir esto a los coreanos! Antes de que pudiese expresar mi pesar, un alto coreano, vestido como un hombre de negocios occidental, se acercó a mí. El sol hacía brillar sus cabellos plateados y su hermosa e inteligente cara. Habló en inglés.

—No se entristezca, por favor. Comprendemos lo que sienten las familias de los valientes americanos. Es natural que deseen, tener a sus hijos en casa otra vez. Nuestro país debe parecerles un lugar muy remoto para morir.

—Gracias —contesté— Es lo mismo. Creo que si mis compatriotas supiesen, hubiesen comprendido, se habrían sentido honrados de dejar a sus hijos aquí, entre sus camaradas.

—¡Oh, sí! —interrumpió una suave voz— He estado en su país, sé lo amables que son sus compatriotas.

—Mi esposa —dijo el coreano.

Me volví y vi una exquisita mujer con un traje coreano. Fue el principio de una

amistad, y de ellos creé los caracteres de Liang y Mariko. Por ellos también, supe lo que sucedió al final de mi libro. Yo había leído, claro, los acontecimientos, lo que el Gobierno americano hizo para enmendar los primeros errores, pero por medio de ellos comprendí lo que había sucedido.

—Nosotros nos equivocamos también —dijo Liang una noche, de sobremesa en su casa de Seúl—. Los coreanos estaban furiosos y desilusionados cuando llegaron los americanos. Estoy seguro de que sus soldados, durante los días de la ocupación, en aquellos años entre 1945 y 1948, debieron pasar por situaciones desagradables. No estábamos en nuestro mejor momento después de medio siglo de despiadado control japonés.

—Hasta los japoneses hicieron algunas cosas buenas. No olvides tu hospital.

Estábamos sentados sobre el caliente suelo ondulado, alrededor de una mesa baja. Era una habitación agradable y una casa deliciosa, coreana pero moderna. A su lado estaba el hospital donde trabajaba Liang. Se había graduado en el John Hopkins y era un experto cirujano.

—Recuerdo lo bueno y lo malo —contestó—. Pero los coreanos estaban decididos a ser una nación libre e independiente. Nunca abandonaríamos la lucha. Estaba en el latido de nuestros corazones y en nuestra sangre. Al mirar hacia atrás nos maravillamos de lo diferentes que podían haber sido nuestras vidas si aquel tratado entre nuestros dos países se hubiese cumplido, Aquel tratado de amistad, ratificado por su país en 1883, que nos prometía asistencia si éramos invadidos. A cambio les habríamos concedido la exclusiva de nuestro comercio, pero Theodor Roosevelt fue prudente, no quería verse envuelto en las rivalidades entre el Japón y Rusia por la posesión de Corea. William Howard Taft, que era entonces su ministro de la Guerra, fue a Tokio el 29 de julio de 1905, y firmó un acuerdo secreto entregando Corea al Japón si prometía mantenerse apartado de Manchuria y no atacar Filipinas.

Mariko se levantó de la mesa.

—Liang, ¿por qué hablas de cosas pasadas? Hablemos de los americanos que enviaron a sus hijos a morir por nuestra libertad.

Liang respondió instantáneamente: —Sí, tienes razón.

Los dos se levantaron y Mariko se sentó al piano. Ella y Liang cantaron canciones coreanas antiguas y hermosas, y canciones americanas modernas. Recuerdo que cantaron un dúo musical de *Getting to know you*, de los Rodgers y Hammerstein.

Creo que Liang y Mariko tenían razón, los errores de la Historia traen consigo implacables consecuencias. Hay una conexión directa entre el acuerdo secreto firmado en Tokio por Taft y Katsura y los jóvenes de varias naciones que murieron en tierra coreana.

Corea está dividida hoy en día por el paralelo 38° y por los coreanos nacidos en Rusia, cuando sus padres huyeron de su país al ser ocupado por el Japón. Estos niños

crecieron en el comunismo como Sacha, y creían que estaban liberando su país cuando fueron a Corea. Los muchachos americanos murieron a sus manos.

Pero, como dijo Mariko, ¿por qué hablar de cosas pasadas?

Es mejor acordarse de que un lazo une nuestros pueblos.

Valientes muchachos americanos treparon por las ásperas laderas de las montañas coreanas y lucharon con nostalgia y desesperado cansancio por la causa de un país extranjero y por razones que casi no comprendían, a pesar de que perdieron allí sus vidas. Con este noble impulso y sacrificio final olvidemos el pasado, excepto en lo que pueda enseñarnos para el futuro.

FIN

[1] Sutra: colección de aforismos de la literatura sánscrita. (N. del T.)

[2] Truebone significa «verdadero hueso». (N. del T.)

[3] Foote en inglés significa «pie». (N. del T.)